

The background of the page is a detailed illustration of several angels in a lush garden. In the upper left, two angels are shown in profile, looking towards the right. In the upper right, an angel in a light blue robe stands with arms outstretched. In the center, an angel in a red robe holds a large, ornate golden vessel. To the left of the center, an angel in a purple robe is seen from the back, holding hands with an angel in a white robe. In the lower right, an angel in a dark blue robe is kneeling in prayer. The garden is filled with various plants and flowers, and a large tree is visible in the background.

AÑO CRISTIANO

— IV —
abril

AÑO CRISTIANO

IV

Abril



COORDINADORES

Lamberto de Echeverría (†)

Bernardino Llorca (†)

José Luis Repetto Betes

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID • 2003

Ilustración de portada: *Juicio final* (detalle), Fra Angelico.

Guardas: *El juicio universal* (detalle), Giovanni di Paolo.

Diseño: BAC

© Biblioteca de Autores Cristianos
Don Ramón de la Cruz, 57, Madrid 2003
Depósito legal: M. 51.998-2002
ISBN: 84-7914-629-X (Obra completa)
ISBN: 84-7914-686-9 (Tomo IV)
Impreso en España. Printed in Spain.

ÍNDICE GENERAL

	<u>Pags.</u>
COLABORADORES	IX
PRESENTACION	XI
NOTA INTRODUCTORIA	XV
Santoral de abril (martirologio, biografías extensas y biografías breves)	3
SANTO TRIDUO PASCUAL DE LA MUERTE A LA RESURRECCION DEL SEÑOR	687
TIEMPO PASCUAL LA CINCUENTENA	701
APENDICE	713
CALENDARIO ESPAÑOL: MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIOCESIS ESPAÑOLAS	727
ÍNDICE ONOMASTICO	729

COLABORADORES

A) BIOGRAFIAS EXTENSAS

ABAD, C M.^a, SI
ALAMEDA, Julián, OSB
BARRANQUERO Y ORREGO, Jesús María
CALLEJO, Librado
CARRO CELADA, José Antonio
CELA, Camilo José
CHICO GONZALEZ, Pedro, FSC
DIAZ FERNÁNDEZ, José María
DIAZ Y DIAZ, Manuel
ECHEVERRIA, Lamberto de
ESCARRE, Aurelio M.^a, OSB
FERNANDEZ SANCHEZ, Santiago
FERRI CHULIO, Andrés de Sales
FLORES ARCAS, Juan Javier, OSB
FRANQUESA, Adalberto, OSB
GOMIS, Juan
GONZÁLEZ CHAVES, Alberto José
GUELL, Dolores
GUILLEN, José
HERRERO GARCIA, Miguel
HUERGA, Álvaro, OP
LANGA, Pedro, OSA
LLABRES Y MARTORELL, Pere-Joan
LLORCA, Bernardino, SI
MANAS, Ramón Luis M.^a, OSB (Leyre)
MARTIN ABAD, Joaquín
MARTIN HERNÁNDEZ, Francisco
MILAGRO, José María, OP
MORTA FIGULS, Ángel
MUNOZ IGLESIAS, Salvador
NOVELE, Angel de, OFM CAP
NUNFZ URIBE, Félix
PASCUAL, Augusto, OSB (Leyre)
PFRAIRE FERRER, Jacinto
PEREZ SUAREZ, Luis M., OSB (Leyre)
POBLADURA, Melchor de, OFM CAP
REPETTO BETES, José Luis
RIESCO PONTEJO, Pedro, OP

RIVERA RECIO, Juan Francisco
RODRIGUEZ, José Vicente, OCD
RODRIGUEZ HERRERA, Isidoro OFM
ROMERO, Agustín, OCSO
SANCHEZ ALISEDA, Casimiro
SANS VILA, Jorge
SENDIN BLAZQUEZ, José
STAEHLIN, Carlos María, SI
VALENTINI, Eugenio, SDB
VELADO GRAÑA, Bernardo
WALORECK, Mariano

B) BIOGRAFIAS BREVES

REPETTO BETES, José Luis

PRESENTACIÓN

Tras largos años de total *agotamiento editorial* vuelve ahora felizmente al catálogo de la BAC una obra que ocupaba en él un puesto relevante y que fue, durante décadas, alimento espiritual seguro y sabroso para infinidad de lectores: el AÑO CRISTIANO.

Quede, ante todo, constancia de la satisfacción con que la BAC devuelve al público lector —y en cierto modo a toda la Iglesia de habla española— esta obrapreciada que tanto se echaba de menos y que nos era requerida con insistencia por muchos lectores y amigos. Larga ha sido la espera. Pero la BAC se complace ahora en relanzar un AÑO CRISTIANO compuesto y acicalado como lo piden las circunstancias eclesiales y articulado en doce volúmenes que irán apareciendo sucesivamente y que ofrecerán al lector la variedad y la riqueza del entero santoral de la Iglesia católica.

Las razones del dilatado eclipse que ha sufrido el AÑO CRISTIANO a pesar de su notorio éxito editorial de antaño son pocas y escuetas. Y muy fáciles tanto de explicar cuanto de entender.

El proceso de aceleración en canonizaciones y beatificaciones que ha experimentado la Iglesia después del Vaticano II —y muy singularmente en el pontificado del Papa Wojtyla— obligaba obviamente a complementar, corregir y ajustar el venturoso descalabro que el tiempo iba originando en los bosques y jardines de la hagiografía cristiana del pasado. Se imponían una poda y una plantación de renuevos cuya envergadura queda ahora patente en el estirón —de cuatro a doce— que ha experimentado este AÑO CRISTIANO.

Semejante tarea de revisión y actualización la hubiera emprendido la BAC. Era su obligación y su deseo. Pero su efecto habría sido precario. El pontificado de Juan Pablo II estaba ya demostrando con creciente evidencia que la santidad cristiana es una realidad de cada día y de cada latitud; que, por consiguiente, el martirologio o santoral, lejos de ser memoria fosili-

zada, es un caudal fresco y abundante que riega generosamente el hoy de la Iglesia. ¿Cómo intentar la actualización de algo que cambia y crece sin cesar?

Por otra parte, es sabido que el Concilio Vaticano II, en su constitución *Sacrosanctum Concilium*, ordenó la revisión y adaptación de todos los libros litúrgicos. El mandato alcanzaba también al Martirologio o Santoral, libro litúrgico de pleno derecho y de peculiar significación y complejidad dadas sus implicaciones históricas que requerían estudios críticos minuciosos y especializados. La tarea de su revisión podía resultar dilatada. ¿Cómo arriesgarse como editorial responsable a componer un AÑO CRISTIANO sin contar con la referencia obligada del Martirologio romano ya autorizadamente puesto al día? ¿No había que sacrificar las prisas editoriales o comerciales a la firmeza histórica y a la seguridad doctrinal que ofreciera la edición posconciliar? ¿No era ésa la mejor forma de servir a los intereses de los lectores?

El proceso de reforma y adaptación del martirologio romano ha durado desde 1966 hasta 2001, año en que apareció finalmente la llamada «edición típica». Una espera que ha otorgado al Martirologio romano una mayor credibilidad histórica, un orden hagiográfico más acorde con la doctrina y las reformas derivadas del Vaticano II y, en consecuencia, mayor fiabilidad para la vida litúrgica y la piedad cristiana.

Contando ya con la pauta insoslayable del martirologio reformado y renovado, se imponía ponerlo cuanto antes al servicio de los lectores y usuarios de habla castellana, tanto en España como en Hispanoamérica. Es un reto que la BAC ha asumido con responsabilidad editorial y que trata ya de cumplir con prontitud y rigor.

Estoy seguro de que nuestros lectores compartirán con la BAC la impresión de que la larga y obligada espera que ha tenido que observar nuestro AÑO CRISTIANO no le priva de sentido ni de oportunidad. Todo lo contrario. El momento presente, con sus grandezas y miserias, con sus luces y sombras en la parcela de lo religioso, hace especialmente atinada la publicación de un santoral serio y documentado de la Iglesia católica.

Son tiempos, los nuestros, de secularización que quiere decir, lisa y llanamente, de descristianización. A su sombra, las verdades de la fe y los juicios de la moral cristiana pierden vigencia y hasta significado. Algo que ocurre también en el terreno de la hagiografía. No es que haya desaparecido el culto a los santos, pero sí se ha nublado en buena parte su relevancia para la vida cristiana. Con la ignorancia ha sobrevenido la confusión. La cantera del santoral para dar nombres de pila a las personas está en declive. El conocimiento de las vidas de los santos se ha reducido hasta confundirlos con héroes o dioses de los martirologios paganos. Se ha acentuado, aun entre los que se profesan devotos de advocaciones concretas, la brumosa de los contornos y de los conceptos.

En paralelo con el desconocimiento correcto de las hagiografías, han proliferado las supersticiones y las desviaciones de lo que debería ser una auténtica veneración de los santos. Se observa una notoria reducción de la piedad al utilitarismo. A los santos se los mete cada vez más en la zambra de los videntes, los adivinos, las cartas, la superchería y las voces de ultratumba. Ahora hay santorales para agnósticos y santorales de puro humor a costa de los santos que pueden alcanzar cotas notables de acidez o de impiedad. ¿No es el caso, nada infrecuente, de anuncios y montajes publicitarios a cargo del santoral y al servicio de cualquier producto en el mercado?

El servicio que la BAC pretende prestar con este renovado AÑO CRISTIANO a sus lectores y a la Iglesia tiene perfiles muy precisos.

Principalmente, la mejora de los recursos didácticos para una sabia y atinada catequesis. Los santos, sus vidas y ejemplos, son fuente inagotable para la educación cristiana. No es su utilidad terapéutica o milagreira lo que de ellos nos interesa, sino la enseñanza cristiana que se deriva de sus virtudes y conductas como testigos de Jesucristo, como reflejos de su vida y como caminos que nos llevan al *Camino* por excelencia, que es Él.

Este AÑO CRISTIANO no pretende, por tanto, fomentar la *santería* en detrimento de la *cristería*, dicho en términos populares. Muy al contrario, es una contribución a la *Cristología* a través de la *hagiografía*.

Algunos pastores y pastoralistas han alertado sobre el peligro de que el culto a tantos santos y beatos, la proliferación de tantas devociones particulares, pudiera difuminar, como *efecto colateral*, el aprecio central e irremplazable de Jesucristo. Sería aquello de que los árboles no dejaran ver el bosque.

Ni el peligro ni la advertencia son sólo de hoy. Léanse si no las constituciones conciliares *Lumen gentium* y *Sacrosanctum Concilium*. También la introducción que figura en la edición típica del Martirologio romano.

En cualquier caso, la BAC pone ahora en circulación esta nueva edición de su AÑO CRISTIANO como homenaje a Jesucristo cumbre de la santidad y modelo de todos los santos y beatos que la Iglesia ha reconocido a lo largo de los siglos como seguidores e imitadores del Maestro. «Por la hagiografía al Cristocentrismo» podría ser el lema de ese propósito editorial.

Perfiladas las circunstancias y las intenciones de esta obra, nada he de decir sobre su articulación, ni sobre los criterios metodológicos o redaccionales que se han seguido en su elaboración. Tanto estos como otros particulares técnicos que ayudarán en su utilización figuran en la *nota introductoria* preparada por el coordinador de la edición.

Con laudes o elevaciones solían cerrar sus páginas los santorales antiguos. La BAC se suma al amén, así sea, que venía después. Y se permitirá a la vez (no podía ser de otra manera) confiar el buen fruto de esta obra a la intercesión de todos los santos y beatos que —sin distinción de grado, sexo o condición— poblarán las páginas de este AÑO CRISTIANO renacido en los umbrales todavía del tercer milenio.

JOAQUÍN L. ORTEGA
Director de la BAC

NOTA INTRODUCTORIA

Definido el propósito de reeditar el AÑO CRISTIANO, empezamos por fijar criterios que sirvieran de guía para la nueva edición, y que ahora exponemos para información del lector y facilidad de su uso.

En primer lugar se fijó el criterio de que, con muy escasas excepciones, se reeditaría todo el conjunto de artículos que componía la segunda edición, la de 1966. Su texto no ha sufrido revisión ni variación. Va tal cual lo escribieron en su tiempo los diferentes y acreditados autores que lo firman. En el fondo no han tenido más añadidura que la referencia a la canonización de aquellos santos que entonces eran solamente beatos. Y esas excepciones son sobre todo las debidas a las variaciones introducidas por el nuevo Misal de Pablo VI, de 1969, que tiene algunos cambios en la denominación de fiestas, como la del 1 de enero, o en el santoral.

Pero no se quería simplemente reeditar, sino que se quería también completar y poner al día. Para completar, hemos añadido santos o beatos importantes anteriores a las últimas canonizaciones y beatificaciones y que en su día no se biografiaron en las primeras ediciones. Para poner al día, hemos añadido los nombres de muchos santos y beatos que en estos últimos tiempos han sido declarados tales por la Iglesia, y cuyo número, como es bien sabido, es grande.

Nos pareció que saldría una obra demasiado abultada si a cada uno de todos estos santos o beatos les señalábamos una nota biográfica de la misma extensión que las de las ediciones anteriores. Y para evitar ese tamaño demasiado crecido pero para no pasarlos tampoco en silencio hemos dividido las biografías en *extensas* y en *breves*. El criterio seguido para asignar a un santo o beato una biografía extensa o breve ha sido el de su importancia en el santoral: por ser más o menos conocido, por ser significativo de un tiempo o una situación, o por ser intere-

sante al público de habla hispana, o por ser fundador o fundadora de una comunidad religiosa, a todos los cuales fundadores o fundadoras hemos tomado el criterio de dedicar una biografía extensa. Y naturalmente hemos tenido en cuenta el cada día mayor santoral de las iglesias iberoamericanas.

Hemos añadido también artículos referentes a los tiempos litúrgicos, p. ej. *Cuaresma*, ya que son parte importante y vital de lo que se llama el año cristiano.

Y hemos añadido a cada día su martirologio o lista de los santos y beatos que para esa fecha señala el Martirologio romano. De esta forma, cada día puede saber el lector cuáles son los santos que la Iglesia conmemora, y de la mayoría de ellos tiene una nota biográfica, extensa o breve.

Esta obra sigue el nuevo *Martirologio romano* que, como edición típica, ha sido publicado el año 2001. Este seguimiento ha hecho que no demos entrada en el *Año cristiano* sino a los santos y beatos que en dicho Martirologio se recogen, enviando al Apéndice las notas biográficas de otros que no están incluidos en él pero que pueden resultar interesantes, por ejemplo, por celebrarlos, en su propio de los santos, alguna diócesis española. De todos modos son muy pocos. Igualmente ha obligado el seguimiento del nuevo Martirologio romano a resituar no pocas biografías que en las ediciones anteriores se encontraban en otras fechas y que han sido pasadas al día que ahora se les asigna.

Nos parece que este criterio de seguir el nuevo Martirologio no necesita defensa. Pues aunque se le hayan encontrado al texto del mismo algunos fallos de detalle, sustancialmente es un texto definitivo. No olvidemos que el Martirologio es un libro litúrgico, editado por la Congregación del Culto Divino y de la Disciplina de los Sacramentos, promulgado por la autoridad del Romano Pontífice, cumpliendo una determinación del Concilio Vaticano II. Se trata del registro oficial de santos y beatos que hace para su uso la Iglesia Romana y que tiene vigencia en todo el ámbito, tan mayoritario dentro de la Iglesia, del rito romano. Hay que decir que en su actual edición se ha hecho una grande e inmensa labor, verdaderamente meritoria, y que con ella se ha cumplido el objetivo conciliar de máxima historicidad, y el de

poner al día esta lista oficial con la añadidura no solamente de los nuevos santos sino también de los beatos, ya que, aunque en distintos niveles, unos y otros reciben legítimamente culto público en la Iglesia.

Con respecto a la bibliografía digamos que hemos seguido el criterio que se usó en las ediciones anteriores. Se ofrece en el primer volumen una bibliografía general actualizada. En ella se indican las obras que se refieren a todo el calendario o a una parte de él, por ejemplo, el santoral de una nación, el de una congregación u orden religiosa, el de los mártires de una persecución, etc. La bibliografía específica de cada santo o beato de las biografías extensas va al final de cada una de ellas.

Hemos pensado que con estos criterios volvemos a darle al lector el ya clásico AÑO CRISTIANO de la BAC pero con ampliaciones y mejoras que esperamos merezcan su atención.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES
Coordinador

AÑO CRISTIANO

IV

Abril

1 de abril

A) MARTIROLOGIO ¹

1. En Roma, la conmemoración de los santos Venancio, obispo, y compañeros de Dalmacia e Istria, a saber: Anastasio, Mauro, Pauliniano, Telio, Asterio, Septimio, Antioquano y Gayano, mártires (s. III o IV).

2. En Tesalónica (Macedonia), las santas Agape y Quonia († 304), vírgenes y mártires.

3. En Palestina, Santa María Egipciaca (s. V), penitente *.

4. En Leuconay (Francia), San Valerico o Valéry († 622), abad.

5. En Ardpatrick (Irlanda), San Celso († 1129), obispo de Armagh *.

6. En Grenoble, San Hugo († 1132), obispo **.

7. En Bonnevaux (Francia), Beato Hugo († 1194), abad *.

8. En Caithness (Escocia), San Gilberto († 1245), obispo *.

9. En York (Inglaterra), Beato Juan Bretton († 1598), mártir bajo el reinado de Isabel I *.

10. En Saiano (Italia), Beato Luis Pavoni († 1849), presbítero, fundador de la Congregación de Hijos de María Inmaculada **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN HUGO DE GRENOBLE

Obispo († 1132)

Nació en Châteauneuf-d'Isère, Delfinado francés, el año 1053, hijo de una familia muy distinguida por su antigua nobleza, pero mucho más por su piedad. Su padre, Odilón, oficial del ejército, al quedar viudo por segunda vez, se retiró a la cartuja, muriendo a la edad de cien años, entre los brazos de su propio hijo, que ya había sido consagrado obispo.

Desde muy joven tuvo una formación excelente tanto en las ciencias humanas como en las religiosas. Destacado por su sabiduría y conducta, el obispo de Grenoble se lo llevó consigo a una reunión de obispos para tratar de poner remedio a los de-

¹ Los asteriscos que aparecen en el martirologio hacen referencia a las biografías que siguen a continuación, que serán extensas (**) o breves (*).

sórdenes que había en su diócesis. Todos coincidieron en que la persona idónea para poner remedio a aquella situación era precisamente Hugo. Él se oponía alegando como pretexto la timidez de su carácter y su propia indignidad, porque en aquellos momentos era aún laico. El delegado pontificio logró convencerlo y él mismo le confirió las órdenes sacerdotales.

Luego se lo llevó a Roma para que el papa Gregorio VII lo ordenara también obispo. Los gastos de la ordenación serían costeados por la condesa Matilde.

En Roma de nada valieron las protestas del joven sacerdote haciendo valer su indignidad, su timidez e incluso sus tentaciones. A los 28 años de edad era consagrado obispo y enviado a dirigir la diócesis de Grenoble, cargo en el que estuvo 50 años conociendo a cinco romanos pontífices distintos.

La situación de su diócesis era realmente lamentable. La simonía presidía los nombramientos empujando a la carrera sacerdotal a personas sin vocación, ansiosos de los bienes eclesiásticos, ajenos a cumplir el celibato, en bancarrota la economía diocesana y el pueblo dominado por la ignorancia y ayuno de formación religiosa.

Durante varios años se entregó Hugo a cambiar tan lamentable situación recorriendo palmo a palmo su diócesis, pero su carácter personal no se avenía con aquella situación en la que creía no cambiar nada y decepcionado se retiró a la abadía de Maison-Dieu en Clermont de Auvernia, para dedicarse por completo a la oración y la penitencia, pensando que era el único recurso que le quedaba. Su intención era vestir el hábito de San Benito.

Enterado Gregorio VII lo llamó y convenció para que volviera alentándolo en su trabajo que el propio Papa juzgaba muy positivo y necesario. El pueblo lo recibió enardecido, con el convencimiento de que sólo él podía cambiar aquella situación.

Enterado de los hechos San Bruno, llegó con seis compañeros al lado del obispo, pidiéndole que le concediera tierras suficientes para fundar un monasterio, que daría acogida a cuantos quisieran dedicarse con profundidad a la oración, la penitencia y el estudio dentro del más alto grado de silencio.

Hugo les concedió un terreno desierto y pobre, en la montaña de Cartuja, cerca de Grenoble y allí se realizó la fundación, que, por el lugar, se llamó Orden de los Cartujos.

Una señal de Dios marcó definitivamente el sitio, pues se dice que al carecer de agua se planteaba la necesidad de buscar otro lugar. Pero conocedor del problema, Hugo tomó una azada y cavó con gigantesco esfuerzo y profunda fe, hasta el punto de que fue hallada el agua suficiente para todo el convento.

Desde entonces la amistad más ascética unió a ambos hasta el extremo de que Hugo venía a la Cartuja a repostar fuerzas y el mismo Bruno se convirtió en su confesor y consejero espiritual.

Sin embargo, nunca las cosas cambian radicalmente y las situaciones de relajamiento no se abandonan con facilidad. Muchos, sobre todo los afectos a los vicios y beneficiados de dádivas, se dieron cuenta de que con el nuevo prelado tenían sus días contados e iniciaron una persecución sin cuartel contra el obispo reformador. Quizás la abundancia de disgustos le proporcionaron fuertes trastornos gástricos que, además de impedirle tomar alimentos, le causaban grandes dolores de cabeza. Trastornos disimulados con singular entereza, vividos no pocas veces en su sola intimidad.

El santo obispo no cejaba en sus permanentes deseos de retirarse a la soledad. A Roma llegaron con los diversos papas sus peticiones de abandono. Pero ninguno de ellos lo consintió. Ni Gregorio VII, ni Urbano II, ni Pascual II, ni Calixto II, ni Honorio II, ni Inocencio II aceptaron la renuncia. Se dice que fue Honorio II quien, cuando conoció los deseos de Hugo, ya anciano y enfermo, respondió con esta frase lapidaria: «Prefiero de obispo a Hugo, viejo, débil y enfermo, antes que a otro lleno de juventud y lozanía».

Hugo, por su parte, se mostró celoso defensor de los papas en una época turbulenta para con el papado. Así, en 1112 tomó parte en el concilio de Vienne, donde fue condenado Enrique IV, que llegó a despreciar y enfrentarse con el papa Pascual II. En el concilio de Puy-en-Velay se enfrentó al antipapa Anacleto II para defender al papa verdadero, Inocencio II. A pesar de su enérgica defensa Inocencio II tuvo que refugiarse

en Francia. Ya entonces Hugo se hallaba muy quebrantado de salud y el papa comprendió la situación. Con gran sentimiento debió aceptar la renuncia del obispo. No podían ser las cosas de otra manera. Tanto que pocos meses después de retirado entregaba su alma a Dios, con el que se hallaba en permanente contacto de oración y de espera.

Dios lo quiso purificar hasta el punto de que al final de sus días llegó a perder la memoria. No conocía ni a sus amigos. Lo único que recordaba eran Salmos y el Padrenuestro. Por eso se pasaba horas enteras rezando estas oraciones.

Al frente de su diócesis había destacado por la elocuencia y calidad de su palabra, por sus permanentes penitencias y ayunos, por su entrega a los pobres y necesitados. Hasta llegó a vender su propio anillo pastoral y su cáliz de oro para atender a los pobres. Y si no vendió los caballos que le servían para visitar la diócesis fue porque se lo impidieron. No tenía medios para sacar dinero para los necesitados.

El escritor Juan Croisset sintetiza el juicio de su vida en estas palabras:

«En Grenoble vivía como en la Cartuja. Era perpetuo su ayuno, casi todos los días predicaba a su pueblo, no le conocían por otro nombre que el de Padre de los pobres [] Velaba con extrema severidad sobre todos sus sentidos» Cuando se retiraba a descansar a la cartuja de su obispado, «viviendo entre los nuevos ángeles del desierto, les restituía con usura los ejemplos de mortificación y de humildad que recibía de ellos, solo le distinguían de los demás los excesos de su fervor, echaba mano de los oficios más viles y más bajos, era el primero en el coro y acompañaba las penitencias con oración casi continua»

Murió llorado por toda su grey el 1 de abril de 1132. Cuando se difundió la noticia de su muerte llegaron de todas partes diocesanos ansiosos de contemplar su cuerpo. Durante cinco días tuvo que estar expuesto al público, conservándose sus restos tan frescos y lozanos como si estuviera vivo. Para poderle dar tierra en la iglesia de Santa María, tuvo que hacerse durante la noche cuando se hallaban a solas los sacerdotes, cartujos y algunos varones distinguidos, porque el pueblo en masa seguía desfilando ante su cadáver. No en vano había sido su pastor durante más de cincuenta años.

Dos años después fue canonizado solemnísimamente por el papa Inocencio II, que conocía tan bien la virtud del santo obispo. Para ello encargó al Beato Guido, quinto prior de la Gran Cartuja y amigo de Hugo, que recogiese con exactitud la relación compendiada de sus virtudes y milagros. Examinados y leídos personalmente los hechos, Clemente II lo declaró santo el año 1134, cuando presidía un Concilio en Pisa.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

CROISSET, J., SJ, *Año cristiano. Marzo* (Barcelona 1867) 25-30

GONZÁLEZ-CREMONA, J. M. - GONZÁLEZ-CREMONA NOGALES, P. D., *Diccionario de los Papas* (Barcelona 1989) 78ss.

«San Hugo de Grenoble», en A. MARTÍNEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano. Abril* (Madrid 2001) 31s.

BEATO LUDOVICO PAVONI

Presbítero y fundador († 1849)

Traía al mundo una hermosa misión y le daría el Señor la gracia de saber cumplirla. Él por su parte correspondería con firmeza a la llamada divina, y cuando llegó la hora de echarse en los brazos del Padre y dejar esta vida, su obra seguiría haciendo el mucho bien que él había hecho.

Nace en el seno de una noble y acomodada familia. Fue el primer hijo de Alejandro Pavoni y Lelia Poncarali. Tenían hermoso palacio en la ciudad de Brescia, donde nace este su primer hijo, Ludovico, el 11 de septiembre de 1784. Tenían también vastas posesiones agrícolas. Otros cuatro hijos más alegrarían aquel hogar. No les tocaba a los hijos de los Pavoni venir al mundo en un tiempo sencillo. Tenía Ludovico cinco años cuando se produce la Revolución Francesa y a partir de ahí conocería sonados cambios políticos y cambios de amo en su propia patria. Sus padres se esforzaron en dar a sus hijos una sólida y seria educación cristiana, y procuraron que los problemas del tiempo llegaran lo más amortiguados posible a su prole. Pasaban temporadas en el pueblecito de Alfianello, donde tenían una buena casa, y por ello Ludovico desde niño conocía no so-

lamente a la gente de la ciudad sino también a la gente del campo. En el pueblo podía ir con su padre a la caza y a la pesca y disfrutaba con los perros que los acompañaban. Sus padres no eran clasistas y por ello no tenían inconveniente en que Ludovico hablase y jugase con los chicos del campo. Le dolía su ignorancia y se ponía a quererles enseñar a leer, a contarles el catecismo y les daba lo que podía, una vez su propia ropa. Así pasó su infancia y adolescencia.

Sintiendo una voz interior que lo llamaba, habló con su padre su deseo de ser sacerdote y comenzó los oportunos estudios. Se sentía llamado a hacer el bien por los demás, y entendía que el sacerdocio iba a ser el marco de una vida entregada a hacer el bien. Con veintidós años, el 21 de febrero de 1807, era ungido sacerdote de Cristo por las manos de monseñor Gabrio María Nava.

Buscó enseguida ejercicio de su sacerdocio directamente útil a las almas. Además de estar disponible para la administración de los sacramentos, empezó a preocuparse por la instrucción cristiana de los jóvenes y por la asistencia religiosa a los enfermos. En estas santas tareas se ocupaba cuando en 1812 el obispo le llama y le pide que sea su secretario y empiece a vivir íntimamente unido a tan santo pastor. Era un hombre de grandes convicciones que veía que las tribulaciones que venían sobre la Iglesia tenían que ser respondidas con un espíritu de imparable celo apostólico, acudiendo a donde la necesidad fuera más urgente. El obispo y él estuvieron de acuerdo en que había un amplio sector, la juventud pobre, absolutamente necesitado. Y entonces se decidió a abrir un Oratorio especialmente para la juventud obrera que puso bajo la advocación de San Luis Gonzaga. El obispo le había encomendado la doctrina de los pobres en la catedral nueva y en la iglesia de Santa María de Pasión. En esta iglesia puso la sede de su Oratorio y comenzó a dirigirlo con sabiduría atrayendo muchos jóvenes a sus actividades. Procuraba apartarlos de los muchos peligros que les acechaban en la sociedad y formarlos humana y religiosamente. Tratados con dulzura, aconsejados con prudencia, amados de forma evidente, los chicos se sentían a gusto en el Oratorio y se les notaba su paso por él.

Pero Ludovico advirtió que cuando los jóvenes pasaban de forma continuada al mundo del trabajo, la influencia del ambiente les apartaba del Oratorio y les hacía perder no poco de lo aprendido en él. Su contacto con las parroquias, a cuyos sacerdotes se ofrecía para colaborar en las catequesis y las predicaciones, le hacía ver que había una gran necesidad de una institución, formalmente constituida, que los preparara también laboralmente y que por otras varias razones el Oratorio era muy benéfico pero insuficiente. El año 1818 el obispo lo nombra canónigo de la catedral y le da la capellanía de la iglesia de San Bernabé, que pasa a ser el centro de su actividad. Se decide a abrir la Escuela Profesional, lo que logra en 1821, y comienza a dar formación profesional en tipografía, encuadernación de libros, papelería, platería, cerrajería, carpintería, herrería y zapatería. Recibió chicos en las habitaciones de San Bernabé y el instituto comenzó a ser casa para aquellos jóvenes que sufrían de mayor abandono. Él les ofrecía cariño, educación, cobijo y un oficio. Empleó no pequeña parte de su fortuna personal en reparar el edificio, que constaba de iglesia y convento anejo. Comenzó a tener que superar no pocas dificultades, pero siempre contó con la Providencia. El obispo, enamorado de la obra, compró la totalidad del convento y la puso a disposición de Ludovico. Luego de años de existencia y habiendo consolidado la institución pudo ver que se la aprobaban las autoridades civiles, lo que logró en 1825. Tenía desde entonces reconocimiento público. Comenzó en la tipografía a publicar buenos libros, y así además del apostolado que se hacía con los chicos se empezó a difundir el bien desde el instituto por medio de la prensa. Se arriesgó a publicar libros de verdadera consideración como las obras del P. Segneri, las de San Francisco de Sales, el «Ejercicio de perfección» del P. Rodríguez, las obras de San Alfonso María de Ligorio... Del instituto comenzaron a salir jóvenes verdaderamente bien formados que, con toda seguridad, podían ya integrarse en la sociedad, formar nuevos hogares y distinguirse como buenos profesionales y buenos cristianos, y comenzaron también a surgir de entre ellos vocaciones religiosas.

Además de los imprescindibles maestros de talleres se le unieron otros clérigos como colaboradores y comenzó también

a pedir la colaboración de los muchachos mayores: ellos tenían que enseñar a los pequeños. Y algunos de estos muchachos mayores, terminado su ciclo de enseñanza, se quedaban en calidad de educadores en el Oratorio. Para este grupo de cooperadores escribió un «Reglamento», en el que se detallaban las funciones distintas y se daban^{vi} normas sobre la necesaria convivencia. Ludovico experimentaba la presencia misteriosa de la Providencia divina. Los socorros le llegaban justo cuando más lo necesitaba y a veces de forma anónima.

En 1841 pudo adquirir una finca en Saiano, junto a Brescia, en la que había un antiguo convento deshabitado. Quiso en un principio dedicarla a un nuevo Oratorio, esta vez para jóvenes campesinos pobres, pero no cuajó el proyecto, y la finca quedó como lugar de vacación y recreo de los chicos de San Bernabé, que podían así salir de la plena ciudad al campo y vivir en un ambiente tan sano, haciendo excursiones, peregrinaciones, etc. Ese mismo año dio cabida en el instituto a un grupo concreto de chicos: los sordomudos. Llevaban asistiendo al instituto desde 1837 como alumnos externos, pero Ludovico se convenció de que lo mejor era integrarlos en el internado. Oportunamente había enviado a Milán a su antiguo alumno Domingo Guccini para que aprendiese el lenguaje y trato de los sordomudos. Una vez preparado, volvió a Brescia y asumió la educación especial de los sordomudos. El propio Ludovico aprendió también algunos de los signos del lenguaje de los mudos y pudo así comunicarse con ellos. No dejó de tener dificultades con algún maestro de sordomudos que se le desanimaba, pero su caridad y buen juicio le hizo ver al maestro la alteza de la misión que desempeñaba.

Ludovico se daba cuenta de que el instituto respondía a claras necesidades que no dejarían de existir cuando él ya no estuviera, y que por ello había que institucionalizar el cuerpo de dirigentes del instituto. Muy pronto comenzó a pensar que nada mejor que fundar una nueva congregación religiosa que tuviera como carisma el servicio a los fines educacionales del instituto. Consultó el tema con el obispo, que se lo aprobó. Roma también se manifestó conforme. Redactó unas reglas, que igualmente merecieron el sí del prelado, y entonces comenzó a di-

fundir la idea entre sus colaboradores. La redacción de las constituciones la concluyó en 1845 y delineó la sociedad religiosa a fundar como un cuerpo con sacerdotes y hermanos laicos. Los primeros se dedicarían a la dirección espiritual y temporal de la institución. Los segundos serían los maestros de artes y oficios. Todos vivirían en perfecta comunidad, estando animada la sociedad ante todo por la caridad de Cristo. No dejó de consultar y plantear el proyecto con muy diversas personas, recibiendo ánimo y apoyo. En 1844 hubo algo que sancionó el reconocimiento social a su obra: el emperador le envió la condecoración de la Orden de la Corona de Hierro.

Cambiado el obispo por muerte de Mons. Nava, acudió en diciembre de 1844 a exponerle el proyecto al nuevo prelado Mons. Ferrari. Éste admitió a trámite el proyecto, pero no bastaba la autorización eclesiástica sino que —recordemos el regalismo de la corona austríaca— se precisaba la licencia del emperador. La licencia del obispo se obtuvo sin dificultad, la del emperador llegó el mes de junio de 1847. Y ese mismo año recibió la de la Santa Sede. Entonces se dispuso a formalizar la fundación. Ésta tendría lugar el día de la Inmaculada, 8 de diciembre, pero antes debía renunciar y renunció a su canonjía en la catedral y debía desprenderse de todos sus bienes terrenos, que cedió al instituto. El día de la Virgen, en la iglesia de San Bernabé, Luis Pavoni emitió los votos religiosos en la nueva Congregación de Hijos de María, que quedó bajo su dirección. Seguidamente y como tal superior recibió la profesión de los primeros cinco seguidores suyos que se dedicaban a servir a Dios en la educación de jóvenes pobres y abandonados.

El año siguiente, 1848, fue un año de revoluciones. En Brescia triunfó una de momento y se proclamó un gobierno provisional, una vez echadas las autoridades austríacas. Y este gobierno se dedicó a expulsar a los jesuitas y a las demás congregaciones religiosas, pero hizo una excepción con la naciente congregación de Pavoni. El 23 de marzo de 1849 estalla una nueva rebelión y los austríacos se atrincheran en el castillo de la ciudad desde donde bombardean sin cesar a la población. Frente a San Bernabé se alza una barricada. Ludovico se decide a huir con sus muchachos. Los levanta en la noche del 24 a todos,

y emprenden el camino a Saiano, unos en carretas, otros andando. Y, además, se puso a llover. Llegaron todos empapados a Saiano, y Ludovico con una pulmonía. Tuvo que meterse en la cama y empezó a empeorar. Rodeado de sus hijos y de sus muchachos muere al amanecer del 1 de abril de 1849, domingo de Ramos.

Su obra ha subsistido providencialmente. Una crisis interna hace que la familia de Pavoni se divida: unos se quedan en Brescia y otros marchan a Verona. La rama que queda en Brescia es disuelta por el obispo. La rama véneta es suprimida cuando la autoridad civil suprime en 1866 todos los institutos religiosos. Pero algunos hermanos, guiados por el Padre Dossi, se reúnen en Trento y logran rehacer la obra de Pavoni. No sólo subsisten sino que se extienden a otras partes del norte de Italia y de allí a otros países. En España tienen varias casas.

En 1908 comenzó su causa de beatificación. Pío XII declaró las virtudes heroicas de Ludovico en 1947. Por fin este insigne sacerdote, llamado «otro San Felipe Neri» y precursor de San Juan Bosco, fue beatificado el 14 de abril de 2002.

JOSE LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

- BERTOLDI, R., *Lodovico Pavoni, educatore* (Milan 1949)
DELLA CIOPPA, G., *Lodovico Pavoni fondatore della Congregazione dei Figli di Maria Immacolata* (Milan 1946)
RODRIGUEZ BLANCO, M., FMI, *Amados como a las niñas de vuestros ojos P. Ludovico Pavoni* Folletos «Con El» Testimonios y testigos

C) BIOGRAFIAS BREVES

SANTA MARÍA EGIPCIACA

Penitente (s. v)

El fondo de verdad de la historia de Santa María Egipciaca parece ser el siguiente: era una mujer de la vida en Alejandría, que, en un viaje a Jerusalén, se sintió tocada de la gracia de Dios, se arrepintió de sus pecados y, cruzando el Jordán, hizo penitencia el resto de su vida en la soledad del desierto. Sobre

estos datos que parecen seguros luego la leyenda amplificó la narración y tuvo una gran popularidad en la Edad Media.

SAN CELSO DE ARMAGH

Obispo († 1129)

Cellach McAedh era un irlandés que profesó la Regla benedictina en el monasterio de Glastonbury, y habiéndose acreditado por sus virtudes fue elegido arzobispo de Armagh en 1106. Aquí mostró sus grandes cualidades como verdadero pastor, amante de la disciplina y buen orden en la Iglesia, y como tal primado veló no solamente por su diócesis sino por la reforma de todas las diócesis de Irlanda. Deseaba que su sucesor fuera San Malaquías, obispo entonces de Connor, y que efectivamente le sucedió. Murió el 1 de abril de 1129.

BEATO HUGO DE BONNEVAUX

Abad († 1194)

Era sobrino de San Hugo de Grenoble, y profesó en el monasterio cisterciense de Mezières. Sus buenas cualidades lo acreditaron para abad del monasterio de Léoncel, donde rigió santamente la comunidad, siendo destinado en 1169 al de Bonnevaux. Su fama de santo y de taumaturgo condujo a su mediación entre el papa Alejandro III y el emperador Federico I Barbarroja, quienes finalmente hicieron las paces por el tratado de Venecia en 1177. Murió el 1 de abril de 1194.

SAN GILBERTO DE CAITHNESS

Obispo († 1245)

Fue obispo de esta sede escocesa entre 1225 y 1245. Construyó la iglesia catedral y también hospitales para el servicio de los pobres, y fue amigo y consejero de los reyes escoceses de su tiempo. Frente a las pretensiones del arzobispado de York, él

sostenía la autonomía de la iglesia de su país. Murió el 1 de abril de 1245.

BEATO JUAN BRETÓN

Martir († 1598)

Nació en Bretton, llamado luego Mont Breton, junto a Barnsley, en la región de York en 1529. Era la suya una prestante familia, por lo que las fuentes lo presentan como un gentil-hombre. Era un católico convencido y militante, casado y padre de familia, que se había negado a cambiar de religión cuando la corona por segunda vez indujo a Inglaterra al protestantismo. Para evitar el peligro que su fe acarrearba había tenido que vivir mucho tiempo ausente de su casa, lo que llevó con paciencia. Era ya mayor cuando fue arrestado y acusado de sedición porque un mal sujeto dijo de él que había pronunciado palabras injuriosas contra la Reina. En el juicio negó la acusación, se declaró católico y dio firme testimonio de su fe. Se le ofreció la vida y la libertad si apostataba del catolicismo pero se mantuvo fiel a su conciencia. Tras ser condenado como traidor, fue ahorcado y descuartizado en York el 1 de abril de 1598 bajo el reinado de Isabel I. Beatificado el 22 de noviembre de 1987.

2 de abril

A) MARTIROLOGIO

1 En Plessis (Francia), San Francisco de Paula († 1507), fundador de la Orden de los Mínimos **

2 En Cesarea de Palestina, San Apiano o Apfiano († 306), martir *

3 En el mismo sitio, Santa Teodora († 307), virgen y martir

4 En Como (Liguria), San Abundio († 468), obispo

5 En Capua (Campania), San Victor († 554), obispo

6 En Lyón (Francia), San Nicecio († 573), obispo

7 En Luxeuil (Borgoña), San Eustacio († 629), abad

8 En Chelmsford (Inglaterra), San Juan Paine († 1582), presbitero y martir *

9 En Tomhom (Isla de Guam), los beatos Diego de San Vitores, presbítero, de la Compañía de Jesús, y Pedro Calungsod († 1672), mártires *

10 En Espoleto (Italia), Beato Leopoldo de Gaiche († 1815), presbítero, de la Orden de Menores *

11 En Xuong Dien (Tonkin), Santo Domingo Tuoc († 1839), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir *

12 En Padua (Italia), Beata Isabel Vendramini († 1860), virgen, fundadora del Instituto de Elisabetinas Terciarias Franciscanas **

13 En Vich (Cataluña), Beato Francisco Coll († 1875), presbítero, de la Orden de Predicadores, fundador de las Hermanas Dominicas de la Anunciación **

14 En Győr (Hungria), Beato Guillermo Apor († 1945), obispo y mártir **

15 En Lvov (Ucrania), Beato Nicolás Carnecki († 1959), obispo *

16 En Maracaibo (Venezuela), Beata María de San José Alvarado Cardozo († 1967), virgen, fundadora de las Agustinas Recoletas del Sagrado Corazón **

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN FRANCISCO DE PAULA

Fundador († 1507)

Al alborear el 27 de marzo de 1416, en un caserío de Paola, pequeño centro urbano del reino de Nápoles, hubo un gozo desbordado. Santiago de Alessio y su esposa Viena contemplaron embelesados la sonrisa de su primogénito, ardientemente deseado por espacio de tres lustros. Convencidos de haberlo obtenido del cielo por intercesión del serafín de Asís, le impusieron el nombre de Francisco. La leyenda aureoló las sienes del recién nacido con gurnaldas de poesía y de música. Una luz esplendorosa rasgó las tinieblas de la noche. Se oyeron en los aires armonías misteriosas. ¡Feliz presagio! Francisco disiparía las tinieblas que ensombrecían el momento histórico en que le tocó vivir con los rayos luminosos de su santidad de taumaturgo, y apaciguaría los ánimos enconados con el acento persuasivo de su voz de profeta.

En el regazo de la madre el niño aprendió a conocer a Jesús y María, que serían los amores de toda su vida. Sus primeros silabeos tuvieron sonoridades de oración, y fueron actos de virtud sus primeras acciones infantiles. También aprendió a leer.

Las primeras letras constituyeron todo su caudal de cultura en una época de espléndido renacimiento. Una alevosa enfermedad amenazó su vista; mas, antes de que perdiera la posibilidad de contemplar las bellezas de la creación, sus padres le ofrecieron a San Francisco de Asís y el milagro se obró. Contaba el niño trece años cuando, en 1428, a fuer de agradecido y cumpliendo el voto, se vistió de oblato en el convento franciscano de San Marco Argentano. Y en esta escuela perfeccionó el silabario de su futura providencial actuación. Los frailes entreveían gozosos en el ejemplar jovenzuelo un perfecto dechado de vida franciscana. Mas muy otros eran los designios de Dios.

Concluido felizmente el año de oblación, Francisco retorna a la casa paterna y muy luego emprende una peregrinación a los lugares franciscanos de Umbría. Allí, tras las huellas del Pobre-cillo, se disiparon las últimas dudas sobre su peculiar vocación de soledad y penitencia. Durante el viaje el joven peregrino dio pruebas inequívocas de una voluntad fuerte y decidida, de un ánimo emprendedor y generoso, de un carácter capaz de cualquier sacrificio.

Al retorno, su morada no fue el hogar doméstico, sino una cueva de las agrestes cercanías de Paola. Cubrió su cuerpo con burdo sayal y lo ciñó con nudosa cuerda. Por lecho escogió la desnuda tierra y por almohada una dura piedra. Las hierbas crudas del campo fueron su comida, y la fresca agua del cercano arroyuelo su bebida. Así, segregado de todo y de todos, velaba las armas y templaba su espíritu para las futuras batallas.

Al cabo de cinco años de aislamiento descubren su paradero y se establecen los primeros contactos con admiradores y discípulos. Al lado de su desvencijada cabaña se construyen otras; y todas rodean una humilde capillita. Aquellos primeros discípulos eran pobres e incultos como Francisco. El pueblo les dio luego un nombre: Los ermitaños de fray Francisco. Y éste les propuso, en lecciones sorprendentes, un programa de renovación individual y social, primer germen de la nueva regla monástica. En Paterno Cálabro (1444) y en Spezzano (1453) se organizaron otras comunidades. Mientras tanto la fama del ermitaño de Paola había pasado ya el estrecho de Mesina y le llaman a Sicilia. A pie, y con el bordón de peregrino en la mano, llega en 1464 a orillas del

mar. Dícele al barquero: «Hermano, ¿me pasa usted?». Y el barquero, irónico, le responde: «Señor, ¿me paga usted?». «No tengo dinero para pagarle», replica el ermitaño. «Ni yo barca para pasarle», contestó el otro. Sigue un brevísimo silencio. El siervo de Dios se postra sobre la arena y bendice las olas; extiende sobre ellas su manto y lo levanta por el borde para que le sirva de vela, pone su pie sobre la parte desplegada y, ante el natural asombro de todos, atraviesa el estrecho, maniobrando diestramente su manto según las corrientes del viento. Así sucedió a mediodía, a la presencia de numerosos testigos. La historia, la poesía, la pintura, la música han perpetuado el recuerdo de un hecho tan excepcional, y el culto cristiano venera al protagonista del mismo como protector de los navegantes.

Las fundaciones de los ermitaños de Paola se desarrollan en un ambiente de simpatía. Y es que Francisco supo imprimirles un matiz propio para satisfacer una apremiante necesidad de los tiempos y lugares: socorrer material y moralmente unas poblaciones abandonadas en uno y otro sentido, empobrecidas por las guerras, devastadas por la carestía y la peste y desvergonzadamente explotadas por los gobernantes. Al frente de este dinámico equipo, con que se enriquecía la Iglesia, desplegaba un fecundo apostolado social por medio de la caridad, que fue el santo y seña de la nueva Orden religiosa bajo el escudo simbolizado en la mágica palabra *Chartas*. Asimismo se hizo pregonero del mensaje de la penitencia evangélica, compendiada en la abstinencia absoluta y perpetua sancionada con un voto solemne. Y fue éste un remedio muy eficaz contra la gangrena social del siglo XV. El Renacimiento, con sus resabios de paganismo, arrastraba a la sensualidad, al afeminamiento y al desmoronamiento de la ascética cristiana. La cruzada penitencial de los «mínimos» produjo óptimos frutos.

Para realizar convenientemente la importante misión confiada a Francisco, Dios le distinguió con el don de milagros, que forman como la trama de toda su vida y un caso único en la hagiografía católica, tan rica de taumaturgos. El milagro, en efecto, florecía donde él ponía sus plantas, donde tocaba su mano o se escuchaba su voz. La leyenda ha inventado unos y adulterado otros; pero la historia ha conservado en sus anales muchísimos

de autenticidad indiscutible. Y esta floración de milagros animaba los hechos sorprendentes que iban entretejiendo su historia y se proyectaba en los acontecimientos religiosos, sociales y políticos en que el siervo de Dios intervenía, ilustrándolos y embelleciéndolos.

Mas este don taumátúrgico ahondaba sus raíces y tenía su marco propio en las sólidas virtudes que hermoseaban el alma de nuestro biografiado. A cualquiera será fácil entretejer con ellas un gracioso ramillete. La caridad polifacética fue su estrella polar, la luz que iluminó los senderos de su vida. La humildad alegre y generosa le facilitó la convivencia amigable y serena con el pueblo desvalido y le preservó de los vértigos de la grandeza y del fausto de las cortes en que vivió. Su austeridad heroica proyectaba en un mundo lleno de apetencias las armonías de la cruz redentora. La oración y la contemplación, manteniendo el contacto con la gracia, hizo de su vida un acto continuo de adoración al Padre que está en los cielos.

Así se nos presenta la silueta señera del fundador de los mínimos con la huella indeleble que imprimió en las páginas de la historia del Renacimiento. Francisco de Paula no fue sacerdote, pero sí un reformador auténtico, que supo imprimir a toda su actividad una tonalidad marcadamente social. Fue el defensor valiente y decidido de los pobres y de los oprimidos, participando en sus penas y alentándoles en sus dificultades. No sólo con su conducta —que era un reto continuado a los desórdenes de la sociedad—, sino también con su protesta vibrante e irreducible ante los atropellos de las autoridades. «La tiranía no place a Dios bendito», era como un estribillo monótono en sus labios. Y lo mismo lo repetía al señor feudal sin conciencia y a los barones y ministros reales sin entrañas, que a los reyes desaprensivos e insolentes. «¡Ay de los que gobiernan y mal gobiernan! ¡Ay de los ministros de los tiranos! ¡Ay de los administradores de justicia que olvidan que el fin principal de la autoridad es el bien común!». Francisco era valiente e intrépido en sus diatribas. No temía a nadie. Obraba por amor, y la caridad es la antítesis de la cobardía.

Los ecos de aquellas amonestaciones terroríficas, que resonaban por toda Calabria, llegaron hasta la corte de Nápoles.

Fernando I el Bastardo (1458-1494), instigado por sus consejeros áulicos, quiso poner un límite a la libertad apostólica del pregonero evangélico. Mas también él hubo de inclinarse rendido ante la fuerza avasalladora de la santidad y del milagro. En febrero de 1482 le recibe con los laureles del triunfo en su misma corte; y el siervo de Dios pasa algunos días en el palacio real con la misma sencillez y pobreza con que viviera en la cueva más apartada. Los biógrafos nos han conservado algunos episodios con auténtico sabor de florecillas acerca de esta morada palaciega. Sin doblegarse ante los halagos y las promesas, supo reprender la conducta poco recomendable del soberano. En cierta ocasión le presenta en bandeja de plata un montón de monedas de oro destinadas a la fábrica del convento de la capital. El Santo las rechaza con cortesía. Y, fijando sus ojos escrutadores y profundos en el semblante del rey, exclama:

«Majestad, vuestro pueblo vive oprimido, el descontento es general, la adulacion de los cortesanos impide que los gritos de tantas desgracias lleguen a vuestro augusto trono. Acordaos, Majestad, que Dios ha puesto el cetro en vuestras manos para procurar la felicidad y bienestar de los vasallos y no para satisfacer vuestras ansias desmesuradas de orgullo y vanidad ¿O creéis, por ventura, que no existe el infierno para los que mandan? Ese oro que me ofreéis no os pertenece, es el precio injusto del peso insoportable de las contribuciones que esta desangrando las venas de vuestros vasallos y clama venganza al cielo»

Y sin terminar estas encendidas frases ni apartar su mirada del augusto interlocutor, toma una moneda de la bandeja y, cual si fuera un juguete, la desmenuza entre sus dedos y brotan gotas de sangre que salpican el manto real. El rey tiembla de pies a cabeza, dobla su rodilla y promete administrar sus Estados con caridad y justicia.

Mientras Francisco recorría los agrestes senderos de Calabria derramando bondades y regalando salud a los cuerpos y a las almas, y hasta restituyendo la vida con milagros, la fama de sus estrepitosos prodigios llegó a la corte francesa. Luis XI (1461-1483) pasaba los años de su vejez prisionero voluntario en el alcázar de Plessis-du-Parc (Tours). Ante el terror de la muerte había movilizadado todas las fuerzas espirituales de la nación para implorar la salud corporal. En vano. Como último re-

curso manda una embajada al taumaturgo de Paola, confiando que sola su presencia le otorgaría la suspirada gracia. Mas éste, que había descubierto en aquel gesto sólo interesados fines temporales, se niega a satisfacer sus deseos. Intervienen el rey de Nápoles y el papa Sixto IV, y se rinde ante la voluntad de Dios. Tenía sesenta y nueve años de edad. Sin abandonar su bordón de peregrino emprende a pie el viaje, dejando para siempre su patria. Antes de abandonar el último altozano, desde el cual pudo contemplar las aldeas de Calabria diseminadas en la campiña y en las laderas de los montes, una honda pena le oprimió el corazón. Con los ojos humedecidos por las lágrimas, extiende hacia lo alto sus cansados brazos e implora para aquellas pobres gentes días más felices y afortunados.

Finalmente, a principios de 1483 se hace a la vela en Ostia con rumbo a Francia. En el agitado golfo de Lyon calmó una fiera tempestad y libró su embarcación del bajel pirata que la amenazaba. Su itinerario hasta Tours fue una marcha triunfal jalonda por el milagro. El aura popular que le precedía había creado en la corte un ambiente de confiado optimismo y le dispensó un recibimiento apoteósico. El rey, que entreveía ahora el día más feliz de su agitada existencia, apenas pudo pronunciar estas palabras entrecortadas por la emoción: «Prolongadme la vida, oh padre». Para eso precisamente le había llamado. Sin embargo, el taumaturgo no le obtuvo la salud corporal, de la que tanto había abusado con un gobierno cruel y despótico. Pero le recordó palabras de vida eterna, enseñándole a bien morir. «La vida de los reyes, sire, como la de cualesquiera de sus vasallos, está en la mano de Dios. Poned orden en vuestra conciencia y en vuestro Estado». Sigueron días de afectuosos e íntimos coloquios. El monarca pretendió colmar al Santo de sus augustas atenciones; pero no logró que habitara en el palacio, prefiriendo una cabaña en el parque real. Amaestrado por Francisco, se persuadió de la realidad inexorable de su destino terreno. En vez de la salud del cuerpo, había obtenido la del alma. Y el 30 de agosto de 1483 Luis XI, el rey más insolente de la época, murió más cristianamente de lo que había vivido. Fue el milagro que él no había pedido.

Si bien Francisco había soñado y escogido por su morada el desierto, la divina providencia dispuso que continuara su misión

en la corte más fastuosa y mundana del siglo, trabajando por la pacificación y salvación de Europa. A la muerte de Luis XI, no regresa a su patria, sino que desde el cuartel general de Plessis-du-Parc, organizado ya en convento regular, fue el consejero de Carlos VIII y Luis XII en momentos históricos decisivos para el reino. En Francia, como en Italia, el Santo fue constantemente el abanderado y defensor de los oprimidos, estuvo siempre de parte de ellos, porque siempre estaba de la parte de Cristo. Un ejemplo luminoso de esta conducta nos lo ofrece su encuentro en la corte francesa con una mujer nacida para el dolor y el sacrificio: Santa Juana de Valois, la hija no amada de Luis XI y la esposa despreciada de Luis XII, fundadora de la Orden de la Santísima Anunciada. Nuestro Santo fue para la desventurada reina consejero iluminado, amigo fiel, ángel del consuelo en el áspero calvario de su vida. En definitiva, un rasgo delicadamente humano que se trenza con la austeridad algo selvática del santo anacoreta.

San Francisco intervino asimismo en la vida política y militar española, ofreciendo nuevos perfiles a la catolicidad de su misión. Ya desde joven había reaccionado contra el peligro de la media luna. Y mientras los soldados del rey de Nápoles combatían en Otranto (1480) contra el asalto del Islam, él y sus ermitaños movilizaron las fuerzas imponderables de sus oraciones, sacrificios y consejos a favor de las armas cristianas. Aquellos entusiasmos juveniles no desaparecieron en la vejez, cuando la cruzada se combatía en las vegas andaluzas. Ahora el taumaturgo de Paola, desde la corte de Francia, se pone al lado de los cruzados hispanos. Las armas de Fernando V tropiezan con serias dificultades a las puertas de Málaga, el asedio se prolonga; los asaltos a la fortaleza se multiplican inútilmente; cunde el desaliento y se plantea la retirada. En aquel crítico momento se presentan ante el rey dos religiosos enviados por el solitario de Plessis con una embajada: es necesario continuar sin titubeos ni vacilaciones la cruzada contra el Islam. A los tres días —era el año 1487— el rey, al frente de sus tropas victoriosas, entra en la ciudadela. Y el pueblo saludó a los embajadores como «frailes de la Victoria» y Fernando V les ofreció una residencia. Nuestra Señora de las Victorias perpetúa en la capital malagueña el re-

cuerto. Así, San Francisco de Paola, representado en sus religiosos, entraba en la vida nacional al sonido de las trompetas de la victoria, hallándose presente al remate triunfal de la Reconquista. Y, en afanes apostólicos, los mínimos extendieron su benéfica aportación al Nuevo Mundo hispano, pues el jefe espiritual de la primera expedición de las carabelas de Colón (1492) fue el mínimo aragonés fray Bernardo Boyl. Y en esta proyección americana latía el espíritu del fundador.

En el atardecer de su laboriosa jornada no disminuyó la actividad bienhechora de consejero y orientador de conciencias. Seguía siempre en vanguardia defendiendo los intereses de Dios y de su Iglesia, mientras que el continuo e intenso ejercicio de las virtudes afinaba más y más su noble espíritu y lo enriquecía de tesoros de vida eterna. Por fin llegó la hora suprema. Todavía resonaban en sus oídos los ecos conmovedores de la pasión de San Juan que hiciera leer en su lecho de muerte, cuando el Viernes Santo de 1507, 2 de abril, el taumaturgo Francisco de Paula, silenciosamente, volaba al cielo. Así lo proclamó enseguida a voz en grito el pueblo de Tours. Así lo sancionó Dios con una lluvia de gracias y milagros. La corte de Francia se hizo intérprete de la voz común, y León X, el 1 de mayo de 1519, le decretó los honores de los altares. En esta memorable ocasión el Sumo Pontífice le proclamó ante la faz del mundo entero «enviado de Dios para iluminar, cual mística estrella, las tinieblas de su siglo». En realidad, la estrella que apareció en el cielo de Paola en la alborada del 27 de marzo de 1416 y sufrió un eclipse en Tours a mediodía del 2 de abril de 1507 continúa brillando en el firmamento de la Iglesia, después de haber iluminado con sus fulgores una de las épocas más turbulentas de la historia y de haber dado a la edad del Renacimiento pagano matices de color de cielo.

MELCHOR DE POBLADURA, OFM. CAP.

Bibliografía

Acta SS. Boll., 2 de abril: *Procesos de beatificación; Vita*, por L. della Chiave, testigo de vista.

AGUSTI, V., SJ, *Vida de San Francisco de Paula, fundador de la Orden de los Mínimos* (Madrid 1912)

DABERT, N. J., *Histoire de saint François de Paule et de l'Ordre des Minimes* (Périgueux 1875).

PRADIER (Abbé), *Les grands fondateurs d'Ordre: Saint François de Paule, fondateur des Minimes* (París 1892).

ROBERTI, G. M., OM, *San Francesco di Paola, fondatore dell'ordine dei Minimi (1416-1507)* (Roma 1915)

— Actualización:

ADDANTE, P., *Il processo cosentino e turonense a Francesco di Paola: ricerche storico-critiche* (Bari 1979).

BELLANTONIO, A., *S. Francesco di Paola. Postulazione Generale dei Minimi* (Roma 1973).

CASTIGLIONE, A., OM, *San Francisco de Paula: vida ilustrada* (Barcelona 1980).

FOLCOU, M., *Saint François de Paule, sa vie, son culte a Fréjus, sa bravade* (Fréjus 1998)

BEATA ISABEL VENDRAMINI

Virgen y fundadora († 1860)

He aquí otra mujer enamorada de las riquezas de los pobres, de la hermosura de la gente fea, del amor de quienes carecen de amor. Una loca, una mística, un cielo en la tierra.

Se llamaba Isabel Vendramini. Sus padres eran Francisco y Antonia Duodo y nació en Bassano del Grapa el día 9 de octubre de 1790. La familia era de clase media por parte de padre y de clase alta por parte de madre; ella era noble, de los Vénetos. O sea, una casa bien, sin pasarse de la raya.

Era una chica de gran sensibilidad; la primera comunión y la confirmación hicieron mella en su alma. No celebraba esos acontecimientos sin que dejaran honda huella en su interior. O sea, lo que se llama «una figura de buena arcilla». Y para mayor ilustración estuvo como alumna en las hermanas agustinianas que la enfilaron hacia caminos de gran altura espiritual.

A los 27 años estaba ya para casarse con un guapo chico de Ferrara y no sabemos lo que le pasó. Fue como una verdadera conversión. Ante la idea cercana de casarse, se lo pensó tres veces y al cabo de muchos apuros interiores le dijo al novio que no se casaba; que lo dejaba plantado; que se le habían metido en la cabeza otras iniciativas más altas. Y después de dar este paso tan duro para cualquier joven casadera, estuvo en casa madurando la forma de llevar a cabo sus ideales nuevos.

Quería dar toda su vida a Dios, quería hacerse pobre con los pobres y curar las enfermedades corporales y espirituales de todos los enfermos que se pusieran al lado.

Tres años pensando, y en ellos, haciendo prácticas de caridad cristiana. Llevaba una vida muy austera entre penitencias y caridades. Asistía a los enfermos y se entregaba a la educación de las muchachas de un orfanato. Era el día 7 de agosto de 1820 y ya estaba viviendo en el orfanato de Bassano, su pueblo. Poco a poco se iba saliendo con la suya. Al año siguiente se hace terciaria franciscana. Cada vez andaba por caminos más empinados.

El día 1 de enero de 1827 deja su pueblo y se traslada a Padua, a la patria de San Antonio, el portugués afincado en Italia. Y en Padua se va a vivir a la zona más pobre de la ciudad. Es lo que se dice: «De hacerla, hacerla gorda».

A los tres días de llegar a Padua es contratada en la Casa de los Expósitos para la formación de las jóvenes. Y allí se encontró con un santo sacerdote Luis Morán al cual confió sus ideales de fundación y le entregó las preocupaciones de su alma. Él se convirtió en su director y en colaborador de la fundación. En todas partes hay santos sacerdotes que se ponen al lado de mujeres geniales, las fundadoras, y las ayudan a caminar seguras.

Va pasando el tiempo y a los tres años tiene un pequeño grupo de amigas que le siguen. Con ellas empieza la nueva fundación de las Terciarias Franciscanas Isabelinas. El día 4 de octubre de 1830 comienza la aventura. Al año siguiente hacen la profesión religiosa en serio. Toman el nombre de Isabel de Hungría, patrona de las terciarias franciscanas. Su ideal es vivir al servicio de los pobres.

El corazón de su doctrina estaba en el misterio de la Santísima Trinidad. Conviene decirlo, porque cada persona, cada institución tiene su matiz especial, su carisma, su tono de voz. Y estas hermanas, contemplando el misterio de la Trinidad, sacaban fuerza para servir por entero a los pobres. Dios inspira sus caminos como quiere y por donde quiere. Y el trinitario era el camino de estas esforzadas mujeres. O sea, que empezaba por ser un espíritu contemplativo.

Pero enseguida se presentaba el lado activo de la vida de estas hermanas. La fundadora daba ejemplo en el trato con los

enfermos, con los ancianos y con los niños. Y el colmo de su fama llegó cuando vino el cólera morbo y las gentes se morían como chunches.

Murieron algunas hermanas de la congregación en este servicio a los enfermos. Por esa razón, en todas partes se hablaba de la heroicidad de estas mujeres que estaban dispuestas a perder la vida en servicio a los enfermos. Los actos heroicos siempre han llamado la atención, son como un milagro venido del cielo. Estas mujeres sobresaltaban a cualquiera.

Hemos hablado del misterio de la Trinidad. No podemos olvidar que las personas que viven con fuerza una idea, la viven como si fuera un árbol, en sus diversas ramas. Y así se puede decir que Isabel cultivaba en sus hijas el amor a Jesús crucificado, a la Eucaristía y la Dolorosa. ¿Por qué estas tres figuras están las tres llenas de sangre? Porque querían llegar a los enfermos con el alma templada para sobrellevar cualquier sacrificio aunque les costara sangre.

Eran buenos tiempos para las vocaciones. Isabel tuvo la suerte de encontrar enseguida un numeroso grupo de chicas que le seguían en su vocación. Hoy los tiempos se nos han vuelto en contra y aún no sabemos por dónde vamos a salir. Muchas comunidades se sienten en crisis y algunas van desapareciendo. Pero Isabel tuvo la suerte de vivir en mejores días.

Así tuvo a su cargo numerosas chicas que se dejaban formar en el espíritu de la fundadora. También crecían los puestos de trabajo. Veamos: en 1834 las llaman a la Casa de las Industrias. Dos años más tarde, se hacen cargo de la instrucción de las niñas huérfanas, huéspedes del colegio del Beato Peregrino. Pasado algún tiempo las llaman para asistir a ancianos en casas de reposo, a los enfermos en sus propias casas y en los hospitales. Y la que hemos dicho, llegado el cólera había trabajo peligroso para todas.

Es curioso observar que en esos mismos años se multiplicaban las fundaciones de hombres y mujeres dedicadas a los pobres y enfermos. Ello denota que la sociedad civil no llegaba a cubrir estos sectores de la sociedad, y la Iglesia suplía estos servicios porque se sentía llamada a estar cerca de los más desatendidos. Si hacemos ahora la lista, no paramos en medio día. Es

admirable que siempre haya estado la Iglesia llenando agujeros que nadie atendía.

Y el Instituto seguía bajo la vigilante mano de la madre fundadora. Estuvo de superiora durante 32 años, que se dice pronto. Era la persona más amada de toda la congregación; ella le dio su tinte franciscano, su espíritu caritativo y su afán misionero. Hoy son más de 150 comunidades extendidas por el mundo.

Isabel murió en Padua, el 2 de abril de 1860, a los 70 años de edad. Las beatificaciones son lentas; sólo a los 200 años de haber nacido, el papa Juan Pablo II la beatificó, el 4 de noviembre de 1990. Y dispuso que su fiesta se celebrase el día 2 de abril.

De aquel hermoso día podemos recoger algunas palabras del Papa en la misa de la beatificación:

«La figura de la beata Isabel Vendramini se inserta en la dinámica espiritual cuyo punto de apoyo central es la unión profunda con Jesús y el amor hacia los pobres, que son protagonistas de tantas páginas del evangelio. Las palabras del Señor: “Siento compasión de esta gente, porque hace ya tres días que permanecen conmigo y no tienen qué comer” (Mc 8,2) marcaron profundamente el corazón de la beata Isabel ya desde la juventud, cuando advirtió que era fuerte la inspiración de consagrarse totalmente a Cristo y al servicio de los pobres. Dejó, sin titubear, las comodidades de la vida familiar y social para dedicarse a las jóvenes abandonadas y a los necesitados de los barrios más marginados.

La obra de Isabel sacaba su inspiración y su fuerza de lo Alto y de su fuerte espíritu de oración. Religiosa de refinada sensibilidad contemplativa, la beata se perdía en la meditación del misterio de la Santísima Trinidad, captando el dinamismo de la encarnación del Verbo, para llegar finalmente a la alabanza y la admiración de Cristo pobre y crucificado, al que reconocía y servía después en los pobres tan amados.

Desde el cielo hoy Isabel exhorta a todos aquellos que quieren ayudar eficazmente a los hermanos en el alma y en el cuerpo a sacar fuerzas de la fe en Dios y de la imitación de Cristo. En esto fue como un vástago fecundo de la espiritualidad franciscana. De San Francisco imitó sobre todo la vida pobre, la fe segura y sencilla y el amor a Cristo crucificado.

La beata Vendramini nos enseña, además, que donde es más fuerte y segura la fe, allí será más audaz el impulso de la caridad hacia el prójimo. Donde más se percibe el sentido de Cristo, allí será más crecido y concreto el sentido de las necesidades de los hermanos».

Bibliografía

AAS 85 (1993) 978ss

L'Osservatore Romano (ed. en español) (2 y 9 9 1990)

www.enrosadira.it/santi/e/elisabetta.htm

www.franciscanos.org/osservatore/isabelvendramini.html

www.scuolavendramini.it/strutturahome.htm

BEATO FRANCISCO COLL

Presbitero y fundador († 1875)

Nació este gran misionero catalán el 18 de mayo de 1812, en el pueblo de Gombrèn, diócesis de Vic, y provincia de Gerona. El pueblo está construido a 900 metros sobre la montaña de Montgrony, en la comarca de Ripollés, en pleno prepirineo. Fue el undécimo y último hijo de Pedro Coll y Portell y de Magdalena Guitart y Anglada. La gente de entonces vivía allí de lo que ofrecía la montaña: leña de los bosques, pastos abundantes y un poco de agricultura. El padre no era rico, pero se ganaba la vida ejerciendo la profesión de cardador de lana.

Cuando nació Francisco, España se encontraba bajo el dominio napoleónico, y Gombrèn, como toda la región, había sido unida a Francia. Eran años difíciles, y el año de su nacimiento ha pasado a la historia como «el de la gran hambre».

Francisco fue bautizado al día siguiente de nacer, en la Iglesia de Santa Magdalena, y confirmado en Ripoll por el obispo de la Seo de Urgel, el 17 de agosto de 1818. Su padre falleció cuando el niño no había cumplido los cuatro años de edad. Su madre, profundamente cristiana, supo inspirar en el pequeño sentimientos de piedad y de amor a Dios y a la Santísima Virgen María.

De pequeño era vivaracho y juguetón, era robusto y desbordaba vitalidad, le costaba estarse quieto. En sus juegos de niño apuntaba ya rasgos de su futuro liderazgo y de su capacidad para la comunicación con los demás. Desde los primeros años mostró gran inclinación a la piedad y a las cosas de Dios, y señaladamente a la predicación, en la que en forma de juego dirigía a sus compañeros, subido en un banco, a una pared o a la fuente de la iglesia del pueblo. Su madre le ayudó a descubrir su vocación al sacerdocio y le alentó siempre.

Después de cursar los estudios elementales en su pueblo natal, comenzó sus estudios en el seminario de Vic, en el curso 1822-1823, a los diez años de edad, como estudiante externo. La mayoría de los seminaristas de entonces vivían con sus familias o en casas particulares, donde recibían hospedaje en las «masías» diseminadas por los contornos, con la única condición de dar ellos clases a los hijos de las familias que los acogían.

Francisco se hospedó en la familia Coma, propietaria de la masía de los Puigseslloses, en el término municipal de Folgueroles (Barcelona), a unos cinco kilómetros de Vic, que el seminarista los recorría todos los días, de ida y vuelta. Se levantaba temprano y llegaba a Vic a tiempo para oír misa antes de ir a clase. Para la comida, añadía a las provisiones que le daban en casa de los Puigseslloses, un plato de sopa caliente en el convento de los dominicos o de los franciscanos con quienes tenía un mayor contacto.

En el seminario tuvo un grupo de profesores muy cualificados y unos condiscípulos que, pasado el tiempo, serían inmortales. Entre otros: Jaime Balmes, San Antonio M.^a Claret, con quien va a realizar grandes correrías apostólicas, y el dominico José Sadoc Alemany, primer arzobispo de California, y otros que llegaron a ser obispos y arzobispos en Cataluña.

Estudió en el seminario cinco años de latín y humanidades y tres de filosofía (1822-1830). En el seminario destacó por su piedad, aplicación en los estudios y trato amable y bondadoso con todos.

Su vocación a la Orden de Predicadores fue sorprendente y misteriosa. Hacia 1827, cuando finalizaba el trienio filosófico, y paseando un día por la calle de Sta. Teresa, en Vic, un desconocido le salió al encuentro y le dijo: «Tú, Coll, debes hacerte dominico». No pensó él nunca en esto, pero aquellas palabras se le grabaron de tal forma que no lograba borrarlas de la memoria. Y así, finalizados los estudios de filosofía, pidió el ingreso en el convento de Santo Domingo de Vic. Realizó y aprobó el examen acostumbrado para ello, pero sin embargo no fue aceptado porque, al ser pobre y no poder pagar la pensión del año de noviciado, el convento de Vic no contaba con recursos suficientes para admitirlo sin dinero. Sin embargo, tal vez el mismo padre

prior del convento le sugirió que se dirigiese a Gerona, pues este convento estaba en mejores condiciones económicas y podría ser admitido. Francisco, sin pensar en la distancia que le separaba de Gerona, se puso en camino, y en el convento dominicano de la Anunciación, o de la Anunciata de esa ciudad, es admitido al noviciado en el otoño de 1830.

¿Qué atrajo a Francisco a ser dominico? Sin duda la predicación constante de la Palabra de Dios y el celo por la salvación de las almas que veía en los dominicos que conoció como profesores en el seminario de Vic.

Hizo su profesión religiosa en octubre de 1831. Los cinco años de formación teológica dominicana (1831-1835) se alimentaron de unos contenidos esenciales, que le prepararon para su vida evangélica y para su vocación apostólica: la oración litúrgica, el estudio asiduo y sistemático de la verdad, la observancia regular y la vida comunitaria.

El testimonio de uno de sus discípulos —el P. Domingo Comas— nos lo presenta como

«lleno de sensatez, humildad y alegría, era docil a las indicaciones de los superiores, de corazón sincero y agradecido [], amaba el silencio y la soledad que le preparaban para la oración y el estudio, destacaba por su carácter pacífico, expansivo y jovial. Su voz fuerte, dulce y sonora, y su fino oído y amor a la música, lo convirtieron en el ideal director del coro dominicano ahora y más tarde en el gran predicador de Cataluña []. Era muy devoto de la Virgen María y tenía por costumbre llevar el rosario en la mano []. Nada se veía en él de extraordinario, pero llamaba, sí, la atención por hacer tan bien las cosas ordinarias»

El 4 de abril de 1835 recibió el diaconado en la Basílica de Ntra. Sra. de la Merced, de Barcelona. Estudia profundamente la *Suma* de Santo Tomás, y los ratos que le quedan libres los dedica a la oración personal, a la lectura de libros piadosos, sobre todo de las obras de fray Luis de Granada y el *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas* del jesuita P. Alonso Rodríguez.

A la muerte del rey Fernando VII (1833) comenzó en España la guerra civil denominada «Guerra de los siete años». El gobierno de Martínez de la Rosa dictó una serie de disposiciones que afectaron primeramente a los conventos con menos de 12 frailes profesos, y después, el 25 de julio de 1835, a todos los re-

ligiosos, excepto a los escolapios y a los conventos dominicanos de Ocaña y de San Juan Bautista de Coria por ser conventos de preparación de misioneros para Asia. Los bienes de los conventos suprimidos serían incautados y aplicados a amortizar la deuda pública del Estado. La exclaustación del convento de los dominicos de Gerona tuvo lugar el 7 de agosto de 1835. Francisco, a quien le falta un año para ser sacerdote, tiene que abandonar el convento con gran pesar, en compañía de su compañero y condiscípulo dominico José Sadoc.

Corriendo toda clase de peligros, se dirigió a su casa de Gombrén y se matriculó en el seminario de Vic para cursar el último año de teología que le faltaba. Pronto volvió a Vic y solicitó hospedaje en la casa de la familia amiga de los Coma de Puigseslloses, que lo recibieron como a un hijo reencontrado. Finalizado el curso, Francisco fue autorizado por sus superiores a ordenarse sacerdote. Pudo, por fin, ver coronado el sueño de su vida. Fue ordenado el 28 de mayo de 1836 por el obispo de Solsona (Lérida), el mercedario Juan José de Tejada, en la capilla de su palacio episcopal. Celebró su primera misa solemne, unos días después, en la capilla de la ermita de San Jorge, vecina a la casa de los Puigseslloses. Allí permaneció algún tiempo con la esperanza de volver pronto a su convento de Gerona. Pero como el tiempo pasaba ofreció sus servicios al prelado de Vic. El vicario capitular le envió, en calidad de dominico exclaustado, primero a la población de Artés (Barcelona), a finales de 1838, y al año siguiente a Moyá, siempre en calidad de Vicario parroquial.

La ciudad había sido incendiada y muertas unas 150 personas. El nuevo Vicario se dedicó incansablemente a pacificar y consolar a sus feligreses, apagó muchos odios y vendó muchas heridas, socorrió a niños y mayores, ayudó y sirvió a todos.

Pero el P. Coll, aun viviendo como exclaustado, se mantuvo siempre en relación y dependencia de los superiores de la Orden, de los que recibió cargos importantes a nivel dominicano, como Director de la entonces llamada «Orden Tercera de Santo Domingo para el territorio de la Provincia dominicana de Aragón», fundó el «Rosario Perpetuo», devoción que aún hoy subsiste, fue capellán del Beaterio de Vic y asistió espiri-

tualmente a las monjas dominicas de Santa Clara. El rosario fue su plegaria preferida. A alguien que le preguntó dónde lograba los profundos y convincentes argumentos que expresaba en sus predicaciones, él respondió: «En el rosario, el rosario es mi libro y mi todo». En 1852 publicó una obra en catalán, titulada *La hermosa rosa*, en tres volúmenes. Es un devocionario misional, cuyo tema central es el rosario del que fue un constante propagador. En 1862 editó un opúsculo, *Escala del cielo*, dedicado asimismo al rosario.

No se cerró en los estrechos límites de una parroquia, sino que practicó, en cuanto pudo, su vocación dominicana, siendo fiel al carisma propio de la Orden. Su celo apostólico le llevó a predicar novenarios, cuaresmas y misiones populares. Comenzó a evangelizar, primero en la diócesis de Vic, y a partir de 1844 como misionero popular por toda Cataluña durante 40 años.

Es un evangelizador universal. Cada vez es menos el tiempo que dedica a la parroquia y más a las misiones populares. Se unió a San Antonio M.^a Claret y a varios sacerdotes seculares, agustinos y jesuitas, con los que en 1845 el futuro fundador de los «Misioneros Hijos del Corazón de María» organizó un «grupo de predicación», al que se llamó *Hermanidad apostólica para la evangelización de la sociedad catalana*, mediante ejercicios espirituales, organizados por el P. Coll, y misiones populares. La Santa Sede lo nombró *missionero apostólico*, título que utilizó de por vida. Los cronistas lo comparaban a Santo Domingo de Guzmán y a San Vicente Ferrer, que a principios del s. XV predicó en lugares que ahora recorría, siempre a pie, el incansable P. Coll. Se cuenta que decía de él San Antonio M.^a Claret, compañero suyo en tantas misiones:

«Donde yo predico, todavía puede el P. Coll espigar, pero donde predica el P. Coll, nada puedo yo recoger»

Y el obispo de Urgel, Fr. Simón Guardiola, haciéndose eco de la predicación del P. Coll, exclamó:

«El que hace prodigios a través de la predicación es el P. Coll, yo no se como dar gusto a todos los que me lo piden [] Dios nos de muchos hombres apostólicos como el P. Coll, y nos vuelva la paz que tanto necesitamos»

Fundamenta su incesante actividad evangelizadora principalmente en Jesucristo, que es el «primero y más grande evangelizador» (EN 7), después, en San Pablo, el evangelizador de los gentiles; y, finalmente, en Santo Domingo de Guzmán, fundador de los predicadores. Puede decirse que fue por excelencia el gran misionero del siglo XIX.

En torno al P. Coll se reunió un círculo de jóvenes que habían descubierto en él un corazón grande que los comprendía y acompañaba, padres a los que sabía dar el consejo oportuno para educar en la fe a sus hijos, almas piadosas que en él habían encontrado un guía espiritual. Amaba a todos y se sentía amado por todos. El P. Coll vio con claridad que su trabajo misionero encendía la llama de la fe y la vida cristiana en el corazón de las gentes. Pero ¿qué sucedería cuando acabase la misión y se quedasen solos? Sin atención pastoral y enseñanza religiosa, las gentes volverían a caer en sus costumbres relajadas, y los niños y jóvenes crecerían sin una adecuada educación cristiana.

Decidido a satisfacer esta preocupación espiritual que anidaba en su corazón de sacerdote, con alguna de aquellas jóvenes deseosas de dedicar su vida al servicio del prójimo, concibió el proyecto de una fundación al servicio de las niñas y jóvenes de los campos y de los pueblos, con escasos recursos económicos y con vocación al ministerio de la enseñanza. Y con el consentimiento del obispo de Vic y del Maestro general de la Orden reúne a siete jóvenes, y el día 15 de agosto de 1856 funda en Vic, en el n.º 14 del Call Nou, la «Congregación de las Hermanas Dominicas de la Anunciata». Tenía entonces 44 años recién cumplidos. En una carta, redactada por él mismo y enviada al Maestro general de la Orden, en enero de 1871, le explica cuáles fueron los motivos al fundar la Congregación:

«Habiendome dedicado muchos años —escribía—, como misionero apostólico y dominico exclaustrado a la predicación, dando misiones y haciendo novenarios y sermones en el Principado de Cataluña, observe que una de las principales causas de la desmoralización de los pueblos era la ignorancia en la mujer y la falta de enseñanza religiosa. Esto me indujo a discurrir como podría yo cooperar a la salvación de tantas almas que se perdían por dicha causa y Dios Nuestro Señor me dio a entender que uno de los medios más a propósito sería la fundación de una Congregación o

Instituto de Hermanas Terciarias Dominicas, que tuviese por objeto la enseñanza de las niñas en los pueblos y ciudades»

La Congregación, a pesar de las dificultades iniciales, se extendió con gran rapidez en diferentes puntos de Cataluña. A este rápido progreso contribuyó la incorporación de algunas jóvenes dedicadas a la enseñanza y obras benéficas que vivían agrupadas en una asociación no religiosa denominada de *Servitas*. Animadora de este primer grupo fue Rosa Santaeugenia, que será más tarde la primera Priora general de la Anunciata y mano derecha del fundador. Las componentes de la Congregación serían almas consagradas al Señor que, reunidas en vida comunitaria, de acuerdo con el estilo y las tradiciones de la Tercera Orden de Penitencia de Santo Domingo, estarían dedicadas al servicio educativo de los hijos del pueblo, sobre todo en las aldeas más pobres y abandonadas. Así el P. Coll se haría presente en los pueblos y ciudades con la permanencia en ellos de sus «hijas». Es interesante notar que el mapa de las nuevas fundaciones de la Anunciata coincide casi completamente con el de las predicaciones del P. Coll.

Una vez fundada la Congregación el P. Coll siguió evangelizando y cuidándola con gran celo e interés. A su muerte contaba ya con más de trescientas religiosas esparcidas en más de cuarenta Casas. Hoy son 1300, pertenecientes a seis provincias y un Vicariato, diseminadas por 21 naciones de Europa, Asia, África y América. Su presencia en Cataluña es especialmente sobresaliente, donde cuenta con dos provincias.

Estando predicando un novenario, el 2 de diciembre de 1869, en Sallent (Barcelona), pueblo natal de San Antonio M.^a Claret, tuvo un ataque de apoplejía, que le dejó completamente ciego. Pero su temple apostólico le hizo seguir predicando hasta terminar el novenario. Se repuso un poco, pero a partir de entonces se repitieron los ataques de la enfermedad. Murió en Vic, el 2 de abril de 1875, a los 63 años de edad aún no cumplidos. El proceso en orden a su canonización se abrió el 3 de marzo de 1930.

El 4 de marzo de 1970 el papa Pablo VI firmó el Decreto acerca de la heroicidad de sus virtudes y fijó la fecha de beatificación para el 22 de octubre de 1978. Su sucesor Juan Pablo I

mantuvo la misma fecha. Sin embargo, fue Juan Pablo II quien lo beatificó el 29 de abril de 1979, siendo el primer beato elevado a los altares por este pontífice. Su fiesta litúrgica se celebra el 19 de mayo. Escultóricamente se le representa con un libro y el rosario en las manos.

PEDRO RIESCO PONTEJO, OP

Bibliografía

- ÁLVAREZ, P., OP, *Santos, bienaventurados, venerables de la Orden de los Predicadores. III: Venerables* (Tip. de «El Santísimo Rosario», Vergara 1922) 691-703.
Art. en A. MARTÍNEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano. Mayo* (Madrid 2000) 368-379.
Art. en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos, I* (Madrid 2000) 824-827.
FORALOSSO, M., *Piedra viva de Cristo: Francisco Coll* (Madrid 1992).
GÓMEZ, V. T., OP, «Beato Francisco Coll y Guitart, al servicio de la evangelización y de la escuela», en J. BOSCH, OP (dir.), *Dominicos que dejaron huella* (Madrid 2000) 79-85.
GONZÁLEZ, M.^a O., *Dominica de la Anunciata, Beato Francisco Coll, el gran evangelizador y fundador* (Burgos 1997).

BEATA MARÍA DE SAN JOSÉ ALVARADO CARDOZO

Virgen y fundadora († 1967)

María de San José Alvarado Cardozo, en el siglo Laura Evangelista Alvarado Cardozo, fundadora de las Agustinas Recoletas del Sagrado Corazón, primera beata venezolana, vino a este mundo el 25 de abril de 1875 en el pequeño puerto marítimo *Choroní*, así llamado en lenguaje patrio (Estado de la venezolana ciudad de Aragua). Tres años después pasaba con sus padres a vivir a la vecina Maracay, ciudad entonces de unos 4.000 habitantes. Clemente, su padre, hombre liberal y algo frío en lo religioso, era comerciante. Su madre Margarita, en cambio, muy piadosa y caritativa ella, fue la encargada, junto a su suegra doña Mercedes de Alvarado, de la educación religiosa y moral de la pequeña Laura.

Era de niña Laura más bien menuda y delgada, que no débil; antes al contrario, cabría decir incluso que supo mostrarse, siempre que la ocasión lo quiso, resistente más bien, ágil y muy activa. Voluntad firme y enérgica la suya. Era su temperamento diríase que inquieto y sobremanera vivo, hasta el punto de haber sido

éste el principal caballo de batalla durante toda la vida. De aguda inteligencia y, a la vez, portentosa memoria, la economía familiar, sin embargo, no daba, ¡ay!, para enviarla a Caracas a cursar carrera superior. Es lo cierto, no obstante, que en Maracay terminó todos los años del colegio con las mejores calificaciones.

Recibe la primera comunión a los doce años, el 8 de diciembre de 1887. La eucaristía va a ser desde entonces el eje de su vida, la fuente de su fervor y el referente obligado de su elevada espiritualidad, sacudida, por cierto, cinco años después, al despertársele la vocación religiosa. Son ya los años próximos a un pontificado, el de San Pío X (1903-1914), que se va a caracterizar por favorecer el fervor del mundo católico al sacramento de la eucaristía. Desdichadamente no había entonces en Venezuela, aunque parezca raro, pero eso dicen sus primeros biógrafos, un solo monasterio donde poder entrar de monja, como era su deseo. El confesor, un español, le sugiere la posibilidad de trasladarse a España, mas la idea, aunque buena, se desecha pronto por prácticamente imposible, o cuando menos inoportuna. Claro que tampoco ella está dispuesta a que se le cierren los caminos sin más. De modo que, visto el oscuro panorama, resuelve consagrarse en privado al Señor. Y así es como el 8 de diciembre de 1892, a los cinco años justos de recibida la primera comunión, entra en la iglesia del pueblo y, de rodillas ante el altar, hace voto de virginidad. Un crucifijo colgando del cuello será desde entonces el signo de esta consagración privada. Muy pronto va a ser conocida en todo Maracay como «la Niña del Cristo».

Con las primeras luces del siglo XX, no bien se apaga la hoguera de una revolución que ha durado cuatro años (1897-1900), llegan también a Venezuela tiempos de paz y claridad. La Iglesia reconoce jurídicamente a las numerosas congregaciones religiosas dedicadas a la beneficencia y por doquier surgidas durante el XIX, comprendidos los turbulentos años de final de siglo. Laura lleva un tiempo formando parte de un grupo de mujeres piadosas denominadas «las Samaritanas» dedicadas precisamente a lo que su mismo nombre indica y, ante las buenas nuevas de aquel venturoso amanecer, siente llegada también para sí la hora del cambio.

Con fecha 20 de noviembre de 1901, en efecto, escribe al arzobispo de Caracas solicitando permiso para vestir hábito religioso, y el 22 de enero de 1902, finales, pues, del pontificado de León XIII, hace junto con tres compañeras profesión de los consejos evangélicos. Acaban de nacer así las Hermanas de los Pobres Agustinas. La nueva familia religiosa surge con el propósito de ayudar a los pobres, enfermos y huérfanos. El título se basa en el cuidado y dedicación a éstos en los hospitales, en la observancia de la Regla de San Agustín y en el hecho de vestir el hábito negro de Santa Rita, recién canonizada. Toda una mudanza de vida que afectará incluso al nombre: Laura va a llamarse a partir de entonces María de San José. Y la directora del grupo de «Samaritanas», en consecuencia, priora de la nueva comunidad.

Venezuela dispensa desde el principio gran cariño y honda simpatía a las nuevas Hermanas que, en apenas dos años, pasan de las cuatro del primer momento a nada menos que veinte, ocupadas todas en atender los hospitales de La Victoria y Villa de Cura. Este raudo crecimiento permite introducir otras novedades, por ejemplo la profesión de votos públicos y perpetuos, cuya primera ceremonia tiene lugar el 13 de septiembre de 1903, recién estrenado el pontificado de San Pío X, una fecha después de todo que madre María, en cuanto nueva priora de la comunidad, siempre recordará y celebrará con especial devoción.

Apenas han pasados unas semanas y el arzobispo de Caracas tiene sobre la mesa el borrador de los nuevos estatutos. Las recién fundadas Hermanas de los Pobres llegan con ansias de amor y rebosando evangelio por los cuatro costados: se proponen practicar la caridad con un apostolado sin fronteras. Lo mismo van a servir abnegadamente a los pobres acudiendo a sus chabolas en los arrabales y entre cochambre de la ciudad que a base de asistencia física y espiritual a enfermos en los hospitales y casas de cura, o mediante limosnas a menesterosos allí donde las circunstancias lo demanden. Siempre que sea preciso, ¡y cuándo no!, harán de catequistas con los niños y analfabetos, y ocasiones habrá en que su dedicación consista en correr con la limpieza del templo, el lavado de la ropa, la custodia de los

utensilios litúrgicos; en resumen, el decoro de lugares destinados al culto.

El asilo de huérfanos, así y todo, centra las atenciones de la Madre. Sera como la niña de sus ojos. Venezuela entonces disponía, hasta cierto punto, claro es, de ayudas para los enfermos. Harina de otro costal era, por el contrario, el asunto de los hospicios y asilos: las guerras habían dejado tras de sí una ingente y desoladora secuela de niños huérfanos a los que atender, de cuyos cuidados, sin embargo, nadie o casi nadie se ocupaba. La fundación de un asilo para niños, pues, acaparó desde el primer momento el empeño personal de la madre María Josefa. Corría el año 1905, primeros tiempos de rodaje de un nuevo pontificado romano, el de San Pío X, cuyas aspiraciones eran «instaurar todas las cosas en Cristo», hacer, en suma, de modo que Jesucristo, como bellamente dijo en su día Fray Luis de León, fuera «la razón y la proporción y la compostura y la consonancia de todas» las cosas. En resumen, y puesto «que puso ser a las cosas todas», armonía de la creación.

No fue fácil sacar adelante el proyecto del asilo/hospicio. Pero que la madre María Josefa había dado en la diana era evidente. En poco más de un año el número de niños en él acogidos se triplicó, y las deudas, consiguientemente, subieron como la espuma. Deudas, es cierto, las había todos los días, eso desdichadamente es muy común, pero la Madre se las arreglaba siempre para salir airosa: unas veces era un donativo anónimo; otras, una subvención llegada como agua de mayo; otras, en fin, un benefactor caído del cielo, siempre, siempre, desde luego, la Providencia, a cuyo tierno regazo madre María Josefa se confiaba ella misma y consigo su obra toda de caridad. La fundamental base económica, no obstante, consistía en las pequeñas cantidades recaudadas por las hermanas que de modo habitual, y la Madre era la primera en hacerlo, salían cada mañana a postular por Maracay y por otras ciudades de Venezuela.

Tampoco resultó sencillo sacar a flote la Congregación. Por si no fuera bastante ya el reto común de tirar cada mañana del carro, las cosas vinieron a complicarse de pronto cuando ella misma, madre María Josefa, apenas abierto el asilo, enfermó hasta el extremo de llegarse a temer lo peor, como lo prueba el

hecho de redactar una «carta testamento». Pasado pronto el peligro, resolvió no hacerla pública, pero la importancia del contenido determinó lo que en adelante habría de ser su invariable estribillo:

«Amemos a nuestras hermanas Soportemos en silencio No tengamos para ellas palabras duras e hirientes Amaos las unas a las otras ¡Oh, sublime caridad, se tu el norte que guie a nuestras hermanas!»

Resonancia perfecta, como se ve, del Jesús de los adioses y despedidas del Jueves Santo (cf. Jn 13,33-35), de cuanto al fin y al cabo centra esa jornada memorable que hoy, tras el correr del tiempo, denominamos «Día del amor fraterno», «Jueves de la institución del sacerdocio y de la eucaristía». En época ya pos-conciliar ha venido a incorporarse a la lista la expresión «Día de la unidad» (cf. Jn 17,1-26).

La espiritualidad del Instituto religioso, o el carisma de la Congregación, por decirlo con palabras comunes después del Vaticano II, es, en lo fundamental, la misma que la madre María Josefa imprime desde el principio. Esa caridad ejercida sin condiciones, practicada, a tiempo y a destiempo, sin tasa ni límites de ningún género, hasta donde cada hermana aguantase. Apurando críticamente las cosas, podríamos adivinar tan elevado espíritu en los sucesivos nombres que la fundación ha tenido desde que apareció. Y así, las que en 1902 se llamaron «Hermanas de los Pobres de San Agustín», a partir de sus bodas de plata pasan a llevar el título de «Hospitalarias Agustinas del Corazón Eucarístico de Jesús». Y desde 1952, «Hermanas Agustinas Recoletas del Corazón de Jesús». A cualquier profano estos nombres podrían sonarle a tres instituciones religiosas distintas, independientes, ni siquiera relacionadas entre sí. Pero lo cierto es que a la vista tenemos la misma y única fundación de madre María Josefa.

Claramente se aprecia recorriendo como espina dorsal de tales epígrafes la devoción al Corazón de Jesús y a la Eucaristía, dos facetas muy comunes en la espiritualidad de la época, que la madre María Josefa cultivó de forma incansable y con acendrado fervor. En la eucaristía encuentro siempre, atrás se ha dicho, la base y el obligado referente de su ser y su quehacer. Es comprensible que, levantando un poco la piel del misterio, su fina

sensibilidad acierte a descubrir latiendo debajo el Corazón de Jesús. Este ardiente amor a la Eucaristía se traduce, para la fundadora y sus hermanas, en un servicio que diariamente prestan a todo Venezuela con el envío de formas para la misa. Las fechas de la Inmaculada, en fin, tan determinantes en su vida secular y de consagrada, lo fueron asimismo para otra faceta brillante de su devoción, o sea, la mariología. Su piedad mariana, bajo la forma de filial amor a la Inmaculada, sumará quilates a la cristológica y eucarística de todo el Instituto, y juntas vendrán a conformar un verdadero sistema doctrinal de teología robusta y de bien consolidada espiritualidad en la Iglesia de todos los tiempos.

Nunca gozó la madre María Josefa de buena salud. Los testimonios con que probarlo podrían multiplicarse. Valgan de muestra sólo dos. En 1928 escribe: «Desde 1910, cada día me parece ser el último de mi vida, y lo mismo cada noche». Treinta años más tarde, en 1957, vuelve a la carga: «Vivo pendiente de la muerte; siempre he vivido así». Esto no quiere decir, comprendase bien, que fuera una introvertida o poco menos que una mujer neurótica de las ultimidades humanas, amiga de perder el tiempo en disquisiciones sobre el más allá. Muy al contrario, precisamente por tener a menudo como entretenimiento tan sublime idea, no cesará en el empeño de gastarse y desgastarse, como fundadora y superiora, por el bien de las almas y la prosperidad de la Congregación. De hecho, así seguirá, con ese laudable temple, sin dar su brazo a torcer en simplicidad, prudencia y solicitud, hasta 1960, tiempos ya del Beato Juan XXIII, en que, al fin, le viene aceptada la renuncia. Es mayor, con 85 años a las espaldas, y apenas ve. Lo único que al Señor le pide es «un rayito de luz» con que poder «ver a Jesús Sacramentado». A pesar de su avanzada edad, todavía le quedan arrestos para retirarse a su tierra natal y dedicarse allí a las tareas más humildes. Es la pasta de la que están hechos los santos.

Muere llena de méritos, como el criado bueno y fiel (cf. Mt 25,21-25) que ha hecho fructificar los talentos —ella nunca los enterró—, el 2 de abril de 1967. La Iglesia católica tiene al papa Pablo VI en la Cátedra de San Pedro y apenas hace dos años que de modo solemne ha sido clausurado el Concilio Vatica-

no II, justo el 8 de diciembre de 1965, fiesta de la Inmaculada, otra vez la Inmaculada y siempre en su vida la Inmaculada, fecha para ella tan querida y alabada. Su funeral tuvo lugar dos días después y constituyó una imponente manifestación de duelo: había dejado mucha tierra buena y bien labrada por todos los sitios. El marco del mismo fue la catedral de Maracay, y en él estuvieron presentes las autoridades civiles y militares. Una escuadrilla de las fuerzas aéreas dejó caer sobre el cortejo fúnebre una lluvia de flores, signo quizá de las muchas gracias que a partir de entonces ella iba a impetrar sobre su amada tierra de Venezuela. La enterraron en la capilla del antiguo Asilo.

El Capítulo general de las Agustinas Recoletas del Corazón de Jesús, recogiendo el clamor popular, decidía introducir en 1978 la causa de beatificación, cuya singladura fue breve. Prueba de ello es que ya el 7 de marzo de 1992 Juan Pablo II daba por aprobado el decreto sobre la heroicidad de las virtudes, al que seguía con fecha 23 de diciembre de 1993 el de *super dubio* del milagro para la beatificación, firmado por el prefecto de la Congregación de Causas de los Santos, cardenal Angelo Felici. Los trámites iban dando sus pasos con regularidad. De modo que el 19 de enero de 1994 tocaba el turno a la exhumación de los restos. El cuerpo apareció intacto, lo mismo que el hábito y las azucenas colocadas sobre el pecho el día del entierro. Pasado el verano de ese mismo año, el cardenal secretario de Estado, Angelo Sodano, firmaba y hacía pública la Carta apostólica *Infirmus fui* por la que Juan Pablo II decretaba con fecha 7 de septiembre de 1994 la beatificación de la Venerable sierva de Dios María de San José Alvarado Cardozo, cuya solemne ceremonia tuvo lugar en la Plaza de San Pedro, Roma, el 7 de mayo de 1995. En el mismo documento, como es costumbre, disponía igualmente el Papa la fecha de celebración de su memoria: el 2 de abril.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

AYAPE, E. SANCHEZ A. L., *Vida de la Madre Maria de San Jose (Laura Alvarado Cardozo), fundadora de la Congregacion de Agustinas Recoletas del Corazon de Jesus* (Madrid 1980)

- BARRIOS, D., *Sierva de Dios madre Maria de San Jose, fundadora de las Agustinas Recoletas del Corazon de Jesús de Venezuela* (Maracay 1984).
- ID, *La niña del Cristo. Maria de San José* (Caracas 1995)
- Decretum beatificationis super dubio: *AAS* 86 (1994) 360-362.
- GARCIA FRAILE, P. M., «María de San José», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos*, II (Madrid 2000) 1602.
- Litterae apostolicae, I' «Infirmus fui..» *AAS* 88 (1996) 684-687.
- Martyrologium romanum*, o.c., 205, n.16; 729
- MATTHEI, M., *Esbozo para un santoral latinoamericano* (Buenos Aires 1992).
- PANEDAS, P., *María de San Jose. Primera santa de Venezuela* (Marcilla, Navarra 1991).
- ID, «Beata Maria de San José Fundadora de las Agustinas Recoletas del Corazón de Jesús», en J. A. MARTINEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano. Abril* (Madrid 2001) 54-60
- SALAZAR, J. A., «Alvarado Cardozo, Laura», en G. PILLICCIA - G. ROCCA (dirs.), *Dizionario degli Istituti di Perfezione*. I: A-Cam (Roma 1974) col. 497

BEATO GUILLERMO APOR

Obispo y mártir († 1945)

La vida cristiana es una vida de testimonio de la fe mediante las obras. Este ideal lo llevó a la práctica de manera eminente el Barón Guillermo o Vilmos Apor, obispo de Győr, que padeció el martirio cuando defendía a su pueblo de los estragos de los ejércitos enemigos en la II Guerra Mundial, después de haber dedicado toda su vida a la lucha por la justicia y la mejora de las condiciones sociales del rebaño que le había sido encomendado. Fue un fiel reflejo de la vida de su Maestro entendida como entrega a los demás y vivida con un profundo sentido espiritual desde el sacerdocio como ministerio.

De familia noble, procedente de Transilvania, fue el séptimo hijo del Barón Gabor Apor, nacido el 29 de febrero de 1892 en una zona entonces perteneciente a Hungría. Ya desde su infancia tuvo un profundo sentimiento religioso debido a la formación que recibió de sus padres, ayudando a menudo a misa y orando en la iglesia. Siguiendo la tradición de la familia asistió al colegio de los jesuitas de Kalksburg, en Austria, lo que le hizo estimar personas de otras religiones y nacionalidades. Es en esta escuela donde se despierta su temprana vocación al sacerdocio y tras el paso por una segunda escuela, en Kalocsa, decidió pedir permiso a su madre para entrar en el seminario de Győr, siendo enviado poco después a completar sus estudios en Innsbruck.

Europa estaba en guerra el 24 de agosto de 1915 cuando Apor fue ordenado sacerdote. Entonces confiesa en su diario personal su admiración ante la gracia recibida preguntándose cómo se podría llegar a hacer merecedor de una tal benevolencia y amor. Celebró su primera misa en familia el 25 de agosto, siendo nombrado a continuación sacerdote coadjutor de la parroquia de Gyula, donde llegó el 31 de agosto para servir su iglesia, escuela y hospital. En este último celebraba su misa diariamente a las 6 de la mañana, atendiendo después a los enfermos. Con motivo del entierro de un soldado de 20 años pudo percibir en toda su crueldad el significado de la guerra.

A partir de este momento comienza su intensa labor social. En 1916 abre una oficina para la protección de las mujeres. Tras la sentida muerte del Emperador y Rey de Hungría, Francisco José (1916), en 1917 el padre Vilmos Apor fue enviado a servir como capellán de trenes-hospital, lo que le llevó en primer lugar a Transilvania, después al frente de Italia y finalmente a Austria y Hungría oriental. En el mismo año, pasa a ser profesor del seminario, lo que admite de buen grado, a pesar de su preferencia por el trabajo pastoral. En 1919 volverá a Gyula como párroco. Muchos húngaros fueron deportados a Rumania y el padre Apor intercedió en Bucarest para obtener su liberación, llegando los deportados a Gyula antes que él mismo.

En los años 20 descendió drásticamente el número de cristianos practicantes, a pesar de lo cual, él se puso al servicio de todos. La recesión mundial y las condiciones específicas de Hungría trajeron a Gyula en esa década la pobreza y la privación. En este contexto, mantuvo excelentes relaciones con los líderes de organizaciones eclesásticas y autoridades del campo, urbanas y estatales interesadas en la reconstrucción del país. Dentro de este marco se inscribe la promoción de la Acción Católica a partir de 1922. El hecho de no permitir discriminaciones religiosas, raciales o sociales en su trabajo caritativo le permitió entrar en contacto con otras confesiones, siendo miembro del «Círculo Literario Protestante». En esta década siempre estuvo cerca de los más pobres.

Se prestó de una manera cada vez más intensa al trabajo social, abriendo una cocina pública en 1931 y haciendo una cam-

pañá para reducir la pobreza. Junto con esta dimensión práctica, se esforzó porque cada uno desarrollara la espiritualidad que Dios esperaba de él. Él mismo siempre encontró tiempo para orar delante del Santísimo.

Reconoció prematuramente el peligro que suponía el desarrollo del nacional-socialismo en Alemania tanto para la Iglesia como para Hungría y se esforzó por que los alemanes de Gyula no cayeran bajo su influencia. El estallido de la guerra en 1939 supuso un duro golpe para Apor que todavía recordaba la I Guerra Mundial y los sufrimientos que causó. A este respecto, señaló que la guerra se podía ganar, pero la paz se perdería entonces de modo irremediable para la humanidad.

El 21 de enero de 1941 recibió la notificación del nuncio papal comunicándole su nombramiento como obispo de Györ. En su primera carta pastoral a los sacerdotes les instó a trabajar y amar ardientemente a todos los hombres. Como obispo escuchó a todos, tanto sacerdotes como fieles. Tomó nota de las necesidades de todos y emprendió las acciones necesarias para atenderlas. Durante estos años, las organizaciones eclesiales que él impulsó se identificaron con las aspiraciones de la gente, dándoles esperanza en un futuro para después de la guerra, que se vería más tarde oscurecido por el surgimiento después de la misma de un gobierno comunista. En 1943 se creó en su residencia episcopal el Movimiento Popular Social Católico, lo que llevó a continuación, en 1944, a la creación de un partido cristiano progresista para luchar contra el radicalismo de izquierda.

Se opuso a la persecución de los judíos por razones religiosas y morales y su intervención pudo, en alguna medida, frenar el progreso del antisemitismo. Desde 1942 fue protector de la Asociación de la Santa Cruz, fundada para proteger a los judíos bautizados y afectados por las leyes antisemitas de 1939. Ofreció también alojamiento a los judíos refugiados. En 1944 comenzó la deportación a Auschwitz. En ese mismo año protestó contra las violaciones de los derechos humanos cometidas en su diócesis. Intentó adoptar una reprobación conjunta del antisemitismo con los otros obispos húngaros estimando que nadie puede ser condenado sólo por la sangre que lleva en sus venas, lo que es un genocidio. Los alemanes amenazaron con una ma-

sacre en caso de que los obispos leyera su pastoral sobre esta cuestión, por lo que fue finalmente retirada. A pesar de ello, él denunció la tortura como un grave pecado.

Durante la guerra, además de sus numerosos intentos de ayudar a los hebreos, encontró alojamiento para numerosas personas, incluso en su propio palacio y proporcionó ayuda financiera a todos los que pudo. Hizo todo lo que estuvo en su mano para defender la paz, su país y su ciudad. En septiembre de 1944, ante la orden de evacuar la ciudad, él mandó a todos los sacerdotes que permanecieran con su rebaño pasara lo que pasara. En 1945 llegaron los rusos a Győr. Su comportamiento siempre fue brutal, empezando la lucha el 28 de marzo, miércoles santo. Desde entonces los rusos entraron cada vez más frecuentemente a controlar las bodegas del palacio episcopal donde se encontraba el obispo refugiado con casi 400 personas.

Finalmente, una de las veces que los ocupantes entraron en busca de mujeres descubrieron una joven y corrieron tras ella. El obispo la protegió, pero uno de los soldados terminó por disparar. A pesar de que su sobrino se puso en la línea de tiro, tres balas le alcanzaron, una de ellas en el abdomen. Era el viernes santo en el que el obispo había leído la pasión a los allí congregados cuando pudo expresar por medio de este gesto tan elocuente su identificación total hasta la muerte con la vida del Maestro hasta la entrega de su vida. Fue trasladado a un hospital y operado, pero nada se pudo hacer por salvar su vida. Murió el 2 de abril de 1945, lunes de Pascua, uniéndose así a la resurrección del Señor.

El Barón Vilmos Apor fue beatificado por el papa Juan Pablo II el día 12 de noviembre de 1997.

JUAN JAVIER FLORES ARCAS, OSB

Bibliografía

La única fuente conocida son las biografías escritas por L. BALASSY (Budapest 1989), J. KOZI-HORVATH (Múnich 1984), E. SZOLNOKY (Szeged 1990). Los datos biográficos han sido tomados del siguiente libro: *Martyr of Service and Charity. Life of Baron Vilmos Apor* (Londres 1993).

SAN APLANO

Martir († 306)

Conocemos su historia por Eusebio de Cesarea que lo conocía personalmente. Apiano (o Apfiano) había nacido en Licia, se había convertido en su juventud al cristianismo y marchó a Cesarea de Palestina a estudiar, donde coincidió con Eusebio. Cuando llegó la persecución de Diocleciano y se obligó a toda la población a participar en los sacrificios a los dioses, al ir a empezar el sacrificio, Apiano se atrevió a acercarse al propio presidente Urbano y tomarle la mano para impedir que realizara el sacrificio y le señaló que lo que iba a hacer era una impiedad y que sólo se debía adorar al único y verdadero Dios. Naturalmente Apiano fue arrestado y torturado y a todo trance se quería lograr que adorara a los dioses del Imperio, mientras el mártir insistía en que sólo adoraba al Dios de Jesucristo. Condenado a muerte, se le ataron los pies a un lienzo empapado en combustible, y ardiendo fue arrojado al mar. Pese a estar atado a piedras, el cuerpo luego fue hallado en la playa. Era el 2 de abril de 306.

SAN JUAN PAINE

Presbitero y martir († 1582)

Juan Paine (o Payne) nació en Peterborough (Inglaterra) hacia 1550, en el seno de una familia protestante. Llegado a la juventud se convierte al catolicismo y su conversión trae consigo su deseo de hacerse sacerdote. Marcha en 1574 al seminario de Douai y debía llevar ya hechos algunos estudios superiores, toda vez que solamente dos años más tarde se ordena sacerdote. Vuelto a Inglaterra en abril de 1576 se establece en Essex, en Ingatestone Hall, y comienza su trabajo apostólico que, pese a su breve detención en 1577, pudo prolongarse hasta el 14 de julio de 1581 en que fue de nuevo arrestado gracias a la delación de un falso católico y llevado a la Torre de Londres, donde se le acusó de conspiración contra la Reina. El católico renegado que

lo delató declaró que Paine había intentado varias veces convencerlo de que asesinara a la soberana. Fue llevado a Assize en Chelmsford (Essex) y juzgado como conspirador. El renegado repitió ante el tribunal su acusación pero no aportó otra prueba que su palabra. Pero se alegó que en contra de la credibilidad de Paine estaba el hecho de haber ido fuera del país a ordenarse sacerdote. El acusado insistió en la injusticia de ser condenado por el testimonio de un solo testigo, pero dijo comprender que el jurado estaba compuesto de personas de escasa cultura y formación. Condenado a muerte, fue ejecutado en Chelmsford el 2 de abril de 1582. El mártir besó la horca y sonrió cuando le pusieron el lazo, perdonó a todos, y expresamente a su acusador, protestó de su inocencia y pidió no se condenaran más inocentes en adelante, y pronunció el nombre de Jesús antes de morir ahorcado. La multitud no permitió que se le descuartizara antes de que hubiera muerto. Fue canonizado el 25 de octubre de 1970.

*BEATOS DIEGO DE SAN VÍTORES Y PEDRO
CALUNGSOD*
Mártires († 1672)

El martirio de estos dos bienaventurados tuvo lugar en el poblado de Tomhom, en la isla de Guam, el día 2 de abril de 1672. El P. Diego Luis de San Vítores y su acompañante el joven Pedro Calungsod al llegar al poblado fueron informados del reciente nacimiento de una hija de un tal Matapang, al que fueron a ver para decirle que el misionero quería proceder al bautismo de la niña. Matapang para entonces había renegado del cristianismo por influencia de un curandero chino, de nombre Choco, que afirmaba que con el bautismo morían los niños, y por ello se negó airadamente a que su hija fuera bautizada. En vista de ello el misionero y el joven se dedicaron a dar catecismo a los niños en la costa y luego a un grupo de adultos. Invitaron a Matapang a ir también pero él insistió en que había renegado del cristianismo. Urdió en su corazón el deseo de matar al misionero y se fue a buscar a un amigo suyo, Hirao, para que lo hiciera con él. En su ausencia, la mujer de Matapang presentó la

niña al misionero para que la bautizara, porque ella seguía siendo cristiana, y así lo hizo el misionero. Cuando Matapang lo supo, él y su amigo fueron a buscar al padre Diego. Primero hallaron y acometieron a Pedro que ni huyó ni devolvió la violencia, pese a ser joven y fuerte. Alcanzado por una lanza en el pecho, cayó en el suelo donde Hirao lo remató con un golpe de machete. El misionero cuando vio lo que le hacían al joven le dio la absolución sacramental. Después de matar a Pedro ambos asesinos dieron muerte al sacerdote. Desnudaron los cuerpos de ambas víctimas y los arrojaron al mar, que nunca los devolvió.

Diego Luis de San Vitores había nacido en Burgos el 13 de noviembre de 1627 en el seno de una familia acomodada. Educado por los jesuitas, a los 14 años entró en la Compañía, hizo el noviciado, la profesión y los pertinentes estudios y con 24 años fue ordenado presbítero. Se ofreció para ir a las misiones. En 1660 fue enviado a Filipinas y en el viaje el barco recaló en las entonces llamadas islas de los Ladrones, que se llamarían luego Marianas, y concibió el propósito de establecer en ellas puestos misionales. Pidió las licencias oportunas a Madrid y a su Curia generalicia en Roma y le fue autorizado el trabajo apostólico en la isla de Guam. Marchó a México, trajo religiosos dispuestos y subsidios, y comenzó fructuosamente la labor.

Pedro Calungsod, nacido en la región de Visayas, en Filipinas, era uno de los chicos que en 1668 fueron con los misioneros a las islas Ladrones para el trabajo de evangelización. Tenía 17 años al tiempo de su martirio. Era un excelente cristiano y un fiel compañero y colaborador del P. Diego Luis. Éste fue beatificado el 6 de octubre de 1985, pero, sorprendentemente, al catequista no se le había hecho proceso de beatificación. Despertado su recuerdo por la beatificación del sacerdote, se le hizo causa al joven seglar, que fue beatificado el 5 de marzo de 2000.

BEATO LEOPOLDO DE GAICHE

Presbitero († 1815)

Juan Croci nació en Gaiche (Italia) el 30 de octubre de 1732. Educado cristianamente, a los 18 años sintió la vocación religio-

sa e ingresó en los franciscanos tomando el nombre de fray Leopoldo de Gaiche. Ordenado sacerdote en 1757, fue destinado a la enseñanza dentro de su propia Orden como profesor de filosofía y teología. Pero sus primeros sermones cuaresmales en algunas parroquias hicieron ver en él al ardoroso y capaz misionero que llevaba dentro y sus superiores decidieron dedicarlo a la predicación popular. Predicó por todos los Estados Pontificios, dando misiones y otras formas de predicación al pueblo con enorme éxito y fruto, siguiendo los métodos de San Leonardo de Puerto Mauricio y peculiares formas de llamada a la penitencia, como la procesión penitencial y la mariana. Nombrado ministro provincial, logró la fundación de una casa de retiro para los predicadores de misiones. Era muy estricto en la exigencia de la guarda de la Regla. Cuando tras la entrada de los franceses en Roma en 1808 fueron cerrados todos los conventos, Leopoldo marchó a Espoleto, donde vivió en una choza, y cuando un párroco hubo de abandonar su iglesia tomó él su lugar. Arrestado por negarse a prestar el juramento de lealtad a las nuevas autoridades, fue dejado libre al poco tiempo. Al irse los franceses, planeó enseguida el restablecimiento de las casas de su Orden pero murió el 2 de abril de 1815 en Monteluco. Le había acompañado en vida fama de santo y de taumaturgo. Fue beatificado el 12 de marzo de 1893.

SANTO DOMINGO TUOC

Presbítero y mártir († 1839)

Nació en Trung-Lao (Tonkín) en 1789. Decidida su vocación religiosa, ingresa en la Orden de Predicadores el año 1811, y, luego de profesar, se ordena sacerdote ejerciendo con fruto su trabajo pastoral. Llegada la persecución, se esconde en Xuong Dien, pero una banda de forajidos lo atrapa. Los cristianos reúnen dinero para ofrecerlo a cambio del sacerdote pero en el camino de Cam Ha, en el poblado de Xuong Dien, uno de los forajidos lo mató dándole un mazazo en la cabeza, era el 2 de abril de 1839. Fue canonizado el 19 de junio de 1988.

BEATO NICOLÁS CARNECKI

Obispo y mártir († 1959)

Nació el 14 de diciembre de 1884 en Semakivtsi (Ucrania occidental). Decidida su vocación sacerdotal y hechos los primeros estudios en su patria, los prosigue en Roma como alumno del Colegio Ucraniano, logrando la licencia en Sagrada teología en 1910, cuando ya un año antes había recibido la ordenación sacerdotal. De vuelta de Roma se incorpora al trabajo apostólico en la diócesis de Stanislaviv, actualmente Ivano-Frankivsk. Sintiendo la vocación religiosa, ingresó en 1919 en la Congregación del Santísimo Redentor y al año siguiente emitió los votos religiosos. Continuó trabajando apostólicamente dentro de la congregación hasta que en 1930 el papa Pío XI lo nombró obispo titular de Lebed y visitador apostólico para los ucranios de la región de Volyn y Pidjasja, siendo ordenado en Roma el 8 de febrero de 1931. Llegada la primera ocupación soviética de Ucrania occidental (1939-1941), el metropolitano Septtyckyl lo nombró exarca apostólico para los ucranios de la misma región. Expulsado de Volyn por los comunistas, marchó a Lvov. El 11 de abril de 1945 los comunistas lo arrestaron junto con otros prelados, fue torturado física y moralmente y declarado culpable de colaboración con el régimen nazi y de ser agente del Vaticano. Condenado a seis años por una causa y a diez por otra, cumplió once años de prisión en campos de concentración de Siberia. Debido a su mal estado de salud fue dejado en libertad en 1956, muriendo en Lvov el 2 de abril de 1959 de resultas de las enfermedades contraídas en la prisión. Fue beatificado el 26 de junio de 2001.

3 de abril

A) MARTIROLOGIO

- 1 En Roma, San Sixto I († 128), papa *
- 2 En Tomis de Escitia, santos Cresto y Papo (s IV), mártires
- 3 En Tiro de Fenicia, San Ulpiano († 306), mártir

- 4 En Napoles, San Juan († 432), obispo
- 5 En Bitunia, San Nicetas († 824), hegumeno, defensor de las sagradas imagenes *
- 6 En Constantinopla, San Jose el Himnografo († 886), monje *
- 7 En Chichester (Inglaterra), San Ricardo († 1253), obispo **
- 8 En Polizzi (Sicilia), San Gandulfo (Sacchi) de Binasco († 1260), presbitero, de la Orden de Menores *
- 9 En Penna del Piceno, Beato Juan († 1275), presbitero, de la Orden de Menores *
- 10 En Lancaster (Inglaterra), los beatos Roberto Middleton, de la Compañia de Jesús, y Turstano Hunt († 1601), presbiteros y martires bajo el reinado de Isabel I *
- 11 En Udine, San Luis Scrosoppi († 1884), presbitero, de la Congregacion del Oratorio, fundador de la Congregacion de Hermanas de la Providencia **
- 12 En el campo de concentracion de Auschwitz (Polonia), Beato Pedro Eduardo Dankowski († 1942), presbítero y martir *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN RICARDO DE CHICHESTER

Obispo († 1253)

El siglo XIII comienza en Inglaterra de modo humilde y oscuro y termina de modo esplendoroso. El secreto de este cambio debe hallarse —al menos desde el punto de vista de la historia eclesiástica— en la influencia de la predicación religiosa y en el ejemplo de austeridad de un gran santo.

El clamor de la predicación de los dominicos españoles despertó el letargo de los monjes ingleses y transmitió también directamente elementos de cultura debidos a la actividad personal de los hijos de Santo Domingo.

Pero la vida inglesa de principios del siglo XIII no se caracteriza solamente por la ignorancia y superstición en el pueblo, sino también por la ambición en los nobles, el regalismo del trono, el lujo desmedido en los jerarcas eclesiásticos y la apatía y relajación en los monasterios.

Entre el reinado de Juan —Felipe Augusto— y el de Eduardo I hay un paso trascendental. Se pasa de una época de ignorancia colectiva a otra de predominio universitario. Se corrigen excesos autoritarios, se estimula el espíritu de actividad intelectual.

tual y se impone en la vida cristiana y en los señores eclesiásticos una mayor sobriedad de costumbres. Entre esas dos épocas hay un período, que es el reinado de Enrique III; pero quien ha suscitado en gran parte esta evolución y este cambio, radicado en el sentimiento religioso de aquella sociedad, es un obispo inglés descendiente de una familia de sencillos labradores: San Ricardo.

Sus virtudes características podrían reducirse a estas tres palabras: austeridad, caridad y energía.

En medio de una sociedad en que los obispos eran «dores» y amantes de las grandezas humanas y los monjes abundaban en la prosperidad y hasta en el lujo, él pasó hambres, amó y practicó la pobreza, se vio desprovisto incluso de casa en que vivir y por fin murió en un hospicio para sacerdotes pobres y peregrinos.

A pesar de este tenor de vida austero y duro, sus sentimientos de caridad para con el pueblo fueron bien conocidos, captando el afecto de sus súbditos. Hasta con los más insignificantes animales demostraba la delicadeza de su corazón y, cuando pretendían prepararle para comer unos pequeños pajarillos, los rechazaba diciendo: «Pobres avecillas que han de morir para servirme de alimento, no quiero ser la causa de que tengan que morir sin haber cometido delito alguno».

Pero, al mismo tiempo, es sorprendente que un temperamento tan delicado fuera, sin embargo, enérgico e intransigente cuando se enfrentaba con la inmoralidad o la avaricia.

Quizá el ambiente de su familia campesina, acostumbrada a vivir en contacto con la naturaleza, fue una base para estos sentimientos, al parecer encontrados: el campo enseña a ser llanos y rectilíneos como la realidad de la misma naturaleza y, al mismo tiempo, fomenta los sentimientos de ternura para con los pajaros y de solidaridad y fraternidad con los vecinos.

La casa de sus padres estaba en Wyche, y allí nació Ricardo en 1197. Pronto murieron sus padres, y él, el menor de los dos hermanos, se dedicó a la labranza, trabajando como humilde labriego para rescatar la pequeña hacienda de sus antepasados, puesta en ruina por su negligente tutor.

Dejando en manos de su hermano Roberto la fortuna conseguida y la posibilidad de un casamiento con una rica doncella,

se marchó a Oxford para comenzar una nueva vida. En la Universidad estudió con tesón, pero en su persona no hubo cambio de modo de ser. Conoció la pobreza y hasta el hambre, y, por no tener siquiera medios para encender un fuego con que calentarse durante el invierno, tenía que correr por los campos para mantener el calor natural.

La providencia de Dios prepara desde la juventud a los hombres que han de desempeñar más tarde una alta misión. El recuerdo de los días duros de sus años de estudiante y la costumbre adquirida de soportar las dificultades cotidianas habrían de ser una gran experiencia para el más tarde obispo de Chichester.

Especialmente en un siglo medieval en que, junto a las condiciones casi miserables de las clases más numerosas de la sociedad, aparecía el lujo exorbitante de los grandes señores, esta preparación del joven Ricardo había de ser muy fructuosa.

Sus mejores maestros fueron franciscanos, como Grosseteste, y dominicos. Éstos, que llegaron a Oxford en 1221, pasaron pronto del común concepto de frailes «mendicantes» a la opinión general de hombres de ciencia.

Después de una corta estancia en París, Ricardo volvió a Oxford para graduarse, consiguiendo el título académico de M. A. (*Master in Art*) y de allí pasó a Bolonia, considerada entonces como la más importante escuela de leyes, y, después de siete años de estudio, consiguió el doctorado en derecho canónico.

Volvió, pues, a Oxford, en donde inmediatamente fue nombrado canciller de la Universidad y, al mismo tiempo, canciller de dos obispos amigos suyos: el de Canterbury, Edmundo Rich, y el de Lincoln, su antiguo profesor Grosseteste.

La intimidad con su maestro, el santo obispo de Canterbury, fue tal que su confesor, el dominico Ralph Bocking, pudo decir de ellos: «Cada uno era el apoyo del otro; el maestro, de su discípulo, y el discípulo, de su maestro; el padre, de su hijo, y el hijo, de su padre espiritual».

Este apoyo a su obispo y amigo se manifestó especialmente con motivo de las dificultades creadas por el rey Enrique III, que se apoderaba de los beneficios eclesiásticos vacantes. Estos

disgustos, que llevaron a la tumba a San Edmundo Rich, fueron otra experiencia providencial para el apostolado futuro de San Ricardo.

Se retiró a Orleáns, en donde enseñó como profesor durante dos años y allí fue ordenado sacerdote en 1243.

Sus primeros ministerios sacerdotales fueron como párroco en Deal, en Inglaterra, pero pronto fue llamado de nuevo a la Cancillería de Canterbury por el nuevo obispo Bonifacio de Saboya.

Pasado un año solo de su ordenación sacerdotal, fue nombrado obispo de Chichester por el arzobispo de Canterbury, pero su nombramiento chocó con las apetencias absolutistas del rey.

En efecto, Enrique III, presionando sobre los sagrados cánones, obtuvo en principio la elección de Roberto Passelewe para ocupar la silla de Chichester, vacante por la muerte del obispo Ralph Neville, pero el arzobispo de Canterbury se opuso enérgicamente y, convocando el Cabildo de sus sufragáneos, decidió el nombramiento de Ricardo. El favorito del rey, según Mateo de París, era un hombre que «había conseguido el apoyo del monarca gracias a injustos manejos con los que había aumentado el erario real en unos millares de marcos».

La historia humana aún sigue llena de semejantes injusticias; pero la providencia de Dios guía a sus elegidos por caminos maravillosos.

A pesar de su legítimo nombramiento no pudo tomar posesión de su silla hasta un año después. El rey Enrique III recibió airado su elección y se apropió todos los beneficios eclesiásticos de la diócesis, negándose a reconocerle como legítimo obispo. Una vez más los intentos absolutistas de los poderes civiles se manifestaban en la historia inglesa del siglo XIII. Pero el papa Inocencio IV, que a la sazón presidía el concilio de Lyón, le ratificó y consagró personalmente el 5 de marzo de 1245.

A pesar de ello el rey dio órdenes de que se le cerraran todas las puertas a su regreso a Chichester, prohibiendo, además, que se le facilitara casa o dinero. Así pues, se encontró con las cancelas cerradas a su llegada al palacio episcopal y hasta los que de buen grado le hubieran ofrecido hospedaje rehuyeron recibirle por temor a la venganza del rey.

Como un vagabundo caminó por su diócesis hasta que Dios dispuso que un buen sacerdote, Simón de Tarring, le abriera su puerta y, según escribe Bocking, «Ricardo aceptó este techo hospitalario como un forastero que se calienta junto al corazón de un amigo».

Para comprender este estado de cosas en el siglo XIII, es preciso recordar que el alto poder alcanzado por el cristianismo a partir del siglo XI tuvo sus raíces en el creciente prestigio del papado. El hundimiento de la Casa de Hoenstaufen inclinó el poder temporal de los papas hacia Francia, que tradicionalmente había sido un buen refugio en los momentos de crisis. La rivalidad entre Inglaterra y Francia tuvo sus más estridentes manifestaciones en la acentuación del nacionalismo inglés y en la resistencia del trono a aceptar las decisiones de los sumos pontífices. La actitud del monarca de Inglaterra frente a la consagración de San Ricardo por el papa Inocencio IV no es más que un ejemplo en la larga lista de intransigencias e intromisiones de los monarcas ingleses medievales en los asuntos eclesiásticos. Una atmósfera bien propicia para la preparación del gran cisma anglicano. En realidad, todos los grandes cismas, como los acontecimientos históricos, han sido la consecuencia de largos períodos de preparación de materiales colectivos.

Pero Cristo dio a su Iglesia no sólo el derecho de enseñar (*ius docendi*) y el derecho de santificar (*ius sanctificandi*), sino también el derecho de gobernar (*ius gubernandi et regendi*), y este poder, como los otros mencionados, es una prerrogativa que los poderes seculares han de respetar. «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura, enseñándoles a *guardar todo lo que os he mandado*». «El que a vosotros oye, a mí me oye, y el que a vosotros recibe, a mí me recibe».

Nuevas pruebas vinieron sobre San Ricardo apenas reconocido como obispo de Chichester. Durante dos años trabajó como obispo misionero. Visitó las chozas de los pescadores y las casas de los humildes, viajando casi siempre a pie, desprovisto de todo.

Durante este período de su vida se celebraron los famosos sínodos, cuyos estatutos son conocidos con el nombre de «Constituciones de San Ricardo», y parece imposible pensar que

esto se realizara en condiciones tan llenas de dificultades. Estas «Constituciones» recogen los abusos más comunes en su época, conocidos personalmente por él mismo y atacados y condenados con extraordinaria energía. En realidad, la entereza de carácter no está reñida con la bondad y la caridad paternal. San Beda el Venerable, comentando cómo las turbas seguían a Jesús, dice que precisamente las dos cualidades que el pueblo demanda en sus jefes son: la bondad y la autoridad; la bondad porque los purifica. Son desgraciados y necesitan comprensión, y la autoridad porque son débiles y necesitan donde apoyarse.

San Ricardo conoció el momento crítico en que le tocó vivir. Los tres principales errores religiosos del siglo XIII, sobre la propiedad, sobre la autoridad (plantado por los fraticelli) y sobre el matrimonio (sustentado por Dulcino en Italia), llegaban a Inglaterra apoyados por el exceso de nacionalismo. Hasta los legados pontificios eran recibidos con críticas en la corte inglesa. La labor de contención de San Ricardo fue decisiva no sólo en su diócesis, sino en todo el país.

Es curioso comprobar que todas las grandes herejías religiosas traen como consecuencia trastornos sociales en la vida de los pueblos. Estos tres mismos errores religiosos del siglo XIII sobre la propiedad, la autoridad y el matrimonio podrían ser considerados como las fuentes de tres grandes «herejías» sociales de nuestro tiempo: el comunismo, el anarquismo y el naturalismo. En realidad, puede decirse con razón que todas las revoluciones han comenzado por la teología, la filosofía y los errores ideológicos.

El apostolado de San Ricardo de Wyche, obispo de Chichester, fue una continua defensa del derecho frente al abuso y de la doctrina del Evangelio frente al nepotismo reinante. Solía decir que Cristo no dio la primacía de su Iglesia a su pariente San Juan, sino a San Pedro, que no pertenecía a su familia. Las ideas se impusieron como consecuencia de su educación fundamental por la enseñanza de los dominicos. Es interesante el ver que, al final de este siglo, se alza en Inglaterra la abadía de Westminster, considerada como el predominio de las ideas profundas sobre la concepción superficial de la vida de comienzos del mismo siglo. Un símbolo de ideología y de tendencia a la libertad del espíritu.

Pero, junto a esta energía de carácter, sus ocho años de obispado fueron también una continua prueba de su ardiente caridad con los humildes y de su espíritu de austeridad para consigo mismo. Mientras otros se regalaban en fiestas y banquetes, él conservaba siempre una gran frugalidad en sus comidas. Aun cuando el rey, amenazado por la excomunión, reconoció su legitimidad y devolvió algunos de sus bienes a su iglesia, él continuó su mismo tenor de vida. Esta sencillez de costumbres y su acendrada caridad y amabilidad fueron, sin duda, las causas principales por que su pueblo le amó con sincero afecto. La mayoría de sus muchos milagros fueron hechos a petición de los humildes.

Murió a los cincuenta y cinco años, en una casa para pobres sacerdotes, *Maison-Dieu*, rodeado de sus discípulos, y fue canonizado nueve años después. Su fiesta se celebra en las diócesis de Westminster, Birmingham y Southwark.

JESUS MARIA BARRANQUERO Y ORREGO

Bibliografía

- Act SS Boll* «Vita di S Ricardo Vescovo di Ciestria », por R BOCKING, y otra en contrada en «Nova legenda angliae»
BAKER, A, «Vie de Saint Richard, eveque de Chichester» *Revue des Langues Romanes* 53 (1910) 245s
CAPES, M R, *Richard of Wyche labourer, scholar, bishop and saint* (Londres 1913)
Lives of the Saints II April (Nueva York)
NEWMAN, J H, *Lives of the English Saints* (Londres 1900) 6 vols
QUENNELL, M QUENNELL, C H B, *A history of everythings in England*, s XIII (Londres Nueva York) c 2
— Actualizacion
HLDLESTON, G R, «St Richard of Wyche», en *The Catholic Encyclopedia*, III
JONES, D J (ed), *Saint Richard of Chichester the sources for his life* (Lewes, Inglaterra, 1995)

SAN LUIS SCROSOPPI

Presbitero († 1884)

Probablemente sólo sea una coincidencia el que la santificación de Luis Scrosoppi esté rodeada de novedades y de primicias informativas, pero tal vez no haya que descartar una cierta responsabilidad de la divina Providencia, tratándose del funda-

dor de las Hermanas de la Providencia. He aquí algunas. El día de su beatificación, el 4 de octubre de 1981, se abrió el octavo centenario del nacimiento de San Francisco de Asís, un santo que contaba con la simpatía del nuevo beato, que estuvo a punto de ingresar en su orden; además, la ceremonia de beatificación, celebrada en San Pedro, fue la primera que ofició Juan Pablo II tras su atentado y, como en las grandes ocasiones, salió al balcón central de la basílica, desde donde evocó, entre otros compañeros beatos de aquel día, a Luis Scrosoppi.

Y las primicias de su canonización proclamada el 10 de junio de 2001 en la Plaza de San Pedro de Roma. Cabe decir que es el primer santo del tercer milenio, pues aunque comparta con otros ese privilegio figura el primero de una lista en la que están Agustín Roscelli, Bernardo de Corleone, Teresa Eustoqui Verzeri y Rebeca Choboq Ar-Rayès. Todos de una tacada, los primeros santos del siglo, pero San Luis Scrosoppi el primero mencionado.

Puede añadirse otra curiosidad que reclamó la atención de los medios de comunicación: la asistencia a la ceremonia de *Changu Shutima*, un estudiante sudafricano, enfermo terminal de sida en 1996 que, desahuciado por los médicos, se curó por intercesión del santo de la noche a la mañana. La naturaleza del milagro, y sobre todo de la enfermedad de que se trataba, ha conseguido que San Luis Scrosoppi sea muy popular e invocado entre los enfermos de sida. Difícil va a ser que nadie le dispute esta primacía y popularidad, y más cuando las Hermanas de la Providencia por él fundadas han encendido la antorcha de la atención a los enfermos de sida abriendo centros en África.

Todas estas coincidencias, que parecen señales providenciales para que el santo no sea tragado por el anonimato, nada son comparadas con los destellos de una vida que no tiene desperdicio y que no será posible esconder bajo el celemín, pues brilla con luz netamente evangélica por su servicio entre los más pobres. Porque esto es lo que caracteriza la biografía de este santo hasta el fin de sus días: la caridad. El papa, en la homilía de canonización, después de recordar que las últimas palabras de San Luis Scrosoppi fueron: «¡Caridad! ¡Caridad!», habló de una vida

«enteramente entregada por amor de Cristo y de los hermanos, especialmente de los más débiles e indefensos» y lo propuso como modelo, «síntesis honda y eficaz entre la comunión con Dios y el servicio de los hermanos».

Nació Luis Scrosoppi el 4 de agosto de 1804 en Údine, una hermosa ciudad del norte de Italia, en la región de Friuli, al sur de Austria, un lugar estratégicamente situado entre los Alpes y el Adriático. Su padre, Domingo Scrosoppi, era un habilidoso orfebre que consiguió atesorar una envidiable posición económica para su familia. Su madre, Antonia Lazzarini, casada en segundas nupcias, con otro hijo de su primer matrimonio —Carlos Filaferro— tuvo otros dos hijos —Juan Bautista y Luis— que apenas se llevaban entre ellos un año de diferencia, pero entre el mayor y el pequeño, entre Carlos y Luis, mediaban no menos de 18 años. Esta circunstancia convirtió al mayor en verdadero guía, casi en tutor de los menores, y de manera muy particular de Luis con quien estaría estrechamente unido a lo largo de su vida en las obras de caridad que sostenía en Údine.

Su hermano Carlos había entrado en la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri dos años después de nacer Luis y tres años más tarde recibió la ordenación sacerdotal. Esta decidida vocación, alimentada por un ambiente familiar profundamente cristiano, donde la caridad brilló siempre con gran generosidad, dejó huella en los otros dos hermanos que emprendieron también el camino del sacerdocio.

Entre 1814 y 1815 la región de Friuli experimentó un tiempo de vacas flacas, por decirlo en términos bíblicos. A dos años de pertinaz sequía siguieron tiempos de persistentes lluvias que impidieron el normal cultivo de los cereales, y que, por tanto, no fueron de abundancia. Las gentes de la montaña bajaron a Údine huyendo de la escasez. Lo malo fue que al mismo tiempo se cebaron sobre la población temibles epidemias que hicieron mella en las familias, las diezmaron y dejaron una riada de niños huérfanos. La solución que buscó la diócesis para afrontar esta situación tan penosa fue habilitar dos centros: los niños fueron recogidos en el antiguo seminario y las niñas en un instituto de caridad que abrió el padre Cayetano Salomoni para sacarlas de la calle, atender a sus necesidades y educarlas cristianamente.

Esta secuencia de necesidades, y sobre todo la triste realidad de tantos chicos abandonados, la observó y vivió Luis Scrosoppi de primera mano. La holgura económica de su familia echó una mano generosa para sacar adelante estas iniciativas de caridad y su hermano Carlos ayudaba al padre Cayetano, a quien sustituyó como responsable en 1822. La evidencia con que se manifestaba por aquellos años la pobreza movió al adolescente Luis, que por entonces tenía doce años, a reflexionar y a tomar una decisión casi cantada. Carlos era cura, su hermano Juan Bautista había ingresado en el seminario, y él hizo otro tanto, se inscribió como externo en la escuela del seminario, donde había un plantel excelente de profesores y de formadores, entre ellos el responsable de la casa de huérfanas.

Cuando contaba 23 años, el 31 de marzo de 1827, Luis Scrosoppi fue ordenado sacerdote por el obispo de la diócesis de Údine, monseñor Manuel Lodi. Al día siguiente, la primera misa en la iglesia de la Magdalena. Allí estaban sus padres, felices y embobados, mirando cómo a su pequeño misacantano le escoltaban en el altar sus otros dos hermanos Carlos y Juan Bautista, que aún no había cumplido su primer año de cura. Aquella primera misa de Luis en domingo de Pasión marcaba su predilección por descubrir el rostro sufriente de Cristo en los pobres, los maltratados por la enfermedad, el abandono y la marginación. La homilía quiso dedicarla a glosar la virtud de la humildad.

Comenzó sus tareas ministeriales vinculado a aquella iglesia de su primera misa, continuando una entrega que ya venía desempeñando desde que recibió el diaconado, a la sombra de su hermano Carlos con el que colaboró estrechamente en la educación de las niñas que tenía recogidas. También dirigió la Pía Unión del Sagrado Corazón de Jesús.

Si había un santo por el que Luis sentía rendida admiración, ese era Francisco de Asís, con quien sintonizaba plenamente y del que apreciaba su ideal de pobreza y humildad, su sentido de la fraternidad universal. Se sentía atraído y dispuesto a seguir sus pasos. Pensó en hacerse franciscano, ingresar en el convento que los capuchinos tenían en Údine, pero a la hora de tomar la decisión se le ponía un nudo en la garganta que le impedía

abandonar a las niñas huérfanas. Se lo pensó mejor y se convenció de que una manera franciscana de vivir sería consagrar su vida a los pobres, ayudar a aquellas niñas. Y aunque no se hizo fraile capuchino, sí se mantuvo fiel de por vida a los ideales del Pobrecito de Asís haciéndose terciario franciscano.

Su hermano Carlos, entregado a cuidar la casita de las abandonadas, se encontró sin alguien que desempeñase las funciones de subdirector, que le echase una mano con alma. Y le pidió a Luis que aceptara el cargo. La casa tenía dificultades de todo tipo. Cada día había más niñas, pero menos recursos disponibles para atenderlas. Luis se entregó de cuerpo entero a resolver este problema de financiación buscando benefactores, consiguiendo aportaciones en especie para el comedor de la casa y pidiendo limosna como lo haría un pobre. Había que ampliar el edificio para dar acogida a tantas otras niñas que esperaban ser recibidas; y entonces, para comprar y pagar las deudas, se lanzó el padre Luis a los caminos del Friuli con un carromato tirado por un burro para recoger los materiales de construcción que les regalaban y para apanar todo cuanto le ofrecían. Se exponía a desplantes y a insultos, que también le llegaron. En una de esas correrías limosneras le hizo frente un hombre que le propinó un puñetazo. Luis reaccionó con una serenidad que desarmó a su agresor. Le dijo: «Gracias, eso es para mí ¿pero no me va a dar nada para las huerfanitas?». En otra ocasión pasaba por Buia, un pueblecito de la región, y mientras el padre Luis recibía una lluvia de insultos, una joven campesina llamada Úrsula Baldasso toma las riendas del carrito y le ayuda a buscar limosna entre la gente más generosa del pueblo. En esta ocasión, el mendigo sacerdote no sólo sacó una cuantiosa colecta sino que encontró una nueva vocación para servicio de los pobres.

Fue levantándose el edificio con el esfuerzo de todos y bajo la supervisión de Luis que hizo de todo, de peón y de cantero. Resultó, pues, un milagro obrado con generosas limosnas, obra y gracia de la Providencia, que culminó a finales de 1836. A principios de febrero de 1837 la casa ya estaba en disposición de acoger a muchas niñas. Había 9 mujeres, con mano maestra para la costura y el bordado, pero también maestras por sus dotes para enseñar a escribir, a leer y a hacer cuentas, entregadas a

la educación de las huérfanas. La mayor se llamaba Margarita Gaspardis, algo más jóvenes eran Teresa Fabris y Lucía Giorgio, más las últimas de la hornada: Felicidad Calligaris, Rosa Molinis, Catalina Bros, Cristina y Amalia Borghese y la mencionada Úrsula. Con ellas iba a nacer, en la noche del 1 de febrero de 1837, el germen de la que llegaría a ser la Congregación de las Hermanas de la Providencia. Hicieron un gesto de desprendimiento ante Carlos y Luis entregando sus alhajas como signo y compromiso de abrazar la pobreza y dedicar su vida a los pobres

El reglamento de la nueva casa tenía bien acotada su misión, tal y como se explica en 1839:

«Acoger a las niñas pobres y huerfanas, o las hijas de las familias donde reinaba el vicio y la miseria, para educarlas desarrollando en ellas los valores humanos y cristianos y para ayudarlas a convertirse en mujeres capaces de ganarse honestamente la vida»

Aunque la casa dependía de Carlos Filaferro, le absorbía muchas horas su ministerio en la iglesia de Santa María Magdalena. Luis Scrosoppi era el que prestaba atención, el que aconsejaba a las maestras y les decía que trataran a las niñas como «la niña de los ojos», que era a Cristo a quien cuidaban:

«El cansancio, la aplicación, la ocupación constante y los tediosos cuidados para ayudarlas, socorrerlas e instruir las, no sean para ustedes motivo de desánimo, sabiendo que todo esto lo están haciendo a Jesús»

Entre las maestras responsables de cuidar la casa, cuyo número aumentaba poco a poco, se iba perfilando una fraternidad por influencia espiritual del padre Luis y tomando cuerpo la decisión de fundar una nueva familia religiosa. En la nochebuena de 1845 las más jóvenes, con autorización del obispo de Údine, prometieron servir a los más pobres. Algunas vistieron un hábito marrón y once profesaron.

Años después sobrevino una conmoción política que afectó también a Údine. En marzo de 1848 estalla una rebelión contra el autoritarismo del imperio austríaco. Cuando los austríacos, presionados por el pueblo, se marchan de la ciudad, una alegría generalizada sale a la calle luciendo escarapelas con los colores de la bandera italiana. Hasta Carlos y Luis se colocaron una con

un entusiasmo que no duró mucho, pues en plena Semana Santa de aquel año, volvieron a Údine los austríacos resueltos a reconquistar la ciudad. La bombardearon en la tarde del viernes santo y los proyectiles pasaban silbando por encima de la *Casa delle Derelitte*, que era como llamaban a la casa de las niñas huérfanas. El susto fue tremendo, y rápida la decisión del padre Luis de evacuar la casa, poner a las niñas a salvo y pedir a todos que confiaran en la Providencia, mientras las Hermanas salían a socorrer a los heridos. Todo parecía una pesadilla, cuando al día siguiente, sábado santo, se firmó el armisticio.

Al llegar la Navidad de 1848, tres años después de aquella primera profesión religiosa, las Hermanas se comprometieron a suscribir ante notario su deseo de ser reconocidas con personalidad jurídica y formar una comunidad. Se acogieron al patronazgo de San Cayetano de Thiene, titular de la iglesita que se construyó al lado de la Casa y donde Luis Scrosoppi pasaba largos ratos de oración, confiaba en la providencia de su obra para los más pobres y en que la Providencia velara por ella.

A estas alturas de la historia conviene saber que el padre Luis Scrosoppi, que conoció las dificultades de la Congregación del Oratorio en los primeros años del siglo XIX, se hizo uno de sus miembros a los 42 años de edad, siguiendo el ejemplo y el estilo de vida que San Felipe Neri quería para los sacerdotes del Oratorio. Llegó a ser prepósito de esta Congregación en 1856, dos años después de la muerte de Carlos Filaferro.

A la muerte de su hermano quedaron sin completar algunos proyectos de caridad en toda la región de Friuli, y puso todo su empeño en llevarlos adelante. Entre ellos, un terreno en el pueblecito de Orzano, muy cerca de Údine, que servía de granero para las necesidades de las niñas abandonadas y también de centro de recuperación y convalecencia para las más débiles. Se convirtió para el padre Luis en un lugar predilecto, como que lo eligió para su eterno descanso. Otro proyecto finalmente inaugurado fue la *Casa del provvedimento*, la escuela para sordomudas y una guardería infantil de caridad.

Entre las florecillas que se cuentan de San Luis Scrosoppi, las hay particularmente tiernas. Después de la epidemia de cólera de 1855, que hizo sus estragos dentro de la casa de las aban-

donadas y diezmo incluso la comunidad de Hermanas, llegaron nuevas avalanchas de niñas huérfanas y pobres que amenazaban con desbordar el edificio. El padre Luis no le cerraba la puerta a ninguna y aparecía de pronto ante las más pequeñas con una chiquilla nueva oculta bajo su manteo. «A ver si acertáis lo que os traigo», les decía. Y enseguida, retirando su manto explicaba: «Otro regalito del buen Dios». Y a las Hermanas, siempre les recordaba esta coletilla: «Éstas son mis alegrías, cuídenlas, precópanse, y que no les falte nada». Se cuenta también que una vez la hermana cocinera llegó alarmada diciendo que no había provisiones en la despensa, a lo que Luis replicó diciendo que no, que no era cierto, que mirara bien, que había trigo en el granero. Y la cocinera fue a comprobarlo y se quedó estupefacta, porque había trigo donde antes no lo había encontrado.

El obispo de Údine, monseñor Andrés Casasola, confió en 1857 a las Hermanas de la Providencia la atención del hospital de Portogruaro. Luis aceptó esta propuesta que se fundaba en la generosidad probada de las Hermanas, pero antes de hacerse cargo quiso que se entrenaran durante un tiempo en el que atendían unas religiosas alemanas en Gorizia. Cuando el grupo estuvo listo, el padre Luis encargó al carpintero de la casa que preparase una cruz de madera, sin crucificado, y se la entregó a las hermanas con este singular aviso: «Es una cruz vacía, en ella no está clavado Jesús, porque son ustedes las que tienen que ser crucificadas en ella a imitación de su divino Esposo». Allá se fueron, a descubrir y a encontrar a Cristo en los enfermos.

Luis no perdía ocasión de predicarles con el ejemplo este descubrimiento. En una ocasión les pidió a las Hermanas de este hospital que le cambiaran su camisa por la del enfermo más pobre para darles a entender lo beneficioso del trueque, pues era a Jesús a quien se le entregaba su camisa. Este comportamiento evangélico, de rasgos tan franciscanos, lo sensibilizaba de muchas maneras, por ejemplo cuando le preguntó a una de las Hermanas más jóvenes si había besado los pies de un enfermo al que acababa de lavárselos; al responder ella que no, le explicó en forma de pregunta: «¿No sabes que son los pies de Jesús?». Y entonces él se arrodilló para besarlos y pidió a la hermana que también lo hiciera.

La Congregación de las Hermanas de la Providencia se iba afianzando y estaba ya deseosa de un reconocimiento pontificio. Los padres Luis Scrosoppi y Francisco Fantoni, con la superiora sor Serafina Strazzolini y la maestra de novicias sor Teresa Fabris, se propusieron la redacción de la regla y de las constituciones de la congregación entre 1858 y 1860. Tras muchos sinsabores y tardanzas inexplicables, el decreto de aprobación de la congregación lo firmó el papa Pío IX el 22 de septiembre de 1871, pero la aprobación de las constituciones no llegó a disfrutarla el padre Luis.

No fueron estos problemas de la aprobación pontificia los únicos de carácter legal que tuvo que soportar el padre Luis. La unificación de Italia y una oleada de anticlericalismo creciente afectó tan seriamente a la obra de Luis Scrosoppi que se decretó en 1866 la supresión de la *Casa de las abandonadas* de Údine, la Congregación del Oratorio y la confiscación de todos los bienes de la propiedad de los filipenses. Consiguió impedir, por tratarse de una obra de beneficencia, el cierre y supresión de la Casa aunque tuvo que someterla al más severo control fiscal, pero no lo logró con el Oratorio y la iglesia de Santa María Magdalena, que fueron vendidos en pública subasta. El padre Luis compró lo que pudo de aquella entrañable almoneda. Ahora bien, nadie podría arrancarle su fidelidad a San Felipe Neri, por muy suprimida que estuviera la Congregación.

Las Hermanas de la Providencia fueron abriendo casas por el Trentino, sin decir no a ninguna llamada de servicio a los más abandonados, optando por los pobres, por los enfermos, siguiendo el ejemplo evangélico que el padre Luis predicaba con su vida y su obra. Esta región fue muy pronto un vivero de vocaciones que con su juventud y energía dieron un nuevo vigor a la congregación. «Abriré doce casas antes de mi muerte», había predicho en el comienzo de la expansión. Y se cumplió el deseo con fuerza renovadora y savia nueva.

El padre Luis Scrosoppi fue para las Hermanas de la Providencia no sólo fundador sino padre, consejero, acompañante vocacional, espejo donde mirarse. Era exigente con las aspirantes para probar su fe y su vocación y hacerlas fuertes, se mostraba severo con las actitudes hipócritas, vanidosas y superficiales,

pero en cambio ofrecía comprensión y consuelo ante la fragilidad, y siempre estaba dispuesto al perdón, a darlo y a pedirlo. Cuentan algunas de las religiosas que más lo conocieron cómo poseía un sexto sentido, una particular intuición para «leer en los corazones». Imprimió a las Hermanas un estilo alegre, generoso, responsable, maternal, acogedor y humilde, cualidades y formas de relacionarse que dan el perfil de una espiritualidad inconfundible.

Y sobre todo infundía confianza a su alrededor y consideraba a la divina Providencia eje y explicación de su obra. Decía que «la Providencia de Dios es la única fuente de la existencia de este Instituto» y las Hermanas «hijas de la Providencia, que es su madre y se preocupa de ustedes en todo momento», y que había de abandonarse a ella como el «niño en brazos de su madre, sin otro pensamiento que el de agradar solamente a Dios, incluso hasta el sacrificio de la propia vida». En esta invocación a la Providencia entraban como abogados San Cayetano «santo de la Providencia», San José «ecónomo» providencial, y María «madre de la Providencia».

Luis Scrosoppi se acercaba al último tramo de su vida. Celebró sus bodas de oro sacerdotales en 1877 con una sotana nueva, impecable, que se encargaron las Hermanas y su hermano Juan Bautista de que la vistiera para la ocasión, pues él iba habitualmente al último remiendo ya que regalaba su ropa nueva a los seminaristas pobres de la diócesis de Udine. Pero aquel día hubo fiesta excepcional. La misa de los cincuenta años fue uno de los actos más ruidosos y festivos de sus últimos años que Luis vivió como una inmensa acción de gracias a Dios por el don del sacerdocio.

Años después, a finales de 1883, tuvo que suspender sus actividades porque las fuerzas le empezaron a fallar, se le acercaba como él decía con expresión franciscana: «Mi hermana la muerte corporal». Avanzaba a pasos agigantados una enfermedad de la piel que le producía fiebre muy alta y numerosas llagas que iban tomando un aspecto parecido a la lepra. En aquellos momentos de dolor encuentra alivio en la oración y consuela a las Hermanas, que le acompañan en el trance, diciéndoles que no tengan miedo al futuro, pues Dios que hizo nacer y crecer a la

familia religiosa, también velará por su desarrollo. Estas recomendaciones acabaron, después de recibir la unción de los enfermos, en este resumido testamento espiritual: «Salvar las almas y salvarlas con la caridad».

El 3 de abril de 1884, jueves de la semana de Pasión, Luis Scrosoppi moría en la ciudad de Údine, donde había nacido, después de haber ejercido «la caridad de manera ejemplar, especialmente para con las muchachas huérfanas y abandonadas». Corrió la triste noticia, se enteraron las ciudades vecinas y acudió un río de gente a darle el último adiós y a pedirle protección. Sus restos fueron expuestos en la iglesita de San Cayetano y después de los funerales fue llevado al pueblo de Orzano donde recibió sepultura. Toda aquella gente sencilla de los alrededores que lo conocía, sabía que había muerto un santo.

JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

Ecclesia (1981) n.2.050, p.47-48; (2001) n.3 053, p.22-23, (2001) n 3.054, p.24-25.
L'Osservatore Romano (4-10-1981) 4; (5/6-10-2001) 1, 3; (10-6-2001) 9; (11/12-6-2001) 6-7, 9
L'Osservatore Romano (ed. en español) (8-6-2001) 10; (15-6-2001) 5-6.
PAPASOGLI-ZALUM, M. - PAPASOGLI, G., *San Luigi Scrosoppi: prete per i più poveri* (Údine 2001).
VALOPPI, I., *La storia di San Luigi Scrosoppi* (Údine 2001)

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN SIXTO I

Papa († 128)

Sixto (Xystus) fue elegido papa el año 116 y gobernó la sede romana durante diez años. Según el *Liber Pontificalis* era romano e hijo de un tal Pastor y es probable que fuera de familia de origen griego. No es seguro que muriera mártir.

SAN NICETAS

Hegúmeno († 824)

Natural de Cesarea de Bitinia, donde nace hacia el año 760. Cuando, siendo muy pequeño Nicetas, su padre quedó viudo, ingresó en un monasterio y dejó a su hijo con la abuela, pero luego ya adolescente pasó a completar su educación en el monasterio. Se decidió finalmente por la vida monástica e ingresó en el monasterio de Medikion en el Monte Olimpo. Fue ordenado sacerdote el año 790, y veintitrés años más tarde fue elegido hegúmeno o abad del monasterio. Llegada la contienda iconoclasta, él se puso decididamente de parte de la ortodoxia y no dudó en manifestarlo, siendo deportado por orden imperial y encerrado en una celda sin techo, debiendo por ello dormir a la intemperie. Llevado a Constantinopla, hizo las paces con el emperador y el patriarca intruso, de cuyas manos recibió la sagrada comunión. Pero sus amigos le hicieron ver su error y él se arrepintió sinceramente, y entonces marchó a Constantinopla y manifestó su actitud al emperador, el cual lo destierra por segunda vez y lo encierra en condiciones muy penosas. Asesinado el emperador León el Armenio en 820, es dejado libre, pero él se niega a retomar su cargo en el monasterio como signo de su arrepentimiento y vivió en una humilde celda en Constantinopla hasta su muerte en 824. Su cuerpo fue llevado a su monasterio, donde fue recibido con gran entusiasmo.

SAN JOSÉ EL HIMNÓGRAFO

Monje († 886)

Nació en Sicilia el año 816 pero, cuando once años más tarde los árabes invaden la isla, se refugia con su familia en Grecia. El año 831 ingresa en el monasterio de Látoma y se ordena presbítero. Se une a San Gregorio el Decapolita y con él va a Constantinopla, viviendo con un grupo de monjes y el dicho santo en la iglesia de San Antipas. Surgida la contienda iconoclasta, él es enviado a Roma a pedir ayuda al papa Gregorio IV contra la herejía, pero cae en manos de unos piratas y cuando dos años más tarde obtiene la libertad vuelve a Constantinopla,

donde en 850 funda un monasterio. El emperador Bardas lo destierra a Crimea por ser partidario del patriarca San Ignacio y no vuelve del destierro hasta que Ignacio es repuesto en 867. Basilio I el Macedonio le confía el cargo de mayordomo de la iglesia de Santa Sofía. Su título de Himnógrafo le viene de haber sido uno de los principales compositores de himnos para la liturgia bizantina. Murió el 3 de abril de 886.

BEATO GANDULFO DE BINASCO

Presbitero († 1260)

Nació en Binasco (Italia) en el seno de la familia Sacchi, en la que recibe una esmerada educación. Muy joven y en vida todavía de San Francisco toma el hábito de la Orden de Menores. El teatro de su vida será Sicilia. Ordenado sacerdote, ejerce con gran celo y fruto la predicación pero él, que deseaba también vivir el gozo de la contemplación, alterna la vida activa con temporadas de retiro en una ermita. Se cuentan de él numerosos milagros y una especial relación con los animales y las aves. Muerto el 3 de abril de 1260 en Polizzi Generosa, existe la leyenda de que los pájaros cantaron en su funeral. Su culto fue confirmado el 10 de marzo de 1881.

BEATO JUAN DE PENNA

Presbitero († 1275)

Era un joven sacerdote de la diócesis de Fermo, en cuya población de Penna San Giovanni había nacido, cuando un sermón que escuchó a un franciscano, fray Felipe, compañero de San Francisco, y en vida todavía de éste, le movió a unirse a la Orden de Menores. Cuando en 1217 se envía a los religiosos de la naciente Orden a diversos países para propagar el evangelio y difundir la Orden, a Juan le es asignada la Provenza. Ordenado sacerdote, se dedicó por entero a la tarea que le había sido asignada, sembrando la Galla Narbonense de la simiente de la palabra divina y consolidando la presencia en ella de la Orden franciscana. La dulzura, paciencia y angelical pureza que adornaban a fray Juan fueron componentes del éxito apostólico cosechado.

En 1242 pasa a Italia nuevamente, donde se le piden distintos servicios, entre ellos los de guardián de varios conventos, para lo que estaba muy bien dotado por su prudencia y caridad exquisita. Murió en su tierra natal el 3 de abril de 1275. Su culto fue confirmado el 20 de noviembre de 1808.

BEATOS ROBERTO MIDDLETON Y TURSTANO HUNT

Presbiteros y martires († 1601)

Roberto nació en el Yorkshire hacia 1569 y se crio en la fe protestante. A los 18 años unos libros le hicieron replantearse el tema religioso y por sí mismo llegó a la fe católica. Se marchó de York a Londres, donde vivió con un comerciante que era también magistrado. En 1594 marchó a Douai y luego al colegio inglés de Roma, donde se ordenó sacerdote. Posteriormente entraria en la Compañía de Jesús. Vuelto a Inglaterra en 1598, al año siguiente es arrestado y llevado a Preston, donde admitió ser sacerdote católico pero se negó a denunciar a los demás. Fue entonces enviado a Lancaster, y en el camino un grupo de católicos, y entre ellos el sacerdote Turstano Hunt, quiso liberarlo pero salió mal la operación y el propio Hunt cayó preso.

Hunt era natural de Carlton Hale y estudió en Reims, ordenándose sacerdote el 20 de abril de 1585. Hunt iba armado y disparó en la refriega hiriendo a uno de los guardas, y se le encontraron tres cartas, una de ellas carta abierta a la Reina. Enviados ambos sacerdotes a Londres, fueron encerrados en la Gatehouse y el 3 de marzo de 1601 fueron llevados a Lancaster y condenados a muerte por su condición de sacerdotes católicos introducidos en el reino inglés. Aquí, el 3 de abril de aquel año ambos serían ahorcados y, además, Middleton fue descuartizado cuando aún estaba vivo. Fueron beatificados el 22 de noviembre de 1987.

BEATO PEDRO EDUARDO DANKOWSKI

Presbitero y martir († 1942)

Nació en Jordanow (Polonia) el 21 de junio de 1908. Decide su vocación sacerdotal e ingresa en el seminario de Cracovia,

ordenandose el 1 de febrero de 1931. Nombrado vicepárroco en varias parroquias sucesivamente, cumplió ejemplarmente con su ministerio y, declarada la guerra, se puso a ayudar con dedicación a las familias que huían a las montañas, pese a saber que esta conducta era peligrosa para él mismo. Arrestado el 10 de mayo de 1941, pasó por varias cárceles y luego fue llevado al campo de concentracion de Auschwitz, donde enfermó y murió a consecuencia del mal trato de los guardianes el 3 de abril de 1942. Fue beatificado el 13 de junio de 1999

4 de abril

A) MARTIROLOGIO

1 En Sevilla, San Isidoro († 636), obispo y doctor de la Iglesia, cuya memoria celebra la Iglesia española el día 26 de este mes **

2 En Tesalonica (Macedonia), los santos Agatopodes, diacono, y Teodulo, lector (s. IV), martires

3 En Milan, la deposicion de San Ambrosio († 397), obispo y doctor de la Iglesia, cuya memoria se celebra el 7 de diciembre, día de su ordenacion episcopal

4 En Constantinopla, San Platon († 814), hegumeno, defensor de las sagradas imagenes *

5 En Poitiers (Aquitania), San Pedro († 1115), obispo *

6 En Scicli (Sicilia), Beato Guillermo Cufitelli († 1411), ermitaño *

7 En Palermo (Sicilia), San Benito Manassari († 1589), llamado el Negro o el Moro, religioso de la Orden de Menores *

8 En Catania (Sicilia), Beato Jose Benito Dusmet († 1894), obispo, de la Orden de San Benito **

9 En Aljustrel (Portugal), Beato Francisco Marto († 1919), adolescente *

10 En Reggio-Calabria, Beato Cayetano Catanoso († 1963), presbitero, fundador de las Hermanas Veronicas del Santo Rostro **

BEATO JOSÉ BENITO DUSMET

Obispo († 1894)

El 25 de septiembre de 1988 Juan Pablo II beatificó a seis siervos de Dios, entre ellos al cardenal José Benito Dusmet, abad del monasterio de San Nicolás de la Arena (Sicilia), arzobispo de Catania y cardenal de la Iglesia romana. De éste dijo entre otras cosas el Papa en la homilía:

«Se yergue como *testigo de la caridad evangelica* en tiempos particularmente atormentados para la vida de la Iglesia, en medio de ardientes conflictos y de profundas alteraciones del tejido político y social del País, en una región (Sicilia) atormentada por pavorosas calamidades naturales que se siguieron unas a otras epidemias de colera, terremotos, inundaciones, erupciones del Etna, unidas a la constante y vastísima calamidad que es la miseria de los desheredados»

Nació en Palermo el 15 de agosto de 1818 y fue bautizado el mismo día de su nacimiento, recibiendo ¡trece nombres!, entre ellos el de Melchiorre con el que se le llamó hasta que, al abrazar la vida monástica, lo cambió por los de Giuseppe Benedetto, que aparecían también entre sus nombres de pila. Fueron sus padres Luis Dusmet, belga de origen, y María Dragonetti-Gorgone, napolitana.

Cuando Melchiorre contaba apenas cinco años, sus padres le pusieron en manos de los monjes benedictinos de la histórica y monumental abadía de San Martino delle Scale, distante unos 12 km de Palermo, para su formación humana y cristiana. Esto, que hoy nos resulta chocante, era entonces, y lo había sido en siglos anteriores, muy frecuente. Cumplidos doce años, dejó el monasterio y volvió al hogar paterno.

Pero el recuerdo de los felices tiempos pasados en el monasterio y la convicción de que Dios le llamaba a seguirle en la vida monástica se fueron haciendo cada más fuertes y más claros. Y cumplidos los 15 años, decidió hacerse monje en la abadía en la que había pasado su niñez. No le fue fácil convencer a su padre ¡Veía éste esfumarse las ilusiones que había puesto en su hijo!

El 15 de agosto de 1840 profesó la vida monástica. Y durante los años 1840-1841 recibió de manos del arzobispo de Monreale las órdenes del subdiaconado, del diaconado y del sacerdocio. Monje y sacerdote, dos vocaciones que Dusmet sabrá unir como pocos, dos vocaciones que amará apasionadamente. Muy pronto se le encomendaron misiones importantes, algunas de gran responsabilidad y que, por ello, no se encomendaban sino a monjes ya maduros y con larga experiencia.

Pero, inesperadamente, en 1847 sus superiores decidieron trasladarle al monasterio de Caltanissetta, en Sicilia también. ¿Qué razones hubo para que Dusmet, que tanto amaba a su monasterio de San Martino delle Scale y que tan acertadamente estaba trabajando, fuese destinado a otro monasterio? No es improbable que el traslado se debiera en parte, sólo en parte, a que no pocos de la comunidad veían con no buenos ojos que el joven P. Dusmet secundara las ideas un tanto reformistas de algunos otros monjes, entre ellos el P. Celestia, que había sido maestro de novicios de Dusmet y que llegaría a ser como él cardenal. De todos modos el P. Dusmet siguió amando a su primer monasterio y los monjes de éste le siguieron valorando y queriendo, como pronto se pudo ver.

Sólo tres años permaneció el P. Dusmet en Caltanissetta. Suficientes, sin embargo, para que sus superiores pudiesen constatar la valía del joven monje. Prueba de ello es que en 1850 fue nombrado prior del histórico monasterio de San Severino y San Sosio de Nápoles. Su misión era colaborar con el abad en la revitalización de la comunidad y en la restauración de los edificios.

Su activa y ejemplarísima presencia en Nápoles fue muy corta: sólo dos años. En 1852, accediendo a las insistentes peticiones del obispo de Santa Flavia de Caltanissetta, que veía en el P. Dusmet la persona indicada para ayudarle eficazmente a hacer frente a la delicada situación de su diócesis, los superiores de la Congregación Casinense lo trasladaron de nuevo a Sicilia, ahora como prior administrador del monasterio de Caltanissetta. Los seis años para los que fue nombrado prior fueron suficientes para inyectar nueva vida en la comunidad de Caltanissetta, restaurar buena parte de sus ruinosos edificios y dejar en todos un recuer-

do imborrable. Un historiador de esta diócesis le llama «héroe de la caridad, del sacrificio y de sublime abnegación».

En 1858 el capítulo general de la Congregación Casinense por unanimidad le nombró abad del célebre monasterio de San Nicolás de la Arena. Rompiendo con una vieja tradición, el nuevo abad dispuso que su toma de posesión el 1 de agosto de 1858 y demás actos previstos para el caso no revistiesen solemnidad alguna.

La abadía de San Nicolás era una de las más importantes, si no la más importante, de Sicilia y contaba con una brillante historia. Pero como todos los monasterios a los que no había llegado aún el resurgir del monacato que se estaba dando en Europa, arrastraba una vida más bien lánguida, condicionada por leyes civiles injustas y por inveteradas tradiciones no del todo conformes con la Regla de San Benito. El P. abad Dusmet, con calma pero con decisión, fue cortando lo que no era conforme con el ideal monástico y revitalizando lo que ha de ser lo primero. Los que convivieron con él durante estos años ponen muy de relieve que, como al abad le pide San Benito, enseñaba a sus monjes con su palabra, sí, pero más aún con su ejemplo.

Mas lo que se venía temiendo llegó también a Sicilia: en 1866 el gobierno cerró los monasterios de monjes. La abadía de San Nicolás el 25 de octubre de este año. La notificación de la Administración pública no podía ser ni más clara ni menos dura. Entre otras cosas decía: «El día 25 del corriente mes de octubre deberán salir del local que ocupan en la actualidad y dedicarse a la vida religiosa fuera del Claustro vistiendo el hábito de sacerdote secular y volver a sus familias». El abad Dusmet, después de poner en manos de cada uno de sus monjes veinticuatro escudos, los fue despidiendo uno a uno con un abrazo en la puerta del monasterio...

La admiración que todos sentían hacia el abad Dusmet hizo posible que él y unos cuantos monjes permanecieran en el monasterio para mantener el culto en la iglesia, y, en contra de lo que las leyes desamortizadoras estipulaban, seguir haciendo vida de monjes.

Así estaban las cosas, cuando inesperadamente el 16 de febrero de 1867 le llegó al P. abad Dusmet un escrito de la Santa

Sede en el que se le comunicaba que Pío IX había pensado en él como arzobispo de Catania y que el 22 de febrero sería preconizado Arzobispo.

La alegría del clero y del pueblo de Catania, incluso de sus autoridades civiles, al conocer la noticia fue, dicen las crónicas de la época, indescriptible. Después de seis años sin arzobispo al fin lo tenían y éste era el tan querido por todos abad José Benito Dusmet. Fue consagrado obispo en la Basílica romana de San Pablo Extramuros el 19 de marzo, y el 8 de abril hizo su entrada en la diócesis.

Mientras esperaba en Roma, en el monasterio de San Pablo Extramuros, su entrada oficial en la diócesis, había preparado su primera carta pastoral. En ella les abre su corazón y se pone a su completa disposición. Entre otras cosas les dice:

«En aquel momento (cuando recibí la noticia) no sentía más que lo poquísimo que somos, la gravedad del oficio, la responsabilidad con la que cargabamos ante Dios y ante los hombres. Sentíamos todo esto y temblábamos. Pero, por otra parte, vimos que si nos excusábamos en tan difíciles coyunturas, seríamos culpables de haber retirado de nuestros labios el caliz de amargura, dejando al Padre de los fieles beberlo solo»

Nuestro buen pueblo, que pide pan y fe, pone toda su confianza en nuestro amor de padre. Aun cuando no tengamos más que un panecillo, lo partiremos con el pobre. Nuestra puerta estará siempre abierta a todo desgraciado que sufra. En el horario que mandaremos se coloque a la puerta del obispado se indicara que los pobres tienen siempre preferencia»

El amor sin límites, sin perdonarse a sí mismo ni tiempo ni fatigas, a todos pero de modo especialísimo a los pobres y a toda clase de necesitados, será, como lo había sido ya antes, la característica de su actividad pastoral. Tanto, que uno de los libros escritos sobre él tiene este significativo título: *Dusmet, una carità senza confini*

El 11 de febrero de 1888, León XIII le nombró cardenal de la Iglesia romana, motivando el nombramiento con las siguientes elogiosas palabras: «Insigne por las virtudes episcopales y sobre todo por su prudencia y caridad».

El arzobispo Dusmet, aunque muy consciente de que su primera obligación era pastorear a los fieles cristianos de su diócesis, para los que nunca regateó tiempo y afanes, siguió sintién-

dose monje y viviendo como monje. Lo pudo hacer gracias a que unos cuantos monjes exclaustrados pidieron a Pío IX vivir su vida monástica junto al arzobispo y teniéndole a él como superior. Súplica a la que el Papa accedió. Por su parte él pidió y obtuvo la gracia de seguir vistiendo el hábito de monje.

Asimismo su ardiente ilusión de que el viejo árbol benedictino, tan castigado durante las últimas décadas del siglo XVIII y buena parte del XIX, volviese a reverdecer le impulsó a secundar con ilusión durante la última década de su vida los planes de León XIII de poner en marcha el Colegio de San Anselmo en el que se formasen monjes de todo el mundo, y también una Confederación que agrupase a los monasterios benedictinos de toda la Orden de San Benito. ¡Qué gozo tuvo que ser para él, expulsado con sus monjes de su monasterio en tiempos ya un tanto lejanos, ver resurgir al monacato benedictino en todo el mundo y ser precisamente él uno de los llamados a fomentar este resurgimiento!

El panorama que el nuevo arzobispo tenía ante sí no era nada halagueño. Los que durante los seis años de sede vacante habían tenido la responsabilidad de gobernar la diócesis estaban enfren-tados entre sí. Y las tensiones políticas y las ideas revolucionarias de la época se hacían sentir en el clero. Con calma, con la bondad que siempre le caracterizó, con el corazón abierto a todos, corrigiendo con firmeza cuando era necesario, logró, a no tardar mucho, que el clero formase una piña en torno a él.

Se encontró con un grupo notable de seminaristas, pero sin seminario. Los seminaristas vivían con sus familias o en pequeños grupos dispersos por la diócesis. Venciendo grandes dificultades consiguió que el local del seminario, que estaba en manos de la Administración del Estado, se le devolviese a la diócesis, y puso en marcha un prometedor seminario conciliar. En el sumario para la causa de su beatificación varios testigos dan fe de haber visto muchas veces al arzobispo jugando en el patio con sus seminaristas...

Y, religioso él, tuvo un amor digamos de predilección para los religiosos y religiosas, que ciertamente pasaban por tiempos nada fáciles, inyectando vigor en las casas existentes y promoviendo nuevas fundaciones.

Durante sus 27 años de arzobispo se restauraron en Catania capital 17 iglesias y se construyeron otras 7, y en toda la diócesis se restauraron cerca de 50 y se construyeron 10.

Característica muy acusada de la acción pastoral del arzobispo Dusmet fue su constante presencia en medio de los fieles. Como buen pastor gustaba mezclarse con las ovejas de su rebaño. Recorría las calles y callejuelas de Catania y de los pueblos de la diócesis, interesándose por los problemas de todos y de cada uno de sus diocesanos. Visitó todas las parroquias al menos cinco veces, dejando en todas el buen olor de su santa vida.

Como muestra del estilo pastoral y de la finura humana del arzobispo Dusmet, dos casos.

A principios de abril de 1884 se encontró en la vía Vittorio Emanuele de Catania con un individuo que caminaba nervioso, deprimido en dirección contraria. El arzobispo se le acercó y le preguntó: «¿Qué te pasa, amigo?». «Monseñor, le contestó Leonardo Masuneci —tal era el nombre de éste—, no puedo más; estoy desesperado, estoy decidido a arrojarme al mar. Hace un año que se me despidió de mi puesto de vicebrigadier y no me ha sido posible hallar un trabajo para sostener a mi familia». El arzobispo trató de calmarle. Y volviéndose hacia Santos, su camarero, le susurró: «¿Qué dinero tenemos en casa?». «Monseñor, no tenemos absolutamente nada», le respondió Santos. El arzobispo, sin titubear, se quitó el pectoral de oro que llevaba y se lo puso en las manos a Leonardo diciéndole: «Vete al Monte de Piedad, deposita allí mi pectoral, y que den lo que necesitas». Tras el lógico desconcierto de los responsables del Monte de Piedad, hechas las pertinentes averiguaciones, éstos le preguntaron a Leonardo: «¿Y cuánto necesitas?». «El alquiler de un año, 140 liras». Cantidad que le entregaron. Y el arzobispo fue aún más lejos: dio los pasos necesarios para que al buen hombre se le colocase como guardia municipal. Muerto Dusmet, Leonardo guardó luto durante nueve años y sobre el sepulcro del santo arzobispo no faltó un ramo de flores depositado por él o por su familia.

El otro ejemplo, y bien evangélico ciertamente, es el siguiente. En una de las compañías de opereta que por entonces estaban de moda en Catania trabajaba una joven de vida nada reco-

mendable. En un momento de euforia ésta se pavoneó de que era capaz de hacer caer hasta al arzobispo... La idea fue muy aplaudida por sus compinches. Y, sin dudarlo, se acicaló y se encaminó hacia el arzobispado. Al intentar entrar, el secretario del arzobispo y los que con él estaban, reconociéndola, le cortaron decididos el paso. Forcejeos, gritos..., que hacen que el arzobispo salga. «Dejadla pasar». Transcurrieron dos horas... Al fin salió el arzobispo llevando de la mano a la joven. Ésta cayó a los pies del arzobispo llorando estrepitosamente. Trataron de calmarla. Los demás no tenían necesidad de conocer lo sucedido, le decían. Pero ella insistía: «¡No!, ¡no! ¡Que lo vean todos! ¡Que lo sepan todos!». El arzobispo se convirtió en su padre espiritual. Muerto el cardenal Dusmet, ante su tumba se veía frecuentemente a una monja orando. Era una Hermana de la Consolación, era la joven convertida por el arzobispo de Catania, que había ingresado hacía ya tiempo en la Congregación de las Hermanas de la Consolación. Al profesar la vida religiosa había cambiado su nombre por el de sor *Benedicta* M.^a de la Cruz; el de su padre espiritual era José *Benito*.

Cuando nuestro biografiado se hizo cargo de la archidiócesis de Catania, ésta apenas tenía obras asistenciales y las que tenía languidecían. Durante los 27 años que estuvo al frente de esta diócesis se crearon entre otras las siguientes obras asistenciales «Obra de los pequeños vagabundos», «Asilo de los ancianos pobres», «Dormitorio de San José», «Obra para la asistencia de los enfermos pobres a domicilio» y, un año antes de su muerte, comenzó a funcionar el «Guardarropa de los artesanos pobres».

Una anécdota simpática. El arzobispo Dusmet había pedido a Don Cagliero varias composiciones musicales. Éste se las envía, adjuntando la factura cuyo importe era 14,75 liras, y, muy salesiano él, añadió: «Pero si vuestra Excelencia suprime la coma, Don Bosco le quedará muy agradecido». Dusmet y Don Bosco se conocían desde hacía mucho tiempo. Naturalmente el Arzobispo suprimió la coma y envió 1.475 liras.

Recuerdo imborrable dejó en el pueblo de Catania la heroica acción de su arzobispo durante una de las repetidas erupciones de la «Montaña», como llaman al Etna los lugareños, las de

mayo y junio de 1886. La lava vomitada por el volcán avanzaba incontenible hacia la ciudad de Nicolosi. El entonces ya cardinal Dusmet convocó al pueblo y rodeado de éste, llevando él en sus manos el milagroso velo de Santa Águeda, se dirigió procesionalmente hasta el punto en que el avance de lava era más rápido, se arrodilló con el velo de Santa Águeda en sus manos ante el río de lava y éste se detuvo. Para el pueblo fiel fue un milagro de su querido arzobispo. Como perenne recordatorio existe en el lugar en que Dusmet se arrodilló una pequeña ermita.

Como buen hijo de San Benito «había suspirado apasionadamente por la vida eterna» y «había tenido incesantemente ante los ojos la muerte», como dice en su Regla el Santo Patriarca. Durante la noche del 4 al 5 de abril de 1894, cumplidos 76 años, entregaba su alma a Dios. Como él pedía expresamente en su testamento espiritual, se intentó evitar toda suntuosidad en sus funerales. Pero éstos se convirtieron en una multitudinaria aclamación del pueblo, de todo el pueblo fuera cual fuera su ideología, a su santo Pastor. Muchos fieles llevaban en sus manos carteles en los que se podía leer: «Al Ángel consolador en las desgracias»; «Al modelo de todas las virtudes»; «Al Ángel de Catania». Su sepulcro se convirtió en lugar de peregrinación.

La santidad del siervo de Dios José Benito Dusmet y la heroicidad de sus virtudes fueron reconocidas por Pablo VI el 15 de julio de 1965.

En 1988 Juan Pablo II aprobó el milagro que se requiere para la beatificación: un obrero de la construcción padecía una espondilitis destructiva en dos vértebras de la espina dorsal, diagnosticada como irreversible y gravísima. Invocado el venerable siervo de Dios Dusmet, sanó instantáneamente.

Y el 25 de septiembre de 1988 fue beatificado junto con otros cinco siervos de Dios. Entre los numerosos asistentes a la ceremonia estuvieron presentes más de doscientos abades benedictinos, que habían hecho coincidir su Congreso con la beatificación del siervo de Dios José Benito Dusmet.

Bibliografía

- AMADIO, G., *Un ángelo delle anime, il servo di Dio G. B. Dusmet* (Montecassino 1935).
LECCISOTTI, T., *Il Cardinale Dusmet* (Catania 1962)
LIPARI, A., *Dusmet, una carità senza confini* (Abbazia di S Martino delle Scale, Palermo 1988)

BEATO CAYETANO CATANOSO

Presbítero († 1963)

La vida y la obra de este santo sacerdote italiano contemporáneo nuestro es un testimonio impresionante, claro y expresivo de la más honda comprensión del misterio cristiano, aprendido y asimilado a través de su tierna devoción y contemplación viva y existencial del rostro de Cristo.

Es uno de los temas preferidos por el papa Juan Pablo II que le ha dedicado, en su carta apostólica para el tercer milenio, todo el capítulo segundo con el título «Un rostro para contemplar» (cf. TMI 16-28), deteniéndose en el rostro del Hijo, en el rostro doliente y en el rostro del Resucitado.

El Papa señala con oportuna y aguda observación cómo las experiencias de los santos nos pueden servir de ayuda para asimilar las intuiciones de la fe, sobre todo ante el misterio de Cristo en su Pasión, y el misterio de los hombres cuyo rostro asumió al encarnarse, hacerse uno de nosotros y cargar sobre sus espaldas el fardo de nuestros pecados.

¿Cómo llegó a sentir el abandono del Padre, el que fue siempre el Hijo amado, en quien tiene sus complacencias? Los santos nos ofrecen una teología vivida. Ellos han pasado por estados de terribles pruebas, por esas «noches oscuras» de las que hablan los místicos, en las que han vivido algo semejante a lo que sufrió Jesús.

A esta contemplación del rostro de Cristo estamos invitados con la actualidad que le dan los miembros de su cuerpo que sufren; el rostro doliente, abofeteado y escupido, coronado de espinas y al mismo tiempo luminoso y resplandeciente por la resurrección, anhelado por toda la humanidad que le busca y espera.

El magisterio del Papa convida constantemente a permanecer en esa actitud contemplativa en los misterios del Rosario,

que son los de Cristo con María, la Madre, con sus ojos y su corazón: «Cum Maria contemplemur Christi vultum», contemplemos con María el rostro de Cristo.

Ésta fue la característica, el rasgo distintivo que alentó la espiritualidad de Cayetano Catanoso, beatificado por el mismo Juan Pablo II el 4 de mayo de 1997. En la homilía trazó el Papa su semblanza con estas palabras:

«El padre Cayetano Catanoso siguió a Cristo por el camino de la Cruz, haciéndose con él víctima de expiación por los pecados. Repetía a menudo que quería ser el Ciríneo que ayuda a Cristo a llevar la Cruz, más gravosa por los pecados que por el peso material del madero.

Auténtica imagen del Buen Pastor, se prodigó incansablemente por el bien del rebaño que el Señor le había encomendado así en la vida parroquial como en la asistencia a los huérfanos y a los enfermos; tanto en el apoyo espiritual a los seminaristas y a los sacerdotes jóvenes, como en la animación a las monjas Verónicas del Santo Rostro, por él fundadas.

Abrigió y difundió una gran devoción al Rostro ensangrentado y desfigurado de Cristo que él veía reflejado en el rostro de todo hombre doliente. Todos aquellos que con él se encontraban, percibían en su persona el buen olor de Cristo y por ello gustaban de llamarle padre, y como tal lo sentían realmente, pues era una señal elocuente de la paternidad de Dios» (Juan Pablo II, en la homilía de la beatificación, *Ecclesia* 57 [1997] 723).

Nace el 17 de febrero de 1879 en Chorio de San Lorenzo (Reggio-Calabria). Estudió en el seminario y recibió la ordenación presbiteral el 20 de septiembre de 1902. Permaneció en el seminario como prefecto de disciplina hasta marzo de 1904, fecha en la que fue nombrado párroco de Pentedattilo —en la montaña de la vertiente del Jónico—, a la que dedicó todo su cuidado pastoral hasta 1921. Desde ese año a 1940, fue párroco en la iglesia de la Purificación en Reggio-Calabria. Canónigo del cabildo catedralicio desde 1930, en 1940 es designado Penitenciario.

Todo su sacerdocio y su actividad pastoral queda enriquecida por su carisma especial: difundir la reparación a Dios por las ofensas del mundo y la devoción a la Santa Faz del Señor sufriente. Este carisma inunda toda su espiritualidad y de ella fue incansable misionero y propagandista.

En 1919 instituyó en Pentedattilo la Pía Unión de la Santa Faz, y en 1950 la trasladó a Reggio. Después concibió la idea de una nueva congregación, de Hermanas Verónicas de la Santa Faz, que fundó en 1934 con el objetivo de abrir asilos y escuelas de formación catequética, en los lugares más remotos y abandonados.

Esta obra tan difícil contó con la tenacidad del fundador y con la visible protección del Señor. Después de innumerables obstáculos y dificultades, tuvo al final de su vida el consuelo de ver levantado el Santuario en honor de la Santa Faz, su dorado sueño, al lado de la Casa madre de las Hermanas, en las cercanías de Reggio-Calabria.

Fue decisivo en su vida el encuentro que, en 1918, tuvo con el P. Luis Orione, de cuyos preciosos consejos pudo disfrutar con frecuencia. Desde 1922 a 1949 fue el director espiritual del Seminario Diocesano. De 1922 a 1933, el animador o consiliario de la Obra Antoniana promovida y apoyada por el mismo Orione para fomentar, ayudar y cuidar las vocaciones de los aspirantes pobres.

Cuando ya era sexagenario, consagró todas sus energías al ministerio de la reconciliación de modo que, con toda justicia, se le dio el título de «el confesor de Reggio».

No dejó nunca de acompañar y estimular el Instituto de las Verónicas. Incluso había acariciado la idea de fundar los «Ciri-neos»: sacerdotes completamente entregados a ayudar a los obispos en las zonas y los puestos más difíciles de las diócesis.

Hombre de extraordinaria vida interior, siempre unido a Dios por la continua oración y espíritu de sacrificio, desarrolló todas sus actividades en medio de una edificante y verdadera pobreza evangélica. Se dio humilde y caritativamente todo a todos con una opción preferencial por los más débiles, pobres y marginados, dejando en todas partes la huella clara de su alta y profunda espiritualidad.

Toda su predicación y catequesis tenía como tema preferido la Pasión de Cristo y especialmente la santa Faz como descubrimiento, devoción y encuentro con Dios.

A pesar de estar comprometido con tantas obras apostólicas, encontró tiempo para cuidarse de la impresión, publicación

y distribución de una Hoja, con el modesto pero eficaz título de «La Santa Faz», que, con un estilo eminentemente reparador e inspirándose en la Verónica, consigue difundir la devoción al Santo Rostro del Señor.

Falleció en Reggio-Calabria el 4 de abril de 1963. Y, al extenderse con su muerte la fama de santidad, a instancias del Obispo de Reggio, el 15 de octubre de 1981, la Sagrada Congregación para las Causas de los santos, concedió el «nihil obstat» para que se iniciara su proceso de canonización.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

Breve de beatificación: *AAS* 88 (1996) 970s.

D'ASCOLTA, G., «Catanoso, Gaetano», en *Bibliotheca sanctorum. Appendice prima* (Roma 1987) cols.282-284.

Homilía de beatificación: *Ecclesia* 57 (1997) 723.

P. Gaetano Catanoso. *Scritti e testimonianze* (Reggio-Calabria 1980).

REPETTO BETES, J. L., *Santoral del clero secular* (BAC. Estudios y ensayos, 1; Madrid 2000) 603-604.

SAN ISIDORO DE SEVILLA

Obispo († 636)

Haría falta un grueso volumen para dibujar la figura prócer del español que más ha influido en el mundo por el brillo de su ciencia y el calor de su santidad; pero bastarán unas líneas para recoger lo más saliente de su personalidad como español, como hombre de ciencia y, sobre todo, como santo.

Nació Isidoro muy probablemente en Sevilla, hacia el año 556, poco después de haber llegado allí sus padres, que habían huido de Cartagena para no pactar con los intrusos bizantinos de Justiniano. Fue Isidoro el menor de un matrimonio de cuatro hijos, con Leandro, Fulgencio y Florentina, aureolados todos con la corona de la santidad.

Bajo el mecenazgo de San Leandro —electo obispo de Sevilla en 578—, fue educado el joven Isidoro en la piedad y en las ciencias, dedicándose especialmente al estudio de las tres lenguas consideradas en aquel entonces como sagradas: el hebreo, el griego y el latín. Era natural que su hermano mayor pusiera

todo su interés en cultivar la personalidad de Isidoro en todos los órdenes, moviéndole a ello, según su propio testimonio, el gran afecto que le profesaba y cuyo amor, decía, «prefiero a todas las cosas acá abajo, y en quien descanso con el más profundo cariño». Había Leandro fundado un monasterio en Sevilla y retenía en sus manos la dirección espiritual del mismo. Al cenobio acudían jóvenes de toda la Península atraídos por la fama de su fundador, pero mientras algunos gozaban de un régimen de internado bastante suave, por no aspirar ellos a la vida claustral, otros eran sometidos a una disciplina más rigorista. Ya desde el principio determinó San Leandro que su hermano siguiera en todo la vida regular, y que se le sometiera a la educación severa y rígida reservada a aquellos que aspiraban a abrazar la vida monástica.

Aquella vida de mortificaciones y de renunciaciones había inclinado el corazón de Isidoro a vestir el hábito monacal. Un día, joven todavía, recibió de San Leandro el santo hábito y rodaba por el suelo su hermosa cabellera, que el santo obispo cortaba mientras pronunciaba las siguientes palabras deprecatorias:

«Sea de vida laudable Sea sabio y humilde Sea veraz en la ciencia Sea ortodoxo en la doctrina Sea solícito en el trabajo, asiduo en la oración, eficaz en la misericordia, fijo en la paz, pronto para la limosna y piadoso con los súbditos»

La súplica del obispo en favor del joven novicio fue escuchada en el cielo, que en adelante dirigió los pasos del nuevo monje hacia el sublime ideal religioso tan hermosamente sintetizado en las mencionadas palabras de la antigua liturgia española.

Vivía en aquel entonces España unos años decisivos para su porvenir político y religioso. El rey Leovigildo apoyaba la herejía arriana, en tanto que Leandro era el máximo campeón de la ortodoxia. La lucha por la fe decidióse en el momento en que Recaredo, hijo de Leovigildo, se declaró católico, a los diez meses de haber subido al trono, abjurando públicamente de la herejía. Pero el campo hispano no estaba libre del arrianismo, que brotaba aquí y allá, incluso en los palacios episcopales. Para combatirlo y arrancarlo de raíz emprendió Leandro una campaña intensa que le obligó a cruzar la Península en todas direcciones.

nes. Sus continuos viajes y sus prolongadas ausencias de Sevilla aconsejaron que le reemplazara Isidoro en la dirección del monasterio. Contaba entonces treinta años de edad.

Como abad del monasterio, distinguióse Isidoro por la escrupulosa observancia regular, por su bondad, sentido de la justicia y por el entrañable amor hacia sus súbditos, que él apreciaba y tenía como a hijos. Al poco de tomar el timón del monasterio percatóse de que, para llevar una vida monástica irreprehensible, hacía falta dotar al monasterio de un código de leyes que regulara la vida de comunidad, señalara los derechos y deberes de superiores y súbditos y acabara con la pluralidad de reglas y observancias que destruían la vida común y anulaban la acción del abad. En contra de las deformaciones del espíritu claustral, camufladas las más de las veces con pretextos de mayor perfección y renuncia, señaló Isidoro certeramente los elementos esenciales de la vida monástica, que son: «La renuncia completa de sí mismo, la estabilidad en el monasterio, la pobreza, la oración litúrgica, la lección y el trabajo».

Los monjes giróvagos disipan el espíritu y su conducta no siempre sirve de edificación a los fieles; de ahí el voto de estabilidad. Los peculios particulares crean la relajación del monje y dan pie a muchos abusos. En contra de los mismos formuló él el célebre aforismo: «Todo cuanto adquiere el monje, para el monasterio lo adquiere».

Otro enemigo de la vida monástica era la ociosidad, que Isidoro combatió imponiendo a sus monjes la obligación del trabajo, tanto manual como intelectual. Con el trabajo manual se procuraban los monjes lo indispensable para su sostenimiento, contribuían con su ejemplo a que el pueblo se interesara por el empleo de los métodos de producción más efectivos y con su esfuerzo físico procuraban a su cuerpo la agilidad, el vigor y robustez que son el soporte obligado de una vida espiritual sana.

Gran importancia concedió San Isidoro al trabajo intelectual de los monjes. Después de la iglesia debía ser la biblioteca la pieza más importante del monasterio. Los códices y libros allí almacenados tenían para Isidoro carácter de cosas sagradas. Si algún monje deterioraba algún manuscrito, recibía por ello la penitencia correspondiente. Por la mañana se prestaban los li-

bro, que se devolvían después de vísperas al bibliotecario, quien comprobaba el estado del código que se había prestado. Al estudio diario se añadían las lecturas durante la misa y el oficio divino, la lectura en el comedor, mientras duraba la refeción, y las conferencias en determinados días de la semana. Entre las actividades del monje figuraba la de copiar códigos, tarea ésta considerada como cosa santa. En el escritorio isidoriano de Sevilla ocupaba el primer plano la Biblia, sobre cuyo texto se hacían concienzudos estudios y mejoras que debían extenderse por toda España y Europa.

Isidoro fue en este punto un dechado y ejemplo para sus monjes. Conocía todos los libros de su tiempo; podía dar razón de todos los autores griegos y latinos, Padres de la Iglesia y otros escritores de menos talla. Su biblioteca era la mejor de su tiempo, tanto por su calidad como por el número de ejemplares. A todos los autores de la Antigüedad se les concedía un sitio en sus estantes; a todas las ciencias, eclesiásticas y profanas, franqueaba Isidoro las puertas de su biblioteca. Pero entre sus libros había uno por el cual sentía enorme pasión, la Biblia, porque, según él, «encierra la suma de los misterios y sacramentos divinos, es el arca sagrada que guarda las cosas antiguas y las nuevas del tesoro del Señor». Conocidos son sus esfuerzos para unificar el texto latino de las Sagradas Escrituras. Entre sus libros es muy conocido el *Libro de los proemios*, que contiene una corta introducción a cada uno de los libros sagrados.

Entre las obras más famosas que escribió cabe señalar su libro de las *Etimologías*, verdadera enciclopedia de las ciencias antiguas, que revela la inmensa erudición de Isidoro. Como historiador le han hecho célebre su *Historia de los godos, vándalos y suevos*, la llamada *Crónica mayor* y el *Libro de los varones ilustres*. Con esta producción bibliográfica influyó San Isidoro en la literatura medieval, a la cual retransmitió la inmensa literatura de la Antigüedad.

«Como puente entre dos edades, como firme pilar en una época de transición, como depositario del saber antiguo al tiempo que heraldo de la ciencia medieval, San Isidoro ocupa un lugar singularísimo en la historia de la cultura europea. El puesto honroso de quien, consciente de una misión, la cumple con humilde y heroica voluntad de entrega» (Montero Díaz)

Pero, además de padre de los monjes, fue Isidoro obispo de Sevilla. El gobierno de su dilatada diócesis debía alejarle un tanto de sus actividades literarias para dedicarse al cuidado pastoral de las almas confiadas a sus desvelos. Según confesión propia, el verdadero obispo debía dedicarse a la lectura de la Biblia y exponerla a sus fieles, imitar el ejemplo de los santos, vivir una vida intensa de oración, mortificar su cuerpo con vigiliass y abstinencias, y, sobre todo, practicar la caridad y la misericordia para con sus hermanos y súbditos. Con la dignidad episcopal ensanchóse el horizonte del magisterio de Isidoro, que transformó el púlpito de la catedral de Sevilla en cátedra de la verdad. El pueblo acudía en tropel a escucharle, porque, según testimonio de San Ildefonso, «había adquirido tanta facilidad de palabra y ponía tal hechizo en cuanto decía, que nadie le escuchaba sin sentirse maravillado». Pero, más que por sus dotes oratorias, le escuchaba el pueblo por la solidez de su doctrina teológica y por la unción que ponía el Santo en sus palabras.

Entre los puntos capitales del programa episcopal de San Isidoro figuraba su solicitud por el clero, la porción escogida de la heredad del Señor, según palabras suyas. Y era tanto más necesario este cuidado en cuanto que la herejía arriana había penetrado hondamente en las filas clericales y había creado un sector que llevaba una vida sacerdotal nada conforme con su excelsa vocación. De ahí que empezara por una depuración a fondo en las filas de los ministros del altar, prefiriendo pocos y buenos a gran número de ellos carentes de espíritu sacerdotal. Para su formación contaba con la escuela catedralicia, en donde los futuros ministros de la Iglesia eran educados religiosa e intelectualmente, y no sentía reparo alguno en tomar parte activa en este magisterio. Los candidatos al sacerdocio vivían en comunidad, y dispuso que este mismo régimen de vida observaran los clérigos e incluso los mismos obispos, empezando él por dar ejemplo de una vida santa en común. Con el fin de facilitar la santificación propia y desarmar a los murmuradores dictó a los obispos de España la siguiente ley: «Para que no se dé motivo a la murmuración, en adelante los obispos tendrán en su casa el testimonio de personas en quienes no puede haber sospecha ninguna». Entre las obligaciones episcopales señala la visita

anual de las iglesias, que debe hacerse personalmente, o por medio de delegados. De esta manera el obispo velará por la buena marcha espiritual y material de las iglesias parroquiales.

El obispo era en aquel entonces el funcionario más poderoso. Por su doble personalidad, política y religiosa, debía influir necesariamente en los destinos de España. Pero, aunque ligado con la monarquía por el vínculo de vasallaje, no olvidó nunca, sin embargo, que antes se debía a la Iglesia y a la grey que se le había confiado. Supo Isidoro armonizar sus obligaciones episcopales con sus deberes hacia la Patria. Sentía él un amor intenso por España, que ha expresado con un lirismo impresionante en sus *Laudes hispaniae*. En su vida mostróse enemigo de los bizantinos, habla de las «insolencias romanas», elogia la actitud política de Leovigildo, a pesar de su arrianismo, y canta la grandeza del reino visigodo.

«No puede rigurosamente hablarse de sentimiento nacional. Pero es evidente su adscripción a la unidad peninsular, una conciencia clara de Hispania como ámbito estatal, una decidida nostalgia de fusión étnica y convivencia religiosa» (Montero Díaz)

Uno de los actos de más resonancia de su vida episcopal fue la celebración del Concilio IV de Toledo, a finales del año 633, que Isidoro convocó con el fin de dotar a la nación de una legislación que asegurara su porvenir y la estabilidad de sus instituciones, y reorganizar al mismo tiempo la vida religiosa.

El que había sido moderador de monjes, metropolitano de la Bética, fecundo escritor, mentor de reyes y moderador de concilios, Padre de la Iglesia y de la Patria, encorvándose bajo el peso de los años. Al echar una mirada retrospectiva, dolíase en su corazón de las debilidades, defectos e imperfecciones de su larga vida, pero le confortaba la perspectiva del perdón. Rebasados los ochenta años, Isidoro todavía predicaba al pueblo y leía las páginas de la Biblia. En los últimos años distribuyó cuantiosas limosnas a los pobres.

La muerte se acercaba a grandes pasos. Su estómago se negaba a retener el alimento; la fiebre devoraba su cuerpo y su rostro aparecía demacrado. Presintiendo un próximo desenlace, se hizo trasladar a la basílica de San Vicente para pedir penitencia en una ceremonia emocionante. Un sacerdote rasuró la ca-

beza del moribundo, vistióle de cilicio y derramó sobre él un puñado de ceniza en forma de cruz. Hizo después Isidoro su confesión con palabras que arrancaron las lágrimas de todos los presentes. Tres días después, el 4 de abril de 636, su alma voló al cielo para recibir la recompensa de una vida santa, dedicada al servicio de la Iglesia. Dante, en su *Divina comedia*, «vio en el paraíso llamear el espíritu ardiente de Isidoro» (*Paraíso*, canto X, 130).

ISIDORO RODRÍGUEZ HERRERA, OFM

Bibliografía

Act. SS Boll., 4 abril: *Vita*, por L. DE TUY.

AREVALO, F (rec.), *Sancti Isidori hispalensis episcopi Opera omnia*, I: «Síntesis de su vida», 112s.

BOURRET, J. CH. E., *L'école chrétienne de Séville sous la monarchie des visigoths* (París 1855).

CORTES Y GONGORA, L. - MONTERO DIAZ, S., *San Isidoro de Sevilla. Etimologías* (BAC 67, Madrid 1951) 1*-82* (introducción general).

MABILLON, J. - D'ACHERY, L., *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti*, II (París 1668) 582s.

PEREZ DE URBEL, J., *San Isidoro de Sevilla* (Barcelona 1940, ³1995 Universidad de León).

SEJOURNE, P., *Le dernier Père de l'Église. Saint Isidore de Séville et son rôle dans l'histoire du droit canonique* (París 1929).

— Actualización:

ADRO XAVIER (seud.), *Isidoro de Sevilla* (Barcelona 1992).

DIAZ y DIAZ, M., «Introducción general», en J. OROZ RETA - M.-A. MARCOS CASQUERO (eds.), *San Isidoro de Sevilla. Etimologías*, I (BAC 433, Madrid ³2000) 1-257.

FONTAINE, J., *Isidoro de Sevilla: génesis y originalidad de la cultura hispánica en tiempos de los visigodos* (Madrid 2002).

LOZANO SEVILLA, F J., *San Isidoro de Sevilla* (Burgos 1976).

VIÑANO GONZALEZ, A., *San Isidoro de Sevilla, su doctrina y pensamiento* (León 2000).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN PLATÓN

Hegúmeno († 814)

Natural de Constantinopla, donde nace hacia el año 734, era un adolescente cuando quedó huérfano y a cargo de un tío suyo que quería que ingresara en el funcionariado imperial. Pero el joven optó por la vida monástica en el monasterio de Symboleon, en el Monte Olimpo (Tracia). Aquí llevó vida recogida y

ejemplar hasta que en 780 es elegido hegúmeno del monasterio. Platón se puso de parte de la ortodoxia cuando llegó la contienda iconoclasta pero nadie se metió con los monjes. En 775 viaja a Constantinopla, donde no se deja convencer para que sea obispo, pero acepta dejar su monasterio y presidir el de Sakkudion, lo que hizo durante doce años hasta que dejó el cargo a favor de su sobrino San Teodoro Estudita. Ambos se opusieron al divorcio y nuevo matrimonio del emperador, siendo desterrados. Volvería a serlo otra vez más tarde y cuando regresa en 811 tiene ya la salud perdida. Se retiró a la vida eremítica y murió el 4 de abril de 814.

SAN PEDRO DE POITIERS

Obispo († 1115)

Pedro era arcediano de la diócesis de Poitiers y hermano de su obispo Isemberto, y le rodeaba la fama de santo, cuando en 1087, muerto su hermano, fue elegido para sucederle. Amante de la rectitud y la justicia, denunció las segundas bodas ilegítimas del rey Felipe I de Francia y para estudiar el caso alentó con otros santos prelados de su tiempo la celebración del concilio de Poitiers el año 1110 en el cual se lanzó la excomunión contra el monarca. Igual sentencia hizo recaer sobre Guillermo de Poitou que vivía, igualmente, de forma irregular y había insultado al obispo de Angulema. Guillermo obligó a Pedro a salir de su diócesis y a residir en Chauvigny. Pasa también a la historia por haber amparado y protegido la fundación del monasterio de Fontevrault por el beato Roberto de Arbrissel. Murió en Chauvigny el 4 de abril de 1115.

BEATO GUILLERMO CUFITELLI

Ermitaño († 1411)

Nació en Noto (Sicilia) el año 1309. Ingresa en la corte del rey Federico y obtiene el oficio de armígero real. Alegre y simpático, tenía gran predicamento en la corte. Su vida cambió a raíz de un accidente de caza en que por salvar al rey fue grave-

mente herido, al punto de temerse por su vida. Profundamente afectado por verse a las puertas de la muerte, decidió desprenderse de todo y vivir pobremente, en una celda aneja a la iglesia de su pueblo y ganándose el pan con sus propias manos, dedicando todo su tiempo libre a la divina contemplación. Al cabo de doce años decide reedificar una ermita dedicada a la Virgen de la Piedad en el término de Scicli, que se convierte en lugar de peregrinación, y en el que él hace un fecundo apostolado. Amigo personal de San Conrado de Piacenza, ambos amigos se visitaban y animaban en la búsqueda de la perfección cristiana. Se hizo terciario franciscano y llevaba el hábito de tal. Murió el 4 de abril de 1411, y llevaron su cuerpo a la parroquia de Noto, que lo aclamó su patrón. Fue beatificado el 27 de enero de 1537.

SAN BENITO EL NEGRO O EL MORO

Religioso († 1589)

Nació en San Fratello, junto a Messina en Sicilia, hacia 1526. Era hijo de unos esclavos negros de un señor llamado de apellido Manassari (Massarari), apellido que por ello tomó Benito hasta su entrada en religión en que lo cambió por el de Benito de San Filadelfio. Cuando su padre asciende a capataz de las fincas del dueño, éste le otorga a él y a su hijo la libertad. El chico dio desde joven muestras de una gran bondad y por ello le decían el moro santo, entendiendo por la palabra moro a los provenientes de África, pero nunca faltaron quienes le echaran en cara su color oscuro y su antigua esclavitud, lo que Benito llevó siempre con paciencia. Invitado por el ermitaño Lanza que dirigía una comunidad eremítica de espiritualidad franciscana a unirse a él, Benito lo hizo y vivió la vida de contemplación y retiro con perfecta adecuación. Al morir Lanza, los ermitaños eligen a Benito como superior. Pero la comunidad no recibió licencia de la Santa Sede para permanecer como tal sino que sus miembros debían unirse a alguna Orden ya establecida. Benito eligió la Orden Franciscana observante, ingresando como hermano lego en su convento de Santa María de Jesús de Palermo. Era el año 1562. En este convento pasaría la mayor parte de su

vida dando un altísimo ejemplo de caridad y de todas las virtudes. De cocinero pasó a guardián del convento cuando así lo requirieron los frailes y de este cargo volvió humildemente a la cocina pasado el trienio, y no dejó la cocina cuando fue designado maestro de novicios sino que compatibilizó ambas dedicaciones. Su popularidad fue inmensa. Acudían a él personas de todas las clases sociales que apreciaban su palabra y su trato evangélico. Rodeado de esta inmensa fama de santidad muere en Palermo el 4 de abril de 1589. Fue canonizado el 24 de mayo de 1807.

BEATO FRANCISCO MARTO

Niño de Fátima († 1919)

La vida de este niño, vidente de la Virgen de Fátima, ha sido comentada junto con la de su hermana Jacinta en el día 20 de febrero, a donde remitimos (cf. *Año cristiano*. II: *Febrero*, 422-434).

5 de abril

A) MARTIROLOGIO

1. En Vannes, San Vicente Ferrer († 1419), presbítero, de la Orden de Predicadores **.
2. En Tesalónica (Macedonia), Santa Irene († 304), virgen y mártir.
3. En Seleucia (Persia), Santa Ferbuta († 342), viuda y mártir.
4. En Persia, ciento once varones y nueve mujeres mártires († 344)
5. En Mauritania, los mártires del día de Pascua, de los cuales el lector fue muerto cuando cantaba el Aleluya, bajo el rey Genserico (s. v).
6. En Sauve-Majeure (Aquitania), San Geraldo († 1095), abad *.
7. En Fosses (Brabante), Santa Juliana de Monte Cornillon († 1258), religiosa agustina **.
8. En Palma de Mallorca, Santa Catalina Tomás († 1574), virgen, canonessa de San Agustín.
9. En Kaufbeuren (Baviera), Santa Crescencia Ana Hoss († 1744), virgen, religiosa de la Orden Tercera de San Francisco *.

SAN VICENTE FERRER

Presbítero († 1419)

La vida de los santos, aparte de ofrecernos un ejemplar e irrecusable testimonio de heroicas virtudes, manifiesta siempre el empeño providencial de Dios en la historia humana y en la vida de la Iglesia, tanto que la presencia de algunos santos no se explica sin esa misión providencial. Ellos han polarizado muchas veces en su vida determinados períodos de la historia y su influencia espiritual o social ha configurado los perfiles de ciertos momentos y estilo de vida, y hasta han pesado definitivamente a la hora de dar solución a las crisis de su tiempo. Ciertamente que, por ese mismo canon providencial que Dios impone a los acontecimientos humanos, también los santos se han visto condicionados en sus actos por las circunstancias en que se movieron. Todo esto da sentido y justificación a la vida de San Vicente Ferrer y nos evita caer en una interpretación simplista y unilateral de su portentosa obra. La visión exclusivamente milagrosa de su figura, por la que han discurrido durante muchos años la tradición y la leyenda, contribuyó a desenfocar la plenitud auténtica y la realidad total de la vida de San Vicente, hasta tal punto que algún historiador moderno se atrevía a decir que cada circunstancia de su vida fue un milagro. Hoy, con sana crítica y juicio sereno, no podemos admitir esa visión colorista que nos ha dado a un San Vicente Ferrer opulento despilfarrador de milagros, aun cuando sería insensatez negar la realidad de su poderosa taumaturgia. Pero no debemos hacer de sus copiosos milagros una peana para colocar sobre ella la vida del Santo.

San Vicente Ferrer nació en Valencia el 23 de enero de 1350, en el seno de una familia de ascendencia gerundense. Su padre, Guillermo Ferrer, era notario. La casa natalicia de Vicente distaba muy poco del Real Convento de Predicadores, donde los hijos de Santo Domingo de Guzmán se habían establecido por singular gracia del rey Don Jaime el Conquistador, recién conquistadas para la fe las tierras de Valencia. El gran prestigio que siempre tuvieron en aquella capital los frailes predicadores,

el contacto habitual que nuestro Santo debió tener con ellos desde su niñez y el interior llamamiento de Dios determinaron en Vicente la resolución de vestir el hábito blanco y negro de los dominicos. Tal suceso tuvo lugar en el Real Convento de Predicadores el 5 de febrero de 1367, y el día 6 del mismo mes del año siguiente emitió los votos de su profesión religiosa.

Por la coyuntura del momento en que nace, Vicente Ferrer pertenece al período histórico que un escritor moderno ha calificado de otoño de la Edad Media. En ese punto en que se interfieren los últimos destellos de la Edad Media «enorme y delicada» con la fulgurante aurora del primer Renacimiento europeo, él permanecerá fiel a la estructura mental y a los criterios tradicionales. No debemos olvidar que dos años antes de su nacimiento, el 1348, la peste negra difundida por la Europa occidental influyó notablemente en la vida religiosa, provocando, juntamente con otras circunstancias históricas, una quiebra de insospechadas proporciones. En la provincia dominicana de Aragón, a la que el Santo perteneció, habían muerto quinientos diez religiosos de un total de seiscientos cuarenta. Ello hacía prácticamente difícil no sólo el mantenimiento económico de los conventos, sino hasta la propia observancia de las constituciones religiosas en la plenitud de sus ideales. Más tarde, el 20 de septiembre de 1378, la escisión de la Iglesia por el Cisma de Occidente vendría a debilitar más la flaca situación de la vida conventual. Paralelamente a este clima de desfondamiento religioso en los conventos, la vida piadosa de los fieles se vio mermada sensiblemente en su tradicional pujanza. La Orden de Predicadores, en los momentos en que Vicente hace su profesión, gozaba de un sólido prestigio social y académico, aun cuando la curva de su trayectoria docente no alcanzase en aquel punto su máxima altura. Sin embargo, los frailes dominicos, fieles a su gloriosa tradición y por exigencia entrañable de sus propias funciones doctrinales, intentaban hacer honor a la nobleza representativa de su condición procurando mantener en la máxima tensión de eficacia la formación y desarrollo intelectual de los miembros de su Orden.

Desde la fecha de su profesión en el año 1368 hasta 1374, en que recibe el presbiterado y celebra su primera misa, Vicen-

te, por designación de sus superiores, alterna el estudio y la enseñanza de la filosofía y la teología en los conventos de Lérida y Barcelona. A los veinte años era ya profesor de Lógica. En 1376 lo vemos estudiando teología en Toulouse, en cuya Facultad, de reciente creación, los profesores dominicos le ilustraron en la ciencia de Dios dentro de los cánones del más depurado tomismo. Allí permaneció dos años.

Perfecto conocedor de la exégesis bíblica y de la lengua hebrea, que estudió en el convento de Barcelona, y tras su sólida formación teológica, San Vicente regresó de Toulouse a Valencia, donde inmediatamente se dedicó a la enseñanza de la teología. Alternando sus tareas de docencia con las de escritor, predicador y consejero, muy pronto conocieron los valencianos las extraordinarias dotes personales del Santo y le hicieron árbitro de graves problemas públicos. Mas todo su tremendo dinamismo exterior jamás turbó su total entrega a la práctica de las observancias conventuales, acentuando cada día más el estudio y la oración.

Por aquellos días la Iglesia sintió en su propia carne el trillazo de la escisión con el infausto Cisma de Occidente. Demostrada por algunos cardenales la nulidad de la elección de Urbano VI, declararon vacante la Sede Apostólica y procedieron a la elección de un nuevo Papa. El 20 de septiembre de 1378 aquellos cardenales, entre los que se encontraba Pedro de Luna, firmaron en Fondi un manifiesto por el que comunicaban al pueblo cristiano la elección de Roberto de Ginebra, a quien sometían su obediencia. Aquí surgió, frente a Urbano VI, Clemente VII. La división de la Iglesia afectó, como es lógico, a la misma política europea, y los reyes y príncipes se vieron en la grave disyuntiva de prestar su obediencia a la Sede de Avignon o a la de Roma. Pedro IV el Ceremonioso, que regía los destinos de la corona de Aragón, adoptó una postura prácticamente neutralista, preocupado más por los problemas internos de su casa que por la escisión de la Iglesia. Sin embargo, Clemente VII se dispuso a conquistar la obediencia de los cuatro reinos de España y para ello despachó amplios poderes al cardenal Pedro de Luna con el nombramiento de legado. Éste es el momento en que el cardenal legado busca el apoyo y

la influencia de Vicente Ferrer para lograr la adhesión del reino de Aragón al papa Clemente VII. Vicente, que desde un principio fijó su posición de obediencia al papa de Avignon, estuvo en Barcelona recibiendo del cardenal Pedro de Luna órdenes y poderes concretos para presentarse a los jurados de Valencia reclamando su ayuda para captar la obediencia de Pedro IV a Clemente VII. Después de la lectura del tratado que acerca del Cisma escribía San Vicente, dedicado al rey de Aragón, no podemos dudar de su rectísima intención al proclamar su fidelidad a la Sede de Avignon. Los argumentos que ofrece demuestran, además de su cultura teológico-canónica, que no en vano aceptaba la legitimidad de la elección de Clemente VII. Utilizando el cardenal De Luna en algunos de sus viajes por los reinos de España los servicios que le prestó la compañía de Vicente Ferrer, volvió el Santo a Valencia, en cuya catedral prosiguió enseñando teología, sin descuidar por ello su predicación al pueblo y otros muchos deberes ministeriales. El cardenal Pedro de Luna regresó a Avignon y el 28 de septiembre de 1394 era elegido sucesor de Clemente VII con el nombre de Benedicto XIII. Pocos meses después San Vicente era reclamado a la Corte de Avignon por el Papa, hasta que en 1398 cambia su residencia del palacio de Avignon por la del convento dominicano de la misma ciudad. Benedicto XIII, en deuda con el Santo, le otorgó el título máximo de «Maestro en Sagrada Teología».

Vicente, en contacto con las realidades de Avignon, con la visión más serena de los acontecimientos y amargamente dolido por el daño que sufría la Iglesia de Cristo, vivió unos meses en su convento, donde cayó tan gravemente enfermo que estuvo a punto de morir. Fue entonces cuando tuvo aquella visión en la que se le apareció Jesucristo, acompañado de los patriarcas Domingo y Francisco, encomendándole la misión de predicar por el mundo y otorgándole súbitamente la salud. Ésta es la prodigiosa circunstancia que sirve de clave para explicar la vida posterior de Vicente. Ahora se presentará al mundo con un empeño más alto que el de defender la causa de Benedicto XIII: propugnará la integridad del Evangelio en la unidad de la Iglesia. Su misión evangelizadora le ha sido encomendada por el

misimo Jesucristo y sus credenciales tendrán el alcance universal de ser legado *a latere Christi*.

El Papa se resistió en un principio a dejarle marchar, pero al fin, convencido de que en la empresa de Vicente urgía el llamamiento de Dios, le concedió amplísimos poderes ministeriales para que pudiera ejercer su apostolado. El Santo quedó sometido a la obediencia inmediata al maestro general de su Orden y el día 22 de noviembre de 1399 partió de Avignon a recorrer caminos y ciudades europeas llevando a todos los hombres el mensaje de la palabra de Dios. Éste es el momento en que el dinamismo interior de Vicente se desata en torrentes de sabiduría y de elocuencia sobre una sociedad en trance de agudísima crisis espiritual para despertar la unidad de la fe en su vida, abrir los horizontes a la esperanza y encender en las almas la caridad. En su larga peregrinación apostólica recorrió innumerables pueblos y ciudades de España, de Francia, de Italia, de Suiza, y hasta es muy probable que penetrara en Bélgica. En una época en la que la oratoria sagrada se resentía gravemente de su ineficacia, por el afán de predicar al pueblo oscuros y macizos sermones con rancias argumentaciones de escuela, cuando no rimbombantes y huecas composiciones retóricas con extravagantes alusiones a los clásicos de la antigüedad grecolatina, la palabra de Vicente era como un látigo de fuego que abrasaba e iluminaba. Su metódico sistema de exposición de la doctrina de Cristo, sin la gracia boba de halagar superficialmente los oídos, con el recio temple de unos conceptos claros y precisos, servidos siempre en la bandeja de oro de su portentosa y dócil imaginación y la enorme fuerza sugestiva de su poderosa voz, rica en matices y sonoridades, hacía sentir a las gentes el vértigo de la presencia de Dios y el delicioso estremecimiento de su gracia. La palabra de Vicente inflamaba y seducía. Su dominio absoluto de las Sagradas Escrituras le servía de mágico resorte para encarnar en sus frecuentes alusiones la aplicación de un hecho concreto o de una circunstancia real de su tiempo. Fue de una impresionante y sobrecogedora grandeza aquel memorable sermón que, después de vencida la implacable resistencia de Benedicto XIII y obtenida la promesa de su abdicación, pronunció ante el papa de Avignon y sus cardenales, ante embajadores y

príncipes y multitud de fieles el 7 de noviembre de 1415 en Perpignan, comentando el tema: «Huesos secos, oíd la palabra de Dios».

Bajo el signo de su voz las enemistades públicas cedían al abrazo de la paz, los pecadores experimentaban la mordedura del arrepentimiento y los hambrientos de perfección le seguían a todas partes en una permanente compañía de fervoroso apoyo. Él organizaba aquella imponente comunidad de disciplinantes que en conmovedoras procesiones penitenciales producía en los espectadores un escalofrío de compunción y la eficaz mudanza de vida.

Ante la visión de río revuelto que ofrecía el mundo de su tiempo, ante el estrepitoso desmoronamiento de la ideología cristiana que había presidido e informado la vida pública de la Edad Media al choque violento de unos sistemas y estructuras de vida que pretendían remozar al hombre, ante la estampa de Apocalipsis que presentaba una Iglesia desgarrando a la cristiandad en partidos y banderías de cisma, no es de admirar que la leyenda, apoyada en puntos flacos de tradición, haya hecho que San Vicente se atribuyera personalmente el título de ángel del Apocalipsis y hasta que la obsesión determinante de su apostolado fuera la predicación del cercano Juicio final. Ciertamente que el Señor le otorgó en diversas ocasiones el don de profecía, pero cuando San Vicente hablaba del Juicio final como acontecimiento próximo —cosa que hizo en muchas menos ocasiones de lo que habitualmente se cree— no lo hacía como profeta, sino como hombre que observa las realidades de su tiempo y deduce unas consecuencias. Hemos de puntualizar también que el lema «Temed a Dios y dadle honor», con que la tradición ha cifrado la predicación vicentina, no puede ser, en modo alguno, interpretado con sentido terrorista, como si San Vicente se hubiera preocupado de sembrar el pánico en su tiempo y despertar un espanto colectivo. El temor de Dios propugnado por Vicente no era ese que surge de la raíz amarga del miedo, sino el que nace del amor filial. Era el temor de la reverencia y no el del servilismo pavoroso. El auditorio de sus sermones era siempre de multitudes. En algunas ocasiones pasaban de los quince mil oyentes, por lo que, resultando insuficiente la capacidad de las

iglesias, hubo de predicar en las plazas. Contemporáneos del Santo nos dan la referencia de que, hablando en su lengua nativa, le entendían por igual todos los oyentes, aunque pertenecieran a países de distinto idioma. En los últimos treinta años de su vida el quehacer de la predicación condicionó su horario de trabajo. Solía dedicar cinco horas al descanso, haciéndolo sobre algunos manojos de sarmientos o un jergón de paja, y el tiempo restante lo invertía en la oración y las atenciones exclusivas de sus deberes ministeriales. Sus comidas eran extremadamente sobrias. De una ciudad a otra se desplazaba siempre a pie, hasta que cayó enfermo de una pierna y tuvo que montar en un asnillo. Era tanta la fama de santidad que precedía los itinerarios de Vicente, que las gentes le recibían como enviado de Dios y su entrada en las ciudades tenía tal carácter de apoteosis delirante que, para evitar graves atropellos y el que los devotos le cortasen trozos de hábito, habían de protegerle con maderos. Todos los días cantaba la misa con gran solemnidad y después pronunciaba el sermón, que solía durar dos o tres horas, y en alguna ocasión, como la de Viernes Santo en Toulouse, estuvo seis horas seguidas. El cansancio y achaques físicos, que en los últimos años obligaba a que, para subir al púlpito o al tabladillo de la plaza, le tuvieran que ayudar cogiéndole de un brazo, desaparecían al punto en que comenzaba el sermón, de tal manera que su rostro se transfiguraba como si la piel cobrara una frescura juvenil, le centelleaban los ojos en expresivas miradas, la voz salía clara, limpia y sonora, y los movimientos de sus brazos obedecían dóciles al imperio y compás de las palabras. El tono de convicción con que se enardecía dejaba atónitos a los oyentes, y por ello no es de admirar que los frutos de sus sermones fueran tan copiosos que se necesitara siempre el concurso de muchos sacerdotes para oír confesiones.

El crédito universal de su sabiduría y de sus prudentes consejos fue puesto a prueba en multitud de contiendas en las que hubo de intervenir como árbitro de paz y nivelador de intereses. Nobilísima fue su actitud como compromisario de Caspe, en donde fue requerido para dar su voto de solución al problema político de la Corona de Aragón producido al morir Martín el Humano sin dejar sucesión. San Vicente acudió al Compromiso

de Caspe con el sereno ánimo y la inteligencia despierta para dar una razón jurídica en el asunto del pretendiente al trono, pero sobre todo con la limpia y altísima intención de aceptar el resultado como designio providencial. La elección hecha a favor del infante de Castilla, Don Fernando, fue publicada por San Vicente Ferrer el 28 de junio de 1412. La conducta del Santo en la resolución del problema sucesorio quedó tan digna y honrada, que su apostolado público no sufrió menoscabo alguno en aquellos Estados de la Corona de Aragón que se habían mostrado hostiles a la solución de Caspe.

Muy laboriosas fueron sus gestiones para determinar la conclusión del Cisma de Occidente y podemos afirmar que, si no por su directa intervención, sí por el enorme peso de su influencia, apoyada en su universal prestigio, contribuyó notablemente a decidir su terminación. El cónclave reunido en Constanza el 11 de noviembre de 1417 dio a la Iglesia la elección de Martín V, a cuya obediencia se sometió toda la cristiandad.

Vicente prosiguió su misión evangelizadora dirigiendo sus pasos a Bretaña, donde el Señor le esperaba para abrirle las puertas de una gloria definitiva. El día 5 de abril, miércoles de la semana de Pasión, de 1419, moría en Vannes, lejos de su patria, este apóstol infatigable cuya palabra estremeció de presencia de Dios los ámbitos de la cristiandad europea. Treinta y seis años más tarde, en 1455, el papa valenciano Calixto III, a quien, según la tradición, San Vicente le había profetizado la tiara pontificia y el honor de canonizarle, le elevó a los altares con la suprema gloria de la santidad.

Los milagros que San Vicente Ferrer obró en vida y después de muerto son innumerables, por lo que su fama de taumaturgo no ha sufrido mengua a través de los siglos.

JOSÉ MARÍA MILAGRO, OP

Bibliografía

- Act SS. Boll.*, 5 abril: *Vita*, por RAZZANO, de 1455, *Actas del proceso de canonización*.
FAGES, P.-H.-O., OP, *Histoire de Saint Vincent Ferrer, apôtre d'Europe*, 2 vols. (Paris 1894, Lovaina 21901) (Trad. española: *Historia de San Vicente Ferrer*, 2 vols. [Valencia 1903]).
— *Procès de la canonisation de Saint Vincent Ferrer* (Paris 1909).
— *Notes et documents de l'histoire de Saint Vincent Ferrer* (Paris-Lovaina 1905).

GARGANTA, J. M. DE, OP - FORCADA, V., OP, *Biografía y escritos de San Vicente Ferrer* (BAC 153; Madrid 1956).

GENOVES, V, *San Vicente Ferrer en la política de su tiempo* (Madrid 1943)

GORCE, M. M., OP, *Saint Vincent Ferrer (1350-1419)* (París 31924).

SANCHIS SIVERA, J., *Historia de San Vicente Ferrer* (Valencia 1896) (Reprod. facsímil: Valencia 1993).

— Actualización:

FORCADA, V., *San Vicente Ferrer* (Valencia 1987).

MIRA, J. F., *San Vicente Ferrer: vida y leyenda de un predicador* (Alzira 2002).

TEIXIDOR, J., *Vida de San Vicente Ferrer: apóstol de Europa*, 2 vols. (Valencia 1999)

SANTA JULIANA DE MONTE CORNILLÓN

Religiosa († 1258)

La piedad eucarística ha conocido a través de los tiempos progresos reales, hasta alcanzar el enriquecimiento de nuestros días.

Ha sido un camino lento y penoso, en que tampoco han faltado los retrocesos, pues a veces una conquista nueva suponía la pérdida de posiciones ya alcanzadas.

Cada época ha resaltado algún aspecto de la Eucaristía, misterio el más rico y fecundo de nuestro culto, por ser como el centro de él.

Las primitivas generaciones cristianas nutrían su piedad en las fuentes litúrgicas, siendo la celebración eucarística y la comunión el eje de su vida. Se valoraba el rito sacrificial y la participación en el mismo, pero faltaba a los primeros cristianos la amistad íntima con Cristo, presente bajo las sagradas especies.

La Edad Media pondrá esa nota de ternura y calor, que echamos de menos en la Iglesia antigua.

A partir del año mil la piedad eucarística toma un rumbo nuevo. Es entonces cuando, vencida la herejía de Berengario, brota la devoción en la presencia real de Jesús, que posteriormente se haría arrolladora.

Una de las manifestaciones más fecundas de esta nueva corriente era el «deseo de ver la hostia». Tanto los místicos como las masas populares sentían un deseo ardentísimo de ver la sagrada forma, lo que influyó grandemente en el desarrollo del culto eucarístico.

Así nació la práctica de la elevación, al principio, sólo de la hostia, y después, por simetría, también la del cáliz. Dicha elevación se hacía con gran aparato, como un cirio nuevo que se encendía en ese instante, acompañamiento de clérigos con hachones, toque de campanillas y una señal especial de las campanas de la torre, para que los fieles ausentes supieran que entonces se «elevaba a Dios». De esta corriente ha ido naciendo toda la piedad eucarística moderna que litúrgicamente se enlaza con la institución de la fiesta del Corpus Christi y después proliferó en la exposición del Santísimo, ejercicio de las «Cuarenta horas», procesiones apoteósicas de los Congresos eucarísticos, con otra serie menor de devociones particulares, como las visitas al Santísimo, horas santas, horas de adoración a Jesús Sacramentado e incluso de reparación por el abandono u olvido que recibe en el sacramento del amor.

La reverencia de los primeros cristianos hacia la eucaristía se cambia, durante la Edad Media, en una devoción a la persona adorable de Jesús, oculto bajo las sagradas especies. De ahí que la piedad medieval tenga un carácter individual y afectivo, expresado en esa bella fórmula, tan querida de San Ignacio, aunque muy anterior a él, que es el *Anima Christi*.

Cristo se ha convertido en el huésped del alma, y la comunión es una visita del rey de la gloria que viene a hacernos sentir el gozo de su presencia. Pero ¿quién será capaz de recibir con dignidad a tan gran Señor?

Esta concepción acaba por alejar de la sagrada mesa a las almas, que terminan por contentarse con mirar y adorar, hasta hacer prevalecer en importancia la exposición del Santísimo, entre grandes iluminaciones y adornos, sobre la misa, que pierde su categoría de banquete sacrificial para convertirse en el rito destinado a confeccionar el sacramento que nos dará la presencia de Cristo.

El actual movimiento litúrgico se esfuerza por devolver a la misa toda su categoría de sacrificio y festín, donde participamos comunitariamente con las respuestas, los cantos, las posturas y, sobre todo, la comunión sacramental, en que recibimos la víctima inmolada y nos hacemos participantes de los frutos del sacrificio.

No es que renunciemos a la dulce adquisición del Medioevo, sino que intentamos hallar el justo equilibrio entre la devoción a la divina presencia y su cortejo de piadosas prácticas y la misa y comunión, aspectos primarios de la eucaristía.

Y sirva esta rápida síntesis de introducción a la vida de Santa Juliana de Monte Cornillón, el alma que preparó la fiesta del *Corpus Christi*, cuando era necesario destacar ciertos aspectos del culto eucarístico, que se hallaban en la penumbra.

Juliana fue la hija segunda del matrimonio Enrique y Frescinda, vecinos del pueblo de Retina, cerca de Lieja. Nació en 1192 y quedó huérfana a los cinco años. Junto con su hermana Inés, que tenía seis, fue llevada al convento de Monte Cornillón, recientemente fundado, cuyas religiosas se dedicaban, además del Oficio divino, al cuidado de los leprosos y enfermos.

Demasiado niñas las dos hermanas para aplicarse a las obras de caridad, fueron puestas bajo la dirección de sor Sapiencia, una religiosa que las instruyó en los rudimentos de la doctrina cristiana y las inició en las virtudes que son la base de la vida espiritual: obediencia, humildad, mortificación y penitencia.

Los biógrafos, que han dejado en la penumbra a Inés, nos hablan de la brillante santidad de Juliana. Dotada de excepcionales cualidades, aprendió el salterio de memoria, demostró un amor por la soledad y un celo intemperante por la mortificación, de lo que tuvo que corregirla su maestra hasta hacerla entender que la obediencia vale más que los sacrificios.

A los catorce años pidió su admisión entre las hermanas del convento, recibiendo el hábito de profesa en 1207. Entonces estudió latín para instruirse más a fondo en las verdades de la fe, llegando a leer sin dificultad a San Agustín y San Bernardo.

Dios derramó sobre aquella alma privilegiada abundantes bendiciones, sobre todo durante la celebración de los sagrados misterios.

A los seis años tuvo una visión que no pudo comprender. Vio la luna resplandeciente de luz, pero atravesada de una mancha oscura, que parecía cortar el globo en dos partes. Habló de su visión a otras religiosas, pero no supieron desentrañársela; es más: le dijeron que era peligroso investigar en la misma. Sin

embargo, la noticia se divulgó por Lieja y la reputación de la pequeña tomó incremento.

La devoción de Juliana por la sagrada Eucaristía iba en aumento, guiada por Sapiencia, su maestra, la cual, habiendo sido nombrada priora, hizo construir para Juliana un oratorio, donde la fervorosa joven pudiera entregarse libremente a la oración.

Pero la visión que contemplara de niña se le presentaba continuamente a su espíritu, llenándola de turbación y congoja. Al fin, a fuerza de súplicas, consiguió que se le revelara el misterio. Una voz celestial le manifestó que el globo de la luna era figura de la Iglesia militante, y la mancha representaba la falta de una fiesta especial al Santísimo Sacramento, queriendo Dios que fuera instituida dicha fiesta, pues el Jueves Santo, que conmemoraba tal celebración, al coincidir con la Semana Santa no dejaba lugar a la solemnidad requerida.

El alma de Juliana se llenó de inmenso gozo al ver descifrado el enigma. Humillábase en la presencia del Santísimo Sacramento y pedía favor al Altísimo para llevar adelante su propósito.

Por esta época, año 1210, una virgen llamada Eva tomó la resolución de hacerse reclusa, y fue a pedir consejo a Juliana. Ambas se abrieron el espíritu, se consolaron y animaron mutuamente, haciendo Juliana el voto de visitar una vez al año a su amiga, que se había recluido en una dependencia de la iglesia de San Martín, de Lieja. Entretanto se ayudarían con oraciones la una a perseverar en su retiro, y la otra en llevar a ejecución el designio de lo alto.

En 1222 muere Sapiencia, la priora de Monte Cornillón, y es nombrada Juliana para sucederla. Con el deseo de ser útil a todos, acepta. Aún no había hecho público el significado de su visión, y su conciencia sufre terribles angustias por no poder ejecutar lo que ve claramente que es la voluntad de Dios. Eva, la reclusa, le manifiesta que también ella ha sido favorecida por otra visión igual, y la anima a proceder sin demora.

Habla primero con Juan de Lausana, canónigo de San Martín, conocido de todos por su virtud y competencia. Éste expone el proyecto a Jacobo Pantaleón, arcediano de Lieja, y ambos determinan consultarlo con eminentes teólogos, como el obis-

po de Cambray, Guy de Laon, el canciller de la iglesia de París y el provincial de los dominicos de Francia, Hugo de San Caro. Con la aprobación de todos, Juliana encarga a un joven clérigo, Juan de Monte Cornillón, la composición del oficio litúrgico de la nueva festividad, lo que lleva a cabo el año 1232. Al año siguiente parece que ya en Laon se celebró por primera vez la fiesta del Corpus Christi.

Pero todavía quedaba un camino largo y escabroso por andar.

En su mismo monasterio se levanta una tempestad contra Juliana. La nueva superiora hace de tal modo imposible la vida a la priora, que Juliana, con otras hermanas, pide asilo a Eva, la reclusa de San Martín. Juan de Lausana busca cobijo a las fugitivas y trabaja activamente para esclarecer la inocencia de su protegida. Esta persecución aumenta la reputación de Juliana y favorece el establecimiento de la nueva festividad.

En 1240 el provincial dominico, Hugo de San Caro, viene a Lieja y une su aprobación a la de Juan de Lausana y Jacobo Pantaleón en favor de las visiones de Juliana, y todos se empeñan en cumplir la voluntad divina en las mismas manifestada.

Pero la cosa marcha lentamente y por etapas. Primero es el obispo de Lieja, Roberto de Torote, quien decreta la institución de una solemnidad en honor del Cuerpo de Cristo en su territorio, celebrándose por primera vez en la iglesia de San Martín, el año 1247. Después de algunos titubeos, al fin se fija como fecha el jueves siguiente al domingo de la Trinidad.

Pero cada avance en el proyecto representaba nueva tormenta sobre Juliana. Para encontrar la paz se retira de Lieja al Valle de Nuestra Señora y después a Namur, con cuatro hermanas que la siguen leales. Sus fieles servidoras van muriendo, y ella las sobrevive a pesar de encontrarse enferma y débil.

Dios la consuela con la llegada de Hugo de San Víctor, nombrado cardenal y legado del papa Inocencio IV, quien en 1251 impone la nueva fiesta en todo el territorio de su legación: Alemania, Dacia, Bohemia, Moravia y Polonia.

La enfermedad de Juliana empeora. En la Cuaresma de 1258 las cosas llegan al último extremo. Sin embargo, el día de Pascua, a pesar de su agotamiento, consigue que la lleven a la

iglesia, asiste a maitines y laudes y recibe en viático la sagrada comunión, quedando en el templo hasta el fin de la jornada. Al retirarse a su celda pide la santa unción, que recibe entre lágrimas de gozo y una admirable presencia de espíritu.

El miércoles de Pascua sigue agravándose y la abadesa de Sal-sines, monasterio donde ahora se encuentra, llamada ante la inminencia del peligro, pasa con ella toda la noche. Juliana la invita a retirarse, asegurándola que no será todavía el fin. Ruega entonces a sor Ermentrudis, la fiel compañera que la ha acompañado en todos sus destierros, que le lea el oficio, para seguirlo, al menos, con el corazón. Todavía duró hasta el viernes, en que recibió por vez final la sagrada Eucaristía. Dando gracias por este último beneficio, se durmió en el Señor el día 5 de abril de 1258.

La muerte de Juliana fue tan santa como su vida. Desterrada hasta seis veces, tuvo que cambiar otras tantas de refugio, perseguida a muerte por sus crueles enemigos, que veían el contraste entre su virtud y la propia depravación. Privada de todo consuelo humano, jamás se la oyó quejarse o murmurar.

Su cuerpo fue enterrado en la iglesia de las religiosas de Villiers. En 1564 fueron dados fragmentos de sus reliquias a Margarita de Parma, la gobernadora de los Países Bajos.

Todos los escritores coinciden en dar a Juliana el título de beata o de santa, habiendo recibido culto más de trescientos años antes del decreto de Urbano VIII. Una solemne traslación de sus reliquias tuvo lugar el año 1674.

Su muerte no le permitió ver aquello por lo que había orado y luchado toda su vida. El 11 de agosto de 1264 el antiguo arcediano de Lieja, Jacobo Pantaleón, llegado a Papa con el nombre de Urbano IV, firmaba en Orvieto la bula *Transiturus*, extendiendo a la Iglesia universal la fiesta del santísimo Cuerpo de Cristo, que ya venía celebrándose en tantos lugares. Y algunos días más tarde, sin más esperar, celebraba con la corte pontificia la nueva fiesta.

El 8 de septiembre del mismo año remitía la bula *Scimus o fí-
lia* a la reclusa Eva, felicitándola por haber visto el cumplimiento de sus deseos, cosa que no le alcanzó a Santa Juliana.

Todavía el establecimiento de la fiesta encontró resistencia en la cristiandad, y en los misales del siglo XIII no figura sino a título de adición posterior.

Las circunstancias por que atravesaba entonces la Sede Pontificia hicieron que el decreto de Urbano IV hallara débil eco. El triunfo y la propagación no fue general hasta que en 1317 el papa Juan XXII publicó la colección de decretales preparada por Clemente V, y el concilio de Viena puso en vigor la bula *Transiturus*. Fue a lo largo del siglo XIV cuando la nueva solemnidad, como todavía seguía llamándosela, se extendió por todo el orbe católico, contribuyendo a ampliar un nuevo concepto de la devoción eucarística.

En realidad, la fiesta del Corpus Christi lo que hace es insistir más morosamente en los aspectos del misterio redentor ya conmemorados a lo largo del ciclo litúrgico, siendo como un eco y amplificación del Jueves Santo.

El retorno a la alegría pascual se manifiesta en la repetición del aleluya, y más todavía en el acuerdo entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, expresado en las antífonas y sobre todo en los responsorios, en que se representa la Eucaristía como el festín mesiánico preparado por la Sabiduría, como el maná que alimenta al pueblo de Dios, como el Cordero pascual inmolado en la gran festividad. El introito *Cibavit eos* se toma del lunes de Pentecostés, para recordar que la Eucaristía es también el alimento de los bautizados, de los que ya han sido introducidos en la Tierra prometida.

Las grandes ideas teológicas referentes al sacramento del altar son desarrolladas en ese credo eucarístico que es el *Lauda Sion*, y su triple aspecto de memorial de la Pasión se recuerda en la colecta de la misa, el de signo de la unidad y la paz en la secreta y el que prefigura la gloria eterna en la poscomunión. Trilogía que resume maravillosamente la antífona *O sacrum convivium*, que no puede ser sino de la pluma teologal de Santo Tomás de Aquino.

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

- BERTHOLET, J, *Histoire de l'institution de la Fête-Dieu avec la vie de la Bienheureuse Julienne et Eve* (Lieja 1846, ¹1746)
- BROWE, P, *Die Verehrung der Eucharistie im Mittelalter* (Múnich 1938)
- DENIS, E, *La vraie histoire de sainte Julienne de Liège et de l'institution de la Fête-Dieu* (Tournai 1935)

GOÑI, J., «Hacia una verdadera piedad eucarística»: *Liturgia* 2 (1945) 125s.

— Actualización:

COTTIAUX, J., *Sainte Julienne de Cornillon promotrice de la Fête Dieu, son pays, son temps, son message* (Laja 1991).

DELVILLE, J.-P., *Fête-Dieu (1246-1996). 2. Vie de sainte Julienne de Cornillon* (Lovaina 1999)

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN GERALDO DE SAUVE-MAJEURE

Abad († 1095)

Nació en Corbie (Francia) hacia 1025. Estudió en el famoso monasterio de su pueblo natal y decidió vestir allí mismo el hábito monástico. Pero tenía débil salud y el abad pensó que mejoraría con la peregrinación a Roma. Aquí fue bien acogido por el papa León IX que decidió, además, ordenarlo presbítero, y poco después su salud mejoraba de forma espectacular. Fue entonces como peregrino a Jerusalén. Vuelto a Corbie, se hizo cargo de la reconstrucción de la iglesia del monasterio, lo que le acreditó a los ojos de los monjes de Laon que lo eligieron su abad. Al cabo de cinco años dejó el cargo pues veía que su interpretación severa de la vida monacal no terminaban de aceptarla aquellos monjes. Entonces, con un grupo de compañeros, fundó en 1079 el monasterio de Sauve-Majeure en las cercanías de Burdeos y fue elegido su primer abad. Convencido de que los monjes debían también contribuir a la tarea evangelizadora de la Iglesia, hizo una gran labor como predicador en los contornos del monasterio y dirigió muchas almas por el camino de Dios. Murió el 5 de abril de 1095, siendo canonizado en 1197.

SANTA MARÍA CRESCENCIA (ANA) HÖSS

Religiosa († 1744)

Ana Höss nació en Kaufbeuren (Baviera) el 20 de octubre de 1682. Al llegar a la adolescencia ayuda a su padre como tejedora, y sus escasos medios le impedían poder dar la dote para ingresar en el Monasterio de Terciarias Regulares Franciscanas, pero por fin el alcalde, pese a ser protestante, le ayuda y logra su

objetivo. Ingresa el 16 de junio de 1703. Al empezar el noviciado cambia su nombre por el de María Crescencia. Comienza a padecer sequedades espirituales muy fuertes al tiempo que no faltan dentro del convento quienes no la miran con buenos ojos, pero ella acepta la cruz y se pone en manos de Dios. Por fin el Señor la consuela interiormente y ella sigue decididamente la senda de la perfección evangélica, insistiendo en la vida de oración, en la austeridad y penitencia y en la caridad fraterna. Esta virtud tiene especial ocasión de practicarla porque, nombrada portera del monasterio, ella atendía a todos los que por una u otra causa venían al mismo, y todos sintieron el perfume de su exquisita caridad. Aconsejaba con gran sabiduría religiosa y era paño de lágrimas para mucha gente. Creció su crédito en el monasterio y fue nombrada maestra de novicias, dirigiendo con suavidad y tacto a las aspirantes para que fueran perfectas religiosas. En 1741 fue elegida superiora del convento. Sobresalio por su gobierno firme y prudente y al tiempo por su inesperrada habilidad para gestionar los asuntos económicos del monasterio que mejoraron mucho durante su mandato, lo que ella aprovechó para permitirse muchas obras de caridad a favor de los pobres y necesitados. Su fama se extendió por Baviera, llegando a recibir señales de aprecio también de parte de la nobleza más alta. Mucha gente acudía al convento a solicitar el consejo de M. María Crescencia, y no pocas personas de todas partes de Europa se dirigieron a ella por carta, contestando siempre a todos y haciendo así un importante apostolado epistolar. Murió el 5 de abril de 1744. Canonizada el 25 de noviembre de 2001.

6 de abril

A) MARTIROLOGIO

- 1 En Sirmio (Panonia), San Ireneo (s IV), obispo y martir
- 2 En Constantinopla, San Eutiquio († 582), obispo
- 3 En Roma, Santa Gala (s VI), viuda
- 4 En Troyes, San Winebaldo († 650), abad
- 5 Allí mismo, San Prudencio de Troyes († 861), obispo *

- 6 En Velerado (Moldavia), San Metodio († 885), obispo, cuya memoria se celebra el 14 de febrero junto con la de su hermano San Cirilo
- 7 En el monasterio de St Gall, Beato Notkero Balbulo († 912), monje **
- 8 En Eskilsoe (Dinamarca), San Guillermo († 1203), abad *
- 9 En Milan, San Pedro de Verona († 1252), presbitero, de la Orden de Predicadores, martir **
- 10 En Varese, Beata Catalina de Pallanza († 1478), virgen, religiosa de la Orden de San Agustín *
- 11 En Vinh Tri (Tonkin), San Pablo Le Bao Thin († 1857), presbitero y martir *
- 12 En Verona (Italia), Beato Ceferino Agostini († 1896), presbitero, fundador de la Congregación de Ursulinas Hijas de Maria Inmaculada **
- 13 En Turin, Beato Miguel Rua († 1910), presbitero, de la Congregación Salesiana **
- 14 En Varsovia (Polonia), Beato Miguel Czartoryski († 1944), presbitero, de la Orden de Predicadores, martir *
- 15 En Fiobbio di Albino (Italia), Beata Petrina Morosini († 1957), virgen y martir *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

BEATO NOTKERO BALBULO

Monje († 912)

El peregrinar es una característica del cristianismo, que, desde los tiempos apostólicos, concibe la vida como una peregrinación rumbo a la patria celeste, donde está nuestro domicilio soñado. Los monjes irlandeses evangelizaron a la Europa anglosajona merced a esta inacabable tendencia ambulante. Uno de ellos, San Galo, fundó el año 613 una abadía, no lejos del lago de Constanza, que —el fenómeno se repitió muchas veces en la Europa medieval— dio origen a una ciudad homónima, y en el siglo XVIII al pintoresco cantón suizo, conjugación idílica de sierras y prados abundosos. Un siglo más tarde introdujo la Regla benedictina en el monasterio el abad Otmar, y fue adquiriendo auge siempre creciente hasta el siglo XI. Después de muchas vicisitudes fue suprimido el año 1805, como resultado de la Revolución Francesa. La escuela abacial de St Gallen fue foco providencial que albergó la cultura y el arte medieval. Incluso la industria textil —hasta hoy floreciente en el cantón— encuen-

tra sus primeros telares en los claustros monásticos. Los monjes antiguos forjaron a Europa, lo mismo inclinados sobre el curvo arado, que roturaba las selvas para sembrar la tierra de mieses y ciudades, que arqueados sobre el códice paciente, en que iluminan tanto la frase evangélica, dadora de vida, como el verso griego y latino, ahuyentador de la barbarie, no menos que los neumas musicales, vehículos de la poesía y del arte. Pero toda esta actividad múltiple converge hacia lo que, aun arquitectónicamente, es el centro de la abadía, hacia el coro, donde la plegaria, metamorfoseada en dulce cantilena de salmos y secuencias, suministra el plasma de la vida monástica.

Por el año 840 nació Notkero en Elgg (cantón de Zurich), o más bien en Jonswyl (cantón de St. Gallen), de familia distinguida. Todavía niño llamó a las puertas de la abadía, cuando se hallaba ésta en el período de su mayor esplendor, como uno de los centros culturales más notorios de Europa. Los monjes no dudaron en admitirlo, a pesar de su defecto de lengua, que le proporcionó el sobrenombre de Bálbulus, es decir, tartamudo. En la escuela monacal recibió educación esmerada, que proporcionó frutos ubérrimos en las ciencias y artes entonces conocidas, en gramática, poesía, música; en medicina, historia y patristica. Tuvo por maestros a los monjes Iso, el famoso comentarista de nuestro calagurritano Prudencio —en St. Gallen fue siempre estudiado con mimo el gran poeta español—, y después al irlandés Moengal. Llegó a ser bibliotecario en 890, el recinto más sagrado de la abadía después de la iglesia; y años más tarde hospederero (892-894), cargo importante en aquellos tiempos de arduas peregrinaciones. Por su vasta cultura se le confió la dirección de la escuela abacial, germen de las universidades medievales, también de origen eclesiástico. Tuvo por discípulos a nobles y potentados, así como a Salomón III, obispo de Constanza en 890, y Waldo, obispo de Freising en Baviera del 884 al 906. Su larga vida se extinguía plácidamente el año 912, dejando una larga estela de santidad y de ciencia. Un Papa humanista, Julio II, beatificó al gran artista benedictino en 1512, autorizando su culto en St. Gallen y en la diócesis de Constanza.

Su producción literaria fue muy extensa. En prosa cultivó el género epistolar, en que expone cuestiones científicas con estilo

llano y atractivo, aunque a veces revela afición por las palabras raras y rebuscadas. Cuando su discípulo el obispo Salomón era todavía diácono dedicóle la *Notatio*, que puede ser considerada como el primer tratado de patrología latina. La avidez discente del aventajado alumno es comparada con la hidra de Lerna, y con una hoguera, basándose en Prudencio (Pe 10,881s). Allí trae un catálogo de las obras que deben leerse, entre las que menciona el *Comentario al Cantar de los Cantares* de nuestro Justo de Urgel. De carácter histórico son el *Breviario de los reyes francos*, que él continuó hasta Carlos III el Gordo. En *Gesta Caroli Magni* demuestra nuestro Beato su admiración por el emperador y anota en el prólogo las fuentes de que se sirvió para la composición de esta obra, de excelente valor literario, aunque históricamente no se separan siempre los hechos de las leyendas. A base del Martirologio que el arzobispo Ado de Vienne entregó a St. Gallen el año 870 redactó Notkero su famoso *Martirologio*, enriquecido con las muchas noticias hagiográficas existentes en el monasterio, de donde vino a resultar un pequeño Año Cristiano, con la vida sucintamente descrita de los santos.

Pero el principal mérito literario de Notkero estriba en la poesía y en la música. Como el poeta español Prudencio, a quien él tanto estimaba, vio en la poesía un instrumento adecuado de santificación, y a ella se consagró con entusiasmo, destinándola al noble servicio de la liturgia y de la Iglesia. Escribió un poema dialogado sobre las artes, y otro con el título *De los cinco sentidos*, seguido de un apéndice en prosa rítmica. Ambos los dedicó al joven obispo Salomón, y abundan en exhortaciones morales. De Gran Bretaña e Irlanda se propagó por el continente anglosajón la moda de los enigmas y acertijos en versos hexámetros, cuya fuente deriva de Celio Firmiano Sinfosio, poeta del siglo V después de Cristo. Varias de estas fábulas en dístico elegíaco se atribuyen a nuestro poeta: «El león enfermo», «La ternera y la cigüeña», «La pulga y la podagra», etc. Al protomártir San Esteban dedicó cuatro poemas, en que la oda sáfica y el endecasílabo dan expresión a su entusiasmo devoto ante los milagros obrados por el mártir en Asia, África, Metz y España. Quedan fragmentos de una vida dialogada de San Galo en versos trocaicos.

El impulso lírico medieval produjo una forma poética, derivada de la liturgia de la misa, en el siglo IX. Los floridos melismas que enriquecían la *a* final del *Alleluia* se hacían difíciles de retener en la memoria de los cantores, ya que la melodía estaba desprovista de notas escritas. Notkero buscaba un medio para facilitar el aprendizaje musical, cuando la casualidad se lo brindó excelentemente. En el proemio o epístola dedicatoria de sus himnos a Luitward, obispo de Vercelli (880-899), lo cuenta él mismo:

«Cuando yo era todavía un jovencillo y las melodías larguissimas, frecuentemente aprendidas de memoria, se me escapaban del corazoncillo, comence a pensar en silencio la manera de ligarlas fuertemente. Entretanto aconteció que un sacerdote del monasterio de Jumieges, poco antes destruido por los normandos (862), vino a nosotros trayendo consigo su antifonario, en el que había algunos versos para ser cantados en la vocalización final del aleluya (*ad sequentias erant modulati*), pero que ya estaban muy viciados. Su vista me produjo alegría, pero su gusto me causó amargura»

Continúa refiriendo cómo comenzó a imitar aquellos versos, pero sin sus defectos, y que su maestro Iso le felicitó por los méritos poéticos, corrigiéndole las faltas, mientras le formuló la regla de oro para la poesía secuencial: a cada nota debe corresponder una sílaba. Entonces él comenzó a escribir versos, que pronto cantaron los niños y monjes de la abadía, y que rápidamente resonaron por toda Europa. Este es el nacimiento de la secuencia, que invadió los misales de Europa, registrándose hasta 5.000, de diferente valor literario, de las que el misal romano sólo conserva ahora cinco, verdaderas joyas de la poesía secuencial. De este relato se deduce que Notkero no es estrictamente el creador de la *secuencia* o *prosa aleluyática* —pues, si no se debe ya a Alcuino († 804), se originó en el monasterio benedictino de Jumièges, en el norte de Francia—, pero sí su perfeccionador definitivo y, junto con Adam de San Víctor, el mejor poeta secuencial. La forma primitiva y auténtica de la secuencia, que entronca en Notkero, consiste en un par de versos, de diferente extensión (cola), con sustitución de la cantidad métrica por el acento, y terminados generalmente en *a*, debido a la vocal final del *alleluia*. La secuencia se cantaba en grupos de dos estrofas de ordinario, alternando el coro de voces graves con las

voces blancas de los niños, o también en estrofas sucesivas. La variación métrica llevaba consigo la variedad melódica.

Por citar una muestra, en la trilogía himnódica del Espíritu Santo, formada por el himno *Veni, creator Spiritus*, del siglo IX, de hechura ambrosiana en cuanto a su metro yámbico, donde ya se atisban los ecos de la rima románica; por la secuencia *Veni, Sancte Spiritus*, del siglo XII, con manifiesta disposición rimada del gótico, brilla por su estro y encendida devoción la *Sancti Spiritus assit nobis gratia*, «reina de las secuencias» de Notkero, el primer poeta secuencial de la historia, cuyos ecos resonaron en las fiestas pentecostales de Alemania, Italia, Francia, España... durante prolongados siglos. Así santificó a la poesía y a la música, y se santificó a sí mismo por medio de la himnodia sacra el Beato Notkero, «débil de cuerpo, pero no de espíritu; tartamudo de lengua, pero no del alma, vaso del Espíritu Santo, como no lo hubo en su tiempo con tal abundancia» (Ekkehard, IV, 980-1060).

ISIDORO RODRÍGUEZ HERRERA, OFM

Bibliografía

Act. SS. Boll., 6 de abril: *Vita*, de V. EKKEHARD.

Cf artículos en: MABILLON, J. - D'ACHERY, L., *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti*, *Dictionnaire de théologie catholique*; *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie*.

STEINFR, W VON DEN, *Notker der Dichter und seine geistige Welt*, 2 vols (Berna 1948)

WERNER, J, *Notkers Sequenzen* (Aarau 1901).

SAN PEDRO DE VERONA

Presbítero y mártir († 1252)

No podemos comenzar la vida de San Pedro Mártir con la frase que acuñaron los antiguos hagiógrafos: «nacido de padres virtuosos y santos».

Pedro nació en Verona en 1206 y sus padres fueron cátaros, los herejes que en la Edad Media renovaron las doctrinas de los maniqueos.

En cambio, casi podríamos decir que nació predestinado para fraile dominico, según nos lo revelará la anécdota que más abajo referiremos.

Porque los cátaros, que infestaban en los comienzos del siglo XIII el centro y norte de Italia, eran los mismos albigenes que ya Santo Domingo estaba combatiendo en el sur de Francia.

Cómo surgieron estos herejes se ignora; pero conocemos su puritanismo, su desprendimiento de los bienes terrenos, su carácter belicoso, su espíritu de secta, su expansión por toda la cuenca mediterránea, que les hizo llegar hasta Constantinopla y tener iglesias en el cercano Oriente.

En los dominicos habrían de encontrar quienes los redujeran con sus mismas armas: la pobreza y la polémica.

En aquellos tiempos las gentes gustaban de las justas y los torneos. Batallas militares o luchas y escaramuzas intelectuales. Era de ver cómo se congregaban las muchedumbres en la Provenza o en el Languedoc, en la Toscana o en el Milanesado para asistir a aquellos torneos espirituales que eran las disputas religiosas.

Santo Domingo aceptaba y aun provocaba el reto, y saltaba al palenque arremetiendo a los contrarios como un paladín que invocaba a su dama, la Virgen María, y se presentaba lisamente, sin boato ni ostentación mundanal, que tanto daño había hecho a otros controversistas, pues su riqueza contrastaba con la austeridad de los albigenes.

San Pedro mártir, sí, nació predestinado para combatir a los nuevos maniqueos, los *patarini*, como los llamaban en Italia.

Su familia, aunque maniquea, no hallando maestro de su secta en Verona, consiente en que la educación del niño corra a cargo de un maestro católico. Progresá rápidamente en ciencia y en virtud, y tenemos la primera anécdota.

Un tío de Pedro le encuentra en la calle al volver de sus lecciones, y le pregunta por la marcha de sus estudios. Él no titubea; de corrida dice el Credo, en cuyo primer artículo está la refutación del maniqueísmo con la doctrina de un Dios creador absoluto de cielo y tierra.

El tío insiste en que Dios no puede ser autor del mal; pero el pequeño polemista contesta con gracia y, además, cierra la discusión con unas frases terribles: «Quien no crea esta primera verdad de la fe no tendrá parte en la salvación eterna».

El viejo hereje se emociona. Le gusta el desparpajo del sobrino, pero presiente también que de allí puede salir quien combata las creencias de su secta. Advierte de ello a su hermano, pero el padre de Pedro no hace demasiado caso, confiando en torcer más adelante estas primeras inclinaciones.

Entretanto el niño ha crecido. Y la universidad de Bolonia, allí cerca, goza del máximo prestigio. Pedro marcha lleno de ilusiones a la nueva ciudad. Gracias que, mediante la oración, el retiro y el trabajo, sabe sustraerse al ambiente frívolo de la vida estudiantil.

Por aquella época había en Bolonia algo que le daba más fama que la propia universidad. Era Santo Domingo, anciano ya, rodeado de discípulos, con la aureola de fundador y martillo de herejes.

Al convento de los Predicadores vuela un día Pedro, doncel de dieciséis años. Pide, y al fin alcanza la gracia de recibir el hábito blanco de las propias manos de Santo Domingo. Sería una de sus postreras satisfacciones si su espíritu profético supo leer en la mirada candorosa del estudiante veronés la gloria que reservaba a su naciente Orden.

Pedro se aplicó con entusiasmo al estudio, a la oración y a la penitencia. Sobre todo a la penitencia, hasta caer enfermo. Hubo que moderar su fervor. Entonces se quedó con la oración y el estudio de las Escrituras. Allí, en las sagradas letras, aprendía el espíritu de la sabiduría. Y, acabada su formación escolástica, recibe la ordenación sacerdotal y es nombrado, joven y fogoso, predicador contra los herejes.

Bolonia, la Romaña, la Toscana y el Milanesado conocen las andanzas apostólicas del fraile dominico. ¿Logró convertir a sus propios padres? Lo ignoramos. Lo cierto es que resultó verdad la predicción del tío. Pedro era el martillo de los cátaros.

Pero no todo habría de ser aureola de orador y gloria de polemista. La tribulación prensa las almas en el lagar para purificarlas y acendrarlas. Aquí fue la calumnia. Se le acusó de dar consejos imprudentes en el confesonario. A un joven que había dado una patada a su anciana madre el Santo le recordó el consejo evangélico: «Si tu pie te sirve para pecar córtatelo». Y el penitente, conmovido, lo tomó al pie de la letra y se cortó el pie.

Pero la intervención de Pedro, trazando la señal de la cruz sobre la extremidad mutilada, devolvió el pie a su lugar.

Con esto creció su prestigio. Pero después vendrá otra acusación peor. Pedro es un místico, tiene revelaciones de lo alto. Las santas vírgenes Catalina, Inés y Cecilia hablan con él en su celda. Los otros frailes han oído extraños cuchicheos, y sin más llevan la noticia al prior. En público capítulo Pedro es reprendido por violar la clausura y hacer penetrar mujeres en su habitación. Se le exhorta a defenderse, pero él se contenta con declararse pobre pecador.

Le retiran las licencias de confesar y le destierran a un monasterio de la Marca de Ancona, donde se entrega en la soledad y el retiro al estudio y a la oración.

Al fin, la verdad se esclarece, y el propio Gregorio IX, que conoce su ciencia y su celo, le nombra inquisidor general en 1232. Pedro ataca vigorosamente el vicio y el error y obtiene ruidosas conversiones en Roma, Florencia, Milán y Bolonia. Cuando baja del púlpito se encierra en el confesonario para ponerse en contacto directo con los fieles, que le exponen sus dificultades, o con los propios herejes, que piden aclaraciones a sus dudas antes de decidir la abjuración de sus errores. Los milagros autorizan, además, su predicación.

Célebre fue el caso de un hereje milanés que quiso desprestigiar el poder taumatúrgico del Santo. Fingiéndose enfermo hizo que le llevaran a su presencia, solicitando la salud. Pedro lo comprendió todo y se limitó a decirle: «Ruego al Creador de todo cuanto existe que, si vuestra enfermedad es cierta, os dé la salud; pero, si se trata de una farsa, que os trate según vuestros méritos».

Los efectos fueron inmediatos. El pretendido enfermo se sintió presa de terribles dolores, debiendo ser llevado de verdad por los que se prestaron a la hipócrita comedia. A los pocos días el hereje llamaba humildemente al Santo para arrepentirse de su pecado y abjurar sinceramente de su herejía. El siervo de Dios, viéndole cambiado, hizo sobre él la señal de la cruz y le otorgó la salud del cuerpo y del alma.

Otro milagro espectacular fue el que obró con motivo de una disputa pública que había congregado una muchedumbre

inmensa en la mayor plaza de Milán. El contrincante, cátaro famoso que ostentaba entre los de su secta la categoría de obispo, viéndose constreñido por la argumentación del religioso quiso alejar de sí la dialéctica de Pedro y dijo:

—«Impostor y falsario, si eres tan santo como dice este pueblo del que tanto abusas, ¿por qué consientes que se ahogue con este calor asfixiante? Pide a Dios que una nube le proteja contra el sol».

—«Lo haré como quieres —replicó el Santo— si prometes abjurar de tu herejía».

Entonces se produjo un gran revuelo entre los partidarios del hereje, pues unos querían que se aceptase el reto, otros que prosiguiese la discusión. Al fin el Santo hizo la señal de la cruz y sobre el cielo sereno se dibujó una nube refrescante, la cual no se disolvió hasta terminar la disputa.

Pero San Pedro no trabajaba solamente con la predicación y los milagros; siguiendo la regla paulina, elevaba al cielo fervorosas oraciones y castigaba su cuerpo con terribles penitencias. Además, se esforzó en mantener viva la disciplina religiosa en los conventos de Como, Piacenza y Génova, donde ejerció los cargos de prior. El claustro era una colmena de estudio y oración.

Al subir al solio pontificio Inocencio IV, en 1243, confirmó a Pedro de Verona en todos sus poderes y le demostró su confianza encargándole de otras misiones especiales. Por entonces le envió a Florencia para examinar los orígenes, constituciones y género de vida de los servitas, que con razón le tienen por segundo fundador, pues su informe favorable influyó para que el Papa les otorgara la aprobación definitiva.

En 1251 fue encargado de convocar un sínodo en Cremona que trabajase en la extirpación de la herejía.

Ante tanta actividad, los herejes italianos prohibieron a sus adictos acudir a las predicaciones del santo inquisidor, y, por último, organizaron una conjuración para darle muerte. El precio convenido fue de cuarenta libras milanesas, que depositaron en manos de Tomás de Guissano. Los esbirros encargados de llevar a cabo el crimen fueron un tal Piero Balsamon, apodado Carín, y Auberto Porro. El siervo de Dios tuvo noticia de lo

que se tramaba, pero no tomó providencia alguna, dejando su suerte en las manos de Dios. Solamente en su sermón del Domingo de Ramos (24 de marzo de 1252) dijo ante más de diez mil oyentes: «Sé que los maniqueos han decretado mi muerte, y que ya está depositado el precio de la misma. Pero que no se hagan ilusiones los herejes, pues haré más contra ellos después de muerto que lo que les he combatido vivo».

El Santo salió de Milán para ir a Como, de cuyo convento era prior. Los conjurados dejaron pasar las fiestas de Pascua, y Carín permaneció tres días en aquella ciudad. El sábado de la octava de Pascua, 6 de abril, cuando el Santo retornaba a Milán, salió Carín en su persecución, y, al llegar a un bosque espeso que hay cerca de la aldea de Barsalina, le esperaba Auberto. Carín fue el primero en herir al Santo con dos golpes de hacha en la cabeza. San Pedro comenzó a recitar el Credo en voz alta; cuando ya las fuerzas le faltaban para seguir rezándolo, mojan-do el dedo en su propia sangre escribió en el suelo: *Creo*. Carín mató al siervo de Dios clavándole un puñal hasta los gavilanes en el corazón. A su acompañante, fray Domingo, le dejaron tan malherido que murió pocos días después.

Así murió Pedro de Verona, proclamando la fe que de niño aprendiera, y por cuya defensa había luchado toda su vida. Tenía cuarenta y seis años, y hacía treinta que profesara en la Orden de Santo Domingo.

Su cuerpo fue llevado a la iglesia de San Simpliciano, de Milán, como el propio Santo había predicho, y después enterrado en la iglesia de los padres predicadores, llamada de San Eustorgio. El asesino Carín, horrorizado de su crimen, abjuró de la herejía y tomó el hábito de hermano lego para hacer penitencia por el resto de su vida.

Los milagros del Santo fueron tantos y tan clamorosos que antes del año le canonizaba Inocencio IV, el día 25 de marzo de 1253. Su fiesta, por coincidir frecuentemente el 6 de abril con Pascua, fue retrasada al 29 del mismo mes, y Sixto V la extendió al calendario de la Iglesia universal.

Los dominicos honran a San Pedro de Verona como al promártir de su Orden, y los servitas le tienen por su segundo fundador. Es un santo muy popular en toda la Edad Media, so-

bre todo en el norte de Italia, y también en España, tierra de lucha con herejes, judaizantes y falsos cristianos. Este Santo y San Pedro de Arbués son ejemplo de que los panfletistas que escriben contra la Inquisición no suelen mostrarse muy objetivos al exponer los hechos, porque solamente narran las víctimas de una sola parte. Desde luego los herejes no tenían el espíritu de resignación de los mártires cristianos, pues con frecuencia asesinaban a sus «verdugos».

El que esto escribe tiene la dicha de regentar una iglesia dedicada a San Pedro mártir. La residencia provincial de Toledo fue antaño convento de la Orden dominicana. Para mí ha sido un gozo restaurar este grandioso templo y restaurar también la hermosa talla a la que otros herejes del siglo XX dieron segundo martirio. Pero ahora paseamos todos los años en procesión al Santo de Verona, con su carita compungida, el hacha sobre la cabeza y el puñal en el corazón. Y le cantamos unas vísperas que da gloria oír las para que no añore los tiempos de sus frailes y para que nos otorgue aquella fe robusta que le valió el martirio.

CASIMIRO SANCHEZ ALISEDA

Bibliografía

- Act SS Boll*, 29 de abril diversos documentos, bula de canonización, *Vita*, de T AGNI DE TOLentino (contemporáneo)
GUIRALD, J, *Histoire de l'Inquisition au Moyen Âge* (Paris 1935 1938)
MANDONET, P, *S Dominique, l'idée, l'homme et l'oeuvre* (Paris 1937)
Monumenta Ordinis Fratrum Praedicatorum Historica, I (Roma 1898) 236s
MORTIMER, A, *Histoire des maîtres généraux de l'Ordre des Freres Precheurs*, III (Paris 1905) 140s
ORLANDI, S (ed), *S Pietro martire da Verona* por T Agni de Tolentino (Florençia 1952)
RECHAC, J DE, en *Les saints freres precheurs*, II (1637), cf tambien *Analecta Bollandiana* 11 (1892) 209s
— Actualización
REGINALDO, F, OP, *San Pietro martire da Verona* (Roma 1996)

BEATO CEFERINO AGOSTINI

Presbítero y fundador († 1896)

Si Verona figura expresamente en el Santoral es, sobre todo, por el dominico mártir San Pedro de Verona, tantas veces pin-

tado por fray Angélico con el cráneo ensangrentado, formando trilogía con Santo Domingo y Santo Tomás de Aquino. Pero Verona es, además, una diócesis excepcionalmente pletórica de santos, beatos y venerables, casi todos fundadores de órdenes religiosas, a partir del siglo XVIII.

Del Beato Ceferino Agostini se afirma en una de sus biografías que resplandece ante todo por su *normalidad*, santa palabra que se presta desde hace mucho a grandes equívocos: ¿Qué entiende el mundo de hoy por *normal*? ¿Hay una típica normalidad de los santos? La normalidad del Beato Ceferino Agostini es a primera vista la de un párroco corpulento que alcanza la edad de 83 años, al frente de una misma feligresía: mucha predicación, mucho catecismo, muchas visitas a enfermos, muchos socorros ocultos, mucho tiempo de silencio para rezar, leer y escribir. Consuela, y no poco, que sea ésta la visión que muchos tienen de bastantes párrocos cargados de años... Irían camino de los altares si, además, hubieran sido fundadores. El título dominante en el Santoral para el sacerdote Ceferino Agostini es éste precisamente: fundador de las Hermanas Ursulinas Hijas de María Inmaculada. Pero anticipemos ya un dato: su fundación brotó en el surco de su quehacer parroquial. Así, su recuerdo se mantuvo en Verona con calores de hogar, sin que se desdibujara la semblanza de este cura tan *normal*.

Nació en la misma ciudad de Verona el 24 de septiembre de 1813, siendo el segundo hijo del matrimonio formado por Antonio Octavio, médico, y Ángela Frattini. No conoció a su padre, que falleció teniendo él seis meses. Paso la infancia hasta los doce años en el hogar de los abuelos paternos sito en Terrossa (Verona). De 1825 a 1821 cursa sus estudios en el gimnasio municipal de Verona. Al cumplir los 18 años, tuvo la certeza de la llamada al sacerdocio y entró en el Seminario de Verona, muy acreditado desde antiguo por haber contado con grandes formadores. No destacó mayormente a lo largo de los estudios eclesiásticos, quedando acreditadas, eso sí, su mansedumbre y profunda piedad. Fue ordenado presbítero el 11 de marzo de 1837, siendo adscrito a su misma parroquia nativa, la de los santos Nazario y Celso, dedicándose principalmente a la catequesis, al cuidado espiritual de los jóvenes y a la predicación. Así sus

ocho primeros años de sacerdote, simultaneando estos trabajos con el cargo de vicescanciller en la Curia episcopal. En 1845 optó en concurso, como candidato único, a párroco de la misma feligresía de los santos Nazario y Celso, que llevaba algún tiempo vacante, tomando posesión el 29 de junio; y en este cargo permaneció hasta la muerte. Hay algo aquí que ya no es tan corriente: un cura que desde que se ordena pasa toda su larga vida destinado a la misma parroquia en la que fue bautizado. Su dedicación está sintéticamente descrita en el decreto de beatificación de Juan Pablo II con frases bastante genéricas:

«Fue hecho párroco de la parroquia, extensa y pobre, de los santos Nazario y Celso, y la rigió con gran dedicacion hasta su muerte [] Ocupaban las horas de este siervo de Dios la catequesis y las predicciones a diversas clases de gentes, la liturgia y el culto divino, ademas de las confesiones y la dirección espiritual, la visita de los enfermos y de las familias, la atencion a la Union de Madres Cristianas y la educacion cristiana de los jovenes»

Esta enumeración se ve altamente potenciada por las dos notas que acompañan a la mención de esta parroquia concreta: «ampla atque egena». La de los santos Nazario y Celso era una parroquia extensa y pobre, no una feligresía de bien pasar. Las mejores acciones de un cura para con sus feligreses pobres, sobre todo si son pobres vergonzantes, suelen quedar ocultas o pasan inadvertidas. Y tal fue el caso de este párroco que murió con las botas puestas a los 83 años.

En toda feligresía viva lo normal es que broten vocaciones sacerdotales y religiosas: son el mejor exponente de una vida parroquial pujante. Los biógrafos del Beato Ceferino lo señalan expresamente: se dedicó con especial empeño a suscitar vocaciones sacerdotales y religiosas. Esta dedicación se perpetuó en la institución de una congregación religiosa, muy lejos él de pretender convertirse en fundador.

Cayó en la cuenta, desde el principio, de la necesidad de contar con asociaciones de laicos implicados en la formación espiritual y en el apostolado, comenzando por revitalizar las ya existentes: la Cofradía de la Doctrina Cristiana y del Santísimo Sacramento, la Pía Asociación de Madres Cristianas, el Comité Parroquial, oratorios de jóvenes (chicos y chicas)... En el de chicas introdujo una interesante *novedad*, estableciendo en el mismo

(1856) el Sodalicio de las *Sorelle Devote di Santa Angela*, para especial ayuda en la educación de las jóvenes. Estaba el buen párroco en la madurez de sus cuarenta y tres años y conocía muy bien la espiritualidad y la obra de Santa Ángela Merici, suscitadora de vírgenes entregadas: la virginidad maternal; y la aplicó a sus seguidoras, sin mayores pretensiones, después de haber solicitado en vano la cooperación de una congregación ya existente. Así, en 1860 un grupo de colaboradoras comenzaron a vivir en común y él trató de agregarlas, también sin éxito, a otra congregación. Poco después llegó como obispo de Verona mons. Canossa, futuro cardenal. Traía el propósito de establecer en la diócesis la Compañía de Santa Úrsula y se lo confió al párroco Agostini. Fue así como tomó forma el pequeño grupo por él iniciado, llegando a constituirse definitivamente como la Congregación de Ursulinas Hijas de María Inmaculada. Pero esta su condición de fundador no eclipsó jamás la figura del párroco, hasta el extremo de que para el pueblo las nuevas Hermanas eran sencillamente «las monjas del Arcipreste».

Queden bien aclaradas las cosas: le tocó vivir momentos de gran anormalidad, difíciles y muy dolorosos, como las guerras de 1848, 1859 y 1866 que afectaron a Verona. El buen párroco tuvo que prodigarse atendiendo a los heridos, moribundos y convalecientes. La epidemia del cólera de 1855 rompió para él todos los moldes de la vida ordinaria, revelándose su temple extraordinario.

El testimonio más perdurable de su constancia y laboriosidad son los manuscritos que ha dejado: pláticas, instrucciones, ejercicios espirituales a seminaristas, a ordenados, al clero, escritos destinados a sus monjas. Falleció en Verona el 6 de abril de 1896. Enterrado en el cementerio monumental de esta ciudad, sus restos fueron trasladados a la casa madre de su Congregación en 1966, al iniciarse el proceso diocesano de beatificación. Fue beatificado en Roma por Juan Pablo II el 25 de octubre de 1998. Sacerdote por vocación, párroco por misión y fundador por providenciales circunstancias, constituye un admirable ejemplo de vida sacerdotal y de apostolado parroquial, entregado al servicio de la palabra de Dios y a la obra de la formación cristiana.

En el momento de su fallecimiento las Ursulinas de Verona verdaderamente eran pocas. Hoy están presentes, además de en bastantes lugares de Italia, en la vanguardia misionera de la Iglesia: Madagascar, Uruguay, Brasil, Paraguay..., con la entrega constante y el temple inconfundible de su párroco-fundador.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

BELLANI, G., *Sta con il Signore, sai: biografia del beato Zefirino Agostini, parroco e fondatore* (Verona 1998).

FALCETTI, E., *Don Zefirino Agostini, 1813-1896: un padre d'anime* (Verona 1947).

ORLANDI, A., *Don Zefirino Agostini, parroco e fondatore. Profilo biografico* (Verona 1986).

BEATO MIGUEL RÚA

Presbítero († 1910)

No es posible leer una biografía de Miguel Rúa, por breve que sea, en la que no asome Juan Bosco. Don Rúa parece la sombra de Don Bosco. Y el Beato Miguel Rúa se comprende como excelente hechura de San Juan Bosco. Muy distintos los dos, pero inseparables. Se completan a las mil maravillas. Lo que Don Bosco tenía de simpático, Don Rúa lo tenía de organizador, uno puso la semilla y otro el empeño en multiplicarla. Iban a medias. Ese ir a medias queda perfectamente reflejado en una historia que cuentan todos los biógrafos.

Don Bosco era un cura de unos treinta y tantos años, ocu-
rrente y divertido, que siempre llevaba a su lado un remolino de
chavales. Se le acercaban para pedirle medallas o estampas que
él sacaba de sus bolsillos como por arte de magia. Un día se le
acercó un chico de unos 9 años y también le pidió una medalli-
ta, pero Don Bosco le respondió con una carantoña y un gesto
incomprensible: le mostró la mano izquierda abierta y con la
derecha hacía ademán de dividirla mientras le decía que tomase
una parte. Miguel no entendió aquel misterio y no dejó de darle
vueltas en su cabeza, hasta que cinco años más tarde tuvo la
oportunidad de preguntarle por el enigma. Don Bosco le con-
testó: «Mira, Rúa, quería decirte que un día iría a medias conti-

go. Lo comprenderás mejor más tarde». Y así discurrió la vida de ambos, inseparables.

Cuando Pablo VI lo beatificó el 29 de octubre de 1972 en la basílica de San Pedro también estableció en su homilía esa relación entre ambos. La familia salesiana «ha tenido —dijo— en Don Bosco el origen, en Don Rúa la continuidad». Y añadió: «Ha hecho del ejemplo del santo una escuela, de su regla un espíritu, de su santidad un modelo. Ha hecho del manantial un río». Y elogió al beato continuador evocando al santo fundador: «Don Rúa nos enseña a ser continuadores, es decir, seguidores». Buenos alumnos, pues lo decía ante un despliegue imponente de profesores, alumnos y exalumnos salesianos.

Todo empieza en Turín, en el barrio de Valdocco, donde Miguel Rúa nace el 9 de junio de 1837 y es bautizado dos días después en la parroquia de San Simón y San Judas. Su padre, Juan Bautista Rúa, se había casado con María Baratelli con la que tuvo cinco hijos, de los que sobrevivieron dos. Pero murió la mujer a los 32 años y se quedó viudo, con la responsabilidad de unos hijos a los que no podía atender. Se casó, pues, con Juana María Ferrero, con la que tuvo otros cuatro hijos. El más pequeño de esta escalera filial fue Miguel, que mantuvo durante su vida un aspecto entre frágil y fibroso, pero de gran fortaleza interior, de enormes recursos para la organización y para resistir los embates de una institución crecedera como la familia salesiana.

Ocho años tenía Miguel Rúa cuando perdió a su padre. Estudió enseñanza primaria y aprendió el catecismo en una escuela de empresa. Continuó después en un colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, donde iba a confesar, una vez por semana, Don Bosco. Era un terremoto el que se organizaba cada vez que aparecía por el colegio. Pero, además, en el camino que recorría Miguelito desde su casa al colegio tenía que pasar por delante del Oratorio de Don Bosco. En una de esas idas o venidas, en la plazuela del mercado, pasó lo del enigma de la mano compartida. Allí acudía con frecuencia Don Bosco a echar su anzuelo, y un día se lo lanzó a Miguel.

Miguel respondió con un sí a la invitación. Estudió humanidades y acabó el bachillerato con un rendimiento envidiable

en 1852. Pero aquel excelente alumno iría dando muestras de ir a medias con Don Bosco, de secundar sus proyectos, de convertirse en el más eficaz de sus intérpretes. Traducía sus garabatos y lo ponía todo en limpio con una caligrafía aprendida en los Hermanos. Alguien ya decía, admirado, que Rúa era «un santo como Don Bosco, con la diferencia de que el uno tiene cuarenta años y el otro nada más que dieciséis». El 24 de septiembre de 1852 entró Miguel en el internado del Oratorio. «Comienzas una vida nueva —le dijo el santo— pero has de saber que antes de entrar en la Tierra Prometida hay que atravesar el mar Rojo y el desierto; si me ayudas, lo pasaremos uno y otro y llegaremos a la Tierra Prometida».

Enero de 1854 fue un mes fundacional para los salesianos. El propio Rúa consignó en su cuaderno:

«El día 26 de enero de 1854, por la noche nos reunimos en la habitación de Don Bosco. Además de Don Bosco, estábamos Cagliero, Rocchetti, Aruglia y Rua. Nos propuso empezar, con la ayuda del Señor, una temporada de ejercicios prácticos de caridad con el prójimo. Después de aquella temporada, podríamos ligarnos con una promesa, y esta promesa se podría transformar, más adelante, en voto. A partir de aquella noche se llamó *salesiano* a todo el que adoptaba aquel género de apostolado»

En medio de una vida dedicada al estudio, de alumno aplicado y brillante, tuvo Rúa sus primeras experiencias como profesor en el Oratorio y hasta se le encomendó la laboriosa misión de explicar el nuevo sistema métrico decimal a los alumnos. En 1855, después de la gran prueba de sufrimiento y de caridad que supuso la epidemia de cólera un año antes, emitía en privado los votos de pobreza, castidad y obediencia por un año. Rúa, que estudiaba filosofía, fue el primer comprometido con la obra de Don Bosco y éste el mayor pregonero de sus méritos y virtudes. Fue tan estrecha esa vinculación que hasta sus madres reproducían el vínculo de sucesión que se estaba tramando. Cuando la madre de Don Bosco enfermó, le faltó tiempo a Juana María, la madre de Miguel Rúa, para atenderla, de tal manera que a su muerte el propio Don Bosco la puso en su lugar. Era un signo de aprecio, no sólo a ella, sino también de predilección por su hijo, a quien Don Bosco consideraba como indudable primogénito en sus proyectos de apostolado.

Y se lo demostró con claridad eligiéndole como acompañante en un viaje a Roma, en febrero de 1858, para exponerle a Pío IX sus proyectos. En aquella ocasión el joven Rúa dicen que le besó la mano al Papa dos veces, una por él mismo y otra por sus compañeros. Para entonces ya era estudiante de teología, entusiasta de los estudios bíblicos, y preparaba unos sermones no muy brillantes de oratoria, pero profundamente espirituales.

Por fin, el 9 de diciembre de 1859, Don Bosco anunció a sus colaboradores su resolución de poner en práctica un género de vida y de apostolado en favor de los jóvenes. Estaba decidido a fundar una Sociedad con el nombre de San Francisco de Sales. Se trataba de buscar la propia perfección cristiana, dedicación a los demás y en especial a los jóvenes más necesitados. Componían el grupo diecisiete colaboradores que estuvieron de acuerdo con aquel sueño y una semana después formaron un Consejo Superior y nombraron Rector Mayor a Don Bosco. En aquel reparto, Miguel Rúa fue designado director espiritual de la Sociedad y empezó a cobrar fuerza el elogio que hizo una vez San Juan Bosco: «Si Dios me dijera, hágame una lista de las mejores cualidades que desea para sus religiosos, yo no sé qué cualidades me atrevería a decir, que no las tenga ya Miguel Rúa».

En diciembre de 1859 recibió Rúa las órdenes menores y el subdiaconado, y en marzo de 1860 el diaconado. El 29 de julio, con 23 años de edad, fue ordenado sacerdote y al día siguiente celebró su primera misa ante cientos de chicos en el Oratorio de Valdocco. Más tarde le prepararon un homenaje por todo lo alto con misa cantada, asistencia de aprendices y estudiantes, y al final muchos aplausos y vivas. Rúa agradeció el homenaje diciendo, entre otras cosas:

«Os puedo asegurar que ya os amaba. Pero en adelante os amaré mucho más, y si el Señor me ayuda, todas mis energías serán empleadas en vuestro provecho espiritual y temporal».

También Don Bosco le anunció que le esperaban muchos sufrimientos, pero que el Señor le haría encontrar en ellos muchos consuelos.

En octubre de aquel año quedó en manos de Don Rúa la dirección de estudios y la dirección espiritual de todos los alum-

nos. Aquello empezó a recibir la entonación de su estilo, una mezcla de entusiasmo y firmeza, de alegría y disciplina; y se notaba su mano hasta en el aumento ostensible del número de alumnos o en el ambiente que creaba para favorecer la santidad. Y se ocupó de un oratorio en el barrio turinés de Vanchilla, al que se entregó por entero con una actividad fogosa de joven sacerdote y grandes dotes de persuasión para atraerse a los chicos.

A sus veintiséis años, en 1863, tenemos a Don Rúa como director del Colegio de Mirabello, poco después de haber superado con sobresaliente una prueba en la Universidad de Turín con vistas a un diploma de profesor concedido por el Ministerio de Educación. Don Rúa se llevó a su madre para cuidar de la intendencia, más un pliego de consejos de Don Bosco que le pedía, entre otras cosas, hacerse querer más que temer. En los dos años que estuvo al frente de este colegio se preocupó de que fuera un centro de transformación: alegre, suavemente disciplinado, con ambiente familiar y piadoso, un reflejo de Don Bosco.

«Don Rua —escribía desde Turín el historiador salesiano Rufino— hace en Mirabello lo mismo que Don Bosco aquí. Continuamente se le ve cercado de alumnos, atraídos por su amabilidad, para quienes siempre tenía algo interesante que contar»

Cerruti, un colaborador enviado al colegio de Rúa, apenado por dejar a Don Bosco, reconocía: «Mi dolor se endulzó con el pensamiento de que allí había de encontrar una copia exacta de mi maestro».

Para aquel colegio de Mirabello compuso Don Bosco un reglamento que llegó a ser más tarde aplicado en todas las casas salesianas y donde insistía en recordarles, se lo pedía a Don Rúa, que huyeran de la ociosidad, comulgaran con frecuencia y recurrieran a la Virgen. En aquel seminario menor todo iba sobre ruedas, desde luego sobre Rúa —que es rueda en piamontés— y bien próspero en vocaciones.

Don Bosco lo llamó a Turín, a su lado, en el otoño de 1865. Las razones del traslado eran que el prefecto de la Casa estaba gravemente enfermo y que el santo se veía desbordado por tanta actividad. Necesitaba un brazo derecho, alguien que le libera-

ra de engorros administrativos y le escribiera las cartas. Parecía que el más pintiparado para ello era Don Rúa. Activo, con iniciativa y capacidad de mando, sería mano de santo para una reforma disciplinar que se hacía urgente. Primero, mientras vivió el antiguo prefecto, se mantuvo en la discreción sin hacer cambios, pero después tuvo que ocuparse y preocuparse, en cuanto prefecto de disciplina, de la intendencia de 350 aprendices y de tener a punto los talleres del Oratorio de San Francisco de Sales de su Turín natal. Aun le añadió Don Bosco otras tareas: ocuparse de las obras del santuario de María Auxiliadora, de las *Lecturas católicas*, y de despachar y escribir cartas con Don Bosco. Don Rúa llevó orden y disciplina y, aunque no era el suyo un cargo muy atractivo para los chicos, ponía blandura y comprensión en las reprensiones. Ha escrito uno de sus alumnos de entonces: «cuando tenía que corregir, reñir, castigar, sabía endulzar lo amargo, suavizar el reproche».

Con Don Rúa en Turín, Don Bosco tenía más libertad de movimientos para ausentarse y alentar otras obras, o irse a Roma para activar la aprobación oficial de la Sociedad. Rúa se encargó personalmente de preparar las fiestas de la inauguración del santuario de María Auxiliadora cuya consagración tuvo lugar el 9 de junio de 1867. Fue tal el exceso de trabajo, el estrés que se apoderó de él, que una crisis estuvo a punto de llevarle a la muerte. Lo cierto es que cuando esto sucedía, en el mes de julio, Don Bosco no estaba a su lado, pero cuando regresó y le contaron la gravedad no pareció preocuparse. Días después, en un nuevo agravamiento, cuando Don Rúa daba a entender que podría morirse, Juan Bosco se lo tomó con calma: «aún tienes mucho que hacer».

Los mejores elogios de Don Rúa los hizo siempre Don Bosco. Estaba un día generoso en el decir y dicharachero, a la vuelta de una fiesta, y el clérigo Santiago Costamagna le tiraba de la lengua al santo cuando vio que comentaba las cualidades de sus colaboradores. Como omitía el nombre de Rúa, le preguntó por él, y contestó:

«Si Dios me dijera “Ha llegado tu última hora, escoge un sucesor para que tu obra no perezca y pide para él todos los dones, cuantas gracias juzgues necesarias”, me encontraría en un gran

apuro No sabría que pedir que ya no este totalmente en el alma de Don Rua»

Fue conociendo todas las responsabilidades, desde el aspirantado salesiano hasta los encargos especiales que le encomendaba Don Bosco, que ya estaba fogueándolo para la sustitución. De 1870 a 1872 ejerció de inspector provincial de los colegios que se iban abriendo por otras ciudades italianas. Y echó una mano a cuantas iniciativas iban naciendo, como la creación de los Cooperadores Salesianos o la organización de la Congregación femenina. Empezaba a cumplirse el todo «a medias» con Don Bosco, que ya no tomaba resoluciones sin que les diera el visto bueno Don Rúa.

Acompañó al santo en 1886 a Barcelona y, apenas supo que iba a hacer el viaje, se compró la *Imitación de Cristo* en español y una gramática, y ayudado del latín, el francés y el italiano, vio Don Bosco que le «sacaría de apuros». Como así fue. Cuentan algunos escritos que hasta le echó una mano en lo de hacer milagros. En medio de una multitud arremolinada se acercó a Don Rúa una mujer con su hijo enfermo pidiendo la bendición de María Auxiliadora, y el chico curó al instante. Ni que decir tiene que el mérito se le apuntó a Don Bosco, aunque éste había dicho, conociendo la santidad de su inseparable, que «si Don Rua quisiera, podría hacer milagros».

Le preguntó un día Don Bosco a Don Cagliero, que llegó a cardenal, quién le reemplazaría mejor a su muerte, y éste le contestó: «Don Rúa, no hay otro». Y Don Bosco confirmó que efectivamente era su brazo derecho. El 24 de septiembre de 1885 Don Bosco escribió una circular comunicando que Don Rúa «de hoy en adelante, me sustituirá» en el pleno gobierno de la Congregación. El fundador moría el 31 de enero de 1888. Momentos antes de que expirase, Don Rúa tomaba con su mano la de Don Bosco y bendecía con ella a los presentes, «sus hijos».

Los miembros del Consejo Superior de los salesianos solicitaron al Papa que confirmase a Don Rúa como nuevo Rector Mayor y le exponían, entre sus cualidades, haber sido confidente de Don Bosco, tener «eximias virtudes» y reconocida habilidad en el gobierno. El Papa dio su aprobación, y a Don Rúa le faltó tiem-

po para acudir ante León XIII para agradecer el nombramiento. Resultaba difícil para él y para toda la Congregación asumir la ausencia de Don Bosco, por eso en sus escritos, intervenciones y cartas a los misioneros nunca faltaba la referencia al santo fundador. Decía, por ejemplo: «Si mi corazón no puede compararse con el suyo, haré todo lo posible para demostraros mi cariño fraterno». O escribía: «Ruego por vosotros, pienso en vosotros, me ufano por vosotros como una madre por su hijo único».

A los dos meses de la muerte de Don Bosco, en una ceremonia de despedida a un grupo de misioneros que partían para Argentina, le preguntaron si iría a visitarlos a América, pero contestó que el santo nunca viajó a América, como si hasta en eso hubiera de imitarlo. En cambio, Don Rúa, que acompañó a Don Bosco por Italia, Francia y España, iba a ser un infatigable viajero a pesar de su fragilidad física. Desde 1889 hasta 1909 visitó 18 países, casi siempre en primavera y por espacio de tres meses. Estuvo, por ejemplo, cuatro veces en España: con Don Bosco en 1886, y como Rector Mayor en 1890, 1899 y 1906. Fueron trayectos muy traqueteados en trenes y vagones de tercera, zarandeados en travesías marítimas. Europa, el Norte de África, Tierra Santa, veinte años viajeros que suman unos cien mil kilómetros de recorrido.

Evidentemente detrás de los itinerarios de estos viajes hay una intensa vida de visitas a centros salesianos por medio mundo. La única excepción llamativa fue no saltar el charco del Atlántico, donde, sin embargo, crecía la Congregación de manera extraordinaria. El propio Don Rúa anotaba en sus cuadernos el haber y el debe de los salesianos, hacía el balance del viento a favor y de los contratiempos. Así, en 1895 señalaba entre las grandes fechas el primer Congreso de Cooperadores Salesianos de Bolonia, cuando el cardenal Mauri dijo que sobraba un panegírico salesiano, «basta con considerar sus frutos». Y en verdad los frutos, por lo que a Don Rúa se refiere, y en números contantes, eran así: las 64 casas que fundó Don Bosco en 6 países, Don Rúa las había convertido en 341 en 30 países, y los 700 religiosos ascendían a 4.000.

Se planteó si debía ser reelegido para un nuevo mandato, al tiempo de cumplir sus sesenta años, en 1897. En el capítulo

de 1898, aunque había comunicado a la asamblea que quería retirarse, recibió los 213 votos de los presentes, sin apelación posible.

La biografía de Rúa, siguiendo la falsilla de Don Bosco, está llena de un anecdotario en el que sobresalen su bondad y sus dotes para adelantarse a los acontecimientos, una capacidad adivinatoria que parecía juego, pero sin duda era milagrosa anticipación. Más de una vez anunciaba misteriosamente una enfermedad o mejoraba una persona. Los que le conocieron ofrecen un perfil completísimo, envidiable y coincidente. Don Piccollo decía que «mientras la heroicidad de su espíritu aterraba a quien se le acercaba, se portaba con todos con una dulzura y bondad imposible de describir»; y monseñor Costamagna afirmaba, a propósito de su santidad, que se trataba de «algo extraordinario, imposible de imitar». Y añaden a ese retrato su manera de ser, pues era más silencioso y escuchador que dicharachero; humilde y austero, podía pedir «una taza de nada» en una casa y, como escribió el padre Francesia, convertir la virtud en «la sed, el ideal y el hábito de su alma».

Entre las cualidades de Don Rúa para el gobierno como Rector Mayor había una que llamaba la atención. No sólo transmitía confianza en los que hablaban con él, actuaba con prudencia y caridad, tenía el don de ejercer la corrección fraterna con solícita paternidad, sino que con harta frecuencia, para encarecer una manera de actuar, acudía a su argumento de máxima autoridad: «Don Bosco decía, Don Bosco quería, Don Bosco hacía así».

No le faltaron contratiempos ni mazazos que magullaron sus últimos años, como unas calumnias difundidas en el verano de 1907 contra un colegio de Varazze que dañaban gravemente el prestigio de la Congregación. Don Rúa vivió estas penalidades con enorme dolor hasta que se descubre y desmonta la diabólica mentira. Pero también experimentó momentos de felicidad, como el que le procuró la coronación de María Auxiliadora en Turín, en cuyo acto Rúa fue incapaz de controlar su emoción.

El último de sus viajes lo realizó Don Rúa a Roma, en noviembre de 1908, para visitar al papa Pío X. De regreso a Turín,

sufre en Florencia un desfallecimiento, pero en Trevi interviene en el caso de un chico accidentado por un golpe en la cabeza considerado grave, y el chaval sale de peligro ante la sorpresa de todos. Ya en enero de 1909 sucede un hecho que le afectó profundamente: el terremoto de Calabria, en el que murieron al menos cincuenta salesianos. Allí estuvo Don Rúa, mermado ya físicamente, pero en primera línea para ofrecer bondad a los heridos. Ni siquiera sus achaques son capaces de posponer su voluntad de hacer penitencia, y hasta cuando tienen con él especiales delicadezas con la comida, responde que sólo está enfermo de las piernas.

A comienzos de 1910, aunque cree que le acecha la muerte, no quiere estar en la cama sino recostado en un diván, para así recibir visitas. Todos se afanan en preparar las bodas de oro sacerdotales que se cumplirían el 28 de julio de aquel año, pero el enfermo con buen humor y atinada predicción comentaba que la fiesta se haría sin el santo. El día de Jueves Santo recibió el viático y dijo a la comunidad estas palabras, casi de despedida: «Gran amor a Jesús sacramentado, viva devoción a María Santísima Auxiliadora, gran respeto a los pastores de la Iglesia», recomendaciones que hizo Don Bosco y que «yo también os dejo». Días después ocurre un episodio que armó algún revuelo en la casa. Don Rúa perdió el habla y el conocimiento, pero sólo momentáneamente. Cuando recobró la consciencia aún se le ocurrió pedir perdón por haber perturbado la paz de la casa. También sintió debilidad ante la muerte y pidió como Jesús que se alejase el dolor de su presencia, pero allí estaba el padre Albera para darle afecto y confortar cristianamente sus temores.

Superada esta crisis se instala en él una fortaleza y una serenidad que ya no le abandonó hasta el final. Se apagaba su vida como consecuencia de una miocarditis senil. Don Rúa reza «para que la voluntad de Dios se cumpla perfectamente». El 5 de abril llega un telegrama de Pío X con una bendición apostólica que le produce un enorme contento. Les había dicho a los que le asistían que en sus últimos momentos le rezaran jaculatorias y le dieran a menudo la absolución, aunque pareciera estar sin conocimiento. «Todos estamos aquí pidiendo al Señor que te abra el paraíso. No dejes de saludar a Don Bosco por noso-

tros», le decían. Y entre jaculatorias y como en duermevela invoca a la Virgen y repite «salvar mi alma, salvar mi alma, eso es todo, eso es todo». Estas fueron sus últimas palabras.

En la mañana del 6 de abril de 1910, dos meses antes de cumplir sus 73 años moría en Turín, donde había nacido, Don Miguel Rúa. Más de cien mil personas desfilaron reverentes y emocionadas ante sus restos, que fueron enterrados junto a Don Bosco en el colegio de Valsalice el 10 de abril y llevados en mayo de 1939 a la basílica de María Auxiliadora de Turín, donde veinte años antes habían sido trasladados los restos de Don Bosco.

Murió Don Rúa como un santo, y siguió en todo a Don Bosco, el santo de su entera devoción. Pocas semblanzas tan atinadas como la que Pablo VI traza en la homilía de su beatificación cuando se fija en la estatura de su humildad, pero también en lo atlético de su actividad apostólica. Discípulo, imitador y modelo, Don Rúa «nos enseña a ser continuadores». Al fin y al cabo la obra salesiana se ilumina «encendida por el santo fundador, con nuevo brillo del beato continuador». El Papa tampoco se olvidó de que habían ido a medias.

JOSE ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

- ALFRAY, A., *Don Miguel Rúa* (Madrid 1957)
Ecclesia, (4 11 1972) n 1616, p 2, (18 11-1972) n 1618, p 7 9
ESPINOSA, J. M., *Vida de Don Miguel Rúa* (Sevilla 1973)
L'ARCO, A., *Don Rúa* (Barcelona 1971)
L'Osservatore Romano (29 10 1972) 3, (30/31 10 1972) 1 4
L'Osservatore Romano (ed. en español) (5 11 1972) 3 4

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN PRUDENCIO DE TROYES

Obispo († 861)

Era español y se llamaba Galindo y huyó a Francia a causa de la ocupación de la Península Ibérica por los árabes. Capellán en la corte de Ludovico Pío, fue luego nombrado obispo de

Troyes, donde desarrolló una apreciable labor pastoral, de la que el Martirologio señala que compuso un breviario del salterio para los caminantes, recogió preceptos de las Sagradas Escrituras para los candidatos al sacerdocio y cuidó mucho la disciplina regular en los monasterios. Intervino activamente en la controversia de la predestinación con Godescalco y Escoto Erígena, asistiendo en 853 al sínodo de Quercy. También asistió a otros varios sínodos, siempre preocupado por la disciplina del clero y la moralidad del pueblo cristiano. Murió el 6 de abril de 861.

SAN GUILLERMO DE ESKILL

Abad († 1203)

Nació en Francia, en la localidad de St. Germain-Crépy-en-Valois hacia el año 1125. Educado por un tío suyo que era abad de St. Germain-des-Prés, se decidió por la vocación religiosa y logró una canonjía en la colegiata de Santa Genoveva del Monte, donde su afán de regularidad y reforma no caía bien. Un modo de alejarlo fue nombrarlo párroco de Epinay, parroquia dependiente de la colegiata, conservando su condición de canónigo. Guillermo asintió y desempeñó con gran celo sus deberes pastorales. Pero cuando el papa Eugenio III visitó París y dijo misa en Santa Genoveva no dejó de observar la situación penosa de la disciplina en dicha colegiata y determinó en conformidad con Luis VII, el rey de Francia, sustituir a los canónigos seculares por canónigos regulares de San Agustín, que fueron llamados del monasterio de San Víctor. Cuando Guillermo lo supo, pese a que podía percibir por el tiempo de su vida las rentas de su canonjía secular, ingresó en la comunidad de canónigos regulares y profesó en ella. Se distinguió entre ellos por la santidad de su vida, y su fama llegó al obispo de Roskild en Dinamarca que quería restablecer la regularidad en el antiguo monasterio de canónigos regulares en la isla de Eskill y pidió el envío de Guillermo y un grupo de canónigos. Guillermo aceptó y marchó a Dinamarca, no siendo bien recibido por los canónigos a reformar, pero con paciencia logró su propósito. Dio siempre un alto ejemplo de vida cristiana y su presencia fue

muy beneficiosa para la iglesia danesa. Murió muy anciano el 6 de abril de 1202 o 1203. Lo canonizó el papa Honorio III el 21 de enero de 1224.

BEATA CATALINA DE PALLANZA

Virgen († 1478)

Nació en Pallanza, diócesis de Novara, Italia, hacia 1435. Toda su familia muere en una epidemia y la lleva consigo una piadosa mujer de Milán. A los quince años queda impactada por un sermón acerca de la Pasión del Señor y decide consagrarse a Dios de por vida. Se recluye en una ermita de los alrededores de Milán, donde se le juntan compañeras y vive vida de retiro y contemplación muchos años. Con estas compañeras forma luego un monasterio regular bajo la regla de San Agustín, del que fue nombrada priora. Murió el 6 de abril de 1478. Su culto fue confirmado el 16 de septiembre de 1769.

SAN PABLO LE BAO THIN

Presbitero y martir († 1857)

Nació en Trin-ha, Tonkín, el año 1793. Entra en el seminario a los quince años. La exuberancia de su vida interior le lleva a hacer vida eremítica unos años, dedicándose por completo a la contemplación. Luego vuelve al seminario y sólo era clérigo tonsurado cuando en 1837 el obispo lo envía a Laos para tantear las posibilidades de una misión allí. Luego, en 1841, acompañó a un misionero a Macao y a su vuelta, surgida la persecución, es arrestado y llevado a Hanoi. Interrogado y torturado de forma terrible, es condenado a muerte. Pero se le deja en la cárcel hasta que le conmutan la pena capital por la de destierro y es enviado a la provincia de Vinh Tri, de donde puede volver al concederse la amnistía de 1848. Entonces es ordenado sacerdote y se dedica a las clases en el seminario. Escribe también homilías y un compendio de la doctrina cristiana, entre otros libros. En 1857, desatada otra vez la persecución, fue denunciado, arrestado, juzgado y condenado a muerte por decapitación,

lo que se realizó el 6 de abril de aquel año. Fue canonizado el 19 de junio de 1988.

BEATO MIGUEL CZARTORYSKI

Presbitero y martir († 1944)

Juan Czartoryski nació en Pelkinie (Polonia) el 19 de febrero de 1897 en la familia de los Príncipes Czartoryski. Hizo estudios en el Politécnico de Lvov y se graduó como ingeniero, pero maduró su verdadera vocación y a los 30 años ingresó en la Orden de Predicadores, en la que hizo la profesión el 25 de septiembre de 1928, tomando el nombre de Miguel. Se ordenó sacerdote el 20 de diciembre de 1931. Fue preceptor de los novicios estudiantes, primero en el convento de Cracovia y luego en el de Varsovia. Cuando estalló la llamada insurrección de Varsovia el 1 de agosto de 1944, el P. Miguel se hallaba en el barrio periférico de Powisle y a causa de los combates no pudo volver a su convento. Se quedó entonces como capellán militar y se hizo cargo de la pastoral en el hospital Alfa-Laval. Cuando los sublevados se retiraron, el P. Miguel se negó a abandonar a los heridos del hospital que no pudo ser evacuado. Al llegar los soldados nazis lo detuvieron y poco después lo fusilaron el 6 de noviembre de 1944. El *Martirologio romano* lo recuerda este día

BEATA PETRINA MOROSINI

Virgen y martir († 1957)

Nació en Fiobbio di Albino (Italia) el 7 de enero de 1931, en el seno de una cristiana y numerosa familia. Hubiera deseado hacer estudios secundarios pero la enfermedad de su padre la obligó a los 15 años a colocarse en una factoría textil. Se inscribió en la Acción Católica y como tal militante daba catecismo a los niños y visitaba los enfermos de la parroquia. Fomentaba en los niños la vocación sacerdotal, religiosa y misionera. Comulgaba diariamente y daba señales de una piedad extraordinaria. Hubiera deseado ser monja y misionera pero su familia necesitaba de ella y no quiso dejarla. Se hizo terciaria franciscana y dio

también su nombre a las Hijas de María El 27 de abril de 1947 estaba en Roma en la basílica de San Pedro para la beatificación de la mártir María Goretti, cuya muerte martirial admiraba y no dudó en decir que la elegiría para sí. Ingreso en la Cruzada de la Pureza en su parroquia y manifestó que deseaba ayudar a las jóvenes que habían dejado que el mundo las sedujera. En la tarde del 4 de abril de 1957 volvía a casa por un sendero solitario cuando fue asaltada por un joven de veinte años que quiso abusar de ella. Ella se negó repetidamente a acceder a los deseos del joven, y entonces éste la atacó con una piedra y la dejó inconsciente. Encontrada, fue llevada al hospital donde sin recobrar el conocimiento moría dos días mas tarde Parece que llevaba más de un año acosándola inútilmente y que aquel día la atacó porque habia hecho una apuesta con los amigos. Detenido, confesó su crimen. La nueva Maria Goretti fue beatificada el 4 de octubre de 1987

7 de abril

A) MARTIROLOGIO

1 En St Yon (Francia), San Juan Bautista de La Salle († 1719), presbitero, fundador de la Congregacion de Hermanos de las Escuelas Cristianas **

2 La conmemoracion de San Hegesipo († h 180), historiador de la Iglesia

3 En Alejandria de Egipto, San Pelusio, presbitero y martir (fecha desconocida)

4 En Pentapolis de Libia, los santos Teodoro, obispo, Ireneo, diacono, Serapion y Ammon, lectores, martires (s IV)

5 En Pompeyopolis (Cilicia), San Caliopio (s IV), martir

6 En Sinope del Ponto, doscientos santos soldados, martires (s IV)

7 En Mitilene (Isla de Lesbos), San Jorge († 816), obispo, defensor de las sagradas imagenes

8 En la abadía de San Crispin, San Alberto († 1140), presbitero y monje

9 En Steinfeld (Alemania), San Herman Jose († h 1241), presbitero, de la Orden Premonstratense *

10 En York (Inglaterra), San Enrique Walpole, de la Compañía de Jesús, y el Beato Alejandro Rawlins († 1595), presbíteros y mártires bajo el reinado de Isabel I *

11 En Worcester (Inglaterra), los beatos Eduardo Oldcorne, presbítero, y Rodolfo Ashley († 1606), religioso, de la Compañía de Jesús, mártires bajo el reinado de Jacobo I *

12 En la Cochinchina, San Pedro Nguyen Van Luu († 1861), presbítero y mártir *

13 En Donger-kou (China), Beata Maria Assunta Pallotta († 1905), virgen, de la Congregación de Franciscanas Misioneras de Maria **

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE

Presbítero y fundador († 1719)

Es el 17 de enero de 1667. En la insigne catedral de Reims hay el revuelo propio de una gran fiesta. Un jovencito, de apenas dieciséis años, pero perteneciente a una de las más ilustres familias de la ciudad, la de La Salle, toma posesión de su silla en el coro: la número 21. Podemos imaginarnos la impresionante ceremonia sabiendo que entonces el Cabildo contaba, a más de cincuenta y seis canónigos, sesenta y un capellanes, cuatro sacerdotes y cuatro sacristanes. Tenía a su frente ocho dignidades. Y hasta 1789, época de la que poseemos un cálculo hecho, treinta y uno de sus miembros habían sido obispos, veintiuno cardenales y cuatro habían llegado a la Sede de San Pedro: Silvestre II, Urbano II, Adriano IV y Adriano V.

Extraños los caminos de la Providencia. El año anterior, el día de Pascua, Pierre Docez, arcediano de Champagne, la segunda de las dignidades del Cabildo, había asistido a una velada en el colegio Des Bons Enfants y había quedado prendado de la modestia, la discreción y el ingenio de aquel jovencito, Juan Bautista, lejano pariente suyo. En vista de esto decidió resignar en su favor la canonjía. Y así lo hizo. De esta manera Juan Bautista de La Salle se incorporó al Cabildo.

Poseemos un retrato hecho en esta época. El joven tiene un aire de seriedad y nobleza; la mirada profunda, una boca bien formada y enérgica, una amplia melena negra, partida por gala en dos, está revestido de la sobrepelliz, el bonete, el armiño...

Causa una impresión agradable, pero nadie diría, ni él mismo se atrevería a sospechar, los designios que Dios tenía sobre él. Mientras llega la hora el joven canónigo ha de continuar sus estudios. Y lo hace en el seno de su familia, auténtica y sólidamente cristiana. La mitad de sus hermanos abrazarán el estado sacerdotal o religioso. Él mismo, pese a su juventud, se constituye en un modelo «de regularidad, de modestia y de candor para sus compañeros de Cabildo».

Aunque en las costumbres de aquel tiempo, y aun en la legislación, no se requería el sacerdocio para el canonicato, Juan Bautista prosigue ardientemente sus estudios: dos cursos de teología en la universidad de Reims. Y después pasa a París, y allí se pone en contacto con una institución excepcional: el seminario de San Sulpicio, que debía darle una regla, un método, una ascética. Y, efectivamente, se los dio. A pesar de que su estancia en el seminario no pudo prolongarse mucho, sin embargo, la influencia de San Sulpicio, a cuyo frente estaba una personalidad tan excepcional como Tronson, fue muy profunda. El ambiente era de gran fervor; los seminaristas, pertenecientes a las mejores familias de Francia, rivalizaban en el ejercicio de todas las virtudes. Condiscípulos suyos habían de estar, en los años siguientes, al frente de muchas diócesis y en puestos clave de la Iglesia en Francia, como artífices de la admirable restauración pastoral que durante el siglo XVII tiene lugar en aquel país.

Sin embargo, una nueva intervención de la Providencia le obliga a abandonar su amado seminario. Habían muerto sus padres y Juan Bautista tenía que hacer frente, a sus veintiún años, al cuidado de seis huérfanos, cuya edad iba desde los diecinueve años del mayor, Juan Remigio, hasta los seis años del más pequeño, Pedro. Carga bien pesada, que él hace compatible con el cumplimiento exacto de sus obligaciones de canónigo y con el estudio, para continuar preparándose al sacerdocio.

Éste tardará en llegar. Ha habido vacilaciones, luchas, y sólo la intervención de personas de autoridad puede tranquilizar la sobresaltada humildad del ordenando. Por fin se decide. El 9 de abril de 1678 recibe el presbiterado en Reims. Al día siguiente, 10 de abril, en una humilde capilla de la inmensa catedral, ro-

deado únicamente de su familia y acompañado por su director espiritual, el padre Roland, celebra su primera misa. Pese a su condición de canónigo y al esplendor de su posición social, prefirió la sencillez y la humildad de aquella primera misa, llena de recogimiento y fervor.

Pasaron diecisiete días solamente. Dios iba a intervenir una vez más para marcar su camino a Juan Bautista. El 27 de abril moría su director espiritual, Nicolás Roland, y aparecía designado como su albacea. Entendámonos: no se trataba solamente de hacer las gestiones correspondientes a los bienes que había dejado el difunto, sino de algo mucho más importante: continuar trabajando en el mismo campo en que él había trabajado. Esto suponía una doble y delicadísima misión: por lo que se refería a la juventud femenina, sacar adelante la Congregación de Hermanas del Niño Jesús, que el difunto había fundado. Por lo que se refería a los niños, había que hacerlo todo. Con una energía indomable, una clarísima visión de los problemas y una laboriosidad a toda prueba, Juan Bautista de La Salle consigue en diez meses para las hermanas la aprobación del arzobispo de Reims y la consolidación jurídica de su Instituto ante la legislación francesa. Las hermanas habían quedado así definitivamente establecidas y podían continuar su admirable labor.

Restaba el otro encargo. Cumplirlo iba a ser la labor de toda su vida. También aquí actuó el joven canónigo con decisión y energía. El 15 de agosto de 1679, siempre el día de la Asunción, como fecha señalada en los fastos de la Iglesia, abre sus puertas la escuela de San Mauricio.

Sólo cinco meses más tarde, la de la parroquia de Santiago. Para atenderlas se constituye un primer grupo de maestros, a los que sólo une el deseo de trabajar con la niñez abandonada. San Juan Bautista, sin pensar en que ponía los fundamentos de un instituto religioso que iba a suponer una verdadera revolución, les busca una casa próxima a su propio hotel donde puedan vivir reunidos. Ocurrió el día de Navidad de 1679.

Pero poco a poco aquellos maestros van a ir incorporándose a su propia vida. Juan Bautista hace un viaje a París y habla allí con un santo religioso mínimo: el padre Barré, que participaba también de las mismas inquietudes por la suerte de la ni-

ñez. El santo religioso le anima a seguir adelante y a llevar su entrega a la juventud hasta sus últimas consecuencias.

Día 24 de junio de 1681. El canónigo de La Salle celebra su santo. Y a su mesa se sientan, juntamente con sus hermanos, aquellos humildes maestros de las escuelas parroquiales de Reims. Es demasiado ya. La familia se alarma e inicia una ofensiva en forma. Una de las mayores dificultades que tenemos para llegar a comprender el heroísmo de los santos está en que no podemos hacernos cargo exactamente del ambiente que tuvieron que vencer. Nos cuesta comprender lo que en aquella sociedad puntillosa, llena de vanidad, provinciana y en gran parte paganizada, suponía el gesto de un joven sacerdote de buena familia que se entregaba con alma y vida a la causa de las escuelas cristianas. Su familia presiona, amenaza, insiste, vuelve a la carga. Llegan a retirarle el cuidado de sus hermanos. Unas veces le ridiculizan, otras murmuran, otras le reprochan amargamente lo que está haciendo. Juan Bautista sigue su camino. Al año siguiente, ese mismo día de su santo, 24 de junio, ya los maestros no vienen a su casa para festejarle. Es él quien abandona su propio hogar para irse a vivir con ellos en la casita de la calle Neuve.

Comienza una nueva vida. Al frente de aquel grupo de maestros Juan Bautista de La Salle se va dando cuenta de que no caben las medias tintas. Ellos le hacen su confesor, su confidente, su director y su guía. Van llegando nuevos maestros y se van abriendo perspectivas cada vez más dilatadas. Pero... estorba la canonjía. El oficio coral llevaba entonces a los canónigos de cinco a seis horas diarias: puede decirse que desde las cinco de la mañana, en que se reunía el Cabildo, hasta después de las tres de la tarde, apenas se podía disponer de tiempo. Por otra parte, los maestros no podían menos de experimentar un cierto contraste. Mientras ellos tenían que mirar a su porvenir fiándose únicamente de la divina Providencia, San Juan Bautista tenía su beneficio y su fortuna personal para cualquier avatar que pudiera sobrevenir.

El Santo toma entonces una decisión heroica; vivirá la vida de sus queridísimos maestros en toda su integridad. Decide renunciar a la canonjía y a su fortuna personal, y lo hace llevando

ambas cosas hasta las últimas consecuencias. Le aconsejaban que cediera la canonjía a su hermano Luis. Él no quiere, y prefiere hacerlo en favor de un sacerdote digno y virtuoso, pero casi desconocido. La prudencia humana hubiese aconsejado reservar su propia fortuna para que sirviera de base a la obra que estaba emprendiendo. El espíritu sobrenatural aconsejó otra solución más radical: durante un invierno durísimo, en que el hambre azotó cruelmente a Francia, Juan Bautista repartió todo su dinero a los pobres. En lo sucesivo él y sus queridos discípulos mirarían al porvenir de idéntica manera, descansando sólo en los brazos de la divina Providencia.

Y, en efecto, ahora había llegado el momento de plantear las cosas con toda seriedad. Los maestros piden a su director una regla. Él, en aquellos tiempos de absolutismo, prefiere que esta regla sea hecha entre todos. El 9 de mayo de 1684 se abre la primera reunión de la nueva Congregación. Como resultado de ella, el 27 de mayo, fiesta de la Santísima Trinidad, doce discípulos, con Juan Bautista a la cabeza, hacen sus primeros votos. Muy prudentemente el fundador quiso que se tratara sólo del voto de obediencia y durante un año. El experimento era lo suficientemente arriesgado como para proceder con todo cuidado. Eso sí, al poco tiempo se preocupó de darles un hábito adecuado: la sotana de sarga negra, el tricornio de amplias alas, la gola o rabat blanco. Poco tiempo después, por indicación del alcalde, a quien daba pena ver a los hermanos sin protección alguna en pleno invierno, se añadió el manteo con las dos mangas vacías, que había de valerles durante mucho tiempo el nombre de «los hermanos cuatro brazos».

Por vez primera en la historia de la Iglesia nacía un Instituto única y exclusivamente de hermanos. Posteriormente habrán de crecer y desarrollarse otros muchos. Pero nadie podrá arrebatar a San Juan Bautista de La Salle la gloria de haber concebido con nítida claridad la idea de esta clase de congregaciones que ponen al servicio de su propia finalidad el más completo renunciamiento incluso a algo tan hermoso y tan sagrado como es el mismo sacerdocio.

El Instituto iba a suponer una auténtica revolución. No sólo por estar compuesto exclusivamente de hermanos, sino tam-

bién por otras novedades. Por ejemplo, en el terreno de la pedagogía, en el que se romperían, con firme decisión y pese al enorme clamoreo que habría de levantarse, muchísimas rutinas. Se acabó ya el golpear a los niños. Se acabaron los gritos, sustituidos por la señal. Se acabó el enseñar a leer en latín, y la utilización de absurdas gramáticas. Se acabaron los maestros improvisados, pues a San Juan Bautista de La Salle le corresponde con toda verdad el título de fundador de las Escuelas Normales, ya que siempre vio como un complemento de su propio instituto la formación de maestros seglares.

Innovaciones también profundas en la misma formación de los religiosos. Así el noviciado menor, antesala del noviciado propiamente dicho, y que no tenía antecedentes en las congregaciones religiosas. Así también el mismo espíritu con que se procede a la formación de los hermanos, uniendo las prácticas de oración y mortificación de las más rigurosas Órdenes contemplativas con el espíritu de trabajo.

Primero en Reims, después en París, se van a escribir páginas de las más maravillosas de la historia de la Iglesia. Es necesario remontarse a la vida de los Padres del desierto para encontrar escenas similares a las de aquel noviciado de Vaugirard, donde el fundador da a sus novicios el espíritu y el aliento necesarios para su gran misión. París ve estupefacto cómo cambia la niñez en manos de los hermanos. Lo que hasta entonces era afrentoso, bajo y sucio, se trueca en luminoso y limpio. Todo el mundo se hace lenguas de su maravillosa eficacia pedagógica. Aquel método simultáneo, implantado por el Santo en sus escuelas, que hoy nos parece la cosa más natural, pero que entonces supuso una revolución pedagógica, servía para hacer maravillas. Sin embargo..., era demasiado desafío, y la persecución no podía tardar.

La vida de San Juan Bautista de La Salle es toda ella un contraste apasionante e increíble. De una parte, el Instituto se desarrolla, crece, se extiende por toda Francia. De otra parte, el fundador vive una vida de continuas persecuciones. Puede decirse que no hay prueba, por dolorosa que sea, que no se le presente.

Choca ante todo con el monopolio. Los maestros que entonces ejercitaban la enseñanza se sienten heridos. Unas veces

reaccionan con violencia, y las escuelas de los hermanos son asaltadas brutalmente. Otras, por medio de interminables pleitos, que al menor descuido se transforman en sentencias desfavorables, se trata de hacerles la vida imposible. En ocasiones se recurre incluso a la calumnia y al libelo ofensivo. Es una lucha que dura largos años y que algunas veces llega a poner en riesgo la existencia misma del Instituto.

Pero no es la prueba más dolorosa. A San Juan Bautista le tocó defender algo más que su derecho a ejercitar la enseñanza: la idea misma del Instituto. Era natural. Lo que él intentaba hacer chocaba demasiado con las ideas hasta entonces corrientes, y eclesiásticos bienintencionados, incluso amigos verdaderos de las escuelas cristianas, se creían en el caso de darle consejos y, en alguna ocasión, de querer imponer sus propias orientaciones. Ahora es un obispo a quien el Instituto debe mucho el que, en el curso de una comida, insiste en las modificaciones que hay que hacer. Luego aquel eclesiástico, basándose en un nombramiento de superior que se había convenido en que sería puramente nominal, intenta sacar adelante unas ideas que destrozarían la esencia misma del Instituto. Otra vez son las autoridades civiles, que intervienen para sustraer de la obediencia a los hermanos que trabajan en su propia población. Sobre todo hay una oposición obstinada, larga, tenaz, la del párroco de San Sulpicio, de París, hombre, por otra parte, celoso y bueno, pero que intenta contra viento y marea imponer sus propias ideas. Ocasión habrá en que el Santo fundador abatido, puesto de rodillas, con la frente en el suelo, bañado en sollozos, verá al arzobispo de París, impresionado por los informes del párroco, marchar desdeñosamente a su finca de recreo sin darle respuesta alguna.

Estos sufrimientos tenían que herir profundamente el alma de San Juan Bautista. Paralelos a ellos corrieron otros que tenían una fuente menos pura y nacían de intención manchada. San Juan Bautista y el Instituto por él fundado fueron, como era natural, una de las presas que más podía apetecer el jansenismo francés. Se utilizó todo: la habilidad, el halago, la argumentación doctrinal, las amenazas, la coacción... Cuando todas estas armas hubieron fallado, el jansenismo decretó una guerra a muerte al fundador y a su Instituto. Por todas partes. Hubo choques en

Marsella, en París, en Rouen... Así hasta el fin de su vida. Porque pocos días antes de morir hará el Santo una hermosísima profesión de fe, verdadero testamento espiritual, ratificando de manera inequívoca su absoluta oposición al jansenismo.

Casi tan dolorosas como éstas le tenían que resultar otras pruebas: las procedentes de los falsos hermanos. Unas veces por influencia de fuera, otras por mala voluntad de los mismos sujetos, en más de una ocasión el Santo se encontró con que se habían infiltrado en las comunidades elementos indeseables. Él era tan bondadoso que no podía imaginar mala voluntad en nadie. Ocasión hubo, y más de una, en que los hermanos se vieron obligados a imponerse y a exigirle que no admitiera a algunos de estos sujetos, o expulsar a algún otro. Para el Santo todo el mundo era bueno, y, por mucho que se le hubiera ofendido, estaba presto a perdonar y a volver a admitir al que había faltado. Prueba dolorosísima para su corazón ver en ocasiones hermanos que se dejaban contagiar por el espíritu del mundo e incluso llegaban a hacer el juego a los propios enemigos del Instituto.

Junto a estas pruebas, tan íntimas, no faltaron tampoco las pruebas externas. La vida del Santo es un largo viacrucis. No sólo por sus viajes interminables, hechos en forma humildísima, muy frecuentemente a pie, pidiendo limosna, acogiéndose a los hospedajes más pobres, sino también por su misma salud. En el fervor de la casa de Vaugirard había vivido todo un invierno en una habitación desmantelada, en la que contrajo un gravísimo reuma que le producía dolores tremendos, a los que se añadían los que le causaban los métodos, que hoy llamaríamos bárbaros, que en más de una ocasión se emplearon para curarle. Ni era menor el sufrimiento que tenía que causarle, habida cuenta de su naturaleza delicada, la vida común llevada con el máximo rigor. A la distribución del tiempo, ya muy dura, común a todos los hermanos, añadía él largas horas de oración, increíbles penitencias, estudio prolongado. Su estómago, hecho al género de comidas que en su casa había tenido, se resistía, hasta con vómitos de sangre, a las pobrísimas comidas de los hermanos. Sólo con esfuerzos heroicos logró acomodarse. Y así en todo. Siempre el más puntual, el más humilde, el más pobre. Su sotana, su manteo, eran tan raídos que inspiraban lásti-

ma. No los hubiera querido un pobre a quien se hubiesen regalado.

Ocasión hubo en que el Santo, creyendo estorbar, se retiró del gobierno y pasó unos meses al margen de la vida de la Congregación. Fue entonces cuando se produjo uno de los acontecimientos más hermosos en la historia de las Órdenes religiosas: la carta que los hermanos le escribieron pidiéndole que volviera a ponerse al frente de ellos. Es difícil concebir un trozo de literatura eclesiástica superior a esta carta, que casi no puede leerse con ojos enjutos. Los hermanos le piden con humildad, pero con firmeza, con sentimiento profundo, pero sin caer en exageraciones, con lógica firme, pero sin sequedad ninguna, que vuelva a hacerse cargo de su gobierno:

«Señor y padre nuestro, nosotros, los principales hermanos de las Escuelas Cristianas, teniendo a la vista la mayor gloria de Dios, el mayor bien de la Iglesia y de nuestra sociedad, reconocemos que es de una extrema necesidad que usted vuelva a tomar el cuidado y la dirección de la santa obra de Dios que es también suya, pues gusto al Señor servirse de usted para establecerla y conducirla desde hace tanto tiempo »

No podemos reproducirla íntegra. Baste decir que el Santo escuchó la súplica y volvió a sus amadísimos hermanos.

Poco después, el día de Pentecostés, 16 de mayo de 1717, se reunían los principales hermanos en la célebre casa de San Yon, en la que el Santo había pasado días tan felices. La casa estaba envuelta en una atmósfera sobrenatural. Todo el mundo oraba y hacía penitencia. El día 18 se hizo la elección de nuevo superior y quedó elegido el hermano Bartolomé. El capítulo continuó trabajando y se fijaron las reglas. El Santo obtuvo, por fin, lo que tanto había deseado: obedecer. Y lo hizo con todo su corazón. Hasta para los más mínimos detalles pedía permiso al nuevo superior.

Ya podía marchar de este mundo. La obra quedaba consolidada. Aún vivió unos meses. Y por fin llegó la hora suprema. El martes de la Semana Santa de 1719, haciendo un esfuerzo colosal, se levantó de la cama para recibir con toda humildad el viático. Por la noche le rezaron la recomendación del alma. Él dio sus últimos consejos a los hermanos, encargándoles que estuvieran siempre muy apartados del mundo. Por fin, a las cuatro

de la tarde del 7 de abril de 1719, Viernes Santo, expiró dulcemente a los sesenta y ocho años de edad.

Su cuerpo fue inhumado, de primera intención, en la parroquia de San Severo, en cuya jurisdicción estaba enclavada la casa de San Yon. El 16 de julio de 1734, cuando esta casa tuvo su iglesia propia, sus restos fueron trasladados allí, y allí quedaron, incluso durante los avatares de la Revolución Francesa, hasta que en 1835 pasaron a la capilla del colegio de los hermanos, en el centro mismo de la ciudad de Roten. Cuando en 1904 el laicismo obligó a los religiosos a expatriarse, la casa generalicia de los hermanos se trasladó a Lambecq-Lez-Hay (Bélgica) y a ella fueron también los sagrados restos. Construida una nueva casa generalicia en Roma, en la Vía Aurelia, a ella fueron llevados en 1938, y allí permanecen.

Pese a la fama de santidad de que gozó en vida, su proceso de beatificación comenzó tardíamente, en 1835. En 1840 fue introducida la causa y en 1846 aprobados los procesos. Rápidamente se fueron sucediendo los demás trámites, examen de los escritos, aprobación de los milagros, reuniones de la Sagrada Congregación, hasta que, por fin, el 19 de julio de 1888 se celebró la solemne beatificación. Poco tiempo después se iniciaba el proceso de canonización, por decreto de marzo de 1890. Y diez años después, 24 de mayo de 1900, era solemnísimamente canonizado, al mismo tiempo que Santa Rita de Casia.

La congregación por él fundada cuenta en la actualidad (1959) con 17.000 miembros extendidos por todo el mundo. Humildes y laboriosos, los hermanos desarrollan en todas partes una admirable labor, de acuerdo con el espíritu de su instituto, que «consiste en un ardiente celo de instruir a los niños y educarles en el amor de Dios, conduciéndoles a conservar su inocencia, si no la han perdido, e inspirarles gran aversión y sumo horror al pecado y a todo lo que pueda hacerles perder la pureza. Para vivir en tal espíritu los hermanos de la Sociedad se esforzarán con la plegaria, con las instrucciones, con la vigilancia y con la buena conducta en la Escuela, en procurar la salvación de los niños que les son encomendados, educándoles en la piedad y en el verdadero espíritu cristiano, esto es, según las reglas y las máximas del Evangelio».

De esta manera San Juan Bautista de La Salle continúa vi-
viendo entre nosotros por la profunda influencia de sus obras
escritas en la pedagogía contemporánea, y más aún por este fer-
voroso espíritu que pervive en sus hijos.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

GUIBERT, J., *Histoire de Saint Jean-Baptiste de La Salle* (París 1900).

MFLAGE, Hermano, *Le créateur de l'École populaire Saint Jean-Baptiste de La Salle* (Tournai 1948). Biografía admirablemente escrita y presentada, con un sentido muy moderno

RAVELET, A., *San Juan Bautista de La Salle* (Madrid 1952). Biografía sencilla, con una presentación sumamente elegante por sus muchas ilustraciones

RIGAUT, G., *Histoire générale de l'Institut des Frères des Écoles Chrésiennes. I. L'oeuvre pédagogique et religieuse de Saint Jean-Baptiste de La Salle* (París 1937). Es un estudio hecho principalmente desde el punto de vista de la pedagogía lasaliana.

— Actualización:

FIEVET, M., *Vida de San Juan Bautista de La Salle* (Madrid 1994)

GALLEGO, S., *San Juan Bautista de La Salle. Fundador de los Hermanos de las Escuelas Cris-
tianas* (BAC Popular, 58; Madrid 1990).

GALLEGO, S., *Juan Bautista de La Salle. I. Biografía* (BAC 477; Madrid 1986)

BEATA MARÍA ASSUNTA PALLOTA

Virgen († 1905)

«¿De Las Marcas...? ¡Tierra de santos! [...] ¡Tendrás que ha-
certe santa tú también!».

Apostilló la monja fundadora. En correspondencia a la sa-
tisfacción de su normal curiosidad por la procedencia geográfi-
ca de la postulanta Assunta Pallota.

Escenario, el noviciado franciscano misionero mariano de
Grottaferrata. Fresca aún la toma de hábito de la aldeana de
Force.

Quien, días después, compartiendo tareas campesinas con
otra aspirante a la consagración religiosa que, en un momento
dado, desborda desilusión y desánimo, reflexionará en voz alta:

«¡Oh, Hermanal! pero si hemos venido aquí para hacernos san-
tas [...] Sí, sí: ¡para hacernos santas!».

Tenía clara la meta. Y diáfano el camino a seguir:

«Hacerlo todo —plasmaria en sus apuntes íntimos— por amor de Dios esto querría escribirlo con mi sangre
Todo En silencio, con humildad y sencillez»

Insistente en diferentes ocasiones: «Todo por Jesús».

Las Marcas bautizan un hermoso recorte geográfico italiano dibujado por la Emilia, la Umbría, la Toscana, los Abruzos, el Adriático y San Marino. Tierra de artistas, poetas, papas y santos.

Y cuna de Assunta María Liberata. Estallado a la vida el primer fruto matrimonial de Luis Pallota y Eufrasia Casali en el puñado de humildes nidos humanos de Force, abiertos a la luz del valle fecundo, en las faldas de una colina escabrosa y roqueña.

El nacimiento fue en la perdida y solitaria aldea de las Marcas porque Eufrasia buscó, para estrenar la maternidad, el hogar paterno. Pues el casamiento la había desplazado a Rotella, un lugarejo de la encumbrada aldea picena de Castel di Croce, donde la cristiana pareja se alimentaba y vestía, apuradamente, de la fecundidad de una modesta hacienda agrícola.

Y Assunta venida al mundo en la madrugada del 20 de agosto de 1878. Bautizada al otro día. Confirmada en la parroquial de Castel di Croce en fecha 7 de julio de 1880.

No. Con el par de pequeñas fincas de Rotella no era posible vivir el matrimonio, la nena y pronto... también Alejandro. Ya cuatro, la crecida indigencia les empuja nuevamente a Force. En 1882. Ahora a todos. Y definitivamente. En busca de trabajo y del apoyo familiar. Cuatro... y los que aún vendrían: José, Vicente y Magdalena...

Pero la población natal de Eufrasia tampoco da pan para siete personas. Hay que ir a buscarlo donde lo haya. Una situación dolorosa que comportará enorme sacrificio. De una parte, la consiguiente separación temporal marital y paterna; de otra, el forzoso abandono escolar de la hija mayor que sólo llevaba un par de años en el aula. ¡Tremendos rasguños familiares! ¡Terrible drama! ¡Cinco criaturas —la mayor, ochoañera— y todo el peso de la casa bajo la responsabilidad exclusiva de la joven esposa y madre!

Sí que la primogénita sería un buen puntal, compartiendo, más allá de lo que era dado esperar de su edad, el cuidado de los pequeños y las tareas domésticas. Prodigándose admirablemente. Dócil, solícita, laboriosa. Eso y mucho más. Pues aún apor-

taría unos dinerillos ganados cada día, previos los quehaceres domésticos. Sin salirse de la aldea, cerquita de casa. Acarreando agua, yeso, ladrillos, cal... Responsable y eficiente ella. Al servicio de unos albañiles que fácilmente le pondrán cariño y la admirarán, lamentando su ocupación laboral totalmente impropia. Pero con más pena en el alma la madre que, asfixiada económicamente, no puede prescindir del sudado puñadito de liras que la nena aporta al hogar. Y aguanta, ni más ni menos, justo el tiempo que se mueve, busca, pregunta, persiguiendo una ocupación más femenina y llevadera para la hija... Logra emplearla con el viejo sastre del lugar.

A propósito... El trabajo a menudo desplazaba circunstancialmente durante el día al modesto profesional aldeano y a la pequeña aprendiz. En una de las ocasiones, de regreso a la aldea, venían andando y sembrando de «avemarías», según costumbre, el ondulado sendero, entre verdes campos inclinados, empujados por la pérdida de luz de la tarde. En un momento dado el hombre, interrumpiéndose, sugiere a la acompañante que, siendo posible cruzarse con algún transeúnte, es conveniente que suavice la voz.

«Por que? —correspondió, sorprendida— ¡Si precisamente deberíamos rezar mas alto!»

Fuera respetos humanos, valerosa ella. Apóstol en ciernes... Modélica en sus asiduas visitas al sagrario, coronando la diaria jornada laboral y llenando la tarde dominical; arrodillada, cuando ha lavado y ordenado todo y la casa ha quedado callada, ante su altarcito de la cocina, en larga y silenciosa oración, catequista, por encargo del párroco, con sólo once años. Modélico ángel del hogar que sabe calmar los nervios y los enfados de mamá, cansada, con sus hermanos y también restablecer la paz rota entre los pequeños. Modélica en sus desvelos caritativos. A menudo, acercándose la hora del almuerzo, suplicaba a su madre que añadiera «un cucharón de sopa en la olla y disminuyera una cucharada en los platos». Siempre insistente en la justificación: «Para dar también una ración a la pobre Marieta que no tiene nada en su casa». Y admirable en su juvenil afán penitencial. Mortificación en la mesa, ayunando tres veces por semana, y voluntario martirio a la hora del descanso nocturno.

Relata la madre:

«Observe que tenía mi hija la cama muy dura. La deshice un día y vi que dentro del jergón había una serie de ladrillos, todos en fila, debajo estaba la paja, encima los ladrillos. Sentí un escalofrío, me puse a hablar sola y empecé a quitarlos [] Desde entonces iba yo de cuando en cuando a revisar su cama y encontraba hierros viejos y rotos. Yo los quitaba, Assunta los volvía a poner, sin que nunca habláramos de ello»

Y, cuando lo creyó oportuno, la hija justificaría: «Lo hacía pensando en Jesús que no tuvo dónde reposar su cabeza». No es extraño que una amiga de la infancia reconociera: «Con Assunta por fuerza teníamos que ser buenas». Un primor de muchacha.

Con diecisiete años en lucha íntima, brava, cruel. Disputándose su corazón el afán de entrega plena a Dios y el legítimo apego a la sangre familiar. Assunta sufre en silencio. Ha perdido el apetito. Y no duerme. Físicamente está muy desmejorada.

«¿Que tienes, hija? —se interesa la madre—, ¿estas enferma?»
«Lo que tengo —corresponde aquella sollozando— usted lo sabe, madre. Jesús me llama, me quiere y no puedo resistirle. ¡Déjeme hacerme religiosa! []»

A Luis y Eufrosia les dolió; más a él. Pero acabaron aceptando el sacrificio... La despedida fue dolorosa. Terrible rasguño en el corazón de los unos y de la otra. El 4 de mayo de 1898. Los hermanos abrazándola, estrujándola, entre suspiros: «No te vayas, Assunta; no te vayas...»

Evocando el momento, seis años después, desde la lejana China ella confiaría epistolarmente a los suyos: «Sólo Dios pudo separarme de vosotros, a mí que no era capaz de pasar un día sin veros».

La aldeana pobre, sin dote, encontró puertas abiertas en el claustro de Santa Elena, la sede generalicia romana —Vía Giusti, 12— de las Franciscanas Misioneras de María. A quienes la campesina había ofrecido su pobreza, su ignorancia, su abnegación, su candor angelical, su humildad, su debilidad humana.

Eran un retoño del tronco de Asís. Un joven instituto religioso veinteañero, con el sello característico de la apostolicidad. Pero nacido brioso; con vocación de vanguardia, de presencia

misionera. Y ya extendiendo brazos, en 1898, en Europa, África, Asia y América del Norte.

Comienzos difíciles para la postulante de Las Marcas de Ancona. En el futuro daría a conocer a la fundadora, madre María de la Pasión:

«Los primeros meses de postulante no estuve satisfecha, porque deseaba un Instituto en el que se fuera a pedir limosna o se cuidase a los enfermos»

Pues la típica mendicidad franciscana había sido sustituida por la laboriosidad manual. En labores de bordado, de pintura, de escultura, de fotografía.

Inicialmente también insatisfecha porque, soñando el clásico recogimiento conventual, había dado con un edificio en rehabilitación y ampliación y, consiguientemente, obreros que van y vienen y ruidos y falta de tranquilidad. Donde ella, experta en quehaceres domésticos, acabará de ayudante, moviéndose entre cacerolas y pucheros.

En la cocina y fuera apeteciendo los trabajos más penosos y humildes. Siempre con la sonrisa y un «sí, Madre» a flor de labios, aceptando cualquier servicio. Siempre considerándose la última de la comunidad, «admitida —repetía— por caridad».

El 5 de agosto es enviada al noviciado, a Grottaferrata, desde donde el 9 de octubre viajaría a Roma para vestir, en la capilla de Vía Giusti, 12, el hábito de lana blanca de las Franciscanas Misioneras. Recibiendo el nombre de María. Ya en adelante, María Assunta.

Grottaferrata, agarrada a las laderas boscosas, pobladas de nogales, y huertanas de los Montes Albanos que encrestan pintorescas poblaciones sobre la campiña romana. En una hondonada del valle ofrecía nido a las hijas de María de la Pasión que se formaban espiritualmente, cultivaban treinta y tantas hectáreas de olivos, viñedos, cereales, legumbres y verduras y cuidaban animales. Aquí la monja de Las Marcas de Ancona completaría la formación específica del Instituto; encargada, con otra novicia, de la atención a los corrales. La dedicación a las gallinas, las palomas y los cerdos, en unos rústicos locales separados de la casa, conllevaba compartir el descanso nocturno con los

animales. En un reducido y oscuro espacio que servía de celda a las dos cuidadoras.

¡Ella, feliz! Ilusionada, con un cantar en los labios al tiempo que limpia el gallinero y las pocilgas o transporta cubos de agua o grandes gavillas de hierba o cestos de verduras o grandes cubos de comida para los animales...

—«Pero, ¿por qué lleva tanta hierba todos los días?», fue interrogada, en pleno verano, envuelta en su gran delantal azul siempre impresionantemente pulcro, chorreando sudor bajo su verde carga.

—«Mis animalitos no se sacian nunca y, en tanto, yo tomo así un baño suplementario que me refresca».

—Abundando: «Todo por Jesús, Hermanita mía; todo por Jesús».

No dudando que, entre las gallinas, las palomas y los cerdos —al igual que entre los pucheros de Teresa de Ávila— también andaba el Señor. .

El 8 de diciembre de 1900 pone un breve y memorable paréntesis en la diaria monotonía de la novicia. Fue la profesión temporal de sor María Assunta. También en el marco romano de la capilla generalicia. Y al otro día más de lo mismo. Regreso a Grottaferrata y nuevamente al gallinero, al palomar, a la porqueriza, hasta enero de 1902, siendo enviada entonces a Florencia, donde la fundación franciscana misionera reclamaba cuerpos robustos y sanos y almas generosas. Vocaciones como la de María Assunta.

Aquí igualmente trabajos duros. La casa también en obras... Siempre ella a disposición de cualquier servicio; sea el lavadero, la plancha, la huerta, la cocina, la enfermería, la portería... Sonriente, sencilla, espontánea, humilde, caritativa... Un verdadero tesoro para la comunidad.

Entre las enfermas del convento florentino se desbordará caritativamente. Caridad inteligente pronta, inagotable. En todo momento jovial y de buen humor. Sin prestar atención al propio cansancio y descuidando el necesario descanso nocturno. Delicadísima con el prójimo, siempre procurando evitarle la más mínima mortificación. Botón de muestra la ocasión, en la lavandería, en que se lastimó la mano con un alfiler olvidado en

una pieza de ropa. Calló, aguantó y continuó la labor. Aquel día y otro. Hasta que la infección de la herida hizo inevitable acudir al médico. Reprochada por no haber avisado con anterioridad correspondió: «No dije nada por no causar pena a la Hermana que olvidó el alfiler».

El 1 de enero de 1903 escribía a la madre general:

«Me dirijo a usted con filial afecto, Reverendísima Madre, para exponerle un deseo que senti desde los primeros días en que se me concedió la gracia de ser admitida en su Instituto. No osaba escribirle pero, finalmente, en este primer día del año, me he decidido, a pesar de mi indignidad

Este deseo me viene siempre a la mente durante el tiempo de los ejercicios espirituales. Le hago, pues, saber que estoy pronta, si Jesús así lo quiere, para cuando haya una partida para China, especialmente para trabajos entre los leprosos»

Era el anuncio, hasta el momento desconocido, de su ideal misionero. Y era, sobre todo, ofrecimiento.. Una aspiración nacida con el inicio de su andadura claustral pero florecida con la primavera de entusiasmos heroicos estallada en los claustros franciscanos misioneros tras la masacre martirial de Tai-yuan-fu. No sólo el corazón misionero. Acción también misionera en primera línea de la Iglesia, en el mundo privado de fe.

Pero ahí seguirá. En la enfermería del convento florentino, repartiendo tisanas, calmantes, sonrisas, amor, hasta que Dios quiera. Hasta alborear 1904. El 6 de enero, festividad de la Epifanía, fecha significativa, la fundadora del Instituto aceptaba las obediencias de medio centenar de nuevas misioneras. Y, entre las cincuenta distinguidas, sor María Assunta. Con destino precisamente a Shansi.

Shansi, la misión mártir, víctima del fanatismo salvaje bóxer. Un huracán xenófobo, fruto del choque de dos culturas muy diferentes, que, en los dos primeros años del siglo, había acabado sangrientamente con unos treinta mil cristianos. El 9 de julio de 1900, ¡con siete heroicas ilusiones apostólicas hermanas! Se trataba, pues, de cubrir las bajas del Instituto

«Me piden la reapertura de la Casa San Pascual, de Tai-yuan-fu —había escrito la fundadora— y me dicen las que en ella vivieron supieron cantar el “Te Deum” en el momento de la muerte. Procurad que las que vengan a ocupar el puesto sean del mismo temple»

Comprensible la inclusión de sor Assunta en el proyectado envío misionero. Contentísima ella; aunque, como siempre, resignada a lo que decidan: «Me siento felicísima [...] Pero si Jesús quisiera dejarme en Florencia me daba lo mismo...».

Cuando salga para China ya se habrá ligado a Dios, a perpetuidad, con los votos de obediencia, pobreza y castidad. Empezará viaje el 19 de marzo, festividad de San José. Previo un epistolar «Nos volveremos a ver en el cielo», dirigido la semana anterior a sus padres presuntamente impedidos por la pobreza a despedirla con un abrazo. Y previa la bendición personal del papa Pío X, recibida en el Vaticano.

Tres meses duros, difíciles, por mar y tierra. En vapores de carga, en diminuta barca china, en tren, en «sillas, que son como cochecitos cubiertos» —describirá— «pero sin ruedas, colocados sobre dos pértigas y sostenidos por dos mulos, uno delante y otro detrás, que un hombre va guiando. En el interior se pueden sentar dos personas, una frente a otra». Vehículos más que rudimentarios y, por supuesto, incómodos.

Tres meses de vicisitudes, molestias y riesgo. Y, a la vista, estremeciéndose el corazón... Tai-yuan-fu. La ciudad, aún no cuatro años antes, regada con sangre mártir; con sangre de siete hermanas de fe y de ideales. Y, escasamente cincuenta kilómetros más allá, aun no medio centenar de kilómetros más allá, Tong-eul-keu. El humilde puñado de chozas aldeanas perdidas entre montañas, donde se salvaron de la furia bóxer un centenar de familias locales, las criaturas del orfanato y las vírgenes chinas no alcanzadas por el sangriento vendaval. Donde los franciscanos, al día siguiente del vendaval persecutorio, resucitaron la realidad misional destrozada...

Tong-eul-keu, cuyo orfanato, dispensario y catecumenado, ya auxiliados con el retorno humano del año anterior, el 20 de junio de 1904 reciben brazos de refuerzo con el grupo de misioneras que incluye a sor Assunta. Ella, naturalmente, la de siempre. La misma de Grottaferrata y de Florencia: sencilla, dócil, generosa, sacrificada, disponible siempre y para todo.

Como en los tiempos de Roma, a la cocina. Repitiéndose, nuevamente, entre pucheros y cacerolas, en el cultivo de la pie-

dad eucarístico-mariana sin complicaciones. Y, a través de los atajos del amor y del abandono, escalando el cielo...

Llegó el invierno. Especialmente duro en Shansi. Hacia finales de febrero, estalló el tifus, endémico en China. El dispensario no daba abasto a las atenciones. Y se coló en la Casa San Pascual, cebándose en las huérfanas y en la comunidad religiosa. En menos de cuarenta días cuatro bajas entre las mujeres consagradas a Dios. En aquellas angustiosas circunstancias de terrible angustia sor Assunta se prodiga como nunca. Presente en la cocina, en la ropería, en la enfermería, en la sala, en las celdas... Sin cuidarse personalmente. Hasta que no puede más.

En la festividad de San José, coincidente en domingo, ha de quedarse en cama. Sin pizca de alarma. Mientras, en la habitación contigua, agoniza la que será joven segunda víctima de la comunidad.

«Madre ¿puedo pedir a Dios —interroga ella, que se ha enterado— que me haga morir en lugar de Madre Alberto? Si ella sana podrá trabajar mucho todavía, mientras que mi muerte no sera gran pérdida»

Aconsejada que lo dejara en manos de Dios, aceptó: «Sí, Madre; que se haga la voluntad de Dios». Y a los veinte minutos la madre Alberto causa baja. Lejos, la sospecha de que la tercera podía ser... la aldeana misionera de Force. Aunque, anunciando su pronta desaparición, recibió en plena lucidez la extremaunción y el viático solicitados. Administrados, el 25 de marzo, para tranquilizarla.

Literalmente a los cuatro días insinúa mejoría. Pero ella insistente: «Ya verá, Madre, cómo dentro de poco estaré con Jesús». Tuvo razón. Con el mes de abril volvieron la fiebre alta, los delirios, el fuego en los labios hinchados y agrietados... Hasta la pérdida total de fuerzas. Inmóvil, sin habla y sin posibilidad de tragar, gesticulando en demanda de la imposible comunión...

Tras una larga y dolorosa agonía de tres días, mediada la tarde del 7 de abril de 1905, «tranquila y serena [...] Sor María Assunta exhaló el último suspiro». Tronchados sus veintiséis hermosos años anhelantes de martirio... Acababa de morir la Santa de los perfumes, como la conocen los chinos.

Sí; porque previamente la habitación súbitamente se quedó impregnada de un suave y desconocido aroma, «algo entre la fragancia de las violetas y la del incienso» —recordarán cuantos la asistieron—, «renovándose como por ligeras oleadas». Misteriosamente repetidas a lo largo de tres días sucesivos, alcanzando a toda la casa; ambientando particularmente las distintas celdas ocupadas por sor María Assunta y la ropa que la había vestido y abrigado durante su breve enfermedad...

Transcurridos ocho años, nuevamente sorpresa con motivo de la exhumación previa al traslado de los preciosos restos a la resucitada Misión de Tai-yuan-fu. El cadáver, maravillosamente, apareció íntegro, sin síntomas de descomposición. Pese a la destrucción total de la parte baja del féretro. La noticia llegó a Europa. Y, de inmediato, Pío X, con cuya bendición había partido hacia China, recomendó el inicio del proceso informativo de las virtudes de sor María Assunta Pallota.

Diez años más tarde, en la primera intervención radiofónica pontificia, recién inaugurada Radio Vaticano, Pío XI elogiaría la heroicidad cristiana de la humilde aldeana de las Marcas:

«He aquí una pobre y humilde joven, hija de gente necesitada y modesta, primero campesina, después obrera en el más duro significado de la palabra, incansable trabajadora hasta su muerte, que, prevenida por la gracia divina y a ella generosamente cooperando, intuye y aprende, todavía niña, la difícil y sublime ciencia de los santos»

El 7 de noviembre de 1954 Pío XII la proclamó Beata. Es la primera misionera no mártir distinguida con el honor de los altares.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

44S 46 (1954) 737 739, 742 743

BAZZOCHINI, B., *Vita di Suor Maria Assunta* (Roma 1955)

Bibliotheca sanctorum, t X, cols 65 66

FEDFRICI, E., *Beata Maria Assunta* (Roma 1954)

FRANCISCANAS MISIONERAS DE MARIA, *El sendero de Assunta* (Madrid 1955)

FRANCISCANAS MISIONERAS DE MARIA, *Le Message d'Assunta* (Paris 1956)

SOLOTTI, C., *Sor Maria Assunta* (Pamplona 1927)

SAN HERMÁN JOSÉ

Presbítero († h. 1241)

Nació en Colonia en una familia humilde hacia 1150. A los doce años pidió el hábito premonstratense pero por ser aún muy joven se le aceptó solamente como alumno de una de las escuelas que los religiosos tenían. Años más tarde fue, por fin, admitido en el convento de Steinfeld. Fue encargado del comedor y luego sacristán. Luego hizo los estudios correspondientes y se ordenó sacerdote. Al profesar a su nombre original añadieron el de José en recuerdo del patriarca José, cuya pureza y delicadeza de conciencia veían reflejadas los superiores en el joven novicio. Pese a su mala salud era muy penitente y admiraba a todos con la santidad de su vida, dedicada por entero al servicio de Dios y de los hermanos. Su muerte tuvo lugar en Hoven cuando atendía por las fiestas de Pascua a las hermanas cistercienses. Era el 7 de abril parece que del año 1241. Su culto fue confirmado el 11 de agosto de 1958.

*SAN ENRIQUE WALPOLE Y BEATO ALEJANDRO
RAWLINS*

Presbíteros y mártires († 1595)

El 7 de abril de 1595 fueron conducidos fuera de las murallas de York al sitio donde se alzaba el patíbulo dos sacerdotes católicos, hallados culpables de haber contravenido el Acta de 1585, dada por la reina Isabel I, en la que se prohibía a cualquier sacerdote ordenado en el extranjero entrar en Inglaterra bajo pena de muerte. Ambos llegaron con mansedumbre y serenidad al sitio de su ejecución. El P. Enrique, jesuita, manifestó antes de morir que él no aceptaba la supremacía religiosa de la Reina porque no era así como había determinado el Señor las cosas en su Iglesia, mientras que el P. Alejandro besaba la horca con que iba a ser enviado a la gloria. Ahorcados y descuartizados, se sumaron a los cientos de víctimas de la persecución anticatólica de la corona inglesa.

Enrique había nacido en Docking, Norfolk, en 1558. Luego de estudiar en Cambridge optó por los estudios de derecho y marchó a Londres, abrazando el catolicismo cuando vio el martirio de San Edmundo Campion en 1581. Queriendo hacerse sacerdote, fue a Reims y luego a Roma, y aquí tomó la decisión de hacerse jesuita (1584). Ordenado sacerdote en París, trabajó apostólicamente en Italia y Flandes, donde fue preso de los enemigos de España, siendo liberado a los pocos meses. Hubiera deseado volver enseguida a Inglaterra pero sus superiores no le veían buena salud y lo mandaron al colegio inglés de Sevilla y luego al de Valladolid, más tarde volvió otra vez a Flandes. Por fin le envían a Inglaterra pero apenas llega es arrestado y acusado de ser sacerdote católico. Es interrogado y torturado y llevado a la Torre de Londres, pero para el juicio le llevaron a York donde fue condenado a muerte.

Alejandro Rawlins había nacido en Oxford en 1560 y allí realizó sus estudios. Varias veces fue arrestado y en 1586 se le condenó al destierro. Estando en el Continente se decidió por el sacerdocio y entró en el seminario de Reims, ordenándose en marzo de 1590 y volviendo al mes siguiente a Inglaterra. Pudo trabajar cuatro años hasta que en la Navidad de 1594 fue arrestado, de donde se pasó a su juicio y condena. Enrique Walpole fue canonizado el 25 de octubre de 1970, y Alejandro Rawlins beatificado el 15 de diciembre de 1929.

BEATOS EDUARDO OLDCORNE Y RODOLFO ASHLEY

Mártires († 1606)

Eduardo Oldcorne nació en York en 1561, hijo de padres que habían sufrido prisión por ser católicos. Había terminado ya los estudios de medicina cuando se decide por el sacerdocio y marcha a Reims y luego a Roma, ordenándose sacerdote en 1587 e ingresando al año siguiente en la Compañía de Jesús. Vuelto a Inglaterra pudo trabajar durante diecisiete años en el Worcestershire. Enfermo de cáncer, peregrinó a la tumba de San Winifredo en petición de la curación, lo que obtuvo, y volvió años más tarde en acción de gracias, acompañado de una

treintena de personas. En noviembre de 1605, cuando la llamada «conspiración de la pólvora», fue denunciado y tuvo que huir de un escondite a otro hasta que en enero de 1606 fue detenido. Con él lo fue entre otros el hermano jesuita Rodolfo Ashley, que le había acompañado en la peregrinación y en los diferentes escondites. A ambos se les acusó de participar en dicha conspiración y en orden a que lo reconocieran fueron torturados. Condenados a muerte, fueron ahorcados y descuartizados en Redhill el 7 de abril de 1606. Beatificados el 15 de diciembre de 1929.

SAN PEDRO NGUYEN VAN LUU

Presbitero y martir († 1861)

Nació en Go-vap (Tonkín) en 1812, de joven aspiró al sacerdocio e hizo los estudios en el seminario de Penang. Hizo primero de catequista en la frontera de Camboya y se acreditó por su celo. Una vez ordenado fue al distrito de Mac Bac y, más tarde, fue nombrado párroco de Sa-Dec, pasando después a My-Tho. Animador ejemplar de las comunidades cristianas, compraba a los guardianes de las cárceles para poder entrar a dar los sacramentos a los cristianos detenidos. Esto le valió al fin su arresto y detención. Se negó a apostatar pese a las amenazas y tormentos, siendo decapitado el 7 de abril de 1861 en My-Tho. Fue canonizado el 19 de junio de 1988.

8 de abril

A) MARTIROLOGIO

- 1 La conmemoración de San Agabo, profeta
- 2 La conmemoración de los santos Herodion, Asincrito, y Flegon, a los que saluda San Pablo en la carta a los Romanos
- 3 La conmemoración de San Dionisio († 180), obispo de Corinto *
- 4 En Antioquia de Siria, los santos Timoteo, Diógenes, Macario y Máximo, mártires (fecha desconocida)

- 5 En Alejandria de Egipto, San Dionisio († 265), obispo
- 6 En Como (Liguria), San Amancio († 449), obispo
- 7 En Orvieto (Toscana), Beato Clemente de Ósimo († 1291), presbitero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín **
- 8 En Alcala de Henares (España), Beato Julian de San Agustín († 1606), religioso de la Orden de Menores *
- 9 En Namur (Brabante), Santa Julia Billiard († 1816), virgen, fundadora del Instituto de Hermanas de la Bienaventurada Virgen Maria de Namur **
- 10 En Belmonte (España), Beato Domingo del Santísimo Sacramento Iturrate († 1927), presbitero, de la Orden de la Santísima Trinidad **

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

BEATO CLEMENTE DE ÓSIMO

Presbitero († 1291)

Clemente de Ósimo, también vale decir de San Elpidio (hay autores que prefieren marquisano de Ancona, sin que falten los que se inclinan por Orvieto), vio la luz, como diría el poeta, cuando el siglo XIII empezaba a quebrar albos en la región italiana de las Marcas, muy probablemente en San Elpidio, si bien es cierto que los primeros biógrafos tiran más por Ósimo. Adolescente aún, abrazó la congregación eremítica de Bréttino para, unos años después, cuando todavía no se había producido la Gran Unión, ingresar en la Orden de San Agustín. En septiembre de 1269 era elegido provincial de la provincia anconitana.

Las noticias acerca de su persona y de su obra recurren con mayor frecuencia y mejor tino y se enseñan mas ricas de por menores a partir del 24 de mayo de 1271, fecha de su nombramiento en el capitulo celebrado en Orvieto para prior general de la Orden de San Agustín, cargo que desempeña durante tres años y cinco meses. Puesta la renuncia en el Capítulo de 1274, hay quien sugiere que debido a críticas de los compañeros de su antigua congregacion, de cierto nada se sabe, lleva una vida retirada cerca de Fano, Lecceto, Bréttino, y posiblemente también San Elpidio. Vida, en realidad, no tan retirada si analizamos

bien las cosas, pues tiene que asumir el oficio de visitador de la Provincia romana por espacio de un año a partir del 18 de octubre de 1277.

Pero la Orden lo reclama por segunda vez para el gobierno y vuelve a ser elegido general, ahora por decisión «unánime y concorde» de los capitulares reunidos en Orvieto desde el 28 de mayo de 1284. Se añade asimismo en las actas que «fue confirmado inmediatamente por el santísimo padre y sumo pontífice Martín cuarto, que se encontraba allí», es decir, en Orvieto. El que tiene como marco a la ciudad de Florencia el año 1287, le reconfirma por otros tres años más, y por cuarta vez todavía, en fin, habrá de aceptar la pesada carga del supremo gobierno en el capítulo de Ratisbona de 1290. La muerte le sorprende florida ya la primavera y con los aleluyas pascuales a las puertas el 8 de abril de 1291.

Agraciado por el Señor con plenitud de favores espirituales, resplandeció en las virtudes de la caridad, la humildad, la inocencia, la pureza, la paciencia, la mansedumbre, la abstinencia y la benignidad. Tanta discreción y ciencia le había regalado el cielo que fue general las veces dichas y de la manera dicha; y tan sabiamente gobernó la Orden de San Agustín, que muy pronto se dejó notar su influjo por el rápido progreso de la misma. Hay quien dice, en un verdadero alarde de exageración, que la visitó toda a pie. Más verosímil parece concederlo para la gran parte de comunidades en Francia, Alemania e Italia, distinguiéndose por ello entre los priores generales del primer siglo en la historia de la Orden. Fue confesor del cardenal Gaetani, futuro Bonifacio VIII, y el mérito de su admirable gobierno le fue reconocido por los papas Honorio IV y Nicolás IV. Lo primero que hacía en sus desplazamientos, luego de haber entrado a la iglesia del convento para rezar, era dejarse ver de enfermos y encarcelados, si los había, a quienes dispensaba cariñosamente su paternal solicitud y valimiento, y por quienes con frecuencia intercedía incluso a favor de la curación o de la excarcelación, dando en ello sobradas pruebas taumatúrgicas. De manera especial, si se quiere, llevado de aquel pronto suyo lleno de simplicidad y llaneza, solía prodigarse con niños y jóvenes enfermos, a los que sanaba de sus dolencias físicas y espirituales.

Clemente desarrolló durante su generalato una gran labor en beneficio de la Orden: intervino en la buena marcha de algunas Provincias corrigiendo errores, apoyando proyectos y estimulando iniciativas lo mismo de corto que de largo alcance. Potenció los estudios. Inculcó la observancia religiosa. Consiguió pingües ayudas económicas para remediar necesidades y sacar a flote nuevas fundaciones. Hasta dispensas pontificias obtuvo, como la concesión a la Orden de la exención de la jurisdicción de los obispos (cf. la bula *Religiosam vitam*, del 23 de agosto de 1289). Fundó conventos femeninos de la segunda Orden. Fomentó la creación de archivos y bibliotecas provinciales. En resolución, cuidó con esmero, con verdadero mimo diríase, las dos alas con que la Orden de San Agustín ha volado más alto en toda su historia, a saber: la religión y la cultura. Todo ello contribuyó grandemente a que sus frailes fuesen conocidos como agustinos. En 1272, por ejemplo, deseó fundar un nuevo convento en Toscana «a laude y reverencia de Dios omnipotente y de la bienaventurada y gloriosa Virgen, su madre, y de nuestro beatísimo padre Agustín». Y en 1289 el papa Nicolás IV le otorgaba varios favores «por reverencia de nuestro Redentor y de San Agustín, vuestro patrono».

Tres son las cuestiones capitales a destacar en su generalato:

1.^a Haber introducido en la Orden la piadosa tradición mariana (1284) del «Benedicta Tu» y las «Vigiliae B. M. Virginis» en honor de Nuestra Señora de Gracia.

2.^a Haber formulado y promulgado leyes estables, reglamentos y constituciones para toda la Orden; verbigracia, las conocidas como *Constituciones de Ratisbona* (1290), por el lugar en donde el capítulo general del mismo nombre se celebró, primero, por cierto, de los tenidos fuera de Italia. Documento éste, a juicio de historiadores y biógrafos, famoso y de trascendental interés cuya vigencia, salvo ciertos retoques, llegó hasta 1551.

3.^a Haber apostado firmemente por la cultura dentro de la Orden, como lo prueba la creación, bajo su gobierno, de cuatro Estudios generales en Italia —Roma, Bolonia, Padua y Nápoles— y de otro más dentro de los muros de la ciudad de París, centro de la cultura europea del tiempo.

Nos remite el Beato Clemente, siendo así, a los inicios mismos de la fundación jurídica de la Orden de San Agustín, para la que su generalicio hacer y disponer supuso una respuesta nueva dentro de aquella sociedad emergente que pugnaba por abrirse camino en medio de no pocas rémoras y contratiempos. Y es que le tocó vivir un momento de transición política, social, económica y religiosa de gran envergadura. Fue aquélla una de esas épocas a las que cabe aplicar el dicho del Evangelio: «El vino nuevo se echa en odres nuevos» (Mt 9,17; cf. Mc 2,22; Lc 5,38). A nuevas necesidades, pues, nuevas formas también de vida religiosa, sobre todo con la aparición de las órdenes mendicantes, a las que la Orden de San Agustín pertenece, primero mediante la unión de diversos grupos eremíticos llevada a cabo por el papa Inocencio IV en el año 1244, y después, ampliada ya y consolidada en 1256, por obra del papa Alejandro IV, merced a la confluencia de otros grupos eremíticos.

Las órdenes mendicantes, en realidad, nacieron con el firme propósito de vivir radicalmente el seguimiento de Jesús en cuanto fraternidades apostólicas basadas en la vida común y presentes con su ministerio activo en medio de las ciudades. El testimonio de pobreza, el servicio de evangelización, la disponibilidad y prontitud en responder a las necesidades de la Iglesia, son algunas de las características más comunes y más renovadoras del movimiento mendicante. Significó por eso en la Orden de San Agustín, entre las destacadas y emblemáticas de dicho movimiento, el definitivo paso de la vida eremítica a la conventual, el salto cualitativo de la soledad en el yermo a la vida apostólica activa en la gran ciudad, la significativa mudanza del recogimiento y fuga del mundo a un mayor compromiso de apertura a las necesidades sociales.

Y bien, el generalato del Beato Clemente de Ósimo se encuadra dentro de este peculiar momento de transición. A él y a otros religiosos de aquella época con parecido temple y similar dedicación a la causa de la religión y de la cultura se deben las sólidas bases que habrían de permitir en tiempos inmediatamente sucesivos un rápido florecimiento de la Orden. Los agustinos, de hecho, se extendieron con inusitada rapidez por toda Europa, atendiendo el servicio litúrgico y sacramental, la

catequesis, la asistencia a los pobres y a los enfermos. El Beato Clemente conservó, eso sí, su amor y su querencia, su afición y su contento por la contemplación; lo cual se refleja no ya sólo en la organización de la vida comunitaria de los conventos de hermanos, sino también en su impulso a la puesta en marcha de nuevos monasterios femeninos, convencido como estaba de la importancia que la dimensión contemplativa reviste para la vocación agustiniana.

Clemente de Ósimo ocupa un destacado lugar en la ya larga nómina de generales de la Orden de San Agustín, entre otras especiales y graves razones, por haber sabido abordar los temas de mayor relieve para la prosperidad agustiniana en aquella época. Consolidó la unidad de la institución, lo que denota clarividencia y buen pulso en las decisiones a tomar o tomadas, máxime teniendo en cuenta lo reciente que todavía quedaba la famosa Gran Unión. Junto al canonista Agustín de Tarano o Novello, y sobre todo con la promulgación de las ya citadas primeras *Constituciones de Ratisbona*, en el capítulo general de Ratisbona de 1290, dotó a los agustinos de una verdadera base legislativa, o dicho de otra manera: de una base jurídica común. Porque este texto legal, con algunos retoques y añadiduras posteriores, entiéndase, constituyó la legislación de la Orden hasta el Concilio de Trento. Favoreció los estudios, está ya dicho, haciendo asumir a la Orden la doctrina de Egidio Romano, con lo que, de ese modo, inició su brillante carrera la Escuela Agustiniana. Promotor de unidad y de cultura, a él se debe también el espíritu de un feliz vuelco de profesores y alumnos hacia la experiencia internacional, con la ampliación del Estudio general de París y la creación de los antedichos Estudios generales en Italia. Fomentó, en fin, la espiritualidad agustiniana y estableció una liturgia única para toda la Orden por medio del *Ordinarium* o Ritual propio. Los agustinos del siglo XVI continuaron sirviéndose del misal y breviario que se usaban en la Curia romana, adoptados desde el año 1256 en conformidad con dicho *Ordinarium* dado a la Orden por nuestro Beato Clemente hacia 1290. Publicado con las primeras Constituciones en 1508 y reimpresso —con cambios notables— en 1551, fue este libro el ceremonial que las comunidades agustinianas observaron hasta el año 1582.

Murió Clemente de Ósimo con fama de taumaturgo y santo en Orvieto. Aquel 8 de abril de 1291 era domingo de Pasión. En su lista de los priores generales de la Orden, Enrique de Friemar, testigo inmediato y buen teólogo, le califica de esta guisa:

«Varon de admirable clemencia y piedad y prudencia y santa vida [], por el que Dios hizo muchos milagros en el capitulo celebrado en Ratisbona, en el que estuve yo presente»

Y luego, a propósito de su muerte y exequias:

«Por la pluralidad y magnitud de los milagros estuvo insepulto muchas semanas por mandato del mismo Papa, que afirmaba no ser digno que un cuerpo de tanta santidad debiera cubrirse con tierra Y era tanta la multitud del pueblo que irrumpia en tropel a ver por devocion aquel cuerpo exanime, que, a causa de la excesiva apretura, convino que el municipio de Orvieto hiciera derribar muchas casas, para ensanchar la calle y dar acceso mas libre a la muchedumbre que iba al convento de los frailes Y, no obstante ser tiempo muy caluroso, aquel cuerpo no exhalaba fetidez alguna, sino fragancia de olor suavísimo, como aseguraba el venerable padre y señor cardenal Benedicto, que habia sido su hijo de confesion y que por devocion especial visito muchas veces aquel venerando cuerpo, y que despues fue elegido papa con el nombre de Bonifacio VIII»

El culto al difunto comenzó con la fecha de su tránsito, el mismo 8 de abril de 1291: con Benedicto Gaetani, iban también los otros cardenales a visitar por devoción su sepulcro. La verdad es que en siete siglos de historia agustiniana no hay otro ejemplo de un superior cuya santidad haya sido proclamada con tanta insistencia en las primeras actas de la Orden. Enterrado en el convento agustiniano de Orvieto y allí conservadas sus reliquias hasta 1510, fueron luego repartidas entre Orvieto, Ósimo y San Elpidio, hasta la supresión de los conventos italianos. El proceso de beatificación comenzó en su fase diocesana el mes de junio de 1758, y el 12 de septiembre de 1759 la Sagrada Congregación de Ritos, equivalente a la actual Congregación de las Causas de los Santos, confirmó su culto. Clemente XIII confirmó el culto «ab immemorabil» en 1761. Corriendo el tiempo, principios ya del siglo XIX, gran parte de las reliquias fueron a parar a la iglesia de San Agustín en Roma, hasta que el 4 de mayo de 1970, reunidos los superiores provinciales para

estudiar el estado de la Orden a raíz de las nuevas Constituciones puestas al día después del Concilio Vaticano II y coincidiendo con la inauguración del Instituto Patrístico «Augustinianum», fueron trasladadas a la capilla de la Curia general agustiniana. La Orden del mismo nombre celebra su fiesta conjuntamente con la del Beato Agustín de Tarano, con quien tanto trabajó por el bien de la Iglesia, el 19 de mayo. El nuevo *Martyrologium romanum* en su edición típica del año 2001 adjudica su memoria al 8 de abril.

El Beato Clemente, en resumen, constituye un punto de referencia para un modo de vivir la vida religiosa que tanto tiene que ver con los tiempos posconciliares y del siglo XXI que ahora corren. A fin de cuentas es una manera de reflexionar sobre la razón de ser, en la Iglesia católica, de esa misma vida religiosa cuya configuración se sustancia mayormente en comunidades de fraternidad, de oración y de apostolado. Las necesidades eclesiales de los remotos tiempos eremíticos dejaron el puesto, llegado su momento, a otras con distinto ritmo y diversa melodía: se impuso, pues, transformar esos grupos eremíticos fundacionales en comunidades apostólicas o misioneras nuevas, abiertas y disponibles. Este matiz apostólico constituye un elemento esencial del carisma de la Orden de San Agustín desde sus orígenes, compatible con la faceta contemplativa heredada de sus mayores. La paternal y noble figura del Beato Clemente de Ósimo es un admirable ejemplo de disponibilidad y eficiencia, de entrega incondicional y rendida gratitud al servicio de la Iglesia, siempre con el ojo avizor para captar en cada época el signo y viento de la hora.

Siguiendo las huellas del Obispo de Hipona, el Beato Clemente viene a constituir también hoy para tantos agustinos y no agustinos un socorrido paradigma en el arte de compaginar santidad y cultura, y un verdadero acicate para el austero ejercicio de la pobreza en cuanto base de la vida común. La suya fue una nueva contextura espiritual y carismática iniciada con la fundación de la Orden, esa frondosa rama del árbol de la Iglesia donde anidan otras figuras descollantes como, por sólo citar algunas de Italia, San Nicolás de Tolentino, Santa Clara de Montefalco, el Beato Agustín Novello, su colaborador en la redac-

ción de las Constituciones ratisbonenses y más tarde sucesor en el generalato, y otros, como los beatos Santiago de Viterbo, Felipe de Piacenza, Pedro de Gubbio, Antonio Patrizi de Siena y Ángel de Foligno.

El actual es tiempo muy diverso del que nuestro Beato Clemente vivió: por supuesto que el siglo XXI no es el XIII. Pero tampoco deja por ello de presentar sus afinidades. La época osimianoclementina estuvo marcada por acentuadas contradicciones: la idea de una Europa como casa común de la cristiandad, unida por una misma cultura y los mismos destinos, contrastaba con la profunda división abierta entre nación y nación, entre ciudad y ciudad; a los grandes ideales de las libertades comunales y de un orden social y económico nuevo, correspondía la realidad de nuevas pobreza y miserias; al florecer de un número extraordinario de movimientos eclesiales se contraponía la grave falta de cultura y de práctica religiosa en la gente. Algo parecido, con las debidas matizaciones por medio, entiéndase, cabría decir del tiempo en que vivimos: notoriamente marcado por una Europa unida, sí, pero donde asoman todavía, por desdicha, *guerras intestinas, diferencias raciales, movimientos étnicos* de muy difícil conformación en el marco de una sociedad que se resiente aún de las diferencias impuestas por el diálogo Norte-Sur.

Las Órdenes mendicantes supieron afrontar el desafío de los problemas de entonces haciéndose constructoras de religiosidad y civismo con la sociedad y la Iglesia de aquel tiempo: hoy no se puede hablar de los siglos XIII y XIV prescindiendo de la presencia de la obra desarrollada en todos los ámbitos por estas beneméritas órdenes religiosas. Los eremitas agustinos dejaron la paz de sus rincones solitarios para meterse de lleno en la ciudad y en las villas, no por abandonar el empeño contemplativo, desde luego, sino al objeto de compartir su vida interior con los fieles poniéndose a disposición de sus necesidades. El futuro de la Orden entonces vino garantizado por el coraje apostólico de religiosos como el Beato Clemente, que supieron mirar hacia delante dejando aparcadas sus seguridades, ricos sólo de amor a la vida en común y bien pertrechados unos y otros de abierto entusiasmo por la obra del espíritu. También hoy la vida religio-

sa está en proceso de cambio, de exigida y adecuada renovación, de prudente a la vez que necesaria adaptación a estos tiempos posmodernos y ultramodernos, siempre con arreglo a las consignas de la *Lumen gentium* y del *Perfectae caritatis*, es decir, y como el Concilio Vaticano II matizó, desde «un retorno constante a las fuentes de toda vida cristiana y a la primigenia inspiración de los institutos y una adaptación de éstos a las cambiadas condiciones de los tiempos» (PC 2). Como entonces, también hoy la vida religiosa es realidad eclesial llamada a una nueva evangelización que responda de lleno a nuevas exigencias, en sintonía con la sociedad de esta hora crucial, tan necesitada ella, bien se echa de ver, de signos proféticos y de llamadas constantes a los valores permanentes.

Seguir las huellas de San Agustín y de los hombres y mujeres que llegaron a la santidad en su Orden, fieles a su enseñanza, es también hoy un desafío y una meta a alcanzar. Es contribuir al esplendor de esa «maravillosa variedad de agrupaciones religiosas, que mucho contribuyó a que la Iglesia no sólo esté apercibida para toda obra buena (cf. 2 Tim 3,17) y pronta para la obra del ministerio en la edificación del Cuerpo de Cristo (cf. Ef 4,12), sino también a que aparezca adornada con la variedad de dones de sus hijos, como esposa engalanada para su marido (cf. Ap 21,2), y por ella se manifieste la multiforme sabiduría de Dios (cf. Ef 3,10)» (PC 1). El Beato Clemente de Ósimo, en definitiva, sigue siendo un ejemplo a seguir en la renovación de la vida religiosa, en la promoción de la cultura, en el cultivo de la unidad y en el amor a la Iglesia.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

Acta sanctorum, 8 de abril (Venecia 1737) 804-805.

ALONSO, C., OSA, *El beato Clemente de Ósimo († 1291), tercer Prior General de los Agustinos* (Roma 1970). (Trad. inglesa: 1988; italiana: 1991).

— ID., «Clemente da Osimo», en *Dizionario biografico degli italiani* (Roma 1982) t 26 p.362-367.

Art en *Analecta Augustiniana*, XII, 181.

ANONIMO FLORENTINO, art. en *Analecta Augustiniana* 29 (1966) 17-25.

BURCHI, P., «Clemente da Osimo, beato», en *Bibliotheca sanctorum* (Roma 1964) cols 35-36.

EMPOII, M. DE, *Bullarium Ordinis Eremitarum S. Augustini* (Roma 1628) 260.

- FRIEMAR, E DF, «Henry of Friemar's "Treatise on the Origin and Development of the Order of the Heremit Friars and its true and real Title"», ed R Arbesmann *Augustiniana* 6 (1956) 37 145
- GUTIÉRREZ, D, *Historia de la Orden de San Agustín publicada por la Curia de la misma Orden* I/1 *Los agustinos en la Edad Media, 1256 1356* (Roma 1980) 74 83, 92 100, 148 150
- LAZCANO, R, *Generales de la Orden de San Agustín Biografías Documentación Retratos* (Studia augustiniana historica, 10, Roma 1995) 25 29
- ID, «Bto Clemente de Osimo († 1291)», en F ROJO, OSA (ed), *La seducción de Dios Perfiles de hagiografía agustiniana* (Roma 2001) 53 54
- Martyrologium romanum*, o c, 213, n 7, 680
- ORCASITAS, M. A, OSA, «VII Centenario de la muerte del beato Clemente de Osimo Carta a todos los Hermanos y Hermanas de la Orden, Roma, 18 de mayo de 1991» *Acta Ordinis Eremitarum Sancti Augustini* 39 (1992) 73 76
- RONDINA, M, OSA, *Beato C Agostiniano Conocerlo, imitarlo, pregarlo* (Tolentino 1991) bibliogr p 6 15
- SAJONIA, J DF, *Liber Vitae fratrum*, II 4, ed R ARBESMANN W HUMPFNER (Nueva York 1943) 93 94, 466 468

SANTA JULIA BILLIART

Virgen y fundadora († 1816)

Fue beatificada en Roma por S. Pío X en 1906. Su canonización se produjo después de más de sesenta años, el 30 de enero de 1969. En esta solemne ocasión Pablo VI dedicó a Santa María Rosa Julia Billiart, fundadora de la Congregación de Nuestra Señora de Namur, estas definitivas palabras:

«Se entrego al servicio del proximo mas pobre y necesitado, a un humilde, gratuito y afectuoso servicio el de la formacion de las niñas de las clases mas humildes»

El cúmulo de fundadoras de congregaciones femeninas de los últimos siglos que alcanzaron la canonización o la beatificación, es sorprendente. En las biografías respectivas se acusa un número tal de coincidencias que el conjunto, a primera vista, se resiente de monotonía. A Santa María Rosa Billiart le cuadra muy bien lo de «humilde, gratuito y afectuoso servicio» Ella lo expreso bellamente:

«La espiritualidad de las Hermanas de Nuestra Señora consiste en descubrir la bondad de Dios y hacerla patente en medio del mundo Por eso estamos llamadas a una vida de simplicidad»

Quizás no es del todo original su referencia al girasol, pero lo expresa muy bellamente:

«La simplicidad hace que nos parezcamos a una bella flor llamada girasol sigue todos los movimientos del sol, girando continuamente en torno a él De modo semejante la mente y el corazón de una persona que alcanza la simplicidad están vueltos de continuo hacia Dios»

En la vida de esta santa figuran no pocos datos que rompen el molde común: a los veintidós años quedó paralítica de ambas piernas, y en este estado de disminución física siguió trabajando incansablemente como catequista, sufrió persecuciones y dio comienzo a la fundación de su congregación en 1803. Al año siguiente hizo los primeros votos y sucedió su curación milagrosa ¿Cómo se enmarcan estos datos en la existencia de este místico girasol?

Nació el 12 de julio de 1751 en Cuvilly (Francia), de una humilde familia que dieciséis años después cayó en la miseria: Julia se vio en la necesidad de emplearse en duros trabajos manuales. Una grave enfermedad la dejó paralítica de ambas piernas. En este estado de disminución física contó con la paternal ayuda de su párroco: se acrecentó su piedad y su entrega a la catequesis de los niños. Le tocó sufrir las graves consecuencias de la Revolución Francesa... El cura de Cuvilly tuvo que marcharse, siendo sustituido por uno de los muchos que se prestaron al juramento exigido por la Revolución. Como en muchísimas otras parroquias, también en ésta se organizó un grupo de feligreses resistentes en el que Julia se destacó desde el primer momento. Ella fue, además, acusada de esconder a algunos sacerdotes refractarios, y tuvo que refugiarse en Compiègne

Pasado el período del Terror, se fue a vivir a Amiens, socorrida por la vizcondesa de Gézaincourt, que andando el tiempo se convirtió en su colaboradora. Lo más importante fue su encuentro con el P. José Varin, superior de la Congregación de los Padres de la Fe. ¿Qué dotes y energías intuyó en aquella disminuida física que, para colmo, estaba sufriendo una pertinaz afonía? Sorprendentemente la invitó a fundar una obra consagrada a la educación cristiana de las niñas, una más de las que por doquier iban brotando para contrarrestar la acción descristianizadora de la Revolución. Se le juntaron algunas compañeras y comenzaron a vivir en comunidad el año 1803, ya bajo el Imperio de Napoleón, conforme a una regla provisional redactada por el

mismo P. Varin. Un año después emitieron los primeros votos: una deficiente física se veía convertida en fundadora. Y sucedió el milagro después de tantos años de enfermedad. El hecho es narrado en los siguientes términos:

«El día después de la fiesta del Sagrado Corazon, un sacerdote que realizaba con la presencia de ella un piadoso ejercicio, se le acercó diciendole “Si tiene fe, de un paso en honor del Sagrado Corazon de Jesus” Ella se levanto y camino por primera vez después de tan largo periodo de invalidez»

La fundadora, penosamente asendereada desde hacía años, se convertía ahora en monja andariega: realizó más de un centenar de viajes, yendo de un lado a otro incansablemente, para erigir nuevos conventos.

Elegida superiora general en 1805, otro tipo de persecuciones hizo presencia en su vida. Ya había fundado escuelas en los suburbios de Amiens y en otras localidades de la diócesis. El obispo, que le había prestado su apoyo decisivo, terminó por prestar oído a voces calumniosas, y la obligó a marcharse en 1809. Se estableció con sus monjas en Namur (Bélgica), y allí se reorganizó la Congregación bajo la protección del obispo Mons. Pirani de la Gaude. A partir de entonces la congregación es conocida con la designación de Hermanas de Nuestra Señora de Namur. Las fundaciones se multiplicaron en Bélgica y a todos sorprendía el hecho de que una mujer de muy limitada formación supiese dar inteligentes normas incluso para la organización de los estudios y la formación de las educadoras.

En Namur gozó continuamente de fama de santidad. Sus biógrafos mencionan éxtasis y milagros obrados en vida. Mayor consideración obtiene su propagación del culto al Sagrado Corazón de Jesús. Falleció santamente en Namur el 8 de abril de 1816.

Hoy su congregación se encuentra extendida por varias naciones de Europa, los Estados Unidos, América Latina, Japón y África.

JOSE MARIA DIAZ FERNANDEZ

Bibliografía

- BEA, F., *Quant'è buono il Signore. vita di S. Giulia Billhart, fondatrice delle Suore di Nostra Signora di Namur* (Milan 1969).
- CHARMOT, F., *Dans la lumière de la Trinité. Spiritualité de la Bienheureuse Julie Billhart, fondatrice des Soeurs de Notre-Dame* (Paris 1960)
- DESREUMAUX, R., «Billhart, María Rosa Giulia», en *Bibliotheca sanctorum*, t III, cols 189-190.
- RIC HOMME, A., *L'appel de la route: Julie Billhart, fondatrice des Soeurs de Notre-Dame de Namur* (Genval 1968).

BEATO DOMINGO DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO ITURRATE

Presbítero († 1927)

Domingo de Iturrate y Zubero, hijo primogénito del matrimonio compuesto por Simón y Marta, nació a las diez y media de la noche del 11 de mayo de 1901 en el caserío Ikurtarte del pequeño barrio de Biteriño, a tres kilómetros del casco del municipio vizcaíno de Dima al que pertenecía y que en total contaba con poco más de dos mil habitantes. En el caserío todavía se conserva ahora, tal cual, la habitación en la que nació el beato. Después de él vendrían diez hermanos, cinco chicos y cinco chicas. Al amanecer del día siguiente los Iturrate-Zubero lo llevaron a la iglesia parroquial de San Pedro de Dima, entonces de la diócesis de Vitoria, para ser bautizado por el coadjutor Martín Uriarte. Fueron sus padrinos José Zubero, abuelo materno, y María Antonia Olabarri, abuela paterna. Le impusieron el nombre de Domingo por ser uno de los santos del día y, además, el mismo nombre del abuelo paterno.

Simón Iturrate Olabarri había recibido de su padre Domingo, con vistas al matrimonio que celebraría con Marta Zubero Soloeta el 2 de julio de 1900, la finca Arana. En ella había construido desde 1897 una casa de planta baja, piso y desván. Se dedicaban a la labranza, siendo propietarios de una extensión de tierra considerable. Llevaban una vida fielmente religiosa, rezaban a las horas y al toque del Ángelus, todos los días el Rosario, todos los domingos asistían a Misa y a la función vespertina en la parroquia o en la ermita de San Millán que reunía alrededor las casas de Biteriño. En este ambiente rural «Txomin» abrió sus ojos a la vida y su conciencia a la vida cristiana. La escuela pú-

blica unitaria de Dima estaba en el piso alto del Ayuntamiento. Los niños no se escolarizaban entonces hasta después de los siete años pero, antes de haberlos cumplido, él ya había aprendido el «Gure Aita» (Padrenuestro) y el «Agur María» (Ave María) e incluso, como hermano mayor de seis años, recordaba a sus hermanas que había que rezarla al sonar cada hora.

Fue escolarizado a comienzos del curso 1908. Su padre testificó que, desde los primeros años, mostró afición al estudio, docilidad en casa, en la escuela y en la parroquia, y disponibilidad para cualquier trabajo que se le encomendaba en el campo pero, al mismo tiempo, se daba cuenta de que «tenía mayor disposición para los libros». Por eso le procuró maestros que también le dieran clases particulares en casa. Sus compañeros atestiguan que, por guardar siempre una conducta irreprochable, nunca recibió castigo alguno en la escuela. Cuando el párroco pidió al maestro «candidatos» para monaguillos, inmediatamente le fueron presentados dos, uno de ellos Domingo. A sus nueve años aprendió enseguida los «latines» para responder en la Misa y no le costaba madrugar para cumplir diariamente su oficio recorriendo los tres kilómetros de sendero para llegar a «misa de siete» —o la de seis, como le tocara—, alguna vez con nieve de cuarenta centímetros y siempre en la oscuridad anterior a la madrugada. Su hermano Pedro le llevaba el desayuno para que pudiera ir directamente de misa a la escuela.

Todos los domingos y fiestas había «Catecismo» en la parroquia. Jamás faltó. Su madre le tomaba la lección aprendida antes de acudir a la catequesis. Comenzó a confesarse a los siete años, puntualmente cada mes, después de salir de la escuela. Los chicos corrían atropellándose a buscar confesionario libre para irse a jugar antes. Domingo, todo formal, se quedaba quieto en el banco, esperando el turno que le tocara. En 1911, seguramente en la solemnidad de la Ascensión del Señor, recibió la primera Comunión, junto con su hermano Pedro, de manos del párroco Domingo Zárate. Y, dentro de la visita pastoral que hizo a Dima el obispo de Vitoria, don José Cadena, el 26 de agosto de 1913 en la misma parroquia de San Pedro, recibió el sacramento de la confirmación.

Hay que notar que, como Domingo viviría solamente veintiséis años —hasta 1927— y sus padres le sobrevivieron pues Simón murió en 1935 y Marta vivió hasta 1959, ambos pudieron declarar sobre las virtudes de su propio hijo en un proceso ordinario que comenzó en 1928. Su madre depuso que

«Domingo fue muy obediente, y siempre muy respetuoso con sus padres, sacerdotes y superiores en general. No recuerdo que les hubiera faltado nunca, así como no recuerdo haber recibido queja alguna de ellos. Era afable y entretenido en los juegos. Nunca ofendió a nadie»

Y el párroco testificaba:

«Desde pequeño Domingo dio muestras de gran piedad»

Y uno de sus amigos de infancia lo recordaba

«Como de indole dócil, muy juicioso para su edad. Era muy alegre y le gustaba jugar con nosotros. Era el más adelantado de todos nosotros en la escuela. Siempre respetuoso. Muy buen compañero. En todo se traslucía el candor de su alma»

Como atestiguan su madre, un tío y el párroco, desde niño se sintió inclinado a la vida religiosa, «desde los diez años» o «al menos desde los once años».

Lo que son las cosas, las de la providencia de Dios a través de las mediaciones de los hombres. Tenía dos tíos maternos franciscanos, un capuchino y dos sacerdotes diocesanos más en la familia, además de tres religiosas, una carmelita de la caridad y dos monjas, una clarisa y otra concepcionista. El franciscano, guardián de Olite (Navarra), no quería que el chico se hiciera religioso sólo por tradición familiar y por eso aconsejaba que pasara tiempo para comprobar —aunque en realidad no hacía falta— que los motivos de la vocación eran auténticos. Y logró de sus padres que no saliera de casa para educarse con los Asuncionistas de Elorrio.

Pero Justa, hermana de su madre, en agosto de 1914 cuando hacían una peregrinación desde Biteriño al santuario de San Antonio de Urkiola, le preguntó sobre su vocación y como viera que el chico estaba decidido y hasta decepcionado por la larga espera, le preguntó si conocía a los Trinitarios y si quería que hablara con ellos. Le respondió que sí. Al día siguiente le volvió

a preguntar si seguía firme y si quería que hablara de eso con ellos. Y le volvió a responder que sí, que estaba decidido. Por eso la tía se presentó en Algorta y arregló el asunto en menos de ocho días. No obstante, al padre le preocupaba que su hijo mayor entrara en un convento, por la ayuda que le prestaba en el caserío. Domingo hasta lloraba cuando escuchaba a su padre este parecer. Por fin, el 30 de septiembre de 1914, después de oír misa en la parroquia y despedirse del párroco y del maestro de Dima para recorrer los veinticinco kilómetros hasta Bilbao, guardando en la cartera los certificados de Bautismo, Confirmación y buena conducta, volvió a Biteriño para abrazar a su madre y a sus hermanos y comenzó a caminar decididamente con su padre hacia Arraita para coger el tranvía a Bilbao, hasta el Convento de Algorta. Por el camino don Simón aún le insistía en que lo necesitaba para el caserío y, con todo respeto, Domingo le respondía que su vocación era la de religioso y que otros hermanos quedaban en casa que le podrían ayudar. Su padre fue generoso y fuerte hasta la última hora de la despedida y entregó 500 pesetas de las del año 1914 para ayudar a los gastos del colegio apostólico, volviéndose a casa medio llorando. A Domingo lo había recibido el padre Maestro, quien nunca olvidó la alegría que a aquel chico le saltaba a la cara en el momento de introducirlo en la parte del edificio dedicada al Aspirantado.

Comenzó la vida de postulante como un religioso más. Se levantaba a las cuatro y media de la mañana. En un oratorio hacía el ofrecimiento de obras antes de ir a coro con toda la comunidad de frailes, que comenzaba a las cinco, donde realizaba esa media hora de oración con la iglesia en penumbra. Luego cantaba con todos las horas menores hasta participar en la celebración de la santa misa. En el Aspirantado tenía que hablar en castellano y con cierta dificultad porque en casa y en el pueblo hablaban habitualmente en vascuence. A un compañero, que quería abandonar el centro por este mismo problema, le convenció de que no tomara aquella determinación porque ese obstáculo desaparecería con el tiempo y, para ayudarle, le explicaba luego en euskera lo que en clases explicaban en castellano. Pero al mes de estar en el convento tuvo que volver a casa por

una erupción cutánea que le había salido en la cabeza. Y, como ayudaba tan bien a su padre, éste le seguía insistiendo en que se quedara a trabajar con él. En Navidad, que ya se le había pasado la erupción, volvió al Aspirantado.

Ya durante este tiempo se mostraba jovial e íntegro, obediente, puntual y cumplidor desde el alba hasta el anochecer, con cuatro clases al día, otras tantas horas de estudio entreveradas entre el coro y los rezos. Fue sacando buenas notas en los exámenes porque se dedicaba al estudio con alma, vida y corazón. Progresivamente, año tras año, fue creciendo en piedad sincera y en amor acendrado a Jesucristo y a la Santísima Virgen. Permanecía de rodillas en la oración o de pie en el coro, sin apoyarse en la «misericordia». Durante el tiempo de «siesta» se dedicaba a rezar solo. Poco a poco fue adentrándose en la espiritualidad trinitaria, no sólo por el rezo del trisagio sino también por el estudio de la misma espiritualidad, para vivirla como centro de toda su vida cristiana. Esta experiencia espiritual trinitaria le llevaba al amor profundo al prójimo mostrando afabilidad, ofreciendo ayuda especialmente a quienes tenían dificultad con las matemáticas y repartiendo con los demás lo que recibía en los paquetes que alguna vez le venían de casa. Incluso, por penitencia, se privaba de alimentos hasta llegar a enflaquecer. Luego él mismo confesaría que en este tiempo había sufrido «oscuridad, tinieblas, dudas, zozobras, temores, penas, amarguras y angustias», pero vivía con tal paz y serenidad que nadie se hubiera percatado de ello. Ya desde entonces se decidió a vivir, con toda limpieza de alma y cuerpo, la virtud de la castidad.

En 1917 desde Algorta pasó al noviciado que estaba en el santuario de la «Bien Aparecida» en Cantabria, donde los trinitarios estaban desde 1908. El 11 de diciembre tomó el hábito eligiendo como nombre fray Domingo del Santísimo Sacramento por su amor a la eucaristía. Anotaba: «No tengo que fijarme en qué hacen los demás, sino mirar qué es lo que exige Dios de mí». El horario era el mismo, sólo que las clases eran *instrucciones* del padre Maestro para la formación humana y espiritual; las horas de Coro se veían intercaladas en este tiempo con el trabajo en la casa y en el campo. Su personalidad espiri-

tual llamaba la atención tanto a sus connovicios como a los padres de la comunidad. Uno hablaba de él, a otro, así:

«Mire, Padre, he visto a ese novicio arratiano Es cosa fina He quedado impresionado de como reza el Oficio ¿Sabe lo que le digo? Algun día nuestro Domingo sera algo grande y extraordinario»

Verdaderamente a esta edad ya era un joven de oración, no sólo en la Liturgia de las Horas sino también en la contemplación ante el Santísimo Sacramento y, por eso, cuanto pensaba, decía y hacía era «en Dios, por Dios y para Dios» La mañana y la tarde, como dos jalones del día, los dedicaba a dar gracias a Dios por la Eucaristía en la que había participado y a prepararse para la del día siguiente, por eso había logrado que en su vida la Eucaristía fuera culmen no sólo de su día sino de toda su vida. Para vivir así había comprendido el silencio en las horas señaladas tanto en el noviciado como luego en su vida religiosa; y las penitencias externas, como camino para la penitencia interior y el cambio permanente del corazón hacia el Señor, y la diligencia en el trabajo diario, como una alabanza a Dios en servicio a los hermanos. El 14 de diciembre de 1918, con otros doce novicios, en la iglesia del mismo santuario de la Virgen «Bienaparecida», ante el superior P. Tomás Gamboa hizo su primera profesión. Sobre ese día escribió:

«El día de mi Profesion simple cesaron los trabajos interiores y recibí el don de la tranquilidad Desde entonces mi serenidad de animo es habitual, la paz y la quietud interior inalterables» Y «to dos los dias, a la mañana, en la comunión, renovare los votos»

Después de la Navidad comenzó allí mismo, con sus compañeros, el primer curso de estudios filosóficos

En 1919 fue seleccionado y destinado con otros tres compañeros al convento de San Carlos de Roma, que la Orden había encargado construir a Borromini en el XVII Desde Cantabria a Bilbao, y, desde Barcelona, se embarcaron hasta Génova para llegar luego a Roma. En San Carlino como se le llama a este convento en la orden con diminutivo cariñoso, en el monte y via Quirinale, comenzó a vivir en el segundo piso donde estaba el «Coristado» y a frecuentar las clases de la Pontificia Universidad Gregoriana, pues el convento, como los demás centros

de seminaristas y de religiosos, hacía de Colegio Mayor, acudiendo los estudiantes a los distintos ateneos y universidades romanas. Allí lo descubrió, de un solo vistazo, mons. Carlo Salotti, arzobispo y secretario de la Congregación de Propaganda Fide que luego sería cardenal. No le probó bien, al principio, el clima de Roma ni la alimentación diferente. Pero nunca se quejó de ello. Seguía el mismo horario de la Orden insertando en él las horas de clase en la Gregoriana. Acudía un rato antes, para orar, a la famosa capilla de San Macuto. En el primer curso obtuvo la máxima calificación y se le encargó la «disputa académica». Después de tres cursos, en 1922 y por obediencia a sus superiores, a sus veintiún años obtuvo el grado de Doctor en filosofía. El padre Maestro de filósofos testificó de él sobre este tiempo:

«Como religioso, observaba una conducta ejemplar. Sobresalía por su obediencia ciega y por el fervor con que practicaba los ejercicios de piedad»

De tal forma le salía a la cara, que un pintor como Miguel Marañón, que vivía becado en el mismo convento, le pidió al superior que permitiese a Domingo posarle para un cuadro, precisamente porque la virtud la reflejaba en su rostro con naturalidad y sencillez.

El 23 de octubre de 1922 hizo la profesión solemne, ante el padre Antonio de la Asunción, ex ministro general de la Orden y director espiritual de Domingo. Escribía de ese momento: «Al verme ligado con los sagrados votos, mi alma se siente llena de alegría y felicidad». Y había dicho a la comunidad: «Pidan al Señor que sea fiel a mi vocación». Al comienzo de ese curso fue matriculado en primer curso de Teología. Era un estudiante totalmente dedicado, comenzando a orar antes de cada rato de estudio, pero, incluso dentro de él, se le saltaban las jaculatorias al admirarse y asombrarse de lo que estaba estudiando. Alguna vez lo sorprendieron estudiando de rodillas. En los libros señalaba las páginas con papelitos en los que había escrito frases bíblicas que le habían impresionado. Cuando un compañero le preguntó por qué lo hacía, con buen humor le contestó que «Para distraerme de cuando en cuando». En cada uno de esos cursos, con notas excelentes, también fue elegido para arguir en

sesiones públicas. Mientras tanto compaginaba el estudio con su cargo de «celador» o responsable de los estudiantes más jóvenes. Y ese oficio le proporcionó algunos disgustos, pues debía llamar la atención a cada uno y «no todos mis subordinados estaban satisfechos de mi actuación». Pero él ponía sus ojos, sus oídos y su corazón abiertos, a todos y a todo, con un tacto amigable y caritativo, buscando siempre el modo de acrecentar la fraternidad entre sus hermanos.

Durante este tiempo fue recibiendo las distintas órdenes. En febrero de 1924 la tonsura en la Basílica de Santa María sopra Minerva, en marzo el ostiariado y lectorado en la de San Juan de Letrán, y también allí en abril el acolitado y el exorcistado de manos del obispo vicegerente, mons. Palica. En octubre de 1924, primero de prueba y luego al año siguiente definitivamente, emitió un voto privado: «El voto de hacer lo que conociere ser más perfecto». En marzo de 1925 recibió el subdiaconado y en abril, con dispensa de tiempo, el diaconado, éste de manos del cardenal vicario Basilio Pompili. Para cada una de esas órdenes realizó los ejercicios espirituales prescritos. Y el 9 de agosto de ese mismo año, en la Basílica de los Doce Apóstoles, junto con otros dos compañeros, fue ordenado presbítero por el mismo cardenal vicario. Había escrito en los ejercicios para el sacerdocio en una lista de ocho números, el primero: «La santidad es de precepto en el sacerdocio (Sto. Tomás)». Y, como ése, enhebraba otros tantos puntos de santos padres.

A pesar de las tentativas familiares para que fuera a decir su primera misa a su pueblo, Domingo prefirió seguir el camino de la obediencia y preparó su cantamisa en la capilla de las Adoratrices de Roma. A los dos días, escribía a su tía Justa para agradecerle cuanto había hecho por su vocación, contándole la experiencia espiritual de su ordenación y primera misa y concluyendo:

«¡Dichosas las familias que tienen la dicha de poder contar entre sus miembros a un ministro del Señor que pueda rogar por ellas!»

También escribió a sus padres, con toda gratitud, para decirles que sintieran el gozo que él experimentaba por ser religioso y sacerdote.

A finales de 1925 el Ministro General accedió a la petición de la Congregación de Propaganda Fide de que los trinitarios pudieran trabajar en las misiones de Madagascar. Fray Domingo fue uno de los primeros en ofrecerse. Después sería destinado a Lima, junto con otro compañero, pero se le presentó la enfermedad y ya fue imposible. Cuando en junio de 1926 partieron los primeros trinitarios para Madagascar, mientras él ardía de fiebre en la cama, le quemaba también lo que comenzaba a ser «el sueño dorado», haberse ido con ellos.

En mayo de 1926 había sido nombrado en el capítulo provincial de Córdoba «Maestro de estudiantes». Era un título al servicio de la Orden. Y fue en junio cuando se había desvanecido estando en el Coro. Una infección intestinal le había originado unas fiebres malignas pero el médico se quedó preocupado por si aquello ocultaba un origen más grave. En esta situación experimentó el desvalimiento y la dependencia de otros, pero mantenía siempre la serenidad: «Procuraré llevar las pruebas con gran conformidad con la voluntad de Dios».

En julio de 1926, en medio de la fiebre, dio su examen final y obtuvo el grado de Doctor en teología. Justamente antes del examen de doctorado pasó más de un mes en cama con la infección intestinal, y en ese mismo tiempo, con la ayuda de un compañero que le leía los temas, preparó el examen de grado. Después fue a Rocca di Papa para unas vacaciones más necesarias que nunca, donde iba la comunidad en cada verano. Seguía el mismo horario dedicando su tiempo al trabajo en la casa, departiendo frecuentemente con el cardenal Salotti. En agosto se sentía mejor, pero el 15 le asaltó una tos seca y un intenso dolor en la espalda. El Dr. Morellí le diagnosticó una tuberculosis pulmonar en estado muy avanzado. En fray Domingo se entremezclaba entonces la serenidad con la tristeza y la tranquilidad con el desaliento. El médico aconsejó que se trasladase a su tierra para tratar de mejorar en su propio ambiente. Se despidió, en Roma, de las basílicas de San Pedro y San Pablo y, a comienzos de septiembre, por tren volvió a España pasando por Lourdes.

Llegó por San Sebastián hasta Algorta después de un viaje de tres días. Los doctores, que diagnosticaron pleuresía avanza-

da, le recomendaron reposo absoluto. Aquel joven sacerdote tenía que celebrar el sacrificio de su enfermedad, porque no le permitían levantarse a celebrar la eucaristía. Escribía en septiembre:

«Sea el Señor bendito y haga en todo su santa voluntad, que es siempre justa y recta. Aquello que el Señor nos manda, es siempre lo mejor y lo más útil»

Y en octubre:

«¡Qué felicidad el morir joven, antes de meterse en oficios y empleos, cuando no se tiene que dar otra cuenta que la de sí mismo!»

Las cartas que escribía desde la cama, a su familia, a sus compañeros de Roma, a sus superiores, muestran su talante alegre y su paciencia ofrecida como holocausto. Fijaron el 21 de noviembre para que celebrara la misa mayor en Dima y hasta llegó a ser trasladado en coche, pero, por falta de fuerzas, no pudo celebrar más que la misa rezada de nueve, dando con inmenso gozo la comunión a sus padres y hermanos.

Como no mejoraba, los médicos aconsejaron cambiarlo de ambiente a un lugar más seco, en la Mancha. Antes en Madrid fue reconocido y le diagnosticaron tuberculosis en los dos pulmones, de estado avanzado e incurable, recetándole inyecciones intravenosas cada día y reposo absoluto. Lo que más le costaba era no poder celebrar la misa y se preguntaba: «¿Qué será lo más perfecto a los ojos de Dios?». Pidió permiso y le dejaron celebrar y acostarse enseguida. Lo enviaron a Belmonte (Cuenca) porque en el convento de Madrid no podían ofrecerle las mejores condiciones. El 28 de diciembre viajó a Belmonte, donde los trinitarios ocupaban desde 1923 un convento fundado en el siglo XV por los franciscanos. Al llegar, dijo: «He venido a dejar aquí mi cuerpo», «Hic dormiam et requiescam», se arrodilló y besó la tierra.

A pesar de las esperanzas de los médicos y de ligeras mejorías, en realidad no mejoraba definitivamente.

«De seguir como vamos, pronto me parece que podremos decir “esta proximo el momento de mi partida”, felices si podemos añadir en verdad con el mismo Apostol “deseo morir y estar con Cristo” »

El 6 de febrero de 1927 se encomendó al entonces beato y hoy San Juan Bautista de la Concepción. El 13, domingo, celebró la misa implorando su curación, pero era porque deseaba que la gracia de su curación sirviera como milagro para la canonización de San Juan Bautista, aunque luego muriera de otra enfermedad. Al día siguiente, le flaqueaban las fuerzas y, con fiebre, volvió a levantarse para celebrar misa en el oratorio. Su «última» misa. Por un lado, deseaba vivir con todas sus ganas de joven, por otro, respondía también con todas sus fuerzas: «¡Qué felicidad morir joven!». En el mes de marzo se estaba consumiendo, como él mismo notaba. Comulgaba diariamente y leía el Kempis. Tenía que interrumpir varias veces el Oficio, el trisagio y el Rosario. Escribía a sus padres:

«No os preocupéis demasiado. Dios nos dará lo que convenga. Yo vivo muy contento y feliz, y estaré más contento, si vosotros, conformándoos con la voluntad de Dios, estuviereis contentos». No dejaba de repetirse y manifestarlo: «¡Dios es buen Padre!».

Nunca, como en este tiempo, afloraba su espiritualidad centrada en la Santísima Trinidad, en el amor a la humanidad de Cristo, contemplada de modo singular en la Eucaristía, y a la Virgen María. El amor a Cristo y a su Madre le introdujo siempre en el amor al misterio de Dios único en Trinidad de personas.

El 6 de abril recibió la unción de los enfermos y el viático. Pidió perdón a sus hermanos y otorgó el suyo a todos. Al día siguiente sonaron las «tablillas» anunciando la agonía de fray Domingo y todos acudieron a su celda. En el comienzo del atardecer del mismo día 7 le alcanzó su muerte, cuatro días antes de que fuera a cumplir veintiséis años.

Era el primer trinitario que moría en aquel convento de Belmonte y fue enterrado en el cementerio municipal, donde permaneció hasta 1948. Sus restos fueron trasladados entonces a un sepulcro en la iglesia del mismo convento de trinitarios donde permanecieron hasta 1974, en que fueron llevados al convento de Algorta.

Los procesos ordinarios para su canonización de las diócesis de Vitoria, Cuenca y Roma se desarrollaron entre 1928 y 1936. Los procesos apostólicos abiertos en 1949, en Cuenca y en Bilbao, fueron clausurados en 1961. En 1980, en Roma, Juan

Pablo II publicó el decreto sobre sus virtudes heroicas, declarándolo Venerable.

En 1961 se había celebrado en Valencia el proceso apostólico sobre un milagro atribuido a fray Domingo y el proceso de Roma entre 1981 y 1983; se trataba de una curación, por su intercesión, de una mujer, Aurora Fernández, con proceso necrótico intestinal desahuciada en 1948, a quien las Hermanas Trinitarias de Concentaina le sugirieron que se encomendara al Siervo de Dios y que recuperó la salud milagrosamente. Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 30 de octubre de 1983.

JOAQUIN MARTIN ABAD

Bibliografía

- A. DE LA ASUNCION, *Vida del P. Fr. Domingo del Stmo. Sacramento* (Madrid 1928)
A. DE SANTA TERESA, *Heroismo al día* (Salamanca 1964)
ANASAGASTI, Pedro de, *Reto juvenil a la muerte. fray Domingo del Santísimo Sacramento Iturrate, Trinitario Descalzo* (Bilbao 1959).
BIZKARGUENAGA, I., *El P. Domingo Iturrate, Venerable* (Roma 1981)
FUENTES, M., *La voluntad de ser santo: fidelidad día a día: beato Domingo Iturrate Trinitario* (Bilbao 2001).
JUAN PABLO II, *Venerabili Servo Dominico Iturrate et Zubero Beatorum honores deferuntur* (Roma 1983).
OLABARRI, M., *Nuestro protector, el venerable Padre Domingo del Santísimo Sacramento Iturrate Zubero, sacerdote trinitario* (Madrid 1980)
URKIDI, T., *El libro eucarístico de Dima* (Bilbao 1944).
ZABALA, C. M.^a, *Beato Domingo Iturrate: juventud comprometida* (Algorta 1983).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN DIONISIO DE CORINTO

Obispo († 180)

Dionisio era obispo de Corinto durante el reinado de Marco Aurelio, coincidiendo también su episcopado con el papado de San Sotero (166-175). Estuvo en relación epistolar con otras Iglesias, entre ellas la de Roma, a cuyo Papa elogia. Era partidario de admitir fácilmente en la comunión de la Iglesia a los pecadores arrepentidos. Aunque en la Iglesia bizantina tiene el título de mártir, no hay seguridad de que acabara sus días por el martirio.

BEATO JULIAN DE SAN AGUSTÍN

Religioso († 1606)

Julián Martinet nació en Medinaceli en el seno de una familia procedente de Francia y que había venido a España huyendo de los hugonotes. Su nacimiento fue hacia el año 1550. Sintió la vocación religiosa e ingresó en el convento de los franciscanos, pero al poco estos lo despidieron. Lo intentó otra vez pero le pasó igual. En el mundo llevaba, sin embargo, una vida tan religiosa y ejemplar que los mismos frailes se sintieron llamados a ofrecerle hacer una tercera tentativa. Esta vez sí llegó a la profesión religiosa como hermano lego tomando el nombre de Julián de San Agustín. Sus penitencias increíbles lo hicieron notable en el convento, y un franciscano amigo suyo lo llevaba a sus predicaciones misionales porque la ayuda suya era inestimable con los testimonios de fe que daba de palabra y con el ejemplo. Los reyes de España quisieron conocerle personalmente y para ello fue a Madrid. Murió el 8 de abril de 1606. Fue beatificado el 23 de mayo de 1825.

9 de abril

A) MARTIROLOGIO

- 1 En Alejandria, San Maximo († 282), obispo
- 2 En el mismo sitio, San Edesio († 306), martir
- 3 En Sirmio de Panonia, San Demetrio (s III-IV), martir
- 4 En Cesarea de Capadocia, San Eupsiquio († 362), martir
- 5 En Le Mans (Francia), San Liborio (s IV), obispo
- 6 En Amida de Mesopotamia, San Acacio (s V), obispo
- 7 En Mons (Belgica), Santa Waldetrudis († 668), religiosa *
- 8 En Jumieges, San Hugo († 730), obispo de Ruan *
- 9 En Burgos (España), Santa Casilda de Toledo († 1075), virgen **
- 10 En Areuil (Limousin), San Gauquerio († 1140), canonigo regular
- 11 En el Monte Senario (Toscana), Beato Ubaldo Audimari († 1315), presbitero, de la Orden de los Servitas *

12 En Thana (India), Beato Tomas de Tolentino († 1321), presbitero, de la Orden de Menores, martir **

13 En Bricherasio (Italia), Beato Antonio Pavoni († 1374), presbitero, de la Orden de Predicadores, martir *

14 En el campo de concentracion de Auschwitz (Polonia), Beata Celestina Faron († 1944), virgen, de la Congregacion de las Pequeñas Siervas de la Inmaculada Concepcion, martir *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SANTA CASILDA DE TOLEDO

Virgen († ca 1075)

Hija de un rey moro de Toledo que debió reinar a mediados del siglo XI, en tiempos de Fernando I de Castilla, la figura de la gentilísima princesa Casilda parece escapar al rígido marco de la historia y acomodarse mejor en el de la poesía y la leyenda. Su nombre en arabe —*casida*— significa «cantar». Un verso que vuela en alas de la música: algo delicado, fugaz e inaprensible. Así fue Casilda en vida y sigue siéndolo en la memoria del pueblo cristiano. Cuanto a ella se refiere carece de contornos definidos y hállese envuelto en esa bruma de misterio que suele rodear a los seres que más vivamente han impresionado la imaginación popular. No hay acuerdo sobre el verdadero nombre del rey moro, su padre —¿Cano? ¿Almacrin? ¿Almamún?—, ni sobre el caracter y condición de dicho monarca, que unos imaginan feroz perseguidor de los cristianos y otros magnánimo, benigno y tolerante; mientras unos afirman que Casilda fue hija única, otros le atribuyen numerosos hermanos. Todo es incierto y contradictorio. Pero hay algo que no ofrece duda, y es la profunda huella dejada en la memoria de nuestro pueblo por el paso leve y alado de una doncellita que, por amor a Cristo, trocó la fastuosidad y regalo de una corte morisca por las asperezas de una vida solitaria y penitente.

El relato más fidedigno de la vida de nuestra Santa, en opinión de los Bolandos, es el que conserva la iglesia de Burgos en su Breviario. Dice así:

«En los tiempos antiguos hubo un rey en Toledo llamado Cano Poderoso y valiente en las armas, acostumbraba a dirigir sus

ejércitos contra los cristianos, causando grave daño a la fe verdadera. Retenía en su reino a muchos cristianos cautivos. Por disposición divina, este enemigo terrible de la fe cristiana tuvo una hija única llamada Casilda, para que de un tallo tan malo brotara una flor de blancura admirable sobre la que descansara el Espíritu del Señor.. El Espíritu deífico, por el incendio de la devoción, la levantaba hacia Dios; por la suavidad de la compasión la transformaba en Cristo, y por la piedad de la condescendencia la inclinaba al prójimo. De tal manera que a los afligidos, y principalmente si eran cristianos, aunque nacida de familia sarracena, se bajase hacia ellos con una ternura de intensísima compasión. Tenía como ingénita la virtud de la clemencia, sobre la cual se posó la gracia de Dios duplicándola. Así que su piedad, de tal manera se derramaba tratando con los cautivos pobres, que a los que no podía alargar la mano alargaba su afecto. Tenía la costumbre todos los días sin falta —por las entrañas del amor a Cristo, por su reverencia a la suavidad de Jesús— de consolar a los cautivos cristianos con su grata presencia, y a ellos alargaba sus manos ayudadoras, llenas de dádivas»...

Mujer de gran corazón, la gracia halla en él terreno propicio para sus maravillosas transformaciones. Casilda debió ser instruida en la fe cristiana por los mismos cautivos a los que socorría, los cuales pagaban así, con el más alto bien espiritual, los dones materiales que de ella recibían. La semilla de la fe cayó en buena tierra y pronto dio el ciento por uno. Admírase de ello el piadoso cronista del Breviario de Burgos:

«¡Cosa admirable y nunca vista! Nacida de un acebuche, contra la naturaleza de su nacimiento se transformó en buen olivo para así dar óptimo fruto. ¿De dónde un árbol infructuoso pudo producir un ramo tan feraz de excelentes frutos? Porque así estaba predestinado por la bondad inmensa de Dios desde toda la eternidad».

No se recataba Casilda de su manifiesta solicitud para con los cristianos que gemían en las mazmorras de su padre, cosa que mereció las censuras de los nobles palaciegos. Enterado el rey de la extraña conducta de su hija, comenzó a espiarla y la sorprendió un día en que se dirigía a visitarles. «¿Qué es lo que llevas recogido en tu enfaldo?», preguntóle severamente. «Rosas», contestó Casilda. Y, desplegando su manto, vio el rey que, efectivamente, eran rosas. Desconcertado, dejó el paso libre a su hija, que, llegándose con presteza a los prisioneros, pudo entregarles lo que en realidad eran sabrosas viandas y que sólo por

un prodigio del Señor pudo parecer rosas a los ojos del enfurecido monarca.

La gracia de Dios iba trabajando el corazón de Casilda, inclinándola irresistiblemente hacia la religión cristiana. Ya su corazón pertenecía plenamente a Cristo. Pero ¿cómo podría ella, princesa mora, sujeta por tantos lazos a la religión del Islam, recibir el bautismo y hacer pública profesión de la verdadera fe? Un foso infranqueable parecía separarla de su generoso propósito. Sin embargo, la divina Providencia velaba.

Aconteció, pues, que la princesa contrajo una grave dolencia que fue marchitando poco a poco todos los encantos de su fragante juventud. Padecía flujo de sangre, y los rudimentarios recursos de físicos y curanderos se mostraron pronto impotentes para atajar el mal. Dios le hizo saber entonces, valiéndose de los cautivos cristianos que tanto la querían, que únicamente podría recobrar la salud bañándose en las milagrosas aguas de San Vicente, en la Castilla cristiana cerca de Briviesca. Así la Providencia disponía suavemente los caminos que debían conducir a Casilda hacia otras aguas regeneradoras, las del bautismo.

Obtenido, no sin dificultad, el permiso paterno para realizar el viaje, despidióse Casilda de su anciano padre, que no debía volver a verla en la vida. Un brillante séquito dio escolta a la princesa mora hasta Burgos, donde a los pocos días de su llegada recibió solemnemente el santo bautismo. Poco tiempo se detuvo Casilda en la capital de Castilla. Reanudando su penosa marcha, dirigióse hacia los montes Obarenes, llegando, por fin, a los ansiados lagos de San Vicente, junto al lugar del Buezo, en los que, orando con fervor y confianza, alcanzó la salud perdida. Resuelta a consagrar a Cristo la virginidad de su cuerpo milagrosamente sanado, determinó Casilda pasar el resto de su vida en la soledad de aquellos parajes entregada a la oración y la penitencia. Y así lo cumplió con admirable fortaleza y constancia hasta el fin de sus días. Murió de muy avanzada edad, siendo sepultada en su misma ermita, que pronto se convirtió en lugar de peregrinación de innumerables devotos.

Sobre el cañamazo de esta primitiva narración, de transparente sencillez, han ido acumulando los años y el celo no siem-

pre discreto de sus entusiastas biógrafos maravilla sobre maravilla. Sin embargo, no necesita nuestra Santa el espaldarazo de tales prodigios superfluos. El gran milagro de Santa Casilda es ella misma: su gran corazón capaz de amar a Dios y al prójimo hasta el total olvido de sí.

Puede colegirse cuál debió ser la fuerza de este amor en el alma de nuestra Santa ponderando la vida de completo y durísimo desprendimiento a que la llevó. La que pudo ser gala y ornato de una corte, criada entre blanduras y exquisiteces, vive ahora en una cueva que no logra protegerla contra las ventiscas del invierno ni los rigores del estío, sus delicadas plantas, que sólo pisaron suaves alfombras, huellan ahora, descalzas, los ásperos cantos de los pedregales, su alimentación y su vestido se reducen a lo estrictamente indispensable para subsistir. Y por encima de estas austeridades corporales está la que, para Casilda, debió ser la mayor de las privaciones: la soledad. Su corazón, exquisitamente femenino, hecho para la ternura y la compasión, debió sufrir enormemente al verse privado de cauce humano donde derramarse. Ya no la rodeaban los pobres, los cautivos, los afligidos, los pobrecitos de Cristo, tendiéndole sus manos suplicantes, ni ella podía ya alargarles las suyas portadoras de tantos beneficios. Estaba sola. Casilda había hecho en sí y en torno a sí un vacío profundo. Pero la plenitud rebosante del amor de Dios iba a llenar pronto este abismo insondable hasta los bordes y, derramándose, alcanzaría su benéfico influjo a distancias insospechadas, donde jamás habría podido llegar su presencia física. Hay un prodigio, de los muchos que se atribuyen a la Santa, que parece ilustrar esto como un ejemplo: dicese que hombres y ganados podían andar seguros por las peligrosas laderas de los montes Obarenes mientras la Santa los habitó. Nunca ocurrió accidente alguno a pastores, peregrinos o viajeros que se arriesgaban por aquellas inhóspitas soledades: la presencia, aun lejana e invisible, de la Santa les protegía. Casilda continuaba así fiel a sí misma, solícita y maternal. Pero este prodigio, que tan bien le cuadra, no es más que una concreción material de la misión espiritual que toda alma santa tiene en el cuerpo místico de la Iglesia. Lo esencial es que haya santos, no que realicen prodigios. Su sola presencia nos protege, su exis-

tencia por sí sola nos enriquece, puesto que todos no hacemos más que uno en Cristo Nuestro Señor.

El cuerpo de Santa Casilda reposó en su primitiva sepultura, cavada en la entraña de la roca, hasta 1529, en que fueron trasladados sus restos al santuario que sobre su misma tumba se edificó. En 1601 se llevaron parte de los venerados despojos a la catedral de Burgos, parece ser que también en la catedral de Toledo se veneran algunas cenizas de la infanta mora. En 1750 el abad de San Quirce inauguró el nuevo altar dedicado a la Santa en la nave mayor del santuario y se trasladaron a él las reliquias, que desde entonces descansan en una urna rematada por su propia imagen yacente, obra de Diego de Siloé. La portada de la iglesia actual se atribuye a Felipe de Vigarni, el Borgoñón. Desde muy antiguo el santuario es patronato del Cabildo de la catedral de Burgos, que mantiene en él un capellán encargado del culto permanente. Hay una hospedería al servicio de los peregrinos y carretera de fácil acceso al santuario desde Briviesca.

Santa Casilda es invocada en los casos de flujo de sangre, caídas y accidentes de todas clases. Es patrona de la comarca de Burgos y, en los últimos días de junio, acuden a su santuario, de todos los pueblos de la provincia, muchedumbres devotas que pregonan la eficaz intercesión de la santa princesa mora, que dejó en la bravía aridez de aquellas cumbres el buen olor de su vida contemplativa y penitente.

DOLORES GUELL

Bibliografía

Acta SS. Boll., 9 de abril.

ESPINA, C., *Casilda de Toledo: vida de Santa Casilda* (Madrid 1940)

— Actualización:

LOPEZ MARTIN, N., «La biografía de Santa Casilda escrita por Fr. Gonzalo de Valbuena, OFM»: *Burgense* 2 (1961) 447-456.

LOPEZ MARTIN, N., *Santa Casilda* (Burgos 1968)

BEATO TOMÁS DE TOLENTINO

Mártir († 1321)

Nos encontramos con esta sugerente figura del Beato mártir Tomás de Tolentino, un italiano medieval, poco conocido en nuestro país, fuera de los ámbitos de la familia franciscana a la que perteneció. No goza de ese hálito popular de milagrero con el que los hagiógrafos nos han pintado siempre a San Antonio de Padua, ni estuvo como San Buenaventura en la cumbre de la intelectualidad de su tiempo, pero sí puede rivalizar con ellos y con otras grandes personalidades del franciscanismo en su noble espíritu de pobreza, sin duda alguna la herencia más rica recibida de su Padre San Francisco. Defensor acérrimo de esa pobreza radical con la que el «Poverello de Asís» se había «desposado», tratará junto a otros de sus hermanos menores de salvaguardar ese particular legado de su Santo fundador, aunque para ello haya de situarse en frontera, con los riesgos que ello siempre ha conllevado.

En torno a 1260 nace Tomás en Tolentino, ciudad de la región italiana de las Marcas, cuyo nombre se halla vinculado al santoral por ser, además, la cuna del célebre agustino San Nicolás de Tolentino.

Hacia 1275 entra en la Orden franciscana, donde se situará en el controvertido grupo de los «espirituales» de Ángel Clareno (1247-1337), quienes llevaron su defensa de la pobreza hasta el extremo de llegar a enfrentarse con la jerarquía eclesiástica, e incluso algunos de ellos con tal radicalidad que terminaron fuera de la Iglesia en comunidades de tipo herético o sectario. Lo mismo Clareno que Ubertino de Cassale (1259-1328) y que Pedro de Olivi (1248-1298), señalados jefes de este movimiento, propugnaban la supresión del estudio de la filosofía aristotélica, la pobreza personal absoluta y la obligatoriedad en el cumplimiento de la Regla y del «Testamento» de San Francisco, declarando ilícitas todas las dispensas pontificias al respecto.

Tomás se había convertido pues, junto a quienes mantenían y querían imponer a toda costa aquellas ideas, en el celoso «defensor de la antigua pobreza», teniendo que verse por ello privado de libertad en varias ocasiones, ya que fueron perseguidos, tanto por la jerarquía como por ese otro sector de la Orden que

no pensaba como ellos. Primeramente iba a ser recluido en un eremitorio de las Marcas, y después por dos veces encarcelado, hasta su definitiva liberación en 1289.

Hoy, a casi nueve siglos de distancia y viendo aquellos acontecimientos desde la tribuna de la historia, no podemos tachar sin más de subversiva la actitud de todos aquellos franciscanos, cuya pobreza y forma de vida querían seguir manteniendo sin ningún tipo de exención o reforma, tal como había sido la de su Santo fundador. Aunque, como es bien sabido, sí los hubo que llevaron sus ideas a una radicalidad extrema, mas no es ciertamente éste el caso de nuestro biografiado, pues siempre actuó movido por su rectitud de intenciones y por su fidelidad al carisma de la Orden.

En 1290, lo mismo que algunos otros «espirituales», es enviado como misionero a Armenia, donde realiza un intenso y fecundo apostolado, que iba a llegar incluso a las más altas esferas del país, ganándose por entero la confianza del rey Aitón II, y hasta tal punto, que en 1292 es enviado por el soberano como embajador suyo al papa Nicolás V y a los reyes de Francia y de Inglaterra, en demanda de ayuda ante la constante y gran amenaza que los sarracenos suponían para su pueblo.

Tras haber llevado a cabo la misión que el rey armenio le había encomendado, vemos de nuevo a Tomás de Tolentino anunciando vibrantemente la fe de la Iglesia por aquellas tierras, aunque en dos momentos más se verá obligado a regresar a Europa, primeramente, en 1295, para entrevistarse con el ministro general de su Orden, Juan de Morrovalle, a fin de defender la causa de los «espirituales», pues por aquella época las controversias internas entre los hijos de San Francisco se hallaban al rojo vivo, dado que ya para entonces estaban más que delineadas las dos corrientes o facciones diferentes que iban a dividir al franciscanismo. Por una parte los más moderados, que darían origen a los «conventuales», y por otra, quienes, como nuestro beato, propugnaban una mayor austeridad y radicalidad en la observancia de la pobreza, que acabarían convirtiéndose en los llamados «observantes».

Posteriormente, en 1307 va a realizar su tercer viaje al continente europeo, y en esta ocasión por motivos exclusivamente

misioneros, pues había de encontrarse en Poitiers con el papa Clemente V a fin de darle a conocer los resultados de la misión llevada a cabo en China por Juan de Montecorvino, que en 1294 había llegado hasta Cambalu-Pekín, y a la vez pedir ayudas y personal para que aquella difícil, pero a la vez hermosa y esperanzadora, empresa no se viniera abajo.

Entre los años 1308 y 1320 nos encontramos con un completo vacío en la biografía del Beato, aunque se cree que trabajó precisamente en la misma misión para la que había solicitado ayuda ante el Papa. Lo cierto es que a finales de 1320 se hallaba en Ormuz, en el Golfo Pérsico, dispuesto a embarcarse hacia China. En este viaje aparece acompañado por otros tres franciscanos más, con los cuales alcanzará después la palma del martirio: Santiago de Padua, sacerdote, Pedro de Siena, todavía clérigo, y un hermano lego de origen georgiano, Demetrio de Tiflis, buen conocedor de las lenguas orientales.

Felices por poder desarrollar su obra misionera en aquel gran imperio asiático, los cuatro frailes se ven, sin embargo, obligados a desembarcar en la costa occidental de la India, en la isla de Salsette, cerca de Bombay, donde son calurosamente recibidos por un grupo de cristianos nestorianos, pertenecientes a unas antiguas comunidades muy extendidas en la India, entre los cuales van a recibir cobijo en la ciudad de Thana. Si bien dicha ciudad se hallaba en manos de los musulmanes que ejercían el gobierno y administraban la justicia, lo que explica la gran acogida de la que fueron objeto los cuatro franciscanos por parte de aquellas buenas gentes, que aunque no pertenecieran como ellos a la Iglesia católica, eran al fin y al cabo cristianos, cuya fe se veían obligados a vivir en un ambiente, si no hostil, al menos sí poco propicio para su fe.

Aquí pues, en Thana, será donde el Beato Tomás de Tolentino y sus hermanos hallarán la muerte por haber proclamado abiertamente su fe cristiana ante el cadí (juez) de la ciudad.

En cierta ocasión nuestros cuatro frailes fueron llamados ante un tribunal, como testigos en un pleito familiar al que habían asistido. Invitados por el cadí y por los musulmanes presentes a que les expusieran su fe, la comparecencia acabó finalmente convertida en una disputa teológica, en la cual nuestros

misioneros afirmaron sin rodeos la divinidad de Jesucristo, único salvador de los hombres, a la vez que declaraban a Mahoma hijo de la perdición, condenado a quemarse en el infierno, lugar al que lo acompañarían todos sus seguidores.

Evidentemente tales respuestas exasperaron de tal modo a sus interlocutores, que inmediatamente los condenaron a muerte por sus afirmaciones. Fueron arrojados a un horno ardiendo, del que para asombro de sus verdugos salieron ilesos. Y por una segunda vez volvieron a ser introducidos en el fuego, de donde nuevamente salieron tan indemnes como la vez anterior, con el evidente desconcierto del juez y de sus secuaces, y la admiración del pueblo que, estupefacto y temeroso, comenzó a proclamarlos como santos. Pero el cadí, más enfurecido que antes, hizo trasladar a los tres frailes fuera de la ciudad para que unos esbirros llevaran a cabo su ejecución, como así fue. Tomás de Tolentino, Santiago de Padua y Demetrio de Tiflis sufrieron el martirio el 9 de abril de 1321 y Pedro de Siena a los cinco días.

El relato del martirio ha llegado hasta nosotros gracias a la «Relación» de Odorico de Pordenone, que en 1326 realiza un viaje misionero que lo lleva hasta Cambalu ante el obispo Juan de Montecorvino. Y a su paso por Thana, desenterró los cuerpos de los cuatro mártires, trasladándolos a Zaiton, en China. La cabeza del Beato Tomás se cree que fue posteriormente llevada a Italia, para ser venerada en Tolentino, de cuya diócesis es el segundo patrono.

A los pocos años del martirio las sepulturas de estos cuatro hijos de San Francisco, primeramente en Thana y después en Zaiton, ya se habían convertido en objeto de gran veneración y lugar de numerosos milagros.

Y desde ese mismo siglo de su muerte los Martirologios franciscanos han recordado y venerado a los cuatro como beatos, pero únicamente nuestro biografiado vio confirmado oficialmente su culto por el papa León XIII en 1894.

RAMÓN LUIS M.^a MAÑAS, OSB

Bibliografía

- LAMMENS, L., *Catalogus Sanctorum Fratrum Minorum* (Roma 1903).
DELEHAYE, H., *Saints de Tolentino* (1943).

PORDENONE, O DE, «Relación», en *Simica franciscana*, I (Quaracchi-Florenzia 1929).
KNOWLES, M. D., «La Iglesia en la Edad Media», en L. J. ROGIER - R. AUBER - M. F.
KNOWLES, *Nueva historia de la Iglesia*, II (Madrid 1977).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA WALDETRUDIS

Religiosa († 668)

Fue hermana de Santa Aldegunda, estuvo casada con San Vicente Madelgario y tuvo cuatro hijos santos: Landérico, obispo de París; Dentelino, muerto en la juventud; Aldetrudis, abadesa de Maubeuge; y Maldeberta, abadesa del mismo monasterio. Tras el nacimiento de su cuarto hijo, el marido obtuvo su permiso para ingresar en la abadía de Haumont. Ella comenzó a llevar vida de solitaria, no aceptando la invitación de su hermana para hacerse monja, pero tenía tanta gente que iba a visitarla en su soledad que prefirió fundar el monasterio de Chateaulieu, en lo que hoy es la ciudad de Mons, en Bélgica. *Luego de haber hecho muchas obras de caridad murió el 9 de abril de 668.*

SAN HUGO DE RUÁN

Obispo († 730)

Hijo de Pipino de Heristal y sobrino de Carlos Martel, fue su tío quien lo hizo arzobispo de Ruán y al mismo tiempo obispo de París y de Bayeux así como abad de Fontenelle y de Jumièges. Llevó sus cargos con responsabilidad y celo, y finalmente renunció a todos, salvo la abadía de Jumièges donde llevó vida santa y ejemplar. Murió joven, el 9 de abril de 730.

BEATO UBALDO AUDIMARI

Presbítero († 1315)

Natural de Florencia y miembro de una rica familia, en su juventud llevó vida disipada y tomó partido por el Emperador

contra el Papa. Pero a los 30 años oye un sermón a San Felipe Benicio y decide dejar la vida militar para hacer penitencia. Entra en la Orden de los Servitas y se ordena presbítero, desarrollando una hermosa labor apostólica. Vivió en el convento de Monte Senario hasta su santa muerte el 9 de abril de 1315. Su culto fue confirmado el 3 de abril de 1821.

BEATO ANTONIO PAVONI

Presbítero y mártir († 1374)

Nació en Savigliano, Piamonte, hacia 1325. Ingresó en la Orden de Predicadores donde obtiene una gran cultura religiosa. Una vez sacerdote, su crédito sube hasta el punto de que se le nombra en 1365 inquisidor general de Piamonte y Liguria. Su oposición a los valdenses fue clara y neta. Invitado por el obispo de París a predicar la cuaresma en el área de Val Pellice. Estaba en el pueblo de Bicherasio predicando contra la herejía cuando fue asesinado por los valdenses el 9 de abril de 1374. Su culto fue confirmado el 4 de diciembre de 1856.

BEATA CELESTINA FARON

Virgen y mártir († 1944)

Catalina Faron nació en Zazbrez (Polonia) el 24 de abril de 1913 en el seno de una familia cristiana. Con 17 años opta por la vida religiosa e ingresa en las Pequeñas Esclavas de la Inmaculada Concepción, y emite los votos religiosos en 1931, tomando el nombre de sor Celestina. Luego de varios destinos dentro de su congregación, en 1938 es enviada a Brzozow con el objetivo de organizar y dirigir un asilo de niños. Al año siguiente es nombrada superiora de la comunidad religiosa del asilo. Llegada la guerra mundial sor Celestina se volcó en obras de caridad con la gente y todos la sabían cercana y atenta a las necesidades de todos. La Gestapo la arrestó el 19 de febrero de 1942 y debió pasar por varias cárceles hasta que fue enviada al campo de concentración de Auschwitz. Su salud se quebrantó y arrastró su enfermedad en las duras condiciones del campo, so-

brellevándola con gran paciencia y entregándose en las manos de Dios, que la llamó a sí el 9 de abril de 1944 a través de un agotamiento total. Su cadáver fue incinerado. Beatificada el 13 de junio de 1999.

10 de abril

A) MARTIROLOGIO

- 1 En África los santos Terencio, Africano, Máximo, Pompeyo, Alejandro, Teodoro y cuarenta compañeros († 250), mártires
2. En Alejandría de Egipto, San Apolonio, mártir (fecha desconocida)
3. En Auxerre, San Paladio († 661), obispo.
- 4 En Gavello (Italia), San Beda el Joven († 883), abad
5. En Gante (Flandes), San Macario († 1012), peregrino.
- 6 En Chartres, San Fulberto († 1029), obispo *.
7. En Túnez, Beato Antonio Neyrot († 1460), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir *.
- 8 En Piacenza (Italia), Beato Marcos Fantuzzi de Bolonia († 1479), presbítero, de la Orden de Menores *
9. En Valladolid, San Miguel de los Santos († 1625), presbítero, de la Orden de la SS. Trinidad **.
10. En Verona (Italia), Santa Magdalena de Canossa († 1835), virgen, fundadora de las congregaciones de Hijos e Hijas de la Caridad **.
- 11 En el campo de concentración de Dachau, Beato Bonifacio Zukowski († 1942), religioso de la Orden de Menores Conventuales, mártir *.

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN MIGUEL DE LOS SANTOS

Presbítero († 1625)

Los santos van delante. Son ejemplo y espuela para caminar. Viven en todos los climas y florecen en todos los siglos. Los santos son muchos. Cada tarde el santoral trae una brazada de espigas doradas, sin agotar con el año sus reservas. En el día 6 de julio la Iglesia ha abierto una hornacina para destacar las virtudes heroicas de San Miguel de los Santos, el «Extático».

Vich, una de las más antiguas y célebres ciudades de Cataluña, le vio nacer el 29 de septiembre de 1591, fiesta de San Miguel Arcángel. De él tomó su nombre. En la alborada del 10 de abril de 1625 dormía su último sueño en Valladolid, de cuyo convento era superior. En treinta y tres años tendió la escala y subió raudamente de la tierra al cielo. Barcelona, Zaragoza, Pamploña, Madrid, Sevilla, Baeza, Salamanca, Valladolid son los puntos claves de su itinerario. Baeza y Valladolid fueron principalmente el campo de sus actividades apostólicas. En todas partes por donde pasó dejó, sin embargo, algo de Dios, como dejan los santos.

Digamos que a San Miguel, preclaro hijo de la Orden de la Santísima Trinidad, se le puede admirar pero no se le puede seguir. Su marcha es vuelo, no andadura. Los modestos peatones no lograremos darle alcance.

Digamos también que es hijo de su siglo, el Siglo de Oro de la mística. Le resultan familiares las cimas de la contemplación sin adherencias iluministas y asienta la perfección sobre el cumplimiento del deber y el servicio de la caridad. Sus escritos: *Breve tratado de la tranquilidad del alma* y *El alma en la vida unitiva* (octavas), no desmerecen de la *Subida del Monte* o *Las Moradas*.

Digamos, por fin, que nació ya disparado hacia las cumbres.

El Beato Miguel de los Santos —leemos en el decreto de canonización— fue uno de aquellos verdaderos amantes de la virginidad que, a semejanza de Elías, Eliseo y Juan, como afirma el Crisóstomo, solamente se diferencian de los ángeles en que tienen un cuerpo mortal.

Cálido elogio otorgado por la Iglesia en el momento de auparle al supremo honor de los altares.

La virginidad brota encantadora en el huerto de la familia cristiana. Enrique Argemir, por dos veces consejero de la ciudad, y Montserrat Margarita Mitjana, padres de Miguel, supieron labrar un hogar reciamente cristiano y ejemplar. Al aire de la salmodia mariana con la recitación del oficio parvo y el rosario en familia, y el canto solemne de las Completas los sábados en la iglesia de la Rotonda, donde padre e hijo reemplazaban a los sacerdotes cuando el rigor de la estación o los achaques de la edad les impedían asistir, nació en el niño un amor entrañable

a la Madre de Dios y a la virginidad. La estima de la castidad se adelantó a la razón, pues, sin contar los seis años, en el convento de madres dominicas hace voto a los pies de la Virgen de guardarla siempre. Voto que renovará poco después ante la imagen de Nuestra Señora de la Guía. Y como rúbrica de la sinceridad de sus deseos, antes que despierten los estímulos de la concupiscencia, desgarrá sus carnes tiernas en un zarzal, aprovechando el descuido de sus deudos y queriendo emular —dice— el gesto de San Francisco de Asís.

Miguel es un eremita frustrado. Por dos veces huyó de la ciudad. ¿Hacia dónde y para qué? Como a tres leguas del lugar se alza el Monseny, montaña solitaria santificada según se dice por San Segismundo, rey de Borgoña, cuya historia posiblemente oyó contar a sus mismos padres. Con soledad, penitencia, oración y silencio piensa levantar una muralla que defienda su virginidad. Alma contemplativa, sabe interpretar el lenguaje de Dios en el campo callado, en la torrencera clamorosa, en la cresta bañada de luz. Con una vida austera y penitente «acompañará mejor al Señor en su Pasión y expiará los excesos de los pecadores». De los pecadores, por los que, desde niño —depone su hermana Magdalena en el proceso—, «rezaba diariamente una oración y no podía terminar sin llorar copiosamente». Le falló el golpe las dos veces, y hubo de reintegrarse a la casa paterna, conservando como recuerdo de aquella travesura ingenua y fervorosa un amor acrecentado a la penitencia y maceración. Desde entonces se dará maña para usar y esconder un manojo de sarmientos y una piedra que utiliza cada noche como jergón y cabezal.

Dios llamaba. Miguel, escapándose, no acertó a descifrar la llamada. Rectifica. Ahora mendiga asilo en todos los conventos de Vich. Demasiado niño, atrae, pero no convence. Prefieren esperar. El Pobrecillo de Asís recibirá las quejas porque no quiso admitirle entre sus hijos. Por fin, a los doce años, ingresa en el convento de Barcelona de los trinitarios calzados. La vida la encuentra excesivamente blanda para su carácter rigorista, y se iluminan sus ojos cuando un fraile, de paso en la casa, le habla de la reforma que está en sus comienzos. Solicita y obtiene licencia, y en Pamplona recibe el hábito de la rama de los descal-

zos. Se encuentra centrado y a gusto. Va más allá de lo que las reglas piden. La celda apenas la necesita. Cuando la campana levanta a los frailes de sus lechos, a Miguel le sorprende en el coro. Allí ha dormitado ligeramente en los descansos de la oración. Es el fraile observante y fervoroso. Vive lo que más tarde escribirá: «Sin sosiego, en quietud andar procure». Frecuentemente la oración le sube tanto que le deja suspendido en éxtasis: el «Extático». Y para encenderle en fuego de amor todo sirve: la conversación, el estudio, el trato con Dios, la contemplación de la naturaleza...

Estudiaba en la universidad de Salamanca. El maestro Antolínez explicaba el tratado de la Encarnación, y el comentario teológico recaía sobre la gratitud que debemos los hombres a la sangre de Cristo. Fray Miguel da tres saltos y se mantiene como un cuarto de hora elevado en el aula. Se hace un silencio denso, impresionante. El maestro, cruzando los brazos, comenta: «Cuando un alma está muy llena del amor de Dios difícilmente puede esconderlo». Dios traicionó la humildad de su siervo, pues desde aquel día profesores y alumnos acuden a él con problemas de espíritu.

Ruidoso también, y en Salamanca, el éxtasis de Carnaval. Dolorido por los excesos de tales fiestas, improvisó una procesión que, saliendo del convento de los trinitarios, se concentró en la plaza de San Juan. Allí el padre Marcos predicó sobre la vanidad del mundo. Fray Miguel cayó en éxtasis, que impresionó y entusiasmó tanto a la muchedumbre, que le llevó en brazos a la próxima iglesia, sintiéndose tocados los oyentes de compunción y prometiendo hacer confesión general de sus pecados. Fray Miguel, tan honrado por Dios y por los hombres, se mantiene, sin embargo, comprensivo y no pierde de vista la tierra y los prójimos. En carta a sus hermanos les suplica «que no se olviden, por amor de Dios, de Jacinto (el hermano menor) y miren mucho por él, porque, según he entendido, han mirado poco, de lo cual he tenido harta pena». ¡Cómo se revela el corazón fresco de los años de la infancia!

Durante su estancia en Baeza dos religiosos poco edificantes se dieron maña para hacer llegar al provincial de la Orden una acusación tan grave como falsa. La maniobra triunfó y a

fray Miguel le costó diez meses de prisión. Los amigos le rogaban que se defendiera. «Eso toca a Dios —respondía—. A mí toca conformarme con su voluntad». Al fin se hizo la luz y fray Miguel fue el mejor defensor de sus acusadores.

Hábilmente sabía esconder su talento nada común entre los pliegues de una modestia y sencillez encantadoras. Durante mucho tiempo se le creyó útil para orar, pero no para gobernar. A voces se proclamaba él «ignorante, incapaz y pecador». Y con la misma humildad con que se refugiaba en la celda o cruzaba avergonzado entre la muchedumbre después de los éxtasis, como delincuente que hubiera sido sorprendido en plena fechoría, con el mismo gesto rechazaba cualquier insinuación de puestos o cargos. En 1622 el padre vicario general, en el Capítulo general de la Orden, le propone para superior del convento de Valladolid. Los cuatro definidores se oponen, y sólo ante la insistencia del padre vicario transigen con una fórmula de compromiso: al superior se le dará un vicario que, prácticamente, lleve el peso del gobierno. Los hechos demostraron que se bastaba el superior y le sobraba el vicario, acreditando sus dotes de gobierno nada comunes: delicadeza exquisita, suavidad en el mandato, comprensión, sentido sobrenatural, entrega total a la casa y a los súbditos, talento práctico, celoso defensor con la palabra y la conducta de la exacta observancia y de la puntualidad, conciencia de la propia responsabilidad..., todas estas cualidades hacían amable la obediencia y el cumplimiento de la ley. El superior era la norma viva de pobreza, abstinencia, vigilia, equilibrio interior y dominio exterior, sin que el fracaso ni el éxito pudieran quebrar la sonrisa de sus labios y la fortaleza de su espíritu.

No menos ejemplar a la hora del sacrificio. La misa de San Miguel llegaba después de una doble preparación: espiritual, por la oración, y corporal, por el ayuno y penitencia. No solía gastar menos de una hora. Los oyentes se enfervorizaban. Aquellos momentos largos, morosos, con los brazos extendidos, terminaban frecuentemente arrancando su cuerpo de la tierra y dejando entrever en el rostro la alegría del espíritu. Al volver en sí, las acometidas del amor eran en ocasiones tan fuertes que, víctima de la misma enfermedad, gemía con la

esposa del Cantar: «Confortadme con pasas, recreadme con manzanas, que desfallezco de amor». Otro tanto sucedía orando ante el Santísimo u oyendo hablar del amor de Dios.

Por eso brilla más su virtud. A quienes le estimulaban al ministerio de la predicación, ordenado sacerdote, respondía «que no empezaría a predicar hasta los treinta años, y que a los treinta y tres, como el Señor, se iría al cielo». Efectivamente, así fue. A la predicación no se consagró *de manera habitual* hasta los treinta años. Y siempre fue para él ministerio difícil y enojoso. El retraso obedeció, quizá, a que sus éxtasis no siempre arrancaban comentarios laudatorios en ambientes eclesiásticos y seculares. Y como se producían igual en el altar que en el púlpito, que en la conversación y en la visita, por prudencia convendría no forzarle a manifestarse en público. La dificultad nacía de la concentración y abstracción de sentidos, que entorpecían el manejo de la anécdota, el dato, los argumentos, y, más que nada, la memoria frágil, que le obligaba a encorvarse sobre los manuscritos horas y aun días y noches enteras. Pero, convencido de que era voluntad de Dios, predicaba y cosechaba fruto copioso. Su oratoria era sólida, conmovedora y muy llana. Y los sermones seguían una doble orientación: el temor y el amor. Para despertar el primero volvía porfiadamente sobre los novísimos. Para acrecentar el amor predicaba con suavidad perfumada sobre la Eucaristía, la gloria del cielo y el amor de Dios. Las conversaciones pregonaban la fuerza de sus razonamientos. Otro tanto sucedía en el confesonario o a la cabecera de los enfermos. Los acontecimientos hicieron el mejor panegírico de su competencia como superior, de su prudencia como consejero y su acierto como director de almas.

Y si con San Buenaventura creemos que Dios no suele otorgar tan altos carismas sino a los que recorrieron el camino en jornadas apretadas de oración, austeridad y humildad, ya que la unión extática bordea las cumbres adonde se puede llegar sin dejar la tierra, tendremos que concluir que San Miguel de los Santos vivió muy pronto en las cimas de la contemplación, y que, pese a su juventud, nuestra Santa Teresa de Jesús no habría dudado en poner en su mano la llave de la séptima y octava mansión.

San Miguel de los Santos hizo suyo aquel principio paulino: «Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios».

LIBRADO CALLEJO

Bibliografía

- ANGELO ROMANO DI S. TERESA, Fray, *Vita e scritti mistici di S. Michele dei Santi trinitario* (Isola dei Liri 1925).
- ANSELMO DE SAN LUIS GONZAGA, *Compendio de la vida de San Miguel de los Santos* (Roma 1862) Version castellana de C. SOLER Y ARQUES (Madrid 1862).
- ANTONIO DE SANT JEROMI, Fray, *Vita del Beat Miquel dels Sants* (Vich 1779).
- DIDACO DE LA MADRE DE DIOS, Fray, primer ensayo biográfico, contenido en la *Cronica de los Descalzos de la Santisima Trinidad*, P.I (Madrid 1652)
- GROS I RAGUER, J., *Vita de Sant Miquel dels Sants* (Barcelona 1936)
- JOSE DE JESUS MARIA, Fray, *Vida del venerable y extatico P. Fr. Miguel de los Santos* (Salamanca 1688)
- LUIS DE SAN DIDACO, Fray, *Compendio de la vida del Beato Fr. Miguel de los Santos* (Madrid 1779).
- Opusculos (meditos) de San Miguel de los Santos* (Roma 1915)
- REYNES, L., Fray, *Resumen de la vida, virtudes, milagros y preciosa muerte del Beato Miguel Argemir* (Mallorca 1780)
- RODRIGUEZ DE URETA, A., *Breve noticia de San Miguel de los Santos* (Barcelona 1892).
- Actualización.
- WITKO, A., *San Miguel de los Santos* (Roma 2003)

SANTA MAGDALENA DE CANOSSA

Virgen y fundadora (1835)

En medio de las convulsiones que agitaron Italia y Europa, entre los estertores del siglo XVIII y los albores borrascosos del XIX, brilló la caridad de la que quiso ser llamada «hija» de esta virtud, una mujer de gran coraje y valor que, habiendo nacido rica, se hizo pobre (cf. 2 Cor 8,9), abrazada a Cristo crucificado para compartir, como María dolorosa al pie de la cruz, los sufrimientos de los más desheredados, enriqueciéndolos con el don de su propia vida, gastada en su servicio, entregándoles su cariño maternal, su solicitud para remediar toda miseria humana, espiritual, cultural y religiosa.

Nació en Verona, hija del marqués Octavio de Canossa y de la marquesa húngara Teresa Szluha, el día primero de marzo de 1774. Su noble estirpe se remontaba a la célebre condesa Matilde de Toscana, que en su castillo de Canossa acogió a San Gre-

gorio VII en el siglo XI. Al día siguiente fue bautizada con los nombres de Magdalena Gabriela.

No tuvo una infancia feliz. En 1779, cuando contaba cinco años, perdió a su padre. Su madre contrajo segundas nupcias y dejó a la niña al cuidado de un tutor, el tío Jerónimo, el cual encomendó su educación a una institutriz francesa, Francisca Capron, que nunca llegó a entender su carácter. A pesar de tal incompreensión, Magdalena se mostraba dócil y obediente hacia sus mayores, cariñosa con sus hermanas, apuntando óptimas disposiciones en lo humano y en lo espiritual. Su primera comunión, en la adolescencia, señaló en su vida un hito de sentida hambre eucarística y de devoción al gran sacramento del Amor. Era piadosa, dadivosa con los pobres, diligente en los estudios, si bien la formación que recibía —como luego confesó— no la inclinaba al fervor religioso sino a otros planes y pensamientos.

A los quince años, padeció una grave y misteriosa enfermedad, sufrió también la varicela que la puso al borde de la muerte. Pidió y recibió el viático, a pesar de la oposición de sus familiares. El pan de la vida sería ya su sustento espiritual cotidiano a lo largo de su vida. La enfermedad, sufrida con heroica paciencia, y la posterior convalecencia maduraron su espíritu, de tal modo que luego manifestó abiertamente a su tutor, a los demás parientes y a sus directores espirituales, su propósito de entrar en un monasterio. Cuando sus allegados lamentaban cómo la varicela había desfigurado su cuerpo, Magdalena respondía serenamente: «Yo no debo agradar a nadie; me haré monja». Efectivamente, a los diecisiete años, pidió entrar en el Carmelo descalzo. Intentó seguir la vida monástica primero en Verona y después en Cornegliano Veneto. Afirmó que en el Carmelo se sentía «como en el paraíso», pero comprendió que su vocación religiosa la impulsaba a dedicarse enteramente a sus hermanos más necesitados: enfermos, pobres, abandonados o huérfanos. Ardía en ella el anhelo de afrontar los enormes problemas de la época que le había tocado vivir, tiempo de revoluciones y grandes transformaciones, que con harta frecuencia causaban terribles heridas sociales en las clases menos favorecidas.

Dejado el Carmelo, regresó al hogar donde tuvo que cuidar de sus dos hermanas pequeñas y asumir la administración de la

casa y hacienda, que llevó hasta los 33 años. Ecos y estragos de la Revolución Francesa y de los ejércitos conquistadores llegaban a Verona. Magdalena tuvo que huir con sus hermanas a Venecia, donde residió como prófuga durante dos años.

En la administración del hogar, se comportó con prudencia, sagacidad y laboriosidad procurando que todos, familiares y criados, llevaran una conducta conforme a la voluntad de Dios. Continuaba en su vida de oración que alternaba con la atención a los miserables que acudían a la generosidad de la «marquesa». Visitaba los hospitales de Verona, instruía en la doctrina cristiana a los numerosos sirvientes de su casa. Esperaba sin impacientarse una llamada más precisa de Dios. En estos años, Magdalena recibió de Dios iluminación y favores místicos que, como escribió Juan Pablo II en la bula de canonización, la preparaban para su misión de apóstol, fundadora y madre.

«Fue su suprema revelación Jesucristo Crucificado en el descubrio el supremo amor del Padre Magdalena conoció a Dios en Jesucristo Crucificado»

A impulsos de la caridad divina que inundaba su corazón, ardió Magdalena en deseos no sólo de desprenderse de las riquezas de su casa, sino de despojarse de sí misma hasta consumir la vida por Cristo. Escribió que deseaba deshacerse como polvo para desparramarse por el mundo entero con el fin de que Dios fuera conocido y amado.

En este tiempo gozó de la sabia dirección espiritual de don Luis Libera, quien la animaba y orientaba en su caridad hacia los pobres de Verona. A partir de 1795 se incorporó al intenso movimiento caritativo que promovió en la ciudad el obispo Juan Andrés Avogadro, acompañado por varios sacerdotes que luego fueron fundadores de congregaciones, como el beato Johan Karl Steeb y Pedro Leonardi. Con este último, Magdalena escribió el reglamento de una asociación destinada a recoger fondos para asistir a los enfermos, la «Sagrada Fraternidad de sacerdotes y de laicos hospitalarios». Por su cuenta reunió una Compañía de amigos nobles, que se comprometían a abonar tres sueldos semanalmente (por eso fue llamada de los *tre soldi*) para sostener obras de caridad.

En otro campo de acción, organizó una campaña para que las mujeres vistieran decentemente según su propio estado y condición.

Magdalena ya concibió en este tiempo fundar dos Institutos religiosos, uno para hombres y otro para mujeres, para asistir espiritualmente a personas de ambos sexos en los hospitales, y también para educar cristianamente a los niños y a las muchachas. Habiéndolo consultado con el obispo Avogadro, éste la persuadió de que aumentara y mejorara las escuelas de caridad que ya estaban funcionando en la ciudad para niñas pobres y abandonadas.

Mientras moraba aún en su casa paterna, recogió a dos muchachas abandonadas. Poco tiempo después las trasladó, con otras que no tenían familia y estaban expuestas a los peligros de la calle, a una casa situada en el barrio periférico de San Zeno, uno de los de peor fama y más descristianizados de Verona. Colaboraban con Magdalena en esta tarea caritativa y educativa varias compañeras: enseñaban catecismo y labores y educaban a las muchachas para que llegaran a ser buenas madres de familia. El propósito de Magdalena era fijar su residencia en San Zeno pero los parientes no se lo consintieron por la mala reputación del barrio. La futura fundadora tenía que regresar todas las noches a su casa de marquesa para descansar y por las mañanas se incorporaba de nuevo a su quehacer y apostolado. A quienes se extrañaban de verla lavar y peinar a sus asistidas, replicaba: «¿Acaso porque he nacido marquesa, no puedo tener el honor de servir a Jesucristo en sus pobres?».

Diez años tuvo que soportar el trasiego diario entre su hogar y la casa del barrio de San Zeno. Rompió esta inestabilidad un evento providencial. Magdalena obtuvo en 1808 de Napoleón, que era entonces el soberano de Verona y admiraba la obra de caridad de la marquesa dedicada a los pobres, la cesión del antiguo convento de agustinas de San José y San Fidencio «para colocar en él un establecimiento de caridad», como reza el documento de cesión. Aquí se trasladó con sus maestras colaboradoras y sus alumnas, dejando ya para siempre el noble palacio paterno. Su opción por los pobres era clara y definitiva, despreció su rango y su alcurnia y convivió con aquellas que eran

víctimas de las desgraciadas injusticias de la vida. En San José se formó, el 7 de mayo del citado año, el núcleo originario de las Hijas de la Caridad, «canosianas», a las que la fundadora dio forma definitiva en Venecia, ciudad a la que se trasladó llamada por los hermanos Antón Angelo y Marcantonio Cavanis en 1810. Estos dos hermanos sacerdotes fundaron luego la Congregación sacerdotal para escuelas de caridad. Magdalena abrió una segunda casa de sus Hijas en Venecia, en el monasterio de Santa Lucía, con el beneplácito del arzobispo patriarca. Aquí empezó a redactar en 1812 las reglas de su Instituto, reglas según las cuales había vivido desde hacía tiempo y según las cuales dio ejemplo de heroica santidad. Tales reglas estaban inspiradas en las que regían la Sociedad fundada por San Vicente de Paúl, inspiradas en los reglamentos y conferencias que dictó este gran organizador de la caridad en la Francia del siglo XVII. El fin principal del Instituto «canosiano» es la educación religiosa y civil de las muchachas, la enseñanza del catecismo a toda clase de personas, la asistencia a los enfermos en los hospitales, especialmente a los moribundos; y también la preparación de maestras y catequistas para las parroquias rurales. A estas tareas hay que añadir la de los ejercicios espirituales para mujeres de todas las condiciones sociales, especialmente para las de clase humilde. En la dura lucha y en medio de los sufrimientos por su fundación, Magdalena se acogió al patrocinio de Nuestra Señora, la Virgen de los Dolores.

En 1816 viajó a Piacenza, donde Pío VII había hecho un alto en el camino a su regreso de Fontainebleau. El papa le concedió el *decretum laudis* de su Congregación. Este mismo año abrió una nueva casa en Milán, en 1820 en Bérgamo, en 1828 en Trento. Este año acudió a Roma para recabar de León XII la aprobación de las reglas, aprobación que obtuvo por breve apostólico de 23 de diciembre. Quería la fundadora que estas reglas transmitieran el espíritu íntegro y perfecto del Instituto a las hijas que vendrían después de ella. La muerte la sorprendió mientras gestionaba nuevas fundaciones en Cremona y Brescia.

Santa Magdalena de Canossa se relacionó con numerosos personajes de su época y entorno, en Lombardía y Véneto, que

promovieron fundaciones de carácter apostólico, asistencial y educativo. Colaboró con ella Leopoldina Naudet, a quien Magdalena encargó por varios años la casa madre de San José de Verona, y que luego fue la fundadora de las Hermanas de la Sagrada Familia. Fue canosiana por algún tiempo Teodora Campostrini, fundadora de las Hermanas Mínimas de la Caridad de la Dolorosa. Ya hemos mencionado su colaboración en Venecia con los hermanos Cavanis. En 1820, Magdalena se encontró en Verona con Antonio Rosmini, subdiácono entonces. Compartió con él el sueño de fundar un Instituto masculino; no cuajó el proyecto, pero Rosmini por su cuenta fundó más adelante el Instituto de la Caridad.

El 23 de mayo de 1831, en dos pobres casitas junto a la iglesia de Santa Lucía, en Venecia, Magdalena abrió el primer oratorio del Instituto masculino largo tiempo deseado: los Hijos de la Caridad. Inauguró un colegio para formación de muchachos y hombres y lo confió al sacerdote veneciano Francesco Luzzo y a dos seglares bergamascos. Gregorio XVI tuvo noticia de la fundación y le mandó un rescripto de alabanza dotando asimismo a la obra de numerosas gracias espirituales. El Instituto de los Hijos de la Caridad, al cabo de cien años de la muerte de la fundadora, resurgió de humilde letargo.

Fue siempre la superiora general de su Congregación, pero las religiosas más bien la consideraban su madre. De una bondad exquisita, sin acepción de personas, trataba por igual a sus hijas, atenta sobre todo a su provecho espiritual; fomentaba entre ellas la concordia y la caridad fraterna; les contagiaba el ansia que, desde la adolescencia, ella había sentido arder en su espíritu por la perfección cristiana; las exhortaba a la pobreza, a la confianza en la providencia de Dios, a las prestaciones más humildes hacia el prójimo. Aunque nacida en casa rica y noble, tanto amó la pobreza y la humildad, que se hizo pobre del todo, ejerció en las casas los más humildes servicios, despreció riquezas y títulos nobiliarios, gozaba de ser rica en limosnas, se desprendió frecuentemente de sus vestidos para dárselos a los indigentes. Ardía en deseos de propagar la fe y de derramar su sangre en esta misión. En la oración, alcanzó cimas de verdadera mística. Acudió al consejo de sabios y pia-

dosos sacerdotes, profesó reverencia y obediencia a los ministros de Dios, sobre todo a los obispos, fue devotísima de la Santa Sede.

En los primeros meses de 1835 tuvo clara conciencia del fin de su vida. Contaba 61 años. Escribió una carta de su puño y letra a todas sus hijas. Era una conmovedora confesión, un sincero agradecimiento, un vivo «Hasta el cielo», pero sobre todo una invitación ferviente a la caridad hacia los menesterosos: «Os recomiendo con todas mis fuerzas a mis amados pobres». Su última enfermedad fue muy breve y murió, confortada con el viático de la Eucaristía, el día que había pronosticado: el viernes de la Virgen de los Dolores (antes, viernes de Pasión), a la cual había encomendado su obra. Su tránsito acaeció en Verona el 10 de abril de 1835. Murió abrazada a sus dos grandes amores: Cristo crucificado, en quien encontró la unidad de su vida y el estímulo para amar a Dios sirviendo a sus hermanos más pobres; y a la que llamaba «Madre de la caridad junto a la cruz»: de la Virgen dolorosa, Santa Magdalena aprendió el amor verdadero.

Su cadáver fue sepultado en la casa madre de Verona, a la izquierda del altar. Enseguida atrajo devotos y peregrinos. El proceso ordinario de canonización se realizó en Verona entre 1866 y 1869. En 1877 la causa fue introducida en la Congregación de Ritos. Entre 1882 y 1898 transcurrió el proceso apostólico. En 1927 fueron declaradas sus virtudes heroicas. Los dos milagros entonces requeridos para la beatificación fueron aprobados en 1941. Pío XII la beatificó con bula de 7 de diciembre del mismo año. El milagro para la canonización fue aprobado en diciembre de 1987 por el papa Juan Pablo II, quien la canonizó en la Plaza de San Pedro del Vaticano el 2 de octubre del año siguiente. Al proclamar la santidad de Magdalena de Canossa, el papa predicó que

«la verdadera caridad consiste en romper las cadenas injustas y los lazos del yugo, en liberar a los oprimidos y en hacer amigos todo yugo por eso Magdalena se comprometió con todas sus energías, y con todos sus bienes, para salir al encuentro de toda forma de pobreza de la económica y de la moral, de la que genera la ignorancia [] La nueva santa es un signo de esperanza y de gozo para cuantos llevan los estigmas del sufrimiento por enfermedad, pobreza, marginación social o explotación. Lo es asimismo para cuantos han hecho del servicio al prójimo necesitado el fin de su vida»

La vida y muerte de Santa Magdalena de Canossa cumple perfectamente las palabras de Jesús: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo, pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12,24). Hijas e Hijos de la Caridad, y los laicos dedicados a la obra «canosiana» en tantas partes del mundo son testigos de la vitalidad, más allá de la siembra en la tierra, de esta mujer organizadora y mística, escritora (sus obras llenan 10 volúmenes) y fundadora, madre misericordiosa, devorada por la caridad hacia Dios y el prójimo. En 1860 empieza la difusión de las Hijas de la Caridad fuera de los confines de Europa. Las misiones de Hong Kong fueron la primicia, siguieron Macao (1874), China (1877), Timor (1878), India (1889), Singapur (1894), Malaca (1905). Expulsadas de China, se dirigen a Argentina (1932). Luego fundan en Brasil (1948), Australia (1949), Japón (1951), Filipinas (1954), África Ecuatorial (1956), Santo Tomé (1959), Estados Unidos de América (1961). En 1988 había 395 comunidades canosianas femeninas en el mundo y 23 casas de los Hijos de la Caridad en Italia, Brasil y Filipinas. Los «Misioneros seculares de la caridad» y el «Movimiento laical canosiano» se reclaman al mismo espíritu de caridad que difundió Santa Magdalena. En Europa trabajan en instituciones educativas, en parroquias, catequesis, pastoral de juventud, de la familia, del trabajo... Las 105 casas canosianas de Asia, en grandes ciudades y en pueblos pequeños, preparan en sus escuelas la difusión del Evangelio, cuidan leproserías, forman enfermeras. En Australia y Estados Unidos se dedican al «cuarto mundo» de la pobreza en aquellas sociedades opulentas: emigrantes, aborígenes, refugiados, ancianos, presos. 37 casas en Latinoamérica, Indonesia y África, ayudan a consolidar las fuerzas apostólicas locales. La misión de la caridad pastoral es doquiera el empeño de la familia canosiana.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

- AAS 34 (1941) 483-490, 84 (1991) 1001-1005.
BATTISTI, G. DE, *Beata Maddalena di Canossa* (Isola del Liri 1941).
Bibliotheca sanctorum, t.III cols.751-753.
CASARA, P., *Maddalena di Canossa* (1951).

- CATTARI, A., *Maddalena Gabriella di Canossa. Gli anni decisivi di un itinerario spirituale (1792-1800)* (Milán 1980)
- GIACON, M., *L'azione caritativa e formativa di Maddalena di Canossa* (Roma 1974).
- GIORDANI, I., *Maddalena di Canossa* (Roma 1963).
- MADDALENA DI CANOSSA, *Regole e scritti spirituali di Maddalena di Canossa*, ed critica di E. Dossi (Isola del Liri 1984-1985).
- MADDALENA DI CANOSSA, *Le Memorie: una contemplativa nell'azione*, comento a cura di E. Pollonara (Milán 1988).
- L'Osservatore Romano* (2 y 3/4-10-1988).
- PAIMA, F DE, «Magdalena de Canossa», en C LEONARDI - A. RICCARDI - G ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos*, II (Madrid 2000) 1536-1539
- VANZO, M., *Maddalena di Canossa fondatrice delle Figlie e dei Figli della Carita (1774-1835)* (Roma 1985)

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN FULBERTO DE CHARTRES

Obispo († 1029)

Fulberto nació en algún lugar de Italia hacia el año 960 y, al parecer, en el seno de una familia pobre, pero él se las ingenió para estudiar en la escuela de Reims, donde brilló enseguida por su clara inteligencia. Llegó a Papa uno de sus antiguos profesores, Gerberto de Aurillac (Silvestre II), y se lo llevó a Roma como consejero y auxiliar. Muerto el Papa en 1003, obtiene una canonjía en Chartres y es nombrado luego canciller del obispado y catedrático en la escuela catedralicia. Aquí se acredita pronto por su sabiduría y tiene el aplauso universal. Por ello es elegido obispo de la diócesis en 1007, lo que a él le llenó de sorpresa porque se consideraba completamente indigno. Acudían a pedirle consejo numerosos hombres públicos, entre ellos el propio rey de Francia y el duque de Aquitania, pero Fulberto tenía muy clara su misión pastoral y no dejó que nada le distrajera de ella. Por ello predicaba con mucha frecuencia y se ocupaba mucho de la instrucción religiosa del pueblo. Combatía los abusos en el clero, como la simonía y la falta de celo pastoral, y se ocupaba con gran dedicación de los pobres y humildes. En su tiempo ardió la catedral y él puso todo su interés en reconstruirla. Dejó escritos himnos, poemas y sermones. Murió el 10 de abril de 1029.

BEATO ANTONIO NEYROT

Presbitero y martir († 1460)

Nació en Rívoli, Italia, en 1423. En su juventud opta por la vida religiosa en el convento de San Marcos, de Florencia, siendo superior del mismo San Antonino. Destinado a Sicilia, al cabo de un año fue enviado a Nápoles y en el viaje por mar su barco fue capturado por unos piratas que lo llevaron a Túnez. Luego de un tiempo en una mazmorra fue dejado libre y tuvo que quedarse a vivir en el medio ambiente musulmán de la ciudad. Entonces vino su conversión al Islam y tras haberse hecho musulmán contrajo matrimonio. Pero esta conversión le duró solamente unos meses, porque muy pronto su conciencia empezó a remorderle y decidió volver al cristianismo. Decidió retomar su hábito dominico y con él presentarse al gobernador de Túnez, ante el que declaró que volvía al cristianismo porque ésta era para él la verdadera religión. La salida no podía ser otra que ser condenado a muerte como apóstata del Islam. El 10 de abril de 1460, mientras oraba de rodillas, fue apedreado hasta que murió. Su culto fue confirmado el 22 de febrero de 1767.

BEATO MARCOS FANTUZZI DE BOLONIA

Presbitero († 1479)

Pasotto Fantuzzi nació en Bolonia en 1405 en el seno de una familia acomodada. Su clara inteligencia y buenas cualidades le auguraban un buen puesto en el mundo, pero él optó por la pobreza evangélica y dejándolo todo se hizo franciscano observante, tomando el nombre de Marcos. Más tarde se ordena sacerdote y unos años después es elegido guardián de Monte Colombo. Pero su especialidad era la predicación y por ello se le destinó a este ministerio que ejerció con fruto en muchos sitios de Italia. Amigo y colaborador de San Juan de Capistrano, el vicario general de los Observantes, hubo de ser dos veces ministro provincial y, cuando murió el gran santo, la vicaría general recayó sobre él. Como tal vicario visitó las casas de su rama en Creta, Rodas, Palestina, Bosnia, Dalmacia, Austria y Polonia. Reelegido vicario general varias veces, se dice que el papa Paulo II quería hacerlo cardenal pero él se negó. Lleno de caridad

con los pobres, fomentó la creación de montes de piedad. Cuando el papa franciscano Sixto IV quería unificar conventuales y observantes, Marcos se opuso tenazmente alegando que debían ser observadas las reglas originales de San Francisco. Estaba en Piacenza predicando la cuaresma cuando murió el 10 de abril de 1479. Su culto fue confirmado el 5 de marzo de 1868

BEATO BONIFACIO ZUKOWSKI

Religioso y martir († 1942)

Piotr Zukowski nació en Baran-Rapa (Lituania) el 13 de enero de 1913 en el seno de una familia polaca. Adolescente ayudaba a su padre en los trabajos del campo, pero sintiendo la vocación religiosa ingresó en los franciscanos conventuales de Niepokalanow en 1929. Hizo su profesión religiosa con el nombre de Bonifacio el 16 de julio de 1932. Permaneció en ese mismo convento una vez profeso, destinado al trabajo de la tipografía, participando en el apostolado de la prensa que su Orden llevaba adelante. Llegada la guerra mundial, con peligro personal puso a salvo las máquinas de la imprenta, pero él permaneció en el convento. El 14 de octubre de 1941 fue arrestado por la Gestapo y llevado a la cárcel de la calle Pawiak en Varsovia. A primeros de enero siguiente fue llevado al campo de concentración de Auschwitz. Se le obligaba a trabajar en el campo y cogió una pulmonía que le condujo a la muerte el 10 de abril de 1942. Fue beatificado el 13 de junio de 1999.

11 de abril

A) MARTIROLOGIO

1 La memoria de San Estanislao († 1079), obispo de Cracovia y martir **

2 En Pergamo, la memoria de San Antipas, al que el Apocalipsis llama testigo fiel

- 3 La conmemoracion de San Felipe († 180), obispo de Gortyna
- 4 En Salona (Dalmacia), San Domnion († 299), obispo y martir
- 5 En Gaza (Palestina), San Barsanufio († 540), anacoreta
- 6 En Espoleto (Italia), San Isaac († 550), monje
- 7 En Calabria, Beato Lanuino († 1119), monje, de la Orden de la Cartuja *
- 8 En Coimbra, Beata Sancha de Portugal († 1229), virgen, monja cisterciense *
- 9 En Cuneo, Beato Ángel Carletti de Chiavasso († 1495), presbitero, de la Orden de Menores *
- 10 En Londres (Inglaterra), Beato Jorge Gervase († 1608), presbitero, de la Orden de San Benito, martir *
- 11 En Lucca (Italia), Santa Gema Galgani († 1903), virgen **
- 12 En la misma ciudad, Beata Elena Guerra († 1914), virgen, fundadora de la Congregacion de Oblatas del Espiritu Santo **
- 13 En el campo de concentracion de Auschwitz (Polonia), Beato Simproniano Ducki († 1942), religioso capuchino y martir *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN ESTANISLAO

Obispo y martir († 1079)

San Estanislao nacio en Szczepanow, cerca de Cracovia, el día 26 de julio de 1030. Fue hijo único. Su nacimiento puede considerarse como un prodigio, pues vino al mundo después de treinta años de casados sus padres.

Los padres, Wielislaw y Bogna, de noble alcurnia, llevaban vida austera y piadosa, siendo muy estimados por sus grandes virtudes.

En el hogar paterno Estanislao recibió una esmerada cultura, tanto moral como intelectual, sus estudios superiores los realizo en Cracovia y en París.

Fue ordenado sacerdote por el obispo de Cracovia, Lamberto, siendo elegido sucesor de esta sede el día 2 de febrero de 1072. Gobernó valientemente la diócesis durante ocho años, al cabo de los cuales fue martirizado.

El día 17 de septiembre de 1253 fue canonizado en Asís por el papa Inocencio IV. El papa Clemente VIII extendió su culto para toda la Iglesia el año 1605.

La muerte de San Estanislao en el pensamiento polaco significa lo mismo que la muerte de los valores con los cuales él vivía, por los que luchaba y por los que murió como mártir. Con la muerte de estos valores desaparecía también Polonia; por el contrario, con el desarrollo de estas virtudes se reavivaron las almas de los polacos, y sus méritos colmaban la nación de beneficios especiales.

Esta idea tan acertada —es un lema de la existencia de Polonia— y de actualidad siempre en la vida del pueblo polaco, el papa Pío XII la subrayó en una carta dirigida al cardenal primado de Polonia, monseñor Esteban Wyszynski, el día 16 de julio de 1953.

No cabe duda. La figura del Santo constituye para todo el pueblo polaco, en su marcha histórica, ideológica y natural, un magnífico ejemplar y seguro guía.

Por otra parte, la grandeza de San Estanislao consiste en saber vivir y realizar el ideal de nuestra religión, tantas veces subrayado por San Pablo: *christianus sum*. Este ideal le hizo hombre de gran virtud, fundada en la confianza en Dios, que por honrarle, por la religión verdadera, por la justicia, por la libertad y salvación de su pueblo, llegaba a despreciar todas las penas, dificultades, cruces y sufrimientos, guardando siempre en los momentos más importantes y duros de su vida el equilibrio de su espíritu, su fervorosa piedad y un alma inquebrantable.

No es cierto que San Estanislao fuera un hombre duro y de un temperamento rencoroso y terco que le llevara al conflicto con el rey Boleslao y, en consecuencia, a la muerte. Es una opinión falsa y sin fundamento, porque los motivos de su actuación que causaron su martirio eran altamente cristianos, dignos de un obispo católico.

El primer biógrafo y famoso historiador polaco, Jan Dlugosz, confirma esta opinión diciendo:

«Estanislao era de carácter dulce y humilde, pacífico y púdico; era muy cuidadoso en reprimir sus propias faltas antes de hacerlo con sus prójimos; era un alma que jamás mostró soberbia ni se dejó llevar por la ira, muy atento, de naturaleza afable y humano, de gran ingenio y sabiduría, y dispuesto siempre a ayudar a quien

necesitaba alguna ayuda. Odiaba la adulación e hipocresía, mostrándose siempre sencillo y de corazón abierto»

En una palabra, el obispo de Cracovia era un hombre serio, templado y de verdadera santidad.

Todo lo contrario le ocurría al rey polaco Boleslao. Era un gran guerrero, muy valiente y audaz; pero también era figura de grandes vicios y de muy débil voluntad, defectos que le oscurecieron la inteligencia y le llevaron a la mayor catástrofe de su vida. Agravaron esta situación suya los éxitos políticos y militares, hasta tal punto que en su soberbia Boleslao llegó a creer que a él, el rey, le estaba permitido todo; su conducta se manifestó entonces totalmente amoral, dando paso a sinnúmero de crueldades y abusos que clamaron al cielo.

San Estanislao, viendo un mal tan grande y pecados tan notorios, no pudo quedarse tranquilo; callar en esta situación significaba lo mismo que aprobar la conducta del rey. Decidió entonces intervenir. Varios eran los motivos que tenía San Estanislao para amonestar al soberano. En primer lugar era el obispo de la capital de Polonia, vivía cerca de la corte del rey, era el obispo de la Iglesia de Cristo, que no podía quedarse mudo frente a un pecador público; era un cristiano que debía amonestar a un hermano suyo que estaba errando. Además, Estanislao era un alto dignatario de la Corona y por esto quería demostrar su disconformidad con los tímidos cortesanos.

Sin embargo, la empresa no era fácil ni sin grandes peligros, pues *Gallus Anonimus*, la auténtica historia polaca de aquella época, llama al rey Boleslao «rex ferox». Se debía, por tanto, emplear la máxima prudencia.

San Estanislao, en el cumplimiento de este deber suyo, se mostró a su debida altura. Amonestaba al rey pidiendo y rogándole que cambiase su postura, que frenase su inmoralidad, el terror y toda la ilegalidad. Actuaba paternal y pacíficamente, sin ira y sin faltar al respeto a su soberano.

Sin embargo, todos sus esfuerzos fueron vanos. Según Jan Dlugosz, el efecto era contrario. El rey, en vez de prestar atención a los consejos de su obispo, se llenaba de furia y contestaba con amenazas, olvidándose de su propio honor. Boleslao no quiso ver en la persona del obispo de Cracovia sino a un audaz

enemigo que se atrevía a reprimir al rey. En consecuencia, la justa postura del obispo de Cracovia quedó juzgada falsamente y, herido el corazón del rey, decidió su muerte. Aprovechando la ocasión de que el obispo celebraba una misa en las afueras de la ciudad, en la iglesia llamada «Na Skalce», invadió el templo con su cuadrilla y le mató personalmente durante el santo sacrificio.

La leyenda que siempre acompaña a hechos tan extraordinarios dice que el rey se detuvo ante la puerta de la misma iglesia, mandando entrar a sus soldados y dar muerte al santo obispo. Éstos, intentando cumplir la orden, tres veces llegaron hasta el altar y tres veces, aterrorizados por el miedo, huyeron del templo. Fue entonces cuando el furibundo rey penetró y, yéndose hasta el altar, personalmente mató al ilustre prelado. Cometido el crimen, mandó sacar el cadáver fuera de la iglesia y machacarlo con las espadas.

Satisfecho de su éxito dejó los restos a la intemperie para que fueran pasto de las fieras. Sin embargo, era Dios mismo, prosigue la leyenda, quien se preocupó por estos santos restos mortales de un obispo mártir. En el lugar del sacrilegio aparecieron cuatro grandes águilas reales que volaron sobre estas reliquias durante el tiempo que tardó en integrarse el cuerpo de nuevo y hasta que llegaron los sacerdotes para recogerlo.

Esta leyenda tiene mucha aceptación en Polonia, pues su símbolo profético era, y es, muy vivo. La maldad desmembró el cuerpo del obispo Estanislao, la santidad lo unió milagrosamente de nuevo. En la vida histórica de la nación varias veces la maldad desmembró a Polonia, pero era la santidad, la penitencia del pueblo, sus sacrificios y la perseverancia en sus altos valores lo que unía a Polonia de nuevo y la resucitaba. Siempre que Polonia defendía el reinado de Dios, la Verdad, la justicia y el bien de las almas era nación grande e invencible; si traicionaba estos valores caía desmembrada.

Los amigos del rey justificaban al soberano divulgando que el castigo era justo porque el obispo de Cracovia era un traidor. Hoy día esta canción la cantan también los enemigos de Polonia. Y surge la pregunta: ¿A quién debía obedecer el obispo de Cracovia? ¿A Dios o al rey? ¿Debía, acaso, traicionar su fe y a su Dios y servir a un rey que ha traicionado todo? San Estanislao

se mostró un obispo intrépido, un magno defensor de los derechos de Dios, de la moral y de la justicia. He aquí su gloria y su ejemplo para todos los cristianos.

Dios, justo y santo, honró esta postura, pues tanto durante su vida como después de su muerte muchos milagros —el proceso de canonización revisó 36 de primera clase— glorificaron la santidad de este intrépido obispo de Cracovia.

San Estanislao era uno de estos seres a quienes Dios, queriendo manifestar su omnipotencia, y para que sirvan de ejemplo a los demás hombres, les concede bienes sobrenaturales, con el fin de que, por ellos, la verdad de la fe y de la religión brille para la salvación y confortación de los creyentes.

MARIANO WALORECK

Bibliografía

Act. SS. Boll., 7 de mayo: *Vita*, de J. DLUGOSZ.

PONCELET, A., en *Bibliotheca hagiographica latina: antiquae et mediae aetatis, ediderunt Socii Bollandini* (Bruselas 1898-1911) n.7832s.

REDDAWAY, W. F. (ed.), *The Cambridge History of Poland. I: From origins to Sobieski (to 1696)* (Nueva York 1971).

SANTA GEMA GALGANI

Virgen († 1903)

Muchos santos han sido acremente discutidos, incluso por católicos, mientras vivían; pero pocos se han visto perseguidos, también por católicos, después de muertos. Gema Galgani, una pobre muchacha italiana que falleció a principios del siglo XX, ha corrido esa doble suerte. Mientras su confesor, el obispo Juan Volpi, atribuía a histeria los fenómenos extraordinarios que presentaba Gema, su director, el pasionista Germán de San Estanislao, afirmaba el origen sobrenatural de esas manifestaciones. La primera fase del proceso para la glorificación de Gema, celebrada en Lucca, donde ella murió, resultó bastante borrascosa, pues había testigos empeñados en hacer de Gema una histérica falsaria; y la prudencia aconsejó que el proceso apostólico se celebrase en Pisa. Muchos esperaban que el decreto en que se declarase la heroicidad de las virtudes de Gema

pondría fin a la controversia, al reconocer implícitamente la autenticidad sobrenatural de aquellos fenómenos. Pero el papa Pío XI quiso que constase expresamente en el decreto que la afirmación de la heroicidad no suponía juicio alguno sobre el origen de aquellos hechos.

Si en Gema hubo fenómenos que llamaron la atención de amigos y enemigos, esta decisión del Papa ha sido una lección para todos, y en ella hemos de fijar nuestra atención, libres del apasionamiento con que entonces se la juzgó. Porque en Gema, además del paradigma general de las virtudes cristianas, que le es común con los demás santos, hay una ejemplaridad poco frecuente, que supone una especial providencia de Dios para con nosotros. Ya ha pasado felizmente el tiempo en que se pensaba que determinadas enfermedades estaban reñidas con la santidad. Lo mismo que hay santos sanos, hay también enfermos santos, y Dios se puede comunicar lo mismo a los unos que a los otros. Puede utilizar como punto de partida o como medio para sus comunicaciones una imaginación exaltada, una sensibilidad morbosa, una manera de ser distinta de la normal. Y pueden darse reacciones patológicas como consecuencia de la excitación producida por una comunicación sobrenatural. Dios ha querido darnos en Gema un ejemplo luminoso de todo esto. Y en esta ejemplaridad de Gema, propia suya, radica su valor presente, que será su valor eterno. El mundo siente ya la necesidad acuciante de conocer a los santos como fueron en realidad, con toda su grandeza espiritual y toda su miseria temporal, sin la piadosa fantasía de una leyenda dorada, sin confundir la conciencia delicada con la psicastenia, ni la nostalgia divina con la depresión, sin llamar sobrenatural a lo que sólo es anormal. Hoy buscamos en los santos más lo imitable que lo admirable. Al mirarlos queremos vernos en ellos para alentarnos con ellos. Los ejemplos edificantes que necesitamos no son de semidioses fulgurantes, sino de cristianos de carne y hueso, con todas las deficiencias que pueden afligir a cualquier discípulo de Jesús, sin excluir ni las anormalidades mentales, que deben conducir a la santidad por el camino de la humillación.

La vida exterior de Gema podría compendiarse en pocas líneas y carece de interés. Nacida en una familia modesta, fue una

niña precoz sin llegar a ser una niña prodigio. A la orfandad siguió la miseria. Una familia piadosa recogió a Gema, y en su casa la tuvo hasta su muerte, más como una hija que como una sirvienta. Fue una joven que supo cumplir lo que ella creía voluntad de Dios con un heroísmo admirable. Resplandeció en la caridad fraterna, excelente contraprueba de la caridad filial. Su humildad y sencillez, su rigurosa sinceridad, su paciencia y resignación ante todo género de padecimientos físicos y morales, fueron de una ejemplaridad absoluta. Y llegó a cultivar ciertas virtudes con demostraciones que parecieron excesivas; en materia de pureza, si de niña no permitía que la tocara ni su padre, jamás consintió que la auscultase el médico. Además, Gema fue protagonista de una doble serie de acontecimientos, que fijaron en ella las miradas de cuantos la conocían. Y esta atención descubrió en Gema reacciones auténticamente cristianas que en otras circunstancias hubiesen pasado quizá inadvertidas. Precisamente en esto consiste la original ejemplaridad de Gema, difícilmente superada ni igualada por otros santos.

La primera de esas dos series de acontecimientos se refiere a su salud. La familia de Gema se vio afligida por las enfermedades. La mitad de los hijos murieron jóvenes. El padre, de un tumor maligno; la madre, de una tuberculosis pulmonar, enfermedades que Gema recibió en herencia. Desde niña fue una criatura enfermiza, escasamente desarrollada, hasta el punto de que a los nueve años apenas aparentaba seis. A los trece tuvo que ser operada de osteítis tuberculosa, a los dieciséis sufrió graves trastornos de apariencia neurótica. A los diecinueve se multiplicaron las enfermedades desconcertantes con síntomas gravísimos. Tabes espinal de carácter maligno, un absceso en la región lumbar, meningitis, úlceras, sordera, caída del cabello, parálisis. Las intervenciones quirúrgicas, en vez de extirpar el mal, lo desplazaban de un punto a otro del cuerpo. Apenas operado el absceso en los riñones, brotó un tumor grave en la cabeza. Los médicos, desconcertados y desalentados, desahuciaron a aquella enferma que no se dejaba reconocer debidamente. Pero Gema se curó de repente. La vida de Gema oscilaba entre agravaciones súbitas y curaciones inesperadas. Le aparecieron por el cuerpo manchas semejantes a quemaduras, dos costillas se le

deformaron visiblemente, padeció dilatación del corazón, tenía subitos accesos de fiebre con temperaturas que no alcanzaban a registrar los termómetros clínicos, con pulsaciones galopantes que movían la cama en que yacía. A veces rodaba por el suelo entre convulsiones y parecía arrojar espuma por la boca. En sus últimos años tuvo vómitos de sangre y sufrió extrañas alucinaciones que la asustaban y la ponían en ridículo: veía insectos en la comida y serpientes en la cama. Su cuerpo parecía ya un esqueleto. Se añadieron desmayos, pesadillas y delirios. Perdió la vista. En sus últimos meses daba muestras de tener perturbadas las facultades mentales.

Fue su paciencia heroica, con los ojos fijos en el Crucificado, la que permitió aquilatar su humildad y su caridad, las dos virtudes esenciales del Evangelio, en medio de aquel torbellino de enfermedades sin número ni medida. Pero una segunda serie de acontecimientos fueron entrelazándose con esas enfermedades, y la confusión que esto produjo ocasionó la controversia de que Gema no se ha visto libre ni después de canonizada. Dotada de una sensibilidad tan grande, que parecía tener el alma en carne viva, la manifestaba de una manera frecuentemente aparatosas; desde niña, oír contar la pasión de Jesús le producía fiebre, y oír una blasfemia le hacía sudar sangre. Y Gema aseguraba vivir en continuas comunicaciones extraordinarias con el cielo y con el infierno. Cuando en su propia familia sus hermanos persiguieron y ridiculizaron las expresiones de su devoción, Gema se refugió en la continua meditación de la Pasión, deseando vivamente incorporarse a ella. Tenía veintidós años cuando recibió, como se recibe un regalo larga y ansiosamente esperado, los estigmas de la Pasión. Llagas en las manos, pies y costado, abiertas y sangrantes; heridas de la flagelación y la coronación. Gema comenzó a caminar encorvada bajo el peso de la cruz de Jesús, que la hería en un hombro, y tenía las rodillas desolladas por las caídas bajo el peso de la misma cruz. Todas sus heridas coincidían exactamente con las que mostraba el crucifijo ante el cual acostumbraba ella orar. No disimulemos las pinceladas oscuras en este retrato: en algunos accesos, que fueron calificados de ataques infernales, Gema arrebató y rompió los rosarios de los circunstantes y escupió a las imágenes de Je-

sús y de María; en aquellos arrebatos, y en algunas otras actuaciones sorprendentes, Gema era, sin duda, irresponsable y nunca se podrán esgrimir contra su santidad.

Más aún. En este claroscuro de la vida de Gema, sobre el fondo negro resalta lo blanco con toda su pureza. Dios ha querido ofrecer un ejemplo luminoso a quienes padecen ciertas dolencias. Diríamos que en Gema hay una nueva patrona de los enfermos. Y esta muchacha humilde y sencilla será cada vez más apreciada por los afligidos, a quienes ha traído la buena nueva, que muchos se resisten todavía a creer, de que a todos sin excepción está abierto el acceso a la más alta santidad por el camino del Evangelio, que es el de la sinceridad, la humildad y la caridad.

Gema Galgani murió el 11 de abril de 1903. El 29 de noviembre de 1931, Pío XI proclama la heroicidad de sus virtudes y es beatificada el 14 de mayo de 1933. El 26 de marzo de 1939 se leía el decreto aprobando sus milagros para la canonización. Fue canonizada por Pío XII el 2 de mayo de 1940.

CARLOS MARÍA STAEHLIN, SI

Bibliografía

- BASILIO DE SAN PABLO, CP, *Biografía de Santa Gema Galgani* (Madrid 21964)
GERMANO DI S. STANISLAO, CP, *Vida de Gema Galgani*. Trad. C. Martínez y Gonzalez (Barcelona 1910, 41941).
— *Lettere ed estasi della serva di Dio Gemma Galgani* (Roma 1909). Trad. española por J. Vila (Barcelona 21933).
MICHAEL, SR. ST., *Portrait of St. Gemma: a stigmatic* (Nueva York 1950).
THURSTON, H., *Physical phenomena of mysticism* (Londres 1952)
— Actualización:
AGRESTI, G., *Ritratto della espropriata (S. Gemma Galgani)* (Lucca 1978).
BASILIO DE SAN PABLO, CP - GERMAN DE SAN ESTANISLAO, CP, *Santa Gema Galgani* (Madrid 1997).
BONARDI, P., *Con l'amore crocifisso: S. Gemma Galgani, 1878-1903* (San Gabriel, TE 1986)
VILLEPELEE, J. F., *La folia della Croce: Gemma Galgani* (París 1988) Trad. española: M. GONZÁLEZ, *La locura de la cruz: Gema Galgani* (Madrid 1989)

BEATA ELENA GUERRA

Virgen y fundadora († 1914)

Elena Guerra nació en Lucca, capital de la Toscana, el 23 de junio de 1835 de parto provocado inesperadamente por una

caída de su madre, a los siete meses de embarazo. Fue bautizada el mismo día de su nacimiento con el nombre de María Elena Antonia en la basílica de San Frediano. Sus padres, Antonio Guerra y Faustina Franceschi, pertenecían a la nobleza luccana. Tuvieron seis hijos de los que tres murieron al poco tiempo de nacer. Su madre les dio, tanto a ella como a sus dos hermanos, una educación cristiana auténtica y verdaderamente piadosa. Para preservarlos de los peligros de la sociedad de su tiempo, buscó maestros que les impartieran las enseñanzas en casa.

Elena recibió el sacramento de la confirmación el 5 de junio de 1843 y la primera comunión al año siguiente. En aquel tiempo no era habitual que se comulgara diariamente, sin embargo, ella consiguió permiso para poder comulgar todos los días. Estudió latín, aprovechando las clases que recibía en casa su hermano Almerico, quien se preparaba para el sacerdocio y luego sería sacerdote, y ella lo hizo con tal aprovechamiento que podía leer directamente a los padres de la Iglesia y conocerlos de tal modo que sabía citarlos adecuadamente en sus escritos.

En 1854, a sus diecinueve años, junto con una compañera, Dominga Brun, se dedicó a atender a los enfermos del cólera que afligía la región de Lucca, tanto en la ciudad como en los pueblos. Luego esta amiga fundaría el instituto de Hermanas enfermeras de San Camilo.

Enfermó durante ocho años y, en este período de tiempo en el que tuvo que guardar cama, maduró su vocación religiosa. Volvió a Lucca en 1864 y su deseo de atender a los enfermos se hacía cada vez más ardiente. Por eso comenzó a trabajar con las «Damas de la Caridad» visitando pobres y enfermos. Se inscribió en la Pía Unión de las Hijas de María de Santa Inés —en la que fue nombrada responsable— que había surgido en Lucca en diciembre de 1866 nada más ser fundada la de Roma en febrero del mismo año. Estuvo en Roma en abril de 1870, justamente cuando se estaba celebrando el Concilio Vaticano I. Al año siguiente, el 27 de abril de 1871, dio su nombre y promovió la Compañía de las Adoratrices del Santísimo Sacramento. Se trataba de un grupo de mujeres que, deseando permanecer seglares, se ayudaban para llevar una vida contemplativa. Esta experiencia fue cristalizando, con la sugerencia y ayuda del ca-

nónigo Nicolás de la Santa, en incorporar a su actividad de oración también una opción determinada por el apostolado. Supo rodearse de varios grupos de jóvenes que denominó «Amistades espirituales» y, con ellas, ejercía su apostolado de caridad con los necesitados, atendiendo a la Acción Católica en la diócesis de Lucca y en las diócesis circunvecinas. Fundó también el «Jardín de María» para fomentar la devoción a la Virgen entre las jóvenes del mundo rural, para que cada una ofreciera a la Virgen —como una flor— una virtud. Puso a las jóvenes de todos estos grupos bajo la protección de la Virgen María y esta experiencia le sirvió de embrión para el alumbramiento, con algunas de ellas, de la Congregación de las Oblatas del Espíritu Santo.

El 9 de diciembre de 1872, en Lucca, constituyó una comunidad que tenía como finalidad la educación de las jóvenes. Era la primera casa de jóvenes seglares que instituía con una vida semejante a la religiosa. Continuó con esta actividad durante diez años. A sus compañeras les dio pocas pero muy sabias reglas de vida, proponiéndoles una doble finalidad: promover la devoción al Espíritu Santo y educar a la juventud femenina. Tuvo que pasar apuros, no sólo económicos sino también espirituales por la envidia de algunas compañeras que incluso abandonaron la obra en estos momentos.

En agosto de 1873 la pequeña comunidad se ponía bajo la advocación de Nuestra Señora del Cenáculo, de San José y de Santa Zita, patrona de la ciudad. El arzobispo de Lucca, Nicolás Ghilardi, les concedió llevar hábito en 1882. El 4 de noviembre del mismo año emitieron sus votos las primeras hermanas y en 1889 el mismo arzobispo les permitió que emitieran los perpetuos, dando su aprobación también a la regla. El Instituto tomó entonces el nombre de Santa Zita, santa nacida también en Lucca en el siglo XIII. Las constituciones recogían el carisma, la espiritualidad y la misión: educar a las niñas y jóvenes en la vida humana, espiritual y cristiana desde el culto al Espíritu Santo, como fuente y origen de la santidad en la Iglesia. Santa Gema Galgani, también «luccana», fue alumna de Elena Guerra y, aunque le pidió entrar en su comunidad naciente, no fue acogida.

Elena publicó diversas obras de divulgación y de devoción sobre el Espíritu Santo, tanto para niños como para adultos: por eso fue llamada «la misionera» del Espíritu Santo. Por eso su obra se ponía también bajo el patrocinio de la Virgen con la advocación del Cenáculo, porque allí, con los apóstoles, habían recibido al Espíritu Santo en el primer momento de la Iglesia. «El Espíritu Santo quiere continuar en nosotros la obra de amor que comenzó en el Cenáculo», escribía. También relacionaba el Cenáculo con la Eucaristía: «Ven Espíritu de Cristo. La Eucaristía es como el horno que mantiene sobre la tierra el Fuego que Jesús vino a traer».

En 1895 inauguró el «Cenáculo permanente», un grupo de apostolado que tenía como finalidad la oración continuada entre sacerdotes, consagrados y seglares, y que encontró amplia difusión en otras regiones de Italia. Pero su actividad apostólica no se reducía sólo a la oración sino que se prolongaba también en los trabajos manuales. Hasta inventó un «reloj eucarístico universal», por lo que el Ministerio de Industria y Comercio de Italia le concedió un diploma y la Academia parisina de inventores le hizo también otro reconocimiento por su ingenio. Se trataba de un aparato, con reloj, mediante el que se podía saber las zonas geográficas del mundo en las que se celebraba la misa a la misma hora.

Se conservan su diario, numerosas cartas y obras de carácter pedagógico y reflexiones espirituales. También la Regla para el instituto, que le llevó a recoger su experiencia religiosa durante muchos años, basada en el estudio de San Agustín, San Francisco de Sales y Santa Teresa Fremiot de Chantal. Entre las obras de carácter catequético los mismos títulos explicitan su interés: *Obsequios y plegarias al Espíritu Santo*; *Conversaciones populares sobre la devoción al Espíritu Santo*; *Recurramos, oh fieles, al Espíritu Santo*. En las cartas, que escribió desde su juventud, se puede comprobar la historia de su vocación así como la historia de la fundación de la comunidad. Se atrevió a escribir también al papa León XIII, de tal forma que, por su impulso y convicción, este papa escribió distintas cartas encomendando a los católicos que oraran especialmente al Espíritu Santo durante las solemnidades de Pentecostés y posteriormente escribiría la carta encíclica

Divinum illud munus para dar a conocer y amar todavía más al Espíritu Santo. Se dirigió varias veces al mismo papa, con frecuencia a través de su director espiritual, el obispo Giovanni Volpi, que le hacía de «mensajero», e incluso el 18 de octubre de 1897 mantuvo una audiencia personal con él insistiéndole, en nombre de distintas personas sencillas pero almas de oración, que pudiera abrir a todos hacia la oración universal y unánime al Espíritu Santo.

El 20 de septiembre de 1906 presentó su dimisión al obispo de Lucca, Benedicto Lorenzelli, por dificultades surgidas en su familia religiosa, entre ellas, las calumnias de que no era idónea para ser Superiora general al no haber administrado bien el patrimonio de las hermanas por haberse dedicado a la escritura de libros y difusión de folletos sobre el Espíritu Santo descuidando el crecimiento del instituto. Fue retirada del gobierno de la comunidad y, desde aquel día hasta el de su muerte, en la sombra fue la más humilde y obediente de las hermanas.

Más adelante, el instituto fundado por ella recibió el *decretum laudis* de la Santa Sede, el 8 de marzo de 1911, tomando el nombre de «Oblatas del Espíritu Santo», aunque se las conocía y se las conoce también por «Zitinas».

Pocos años después su salud fue agravándose. Murió el 11 de abril de 1914, sábado santo, casi de ochenta años. Fue enterrada en el cementerio público de Lucca. Sus restos fueron trasladados a la capilla del Instituto de las Oblatas de Lucca el 30 de abril de 1918. Actualmente sus reliquias reposan en la iglesia de San Agustín, de Lucca.

La causa de canonización fue introducida en Roma el 5 de mayo de 1936. Fue declarada Venerable por Pío XII el 26 de junio de 1953 y beatificada por el papa Juan XXIII el 26 de abril de 1959, la primera beatificación que hizo este papa, también beato, dentro del primer año de su pontificado. En esta ocasión él la denominó «apóstol del Espíritu Santo».

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

- JUAN XXIII, «Venerabilis Dei famula Helena Guerra virgo, instituti Oblatarum Spiritus Sancti, vulgo sororum a Sancta Zita, fundatrix, beata renuntiatur»: *AAS* 51 (1959) 337-342.
- SCARCELLO, G., *Nulla e impossibile a Dio* (Lucca).
- TADDIOLI, R., *Elena Guerra: la donna della Pentecoste e del Cenacolo* (Lucca 1998).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO LANUINO

Monje († 1119)

Lanuino era normando y debió nacer hacia 1060, pero conocemos poco de su vida anterior a su entrada en la Cartuja hacia 1087: únicamente que había estudiado en Roma y tenía una buena formación literaria. Cuando Urbano II en 1089 reclama a su lado a San Bruno, uno de sus compañeros en la ida a Italia es Lanuino, el cual será en adelante su fiel compañero y principal colaborador en todo lo referente a la vida religiosa que todo el grupo de compañeros de San Bruno quería seguir llevando. Vivió en Roma con los demás en las Termas de Diocleciano, cedidas por el papa, y cuando una parte del grupo de monjes volvió a Grenoble, Lanuino fue de los que se quedaron con San Bruno. Le acompañó en la fundación del monasterio de la Torre en Calabria y lo rigió en las ausencias forzosas del santo al servicio del papa. Construida en 1097 la Casa inferior, con el título de San Esteban, para los hermanos conversos y monjes achacosos, Lanuino quedó como prior y procurador de la misma. Ayudó a San Bruno en todo lo referente a la legalización del monasterio, bienes del mismo y exención de la autoridad de los obispos. Muerto San Bruno en el otoño del 1101, se discutió si se hacía o no a Lanuino prior de ambos monasterios, cosa que se acordó por fin con el agrado del papa Pascual II. Este pontífice distinguió con su aprecio al santo monje encargándole importantes misiones, una de ellas la de visitador de todos los monasterios de Calabria con amplias facultades para reformar cuanto encontrara necesitado de ello. En 1114 fundó el nuevo monasterio de Santiago de Montauro, que fue destinado a los aspirantes a la vida cartujana. Es muy notable que aunque salió muchas ve-

ces de su retiro para acudir a los encargos papales o asistir a concilios, nunca perdió su recogimiento y profundo carácter cartujano. Murió el 11 de abril de 1119. Su culto fue confirmado el 4 de febrero de 1893.

BEATA SANCHA DE PORTUGAL

Virgen († 1229)

Era hija del rey Sancho I de Portugal y se crió en la corte de su padre, siendo hermana de otras dos bienaventuradas: Teresa, que sería reina de León, y Mafalda, que sería reina de Castilla. Sancha eligió desde muy joven la vida religiosa, desechando propuestas ventajosas de matrimonio. Se retiró a su posesión de Jerabrica y llevó una vida de intensa piedad pero sin profesar aún la vida monástica. En este sitio acogió a los santos Berardo y compañeros que iban camino de África donde hallarían el martirio. Fundado por su hermana Teresa un monasterio cisterciense, Sancha fundó a su vez el llamado de Cellis, en el que profesó y murió santamente el 11 de abril de 1229. Su culto fue confirmado el 30 de mayo de 1705.

BEATO ÁNGEL CARLETTI DE CHIAVASSO

Presbítero († 1495)

Nació en Chiavasso, Piamonte, el año 1411. Tras estudiar teología y derecho en Bolonia, vuelve a su tierra y obtiene la dignidad senatorial. Se le propone un ventajoso matrimonio pero lo rechaza porque en su corazón ya estaba fuerte la llamada a la vida religiosa, a la que no responde, sin embargo, hasta que muere su madre. Distribuye su fortuna entre su hermano y los pobres e ingresa en los franciscanos observantes de Génova. Hecha la profesión y ordenado sacerdote, se dedica a la predicación, para lo que estaba muy dotado, y tuvo gran éxito como predicador de la palabra divina. Amigo de los pobres, fomentó los montes de piedad. Fue varias veces ministro provincial de su Orden. Sixto IV le pide predique la cruzada, lo que hace con entusiasmo. Inocencio VIII quiere recompensar sus

servicios nombrándolo obispo pero el humilde religioso logra esquivar esta dignidad y puede retirarse al pequeño convento de Cuneo, en el Piamonte, donde vive en la contemplación de las cosas divinas hasta que el Señor lo llama el 11 de abril de 1495. Su culto fue confirmado el 25 de marzo de 1753.

BEATO JORGE GERVASE

Presbitero y martir († 1608)

Nació en Bosham, Inglaterra, el año 1569. Como perteneció un tiempo a la Iglesia reformada, se ha pensado que ya nació protestante, pero la verdad parece ser que su familia era católica y que él en algún momento optó por el protestantismo y luego lo abandonó. De joven fue obligado por unos piratas a estar con ellos y luego fue miembro de la tripulación de sir Francis Drake en su expedición de 1595 a las Indias Occidentales. Más tarde sirvió en la Armada española. Por fin, en 1599, ingresó en el seminario de Douai y se ordenó sacerdote en 1603, volviendo enseguida a Inglaterra. Arrestado en 1606, fue luego desterrado del país, y entonces peregrinó a Roma. De vuelta a Douai, ingresó en el monasterio benedictino de San Gregorio. Volvió a Inglaterra y trabajó en Londres, pero a los dos meses era arrestado. Detenido en la Gatehouse, era juzgado en Old Bailey. Se negó a prestar el juramento de lealtad al rey Jacobo I pero significó serle leal de todos modos. Admitió ser sacerdote y monje, y como no era en verdad más que novicio benedictino, antes de morir emitió los votos religiosos. Fue ahorcado y descuartizado en Tyburn el 11 de abril de 1608. Beatificado el 15 de diciembre de 1929.

BEATO SINFORLANO DUCKI

Religioso y martir († 1942)

Félix Ducki nació en Varsovia el 10 de mayo de 1888. A los treinta años ingreso en el convento capuchino de Nowe Minas to donde profesó el 20 de mayo de 1921 con el nombre de Sinforiano. El *Martirologio romano* dice «Simproniano», pero la causa

de beatificación y el *Index* de la S. C. dicen Sinforiano. Estuvo destinado en los conventos de Varsovia y Lomza, para cuyo seminario menor de San Félix él hizo la recogida de limosnas. Fue un tiempo compañero del ministro provincial. Llegada la guerra, hizo cuanto pudo por atender a los hermanos y a los pobres. El 27 de junio de 1941 fueron arrestados todos los capuchinos de la capital, y nuestro beato entre ellos. Luego de pasar por la cárcel en Varsovia fue enviado al campo de concentración de Auschwitz, donde fue asesinado el 11 de abril de 1942 tras haber sido declarado inútil para el trabajo. Fue beatificado el 13 de junio de 1999.

12 de abril

A) MARTIROLOGIO

- 1 En Braga (Lusitania), San Víctor, mártir (fecha desconocida)
- 2 En Firmo del Piceno, las santas Visia y Sofía, vírgenes y mártires (fecha desconocida).
- 3 En Roma, la deposición de San Julio I († 352), papa **.
- 4 En Verona (Italia), San Zenon († 372), obispo *
- 5 En Capadocia, San Sabas el Godo († 372), mártir *
- 6 En Gap (Francia), San Constantino († ca 517), obispo.
- 7 En Pavía (Lombardía), San Damián († 697), obispo
8. En Pario del Helesponto, San Basilio († 735), obispo, defensor de las sagradas imágenes.
9. En Saint-Omer, San Erkemodón († 742), abad de Sithin y obispo de Terouanne
10. En el monasterio de Cava (Campania), San Alferio († 1050), abad, de la Orden de San Benito *
- 11 En el monasterio de Belem, junto a Lisboa, Beato Lorenzo (s XIV), de la Orden de San Jerónimo
- 12 En Los Andes (Chile), Santa Teresa de Jesús Juana Fernández Solar († 1920), virgen, novicia carmelita descalza **
13. En Nápoles, San Jose Moscatti († 1927), medico **
- 14 En San José (Chimalcingo, México), San David Uribe Velasco († 1927), presbítero y mártir *

SAN JULIO I

Papa († 352)

Dos cosas caracterizan en conjunto el pontificado de San Julio I (337-352): la defensa de la ortodoxia católica frente a las impugnaciones y tergiversaciones de los arrianos, y la protección decidida de San Atanasio, víctima de toda clase de vejaciones y calumnias de parte de los mismos, por ser considerado como la columna más firme de la fe de Nicea. En todo ello mostró San Julio I una firmeza extraordinaria, fruto del temple elevado de su espíritu y del intenso amor que sentía por la Iglesia y la verdad.

No tenemos noticia ninguna sobre su vida anterior a su elevación al solio pontificio. Sólo sabemos por el *Liber Pontificalis* que era romano de origen, y que su padre se llamaba Rústico. Después de cuatro meses de sede vacante a la muerte del papa San Marcos, tuvo lugar su elevación el 6 de febrero del año 337. No mucho después, en mayo del mismo año, murió el emperador Constantino el Grande, a quien sucedieron sus tres hijos Constantino II, Constante y Constancio. Ahora bien, sea porque la significación de estos emperadores fuera mucho menor que la de su padre, sea porque la figura de Julio I fuera mucho más eminente que la de sus predecesores, el hecho es que con él volvió a su verdadera significación el Papado, que anteriormente había permanecido en la penumbra.

Uno de los primeros problemas en que tuvo que intervenir fue la defensa de San Atanasio, que se identificaba con la defensa de la fe y llenó todo su pontificado. Después de la muerte de Constantino diose inmediatamente a todos los obispos desterrados licencia para volver a sus diócesis. De este modo San Atanasio pudo volver a Alejandría, donde fue acogido con gran satisfacción por el episcopado y el pueblo en masa. Pero el partido arriano urdió toda clase de intrigas contra él, pretextando que había sido depuesto por el sínodo de Tiro el año 335. Por eso mismo habían nombrado para sucederle a un partidario suyo, llamado Pisto. Sin embargo, a pesar del apoyo que

les otorgaba Constancio, emperador de Oriente, no pudieron impedir que Atanasio volviera a su diócesis.

Entonces, pues, viose el nuevo papa Julio I asediado por los dos partidos en demanda de apoyo, pero, gracias a su elevado espíritu y a la valentía de su carácter en defensa de la justicia y de la verdad, se puso decididamente de parte de Atanasio. En efecto, los arrianos, cuyo jefe a la sazón era Eusebio de Nicomedia, que había logrado apoderarse de la Sede de Constantinopla, enviaron una embajada ante el Papa, a cuya cabeza iba el presbítero Macario. Por su parte Atanasio, consciente de la gravedad del momento y que se trataba, no de su persona, sino de la defensa de la fe ortodoxa, había celebrado un gran sínodo, después del cual envió las actas a Roma, en las que se contenía la más decidida condenación del arrianismo y la más explícita profesión de fe.

Así, pues, informado ampliamente por ambas partes, Julio I, con su acostumbrada energía y discreción, decidió inmediatamente celebrar en Roma un gran sínodo, según habían pedido los mismos arrianos. Así lo comunicó en sendas cartas dirigidas a Atanasio y a sus acusadores, en las que convocaba a ambas partes para que presentaran sus respectivas razones.

Pero no era esto lo que deseaban los arrianos, a pesar de que anteriormente habían declarado al obispo de Roma juez y árbitro de la contienda. Sin esperar ninguna solución continuaron practicando toda clase de violencias. A la muerte de Eusebio de Cesarea colocaron al frente de esta importante diócesis a uno de sus partidarios, llamado Acacio. Celebraron en 340 un sínodo en Antioquía, y en él renovaron la deposición de San Atanasio, en cuyo lugar nombraron al arriano Gregorio de Capadocia. A viva fuerza fue éste introducido en Alejandría, que hubo de ser tomada con la ayuda de las fuerzas del emperador Constancio. Atanasio fue arrojado de su propio palacio y anduvo errante algún tiempo por los alrededores de la ciudad; pero finalmente se dirigió a Roma. Poco antes habían sido desterrados igualmente Marcelo de Ancira y otros obispos, fieles a la fe de Nicea.

Julio I, modelo de espíritu paternal, acogió a los perseguidos con muestras de verdadera compasión como héroes en defensa

de la verdad católica; y como los arrianos no sólo no enviaban sus representantes para la celebración del anunciado concilio, sino que, por el contrario, acababan de celebrar su falso sínodo de Antioquía, y continuaban cometiendo violencias y atropellos, envióles de nuevo una carta por medio de los presbíteros Elpidio y Filoxeno, en la que les exhortaba a comparecer en Roma. Pero ellos, en vez de obedecer al Papa, le remitieron una respuesta en la que se excusaban de no acudir a Roma, a causa de la situación de inferioridad en que los colocaba en su convocatoria.

«Por lo demas —decían—, el Papa había prejuzgado ya todo el litigio, acogiendo en la comunión a Atanasio y Marcelo de Ancira, que ellos habían condenado La Iglesia romana —concluían— poseía la primacia, pero debía considerar que la predicación del Evangelio había comenzado en Oriente, el poder de los obispos era igual, y no debía medirse por la magnitud de las poblaciones»

Ante esta posición rebelde y retadora de los arrianos decidióse el papa Julio I a celebrar el anunciado sínodo el año 341, rodeándolo de la mayor solemnidad. Tomaban parte en él más de cincuenta obispos. Hallábanse presentes San Atanasio y Marcelo, objeto de las acusaciones de los adversarios. Lejos de asistir a este sínodo, los arrianos dieron orden de ausentarse de Roma a su representante Macario. Así, pues, Julio I hizo examinar con toda calma la causa de los perseguidos, y, bien estudiados los informes de ambas partes, declaró solemnemente la inocencia de San Atanasio y Marcelo de Ancira, previa para éste una clara profesión de fe. En nombre del sínodo dirigió entonces Julio I una encíclica a los obispos de Oriente, en la que les comunicaba la decisión tomada. Con verdadera dignidad, y sin expresión ninguna mortificadora, pondera el Papa el tono desconsiderado del escrito enviado por ellos a Roma, donde rechazaban su participación en un concilio que ellos mismos habían reclamado. Finalmente, con plena conciencia de su autoridad y de la primacía de la Sede romana, declara que, aunque Atanasio y los demás hubieran sido culpables, antes de dar ellos ningún fallo debían, conforme a la tradición, haber escrito a Roma y esperar su decisión.

Mas, no obstante una actitud tan digna y serena del romano pontífice, los arrianos, continuaron sus violencias y arbitrarieda-

des. Así, con el objeto de contrarrestar el efecto moral de las decisiones de Roma, celebraron ellos el mismo año 341, en Antioquía, un sínodo, al que asistieron un centenar de obispos, en el que confirmaron la sentencia contra San Atanasio y su posición antinicensa. Por todo esto, Julio I, que no deseaba otra cosa que el triunfo de la verdad, en inteligencia con otros obispos de Occidente decidióse a celebrar un concilio de carácter más universal. Esto le era facilitado entonces por la situación política, pues, desde que quedaron dueños respectivamente del Oriente y Occidente Constancio y Constante, como éste favorecía positivamente al Romano Pontífice y la ortodoxia de Nicea, se observó durante un decenio (341-351) cierto predominio de la ortodoxia, defendida por Julio I y San Atanasio.

Así, pues, con el favor del emperador Constante, con quien se había puesto de acuerdo su hermano Constancio, celebróse el gran concilio de Sárdica en el otoño del 343. El Papa envió como representantes suyos a dos presbíteros. Presidiólo el célebre Osio, obispo de Córdoba, consejero religioso del emperador y verdadera columna de la fe. Sin embargo, aunque este concilio sirvió para afianzar la ortodoxia y poner más en claro los derechos del primado de Roma, sin embargo, en vez de traer la unión, más bien contribuyó a ahondar más la división existente.

Los orientales, que habían comparecido en el concilio antes que los occidentales, exigieron que Atanasio, Marcelo y los demás obispos depuestos por ellos fueran excluidos del concilio. Desde luego, eso significaba negar el derecho de apelación al romano pontífice y a un concilio universal, y entregar a Atanasio y demás obispos a merced de sus más encarnizados enemigos. A tan injustas exigencias opusieron con toda decisión los obispos occidentales, por lo cual los orientales se negaron a tomar parte en ninguna deliberación, y, después de inútiles esfuerzos realizados para reducirlos, se separaron del legítimo concilio. Reuniéndose, pues, entonces en Philippópolis, redactaron una nueva fórmula de fe, renovaron la condenación de San Atanasio y lanzaron una circular, en la que apelaban de las decisiones de Sárdica.

A pesar de la partida de los orientales, permanecieron firmes en Sárdica unos cien obispos occidentales, presididos por

Osio y los legados pontificios, celebrando entonces el verdadero concilio. Después de un nuevo examen de la causa de Atanasio y Marcelo fueron éstos declarados inocentes y restituidos a sus cargos, y juntamente se lanzó excomunión contra los intrusos en sus sedes y los dirigentes eusebianos o arrianos.

Mucha mayor trascendencia tuvieron una serie de cánones que promulgó luego el concilio de Sárdica, que, aunque representado exclusivamente por obispos occidentales, se consideraba como concilio ecuménico y ciertamente tuvo siempre gran significación. Los más importantes son, indudablemente, los que se refieren al obispo de Roma, de cuya autenticidad, conforme a la más moderna crítica, no puede dudarse. En ellos se proclama de un modo claro y terminante el derecho de apelación al Romano Pontífice, con lo que implícitamente se proclama también el primado de Roma. Así se determina que un obispo, depuesto por su concilio provincial, puede apelar a Roma. En este caso el obispo de Roma debe ordenar una nueva investigación por medio de un sínodo en las diócesis vecinas, y, en caso de nueva apelación, decidir por sí mismo. Por otra parte, el concilio renovó el símbolo de Nicea y contribuyó eficazmente a afianzar la ortodoxia católica. Por esto gozó siempre de gran reputación y fue considerado como uno de los grandes concilios de la antigüedad.

Una vez realizada esta grande obra, el santo papa Julio I tuvo de nuevo el consuelo de ver en Roma al héroe de la ortodoxia, San Atanasio, quien quiso despedirse y dar gracias al Papa antes de volver triunfalmente a Alejandría. Julio I le dio una carta para el pueblo de Alejandría y de Egipto, en la que felicitaba a los obispos y sacerdotes y a los fieles por su inquebrantable adhesión a la fe de Roma y a la Cátedra de Pedro.

El resto de la vida de Julio I se desarrolla en una forma semejante. Con la eximia santidad de su vida y con su energía en la defensa de la verdadera fe fue el pastor que necesitaba la Iglesia en aquel período, en que tan combatida se veía por los más peligrosos enemigos, que eran los herejes arrianos. Es cierto que ayudó poderosamente al predominio de la ortodoxia durante este tiempo el apoyo del emperador Constante, al que, con

más o menos convicción, se doblegaba Constancio. Pero no puede negarse que la virtud, fortaleza y clara visión de las cosas del papa Julio fueron la causa decisiva del predominio que fue adquiriendo la ortodoxia romana y la fe de Nicea. Aun después de desaparecer en 350 la figura de Constante, todavía mantuvo la ortodoxia su predominio frente a la herejía; pero, al morir Julio I en abril del 352, pudo de nuevo el arrianismo celebrar un corto período de triunfo.

Ya desde la antigüedad fue celebrada la virtud y constancia de este gran Papa en defensa de la fe, por lo cual fue incluido bien pronto en los catálogos de santos o martirologios cristianos.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act. SS. Boll., 12 de abril.

BATIFFOL, P., *La paix constantinienne et le catholicisme* (París 1914).

DUCHESNE, L. (ed.), *Liber pontificalis*, 3 vols. (París 1886-1957).

— *Histoire ancienne de l'Église*, II (París 1908) 192s.

HEFELE, C. J. - LÉCLERCQ, H., *Histoire des Conciles d'après les documents originaux* (París 1907-1952).

TILLEMONT, L. S. DE, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles...*, VII (Venecia) 269s.

En general, todas las «Historias generales de la Iglesia» y obras similares.

SANTA TERESA DE LOS ANDES

Virgen y religiosa († 1920)

Carmelita descalza, nació en Santiago de Chile en 1900; murió en Los Andes en 1920.

Se la conocerá con el nombre de Juana o Juanita hasta que en 1919 cambie su nombre por el de Teresa de Jesús. Actualmente se la reconoce como Santa Teresa de Los Andes para distinguirla de las otras santas Teresas del Carmelo: Teresa de Jesús, Teresa Margarita, Teresa de Lisieux. El apellido de Los Andes hace referencia al monasterio del Carmelo Teresiano en que entró y murió.

Su abuelo paterno había nacido en España, en un municipio de la Rioja llamado Galilea, partido judicial de Arnedo, diócesis

de Calahorra. Uno de los 15 hijos de este riojano se llamaba Miguel Fernández Jaraquemada, nacido en Santiago de Chile en 1869. Casó con Lucía Solar Armstrong en 1892. Miguel y Lucía son los padres de nuestra santa. Lucía, Miguel, Luis, Rebeca e Ignacio, más otra Juana que murió a poco de nacer, son sus hermanos.

En la casa tenían el privilegio pontificio de oratorio privado y se decía misa casi todos los días.

La familia gozaba de una posición desahogada y económicamente en estado de bienestar.

«Jesús no quiso que naciese como Él, pobre. Y nací en medio de las riquezas, regalona de todos», dirá Juanita. Pero, muerto en 1907 el abuelo materno, Eulogio Solar, que poseía «el fundo de Chacabuco, con miles de hectáreas, colindantes con Argentina, a unos 60 kilómetros al norte de Santiago», comienza a cuartearse la herencia familiar recibida y se perderán las dos heredades o fincas rústicas de Chacabuco y Melipilla. La gestión económica de don Miguel en los negocios fue desastrosa.

La *cronología* de Juanita/Teresa es breve: 1900-1920.

En la presentación que hace de su *Diario* en 1917 divide su vida en dos períodos: «más o menos desde la edad de la razón hasta mi Primera Comunión; desde mi Primera Comunión hasta ahora. O más bien será hasta la entrada de mi alma en el puerto del Carmelo»; habría que añadir una tercera parte: desde su entrada en el convento hasta su muerte.

Nacida el 13 de julio de 1900, la bautizaron el 15 sucesivo con los nombres de Juana Enriqueta Josefina de los Sagrados Corazones. Se confiesa por primera vez en 1907, a los siete años, y lo hace con frecuencia ya en esos años anteriores a la Primera Comunión.

Aprende a leer en el colegio de las Teresianas, en el que pasa poco más un mes. Después como externa en el Colegio de la Alameda de las Delicias, regentado por las religiosas del Sagrado Corazón, fundadas por Santa Magdalena Sofía Barat, va a recibir una educación esmerada. Ingresa en el Colegio como externa en 1907 y allí sigue como tal hasta 1915.

Ese mismo año pasa como interna al colegio de la Maestranza (hoy Portugal) de las mismas religiosas. Sacó bien los

cursos, aunque tuvo que esforzarse en los estudios. Lo que obtenía todos los años era premio en conducta. La educación era muy completa en lo moral y en lo científico. Así se completaba en lo moral la educación cristiana recibida en el seno de la familia.

En 1909 recibe el Sacramento de la confirmación; y en 1910, el 11 de septiembre recibe la primera comunión de manos de Monseñor Ángel Jara, obispo de La Serena.

En diciembre de 1914 sufre un ataque de apendicitis y es operada el día 30. Ella misma contará en el *Diario* con tonos dramáticos las incidencias de la intervención quirúrgica. Le costó mucho restablecerse de la operación, y lo sintió especialmente por el tiempo que tuvo que estar sin «subir a caballo, pues no hay nada que me guste más que el caballo».

En 1915, al cumplir los quince años, proclama con gozo que Cristo la ha cautivado y enamorado. En 1916 revela a su hermana Rebeca que va a ser carmelita, ilusión o sueño que abrigaba desde que hizo la primera comunión. En agosto de 1917 hace unos días de retiro y el confesor le asegura que no ha cometido nunca pecado mortal.

En septiembre de ese mismo año escribe su primera carta a la priora de las carmelitas descalzas de Los Andes, manifestándole su deseo ardiente de hacerse monja en ese monasterio.

Prosigue su carteo con el monasterio a lo largo de 1918; el 12 de agosto deja definitivamente el internado. En septiembre solicita su entrada en el Carmelo. La madre priora, a vuelta de correo, le contesta afirmativamente. Va profundizando cada vez más en su vocación al Carmelo; en noviembre de 1918 anda leyendo el *Camino de Perfección* de Santa Teresa.

El 11 de enero de 1919 va con su madre a visitar el monasterio de Los Andes. La encanta la sencillez y la pobreza que encuentra. El 25 de marzo escribe, desde Santiago, una carta extraordinaria a su padre pidiéndole permiso para entrar en el Carmelo. Al mes siguiente su padre le da el consentimiento requerido. Fue ésta una de las mayores alegrías de su vida. Comunica la autorización paterna a las monjas de Los Andes, y anuncia que está decidida a entrar ya el 7 de mayo. Entra ese día previsto en el monasterio. Desde ahora se llamará Teresa de Je-

sús. Terminado el postulanteado, toma el hábito de monja el 14 de octubre, víspera de la fiesta de Santa Teresa, y comienza su noviciado.

El mes de abril de 1920 es un sucederse de momentos de gracia y de pasión: el 2, Viernes Santo, cae gravemente enferma con tifus. Un mes antes ha dicho que moriría pronto, dentro de un mes. El 5 pide los últimos sacramentos. El 6, se le concede hacer la profesión *in articulo mortis*. Al modo como la hacían las primeras descalzas, entre otras la famosa Ana de Jesús en 1570 en Salamanca.

«La formula de la profesión la repitió las tres veces, con voz entera, quedando en celestial gozo y agradecidísima a la comunidad, que sin mirar su indignidad, como ella decía, le había concedido gracia tan grande»

El día 7 hace su última comunión; y el 12 de abril muere a las 19,15 horas. Es la santa más joven del Carmelo. Tenía sólo 19 años y nueve meses y once meses en el convento. Fue sepultada en un nicho del cementerio conventual dentro de la clausura. En 1940 se procedió a la exhumación; sus restos fueron trasladados al coro de la comunidad, sito en la clausura, y puestos en un sepulcro de piedra, sin inscripción ni nombre alguno.

En marzo de 1947 se comenzó el proceso diocesano en orden a su beatificación. Se cerró el 4 de marzo de 1971. En 1976 da comienzo el llamado proceso «cognicional»; se inicia el 17 de marzo y se cierra el 18 de marzo de 1978. Así quedaba enriquecido el proceso ordinario de 1947-1971.

En 1985 los teólogos consultados se pronuncian favorablemente y por unanimidad acerca de las virtudes heroicas de la sierva de Dios; el 18 de marzo de 1986 la Congregación de cardenales y obispos proclama que Teresa de Los Andes ha practicado en grado heroico las virtudes evangélicas. Es declarada Venerable. El 16 de marzo de 1987 el papa Juan Pablo II firma el decreto de beatificación. Y el 3 de abril de 1987 Juan Pablo II la beatifica solemnemente en el Parque O'Higgins, en Santiago de Chile, ante más de 300.000 fieles.

En octubre de 1987 el Carmelo de Los Andes se traslada al nuevo monasterio de Auco, Rinconada de Los Andes. Llevan consigo los restos de Teresa, que en diciembre de 1988 son depositados en la cripta del nuevo Santuario, inaugurado con toda

solemnidad en esa ocasión. La fama de Teresa/Juanita se ha ido desbordando y, ya antes de la beatificación, se vio la necesidad de construir un gran santuario que acogiera a los miles y miles de peregrinos y devotos de la Santa.

Aprobado el milagro para la canonización, Teresa de Jesús —de Los Andes— fue canonizada el 21 de marzo de 1993 en la basílica de San Pedro de Roma.

El Señor tenía sus planes sobre esta criatura en la que había puesto sus complacencias. La canonización hace culminar esos planes divinos que habían comenzado a manifestarse nada más morir. Enseguida comenzó a hablarse de gracias y favores recibidos por su intercesión. Llegan y llegan peregrinos y visitantes continuamente a visitar su tumba. El correo trae cartas y más cartas de Chile y del extranjero anunciando curaciones y gracias y pidiendo su intercesión.

Ya en 1977 se habían llenado 14 volúmenes manuscritos con más de 3.500 páginas de tamaño oficio, en los que los peregrinos al sepulcro de Teresa habían ido escribiendo sus impresiones, sus oraciones, sus deseos, los milagros que creían haber recibido por intercesión de sor Teresa. La afluencia de gente al nuevo santuario es constante y llamativa.

El fenómeno de la fama de santidad y de la atracción que ejerce su figura desde el momento de su muerte es imparable. Una de las religiosas del convento declaraba:

«Al fallecer una carmelita, se tocan las campanas a muerto y viene gente al templo, pero cuando murio Sor Teresa se lleno la iglesia de fieles, en forma tal que no cabia nadie mas, agolpandose numeroso gentio en la acera y calle adyacente, con grandes muestras de dolor. Las carmelitas nos asombramos porque jamas habiamos hablado de la santidad de la Sierva de Dios fuera del convento»

El juicio de las religiosas y de cuantos han ido viendo el crescendo de la devoción de los fieles hacia sor Teresa es que quien habla y sigue hablando de ella es Dios que mueve los corazones, no había que hacer propaganda porque se encargaba el mismo Dios. Sigue vigente lo que ella dejó dicho encabezando su *Diario*:

«La historia que Ud va a leer no es la historia de mi vida, sino la vida intima de una pobre alma que, sin merito alguno de parte

de ella, Jesucristo la quiso especialmente y la colmo de beneficios y de gracias»

Quien la quiso tan especialmente se ha empeñado ahora en manifestarla al mundo y a su Iglesia con esa aura de juventud perenne en que vivió.

Más que nunca, una vez canonizada, hay que preguntarse, ¿cuál es el mensaje de esta joven chilena Teresa/Juanita? En la homilía de la canonización el Papa la llamó «luz de Cristo para toda la iglesia chilena»:

«Dios ha hecho brillar en ella de modo admirable la luz de su Hijo Jesucristo para que sirva de faro y guía a un mundo que parece cegarse con el resplandor de lo divino. A una sociedad secularizada, que vive de espaldas a Dios, esta carmelita chilena, que con vivo gozo presento como modelo de la perenne juventud del Evangelio, ofrece el límpido testimonio de una existencia que proclama a los hombres y mujeres de hoy que en el amar, adorar y servir a Dios esta la grandeza y el gozo, la libertad y la realización plena de la criatura humana. La vida de bienaventurada Teresa grita quedamente desde el claustro “¡Solo Dios basta!”»

El perfil de la santidad de esta criatura es de lo más amable. Vivió su jornada terrena con intensidad y ella misma en su *Diario* y en poco más de 160 cartas deja trasparentar lo que era su vida humana, cristiana y religiosa. Físicamente era una belleza. Los testigos la describen como «de porte distinguido, de gran belleza física y muy fina de modales», «muy buena moza, tenía ojos azules preciosos, nariz bien cortada, tez blanca», «ojos celestes, rubia, los dientes muy blancos y pequeños», 1,75 de estatura. Ella misma dice en su *Diario*.

«A mí, desde chica, me decían que era la mas bonita de mis hermanos y yo no me daba cuenta de ello. Pero esas mismas palabras me las repetían cuando mas grande, a escondidas de mi mamá, que no le gustaba. Solo Dios sabe lo que me costo desterrar este orgullo o vanidad que se apoderó de mi corazón cuando estuve mas grande»

El equilibrio psíquico era perfecto, era una niña maravillosa, dice alguien que la conocía bien. Cuando en el Proceso se pregunta a los testigos si vieron en ella rastros de infantilismo, todos responden afirmando la gran madurez de Juanita. Una testigo, refiriéndose a sus años de colegiala, certifica:

«Nada de infantilismos, todo lo contrario, porque su vida espiritual era profunda, sus oraciones siempre constantes. Además, vivía con una preocupación, realizar su vocación».

Las carmelitas descalzas del monasterio de Los Andes en la Carta circular de mayo de 1920 que enviaron anunciando la muerte de sor Teresa se detienen gozosamente en contar cosas de su vida y rasgos de su personalidad y agradecen a Dios «haberla traído a nuestro monasterio y habernos permitido contemplar en tanta juventud, tanta santidad».

La propia Santa dice: «La historia de mi alma se resume en dos palabras: “Sufrir y amar”». Y en el mismo *Diario* desvela el secreto de su existencia cristiana: «Nuestro Señor me mostró como fin la santidad y ésta la alcanzaría haciéndolo todo lo mejor posible». Lo mismo le dijo el confesor y ésa fue su tarea: hacer todo lo que tenía que hacer lo mejor posible y padecer también todo lo que tuvo que padecer lo mejor posible. Y esto a lo largo de toda su vida, nada larga, pero de una intensidad increíble. Su santidad se fue tejiendo de esa manera tan natural y sencilla. Se hizo santa siendo la que tenía que ser en su ambiente, en los espacios y tiempos en que le tocó vivir.

En la medida en que se cuenta su vida se va configurando insensiblemente su figura espiritual, sin necesidad de armazones especiales. En esto está precisamente su grandeza.

Uno de los teólogos censores de sus escritos ante la Santa Sede la describe como un alma verdaderamente teologal. Se trata de una santa en la que la vida sacramental va dando sus mejores frutos. Hija de Dios por el bautismo, va floreciendo en virtudes con una naturalidad sorprendente.

En su *Diario* confiesa: «Cuando vino el terremoto de 1906, al poco tiempo fue cuando Jesús principió a tomar mi corazón para sí». La toma de su corazón se afianzó de modo definitivo en su primer encuentro eucarístico. La preparación para este acto tan trascendental había sido exquisita; un año largo de preparación, pidiendo cada día a su mamá que la dejara ya comulgar. Una semana de retiro en el colegio y, vuelta a casa, seguía en soledad especial, «hasta comía sola en su pieza, con permiso de la mamá». La víspera de ese día tan esperado, hizo la que fue «mi confesión general. Me acuerdo: después que salí me pusieron un velo blanco». Desde el colegio escribe una cartita a sus

padres agradeciéndoles todas sus bondades y pidiéndoles «perdón por las desobediencias, rezongos que he cometido. Espero no volver a hacer más esas faltas». Y esa misma tarde en la casa, de rodillas, vuelve a pedir perdón a su padre y a su madre por las penas o disgustos que les hubiera causado con su mala conducta. Pide también perdón a todos sus hermanos «y por último a mi mamita y demás sirvientes». Llama «mamita» a la empleada Ofelia Miranda que cuidaba de ella desde pequeña.

Siendo tan bien cuidada la preparación no es extraño que aquel 11 de septiembre fuera para ella un día a señalar con piedra blanca. Recordándolo, dirá:

«El día de mi Primera Comunión fue un día sin nubes para mí. No es para describir lo que pasó por mi alma con Jesús» «Ese hermoso día para mí fue un día hermoso para la naturaleza también. El sol despedía sus rayos que llenaban mi alma de felicidad y acción de gracias al Creador»

Los efectos saludables de aquel encuentro se notaron en su conducta. Uno de sus hermanos, «Lucho» (Luis), declarará que

«después de la Primera Comunión se notó un cambio en la conducta de Juanita que hasta entonces había dejado entrever algunos defectillos: carácter un tanto iracundo y le costaba obedecer. El contacto diario con el Señor en la Comunión la transformó. Su carácter se tornó suave y servicial. Fue obediente y docil, de tal modo que nos llamaba la atención a todos sus hermanos y nos servía de ejemplo»

El cambio no fue algo pasajero y se irá traduciendo en vivencias interiores muy fuertes en su vida de piedad, de intensa oración y en su atención a pobres y desvalidos.

Generosa y abierta con los pobres. A un niño huérfano y desaliñado, llamado Juanito, lo cuidaba en lo material y espiritual como si fuera su madre. Le daba lecciones de catecismo, le enseñó a rezar, lo alimentaba y vestía. A Lucho le pedía calcetines y ropa para su Juanito, del que decía que se preocupaba tanto por él porque para ella «era el símbolo de todos los niños pobres y desvalidos del mundo». Hasta rifó un reloj para comprar unos zapatos a su Juanito. Una de sus compañeras de infancia la define como «muy amiga de los pobres y de los niños chicos». Si durante la comida llegaba un pobre, le llevaba su propio plato y le hacía comer.

En las misiones populares que se daban en los fundos participaba muy activamente. Era algo que la entusiasmaba. Sabía aprovecharlas para su bien espiritual y para intervenir en ellas como catequista. Así en Chacabuco en 1916, todos los días hizo «catecismo a 60 niños, 24 de los cuales hicieron la Primera Comunión». Y de las dadas en 1919 por los padres claretianos, llegados de Talca, dice a una amiga:

«La gente quedó encantada [...] Nosotras hacíamos catecismo; se juntaban más de 50 chiquillos, y después de las misiones hemos seguido haciéndoles clase todos los días». «Hicimos catecismo. En fin, hasta ayudé a Misa».

Pero no todo era pura catequesis:

«Como nos vamos el sábado a Santiago les hicimos hoy a los niños comedias y juegos, pero te aseguro que los pobrecitos han gozado. El domingo anterior a éste les hicimos biógrafo [cine mudo]. Estaban encantados. Después, para terminar les tiramos una rifa».

Cuando veraneaba en el balneario de Algarrobo en 1918 se prodigaba también dando el catecismo a niños pobres, hijos de pescadores y obreros, preparándolos también para la primera comunión. «Estoy haciendo clase de catecismo. Tengo 9 chiquillos y les rifo todos los días cualquier juguete, con lo que gozan». Se empeñaba, además, en formar un coro con otras señoritas veraneantes y ella misma tocaba el armonio de la capilla.

En otras ocasiones, cuando, explicando el catecismo, veía que los chiquillos comenzaban a inquietarse, «los hacía cantar».

El jesuita Francisco Lyon Subercaseaux, que la vio en su menester catequético, declara que

«daba gusto escucharla cómo hablaba de Dios, de la Santísima Trinidad y de la persona de Nuestro Señor Jesucristo. Al enseñar el catecismo, se notaba gran dominio de él, de modo que los alumnos no lograban jamás sorprenderla en algún yerro».

El fervor religioso y apostólico no la hacía ñoña ni esquivar; todo lo contrario, la llevaba a ser al mismo tiempo buena compañera, alegre y expansiva. Sus paseos a caballo eran bien conocidos; era una diestra amazona. La equitación era su deporte favorito. Uno de los testigos que participaba en la alegría es-

pontánea y sana de Juanita, certifica que ella era «el alma de esas correrías por playas y quebradas de Algarrobo».

El mismo testigo, jesuita más tarde, refiere que Juanita

«gozaba en la contemplación de las bellezas de la creación, el océano y las frescas playas que circundadas del silencio de voces humanas, estaban llenas del rumor de las olas. Elevaba su espíritu a Dios»

La vio también muy recatada en los baños de playa que tomaba en Algarrobo. Alegre como ella sola, además de enseñar el catecismo e invitar a la piedad disfrutaba divirtiéndose a los chiquillos. Así, estando de vacaciones y de descanso en Chacabuco o en algún otro de los fundos, atendía a los hijos de los inquilinos y quería verlos alegres: organizaba carreras de sacos, carreras en burro, y daba premios a los triunfadores. Y añade quien presencié aquella alegría: «Quedaba Juanita llena de tierra con los juegos y era la más alegre y entusiasta».

El mismo espíritu que manifestaba con los de fuera de casa la llevaba a comportarse exquisitamente en casa para con sus padres, con sus hermanos, tan distintos unos de otros, a los que ponía en paz con un tacto singular, a los que aconsejaba y ayudaba, atreviéndose, además, a dar consejos a su propia madre acerca de la suavidad con que debía tratar a alguno de los muchachos. Supo estar muy cerca de su padre, alentándolo en los momentos más duros del quebranto económico padecido. Quien repase la correspondencia familiar de Juanita verá la cercanía, el cariño y la profundidad espiritual con que los rodeaba y seguía. Es uno de los capítulos más llenos del sentido apostólico de esta criatura, y ha sido ya estudiado finamente por Félix Málaiz (cf. bibliografía). Lo de ama de casa le tocaría serlo al dejar el internado en 1918. Eran los años de la caída de la fortuna familiar, el número de los empleados de casa había disminuido y allí estaba Juanita pronta a servir como la que más:

«Le toca a ella correr con la casa, y no tiene otro pensamiento que agradar a todos y sacrificarse por cada uno de ellos en todo momento»

Desde el día de su primera comunión no la abandona la idea de consagrarse a Dios en la vida religiosa. Pero todavía en enero de 1919 la asaltan dudas sobre ser religiosa del Sagrado Corazón o carmelita descalza. Se informa bien del género de vida de

ambos institutos. La atrae mucho la vida de inmolación de las Hijas de Santa Magdalena Sofía Barat, «pero el Carmen se me presenta con todos los atractivos para llenar mi alma. Además, N. Señor me ha manifestado tantas veces que sea carmelita». Así se fueron disipando sus dudas y la primera vez que visitó el convento «veía claramente que Dios me quería allí y me sentía con fuerza para vencer todos los obstáculos para poder ser carmelita y encerrarme allí para siempre».

Su estancia en el monasterio fue de lo más breve, llegaba a él como a puerto de sus aspiraciones. La vida de oración que había llevado antes de entrar, haciendo, como cuando intervenía en las misiones populares, hasta una hora y media de oración diaria, su devoción eucarística singular tan acendrada desde los días del colegio, su devoción mariana exquisita, su espíritu de mortificación, penitencia y soledad constituyen el bagaje con que arriba al Carmelo. Llega al deseado puerto sobre todo con la ilusión de ser toda de Dios. Así lo había escrito en su *Diario* ya en 1915: «Por Él lo dejaré todo para irme a ocultar tras las rejas del Carmelo, si es Su Voluntad, y vivir sólo para Él». El día que cumplía 15 años escribe una página maravillosa y, entre otras cosas, dice:

«El porvenir no se me ha revelado, pero Jesús me ha descorrido la cortina y he divisado las hermosas playas del Carmelo»

El 13 de julio de 1917 escribe:

«Hoy cumpla 17 años Un año menos de vida [] Un año solo para arribar al puerto del Carmelo ¡Oh Carmen! ¿Cuando me abrias tus puertas sagradas?»

Uno pudiera pensar que se trata de sueños de una jovencita sin experiencia de la vida, pero sus afirmaciones son contundentes:

«Mi pensamiento no se ocupa sino en El Es mi ideal Es un ideal infinito Suspiro por el día de irme al Carmelo para no ocuparme sino de El, para confundirme en El y para no vivir sino la vida de El amar y sufrir para salvar las almas Si, sedienta estoy de ellas porque se que es lo que mas quiere mi Jesús ¡Oh, le amo tanto!»

Así desvelaba su vocación a su hermana Rebeca, que la seguirá en el mismo Carmelo y morirá en 1942. Los pocos meses

que pasa Juanita/Teresa en el monasterio le sirven para enriquecer aún más todos estos aspectos de su vida espiritual, sigue siendo la misma, con la misma fidelidad, ahora ejercitada en el ámbito conventual. Su vida de oración en el Carmelo ha sido estudiada y encuadrada en cuanto ha sido posible en «cuatro zonas orantes: la oración sencilla, el sufrimiento compartido con Cristo en su pasión, la experiencia profunda de Dios, las repercusiones corporales» (Félix MálaX, cf. bibliografía).

El trato con Dios en la oración no fue para Teresa un sendero de rosas. Ya antes de entrar había pasado por lo que luego en el Carmelo experimentará: desazones, arideces, abandonos por parte de Dios, «dudas horribles contra la fe», sequedades espantosas. No se le ahorró para nada lo que en lenguaje tan de San Juan de la Cruz se llaman noches oscuras, que son de lo más crucificante. Tuvo que configurarse con Cristo, con su Pasión. Las páginas con que describe todos estos estados de ánimo son patéticas. Así fue, de veras, llegando a la plenitud en ese su ser alma teologal. Sus sufrimientos, sus ansias de perfección, todo el hervor de su amor, su entrega es de tonalidad sponsal. Ya el 8 de diciembre de 1915, de edad de 15 años,

«hago el voto delante de la Santísima Trinidad y en presencia de la Virgen María y de todos los santos del cielo de no admitir otro Esposo sino a mi Señor Jesucristo, a quien amo de todo corazón y a quien quiero servir hasta el último momento de mi vida»

Y así fue. Este su voto se coronó y selló a las puertas de la eternidad al hacer su profesión de carmelita descalza en trance de muerte, seis días antes de su fallecimiento.

Las devociones de toda su vida: a la Virgen María, «Mi madre la Virgen María», cuyo rosario rezaba todos los días: «sólo una vez, cuando estaba más chica, se me olvidó»; «Mi Padre San José», la siguieron en el Carmelo y se hermanaron con las devociones a Teresa de Jesús, a Juan de la Cruz, a Teresa de Lisieux, a Isabel de la Trinidad; todos estos personajes de la familia carmelitana la ayudaban y sugerían tantas cosas en su camino de santificación. Pero la devoción más profunda de Teresa de Los Andes fue la eucaristía, devoción ésta como las otras que no eran en ella fruto de una vana credulidad sino bien fundamentadas en su fe, en el Evangelio y en la tradición viva de la Iglesia.

También tenía devoción y hambre de la palabra de Dios; ya antes de entrar en el Carmelo, como declara una de sus compañeras, «leía mucho los Santos Evangelios; el ejemplar que tenía estaba bien usado de tanto leerlo y meditarlo. Se sabía de corrido la Historia Sagrada». También sabemos que «asistía a unas clases sobre el Evangelio, y nunca las perdió. Era muy diestra en decir de memoria el evangelio del domingo».

Es un caso singular el de esta criatura: habla íntima y casi continuamente con Cristo Jesús, que a veces le reprocha su falta de confianza, le habla de las virtudes: humildad, caridad, pobreza.

«Me mostro su grandeza y mi nada y me dijo que me había escogido para víctima. Que subiera con El al Calvario. Que emprendieramos juntos la conquista de las almas. El, Capitan y yo soldado. Nuestra arma, la Cruz. La divisa, el amor»

Así podríamos recoger otras muchas palabras del Señor a Juanita/Teresa. Confesará con toda naturalidad que ya el día de su primera comunión sintió «su voz querida por primera vez». Le hablaba con tanta frecuencia: «me decía cosas que yo no sospechaba». Ante las dudas que se le presentaban por estas hablas interiores, acertaron a guiarla bien sus directores espirituales, claretianos, jesuitas, carmelitas. Ella misma, aunque la ayudaban tanto estas comunicaciones en su vida interior, dirá a uno de sus directores:

«En cuanto a las imagenes y hablas interiores no hago caso si no es al efecto bueno que producen en mi, para no aficionarme a ellas, y aun trato de rechazarlas. En cuanto a Dios no me lo represento en ninguna forma para ir a El por fe. Todo esto pasa por mi alma. Juzgue su Reverencia si no voy errada, pues vivo con este temor» (20-7-1919)

Aparte este trasmundo suyo, no hay duda de que fue una gran mística y que sabe referir sus experiencias con gran maestría. Pero muchas de las cosas que sucedieron entre Dios y ella, entre Cristo y ella, sólo se sabrán en el más allá. Fue santa de verdad, teniendo conciencia clara de su miseria, autocalificándose con frecuencia en sus escritos de «un nada», «una nada criminal».

La capacidad de convocatoria de Santa Teresa de Los Andes en su tierra es inmensa. Su santuario es meta de peregrinaciones

de los pueblos de América que no acertamos a explicar sino porque Dios ha dado en engrandecer a esta niña mimada de la gracia que, por otra parte, fue haciéndose con la santidad a punta de lanza.

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

- GIL DE MURO, E. T., *Cada vez que mire el mar. Teresa de Los Andes* (Burgos 1992). Vida popular con ese estilo tan peculiar del autor
- MALAX, F., *Santa Teresa de Los Andes. Vivencia y pensamiento* (Burgos 1997). Estudio muy bien documentado y exhaustivo en no pocos aspectos de la espiritualidad de la Santa
- Positio super virtutibus* (Roma 1985). Declaraciones tan importantes como la de su madre, la de su hermano Luis, de compañeras de estudios, de monjas descalzas de Los Andes..
- PURROY, M., *Teresa de Los Andes cuenta su vida* (Santiago de Chile 41992). Purroy es uno de los que más ha trabajado por Santa Teresa de Los Andes y de los que mas saben de ella.
- PURROY, M. - PACHO, A., *Teresa de Los Andes Obras completas* (Burgos 1995). Aquí se encuentra su *Diario* y 164 *Cartas*, además de algunos ejercicios escolares. Por sus escritos, enriquecedores de la doctrina del Carmelo, bien merece estar junto a Isabel de la Trinidad y a Teresa de Lisieux.

SAN JOSÉ MOSCATI

Médico († 1927)

Nació el 28 de julio de 1880 en Benevento, en donde su padre, Francesco Moscati, magistrado de antigua y noble familia, ejercía de presidente del Tribunal de dicha ciudad. Su madre, Rosa de Lucca, descendía de los Marqueses de Rosato. Recibió las aguas bautismales el 31 de julio y al poco tiempo (1881) su padre tuvo que trasladarse a Ancona como consejero de la Corte de Apelación. Dos años más tarde (1883) acude en peregrinación con sus padres al célebre Santuario de Nuestra Señora de Loreto, permaneciendo otros dos años en Ancona, pero en 1884 su padre fue nombrado consejero de la Corte de Apelación de Nápoles, donde se avecindó la familia de forma definitiva.

En 1888 recibió la Primera Comunión, asistiendo a partir del año siguiente a clases en el Instituto Vittorio Emanuele, y, en 1897 se matriculó en la Facultad de Medicina. El 21 de di-

ciembre de este mismo año falleció su padre. El 3 de marzo de 1900 fue confirmado, obteniendo el doctorado en Medicina en 1903. Al año siguiente falleció su hermano Alberto, y empieza su apasionada vocación en el hospital de S. Maria del Popolo.

En la capital de la Campania el joven Moscati desarrolló su crecimiento humano y espiritual con verdadero entusiasmo. En su interior despertó un verdadero «sentimiento de piedad por el dolor de los encerrados entre los muros del Hospital napolitano, comenzando a pensar en la caducidad de las cosas». La profesión médica se le ofrecía como una verdadera manifestación de caridad, una ayuda fraterna a quien sufría. Se dedicó con decidida vocación al estudio de la Medicina con el profundo deseo de aliviar el sufrimiento del prójimo, convencido de que la profesión médica debía vivirse a la luz de la caridad. Fe y ciencia fueron, por tanto, la síntesis armónica que caracterizó de modo singular su personalidad y el camino seguro de su santificación, convirtiéndose en el buen samaritano del evangelio.

Durante 1911 asiste heroicamente a los enfermos de la grave epidemia de cólera que invadió la capital napolitana, sirviendo en modo particular a los enfermos que se arracimaban en el «bajo» Nápoles. Entre 1911 y 1913 impartió clases en el Hospital de los Incurables. Su madre falleció en 1914, y al declararse la Primera guerra mundial se le encargó de la dirección del reparto militar.

Con todas sus energías desempeñó durante 24 años de médico, haciendo «de su profesión una palabra de apostolado, una misión de caridad, un instrumento de elevación de sí mismo y de conquista de los otros a Cristo Salvador» con gran ejemplo de moralidad, limpieza interior y dedicación absoluta desde su Cátedra como científico de alta escuela, destacando por su contribución científica a nivel internacional. Era un hombre de fe indestructible, alimentada con una intensa vida de piedad ejercida con una inquieta caridad. Su vida como médico o estudioso se desarrollaba entre el Hospital y la Universidad, con visitas privadas continuas a los enfermos, ejerciendo la medicina como un servicio cristiano, curando no sólo los cuerpos enfermos, también las almas.

Conocía la Palabra de Dios que aplicaba con fe simple a su vida. Una fe que lo dirigía a la coherencia, a la serenidad en las dificultades, al amor a la verdad: «Ama la verdad, mostrándote como eres, sin fingir, sin miedo». Con heroico empeño atendía al enfermo curando sus dolencias, pero, convencido de encontrarse en cada uno de ellos a Jesús sufriendo, les amaba de todo corazón y curaba también el alma, pues «tenemos ante nosotros un cuerpo que contiene un alma inmortal», invitando al paciente a considerar que Dios es el supremo Señor de la vida y de la muerte. Sacrificó por los enfermos los afectos de familia, su propio tiempo, sus bienes, hasta el último suspiro, encontrándole la muerte en el generoso ejercicio de su profesión durante la visita a los enfermos en el mes de abril de 1927: «La vida para mí es un deber, ayudadme para que mis escasas fuerzas la conviertan en un apostolado».

Fue un buscador constante de la verdad, invitando a sus alumnos a practicar la «continua crítica de cuanto aprendemos», pues ahí esta la raíz del progreso. Frente a la fragilidad del hombre situó la verdad de Dios, dedicándose totalmente a la verdad, dominando las objeciones humanas con la ayuda de la sabiduría divina, alcanzando la ansiada verdad. No ignoraba el progreso científico, pero en los márgenes que la conciencia reconocía, pues a nadie le es lícito manipular el misterio de la vida que ninguna moral acomodaticia puede violar.

Sin hacer ostentación de su fe era un verdadero creyente, cultivando ciencia positiva y hallando a Dios en la grandiosidad de la naturaleza. Ahí estaba la presencia de un Dios supremo a quien había que creer. El brillante investigador que presagiaba un futuro espléndido magisterial eligió la renuncia a la carrera universitaria, dedicándose a «la carne dolida de los enfermos». Consume literalmente su vida en el servicio a los que sufren, aunque no abandona nunca la misión de maestro, siendo el médico cercano a todos que hizo de su arte sanante un medio para pasar del cuerpo al espíritu, sin miedo al respeto humano. En una época de positivismo imperante trató siempre de prevalecer el primado de lo espiritual:

«El medico se encuentra en una posicion de privilegio, no debe ocuparse solo del cuerpo, sino tambien del alma con el consejo es-

piritual para comprender el misterio de aquel corazón e inflamarlo de nuevo, amándolo como a nosotros mismos».

La ciencia era para él un servicio a la humanidad, no una actividad que le conduciría a la fama y al aplauso. Su jornada era conocida por todos: el Hospital, la enseñanza universitaria, las visitas a los enfermos con disponibilidad para los más miserables y, finalmente, el estudio nocturno. Con una perseverante exigencia, con un continuo progreso, con sus dotes excepcionales que le granjearon una gran fama, buscando un nivel de competencia profesional en sus alumnos. Con una rectitud nada común, cristiano convencido que no teme darse a conocer en un ambiente laicista.

El testimonio de sus paisanos no deja duda alguna:

«Era una de las criaturas más queridas, animado de la fe santa del bien, convirtió su pensamiento, la enseñanza de su cotidiano y gravoso trabajo en un constante fervor ardiente de caridad, de piedad, de amor. La misión de un gran sacerdocio».

Por la inocencia de su vida, su candor y santidad de vida, el ejercicio heroico de todas las virtudes le hizo acreedor de la admiración y estima de todos. Su consejo curaba el cuerpo y el espíritu iluminado por la fe y el ejercicio de sus grandes conocimientos. Fue un ejemplo vivo del amor a Dios y al prójimo:

«Conocerlo verdaderamente quería decir amarlo y venerarlo, pero antes de amarlo y venerarlo, cuantos tuvieron la fortuna de conocerle, fascinados por su alma grande, fueron iluminados por la llama de fe y caridad que lo alimentaba».

Supo vivir de modo peculiar la posesión de la disciplina clínica con la llama de una fe profunda y de la cual la materia pasa a la belleza interior del espíritu, convirtiéndose en humilde colaborador de los ministros de Dios.

«Salió al encuentro del que sufría con palabras de consuelo para cada uno, prescribiendo el remedio de la ciencia de tal modo que en él se descubría el verdadero rostro de Jesús. Un laico cristiano que dejándose conducir por el Espíritu divino se convirtió en modelo ejemplar de seguimiento de Cristo en el ejercicio de una profesión, ejemplo clarísimo de cómo se puede amar a Dios y servir a los hermanos en los asuntos cotidianos, desarrollando la propia profesión en el tiempo como una sublime misión de caridad».

Falleció en Nápoles el 12 de abril de 1927, celebrándose las solemnes exequias el día 14 de abril que se convirtieron en una verdadera manifestación de público conmovido como no se había visto nunca. El afecto y veneración que sus paisanos le profesaron alcanzó tal proporción que sólo tres años más tarde sus restos eran inhumados en la iglesia del Gesù Nuovo (16 de diciembre de 1930). El Proceso Informativo sobre su fama de santidad dio inicio en 1931, y el 10 de mayo de 1973 la Congregación para las Causas de los Santos proclamó la heroicidad de sus virtudes, siendo beatificado por Pablo VI el 16 de noviembre de 1975 en la Plaza de San Pedro. El 10 de mayo de 1987 se declaró la autenticidad del milagro obtenido por su intercesión, en el caso de una curación de leucemia grave, siendo canonizado por Juan Pablo II el 26 de octubre de 1987. Es el primer médico moderno proclamado santo.

Con tanto amor se entregó a todos, que sin tregua, sin respiro, la fatiga de tantas horas le condujo a la muerte. Pero con su muerte terrena empezaron a madurar los frutos que había sembrado en el corazón de tantos hermanos. Animado por el Amor Supremo e inspirado por el Espíritu divino, su vida se convirtió en una luz de esperanza que iluminó a muchos. La humanidad, de nuevo, guiada por la fe, divinizó el dolor, que en la eterna voluntad es el único camino para alcanzar la gloria. Con su desinterés que tal vez parezca legendario, con su especial obra de asistencia material y de apostolado espiritual, con su palabra inspirada y llena de una conciencia serena, con una naturaleza esquiva a toda vanidad y desdeñosa de la envidia, orgulloso del honesto trabajo, dominador de las pasiones, pasó entre nosotros como una luz purísima, para ofrecer un ejemplo y señalar una meta:

«Perseverad en el amor a la Verdad, a Dios que es la Verdad misma, a todas las virtudes y así podreis ejercer vuestra profesion como una mision»

Se abrió sin prejuicios a la revelación de Dios y a la realidad integral del hombre, como se descubre en el Verbo hecho carne, entregándose con total dedicación a la Divina voluntad. Con docilidad filial hace suya la enseñanza de la Iglesia, según la cual, Dios, razón de todo cuanto existe, puede ser conocido a

través de la razón humana. Recibe luz en la meditación matutina, en la contemplación de la naturaleza, en su actividad educadora y de médico experto, no subordinando nada a la riqueza de la Verdad auténtica. Dejándose «guiar por la mano de Dios», vive de joven y de adulto, de estudiante y de médico, con la mirada fija en Dios y en diálogo con los hombres, llevando a los hombres su palabra de fe y su experiencia de la ciencia.

Su lección moral se sitúa en el respeto a la sacralidad de la vida y en el respeto a la dignidad de la persona humana. El dominio de la ciencia sobre la esencia misma de la vida puede conferir al hombre una capacidad casi divina, a través de la ingeniería genética. Esta manipulación, que no creación, convierte la vida en una mera función reproductora, no en una experiencia siempre novedosa de la infinita sabiduría razón de cada nueva vida. Para él la vida era el amor de Dios hecho carne, el bien del hombre considerando los progresos de la ciencia en función del bien aportado a la humanidad, y no para una parte sólo o en perjuicio de la otra. La actualidad de su pensamiento y de su acción está en su firme adhesión al valor inmortal de la fe cristiana. Una lección moral que ayudará a los médicos y a la sociedad a convertir la profesión en una misión humana, con empeño moral y capacidad técnica al servicio del hombre.

Fue un laico que hizo de su vida una misión llevada a cabo con autenticidad evangélica, «acreciendo estupendamente los talentos recibidos de Dios».

«Su existencia esta toda aqui ha transcurrido haciendo el bien, a imitacion del medico divino de las almas, su itinerario ha estado marcado sacrificando todo a los otros, no solo deseando cumplir sus deberes propios y responder fidelisimamente a la propia vocacion [] Amado de todos, pero especialmente de sus pobres, a quienes visitaba en sus tugurios miserables, llevandoles luz, esperanza, consuelo y ayuda concreta»

El equilibrio entre ciencia y fe fue para él una conquista, en el ambiente en que un estudiante de medicina debe modelar su propia preparación: «la ciencia no excluye la fe, antes bien, está necesitada de su complemento». En sus excepcionales dotes como médico y cirujano se puede intuir la iluminación sobrenatural, carismática, que le acompañaba, sin temer a comprometerse, ni temer la burla: «Y si por la verdad debes sacrificarte

tu mismo y tu propia vida, sé fuerte en el sacrificio». Por eso esta figura de médico cristiano resulta para nuestro tiempo tan atractiva e iluminadora, comprometido en la asistencia al enfermo y al vastísimo mundo de la santidad y de la salud.

«Por naturaleza y vocacion, fue ante todo y sobre todo el medico que cura [] El dolor del que esta enfermo llegaba a él como un grito de un hermano a otro hermano, el medico debia acudir con el ardor del amor Con verdadera conciencia de haber sido puesto por Dios en el mundo para obrar segun sus planes, y llevar con amor el alivio que la ciencia medica ofrece [] El calor humano con que visitaba con primor a los enfermos era tan grande, que la gente lo buscaba [] anticipandose a la humanizacion de la medicina necesaria para una renovada atencion y asistencia al que sufre [] Hombre integro y cristiano coherente, no dudaba en denunciar los abusos [], en su constante relacion con Dios encontraba la luz y la fuerza que lo sostenia [] siendo tambien ejemplo para quien no compartia su fe»

ANDRES DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografia

Bibliotheca sanctorum (1967), cols 602 604

BONETTI, A , *Beati e Santi Canonizzati da Paolo VI*, II (Ciudad del Vaticano 1996) 292 301

Index ac status causarum, o c , 588

L Osservatore Romano, 17, 25 y 27 11-1975 y 1 11 1987

Martyrologium romanum, o c , 220

SCHIAROLI A , *Loreto Cento Santi e Beati pellegrini*, Congregazione Universale della Santa Casa (1985) 317 320

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN ZENON DE VERONA

Obispo († 372)

Nacido en África y tras recibir una buena educación clásica, entra Zenón en la historia cuando el año 362 es elegido obispo de Verona. Es claro que fue un obispo entregado a la gran tarea de evangelizar y que por ello podía bautizar numerosos catecúmenos cada año y que, firme en la fe ortodoxa, pudo preservar su iglesia del arrianismo. Se sabe también que llevaba una vida de gran austeridad y evangélica pobreza y que era en cambio muy

largo en sus limosnas y socorros a los pobres. Celoso de la disciplina eclesial, procuró quitar todo abuso de la celebración eucarística. Erigió una basílica en su ciudad. Murió alrededor del año 372. Han quedado de él sermones y discursos de evidente interés. No murió mártir, aunque se le haya dado este título.

SAN SABAS EL GODO

Martir († 372)

Sabas era un cristiano de lo que hoy es Rumania y que bajo el mandato de Amalarico, rey de los godos, vio cómo los cristianos eran perseguidos. Se les quería hacer comer viandas ofrecidas a los ídolos o prestar un juramento que quizás por incluir a los dioses era contrario a la conciencia cristiana. Aunque algunos cristianos buscaban excusas para poder hacer ambas cosas sin que ello significara renegar del cristianismo, Sabas se mantuvo firme en que la fe tenía que ser pura y la profesion de ella sin ambages. Fue detenido dos veces, quedando libre la primera, pero siendo echado al río la segunda y alcanzando así la corona del martirio. Su muerte fue el año 372.

SAN ALFERIO

Abad († 1050)

Normando de raza, debió nacer hacia el año 950 en Salerno, en el seno de la familia Pappacarbone. Enviado como embajador a Francia, cae enfermo y es llevado a reponerse a la abadía de Chiusi, donde la serena y ordenada vida de los monjes se le ofrece como atractivo programa de vida. Entonces marcha a Cluny y pide a San Odilón que lo admita como monje, profesando a continuación la regla benedictina. El duque de Salerno le pidió que regresara y así lo hizo, pero para fundar un nuevo monasterio en las cercanías de Salerno, en el Monte Fenestra, monasterio que llevaría el nombre de La Cava. En él se introdujo naturalmente la observancia cluniacense que aprendió en el propio Cluny. No tardó mucho el monasterio en multiplicarse y una cadena de más de cien monasterios dependieron de él

como filiales, siendo una gran baza en la religiosidad y la cultura del sur de Italia. Alferio presidió el monasterio dando grandes ejemplos de todas las virtudes. Murió el 12 de abril del 1050 ya centenario. Su culto fue confirmado el 29 de diciembre de 1893.

SAN DAVID URIBE VELASCO

Presbítero y mártir († 1927)

Nació en Buenavista de Cuéllar, México, el 29 de diciembre de 1888 en el seno de una familia modesta. A los 14 años ingresa en el seminario de Chilapa, y siendo estudiante de teología, se lo llevó como secretario el obispo de Tabasco. Se ordenó sacerdote el 2 de marzo de 1913. Al año siguiente las condiciones políticas lo obligaron a huir junto con su obispo, naufragando el barco en que viajaban y salvándose solamente seis personas, entre ellas el obispo y su secretario. Vuelto a Chilapa, trabajó un año en Zirán y luego fue arrestado por el general Díaz que lo condenó a muerte, siendo librado por un pariente suyo. Pasó a su propio pueblo como párroco y en él estuvo un tiempo. Cuando el obispo de Tabasco renunció a su cargo y asumió la cura pastoral de una parroquia, David se fue con él a Iguala. Pasó a la clandestinidad al cerrarse las iglesias y procuró seguir atendiendo a los feligreses. Tras visitar a sus feligreses iba en tren a Iguala cuando el general Castrejón le propuso encabezar una iglesia mexicana separada de Roma. Al negarse fue detenido, encarcelado y fusilado en San José Vidal el 12 de abril de 1927. Fue canonizado el 21 de mayo de 2000.

13 de abril

A) MARTIROLOGIO

1 San Martín I († 655), papa, mártir en Quersoneso **

2 En Pergamo, Asia, santos Carpo, obispo de Tiatira, Pápilo, diácono, Agatonica, su hermana, y otros muchos, mártires (s II)

3. En Rávena, San Urso († 425), obispo.
4. En Tarragona, San Hermenegildo († 585), mártir **.
5. En St. Vaast, Beata Ida de Boulogne († 1113), viuda, oblata benedictina *.
6. En Gales, San Caradoco († 1124), presbítero y ermitaño *.
7. En el monasterio de Fonte Avellana (Umbría), Beato Albertino († 1294), prior *.
8. En Rossendael (Brabante), Beata Ida de Val-des-Roses († 1290), virgen, de la Orden cisterciense *.
9. En Città di Castello (Italia), Beata Margarita († 1320), virgen, terciaria dominica *.
10. En Rochester (Inglaterra), beatos Francisco Dickenson y Milón Gerard († 1590), presbíteros y mártires bajo el reinado de Isabel I *.
11. En York (Inglaterra), beatos Juan Lockwood y Eduardo Catherrick († 1642), presbíteros y mártires bajo el reinado de Carlos I *.
12. En Sainte-Marie-la-Réunion, Beato Escubilión (Juan Bernardo) Rousseau († 1867), misionero, de la Congregación de Hermanos de las Escuelas Cristianas **.
13. En Totoclán (México), San Sabas Reyes († 1927), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN HERMENEGILDO

Mártir († 585)

El dominio visigótico se afianza y organiza en España durante el reinado de Leovigildo. Asociado primero a su hermano Liuva, quedó después como único soberano en el año 573. Catorce años ocupó el trono, realizando con pompa externa y enérgicas medidas la dignidad regia y viviendo en continua actividad bélica para asegurar y ensanchar las fronteras limítrofes con los suevos, francos y bizantinos. No faltaron tampoco rebeliones internas, castigadas con mano dura, no exenta en muchas ocasiones de crueldad.

Tan pronto como quedó único soberano asoció al gobierno del reino a sus dos hijos, Hermenegildo y Recaredo, destinados en su proyecto a que le sucedieran en el trono visigótico, al menos, alguno de los dos. Este sistema para prevenir la elección del sucesor y asegurar la monarquía en la propia familia constituía tiránico abuso del poder, en contra del principio germánico

para la libre designación del monarca. Posiblemente a esta causa hubieron de atribuirse muchas de las conjuraciones abortadas durante su reinado, surgidas en el seno de la nobleza, que veía así menoscabados sus derechos al trono, y atizadas posiblemente por los reinos vecinos, deseosos de minar de cualquier forma la pujanza creciente de Leovigildo.

En segundas nupcias había contraído matrimonio con la viuda del rey Atanagildo, Godsuinta, de quien algún cronista nos dice que era tuerta de cuerpo y alma. Godsuinta, mujer elemental, tenía clavada en la entraña una trágica espada, pues una de sus hijas, habidas de su primer matrimonio, Gelesuinta, casada con el rey franco Lulperico de Rouen, había sido asesinada por orden de su esposo, quien la hizo matar en el mismo lecho conyugal, proporcionando con ello emotivo tema para que el poeta Venancio Fortunato compusiese en su loor una tierna elegía. La otra hija, Brunequilda, había matrimoniado con el rey franco Sigiberto de Reims y la unión había sido feliz y fecunda. Pero el hecho de que un católico como Lulperico hubiera dado muerte a su hija dejó en el alma de Godsuinta un poso tal de amargura y deseos de venganza contra todo lo católico, que tendría muy pronto trascendentales y sangrientas consecuencias.

El año 579 trajo jornadas jubilosas para el reino visigótico. En él se verificó el enlace matrimonial de la princesa Ingunde con el primogénito Hermenegildo. La esposa, hermana del rey de Austrasia, Childeberto II, era hija de Sigiberto I y Brunequilda, la feliz hija de Atanagildo y de Godsuinta. Ésta, abuela de la desposada y nuevamente reina de los visigodos, hubo de ser la muñidora de este enlace entre su nieta y su hijastro, donde los móviles políticos jugaron, sin duda, papel muy importante.

Las perspectivas de felicidad y poderío para la joven pareja eran halagadoras, pues mientras los visigodos contarían entre los francos con un poderoso rey amigo, Ingunde era entronizada en un matrimonio que reinaría en la Península en el apogeo de una época de esplendor.

Los cálculos halagueños resultaron fallidos, tal vez desde los primeros momentos. Ingunde era católica, los componentes de

la familia y corte real eran arrianos. Entre ellos influía poderosamente Godsuinta, que albergaba contra los católicos un odio represado de madre vengativa. Intentó perseverantemente, primero con ternezas de abuela, después con amenazas de reina violenta, que Ingunde renunciase al catolicismo y recibiera el bautismo arriano. El Turonense nos relata los diálogos vivos entre las dos mujeres, en los que la nieta, inmovible en su fe, sufrió las violencias de la airada abuela. La atmósfera palatina se tornaba cada día más tormentosa e irrespirable, sobre todo para Hermenegildo, ganado por el amor y las cualidades de su esposa. Para evitar escenas violentas que no pudieron menos de trascender desde la intimidad doméstica al pueblo, integrado en su mayoría por hispanorromanos católicos, se arbitró el recurso de instalar al nuevo matrimonio en Sevilla, territorio fronterizo con el de los bizantinos y que necesitaba un representante del rey digno de toda confianza y seguridad. Allí el matrimonio viviría en paz, no estorbarían las medidas persecutorias contra los católicos, proyectadas por Leovigildo, y con el tiempo se pondría fin a la firmeza religiosa de Ingunde, que debía ser casi una adolescente.

No es fácil precisar la calidad del mando que Hermenegildo desempeñaba en la Bética. Los autores coetáneos utilizan frases ambiguas que, glosadas con el contexto de los acontecimientos, insinúan que se trataba del gobierno de aquella región con categoría de representante real, no como soberano independiente. Cualquier grado de desmembración del reino visigodo pugnaba con el programa unificador de Leovigildo.

Coincidiendo con el alejamiento de Toledo de Hermenegildo, incrementa su padre la política religiosa de unificar en la religión arriana a todos sus súbditos para lograr la fusión de godos e hispanorromanos, pues la diferencia de religión era el mayor obstáculo opuesto a ella. Un concilio de obispos arrianos, celebrado en Toledo, facilitó el paso a la apostasía, reconociendo válido el bautismo recibido en el seno del catolicismo y exigiéndose tan sólo una fórmula trinitaria muy en consonancia con su error. Hubo defecciones en abundancia y hasta el obispo de Zaragoza, Vicente, se pasó al arrianismo, más que por razones teológicas, por cálculo y miedo.

La persecución, fomentada e instigada por la reina, «cabeza responsable de las medidas tomadas», fue copiosa en destierros, expropiaciones, castigos corporales y encarcelamientos. Pero también con ella se puso de manifiesto el temple de algunos prelados, tales como Masona de Mérida, paladín de la resistencia católica, que no se intimidó ante las amenazas; depuesto de su sede, fue en ella impuesto el arriano Sunna, que ha pasado a la historia de los prelados emeritenses como «feísimo de rostro, de fiera catadura, mirada torva, aspecto repugnante y descompasados ademanes»... Masona entabló con el intruso una disputa pública, en la que le fue fácil quedar victorioso, pero no impidió que le arrebataran la basílica de Santa Eulalia, destinada al culto herético, como también lo fueron la de Santa María de Toledo y otros numerosos templos del reino. Hubo intentos de asesinato para el prelado enérgico, y el monarca le amenazó con el destierro, recibido con ironía por la víctima:

«Me ofreces el destierro Ten sabido que no temo las amenazas
No me intimida el exilio Y por ello te ruego que, si conoces algun
lugar donde no este Dios, me envíes allí desterrado»

«Imbecil, ¿en que lugar no esta Dios?», le increpo el rey

«Si sabes que Dios esta en todas partes —respondio Maso-
na—, ¿por que me amenazas con el destierro? A cualquier sitio
que me envíes se que no me faltara la ayuda de Dios Y esto lo ten-
go tan seguro que, cuanto mas duramente tu me aflijas, tanto mas
me auxiliara su misericordia y me consolara su clemencia»

Como en Mérida, también se vieron precisados a abandonar sus diócesis los prelados Leandro de Sevilla, Fulgencio de Écija, Frominio de Agde. San Isidoro resume la persecución diciéndonos que Leovigildo, rebosando fanatismo arriano, persiguió a los católicos, desterrando obispos, adueñándose de los bienes eclesiásticos, aboliendo los derechos de la Iglesia. Con ello consiguió que muchos, atemorizados por los castigos, pasaran a la herejía y que otros apostataran atraídos por el dinero y los favores reales.

Instalado Hermenegildo en Sevilla como gobernador de la Bética, rodeado de una corte adicta, vio renacer la paz doméstica. Ingunde pudo profesar libremente su catolicismo y gozar de las primicias maternas con el nacimiento de un hijo, a quien se puso de nombre Atanagildo.

Coincide la llegada de Hermenegildo con el pontificado de San Leandro, el primogénito de aquellos cuatro santos hermanos que, oriundos de Cartagena, pasaron al territorio visigótico, donde desde las cátedras episcopales o desde el claustro se constituyeron en lumbreras y ejemplos de la época.

Merced al continuado trato del príncipe con el obispo y a las reiteradas insinuaciones de Ingunde, Hermenegildo fue penetrando en la auténtica revelación cristiana y conociendo la falsedad de la secta arriana, tan ajena a la doctrina cristiana, pues negaba dogmas tan fundamentales como la divinidad de Jesucristo y la naturaleza de la Santísima Trinidad. Trabajado por la gracia de Dios, abjuró del arrianismo y pasó a formar parte de la grey católica, tomando en el bautismo el nombre de Juan.

Es interesante subrayar el apostolado eficaz ejercido por las reinas católicas durante la Edad Media europea. La borgoñona Clotilde influye en la conversión del rey franco Clodoveo, su esposo; la merovingia Berta, casada con Etelberto de Kent, es el puente abierto para el catolicismo en el sur de Inglaterra, como en el norte Etelberta, esposa de Edwin, introduce al monje Paulino de York, quien, ante el movimiento de conversiones que siguieron a la del rey, tiene que recurrir al bautismo de masas verificado en los ríos de Nortumbria. Y así Teodolinda entre los lombardos y Olga entre los súbditos del príncipe Igor en las tierras rusas. En España cupo a Ingunde la misión de preparar la entrada oficial del catolicismo en el reino visigótico. Pero a costa de tremendos sacrificios, dolores, lutos y lágrimas.

La persecución contra los católicos desencadenada por Leovigildo, en vez de fomentar la unión nacional sirvió para ahondar más profundamente las grietas de la separación. En el siglo que los visigodos llevaban dominando en España la tranquilidad política interior estaba muy lejos de haberse logrado. Los nativos hispanorromanos no se habían acostumbrado a considerar al pueblo invasor como compatriotas, sino como dominadores; ellos se habían reservado los altos cargos de la administración y del ejército. Los ásperos nombres germánicos son los únicos que aparecen en los documentos oficiales de la época. Hay durante este reinado grandes focos de malestar interno, ex-

teriorizados con las frecuentes sublevaciones, que Leovigildo se ve obligado a reprimir duramente, sin conseguir del todo acabar con los rescoldos vivos. Los vascones, los cántabros, el litoral de Levante, los pobladores de la Oróspeda constituyen serios motivos de sobresalto para el monarca. Son antes que ninguna otra las regiones béticas, Sevilla y Córdoba, recientemente arrebatadas a los bizantinos, las que albergan núcleos de disidentes, dispuestos siempre a manifestar su insumisión. Es el mismo problema que siglo y medio después van a reactualizar los visigodos contra la invasión árabe. La conversión de Hermenegildo produjo dos efectos encontrados: en la corte toledana enfureció al monarca, aguijoneado por la irreprimible cólera anticatólica de Godsuinta y su círculo de fanáticos arrianos; creemos que el recrudecimiento de la persecución, hasta entonces larvada, se debió al deseo de atajar las consecuencias de tan inesperada noticia y de hacer abortar por la fuerza el movimiento hacia el catolicismo que de hecho pudiera seguirse. En la Bética, por el contrario, los resistentes se agruparon en torno al gobernador de la provincia, en quien adivinaban al defensor de sus ideales religiosos y políticos. El duelo estaba entablado desde el primer momento trágicamente. Los pueblos limítrofes, suevos, bizantinos y francos, católicos todos, midieron la magnitud de los acontecimientos que se avecinaban y se pusieron alerta para sacar de ellos el mejor partido.

Hermenegildo, tajar de estas dos tendencias tan irreconciliables, hubo de pasar horas amargas solicitado por sus deberes de fidelidad al monarca, su padre, que le había asociado al reino, y por su responsabilidad católica como gobernador y correinante sobre su pueblo integrado en su mayoría por católicos, injustamente vejados en la libre profesión de sus creencias por imposiciones arrianas que les obligaban a la apostasía. La solución viable en tamaño aprieto hubo de irse madurando lentamente, al ritmo de los acontecimientos.

Posiblemente en los primeros momentos se produjo una situación violenta entre el padre y el hijo. Tal vez Leovigildo impuso la vuelta al arrianismo abandonado y la presentación de Hermenegildo en Toledo. Ambos mandatos fueron soslayados por éste, decidido a mantenerse en su actitud. Mientras estas

cosas se ventilaban, hemos de suponer un movido ajeteo diplomático con las cortes vecinas, a quienes se les pidió, o tal vez ofrecieron espontáneamente, ayudas militares en el caso de que Leovigildo intentase reducir por la fuerza la resistencia de su hijo. De hecho, San Leandro se trasladó a Bizancio para interesar en la empresa al emperador Mauricio, regresando con seguridades de auxilio castrense. Entretanto, se sumaban al partido bético otras ciudades de la Lusitania, situada fuera del gobierno de Hermenegildo; llegaron promesas y alientos de parte de los suevos, y quizá también de los francos. El príncipe sevillano se sintió animado, midió sus fuerzas y se proclamó rey. Algunas monedas e inscripciones, venidas hasta nosotros, testimonian la proclamación de este título aplicado a Hermenegildo. Hoy nos es difícil asegurar si lo que pretendía era crear un reino simultáneo al de su padre o suplantarlo a éste en el gobierno de los visigodos.

Leovigildo se decidió a poner fin a las insumisiones. Con fortuna militar dominó la resistencia de Mérida y Cáceres, cortó el paso a los suevos, dispuestos a prestar ayuda a los andaluces, y sobornó, mediante subida cantidad de dinero, al general bizantino, que desde Cartagena había de ayudar a Hermenegildo. Éste quedó solo, sin más contingentes militares que los de su provincia, que cada día iba perdiendo territorios, conquistados por el ejército paterno. Hermenegildo se apresta a la defensa; pone a su mujer y a su hijo en territorio de los imperiales y con sus tropas se ampara en las fortalezas y castillos. Uno tras otro son conquistados por los toledanos; la feroz resistencia de los sitiados no impidió que el castillo de Osset, en las mismas puertas de Sevilla, cayera en manos de los atacantes. Cae la ciudad y su caudillo pudo escapar a Córdoba, perseguido por el ejército de Leovigildo. Viendo definitivamente perdida su causa, Hermenegildo se acoge al asilo de una iglesia. Era el año 584. Interviene entonces —según se dice— su hermano Recaredo para ofrecerle, en nombre del padre, la conservación de la vida si se entrega. Así lo hizo el refugiado, que quedó desde este momento prisionero del padre. Se habla de traslado a Sevilla y de encarcélamiento en Valencia. Se dice también que el rey franco, su cuñado, intentó ayudarlo invadiendo la Galia Narbonense, y se

sospecha que Hermenegildo pudo huir de la cárcel, con proyecto de unirse a las fuerzas francas, siendo nuevamente apresado y encarcelado en Tarragona.

En la prisión fue nuevamente trabajado para que abjurase del catolicismo y abrazase otra vez la religión arriana, pero la desgracia no aminoró la firmeza de su fe católica, siendo asesinado en el propio calabozo por Sisberto, al negarse a recibir la comunión de manos de un obispo arriano, en el 585.

El mártir Hermenegildo, engañado por sus confidentes, burlado por sus aliados, desafortunado en sus campañas, no tuvo de los historiadores contemporáneos, si se exceptúa a San Gregorio Magno, ni una frase escrita en su favor. Nosotros, a muchos siglos de los acontecimientos, sin más testimonios que los que nos facilitan sus incriminadores, vemos en su levantamiento y resistencia una actitud noble y de moralidad plena en su calidad de gobernador de un pueblo católico, injustamente vejado por imposiciones reales, ordenadas directamente a fomentar la apostasía. Hay circunstancias en la vida en que la fidelidad a la religión exige saltar por encima de la carne y de la sangre y posponer a ella el bienestar y la propia vida.

El mérito de su sangre martirial tuvo en seguida un triunfo impensado. En el año 586 fallecía Leovigildo recomendando a Recaredo la conversión a la religión católica. De hecho, éste abrazó inmediatamente el catolicismo, y el 8 de mayo del 589, cuatro años tan sólo transcurridos desde el martirio de Hermenegildo, el pueblo visigodo abjuraba solemnemente el arrianismo, abrazándose con la religión católica y dando, con ello, unidad a cuantos en el reino vivían. Fue, sin duda, aquella fecha una de las más solemnes de toda nuestra historia nacional, emotivamente glosada por San Leandro en la homilía pronunciada en tal ocasión en la basílica de Toledo:

«Nuevos pueblos han nacido de repente para la Iglesia, los que antes nos atribulaban con su dureza ahora nos consuelan con su fe. Ocasión de nuestro gozo espiritual fue la calamidad pasada. Gemíamos cuando nos oprimían y afrentaban, pero aquellos gemidos lograron que los que antes eran peso para nuestros hombros se hayan trocado por su conversión en corona nuestra»

Aquella conversión nacional fue el fruto inmediato de la sangre de Hermenegildo, asesinado en una lóbrega cárcel, y de

las penalidades de su mujer, Ingunde, fallecida en el norte de África bizantina cuando era conducida a Constantinopla.

Al cumplirse el milenario del martirio, el papa Sixto V, a petición de Felipe II, canonizaba a San Hermenegildo, el 14 de abril de 1585.

JUAN FRANCISCO RIVERA RECIO

Bibliografía

- ANTOLÍN, G., «Hermenegildo ante la crítica histórica»: *La Ciudad de Dios* 56 (1901).
BICLARENSE, J., *Chronica*, a. 579, 582, 583, 585, en C. CARDELLE DE HARTMANN (ed.), *Victoris Tunnunensis Chronicon cum reliquiis ex Consularibus Caesaraugustanis et Iohannis Biclarensis* (Corpus Christianorum Series Latina, 173A; Turnhout 2001).
GARCÍA VILLADA, Z., *Historia eclesiástica de España*, II (Madrid 1934) 45s.
GÖRRES, FR., «Leovigilds Stellung zum Katholizismus», y «Kritische Untersuchungen über den Aufstand und das Martyrium des Westgothen Königssohnes Hermenegild»: *Zeitschrift für historische Theologie* 43 (1873).
GREGORIO DE TOURS, SAN, *Historia francorum*, IV 18; V 39; IV 43s, en ARNDT - KRUSCH (eds.), *Mon. Germ. Hist. Script. Rer. Merov.*, I (1884-1885).
GREGORIO MAGNO, SAN, *Dialogorum libri IV* 1.3 dial.31, en A. DE VOGUE (ed.), *Grégoire le Grand. Dialogues*, III (Sources chrétiennes, 265; París 1980); «Epistola Leandro Hispalensi», en S. GREGORIUS MAGNUS, *Registrum epistularum* (Corpus Christianorum Series Latina, 9A; Turnhout 1982).
ISIDORO DE SEVILLA, SAN, *Historia gothorum*, a. 585; *Historia suevorum*, a. 584, en T. MOMMSEN (ed.), *Mon. Germ. Hist. AA. XI: Isidorus Hispalensis Historia Gothorum, Vandalorum, Suevorum* (Hannover 1894) 241-303 (cf. actualización).
PONCELET, A., art. en *Analecta Bollandiana* 23 (1904) 360s.
ROCHER, R., «¿Fue San Hermenegildo rebelde?»: *Razón y Fe* 7 (1903) 3.
— Actualización:
GONZALEZ MUÑOZ, F., *La Cronica gothorum pseudo-isidoriana*. Ed. crítica (La Coruña 2000).
RODRIGUEZ ALONSO, C. (ed.), *Las historias de los godos, vándalos y suevos de Isidoro de Sevilla*. Ed. crítica (León 1975).

SAN MARTÍN I

Papa y mártir († 655)

Se sentó en la silla de Pedro en un momento delicado. En los albores de la Edad Media. En circunstancias en que Constantinopla y Roma se disputaban la primacía del mundo.

Cuando el cristianismo, dinámico y en franca evolución de puertas afuera, sufría el desgarró interno de los monotelitas. Herejes emparentados con el eutiquianismo que, aun reconociendo las dos naturalezas en la persona de Cristo, le negaban la

doble voluntad, atribuyéndole sólo la divina. Doctrina en boga en Constantinopla, favorecida con la simpatía y el apoyo civil del emperador bizantino Constante II.

Se sentó en la silla pontificia el presbítero toscano Martín, nacido en el seno de una familia distinguida de Todi, una mancha humana cien kilómetros al norte de la Ciudad del Tíber. Hombre extremadamente virtuoso y docto. Aureolado con merecida fama de caritativo, prodigándose generosamente entre la pobreza y la miseria de los ambientes urbanos.

Ascendió al pontificado, sucediendo al papa Teodoro, en julio del año 649. Sin consulta previa y, consiguientemente, sin el acostumbrado visto bueno imperial. A raíz de la naciente independencia de la Iglesia, decidida a cortar por lo sano las amarras del poder temporal.

El enfado de Constante II resultó mayúsculo... Y, por si fuera poco, el nuevo Papa salió defensor a ultranza de la ortodoxia. Una voluntad tozuda, indomable. Sin ceder doctrinalmente ni un ápice. Decidido a luchar valientemente contra la herejía de moda. Y contra toda intromisión, toda injerencia del brazo civil en la vida de la Iglesia.

Tuvo ocasión de conocer personalmente la nueva doctrina y sus apóstoles en el transcurso de su anterior etapa de legado eclesiástico en la corte bizantina... Y no pierde tiempo.

Guiado por un loable empeño, ciertamente digno de la causa, llama a Concilio. Aún no cumplido su primer trimestre al frente de la Iglesia. Convoca a todos los obispos de Occidente. En la basílica de Letrán. En los primeros días del inmediato octubre...

Serían cinco sesiones solemnes de estudio y discusión de los textos monotelitas, en sucesivas fechas a lo largo del mes, bajo la presidencia del papa Martín I. Quien, ante más de un centenar de obispos, rebatiría personalmente la tesis herética constantinopolitana, reafirmando la doctrina de la voluntad humana de Jesús...

Nada de un puntillo entre Roma y Constantinopla en el caso que comentamos. Ni al Concilio ecuménico de Letrán se le puede tachar de arrogancia pontificia. Simplemente fue una necesaria proclamación en defensa de la verdad. Ni más ni menos que un acto de fidelidad al deber.

Tampoco nada de imaginable bofetada, nada de gesto o actuación personal contra el emperador. Que el condenado no fue Constante II. Los anatemas se dictaron contra los patriarcas Sergio, Pirro y Paulo y los prelados Teodoro de Farán y Cirilo de Alejandría, cabecillas del monotelismo.

Justamente, viva aún la discusión en las aulas conciliares, el Papa, con fino pero lamentablemente infructuoso tacto diplomático, había hecho llegar a la corte bizantina una atenta y cariñosa carta. La reacción imperial no tuvo espera. Y fue tremenda...

Clausuradas las sesiones conciliares lateranenses, el 6 de noviembre el emperador, indignado, envía fuerzas armadas a Roma y al exarca de Ravena, un tal Olimpio, con la misión de ganarse adhesiones a la doctrina monotelita. Y de acabar con la vida del nuevo sucesor de Pedro. Un intento de brecha cismática afortunadamente abocado al imprevisto fracaso... Aunque el delegado gubernamental, fiel a la voluntad del superior, no daría el brazo a torcer. Insistente. Ya que no a las buenas, pues a las malas. Pero con guante blanco, solapadamente. A traición...

La celebración eucarística papal en Santa María la Mayor ofrecía una ocasión de oro para el proyectado asesinato a cargo del escudero del exarca, que aprovechando la cercanía del celebrante al acercarse a comulgar... Al traste con el plan por obra y gracia de la misteriosa, súbita ceguera del designado verdugo precisamente en el momento señalado para el crimen...

Total, que a Olimpio, de resultas, se le removió el alma. Le entró remordimiento... Se sinceró y reconcilió con la víctima que no fue. Acabaría rebelándose contra el emperador, convirtiéndose en verdadero tutor del Pontífice.

A Olimpio, víctima mortal de la peste en 652, le siguió Teodoro Calliopas en el gobierno bizantino de Ravena. Doblemente sucesor; en el cargo y en la misión asesina. El sábado 15 de junio del año siguiente, se presenta en la ciudad eterna haciéndole corte un poderoso ejército.

Impresionante y temible despliegue militar del que intenta huir el Papa —enfermo de gota—, transportado en su lecho, refugiándose en las dependencias de Letrán, donde recibirá a

mano el mensaje del exarca: «Tengo interés en saludarle. Mañana, domingo, vendré. Hoy no puedo».

No fue. Excusándose por recadero: «Me es imposible venir. Mañana, sin falta, iré». Al otro día tampoco acudió, en esta ocasión pretextando un supuesto arsenal de armas en la residencia pontificia.

En correspondencia, el mejor gesto: luz y taquígrafos. Puertas abiertas a la inspección. Total para que la investigación dejara en ridículo al delegado bizantino. Y para justificar el lamento papal: «¿Ésta es vuestra manera de actuar contra mí?, ¿con falsedad y calumnias?...».

No le valió a Martín I acogerse al asilo de la basílica. Que, a la descarada y brutalmente, vinieron la invasión del templo y del palacio y la vergonzosa escenificación de la detención. El pontífice, en su lecho, a la puerta de San Juan de Letrán, sufriendo las calumnias y barbaridades que proclamaba Calliopas.

Calliopas, portador de una orden imperial para deponerle y, previo el nombramiento de sucesor, deportarle a Constantinopla. El clero romano ahogó la perorata del exarca: «El papa Martín no ha alterado un solo punto de la fe».

El detenido, intentando frenar la inútil brutalidad y confiado en la fidelidad de su pueblo y su clero, no opuso resistencia alguna. Pero, antes de abandonar Letrán, suplicó: «Permitid que me acompañen los clérigos que yo diga». «Que vengan —fue correspondido— los que vos queráis». Los eclesiásticos dispuestos a seguirle proclamaron: «Nosotros viviremos y moriremos con él». El exarca al Papa: «Venid conmigo a palacio».

Era el inicio de un martirio prolongado, lento... Inaugurado con nocturnidad y alevosía. En plena madrugada. Con el traslado en secreto hasta el Tíber, donde le embarcarían. Astutamente burlados cuantos, no pocos, estaban listos para compartir el destierro papal.

A media mañana del día 19 Martín I salía al mar. Privado de todo equipaje y sin más consuelo humano al lado que la autorizada media docena de servidores fieles. Rumbo a Constantinopla. Una travesía eterna, de quince meses de duración. Mientras, en Roma, con la aquiescencia del emperador, ocupará el trono pontificio el romano Eugenio.

Con escala en Naxos, ya en el Mar Egeo. Única pero larga. Pues durará todo un año. Parada forzosa, entre otros motivos, para cuidar la preocupante salud, venida a menos, del prisionero. Y ocasión magnífica para que éste, huésped de un isleño, conozca la fidelidad y la generosidad de obispos y fieles. Eso sí, obstaculizada, traicionada la caridad por los guardianes que reprochaban a los donantes: «Quien ame a este hombre es enemigo del Estado».

Una herida en el corazón del ilustre enfermo. Dolido más por el desprecio y el trato injurioso al prójimo que por las ofensas personales y las incomodidades en carne propia...

La arribada a Constantinopla fue ya apurado el verano de 654. Exactamente, el día 17 de septiembre. ¡Dios santo, qué recepción...! El obispo de Roma, tumbado sobre un jergón, en el navío, a la vista pública, convertido en espectáculo gratuito. Soportando mofas y expresiones ultrajantes de insolentes y de paganos. Toda la mañana y parte de la tarde, hasta caer el sol... Y del barco carcelero, transportado en camilla, a la prisión Prandiaria.

Tres meses de torturas entre rejas, vejado, incomunicado y enfermo. Presumiblemente fue cuando redactó los dos escritos epistolares enviados a Teodoro que documentan su deportación y calvario. Recortamos de la primera carta:

«Jamás envié a los sarracenos ni dinero ni documento doctrinal alguno. Solamente he socorrido a los limosneros servidores de Dios y éstos jamás han ayudado a los sarracenos [...] En cuanto a la gloriosa Virgen María, Madre de Dios, ellos han aportado falsos testimonios contra mí pero yo declaro anatema, en este mundo y en el otro, a quien no la honre sobre todas las criaturas, a excepción de su Hijo, Nuestro Señor».

El segundo envío postal será una amplia referencia a su rotunda y total negativa a la abdicación urgida por el emperador, a través de su delegado Calliopas, y a las consiguientes detención y deportación. Por ejemplo: «Desde hace 47 días no he podido lavarme».

Total, una impresionante crónica del viaje, trenzada de vicisitudes, privaciones, penalidades y dolencias físicas. Con un edificante remate:

«Espero que Dios —escribe el exiliado forzado—, cuando me haya librado de esta vida, se apiade de mis perseguidores y les mueva a penitencia »

Tres meses de calvario para forzar una posible marcha atrás de Martín I, dando al traste con los acuerdos conciliares lateranenses. Tres meses, de vana espera, de inútil empeño, para preparar el castigo a la valentía y a la firmeza papal... Pues se escenificó la pantomima judicial. La comedia... dramática. El viernes, 15 de diciembre. Listo para burlar la justicia, un tribunal completamente arbitrario e incompetente...

Increpación inicial al acusado:

—«Dí, miserable ¿que mal te ha hecho el emperador?»

Silencio papal.

—¿No respondes ?

Coincidentes el interrogante y la aparición en la sala de una veintena de individuos: soldados, funcionarios, tipos de mala calaña... El Papa, sonriente, aprovechó la oportunidad: «¿Éstos son los testimonios? ¿Ésta es vuestra manera de proceder?». E, interrumpiéndose, al ver que se les presentaban los Evangelios:

—No En nombre de Dios ruego que no les obligueis a jurar Que digan sin juramento lo que quieran y haced vosotros también lo que querais ¿Que necesidad tienen de perder sus almas?

Inculpado de haber fomentado la rebelión de Occidente contra el emperador, el papa Martín se dirigió a los magistrados:

—Si estais dispuestos os explicare la verdad

Le dejaron con la palabra en los labios, cortándole el prefecto Troile:

—No, no nos hables aquí de fe El asunto que nos ocupa es una cuestión de Estado

Abundando:

—Somos creyentes y ortodoxos

Sí. Proceso ignominioso, descaradamente político. Y apoyado por no pocos falsos testimonios interesados. Vanamente el

Papa intentó encauzarlo hacia el terreno religioso y centrar la discusión exclusivamente en el monotelismo...

Incesante el desfile de ridículas y repetidas calumnias. Resultaba ya un proceso eterno. El acusado, obligado a permanecer en pie, pese a la terrible mortificación de la gota, no aguantó más. Suplicó:

—Haced de mí lo que ya tengáis resuelto. Cortadme a pedazos si queréis. Cualquier muerte me será beneficiosa. Pero no esperéis que jamás entre en comunión con la iglesia de Constantinopla.

Y corrió el telón, finalizando el desfile, las imputaciones, la falsedad... Nuevamente la denigrante y repetida estampa.

Una vez más el venerable enfermo, que no aguanta en pie, sostenido por ambos brazos, entre guardianes, convertido en objeto de mofa, de escarnio, de brutalidad. Expuesto a la vergüenza pública. Degradado a la vista del soliviantado populacho...

Y para deleite del emperador que, tras una rejilla, contempla cómo el anciano Papa es despojado de los ornamentos pontificales y eclesiásticos, quedando poco menos que desnudo y a merced del frío invernal. Cómo le encadenan el cuello. Y cómo la chusma se regocija, estallando en sonoras carcajadas... Degradado y provocado:

—¿Con qué esperanza traicionaste al emperador? —es increpado—. Tú has abandonado a Dios y Dios te ha abandonado. Te ha entregado a nuestras manos...

Aún vendría el paseo callejero. La realidad triste del condenado, sorprendentemente sereno, paseada a través de la población. En contraste con las lágrimas y los suspiros compasivos del público mayoritario. Y, tras la degradación pública, a la celda de los condenados.

Condenado por delito de alta traición. Privado del sol, de la luz, de la libertad en la prisión Diomedes. Tan brutalmente empujado, forzando el ingreso, al pisar el umbral penitenciario, que el presidiario dio de mala forma contra el suelo lastimándose espalda y piernas. Reaccionó dirigiéndose al carcelero:

—Aunque desmembréis mis carnes no lograréis que comulgue ideológicamente con la autoridad eclesiástica de Constantinopla.

Duro que duro el papa Martín. Los años, las enfermedades, las vejaciones, el martirio incruento no podrán con el indomable sucesor de Pedro, que tiene la misión de confirmar en la fe a sus hermanos.

Mientras el obispo de Roma sufría tortura, Constante II intimaría con el patriarca Paulo, en grave estado de salud, a cuya cabecera había acudido enterándole en detalle de la realidad vivida por el Papa. No encontró los aplausos presumiblemente esperados. Contrariamente, el visitado, seriamente remordido, correspondió exteriorizando hondo pesar y desagrado. Fina la reprobación patriarcal:

—Desgraciadamente esto aún agrava más mis dolencias

El emperador no entiende. Sorprendido, se interesa por el sentido de las palabras de Paulo.

—¿No es deplorable —es invitado a la reflexión— que un Pontífice sea tratado tan indignamente?

Pero la consideración le resbaló. A Constante II no le interesaba más que la retractación pontificia anulando los acuerdos conciliares. Por enésima vez intentada sirviéndose de un tal Demostenes, enviado personal a la prisión:

—Comparad la gloria en que vivisteis —tento el delegado al papa Martín— y como ahora os encontrais Solo vos sois culpable

El interpelado sencillamente apostilló:

—Dios conoce toda la verdad

El calvario de Diomedes duraría 85 días. Más el conocido trimestre tras los barrotes de Prandiaria. Un total, pues, de seis meses de dura privación de libertad: del 17 de septiembre de 653 al 10 de marzo de 654...

Suma y sigue. Es el exilio... Iniciado, precisamente en Jueves Santo, el 26 de marzo de 655. Previa emotiva despedida, la víspera:

—Venid, hermanos míos —invito a los que le acompañaban—
Digamonos adios, pues me van a apartar de vosotros

—Venid —insistió— Demonos la paz

Con gran serenidad y admirable fortaleza les impuso, uno a uno, las manos sobre la cabeza. Recalcando, animoso, al primero en desfilar:

—Todo cuanto ocurre es bueno, hermano mío; es ventajoso. Más bien todos debierais alegraros de mis circunstancias.

Contestación:

—Dios lo sabe. Yo me alegro de la gloria que tenéis cercana, pero me aflige la condenación de los verdugos.

El castigado penalmente con el exilio se acostó conociendo que a la mañana siguiente navegaría a Quersón...

Primavera dolorosa, nuevamente sobre el mar. Ahora sobre las olas cerradas del Mar Negro. Rumbo al destierro. Rumbo a Crimea, con destino a Quersón, actual Sebastopol. En donde el 15 de mayo desembarcarán sólo jirones de una heroica vida, maltratados, destrozados, exhaustos...

Y esperándoles más de lo mismo. Repetición de privaciones y torturas. Al respecto el testimonio en carne viva:

El portador de la presente —a mediados de junio se comunica epistolarmente el desterrado con un amigo de Constantinopla— llegó a Kerson, procedente de Bizancio, un mes más tarde que nosotros. Me alegró sobremanera su llegada, creyendo que con él nos enviaban desde Italia alimentos para la subsistencia. Quedé sorprendido. Alabado sea Dios que mide nuestros sufrimientos como Él quiere [...] La escasez y el hambre son espantosas. Aquí no hay pan, no hay nada. Si no llegan víveres de Italia es imposible subsistir. Si recibís trigo, aceite, vino, hacédnoslo llegar, de la manera que sea, cuanto antes...

Dramáticas, dolorosas las carencias. Que no se trata del amargo pan del destierro sino del destierro sin pan... Pero igual o más hiriente aún resulta el abandono humano en que vive. El olvido de los suyos, reflejado en un segundo envío postal al mismo destinatario en los primeros días de septiembre.

Sus palabras:

«No sólo he sido apartado del mundo sino que incluso se me priva de la vida. Los habitantes del país son todos paganos y no tienen caridad alguna ni aun la compasión natural que se da entre los bárbaros [...] Me impresiona la poca sensibilidad de todos aquellos que, en otras ocasiones, se acordaron de mí y ahora me han olvidado ni les interesa conocer si aún sigo con vida. Me im-

presiona, en aquellos que pertenecen a la Iglesia de San Pedro, el poco cuidado que tienen de uno de los suyos. Si la Iglesia no tiene dinero, ella no está necesitada, gracias a Dios, de trigo, de vino, de aceite y de otros productos alimenticios para ofrecernos al menos una pequeña ayuda. ¿Con qué conciencia nos presentaremos al tribunal de Cristo? [...] Pido constantemente, por intercesión de San Pedro, que Dios conserve firme en la fe ortodoxa principalmente al pastor que la gobierna; es decir: al Papa Eugenio».

Pero, dominando sobre el triste y lamentado fondo de desgracias, la moral alta y los ojos clavados en un horizonte esperanzado. El virtuoso exiliado finaliza la misiva:

«De mi miserable cuerpo el Señor tendrá cuidado, ¿por qué me preocupo? Y espero de su misericordia que no tardará en poner fin a mi carrera».

Certeros presentimientos.

El 16 del mismo mes —año 655— en dolorosa soledad se apagaba una trayectoria pontificia abanderada contra la herejía, inflexible e intrépida en su profética batalla contra el poder civil cristiano. Moría el papa Martín I martirizado por manos herejes, no paganas.

Le va el dolorido, histórico lamento:

—Porque amé la verdad y la justicia muero en el destierro.

Habían sido seis años, un mes y veintiséis días de pontificado. Recibió cristiana sepultura, venerado como mártir, en un templo mariano de Quersón. En el siglo XIII, según tradición, supuestamente trasladados los restos mortales a la iglesia romana cuya titularidad comparte con San Silvestre.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

- CONTE, P., *Il Sinodo Lateranense dell'ottobre 649* (Ciudad del Vaticano 1989)
Art., en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos*, II (Madrid 2000) 1651-1653
LECLERQ, H., *Les martyrs*, IV (París 1905) 234-246
LIORCA, B. - GARCIA VILLOSLADA, R. - LABOA, J. M.^a, *Historia de la Iglesia Católica, I. Edad Antigua la Iglesia en el mundo grecorromano* (BAC 54, Madrid 1990, 2001) 747-760
PAREDES, J. (dir.), *Diccionario de los Papas y Concilios* (Barcelona 1998) 81-82

BEATO ESCUBILIÓN ROUSSEAU

Misionero († 1867)

El nombre de Escubilión en lengua castellana suena a lo desconocido o, al menos, a lo muy remoto en el tiempo y en el espacio. Y la isla de Annobón (llamada desde 1793 La Reunión) es sólo un punto en el Océano Índico, que a muchos cuesta localizar. Sin embargo, con ese nombre original y en ese lugar singular se entonó en la historia de la Iglesia católica el himno de una vida heroica y se proyectó la silueta de un modelo de amor a los oprimidos.

Educador y miembro del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas fundados por San Juan Bautista de la Salle en 1684, fue llamado el «apóstol de los esclavos», por su empeño en elevar a la libertad real a los muchos negros y también asiáticos llevados a la isla para el cultivo de las plantaciones coloniales en ella promovidas por patronos explotadores.

Nadie lo hubiera conocido si las ráfagas de su santidad no hubiesen trascendido las fronteras de aquel rincón del Océano Pacífico en el que iba a discurrir su existencia.

Había nacido el 22 de marzo de 1797 en la hermosa y sana campiña de la Borgoña, en la aldea de Annay-la-Coté, donde se trasladó su madre para ser atendida por los abuelos al traerle al mundo. Su infancia discurrió en la cercana Tharoiseau, a 5 kms. de Vezelay. Eran días de pleno furor revolucionario y fue bautizado casi en secreto por el párroco Esteban Vilain, que vivía clandestinamente para no exacerbar a los defensores de la llamada libertad patria y que llevan ya una década de destrucciones y atropellos.

En el bautismo le pusieron de nombre Juan Bernardo Rousseau, nombre que recuerda el profetismo de Juan el Bautista, la poesía mariana de Bernardo de Claraval y el amor a la naturaleza del literato bucólico que fue Rousseau. Sin embargo, en la toma del hábito religioso, según costumbres del tiempo, le designaron con el nombre de Escubilión. Era el nombre de un monje de Mont-Saint-Michel, en Normandía, muerto en el año 567. Y fue el nombre que se asoció a su vocación de libertador de esclavos durante los 35 años que pasó bogando en el Océano Índico, en la Isla de La Reunión.

Su padre se llamaba Bernardo. Era tallador de piedra y hombre justo y cristiano convencido. Su madre era Reina Pelletier, piadosa y fiel mujer de aldea, que sufría por no poder asistir con asiduidad a las liturgias prohibidas. Sus hermanos, Magdalena, Bernardo y Francisca, que nacieron después de él, alegraron el hogar y le ocuparon su infancia, ya que era el mayor de la casa y debía cuidarlos mientras los padres trabajaban fuera del hogar.

El sacerdote de la parroquia le enseñó a leer, a falta de maestro en el pueblo. Él le sembró los más hermosos ideales de vida. Cuando creció, acompañó grandes temporadas a su padre en el duro oficio de tallar la piedra. En 1808, a los 11 años, recibió la primera comunión. Asistió algo a la escuela que entonces se abrió, aunque funcionaba sólo a temporadas. Allí adquirió alguna cultura por su interés y su capacidad mental superior a la normal. Pero su saber a lo largo de su vida fue más vital que intelectual, por lo que nunca brillaría por afanes culturales.

Con todo, en sus años adolescentes se entregó con afecto a dar la catequesis a los chicos del pueblo. Un día, en 1818, cuando ya tenía 21 años, un nuevo párroco quiso mejorar la escolaridad de los niños y le invitó a ayudar al maestro de escuela que él había logrado traer y se llamaba Edmundo Gerbaud. Había demasiados escolares en el pueblo y era imprescindible un ayudante. Aceptó esperanzado.

Y fue con el maestro donde oyó hablar de los Hermanos de las Escuelas Cristianas y de su escuela cristiana abierta en un pueblo cercano. Así nace su primera estrella vocacional para un Instituto de educadores que acaba de rehacer su andadura en la Francia restaurada después de la paz impuesta por los vencedores de Napoleón.

Ingresó en el noviciado de este Instituto en París el 9 de febrero de 1822. Allí descubrió que había nacido para educar niños y no para tallar piedras. Y supo que en aquel Instituto había posibilidad de ir a otros mundos lejanos si su vocación se lo inspiraba. Su primera idea fue ser maestro sencillo de una escuela cualquiera. Pero al hacer sus primeros votos pensó que aquellas palabras que decía, que «se consagraba a Dios para ir a cualquier lugar a que fuera enviado o para desempeñar cualquier trabajo al que se le destinara», tenía algo de desafiante.

Comenzó a cumplirlas al ser destinado en marzo de 1823 a la comunidad de Alençon, con el trabajo humilde de cuidar la cocina y atender al sostenimiento de la casa. Ocasionalmente se ocupó de alguna actividad escolar y se interesó por la enseñanza del catecismo a los escolares más pequeños. Allí emitió su profesión perpetua el 27 de septiembre de 1827.

En 1831 fue trasladado a Poitiers y a los dos años fue enviado a la escuela de Chinon. En estas casas ya su tarea preferente fue la escolar. Fueron años de madurez humana y de creciente vida espiritual, que pronto le granjearon reputación de religioso fiel y de hábil maestro por su cordial trato con los alumnos.

Por este tiempo se despertaron en él aficiones misioneras, sobre todo al contemplar a los diversos Hermanos del Instituto que eran destinados a lugares lejanos. Eran tiempos de restauración nacional y de ardor expansivo en el Instituto al que pertenecía. El superior general, Hno. Felipe, estaba embarcado, por las circunstancias, en un proceso de ampliación enorme de las obras educadoras. En su largo período de gobierno, desde 1838 a 1874, se abrieron nada menos que 1.000 nuevas escuelas. De ellas, 300 surgieron en las misiones.

El Hno. Escubilión fue uno de los dos millares de misioneros voluntarios enviados a lejanas tierras. Y su rincón de Anno-bón, isla perdida a 5.000 leguas de su patria, uno de los púlpitos de la educación cristiana.

El 20 de abril de 1833, en compañía de otros dos Hermanos, se embarcó en el buque «El Comercio» y, después de 85 días de viaje fatigoso, llegó a su destino, la posesión francesa recién recuperada de manos inglesas. Desde el 14 de julio de ese año de 1833 hasta su muerte habían de pasar 34 años, sin salir de la isla y sin otro afán que la educación de los niños y de los adultos a la luz del mensaje del Evangelio.

Era una isla de paisajes hermosos, pero alejada del mundo civilizado. Descubierta en 1512 por el portugués Pedro Mascareñas, estaba a 700 kilómetros de Madagascar y a 200 de la vecina Isla de San Mauricio. Servía de escala para los viajes hacia Asia, pero también de terreno de cultivo para múltiples productos tropicales. Francia se había posesionado de ella en 1642. Había sido ocupada por los ingleses en 1789, aprovechando los

desórdenes revolucionarios de la Metrópoli. En 1815 había regresado a la soberanía francesa. Su nombre de «La Reunión» se hizo oficial en 1848.

Era una isla de 2.500 kilómetros cuadrados, de origen volcánico. Las diez localidades que bordeaban la costa, con sus nombres de santos, eran mercados de los productos que se cultivaban en sus fértiles tierras interiores. La capital se llamaba San Dionisio. En todas las localidades se necesitaban maestros, pues no había escuelas: en Santa María, San Andrés y San Benito en la costa este; en San Felipe, San José y San Pedro en la zona sur; en San Luis, Sant-Leu y San Pablo al poniente.

En el corazón de la isla, un dorsal volcánico resaltaba la belleza del paisaje. El cono «Pitón de las nieves», de 3.069 m. de altitud, y su hermano «Pitón de La Fournaise», de 2.025 m., invitaban a dirigir los ojos hacia el cielo. Pero en sus valles y en sus gargantas había lugares escarpados aptos para esconder los piratas sus tesoros y los esclavos fugitivos sus miserias.

El cultivo de caña de azúcar, café, algodón, precisaba mano de obra barata. Por eso la isla era un gran campo de esclavos, nacidos con abundancia en el terreno, traídos del continente africano o incluso importados de la India o de las colonias francesas del Sur de Asia. La vida era dura para los esclavos, las ideas de libertad que agitaban la metrópoli no llegaban allí, el trabajo de sol a sol era el patrimonio de la mayor parte de sus habitantes.

Era un mundo desafiante para los que llegaban con otros ideales que no fueran los de explotar a los hombres y a las tierras, infinitamente diferentes de los que animaban los látigos de los negreros y mercaderes sin entrañas. En la Isla y en su capital de San Dionisio se esperaban maestros para los hijos de los blancos colonizadores. Pero pronto las autoridades supieron que llegaban educadores, no sólo maestros, que no sabían distinguir el color de la piel, pues preferían mirar el alma de los que acudían a sus aulas.

Surgieron las dificultades propias de toda obra que comienza. Hubo que amortiguar las reticencias de los alumnos de razas diferentes, que se miraban con desprecio unos, con envidia otros, todos con desconfianza. Pero pronto el buen hacer y el

tacto pedagógico de los nuevos docentes hizo comprender a todos que la integración de las razas era la gran empresa de los recién llegados y que por el camino de la libertad y de la concordia se llegaría mucho más lejos que por el de la discriminación y el de la explotación inhumana.

Los 25 primeros alumnos que tuvo el Hno. Escubilión fueron la promesa y la ilusión de su vida misionera. A las pocas semanas la escuela rebosaba centenares de asistentes y a él le corresponderían muchas decenas más, hasta casi completar el centenar. Y luego serían muchos miles los que admirarían el poder cautivador de su sonrisa, la fuerza irresistible de su amor a las personas y la cordialidad inalterable en el trato. Además de su benevolencia, todos fueron descubriendo su sentido común, su habilidad para arreglar disensiones, su capacidad para persuadir. Se tomaba tan en serio el trabajo que no perdía un minuto. Preparaba bien las lecciones y exigía a sus escolares, fueran blancos, amarillos o negros, los mejores resultados. Sólo era capaz de «malgastar» su tiempo cuando se trataba de hablar de Dios a los niños o a los adultos, si la ocasión se presentaba.

En 1836 se abrió otra escuela en la vecina localidad de San Bernardo. El Hno. Escubilión fue destinado para la nueva casa. En ella siguió con sus métodos y su entrega total al trato con la gente. Pronto surgieron algunos jóvenes nativos, incluidos varios negros, que quisieron imitar los ejemplos de los Hermanos y su trabajo educador. Varios reclamaron entrar en el Instituto como Hermanos. Se preparó para ellos un plan de formación. El Hermano Escubilión rezó mucho por ellos y su ejemplo estuvo en el origen de muchas de aquellas vocaciones.

Tenía especial habilidad para ir a los poblados del interior y a las plantaciones y reunir a las gentes para hablarles de Dios y de la libertad en términos de alegría y no de venganza. Le llamaron pronto los Hermanos y los sacerdotes de cada localidad, a los que ayudaba con especial interés el «buen catequista de los esclavos». Se empeñó en abrir clases para ellos, sobre todo por la noche, que es cuando los patronos les dejaban más libres, aunque no siempre lo lograba. Eran numerosos los que acudían a sus charlas, atraídos por su palabra persuasiva, aun después de una dura jornada de trabajo en las plantaciones.

No sólo les enseñaba la doctrina y la moral o les preparaba a recibir los sacramentos, sino que les daba clases de todo lo que podía servirles: lectura, historia, contabilidad, dibujo... Les hablaba de libertad, pero también de orden, de justicia y de responsabilidad. Ganaba ante todo su amistad con sus actitudes cordiales y llenas de respeto hacia ellos.

Su tarea central de aquellos años era la clase que le correspondía en cada colegio, pero su expansión vocacional era la catequesis con los negros, que eran la gente pobre de la isla. Tenía su predilección en la enseñanza de los que deseaban bautizarse y los que se preparaban para la primera comunión. Con frecuencia eran adultos y jóvenes esclavos, pues los hijos de los esclavos pertenecían a sus patronos, que los compraban y vendían según sus intereses.

Intercedía por ellos. Reclamaba la unión de las familias. En ocasiones amenazaba con denuncias ante la autoridad de la isla. En todas partes se ganaba el corazón de las gentes: el de los esclavos, por su ascendiente y palabra acogedora, el de los patronos, incluso de los más adversos, por su prudencia y su sentido de la armonía. Por eso, casi sin él saberlo ni advertirlo, contribuyó a que se entendiera que era necesario educar a los esclavos para el momento de la libertad, y que era más urgente aún preparar a los patronos propietarios para la fraternidad y la tolerancia, para cuando sus esclavos les trataran como iguales.

En una carta de estos años decía:

«Estoy muy contento con mi grupo de esclavos morenos (negros), cuando estoy en medio de ellos, me siento como en un trono rodeado de los mayores reyes del universo. Me escuchan como si Dios hablara por mi boca»

El 17 de noviembre de 1843 fue destinado a la otra escuela que se abría en el pueblo de San Leu. También allí siguió yendo a las mismas plantaciones donde trabajaban los grupos de esclavos que no se acercaban, porque los patronos no les dejaban ausentarse. Con frecuencia sus catecismos y explicaciones iban dirigidos a varios centenares de oyentes, entre los que no dejaban de entremezclarse los mismos patronos, primero para ver de lo que se hablaba y luego por sentirse interpelados por el persuasivo tono del mensajero.

No sabían todos, amos y siervos, libres y esclavos, qué admirar más, si la bondad del catequista o la verdad y la virtud que recomendaba. Tenía singular habilidad para mezclar palabras de paciencia con alusiones a la libertad y a la justicia. Muchos esclavos terminaban por pedirle que interviniera ante los patronos para que su acción no fuera tan cruel y explotadora. Y patronos había que reclamaban su ayuda para conseguir esfuerzo, orden y tranquilidad entre sus trabajadores. El Hermano hacía ambas cosas y muchas veces conseguía verdaderas conversiones.

Desde 1833 hasta 1843, que fue el período de la transformación social de la isla, el Hermano Escubilión hizo maravillas para que el cambio aconteciera con tranquilidad y con armonía. Hablaba a sus oyentes de libertad, pero también de trabajo y de exigencia.

Había en la isla entonces unos 60.000 esclavos. Se respiraba en ellos el afán de la libertad, aunque las ondas del Océano no hacían fácil el que llegaran los ecos revolucionarios que sacudían la lejana Francia. En la vecina isla de San Mauricio, la emancipación decretada por las leyes de la Metrópoli llegó con más agresividad y prontitud. En Annobón la acción inteligente y pacificadora de los sacerdotes y de los educadores, sobre todo de los Hermanos, hizo el tránsito más suave.

El 20 de diciembre de 1848 fue proclamada la libertad de todos los esclavos de la Isla por el gobernador general. Lo era el Sr. Sarda Garriga. Cumplía así la ley dada en Francia el 5 de marzo de 1848, por la que se abolía la esclavitud en todos los territorios franceses. Los esclavos fueron entonces convertidos en trabajadores contratados. Los patronos fueron indemnizados por el Estado mediante un pago por cada esclavo liberado. Los unos quedaron satisfechos por la libertad soñada y ahora conseguida. Los otros, fueron consolados por el dinero recibido y la capacidad de contratar nuevos operarios a los que estimular con el salario y no con el látigo.

Las catequesis de los Hermanos y de muchos sacerdotes habían hecho el milagro de preparar los corazones de todos y la única voz que se oyó en multitud de labios negros hasta entonces esclavos fue la que decían en las ceremonias religiosas con

las que se celebró el acontecimiento en las iglesias: «Gracias, buen Dios, gracias buen Dios». El gobernador general de la Isla reconocería después que

«Gracias a los Hermanos, y sobre todo a la acción del Hermano Escubilión, a su modestia y buen hacer, se ha hecho este tránsito con serenidad y no han surgido los desordenes»

La fama de santo del Hno. Escubilión comenzó a atraer personas que incluso eran incrédulas. A veces hasta se habló de milagros inexplicables, como el sucedido con el niño de 7 años Octavio Pitou, sordomudo, que iba a sus catecismos y estaba junto al catequista. Un día, después de haberle llevado muchas veces junto al sagrario, le ungió con el aceite de la lámpara parpadeante y el niño experimentó una curación misteriosa que pronto le hizo superar su incapacidad para oír y para hablar.

No fue el único hecho sorprendente de estos años. Hubo padre que acudió angustiado a decirle al Hermano que su niño de seis meses se moría; y él, después de haberle hecho rezar a San José, le dio un pequeño remedio que produjo una mágica curación. Y hubo familia que le llamó para que rezara por su hijo enfermo de fiebres peligrosas y éstas desaparecieron al terminar la plegaria del Hermano.

Con todo, sus mejores milagros acontecieron a la cabecera de los moribundos. En este terreno actuaba como un verdadero especialista en conversiones de última hora. Hay pruebas de su presencia en el lecho de muerte de personas que jamás aceptaron una palabra de fe y él consiguió lágrimas de arrepentimiento y los últimos sacramentos de la reconciliación y del viático. De ello mucho supo su párroco amigo de Santa María, el que habría de pronunciar su último panegírico en el funeral de despedida y que no pudo terminar pues las lágrimas le paralizaron la voz al recordar las conversiones de última hora logradas por él.

Ante la abundancia de vocaciones y los refuerzos recibidos de Francia, el Instituto siguió incrementándose en la Isla. En 1850 se abrió otra escuela en La Posesión, localidad nueva surgida en el camino hacia San Dionisio. A ella fue destinado el Hno. Escubilión. Comenzó a hacerse leyenda entre sus compañeros que, cuando había que abrir otra casa, se le mandaba al

Hno. Escubilión que fuera para poner los cimientos firmes. Y un hombre que nunca había sido director ni había ocupado ningún cargo, y que, además, no tenía ningún título académico pues no había hecho otra cosa en su vida que ganarse a la gente, resultaba ser el mejor cimiento de las obras.

Él lo aceptaba con humilde sonrisa y con bondad. Pensaba que la gente se lo decía por condescendencia. Sus más adictos sabían que sus estudios universitarios habían sido hechos en las largas horas de oración que en todos los lugares pasaba y en las noches de vigilia silenciosa en las que su espíritu se había hecho fuerte.

En La Posesión, en el camino que va de San Pablo a San Dionisio, pasó otros cinco años haciendo lo de siempre. Ahora los esclavos eran ya libres, pero no por ello habían mejorado su vida. Pronto comenzaron todos a entender que no hay verdadera libertad si no hay cultura y si no hay igualdad. Las actividades en pro de la instrucción de las gentes de color se incrementaron, estimuladas por las autoridades.

En 1856 el Hno. Escubilión fue destinado a la última de las comunidades por las que pasó en su vida. Fue el colegio abierto en Santa María, en el que vivió los once últimos años de su existencia terrena y misionera. Siguió con su vida de entrega total. Daba sus clases, se esmeraba en sus catecismos, caminaba en busca de grupos de ya antiguos esclavos, que ahora lo eran del vicio engendrado por la indolencia, si no eran contratados en las plantaciones y no recibían un sueldo fijo por su poca capacidad o voluntad de trabajo.

A todos les decía la verdad con tanta dulzura que, aunque la verdad siempre escuece si no es agradable, de sus labios era bien recibida. Los perezosos se veían por él castigados con duras palabras: «Hay que trabajar y vencer la pereza». Los enfermos eran consolados con dulzura: «Hay que ofrecer a Dios los dolores y hacer lo posible para que desaparezcan». Los maridos oían de sus labios la palabra fidelidad. Los ricos, sugerencias de compasión y caridad. A los patronos les hablaba de justicia; y a los descarriados por el alcohol o la lujuria, que adundaban en aquel ambiente, les decía con desenfado que era hora de conversión.

Allí, en Santa María, atendió a su párroco y a muchos jóvenes cuando vino una epidemia de cólera en marzo de 1859. El buen sacerdote diría después que sus desvelos le habían salvado la vida sin ninguna medicina. Era emocionante ver cómo iba a donde los jóvenes apestados y rezaba con ellos el rosario, les ayudaba a morir o les anunciaba que se iban a curar. Muchas veces la mejoría se advertía después de su paso y los beneficiados quedaban admirados, intrigados, pero siempre agradecidos.

Con tantas fatigas e insomnios, su salud empezó a resentirse. En una hermosa carta que se conserva de esos años, describía con mirada retrospectiva el sentido de su vida misionera:

«Gracias a Dios, la religion ha progresado en la isla, pues me recuerdo que, al llegar a este pais hace mas de 23 años, en toda la isla no habia mas de 12 sacerdotes y los Hermanos eramos 4 Los sacerdotes son hoy 60, tenemos un obispo lleno de celo por la gloria de Dios y la salvacion de las almas En tiempo de la esclavitud, las iglesias eran demasiado grandes, ahora, a pesar de haber construido mas iglesias y capillas, resultan ya insuficientes»

Ni los oficios más humildes que desempeñó ni las tareas de hombre fiel a la clase, le impidieron nunca ir a poblados cercanos y explicar el catecismo. Pero al final iba ya arrastrando los pies, pues el cansancio de su cuerpo nunca llegaba a su corazón.

En 1866 un ataque de uremia le agotó con fuertes sufrimientos y paralizó casi del todo sus correrías. Con todo, todavía tuvo tiempo para promover con un grupo de cristianos y amigos la construcción de tres cruces en las montañas más vistosas desde las que se contemplaba la ciudad y desde donde se contemplaba a lo lejos la inmensidad del Océano. En la carretera de acceso construyó dos capillas, una para la imagen que le había llegado de Nuestra Señora de La Salette y otra para San José.

En aquellos días finales decía a tres jóvenes que se preparaban para ir a la misión de Madagascar:

«Dios es una inmensa hoguera de amor, y él quiere que todo arda [] Ojala me escoja a mi para propagar este incendio y para llevar el fuego a todo el que yo pueda encontrar en mi camino»

Pero su camino por la tierra había terminado en los planes de la Providencia. Al amanecer del sábado 13 de abril de 1867 falleció lleno de achaques y de agotamiento. Fue la muerte de

un justo. Pocos días antes habían acudido a despedirse los tres jóvenes Hermanos, alumnos suyos, que iban a Madagascar. Les había dicho:

«Fue la ilusión de mi vida. Quería allí mucho a los malgaches y hacerlos querer de ellos. Al saber que vais vosotros, que sois alumnos míos, ya puedo morir tranquilo»

La última palabra que pronunció fue una respuesta que dio al director de la comunidad que le saludó con la jaculatoria de los Hermanos: «Viva Jesús en nuestro corazón». Respondió: «A jamais...» («Por siempre...») y se apagó. Había muerto plácidamente un misionero. En el cielo se había encendido otra estrella.

Fue enterrado al día siguiente, domingo de Ramos, en el cementerio de la localidad. Mucha gente, negra sobre todo, había desfilado ante su cuerpo expuesto en la capilla del centro. Una hermosa homilía fúnebre del párroco, Juan Francisco Carrier, que durante muchos años le había llamado «su vicario para el apostolado» y del que era amigo íntimo, cerró el acto de despedida.

Pronto su sepulcro se convirtió en centro de visitas y de plegarias, sobre todo pidiendo a Dios la curación de diversos enfermos. Esas curaciones misteriosas e inesperadas de algunos de ellos y los favores del cielo que se multiplicaron según la creencia popular, mantuvieron su fama de santo en la gente más sencilla. Pasaron los años y su recuerdo no se apagó. En 1902 se abrió el proceso de beatificación ante las múltiples peticiones de sus devotos y admiradores. Terminó en la diócesis en 1909 y se remitió la causa a Roma.

En 1976, mons. Gilbert Aubry escribió a Roma pidiendo que la causa prosiguiera con celeridad y reclamó que el Instituto hiciera todo lo posible por sacarla adelante. El 20 de marzo de 1984 fue publicado el decreto sobre la heroicidad de sus virtudes. En 1987 se aprobaron los hechos milagrosos que hacían posible su beatificación. En la emotiva visita que el papa Juan Pablo II hizo a La Reunión el 2 de mayo de 1989 fue beatificado. Su memoria se celebra en la Iglesia el día 27 de septiembre, pero en La Reunión se festeja el día 20 de diciembre, fecha conmemorativa en la Isla como día de la libertad de los esclavos.

PEDRO CHICO GONZALEZ, FSC

Bibliografía

- BERTHIER MEDIA, R., *Frère Scubilion et le journal d'un apôtre à La Réunion* (París 1987).
CONCORDE MARIE, *Frere Scubilion* (Roma 1976).
OLIVE, M., *Hermano Escubilón* (Roma 1978).
ROSETO BOLAÑOS, A., *Hermano Escubilón (Juan Bernardo Rousseau). «Un monumento de bondad con los esclavos de color»...* (Colombia 1987).
«Hermano Escubilón: santidad signo de vida»: *Revista Lasalliana* (1992), número especial.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATA IDA DE BOULOGNE

Viuda († 1113)

Ida nació hacia el 1040 hija del duque Godofredo IV de Lorena y de su primera esposa Doda. Criada en el castillo de su padre, a los 17 años fue dada en matrimonio al conde de Boulogne, Eustaquio II, con el que tuvo varios hijos, uno de ellos el famoso Godofredo de Bouillon, conquistador de Jerusalén, y Balduino, rey del reino cristiano palestino. Muerto su esposo, se vio dueña de una considerable fortuna y decidió emplearla en obras de religión y caridad. Además de ayudar amorosamente a multitud de pobres, restauró varios monasterios. Oblata seglar de la Orden Benedictina y puesta bajo la dirección espiritual de San Anselmo de Canterbury, por entonces solamente monje en Bec, progresó en la vida de perfección cristiana. Muerta el 13 de abril de 1113, fue enterrada en el monasterio de Vast.

SAN CARADOCO

Presbítero y ermitaño († 1124)

Este galés era arpista en la corte del rey Rhys en el sur de Gales, y no le gustó que los cortesanos estimaran en más a los perros que a las personas. Por otro lado tuvo un enfrentamiento con el rey, que airado con él, quiso matarlo. Esto le llevó a un gran desengaño del mundo y quiso entonces dedicarse a servir a Dios. Recibió la tonsura y posteriormente el sacerdocio. Luego pasó varios años como ermitaño en una iglesia arruinada y después se retiró con algunos compañeros a llevar vida contem-

plativa en una isla de la costa de Pembroke. Más tarde pasó a la isla de St Issell's. Rodeado de gran fama de santidad murió en 1124 y fue llevado a enterrar a la catedral de St David's. Se le atribuyeron muchos milagros.

BEATO ALBERTINO DE FONTE AVELLANA

Prior († 1294)

Nació en Montone, Italia, en la primera mitad del s. XIII en el seno de la familia Ubaldini. Decide su vocación religiosa entrando en la comunidad de ermitaños de Fonte Avellana. Acreditado como religioso observante, es enviado de prior a Santa María de Sitria y luego, al vacar el priorato de Fonte Avellana en 1275, es designado él para ocuparlo. Como tal prior de Fonte Avellana lo era además de toda la congregación. Se ocupó mucho del gran problema de la lucha entre ciudades, apareciendo como apóstol de la paz y la concordia, y desempeñando varios encargos papales. Rechazó la mitra que el papa le ofrecía y se mantuvo fiel a su vocación eremítica. Murió el 13 de abril de 1294. La Sagrada Congregación de Ritos permitió expresamente a la Orden Camaldulense la celebración de su memoria litúrgica el 21 de mayo de 1782.

BEATA IDA DE VAL-DES-ROSES

Virgen († 1290)

Nació en Lovaina en una familia de ricos comerciantes. Su temprana inclinación a la piedad era mal vista por su padre, persona muy materialista, lo que ella llevó con paciencia. Llegada a la juventud, creció su fervor y su mortificación, y crecieron los malos tratos del padre. Pero ella pudo por fin ingresar en el monasterio cisterciense de Val-des-Roses, junto a Malinas, donde llevó una vida de intensa espiritualidad y penitencia, rodeada de fama de sucesos sobrenaturales. Murió hacia 1290. En 1719 el papa Clemente XI concedió a los cistercienses la celebración de su fiesta.

BEATA MARGARITA DE CITTÀ DI CASTELLO

Virgen († 1320)

Nació en Metola, Italia, en 1287 en el seno de una familia pobre. La niña nació ciega. La llevaron sus padres a Città di Castello a ver si en la tumba de fray Jacobo se operaba su curación. No sucedió así y entonces sus padres simplemente la abandonaron y se marcharon. Recogida y criada por un matrimonio, ingresó en un monasterio que ella encontró relajado y lo dejó. Se hizo entonces terciaria dominica y, dirigida por un dominico, se dedicó a la oración y las buenas obras. Visitaba enfermos y pobres, cuidaba de niños y hacía cuanto a su ceguera le era posible. El pueblo admiró la virtud de la joven ciega. Muerta el 13 de abril de 1320, fue tenida por santa. Su culto fue confirmado el 28 de octubre de 1609.

BEATOS FRANCISCO DICKENSON Y MILÓN GERARD

Presbiteros y martires († 1590)

Luego de ser arrestados, estos dos sacerdotes seculares fueron acusados de haber ido a Inglaterra a reclutar marineros para el servicio del rey de España que los emplearía contra Inglaterra. Ambos mártires rechazaron indignados la burda acusación e insistieron en que habían llegado con finalidad religiosa y pastoral, al margen de toda cuestión política. Fueron condenados a muerte como traidores, ahorcados y descuartizados en Rochester el 13 de abril de 1590.

Francisco Dickenson había nacido en una familia protestante en 1564 en la localidad de West Riving, en el Yorkshire. A los 17 años se hizo católico y marchó al seminario de Reims donde se ordenó sacerdote el 18 de marzo de 1589.

Milón Gerard, que usaba igualmente el nombre de William Richardson, era natural de Ince, en el Lancashire, y nació hacia 1555. Muy joven entró en el seminario de Reims y se ordenó en 1583.

Ambos sacerdotes fueron enviados a Inglaterra en 1589, pero en la travesía el capitán del barco sospechó que eran sacer-

dotes y al desembarcar los delató al sheriff, siendo seguidamente detenidos y llevados a Londres, alojándolos en la cárcel de Bridewell. Las torturas no lograron de ellos que confesaran traición alguna, pese al interés del Consejo real en que esta declaración se firmase. Fueron beatificados el 15 de diciembre de 1929.

BEATOS JUAN LOCKWOOD Y EDUARDO CATHERICK

Presbiteros y martires († 1642)

El primero era un anciano y el segundo un joven, ambos sacerdotes, y ambos condenados a muerte por ello. Sacados de la cárcel el 13 de abril de 1642 fueron llevados al lugar donde se alzaba el patíbulo, y a su vista, el joven Eduardo no pudo menos que conmoverse pues el terror se adueñaba de su corazón. Pero el anciano, al darse cuenta, le dirigió palabras de ánimo, que lograron serenar al joven. El anciano pidió y obtuvo que ejecutaran primero al joven para estar él animándolo. Cuando pusieron al muchacho la soga, el anciano le dijo: «¿Cómo va ese corazón, Catherick?». A lo que Eduardo respondió: «Muy bien, gracias a la ayuda de Dios y al ejemplo de usted». Esto sucedía en la ciudad de York, en el reinado de Carlos I, que quiso salvar o al menos hacer menos horrorosa la ejecución de ambos sacerdotes pero que no pudo, porque estaba ya él mismo en situación delicada.

Juan Lockwood era nativo del Yorkshire y había nacido en 1555. Había estudiado en el colegio inglés de Douai y luego en el de Roma y se había ordenado sacerdote en 1597. Vuelto a Inglaterra fue apresado y condenado a muerte, pero se le conmutó la pena por el destierro, del que clandestinamente volvió. Arrestado otra vez y otra vez condenado, pudo obtener la libertad. Siguió trabajando apostólicamente años y años hasta que en 1641 era arrestado, encarcelado, juzgado y condenado a muerte.

Eduardo Catherick era de Carlton y había nacido en 1605. Luego de estudiar en Douai, ya ordenado sacerdote volvió a Inglaterra en 1635 y pudo trabajar siete años, hasta que fue arrestado, encarcelado, juzgado y condenado a muerte. Ambos

sacerdotes se encontraron en el calabozo. Contra ellos no hubo otra acusación que la de ser sacerdotes católicos. Fueron beatificados el 15 de diciembre de 1929.

SAN SABAS REYES SALAZAR

Presbítero y mártir († 1927)

Nació en Colula, México, el 5 de diciembre de 1879 en el seno de una familia pobre. Estudia en el seminario de Guadalajara y se ordena el 5 de diciembre de 1911. Trabajó apostólicamente en las diócesis de Tamaulipas y Guadalajara. Su último destino fue el de vicario parroquial en Tototlán. En todo el tiempo de su ministerio se acreditó como sacerdote bueno y cumplidor. Pasa a la clandestinidad en 1926 cuando se suspende el culto público. Volvía de bautizar a un niño cuando es avisado de la llegada de los federales. Se refugia en una casa, pasa la noche en oración y se entrega al día siguiente. Llegados a la parroquia se le atormentó en público para que dijera el paradero del párroco. Tres días y tres noches lo estuvieron picando con las bayonetas e hiriéndole, y en todo el tiempo mantuvo una inalterable serenidad y paciencia. Le metieron las manos en una hoguera, le mojaron los pies en gasolina y le prendieron fuego, y con los pies quemados fue obligado a ir hasta el cementerio, donde lo fusilaron mientras él gritaba vivas a Cristo Rey. Era el 13 de abril de 1927. Fue canonizado el 21 de mayo de 2000.

14 de abril

A) MARTIROLOGIO

1 En Roma, los santos Tiburcio, Valeriano y Máximo, mártires (fecha desconocida)

2 En Antioquia de Siria, las santas Bernica y Prosdoca (s. IV), vírgenes y mártires

3 En Nitria (Egipto), San Frontón (s. IV), abad

4 En Elphin (Irlanda), San Assach (o Tassach) (s. V), obispo

- 5 En Alejandria de Egipto, Santa Tomaides († 476), martir
- 6 En Ruan, San Pretextato († 586), obispo y martir
- 7 En Lyon (Galia), San Lamberto († 688), obispo y abad
- 8 En Monte Marano (Campania), San Juan (s XI XII), obispo
- 9 En Tiron (Francia), San Bernardo († 1117), abad *
- 10 En Aviñon (Provenza), San Benito († 1164), adolescente *
- 11 En Tuy (Galicia), Beato Pedro Gonzalez, vulgo San Telmo († 1240), presbitero, de la Orden de Predicadores **
- 12 En Schiedam (Holanda), Santa Liduina († 1433), virgen *
- 13 En Cuevas de Vinroma (España), Beata Isabel Calduch Rovira († 1937), virgen, monja capuchina, martir *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN TELMO

Presbitero († 1240)

San Telmo, como se le conoce vulgarmente, o Pedro González Telmo, cual reza su nombre de pila, es una de las grandes figuras medievales, cuya historia, matizada acaso de áureas y preciosas leyendas, no ha sido hecha aún críticamente. De todos modos, fue, por cierto, un santo popular, de universal y rutilante fama en toda la Península y aun fuera de ella, de las primicias glorias de la Orden dominicana y astro brillantísimo de la Iglesia del siglo XIII y, sobre todo, abogado, fiador y tutor de nautas y pescadores, singularmente a lo largo de todo el litoral cantábrico.

Y, sin embargo, San Telmo no fue hijo de la marina, no fue timonel ni batelero o mareante, sino que vio la luz tierra adentro, en pleno corazón de Castilla. Nació, según todos los indicios, en 1185 y fue bautizado en la iglesia románica de San Martín de Frómista, villa palentina que hitaba entonces el camino francés que desde Roncesvalles se dirigía a Compostela. Reinaba a la sazón en León Fernando II, y Alfonso VIII ocupaba el trono castellano.

Poco es lo que sabemos con certeza de su abolengo y primeros años. Parece ser que su familia era noble y cristianísima, acaso perteneciente al rango de los infanzones o ricos-homes de su tierra, la cual por eso mismo trató desde un principio de darle esmerada y cumplida educación. Le fue, en efecto, confia-

da ésta a un tío suyo, llamado también don Telmo, canónigo por aquellos días y más tarde obispo de Palencia, el cual, como primera medida, se lo llevó a su casa y, así como vio sus buenas disposiciones y natural despejo, le proporcionó los mejores maestros que hubo a las manos y le puso a estudiar. Con ellos el joven hizo muy pronto grandes progresos en las primeras letras, comenzó a imponer con brío y seguridad en las artes liberales y el latín, y pasó de allí a poco, cuando apenas pubescía, a las aulas universitarias en la misma Palencia.

Porque por aquellas décadas Palencia estaba orgullosa de sus flamantes *Estudios generales*, que acababa de establecer Alfonso VIII, el vencedor de las Navas, y eran los primeros de España, pues los de Salamanca, debidos a la espléndida munificencia de Alfonso IX, datan de principios del siglo XIII.

La paz castellana y casi monástica de la ciudad del Carrión parecía haberse esfumado para siempre y nadie la echaba de menos. Ahora atronaban las encachadas plazas y las alcanás ahiladas de soportales las triscas, zarabandas y disputas estudiantiles. No se oían jergas extrañas, porque Castilla y España entera vivían en constante clima de cruzada, y en tal coyuntura Europa no nos mandaba teólogos, sino caballeros.

Ahora bien, todos los biógrafos coinciden en que Telmo fue estudiante lúcido e ingenioso. De fácil y segura memoria, era además sutil y agudo en las controversias, hábil y suelto de palabra, de carácter sociable, simpático y atrayente, aficionado a los libros, aun cuando no se quebrase demasiado los ojos por ellos; en una palabra: un escolar modelo, porque tantas y tan escogidas prendas danse reunidas raras veces en un hombre solo. Y si, a vueltas de ellas, unimos ahora, cual repite incesantemente el laudo de la tradición, sus bellas facciones, su natural y esbelta apostura, su aire señorial y a la par sencillo, su compañerismo sentido lo mismo en las aulas que en la calle, ¿qué extraño es que se hayan hecho lenguas de él cuantos han intentado su hagiografía?

Con todo eso, hay un punto oscuro en esta parte de su historia, el que se refiere a su talante espiritual y moral. Según algunos autores, Telmo, manteísta aún de la Universidad, era un mozo educado, morigerado y recoleto; dechado y espejo de vir-

tud; humilde, prudente y modesto, alma de oración y que hacía pública profesión de vida espiritual vigorosa y austera. Todo permitía vislumbrar a pie llano al santazo del día de mañana.

Ni que decir tiene que la virtud, por honda y acrisolada que sea, puede muy bien ir mano a mano con la bondad de alma, con la aplicación y entrega a las letras, con la serenidad y altura del entendimiento y hasta con la gracia, la fascinación y la simpatía, así como no puede negarse que ha habido siempre corazones predestinados por Dios —no muchos, porque la vida del hombre sobre la tierra de ordinario es lucha continua y esfuerzo de superación— que desde la cuna o la niñez llevan ya el sello de la santidad. Mas, ¿por qué todos los santos han de ser desde su nacimiento precoces y raudos, santos sin más ni más, como si no fueran de carne y hueso al igual que los demás mortales? ¿Y cómo explicaríamos el conocido accidente del día de Navidad, del que hablaremos más abajo, el Damasco de San Telmo, que ha hecho de él un segundo San Pablo?

Más bien hemos de admitir que, cuando Pedro González Telmo arrastraba bayonetas en Palencia, según la jerga escolástica, si no era un goliardo, de lo que, por cierto, no tenemos indicios siquiera, sí tenía, en cambio, fama bien ganada de jaranero, gárrulo y señoreador, amigo de chanzas y torneos y dado a la juglaresca. No olvidemos que a cuatro pasos de allí discurría el asendereado camino de Santiago, bullicioso con las primeras formas romances y salpicado de trovadores y cantares de gesta, lo que venía como anillo al dedo para sorber el seso a la estudiantina y singularmente a jóvenes inquietos e impresionables como él. Y, a mayor abundamiento, ahí está su brillante hoja de estudios, su prestigio en la Universidad, su ingenio licurgo y vivaz, su gallardía y donaire y buena planta, el saberse un pino de oro ante las pollitas de la ciudad, y, sobre todo, que era el sobrino y niño mimado del obispo. Por influencia de éste, en efecto, casi imberbe aún, fue nombrado canónigo y luego, a instancias del mismo, promovido al deanato de la catedral de Palencia.

De suyo se sigue que de tales premisas solamente podía salir un clérigo a medias. Le faltaba asiento y gravedad, y es posible que hasta la gracia de estado. Tuvo quizá, y sin quizá, un carácter entero, con personalidad acusada y robusta, propenso a

reacciones súbitas y violentas, de un amor propio refinado que picaba siempre muy alto, cual hase puesto de bulto en el curso de su vida, pero presumía de jacarero, ostentoso y elegante. Gustaba, por ende, de llevar los mejores y más lustrosos faldularios de la ciudad, y hasta de vez en cuando veíasele en ropilla de seglar y, a fuer de arrogante jinete, pavonearse y gallear de punta en blanco, ruando de cabo a cabo por toda Palencia.

Mas el hombre propone y Dios dispone. La exaltación al deánato le había hecho perder la cabeza del todo. La cosa no era para menos, supuesto su temperamento, el aura popular de que gozaba entre estudiantes y en la buena sociedad palentina y su prodigalidad. El beneficio era pingüe, la dignidad era honrosa, la edad del laureado muy a propósito para escupir doblones. Y se propuso celebrar su prebenda con una cabalgata que fuese sonada.

Fue el día de Navidad cuando tomó posesión, cantados que fueron los oficios canónicos, charolados sus zapatos, guarnecidos de relucientes hebillas, argentado y emperifollado con sus vestes y arreos prelaticios. Si había llovido o nevado antes y las calles estaban intransitables y escurridizas, al decir de algunos, es flor de cantueso y poco importa ahora. La cascabelada debió de ser por la tarde. Figuraban en ella la espuma y cogollo de la juventud, todo el golpe de amigos y admiradores del novel deán, cada uno a horcajadas de su cabalgadura, con su atuendo de pajes y espoliques, y luciendo llamativas y ricas galas. El espectáculo era deslumbrante, nunca visto en Palencia, la cual, como es de suponer, estaba toda en la calle. A la cabeza iba el arrogante prebendado, montando su bello alazán y llamando la atención por su gallardía, pompa y caballerosidad, al propio tiempo que recibía los plácemes, ovaciones y ditirambos de la enloquecida multitud. Esto terminó por hacer perder su aplomo al apuesto mancebo, el cual, en su elación y orgullo, para demostrar su destreza de caballista, dio de espuelas al fogoso animal con el fin de hacer piruetas y caracoles, mas perdió el equilibrio y dio de bruces en un barrizal en medio de la zumba y chacota de todo el pueblo.

¿Cómo encajó el malparado deán su fracaso y la estentórea rechifla de la chusma? Su reacción estuvo a tono con su majeza y arrogancia, y hasta dice bien con el temple heroico de la épo-

ca, de rudos contrastes, de eximias virtudes y vicios no menores, todos con cierta grandeza, clave de aquellos santos de cuerpo entero. Mohíno y cayéndosele la cara de vergüenza, se metió en su casa y ya no se le volvió a ver en la calle. Como San Pablo en el camino de Damasco, Telmo comenzó a entrever a Dios el día de Navidad en medio de su mayor frenesí y paroxismo. Ya en el retiro de su aposento le asaltó la luminosa idea de la vanidad de las cosas humanas. Y sacó en un solo cabo y a toda prisa el propósito de enterrarse en vida. Era una auténtica y fulminante *metanoia*.

En primer lugar, sumido en largas y penosas horas de compunción y deshecho en lágrimas terriblemente amargas, aquel hombre, tan vano y encumbrado la víspera, pedía ahora a Dios que le inspirase el medio mejor y la traza de morir al mundo. Deseaba sinceramente servir al Señor y buscaba el camino de hacerlo con provecho y en desagravio de sus anteriores yerros. En segundo lugar, movido sin duda por el buen espíritu, con un gesto muy suyo, característico de las almas gigantes de su tiempo, hace solemne renuncia del deanato y de todos los frutos que le correspondían, y va a llamar con decisión a las puertas del convento de Santo Domingo de Palencia.

No nos coge de nuevo esta elección. La Orden dominicana estaba de moda, ya en su cuna, por el ruido de los éxitos de su fundador contra los albigenses del sur de Francia. Había sido creada unos años antes por Santo Domingo de Guzmán, natural de la diócesis de Soria, pero muy conocido en Palencia, donde cursó en los *Estudios generales*, acaso tratado por Telmo personalmente, y la patrocinaba el papa Inocencio III para reponerse del fracaso de los cistercienses en la lucha pastoral e ideológica contra los herejes, ya que, por haber caído en el boato, la atonía y la laxitud, remitieran en el prístino esplendor de su regla. Por otra parte, la naciente Orden prescindía por completo del trabajo manual y se consagraba de lleno al estudio, como condición indispensable para una fructífera y sólida predicación, y era apreciada por su regular observancia y disciplina. A sus claustros se acoge Pedro González Telmo, universitario de los pies a la cabeza, cuyo sacerdocio ha de conservar siempre ese matiz intelectual, docente y «kerigmático», y entra como novicio en el

convento dominicano de Palencia que estaba levantándose a la sazón.

El mejor elogio que cabe hacer de él como religioso es que el clérigo rumboso y sibarita y el hombre de mundo quedaron pronto eclipsados por la práctica, ardimiento y tenacidad de sus virtudes monacales. Está visto que el Señor le había enriquecido con excelsas dotes naturales y forjado sabiamente su metamorfosis espiritual porque deseaba servirse de él para grandes empresas. Digámoslo lisa y llanamente y sin hipérboles nacidas al socaire de ese entusiasmo que instintivamente siente el historiador por sus héroes, porque la vida de San Telmo, injustamente preterida en España hasta el presente, comienza a ser conocida por los estudiosos y su fuste y colosal prestancia se agigantan de día en día.

Este cimero y provecto novicio fue ya desde el primer momento pasmo de santidad. Su piedad asidua y profunda, su ardiente caridad, su mortificación callada, porfiada y estoica, su varonil desasimiento, eran la admiración de sus compañeros y superiores jerárquicos. Para la profesión preparóse, como no podía ser menos, con largos y rigurosos ayunos y penitencias. Aquel día ofrecióse a Dios por entero ante el altar e hizo la oblación y total renuncia de sí mismo. En lo sucesivo sobresalió hasta tal punto en la observancia de los votos, que todos se hacían cruces de su angelical pureza, de su acatamiento y pobreza, llevada hasta los mayores extremos, amén de una mansa humildad y abatimiento voluntario, como que, en alivio y obsequio de sus hermanos, siempre estaba presto a desempeñar los más bajos oficios de la comunidad. Así crecía esta hermosa flor de los claustros y se denunciaba por su fragante aroma, que trascendió en seguida a Palencia y a innumerables pueblos castellanos.

Con todo, la dulce placidez casera de una vida contemplativa no se daba las manos con fray Telmo, cuya vocación, por descontado, no era de las de cepos quedos. Y así fue que, secundando el espíritu de la Orden y teniendo en cuenta sus sobresalientes cualidades, el prior resolvió dedicarle a la predicación, instándole antes a imponerse en el estudio de la teología. Noches enteras pasaba quemándose las cejas sobre la ciencia sagrada, así como sobre los libros santos, en cuya interpretación

rayó a gran altura, al paso que esmerábase en copiar y emular las virtudes de su eximio fundador y seguir sus huellas, a quien había adoptado por modelo.

Encentrado su apostolado y sus misiones, muchos fueron los pueblos y ciudades que se rindieron a sus arrebatados sermones, saborearon sus sabios consejos y viéronse envueltos y arrastrados en el halo inefable del rigor anacorético de sus austeridades. Pasaba por ser un fraile docto y prudente, celoso por los enfermos y pecadores, y tenía la santa costumbre de exhortar a sus huéspedes, obteniendo por este medio clamorosas conversiones. Pero, ¿qué era esto para un corazón como el suyo que no le cabía en el pecho? Castilla, por ende, comenzó a hacersele pequeña y su mirada de lince, así como su vehemencia, se fijaron en Andalucía.

Corría por entonces el primer tercio del siglo XIII, en plena reconquista del solar hispano contra el poder de la media luna. Todos los españoles tenían puestos sus ojos en la homérica cruzada. Alfonso VIII había rebasado la divisoria de Sierra Morena, con lo que quedaba abierto el camino para las grandes conquistas del valle del Guadalquivir. San Fernando es ya rey de Castilla y León, capitán invicto de los cristianos. La epopeya era de suyo ardua, secular y sobrehumana, con España dividida en Estados rivales, con incesantes y voraces levadas de bárbaros que vomitaba el desierto contra la Península, con ejércitos heterogéneos y hechos de aluvión, y con los vicios y estragos propios de una campaña que se eternizaba. Sobre este volcán siempre en erupción luchaba el rey santo, del cual se ha dicho que no fue guerrero, ni caudillo, ni táctico, mas salta a la vista que, si bien nunca planteó una batalla formal, su sistema de algaras o correrías anuales, que los españoles habían aprendido de los árabes, dio el mejor resultado. Era una maniobra metódica, plan estratégico de *razzias* temporales, que consistía en agostar mieses, talar bosques, desarraigar viñedos, estragar la tierra, asolar olivares, torcer el curso de los ríos. Vida de aventura, de guerrillas, de bohemia, de exterminio feroz, y en esta atmósfera de vandalismo por ambos lados, implacable, cruel y brutal, fray Telmo, ardiendo en celo religioso, se propuso atender a la regeneración espiritual de nuestros soldados.

Los frutos de esta trabajosa e ingrata sementera del gran dominico no se hicieron esperar. Cuándo enseñaba la doctrina cristiana en el campamento, cuándo fustigaba duramente el desenfreno de los libertinos; ahora oía pacientemente confesiones, ahora predicaba y arengaba a las tropas; un día procuraba templar la rudeza y salvajismo de los combatientes, otro día, con hábiles toques y admoniciones, prevenía e intimidaba a cuantos acercábanse a él para pedírselos. El fervoroso rey, cuya alma era tan de Dios y veía con agrado la ingente cosecha espiritual llevada a cabo en sus ejércitos, tanto con los caballeros como con las mesnadas, pronto cayó en la cuenta de que fray Telmo era su mejor capitán, porque de la virtud al honor y de los dos al heroísmo no hay más que un paso.

Un suceso estúpidamente lamentable y apestoso vino en aquel entonces a turbar esta ubérrima labor y no sólo estuvo a punto de dar al traste con el optimismo, fortaleza y buen nombre del misionero, sino que, en realidad, sirvió para dar el espaldarazo a su santidad y fue el primer eslabón de la cadena de oro de su exuberante taumaturgia.

No sabemos a punto fijo ni la fecha exacta ni la localidad donde ocurrió, mas hace al caso que unos cuantos descontentos, de los conspicuos de la milicia, cuya lubricidad y escándalo habían sido flagelados con valentía y puestos al descubierto por el indomable religioso, no toleraban su presencia ante ellos y dieron en la flor de zaherir, badajear y hacer ascos de él. Su humildad, murmuraban, era torpe máscara; su fervor, hipocresía; su candor, pura ficción so capa de salaz lascivia. No faltaron, gracias a Dios, quienes salieran por su inocencia, pero con este motivo se armó tal polémica y zipizape que una mujer, cortesana de oficio, quiso sacar partido del embrollo, ofreciéndose a sus cómplices por dinero para tentar y hacer sucumbir a aquel «santo de papel». No monta una paja escenificar el episodio. La arriscada y diabólica damisela tuvo la avilantez de tentarle. Era buena moza y lo hizo sacando a relucir melindres y lágrimas, de un modo apasionado, hechicero, febril, pero él fue dueño de sí mismo y el cielo le inspiró encender una gran fogata y se arrojó en las llamas. La pecadora quedó petrificada, como si la atravesara un rayo del cielo; el religioso, incólume y radiante de fulgor

sobrenatural; los maquinadores, que estaban al acecho, estupefactos. Todos confesaron su crimen, arrepentidos, y la virtud de fray Telmo de esta hecha va a parecerse más al oro purificado en el crisol.

A seguida de este triste episodio abandona Andalucía y de allí a poco le vemos en Galicia. ¿Desazonado y molesto quizá? ¿Acaso por la atracción que desde niño ejercía sobre él el camino francés? ¿Aposta y en virtud de un plan preconcebido de sus superiores? Bien pudiera ser que por las tres razones. Los dominicos no tenían en Galicia más conventos que el de Santiago, centro de irradiación admirable, así en el orden religioso como en el civil, mayormente desde los tiempos de Gelmírez, para un apostolado brillante y de altura y propagativo. A él es destinado fray Telmo, llevando consigo a fray Pedro de las Mariñas, de Betanzos, sólo que en el camino se deja ver y misiona por donde pasa, y de aquí proviene tal vez que mas de una ciudad, pongo por caso Astorga, haya reivindicado la gloria de su cuna.

Sin embargo, su centro evangelizador en esta época no parece haber sido Santiago, sino Lugo, cultivando extensa zona, muy populosa, hasta Puente Sampayo. Primeramente constituyóse en maestro de sacerdotes y luego se prodigó con toda la grey. Es una táctica muy española, dígalo el Maestro Ávila, de apóstol a lo grande. Si no tenemos luz en el candelero ni hay sal, ¿cómo no va a ser insípido el mundo y cómo evitaremos andar a oscuras y a repelones? La honda transformación operada en toda aquella comarca, la difusión del rezo del rosario, los primeros contactos con pescadores y marineros, un clima blando y tibio de beneficencia y amparo al desvalido, hasta multiplicársele milagrosamente las viandas que podía proporcionarse, nuevos triunfos de su castidad, renovándose el milagro del fuego, datan de esta primera etapa. En Portugal, en el convento de Amarante, residió dos años como maestro de novicios, y de esa escuela salió un santo: Gonzalo de Amarante.

De nuevo, sin que sea posible precisar la fecha, fray Telmo se halla presente en Andalucía y toma parte en la marcha sobre Córdoba, que fue ganada en 1236. En tal coyuntura figura como director espiritual del ejército y confesor del rey. Una tabla magnífica que se conserva en la catedral de Tuy representa

la tienda de campaña de San Fernando. Dentro, de rodillas, está el monarca, y, sentado, San Pedro González Telmo. ¿Por qué no prolongó su función de «capellán castrense» y rehusó acompañar al rey santo en la corte, como confesor y consejero, mientras preparaba el asalto a Sevilla? Noble de alcurnia, es cierto; con grande influencia y valimiento en las clases rectoras de Castilla, de finas maneras y placentera presencia, con sólida fama de santidad, fray Telmo, empero, no era palaciego, y su alma de apóstol, enamorada del pueblo sencillo, imbele y abandonado, le hace volver a Galicia, de donde ya no volverá a salir más.

En esta segunda fase de su estancia en Galicia, que apenas duró cuatro años, Tuy es su Cafarnaún. Alójase donde puede, renovando la táctica antigua, que tan buenos resultados le diera, y perfecciona y completa personales experiencias. Causa asombro su prodigiosa actividad en tan corto período de tiempo: docencia y cura de almas, y, en particular, padre, maestro y juez de conciencia; acción sobre las personas y sobre las organizaciones y fuerzas sociales; precursor de los gremios y cofradías de mareantes.

El siglo XIII en que estamos significa en la historia universal más de lo que algunos creen. Tiene un ideal armonioso, a despecho de su pedantería y barbarie, y cuenta los santos a montones, algunos de ellos de ejemplares méritos. La predicación hácese independiente de la patrística, más popular, nerviosa y práctica; aumentanse las riquezas y se desarrolla el comercio; despiértase el espíritu asociativo, incluso para construir puentes y caminos; abunda lo bueno y edificante, como que, sin bordar de realce, ningún otro siglo ha hecho tanto por los pobres como él, así en la beneficencia pública como en la privada. No obstante, la avaricia y la miseria andan a toca ropa, y, sin haberse despeñado todavía en el escepticismo, al lado de la virtud verbenea la inmoralidad. Conviene paremos mientes en que, si bien es cierto que quedaban pocos siervos de la gleba, pululan los collazos, behetrías, juniores de heredad y los villanos o pecheros. La vida de todos éstos era difícil. Y San Telmo no fue anacrónico ni retrógrado, sino coetáneo de su tiempo, anduvo al paso de su época y sólo se propuso salvar a los hombres de su generación.

Como orador, hubo de predicar con frecuencia al aire libre, porque las iglesias eran harto mezquinas para contener a las muchedumbres; como obras sociales suyas, cuéntanse el puente de Castrelos de Ribadavia y el de la Ramallosa en el valle Miñor de las cercanías de Vigo; como sacerdote, era el padre de los pobres, el amigo, fiscal y consejero de los grandes, y espejo im-poluto de edificación en todas partes, estampa viva de férvida oración, de espíritu de sacrificio, de inflamado celo.

Con todo eso, un problema acuciante, grave y pavoroso, que era a la vez industrial, comercial y sociológico, sobre ser moral, había planteado en este rincón del noroeste gallego: el marinero. Tanto la pesca como el transporte marítimo ocupaban a una numerosa población y estaban reclamando a voces al osado y vidente que los encauzara, a fin de hacer más llevadera la vida en la costa atlántica. Y San Telmo, sin que fuese obstáculo para ello el haber venido al mundo en tierras de pan llevar, se dio cuenta de la tragedia, puso mano en la obra de la formación individual del marinero y hasta ensayó la teoría e institución de los gremios, los cuales habían de encarnar y crecer como la espuma después de su muerte. Ante todo y sobre todo, pues, fue el apóstol y paladín de los hombres de mar, así como, reconocidos, fueron también éstos quienes más de corazón se dieron a él y luego hicieron de cantores y panegiristas suyos.

Por supuesto, en una obra de este temple no podían faltar los milagros. Dios los prodiga a veces a granel para poner de manifiesto su presencia en el mundo y para que los santos los puedan exhibir como credenciales de su mandato. Se pierde la cuenta de los que esmaltan la vida de fray Telmo. Es de advertir que en la catedral de Tuy se conserva el original del proceso de su beatificación, a tenor del cual la mayor parte de ellos son rigurosamente teológicos. Mostró su poder sobre los elementos de la naturaleza y más de una vez se le vio atravesar el Miño a pie. Penetraba en los corazones, y los pescadores le interpelaban en medio de las borrascas, braveza y galernas de las procelosas aguas. Un día, dirigiéndose a Bayona, tuvo la revelación de la muerte de un sacerdote, amigo suyo a quien iba a visitar, en el camino, y, como sus compañeros de viaje desfallecieron de hambre, al remover una piedra que él les señaló descubrieron

dos panes de nítida blancura. Otra vez, en la Ramallosa, como quiera que estaba edificándose la fábrica del puente, del que más arriba hemos hecho mención, el inmenso gentío que le rodeaba, embobado por sus sermones, comenzó a huir despavorido ante la horrisona tempestad que habíase desatado y él, alzando sus manos hacia las nubes, las dividió en dos partes, y, a pesar de caer un verdadero diluvio sobre la tierra, sus oyentes no se mojaron poco ni mucho.

Finalmente, a continuación de esta obra sorprendente y ciclópea, que legaba a sus queridos hijos de aquella comarca y en especial a los marineros, pero que para él no valía gran cosa, porque siempre es un grano de anís lo que hacemos por la gloria de Dios y la salvación de las almas, el Domingo de Ramos de 1240, en el curso de unas lecciones que había iniciado la semana anterior, San Telmo se despidió de la ciudad de Tuy, tras revelar la hora de su muerte, dejando consternado al auditorio, y se dispuso a ingresar en el convento de Santiago, donde deseaba acabar sus días.

Ya la fiebre minaba y atenazaba su débil y macilento cuerpo, gastado por la ascesis de tantos años. Pero, terne en su propósito, hatea, y, al llegar a la aldea de Santa Columba de Ribadelouro, a seis kilómetros de Tuy, a par del puente que después se llamará «de Febres» por este incidente, el Señor le da a entender que regrese a la ciudad, y cabalmente para morir en ella. Allí durmióse entre los hombres y despertó entre los ángeles, como había vivido: santo de todo en todo y al pie de la letra, el 14 de abril, siendo prelado de la diócesis en aquellos días el preclaro don Lucas de Tuy, autor del célebre *Chronicon mundi*. Por todo capital dejó a su patrón la correa y el báculo, reliquias que se guardan en la catedral, y, ¡soberanos designios de Dios!, un gran vacío que no se hizo esperar: naufragios, penas, mengua y penuria por doquier, desbarajuste, agostamiento de la vida cristiana y relajación de costumbres, que tanta parte habían de tener en su póstuma glorificación.

Que sus honras fúnebres estuvieron concurridísimas y solemnes sobremanera, es de clavo pasado. Ofició en ellas el obispo don Lucas, el cual mandó levantar en la misma catedral un mausoleo, convertido muy pronto en centro de atracción por

los portentos que allí se multiplicaban a diario. A doscientos ocho ascienden los comprendidos en una información judicial mandada abrir por aquel prelado. Por ejemplo, viose manar muchas veces un aceite milagroso de suave fragancia, talismán contra diversas enfermedades. De la catedral, donde aún se conserva y venera el cráneo, los restos mortales fueron trasladados al oratorio de los obispos y, en 1579, a la suntuosa capilla que se les dedicó en la iglesia de las Franciscanas. Más tarde, en 1741, Benedicto XIV, comprobada su santidad y abundancia de milagros, instituyó su fiesta, que se extendió a Palencia y Tuy en un principio y después a toda España.

Nuestra nación, y especialmente Galicia, tiene con San Telmo una deuda de gratitud y sería injusto no pagarla de prisa y corriendo y en buena ley, porque ha sido una gloria nacional, inmarcesible y señera. No pasa lo mismo con los navegantes e hijos del agua, que siempre le han ofrendado espléndido y devoto culto. Su nombre es familiar en Lisboa, Oporto, Áncora, en toda la zona miñota de Portugal. Igual cabe decir de todo el litoral cantábrico, de la costa catalana y hasta de la lejana América. De un modo particular Pontevedra y Sevilla, en sus escuelas de marinos, fomentaron esta tradición. «San Telmo, ¡sálvanos!», sigue siendo todavía el grito angustioso del pescador cuando el peligro acosa. Y no olvidan que, en una sazón, como un grumete, zarandeado por el viento en la gavia alta de su nave, volteara sobre el inmenso piélago, San Telmo, flotante sobre las olas con su hábito blanco de dominico, le repuso a bordo. Y con esa fe sencilla y a un tiempo robusta, con un si es no es de vastedad cósmica, a las fosforescencias producidas por la electricidad en los momentos culminantes de la tormenta, que se columbran en las puntas de los mástiles, les dan el nombre de fuego de San Telmo.

SANTIAGO FERNÁNDEZ SÁNCHEZ

Bibliografía

- ÁVILA Y LA CUEVA, F., *Historia civil y eclesiástica de la ciudad de Tuy y su obispado*. Repr. facsímil, 4 vols. (Tuy 1995).
- GALINDO, P., *La Baja Edad Media en Tuy* (Santiago de Compostela 1924).
- PINEDA, F., *La vida y milagros de San Telmo*.

RODRIGUEZ Y BLANCO, R., *Apuntes históricos de la santa iglesia catedral, ciudad y antigua diócesis de Tui* (Santiago de Compostela 1879)

— Actualización:

GALMFS, L., OP, *El bienaventurado fray Pedro González, O.P., San Telmo: estudio historico-bagiográfico de su vida y su culto* (Salamanca 1991).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN BERNARDO DE TIRÓN

Abad († 1117)

Fue primero monje del monasterio de San Cipriano en las cercanías de Poitiers. Diez años más tarde pasó al de Saint-Savin, del que fue elegido prior, empleando su priorato en lograr una vuelta a la más fiel observancia de la regla. Cuando le propusieron ser abad, se negó porque deseaba llevar vida solitaria, como en efecto hizo en el bosque de Craon. Reclamado por San Cipriano, volvió a este monasterio y hubo de asumir el cargo de abad que él no deseaba. Pero cuando el monasterio se pone bajo la obediencia de Cluny él se retira y funda un monasterio en Tirón, en el que implanta una estricta interpretación de la regla benedictina. Empezó así una nueva congregación que llegaría a contar con numerosos monasterios en Francia. Murió santamente el 14 de abril de 1117.

SAN BENITO DE AVIÑÓN

Adolescente († 1164)

Benito o Benezet, como también se le conoce, era un pastor adolescente al que una visión celestial invita a ir a Aviñón y construir allí un puente sobre el Ródano, lo que hizo auxiliado por una especie de cofradía. Al joven se le atribuyeron milagros y murió con fama de santidad el 14 de abril de 1164. Su cuerpo fue luego encontrado incorrupto.

SANTA LIDUINA

Virgen († 1433)

Nació en Schiedam, Holanda, el 18 de marzo de 1380. A los doce años hace voto de castidad, y estando patinando con una amiga se cae y queda paralítica, situación que primero la puso al borde de la desesperación pero que ella luego aceptó como venida de la mano de Dios, ofreciendo sus dolores en unión de los de Cristo por la salvación del mundo. Su intensa espiritualidad y mansedumbre le creó fama de santidad en vida y llegaron a atribuírsele milagros. Murió el 14 de abril de 1433. Su culto fue confirmado el 14 de marzo de 1890.

BEATA ISABEL CALDUCH ROVIRA

Virgen y mártir († 1937)

Josefina Calduch Rovira nació en Alcalá de Chivert, Castellón de la Plana, el 9 de mayo de 1882 en una familia muy religiosa. Sus padres, para acostumbrarla a las obras de caridad, hacían que fuera ella misma la que diera en la casa las limosnas a los pobres. Pensó primero en contraer matrimonio y aceptó el noviazgo con un joven de su pueblo, pero sintió la llamada del claustro y ella misma rompió la relación. Entró en el convento de capuchinas de Castellón el año 1900, profesando el 28 de abril de 1901 con el nombre de sor Isabel. Pacífica y amable por temperamento, era una religiosa ejemplar y muy observante. Durante dos trienios fue maestra de novicias. Llegada la guerra, hubo de dejar el monasterio y marchar a su pueblo con su hermano sacerdote, dedicándose a la oración. Arrestada el 13 de abril de 1937, fue fusilada al día siguiente en Cuevas de Vinromá. Su hermano, sacerdote, sería también fusilado más tarde. Fue beatificada el 11 de marzo de 2001.

A) MARTIROLOGIO

- 1 En Tracia, los santos Teodoro y Pausilipo († 117), martires
- 2 En Mira (Licia), San Crescente, martir (fecha desconocida)
- 3 En el Piceno (Italia), San Maron, martir (fecha desconocida)
- 4 En Roma, la conmemoracion de San Abundio († 564), mansionario de la basílica de San Pedro
- 5 En Coutances, la deposicion de San Paterno († 564), obispo de Avranches *
- 6 En Landelles (Normandia), San Ortario (s xi), abad *
- 7 En Aviñon (Provenza), Beato Cesar de Bus († 1607), presbitero, fundador de la Congregacion de Padres de la Doctrina Cristiana **
- 8 En Kalavai (Isla de Molokai), Beato Damian Jose de Veuster († 1889), presbitero, de la Congregacion de los Sagrados Corazones **

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

BEATO CÉSAR DE BUS

Presbitero y fundador († 1607)

Nuestro amigo César era una bala de efecto retardado. Porque se necesita mucha paciencia para que, después de muchos sudores y lágrimas, a uno le beatifiquen casi 300 años despues de haberse muerto. Pero todos sabemos que lo importante no es que a uno le declaren santo, sino que lo sea. Eso es lo importante.

César fue el fundador de la Congregación de Padres de la Doctrina Cristiana.

Nació en Francia, en el pueblo de Cavaillon, a 30 kilometros de Avignon, el 3 de febrero de 1544 Su familia era rica y piadosa. Y ya se sabe que muchas veces, cuando la familia es rica y piadosa, los hijos suelen salir bastante balas y descreídos. Por eso, no es extraño que César, en su juventud, fuera un poco descalabrado; en buenas lenguas, se había olvidado un poco del buen camino Bueno: un pirata.

Pero esta gente que empieza mal suele tener un momento de reflexión (nosotros la llamamos conversión) y da media vuelta a la vida, y a veces violentamente, llamando la atención sin pretenderlo

Esto les ha pasado a muchos. Sería muy larga la lista de santos que hicieron esto. Y no vamos a empezar hablando de Camilo de Lelis, que era un jugador empedernido y perdió hasta la camisa en Roma.

¿Cómo dio este cambio nuestro amigo César? De forma tajante, radical, como lo suelen hacer los jóvenes. Ojalá hoy tuviéramos muchos de éstos. Se dio cuenta de que estaba haciendo el ridículo; que, a los ojos de sus padres y a los suyos propios, era un calamidad integral; de que había que aprovechar mejor la vida; que no merecía vivir haciendo el payaso. Y se entregó a Dios con un ardor increíble.

Y empezó una vida distinta: vida solitaria, de reflexión, de meditación de las Sagradas Escrituras, de cuidado a los enfermos y los pobres. Y entregó sus bienes y toda su persona al reino de Dios. «Vende lo que tienes, ven y sígueme».

Pasaron unos años y cuando tenía 42 recibió el sacerdocio en su pueblo, Cavaillón. Sus gentes estaban conmovidas por el cambio que había dado César. Es que nunca se acostumbra la gente a ver estos cambios tan radicales. Eso pasó en casa de San Ignacio de Loyola, y de tantos otros.

Y como siempre, se puso a enseñar la doctrina cristiana a niños y pobres. Y se le juntan unos amigos y forma dos congregaciones, de mujeres y de hombres. Y se dedica al estudio de la doctrina católica que en aquel momento estaba tan atacada por toda clase de opiniones protestantes.

Tampoco le faltaron tribulaciones y penas: dolores del cuerpo y angustias del alma. Y se quedó ciego a los 50 años. Pero, ciego y todo, no dejaba de trabajar, de animar a todos, de vivir dando ejemplo de virtud. Repetía una oración compuesta por él:

*Sin luz en mis ojos
y lleno de dolores,
la cruz es mi delicia,
la cruz es mi luz.*

Y entre tantos males del alma y del cuerpo, tuvo la inmensa satisfacción de ver aprobada su congregación por Clemente VIII (antes obispo de Avignon) el 27 de junio de 1598.

Murió el 15 de abril de 1607, en la fiesta de Pascua, cuando tenía 63 años de edad.

Todos le tenían por un santo. Se introdujo la causa de beatificación el 18 de enero de 1686. Y cuando se hablaba de sus heroicas virtudes, todos se referían en especial a su enamorada devoción a María.

Hubo muchas discusiones a cuenta de sus milagros. Conflictos en las curias episcopales y en Roma. Pero después de muchos años, Pablo VI lo beatificó el día 27 de abril de 1975. Y dispuso que los cristianos celebraran su fiesta el día 15 de abril de todos los años.

Ya hemos dicho que la vida de César transcurre en Francia entre los años 1544 y 1607. ¿Saben nuestros amigos qué fechas tan críticas fueron aquéllas? Las tenemos que repasar si queremos comprender la importancia de nuestro biografiado. Veamos: 1517-1546, revolución de Lutero; 1540, Compañía de Jesús; 1545-1563, Concilio de Trento. Todos estos hechos influyeron en la vida de César.

Cuando Lutero murió, César tenía 2 años. Llegaba a este mundo cuando ya estaba encendido en Francia el incendio de la reforma protestante.

La cuestión de las indulgencias de León X había ocurrido en 1514. Aquello fue el estallido para que el agustino alemán empezara a inventarse una reforma radical. Tres años más tarde, ponía sus 95 tesis en la puerta de la iglesia de Wittemberg. A los tres años, el Papa le lanza la excomunión *Exurge, Domine*, el día 10 de diciembre, preparando las navidades del año 1520.

Entra en el lío el emperador Carlos V; empiezan las dietas. En la de Espira de 1529 los reformadores toman el nombre de protestantes porque efectivamente protestaron de que se permitiera a los católicos vivir en las tierras reformadas. Más tarde hay intentos de reconciliación. Pero en 1546 muere Lutero víctima de un ataque de apoplejía, a los 63 años, en Eisleben donde había nacido.

Si nos referimos a Francia, donde César había nacido, vemos que al nacer este niño, la reforma ya estaba extendida. Los seguidores de Lutero, o más bien de Calvino, en Francia eran llamados «hugonotes».

Cuando César tenía 28 años, ocurrió la noche de San Bartolomé. Aquello fue una barbaridad; las guerras siempre son una

barbaridad. Se levantaron los católicos franceses contra los protestantes; todo ocurrió en la zona este de la nación, por Lyon y sus cercanías. Entre Lyon, Orleans y París, en doce horas los católicos se cargaron a... ¿a cuántos? Unos dicen que cayeron 2.000; otros, que 100.000. Los cálculos más sensatos hablan de 5.000, que ya está bien; de ellos, sólo en París, 2.000 personas.

Digamos también, para entendernos, que los hugonotes llevaban ya diez años cometiendo barbaridades contra los católicos; entonces el rey ayudó a la sublevación y ocurrió lo de la noche de San Bartolomé. Uno recuerda que muchos años más tarde ocurrirá la noche de los cristales rotos en Berlín, por motivos bien distintos. Noches negras en la historia de la humanidad.

No fueron, pues, fáciles los días en que vivió César. Mientras ocurrían todas estas barbaridades, él se preocupaba de hacer el bien a los más necesitados, sin pensar de qué religión eran.

En vida de César ocurrió también el Concilio de Trento. Un concilio denigrado por muchos como un pisotón de los conservadores; un concilio en verdad que quería poner orden en la Santa Iglesia de Dios.

Para reformar una comunidad cristiana, primero hay que empezar por reformarse uno mismo. Y de esta forma, el Concilio de Trento quiso marcar los caminos de una verdadera reforma de la Iglesia. Y duró 18 años. La primera sesión se celebró el 13 de diciembre de 1545. La sesión 25, la última, fue el 4 de diciembre de 1563, cuando César tenía 19 años, la mejor edad para decidirse a ser santo de verdad. Las etapas del Concilio de Trento fueron tres: 1545-1549; 1550-1555; 1562-1563.

Vemos a César metido en la fundación de la congregación que atiende a los más pobres de la sociedad. Pero debemos tener en cuenta que otros muchos santos, deseosos de darlo todo para la Iglesia, también hicieron cosas parecidas. Esto no quita mérito a nuestro amigo, sino que fortalece su idea genial. No fue uno solo el que se lanzó con esta iniciativa; fue un ramillete de gente santa que respondió con generosidad al momento grave que se estaba viviendo en la Iglesia de Cristo. ¡Ojalá en nuestros días salieran santos de esta categoría! Falta, la verdad, ya hace.

En Italia, Carlos Borromeo, muerto en 1584, y San Felipe Neri. En España, Ignacio de Loyola; San Bartolomé de los Mártires (muerto en 1590), fray Luis de Granada; San Pedro de Alcántara; Teresa de Jesús; Juan de la Cruz; Juan de Dios. En Suiza, Francisco de Sales, muerto en 1622.

Y fundaciones nuevas: Mateo de Bascio, funda los capuchinos en 1528, con Clemente VIII. Aparecen las capuchinas, fundadas en Nápoles en 1538, por María Laurencia Longa. En Francia, Vicente de Paúl. Los teatinos son de 1524, buscando la reforma del clero. Los funda San Cayetano de Tiene y se dedican también al cuidado de los enfermos. Y nacen los barnabitas, oratorianos, lazaristas, la congregación de San Sulpicio, los redentoristas, los oblatos de San Ambrosio.

Para educar a los jóvenes, nacieron congregaciones como los clérigos de Somasca (1526), los hermanos de la Doctrina Cristiana de San Juan Bautista de La Salle; los escolapios de San José de Calasanz, español (1600); las salesas, que en un principio se dedicaban a la enseñanza de la juventud, de San Francisco de Sales (1610); las ursulinas de Santa Ángela de Merici (1537); las jesuitinas (1703). En este grupo entra la congregación de César de Bus, de los Padres de la Doctrina Cristiana (1592).

Y para el cuidado de los enfermos nacieron los camilos, de San Camilo de Lelis (1585), y las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paula (1668). Y los Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios (1572).

Pero no sólo se fundaron congregaciones nuevas, sino que se reformaron las antiguas. Así, los carmelitas, los trapenses y la congregación de San Mauro.

Es decir: una verdadera revolución que afectó a todos los hombres y mujeres de buena voluntad que vivieron en aquellos años. Años de envidia, porque surgieron verdaderos monumentos de santidad en la Iglesia de Dios.

Uno desearía que, en nuestros tiempos de tantos cambios y tantas revoluciones culturales, surgieran como entonces gigantes de la santidad capaces de dar un rumbo cristiano a la sociedad de nuestro tiempo.

Bibliografía

Breve de beatificación: *AAS* 67 (1975) 324ss.

MARX, J., *Compendio de historia de la Iglesia* (Barcelona 1959) 480

catholique-avignon.ccf.fr/saint-bien/bx-cesar.htm

www.abbaye-saint-benoit.ch/hagiographie

BEATO DAMIÁN JOSÉ DE VEUSTER

Presbítero († 1889)

«Soy el más feliz de los hombres, porque puedo servir al Señor en los niños pobres y enfermos rechazados por los demás». Este pasaje de una de las cartas de Damián, en la que recuerda su verdadera misión, adorna su tumba, hoy en Bélgica, pero antes, desde su muerte hasta 1936, en un lugar escogido y cercado por él mismo, a la sombra del árbol bajo el cual durmió la primera noche en la misión de Molokai, isla del lejano Pacífico.

Había nacido en Tremelo, pueblo de la llanura belga, en el Brabante flamenco, el 3 de enero de 1840. Su padre, Frans, era rentero en la granja de Ninde. Aquel mismo día, por la tarde, llevaba a bautizar a su séptimo retoño, al que impusieron el nombre de José. En casa, sería sencillamente «Jef», hábil e inteligente como cuatro, según su padre. Asistirá a la escuela sólo hasta los doce años: papá necesita un ayudante en la granja. En aquella casa aislada es preciso saber algo de carpintería, albañilería... La fortaleza física y la inteligencia práctica de Jef salen con todo. Es el orgullo de su padre. De él y de su madre, Ana Catalina, recibe el joven la profunda fe y el amor a Dios que confirmará después con el testimonio de su vida, entregándola por sus hermanos necesitados. Alegre y vivaz, de momento no le atrae demasiado la idea de consagrarse a Dios, aunque tiene un hermano y una hermana religiosos. Además, habiendo ingresado el mayor, Augusto, en la Congregación de los Sagrados Corazones, José ha quedado al frente de la explotación familiar. Sin embargo, la vocación va madurando poco a poco en el corazón juvenil de aquel muchacho limpio, trabajador y reciamente piadoso. A raíz de unas misiones, decide hacerse también él religioso y marcha a Lovaina, a 15 kilómetros de su granja, donde la Congregación de los Sagrados Corazones ha abierto hace

pocos años un Seminario de misiones que envía jóvenes religiosos hacia el Pacífico.

Se unirá así a su hermano, que ha tomado en religión el nombre de Pánfilo. José cambiará el suyo por el de Damián al iniciar su noviciado el 2 de febrero de 1859, recién cumplidos sus 19 años. La adoración eucarística, parte del carisma de su Congregación, hace las delicias de aquel novicio, que habitualmente la practica a las tres de la madrugada.

Sus superiores, en principio, no creen que el hermano Damián pueda ordenarse de misa; apenas ha estudiado. Pero su hermano le impone en la lengua latina y los superiores, que ven brillar en el joven un sentido común muy notable, cambiarán de opinión. El hermano Damián será sacerdote, y muy pronto, aun cuando sólo haya estudiado dos cursos de teología, parte de ellos en París.

Los Padres de los Sagrados Corazones tienen una misión en las islas Hawai. Todo está dispuesto para que el hermano de Damián parta hacia allí en 1863. Pero Pánfilo cae enfermo de tifus. Damián, que llegando el segundo siempre llega el primero, pide y obtiene del Superior General el permiso para sustituir a su hermano. Tras despedirse de su madre en el santuario de Nuestra Señora de Monteagudo, sale de Bélgica con 23 años y desembarca en Honolulu con 24, el día de San José de 1864. Allí mismo es ordenado sacerdote dos meses después, el 21 de mayo. Ese día escribe a sus padres: «¡Heme ya, queridos padres, hecho ministro del Señor! ¡Qué tremendas obligaciones he contraído con ello! ¡Cuán grande debe ser mi celo de apóstol!»...

El 24 de julio el obispo le comunica su destino: irá a Puna, al extremo este del archipiélago de las islas, en Hawai, donde hace ocho años que no han visto a un sacerdote. Los kanaki, habitantes de aquellas islas, entonces llamadas Sandwich, son atentos, hospitalarios, pero... porque la naturaleza les ofrece lo que pueden desear, también indolentes y viciosos. Además, rabiosamente paganos, temen a los demonios; adoran a Pelé, diosa de los volcanes, y a Maui, dios del fuego. El volcán Kilahuea está en continua actividad, bañando aquella tierra de lava.

Para visitar el primer poblado, el P. Damián se dirige a lomos de su caballo Pilikia, teniendo a veces que desmontar y

avanzar a pie, por un sendero escoltado de paredes rocosas sobre el que caen con frecuencia piedras que se desprenden del volcán, y sorteando, entre los accidentes del terreno, una maravillosa maraña de flores, frutos, lianas, cocoteros y naranjos

Al llegar junto al mar, avista Kanopapu, y en lengua kanaka se presenta al jefe del poblado como el enviado de Jesucristo. Ante su sorpresa, el indígena le responde:

—«Makua (Padre), soy catolico, junto con otros diez del poblado Hace años, el otro sacerdote me nombro jefe de la plegaria Yo reuno a los demas dos veces al dia para rezar las oraciones Nuestra iglesia fue destruida por los paganos a las ordenes del hechicero Kalaimoki »

El día siguiente, después de cenar leche de coco servida en conchas de tortuga y dormir sobre una estera, en el santo suelo, celebra sobre un altar de palmas la Santa Misa a la que asiste el viejo leproso Moai, que vive retirado en la jungla. Nadie sabe dónde se esconde su cabaña, pero el Padre Damián se adentra en la selva y la descubre. El pobre enfermo, primero intimidado, se deja enseguida vencer por la sonrisa y la bondad del «Makua», que se le acerca y le limpia las llagas.

El nuevo misionero no tarda en ponerse manos a la obra para construir la iglesia. Los kanaki, conmovidos por sus desvelos, levantan para él una cabaña y se desviven en hacerle regalos El grupo de catecúmenos aumenta de día en día, pero el Padre no se conforma, en la ladera del volcán hay un poblado cuyos habitantes son todos idólatras, y él quiere llegar allí. Entre espesas coníferas y lianas, subiendo y bajando por un paraje rocoso y escarpado, consigue llegar al pueblo, que parece un nido de aguiluchos El viejo hechicero le recibe así:

«¿Que es tu Cristo ante el dios Maui y su esposa Pele, que hacen que la tierra escupa fuego por la boca?»

Damian, en un alarde de fe y confianza, le contesta:

—«Yo estoy dispuesto a desafiar a tu dios Mañana, armado solo de la cruz, subire al crater del volcan en presencia de todos los habitantes Veras entonces como tu Pele es impotente»

—«Pero ¡estas loco! ¡Te reducira a cenizas!»

Al día siguiente, tras celebrar misa sobre un altar improvisado, el Padre Damián habla a la multitud:

«Vuestros hechiceros dicen que nadie puede acercarse al crater del Kilahuea sin ser herido de muerte Pero yo, protegido por el verdadero Dios, atravesare el llano de lava con una rama de lalapete y la arrojaré en el crater, desafiando a Pelé y Mau»

A continuación, acompañado de los indígenas, empieza la subida por un sendero apenas visible entre bloques de rocas graníticas. Tras una media hora, llega por fin a la llanura de lava donde todos se detienen, para no rebasar el límite sagrado. El P. Damián asciende, en una mano la cruz, en la otra, la rama de lalapete, y en el corazón, una inmensa e invencible confianza en el Todopoderoso. Oleadas de lava empujan hacia lo alto nubes infernales y forman en el aire filamentos sedosos semejantes a vidrio hilado: ¡son los cabellos de Pelé! El calor sofocante y la angustia parecen vencer a Damián que, tras alcanzar la cima con un esfuerzo de voluntad, desciende corriendo y es aclamado por los nativos, a muchos de los cuales deja reducidos a conversión, y bautizados.

El misionero no se acobarda jamás, ni retrocede ante nada. No deja de visitar los poblados situados en sitios inaccesibles, casi siempre a pie. Si son aldeas a las que sólo se llega por mar, va en piragua, con dos o tres nativos, amenazados por tiburones, zarandeado por olas gigantescas el cascarón de nuez de la barquichuela, que en alguna ocasión los echa al mar.

Al año de estar en Puna, habiendo enterrado él mismo bajo una magnolia el cuerpo muerto de Moai, su primer leproso, su compañero de misión, el P. Clemente, le propone cambiar el distrito por el suyo mucho mayor de Kohala-Amakua, donde Damián trabajaría con todas sus fuerzas durante ocho años. Aquí, los kanaki son más licenciosos e indisciplinados que los del interior. Viven un catolicismo tan tibio, que han dejado que se hundan quince capillas. (Damián levantará con sus manos ocho, una por cada año que permanece en Kohala, en distintos poblados de cierta importancia.) La relajación de costumbres ha debilitado los cuerpos a la vez que las almas, y abundan los casos de lepra, repugnante enfermedad que, a partir de 1863, se extiende en todos los puntos del archipiélago. Por eso, el rey de la isla, Liholiho, ha hecho construir un lazareto al norte de la isla Molokai para aislar a la fuerza a los leprosos.

Molokai, la tierra de los precipicios, con sus altísimos picos y sus temibles cantiles, es una isla inaccesible. Los leprosos huyen como locos a esconderse en las cuevas de los montes cuando se presentan en su busca los agentes del Gobierno para, arrancándolos de sus familias, deportarlos a la isla fatídica, un verdadero infierno. Molokai es un lugar de muerte, sin médico ni medicinas, donde los enfermos son echados en míseras cabañas y abandonados a su suerte, en espera de su fin. Sin un sacerdote que pudiera ofrecerles ayuda espiritual, muchos de ellos, para olvidarse de su angustiosa situación, se entregaban, sin ley alguna, a la orgía y el desenfreno animalesco de sus pasiones.

Cuando visitó Molokai el vicario apostólico, monseñor Margret, de los Sagrados Corazones, quedó consternado ante el horrendo espectáculo, y se propuso poner remedio. Pocos días después, expuso el caso a sus misioneros, urgiéndoles la necesidad de socorrer a aquellas almas abandonadas. Los cuatro más jóvenes se ofrecen a cubrir el año por turnos. Damián pide para él el primero. Ha atendido a muchos leprosos en Kohala; los conoce bien. Cuando eran llevados a Molokai, él siempre los acompañaba hasta el barco, para darles su bendición. A uno de ellos llegó a decirle, sin saber bien por qué...: «Un día iré con vosotros». Había llegado el momento. No había olvidado Damián, como dice a su Obispo, que en el día de su profesión religiosa tendieron sobre él un lienzo mortuario, para enseñarle que la muerte voluntaria es el comienzo de una nueva vida. Ahora está dispuesto a sepultarse vivo en Molokai, de cuyos leprosos escribe al llegar, el 10 de mayo de 1873:

«Su aspecto es horrible, pero tienen un alma rescatada al precio de la Sangre adorable de nuestro divino Redentor. También El en su divina caridad consoló a los leprosos. Si no puedo curarlos como El, al menos puedo consolarlos y por el santo ministerio que en su bondad me ha confiado, espero que muchos de ellos, purificados de la lepra del alma, irán a presentarse ante su tribunal de modo que puedan entrar en la comunidad de los bienaventurados»

Atrás han quedado para siempre sus ocho años de trabajo apostólico en Kohala. Las ocho nuevas capillas, y la escuela de Mahukona, construidas con la plantación de café que él promovió, los cultivos de alubias, patatas, tabaco y azúcar, el aprisco

de cinco docenas de ovejas, que dan leche y lana; las colmenas que producen miel y cera, para las velas del altar, y los bautismos, y la catequesis, y aquellas misas de campaña, rodeado de católicos... y también de paganos, muchos de los cuales se convertían.

A partir de ahora, a sus 33 años y durante los dieciséis que le restan de vida, el P. Damián no tendrá otro horizonte que «el infierno de Molokai», adonde había llegado, en principio, sólo para tres meses. El obispo, ante los ochocientos leprosos que habitaban la isla, presentó así al misionero:

«Aquí teneis a quien, desde este momento, sera para vosotros vuestro verdadero padre. Él ha pedido vivir y morir con vosotros»

Cabalmente caían aquellas palabras a Damián, que al reconocer en uno de aquellos infelices a un antiguo feligrés suyo, se apresura a abrazarlo, haciendo emocionarse hasta las lágrimas al Prelado. Cuando éste marchó y los enfermos se retiraron, Damián, tras rezar su rosario, se acomodó para dormir, en el suelo, bajo un corpulento pandano, en el lugar que habría de escoger para su sepultura.

Muy pronto, en Kalawao, cuatro leprosos construyen para él una cabaña junto a la bonita iglesia de Santa Filomena. El primer día, Damián cree sucumbir ante el terrible hedor de los leprosos. Acabada la misa, sale a respirar aire puro y saborea el aroma del tabaco de su pipa. Enseguida le rodean los niños, muchos de ellos huérfanos, horriblemente deformados. En el hospital, el panorama es desolador: ninguna asistencia, ni una venda, es un moridero. El P. Damián empieza a curar, desinfectar, vendar; reconforta y reconcilia a los moribundos, entierra él mismo a los que terminan su calvario.

La prensa local, al tener noticia del voluntario exilio del P. Damián, publica artículos laudatorios y llamadas a la población, a las instituciones, a los filántropos... La noticia se difunde en Europa y América, y comienzan a llegar a Molokai dinero, material sanitario y donativos de todo el mundo. El P. Damián, ignorante del ruido suscitado, multiplica su actividad componiendo los frecuentes litigios, vigilando las costumbres, exigiendo a todos la máxima limpieza personal y de las cabañas, que con frecuencia barre él mismo.

Su fe, su optimismo, su disponibilidad conmueven los corazones, devolviendo la alegría de vivir a aquellos desdichados.

«Hago lo imposible —dice— por mostrarme siempre alegre, para levantar el ánimo de mis enfermos».

Presentándoles un Dios, que les ama, cuya presencia cercana y misericordiosa él mismo transparenta, Damián transforma poco a poco el infierno de Molokai, amasado de egoísmos, desesperación e inmoralidad, en una comunidad que causa admiración al mismo Gobierno.

Damián catequiza a los leprosos, consigue hacerles reír, les transmite la alegría y el consuelo de la fe, organiza procesiones y ceremonias que gustan mucho a los kanaki. Sabiendo que el medio más eficaz de devolverles la dignidad humana es el trabajo, hace que los menos impedidos cooperen en la construcción de viviendas, orfelinatos, capillas; y cultiven plantaciones de patatas, caña de azúcar, café, flores... Se amplía el hospital y se acondicionan el desembarcadero y sus caminos de acceso; se tiende una conducción de agua; se monta un almacén en que los leprosos pueden abastecerse gratuitamente. Éstos, absortos en el trabajo, olvidando los vicios y la apatía, vuelven a ser hombres. Aprenden a respetarse, recuperan los valores de la convivencia. Aunque desfigurados por la lepra —les dice Damián— ellos son preciosos a los ojos de Dios, que los ama como un padre; por eso todos son hermanos.

Llevaba Damián poco tiempo en Molokai, adonde había ido para solos tres meses, cuando recibió una carta oficial que terminaba con estas palabras: «Puesto que habéis entrado, podéis permanecer ahí, pero no pretendáis salir de ese encierro de ninguna manera». A los cinco meses de estar allí, fue a visitarle el Padre Provincial, pero no le dejaron bajar a tierra. Damián, que le esperaba en la playa, salta a una lancha, llega al costado del barco y, cuando se dispone a subir, el capitán se lo prohíbe terminantemente. El joven misionero, entonces, de rodillas en la lancha, gritó al Padre Favens, que estaba inclinado sobre el antepecho del buque:

«Ya que no puedo hacer otra cosa, ¡ójgame en confesión por última vez!».

Y así, a la vista de todos, bajo el cielo y sobre el mar, hizo Damián una confesión para mucho tiempo.

El Gobierno quiso compensar la dureza de sus medidas ofreciendo al misionero el cargo de superintendente del benéfico establecimiento con una gratificación de 10.000 dólares anuales. El P. Damián se negó rotundamente a aceptar semejante distinción:

«Aunque me ofreciesen todos los tesoros de la tierra, no permanecería cinco minutos más en esta isla. Lo que aquí me sujeta es sólo Dios y la salvación de las almas. Si aceptase el más pequeño salario por mi trabajo, mi madre no me reconocería por su hijo»

Con este profundo sentido de gratuidad, como Jesús —«Mi mayor dicha es sentir al Señor en sus pobres hijos enfermos, repudiados por los otros hombres»—, Damián es, entre los apestados, además del rostro palpable de Dios, el carpintero y el albañil, el médico y el enfermero. Para curar la terrible enfermedad, ensayó varios remedios; entre otros, uno del Japón, que momentáneamente parecía atajar el mal; pero, luego, con el tiempo, reaparecía de nuevo. En los dieciséis años de su estancia, ingresaron 3.137 enfermos y fallecieron 2.312.

Éste era su *Reglamento personal*, redactado por él mismo el 3 de septiembre de 1879:

5'00. Me levantaré e iré a la iglesia lo antes posible.

5'30: Oración de la mañana, adoración ante el Santísimo Sacramento y meditación

6'30: Celebraré la Santa Misa, predicaré y haré con fervor la acción de gracias.

7'45: Prepararé las cosas necesarias para el bien de los cristianos.

8'00: Desayuno. Conversaré con mis leprosos y me ocuparé de los quehaceres domésticos.

9'00. Rezaré las Horas del Santo Breviario

9'30. Lectura espiritual, estudio y despacho de la correspondencia.

12'00. Comida.

12'30. Visitar a mis leprosos y a los cristianos en general, distribuyendo las visitas de modo que pueda ver a todos a lo menos una vez por semana, y esté enterado de lo que pasa en cada familia.

17'00: Vísperas y asuntos domésticos.

18'00 Cena, Rosario, Breviario y oración de la noche.

Entre 21'00 y 22'00: Me acostaré

Hay que tener en cuenta la heroicidad de este tenor de vida, mantenido durante dieciséis años, sin otra compañía que la de los pobres leprosos, contemplando de continuo las escenas más horribles y tratando de cerca a seres tan repugnantes. No había testimonio más elocuente para tales desgraciados que el de aquel hombre, joven y fuerte, que había ido allí a morir por ellos y con ellos. Por eso pudo hacer una abundante cosecha de conversiones, y una pesca milagrosa de almas.

Resulta difícil de comprender, humanamente, cómo un hombre solo podía dar abasto a tanto, sin desfallecer. Ante el caso del P. Damián, Gandhi se pregunta: «El mundo de la política y de la prensa pueden ofrecer pocos héroes comparables al Padre Damián de Molokai. Valdría la pena buscar la fuente de la inspiración de semejante heroísmo». Si Gandhi hubiera sido cristiano, lo habría entendido todo leyendo estas palabras, escritas por el mismo Damián:

«Sin el Santísimo Sacramento, una posición como esta en que me encuentro yo, sería intolerable. Sin embargo, teniendo como tengo tan cerca de mí a nuestro Señor, siempre estoy contento y trabajo con entusiasmo a favor del bienestar de mis queridos leprosos. Al pie del altar es donde me confieso con frecuencia y donde encuentro alivio en mis pesares y consuelo en mis penas interiores»

El papa Juan Pablo II, con motivo de la beatificación de Damián de Veuster, hablaba así en Bruselas, el 4 de junio de 1995:

«De donde brotan, en el Padre Damian, esta claridad y esta felicidad en situaciones a menudo difíciles? Encontraba su fuerza en la espiritualidad de su Congregación: la contemplación de la Eucaristía, misterio de amor en que Cristo se comunica de verdad a quien lo recibe, comprometiéndolo a entregarse totalmente. *“Encuentro mi consuelo en el único compañero que no me abandona nunca”*, decía, hablando de la presencia real de Cristo en el tabernáculo. En sus momentos de intimidad con Cristo, en el rezo fiel de la liturgia de las horas y de la lectio divina, y en la contemplación, es donde la acción del Padre Damian encontraba su sentido y su plenitud. Con la fuerza de esa intimidad espiritual, Damian podía escribir a sus padres, después de la ordenación sacerdotal: *“No os preocupéis por mí, pues cuando se está al servicio del pueblo de Dios, se es feliz en cualquier parte”* [] Reclinándose en el Corazón de Cristo como el discípulo amado, el apóstol de los leprosos encontraba el dinamismo necesario para su actividad incansable [] Damian experimentaba

también el amor de su Señor en el sacramento de la penitencia, que aspiraba a recibir con frecuencia. Solía decir: “*¿Qué pobre pecador soy!*”. Una de sus cartas la firmó así: “*De Veuster, el leproso pecador que se confiesa tan pocas veces*”.

¡El leproso pecador! Impresiona oírle llamarse así. Porque también de Damián, como de Cristo, pudieron decir sus hermanos que compartió sus sufrimientos y aguantó sus dolores. Cuando llevaba once años en «la isla maldita» sucedió lo inevitable: también él contrajo la lepra. Cierta día, al fin de una jornada fatigosa, quiso tomar un baño de pies. Aunque el agua estaba hirviendo, no sintió el menor dolor; síntoma inequívoco, que el médico confirmó tras un minucioso examen: al P. Damián le había llegado su turno, ¡estaba leproso! Escribe entonces al padre provincial:

«Ya no tengo la menor duda: soy aquí un leproso más. ¡Dios sea bendito! Estoy completamente resignado con mi suerte. No le pido sino un favor: que ruegue al Padre General que mande alguno a este sepulcro para confesarme...».

Y al mismo superior general le da la noticia en estos sencillos términos:

«No se sorprenda, ni se contriste demasiado, al saber que uno de sus hijos espirituales está condecorado, no solamente con la Cruz Real de Kalakana, sino también con otra algo más pesada y menos honrosa, cual es la de la lepra, con la que ha tenido a bien nuestro Señor señalarme, por fin...».

Y a su querido hermano, el padre Pánfilo:

«El Señor me ha escogido para llevar la cruz en pos de Él, permitiendo que haya sido atacado de la lepra. Eternamente me mostraré agradecido y bendeciré a Dios por tan insigne favor. Esta enfermedad hará más recto el camino del cielo».

Tenía sólo 44 años, y le esperaban cinco de martirio. Identificado con sus ovejas, creció su amor y su entrega por ellas. Mientras la lepra marcaba su oreja y mejilla izquierdas, y hacía que cayeran sus cejas, desfigurándolo poco a poco, les decía:

«Nuestra patria verdadera es el cielo, adonde nosotros, los leprosos, estamos seguros de ir muy en breve [...]. Allí no habrá más lepra ni fealdades, sino que seremos transfigurados».

Se conserva una fotografía del misionero poco antes de morir, hecha por Mr. Clifford, que también le retrató al óleo. El padre Damián, adosado a la pared de su casita de madera, con un brazo colgado y otro en cabestrillo, parece un soldado maltrecho, recién venido de un combate que ha durado ¡dieciséis años! Aquel luchador de bellas facciones es hoy un moribundo, de faz monstruosa: la frente horriblemente hinchada y arrugada, las cejas peladas, las orejas abotargadas y grandísimas, llagas que roen nariz, mejillas, cuello, manos... ¡un amasijo de carne en descomposición! En el padre Damián, como en Cristo, Siervo paciente, no hay parecer ni hermosura; desde los pies hasta la cabeza, no hay parte sana en él.

El 21 de febrero de 1889, Damián escribía a su amigo Clifford:

«Lentamente, pero sin tregua ni descanso, voy subiendo la cuesta con mi cruz. Muy en breve espero verme ya en la cima del Calvario»

Pero hasta el 28 de marzo prosiguió sin desfallecer en sus labores cotidianas y ejercicios de piedad. A partir de ese día, tuvo que guardar cama, alargándose su penosa agonía hasta el 15 de abril, lunes santo, en que expira, exclamando:

«¡Que dulce es morir como hijo de los Sagrados Corazones!»

Un pastor anglicano de Londres, al enviarle una gran limosna, le había dicho:

«El ejemplo de Vd. es mas a proposito para proporcionar con versiones a su propia Iglesia que cuantos sermones he oido en mi vida [] Y el Santisimo Sacramento tiene mas valor para mi despues de haber leido la historia de un leproso voluntario»

Al pedir a Pablo VI la beatificación del padre Damián, Raúl Follereau intuía la influencia espiritual de su impresionante testimonio. Como la intuía la madre Teresa de Calcuta, cuando escribía así a Juan Pablo II:

«Santo Padre, nuestros enfermos de lepra y todos los del mundo entero os piden un favor, un santo, un martir del mayor amor y para nosotros los religiosos un hermano de la mayor obediencia »

Por fin, el papa Juan Pablo II beatificó a Damián de Veuster, apóstol de los leprosos, en su viaje apostólico a Bélgica, ante

más de 30.000 fieles, el 4 de junio de 1995. En la homilía de la santa misa, terminó elevando esta oración al nuevo beato:

«Beato Damián, te dejaste guiar por el Espíritu Santo, como un hijo que cumple la voluntad del Padre. Con tu vida y tu actividad misionera, manifiestas la ternura y la misericordia de Cristo hacia todo hombre, revelándole la belleza de su ser interior, que *ninguna enfermedad, ninguna deformidad y ninguna debilidad pueden desfigurar completamente*. Con tu acción y tu predicación, recuerdas que Jesús hizo suyos la pobreza y el sufrimiento de los hombres, y que reveló su misterioso valor. Intercede ante Cristo, médico de los cuerpos y de las almas, por nuestros hermanos y hermanas enfermos, para que, en la angustia y en el dolor, no se sientan abandonados sino que, unidos al Señor resucitado y a su Iglesia, descubran que el Espíritu Santo viene a ellos y así obtengan el consuelo prometido a los afligidos»

ALBERTO JOSE GONZALEZ CHAVES

Bibliografía

- ARBIOL, C., SSCC, *El Padre Damian de Veuster* (Madrid 1972)
COURONNE, B., SSCC, *Vida del Padre Damian* (Madrid 1995)
DAMIAN DE VEUSTER, BTO., *Una extraña felicidad Cartas del Padre Damian leproso (1885 1889)* Introd y notas de E. Brion (Madrid 1990)
HUNERMANN, W., *El apostol de los leprosos* (Madrid 1999)
L'Osservatore Romano (ed. en español) (2 y 16 6 1995)
QUINTAVALLE, R. Y., *El heroe de Molokai (Vida del Padre Damian)* (Madrid 1991)
SALINAS, J., SSCC, «Beato Damian de Molokai», en J. A. MARTINEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano Abril* (Madrid 2001)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN PATERNO DE AVRANCHES

Obispo († 564)

Era originario de una importante familia de Poitiers y se hizo monje en el monasterio de Ansion en el Poitou, pero luego marchó a hacer vida eremítica a Coutances en Normandía, de donde pasó a Scissy, junto a Granville, y aquí se le reunieron numerosos seguidores con los que construye el monasterio de Saint-Pair. Tenía ya setenta años cuando fue elegido obispo de Avranches, diócesis que rigió santamente durante quince

años. La muerte le llegó estando en su monasterio el 15 de abril del año 564.

SAN ORTARIO

Abad (s. XI)

Fue abad del monasterio de Landelles en la zona de Bayeux. Se ha dicho de él que fue un apóstol de la región y ha merecido alabanzas por su espíritu de austeridad, oración e insigne caridad con los pobres. Se supone vivió en el siglo XI.

16 de abril

A) MARTIROLOGIO

1. En Corinto (Acaya), los santos Leónides y siete compañeras, Carisa, Galina, Teodora, Nica, Nunecia, Calis y Basilisa, mártires (s. III-IV).
2. En Zaragoza (España), los santos Optato y diecisiete compañeros, Luperco, Suceso, Marcial, Urbano, Julio, Quintiliano, Publio, Frontón, Félix, Ceciliano, Evodio, Primitivo, Apodemio, Maturino, Casiano, Fausto y Jenaro, mártires (s. IV) **.
3. En la misma ciudad, Santa Engracia (s. IV), virgen y mártir **.
4. En la misma ciudad, los santos Cayo y Cremencio, mártires (s. IV).
5. En Astorga (España), Santo Toribio (s. V), obispo **.
6. En Braga (Lusitania), San Fructuoso († 665), obispo **.
7. En Escocia, San Magno de Orkney († 1116), mártir *.
8. En Sebourg (Hainaut), San Drogón († 1186), recluso *.
9. En Broni (Italia), San Contardo († 1249), peregrino *.
10. En Roma, San Benito José Labre († 1783), peregrino **.
11. En Angers, los beatos Pedro Delepine, Juan Ménard y veinticuatro compañeras, Renata Bourgeais, Juana Gourdon, María Guingueneau, Francisca Michoneau, Juana Onillon, Renata Séchet, María Roger, Francisca Suhard, Juana Thomas, viudas; Magdalena Cady, María Pitou, Petrina Pottier, Renata Rigault, Juana Leduc, Magdalena Sallé, casadas; María Genoveva y Marta Poulain de la Forestrie, Petrina Bourigault, María Forestier, María Lardeux, Petrina Laurent, Ana Maugrain, Margarita Robin y María Rochard, solteras († 1794), mártires *.

12 En Nevers (Francia), Santa Maria Bernarda Soubirous († 1879), virgen, de la Congregacion de Hermanas de la Caridad y de la Instruccion Cristiana { No incluida }

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SANTA ENGRACIA Y LOS DIECIOCHO MÁRTIRES DE ZARAGOZA

(† s IV)

Diocleciano había subido al trono imperial (285-305), alombrando su camino con la sangre de Aper. Bravo militar de origen dalmata, Diocleciano se hizo proclamar emperador en Calcedonia. La muerte de Carino en el campo de batalla de Margus le dejó como único jefe del Imperio. Soldado favorito de la fortuna, manifestó siempre tener un espíritu lleno de recursos, una voluntad fría e implacable y un plan de reformas concreto y lógicamente ordenado.

Adepto ferviente del paganismo, a la vez por convicción personal y por razón de Estado, el emperador se afrontó muy pronto con el problema acuciante del cristianismo

El cristianismo, gracias al decreto de tolerancia de Galieno en 260, había realizado grandes progresos no sólo entre la población civil, sino también en las legiones y en los castros. Diocleciano vio en ello una dualidad moral en el Imperio, y, una vez conseguida la unidad territorial, política y administrativa, se propuso conseguir la uniformidad religiosa. Dadas sus convicciones paganas, la religión de Cristo debía sucumbir ante la religión del Estado. Cuatro decretos sucesivos emanados del poder imperial, en 303 y 304, ordenaron una persecución general en todo el mundo romano. El intento de descristianización empezó por el ejército. En cuanto al elemento civil, el emperador eligió los prefectos más sanguinarios para que persiguieran y acosaran a los cristianos en cualquier rincón del mundo en que se encontraran. Y los ángeles en el cielo entrelazaron con flores purpúreas infinitas coronas que cayeron sobre las cabezas resplandecientes de los atletas de Cristo, lo mismo en el Oriente

que en el Occidente, igual en Egipto que en Roma y que en las dos Españas.

A España vino como prefecto Daciano. Él regó con torrentes de sangre todas las vegas de la Iglesia española. Conforme iba pasando por las ciudades de la España tarraconense, las vidas más puras y delicadas iban cayendo a sus pies. Empezó por Gerona. Siguió por Barcelona, en donde fue recogida entre la gavilla de las espigas cristianas el alma purísima de Eulalia; continuó por Tarragona, y llegó a Zaragoza. En esta ciudad el tajo era inmenso. En sus enormes brazadas cortó Daciano la vida del diácono Vicente y del obispo Valerio. Por entonces cayeron también los innumerables mártires de Zaragoza, cuyos restos calcinados formaron las santas masas, la nivea pella de predestinados que esperan en el templo de Engracia el día de la reivindicación final.

Por aquellos días agostadores llegó Engracia a Zaragoza. Venía de Bracara, la noble ciudad de Gallaecia. Hija florida de un noble hispanorromano, iba hacia el Rosellón en cortejo nupcial al encuentro de su prometido, que en aquellas tierras vivía. Antes de emprender el viaje, en el que le servían de cortejo dieciocho caballeros de su familia, recibió entre sueños un aviso de que sería Zaragoza la ciudad de su abrazo feliz.

Cuando llegó a esta ciudad y se enteró de la encarnizada persecución que en ella sufrían sus hermanos, los adoradores de Cristo, comprendió el misterio. Ella era la novia destinada para las bodas eternas con el Cordero. Se presentó delante de Daciano y le reprochó su impiedad.

Juez inicuo —le dijo—, ¿tú desprecias a tu Dios y Señor que está en los cielos y exterminas con tanta crueldad a sus adoradores? ¿Por qué os empeñáis tú y otros malvados emperadores en perseguir a los cristianos porque no adoran vuestros ídolos, templos de los demonios?

Engracia no iba sola; la acompañaban, como pajes de una reina, los dieciocho apuestos caballeros de su séquito: Luperco, Optato, Suceso, Marcial, Urbano, Julio, Quintiliano, Publio, Frontón, Félix, Ceciliano, Evodio, Primitivo, Apodemio, Maturo, Casiano, Fausto y Genaro. En los rostros de los caballeros se reflejaban los mismos reproches emitidos por la boca de

Engracia, y en su silencio condenaban también la crueldad de Daciano.

El presidente, hombre sanguinario y soez, no resistió las palabras de Engracia ni el silencio de sus compañeros y los mandó azotar duramente a todos ellos. Al compás del chasquido del látigo y el desgarrar de las carnes se alzó la más pura de las sinfonías, que penetró en los cielos e hizo sonreír de gozo a los ángeles de Dios. Engracia dirigía el coro de las alabanzas al Señor.

Pensó Daciano que, vencida la entereza de Engracia, flaquearían sus compañeros, y en su presencia ató el delicado cuerpo de la doncella a la cola de unos caballos y la arrastró por las calles de la ciudad. Cuanto más punzantes eran sus dolores y más se desgarraba su cuerpo en flor, más cantaba a Jesucristo y más detestaba a los ídolos y dioses imperiales, y más se robustecía la fe de los caballeros a la vista de la entereza de la virgen.

El juez imperial no dejaba piedra sin remover para llevar a sus víctimas a una abjuración o a una apostasía. Viendo que por los tormentos no arredraba a la intrépida virgen, se propuso seducirla con promesas. «Ya que no podemos vencer con la dureza, venzamos con halagos», se dijo. Y puso delante de sí a la doncellita, a quien rodeaban sus compañeros como al pistilo los pétalos de la flor.

Oye, jovencita —le dijo—, ¿por que unes la vanidad a tu nobleza? ¿No dejaras tu error si tu sangre real se une en matrimonio con uno de los gallardos príncipes que florecen en el Imperio? Lejos de ti el proseguir en tu desvío y en el desprecio de nuestros apuestos donceles. ¿Vas a despreciar una vida brillante y soñadora por cegarte en las fantasías de esa gentuza arrastrada?

¡Pobre sacrilego! —replicó Engracia— Haz a tus hijas esa proposición. En cuanto a mí, si no me venciste con los tormentos, no esperes atraerme con tus hechizos malvados. Mi causa es clara. Sere esposa de Cristo. Ni tus suplicios ni tus halagos conseguirán otra cosa que unirme y estrecharme mas íntimamente al Esposo de mi alma. Yo soy enviada por Él para increparte por tus crímenes e indicarte que ceses en la persecución si no quieres sentir sobre tu cabeza la ira de Dios.

Al presidente se le encendieron los ojos y con voz quebrada y sarcástica agregó: «Por tus consejos, ¡oh niña simpática!, debo darte las merecidas gracias».

Llamo a los verdugos, y en su presencia, y delante de los dieciocho caballeros bracarenses, la mandó desnudar y atormentar. Los garfios se agarraban en sus carnes ya desgarradas por los azotes anteriores y por el arrastre por las calles empedradas de la ciudad. Varios surcos abiertos por los ganchos dejaron al aire libre sus entrañas palpitantes. Ya no había cuerpo donde herir. Le cortan los pechos y a través de las heridas abiertas se veía latir dulcemente el corazón de la esposa de Cristo.

Luperco no se pudo contener ante aquella crueldad usada contra la martir de Dios y exclamó en nombre de los demás compañeros:

Juez cobarde, ¿por que persigues con esa saña al pueblo cristia no? ¿Por que atormentas tan cruelmente a la virgen Engracia? ¿No podías probar en nuestros cuerpos varoniles la resistencia de tus garfios y dejar ya de deshilar la seda del cuerpo de la doncella? Si te han molestado sus palabras, su confesion es la nuestra. Si ella merece la muerte, tambien nosotros debemos morir, pero si nosotros seguimos con vida, tambien ella debia continuar viviendo

Daciano los mandó retirar de su presencia y ordenó que los degollaran fuera de la ciudad. Cuando Engracia los vio salir hacia el martirio, desde la púrpura de su sangre en que estaba envuelta, les dijo:

Hermanos amadisimos, volad gozosos al martirio, camino de la vida eterna. Vais no a la muerte, sino a la vida, no al tormento, sino al triunfo. La misma palma del martirio nos unira a todos en la gloria

La orden del presidente fue ejecutada al momento. Los mártires de Cristo recibieron sus coronas a las orillas del Ebro.

Cuando comunicaron a Daciano que su orden estaba cumplida, miró a Engracia y le dijo:

¡Oh tierna virgen!, ¿que esperas si ya sientes sobre ti todos los tormentos y sabes que tus compañeros han sido decapitados? Blasfema de Cristo, adora a los dioses y cesara el tormento y te presentare un esposo

A lo cual respondió, intrépida, la mártir de Cristo:

¿Piensas que voy a adorar las piedras y a renegar del Criador del cielo y de la tierra?

No sabiendo Daciano cómo atormentarla ya, mandó que le hincaran un clavo en la frente, y, envuelto su cuerpo en un vivo dolor, fue arrojada en un lóbrego calabozo para que se pudriera viva.

El poeta Prudencio le cantó un siglo después como si la estuviera contemplando en el lóbrego calabozo que él piadosamente visitó, sin duda:

«A ninguno de los mártires aconteció que habitara en nuestras tierras quedando aún en vida; tú eres la única que permaneces en el mundo, sobreviviendo a tu propia muerte. Hemos visto parte de tu hígado arrancado y apresado aún a lo lejos en las tenazas comprimidas, ya tiene la muerte pálida algo de tu cuerpo, aun cuando estás viva».

El cuerpo de la Santa fue sepultado honrosamente por el obispo Prudencio en una urna de mármol, uniendo a él las cenizas de los dieciocho compañeros. «Póstrate conmigo, generosa ciudad, ante los sagrados túmulos», cantaba el poeta Prudencio. Y Zaragoza, llena de fervor, se postra todavía en la cripta de la parroquia de Santa Engracia, donde duermen el sueño de los justos los restos de la virgen Engracia, de sus dieciocho compañeros y las níveas masas de los innumerables mártires.

JOSÉ GUILLÉN

Bibliografía

Act SS. Boll, 16 de abril.

AURELIO PRUDENCIO, *Peristefanon/Peristephanon*, himno 4, en *Obras completas de Aurelio Prudencio*. Ed. bilingüe (BAC 54, Madrid 1950) 476s. Nueva ed.: BAC 427 (Madrid 1981) p.543-555.

FLOREZ, E., *España sagrada*, I.

GARCIA VILLADA, Z., *Historia eclesiástica de España* (Madrid 1929-1930).

— Actualización:

CUE, R., *Zaragoza, capital del martirio: evocación en Santa Engracia* (Zaragoza 1979).

SANTO TORIBIO DE ASTORGA

(† s. v)

La diócesis de Astorga, una de las más antiguas de España, que en los documentos históricos aparece plenamente organi-

zada en el siglo III, tiene por patrono principal a Santo Toribio; fue su obispo a mediados del siglo V.

No es fácil deslindar las relevantes e irrefragables noticias históricas de las múltiples tradiciones y leyendas tejidas por el tiempo en torno a su figura.

Nació en la Gallaecia romana donde se había establecido ya el reino de los suevos. Probablemente vio la luz primera en la misma ciudad de Astorga, cuando expiraba el siglo IV o comenzaba el V.

Nada sabemos de los años juveniles, pero por su propio testimonio consta que fue peregrino durante varios años. Se había despertado por entonces en el Occidente cristiano el movimiento devocional de visitar el Santo Sepulcro y la tierra que conoció al Señor.

La antiquísima tradición asegura que Toribio fue a Jerusalén donde recibió la ordenación sacerdotal y permaneció allí algún tiempo como custodio de los Santos Lugares. Cuando regresó a su patria trajo numerosas reliquias para preservarlas de los peligros que las amenazaban a causa de las inminentes invasiones.

Por su tamaño y singularidad destacaba entre todas el «*lignum via*», tomado del brazo izquierdo del sagrado leño, que aún hoy se venera en el monasterio de Liébana (Cantabria).

En el 445 lo encontramos ya obispo de Astorga. Probablemente fue elegido el año anterior, 444, para suceder al obispo San Dictino, que primeramente había defendido la herejía de Prisciliano, pero después abjuró de ella con pública y notoria ejemplaridad en el concilio toledano del 400.

Precisamente la acción pastoral más destacada de Santo Toribio fue la defensa valiente de la pureza de la fe. El priscilianismo había arraigado profundamente en estas regiones del Noroeste con la complejidad de sus teorías derivadas del agnosticismo y del maniqueísmo. Los seguidores de Prisciliano negaban la Trinidad y la Encarnación. Y, detrás de un rigorismo aparente, se encubrían vergonzosas inmoralidades y prácticas rituales inaceptables.

La estrategia pastoral de Toribio se demostró llena de energía y eficacia actuando no sólo en el ámbito de su diócesis de Astorga sino de modo sinodal, en relación con las otras diócesis

y principalmente acudiendo al magisterio y ministerio del sucesor de Pedro en Roma, el papa San León Magno (440-461).

Con su compañero Idacio, obispo de Aquas-flavias (hoy Chaves, en Portugal), instruyó un proceso al grupo de priscilianistas identificado en la ciudad. Envío las actas al obispo de Mérida, Antonino, porque allí se había refugiado uno de los herejes. Antes de este proceso habría que señalar la carta que escribió a los obispos Idacio y Ceponio sobre los libelos que проpalaban las herejías.

Envía después, por medio de su diácono Pervinco, una misiva al papa San León Magno, junto con un memorial que, en dieciséis puntos, enumeraba los errores priscilianistas y su correspondiente refutación. El Papa le contesta con fecha 21 de julio de 447. Su carta *Quam laudabiliter* le felicita y refuerza uno a uno los dieciséis puntos del memorial. Suyas son estas palabras:

«Los fraternales escritos tuyos, que me ha entregado personalmente tu diacono, ponen de manifiesto el laudable afán con que te mueves en defensa de la verdadera fe católica y la solicitud con que te entregas al ministerio pastoral a favor de la grey del Señor

Con esos libros has querido informarme de la grave enfermedad que en vuestras tierras se ha reavivado como un incendio, en los residuos de la antigua y pestilente herejía

Porque tanto el tenor de tu carta como las series del *Conmonitorio* y el texto de tu *Libelo*, denuncian cómo se ha vuelto a recalentar entre vosotros esa cloaca, sumamente fetida, del priscilianismo» (PL 54,678-679)

Alaba los dos libros que Santo Toribio escribió referentes a la herejía. El *Conmonitorio* y el *Libelo*. Añade el Papa una insistente y viva exhortación para que convoque un concilio, a ser posible, nacional, o por lo menos provincial, que condene una vez más las falsas doctrinas del priscilianismo, una vez asegurada y comprobada la ortodoxia de los obispos. Le recomienda que promueva los mismos sínodos en las demás provincias.

Estos concilios provinciales se fueron celebrando, aunque no se conservan las actas. Sabemos que se le enviaron copias a Balconio, metropolitano de Braga. Quedan solamente los cánones del celebrado en Galicia, que debió ser convocado por el mismo Toribio personalmente. Efectivamente, en el concilio de Braga, año 561, se relejeron las actas y se incluyeron los 17 cánones.

La coincidencia sorprendente de los cánones con la carta de San León, ha hecho pensar a algún crítico que fue falsificada. No obstante, sigue apareciendo en las ulteriores ediciones del *Enchiridion symbolorum* (cf. Dz n.283-286). Y en todo caso, está fuera de duda la actuación de Santo Toribio en la defensa de la fe, reflejada en los documentos de esos tormentosos años.

En 456, los godos arrasaron la ciudad de Astorga. Entre los prisioneros llevados a las Galias, figuran, sin duda, dos obispos, uno de los cuales, con toda probabilidad, fue Santo Toribio, que pudo regresar pronto e impulsar la reconstrucción de Astorga.

No están de acuerdo los autores para señalar la fecha de su muerte. Unos la colocan con toda probabilidad en torno al año 460. Otros, la anticipan a 450-454. El antiguo breviario según la costumbre de la Iglesia de Astorga (s. XVI) retrasa su muerte hasta el 480 y la coloca, con toda la tradición, en el monasterio de San Martín de Liébana, en las montañas cántabras, que lindan con la provincia de León.

Las tradiciones afirman esta relación de Santo Toribio con la vida monástica a la que se había retirado y de la que habría regresado ante las insistentes peticiones y embajadas que pedían su vuelta.

Existen en Astorga otras tradiciones que pretenden explicar su retiro prematuro. Una de ellas, reflejada frecuentemente en la iconografía, habla del milagro con que acreditó su inocencia ante la calumnia infundada que se atribuye a Rogato, uno de sus émulos. Toribio lleva en su roquete y en sus manos unas brasas encendidas, sin quemarse.

Cada año se repite una procesión que sube desde el pueblo vecino a Astorga, San Justo de la Vega, hasta el altozano llamado «del Crucero», desde donde se divisa la ciudad, para recordar la bendición de despedida que impartiera el obispo desde aquel mirador estratégico.

Otras tradiciones o pintorescas leyendas sitúan en esta ocasión el gesto evangélico de sacudir el polvo de las sandalias al abandonar la ciudad, obstinadamente sorda a su mensaje.

La relación con el monasterio de San Martín, hoy de Santo Toribio en Liébana, se explica porque, después de su muerte y sepultura en la ciudad, sólo cuando se acercaban las invasiones

de los árabes, sus reliquias fueron trasladadas, junto con las que había traído de Tierra Santa, a ese lugar escondido en las montañas cántabras, donde se edificó el monasterio que lleva su nombre y donde se sigue venerando el «*dignum via*», principalmente en los años jubilares, atendido hoy por los PP. Franciscanos. Allí existe una capilla lateral dedicada a Santo Toribio, con una estatua yacente suya del siglo XVI. Las investigaciones promovidas por el obispo astorgano Francisco Isidoro Gutiérrez Vigil (1791-1805) no lograron identificar el sepulcro.

Allí se le suele representar con la cruz de Cristo en el brazo. En Astorga es muy rica y variada la iconografía sobre todo en la catedral. Una espléndida talla de Gaspar Becerra, que refleja su preocupación pastoral, sirvió de modelo durante más de un siglo para representar a obispos. Preside el Coro en el respaldo de la silla episcopal, un alto relieve renacentista. Se repite junto a los obispos santos del coro alto. Está en la puerta de los obispos, en el relicario, y en el púlpito junto a los grandes heraldos de la Palabra de Dios como el Bautista y San Agustín. Hay una imagen en el antecoro. Otra procesional.

Característica es la imagen pétrea (Mateo Núñez, 1789) que está en el obispado; le representa como incansable luchador contra la herejía; a sus pies figura Prisciliano, con su nombre. En el oratorio de la residencia episcopal hay un óleo del siglo XVIII.

El Seminario Conciliar diocesano se llama «de la Inmaculada y Santo Toribio», porque es también su patrono. En la capilla preside uno de los retablos del siglo XIX. En 1994 el pintor Benito García (Escarpizo) pintó un gran óleo para la escalera principal, evocador de la persona, vida y obra de Santo Toribio.

Pero la iconografía del Santo y su devoción está extendida en otras partes de la diócesis y fuera de ella. Como es el caso del coro de la catedral de Lugo que posee un relieve de Francisco de Mouré (s. XVII); y en la catedral de Tuy hay otro relieve de Castrocanseco (s. XVIII). Tal vez porque los autores del programa, en ambos coros, consideraron a Santo Toribio como santo gallego.

Es muy notable y expresivo el grabado italiano de Gaspar Massi (Roma 1722). Fue encargado por el monasterio de Liéba-

na y lleva su escudo. Estaba destinado a los devotos peregrinos que lo pedían. Se representa a Santo Toribio de pie, con vestiduras pontificales y portando en el brazo izquierdo la preciada reliquia de la Santa Cruz; el fondo es un paisaje más o menos idealizado de la Liébana y se completa con la representación, a los pies del Santo, de personajes evocando las herejías que combatió; llevan cabellos de serpientes; y, en los libros abiertos que portan, se indican las herejías; se trata del maniqueísmo, patripasianismo y priscilianismo.

También en Palencia hay representaciones de Santo Toribio que tal vez se deban a la confusión con otro santo palentino, *presbítero*, del mismo nombre.

El culto inmemorial a Santo Toribio se le tributa con la mayor solemnidad en la Catedral y en el inmediato pueblo de San Justo, que le tiene como Patrono. En 1635, se recogió información, lo mismo que de otros santos astorganos, para la oficialización de su culto. La fiesta que en el Calendario Romano está el 16 de abril, en el calendario asturicense figura móvil, el lunes que sigue a la octava de Pascua.

Como una herencia secular del culto al «lignum crucis», una de las expresiones más importantes de la piedad popular extendida por la geografía diocesana, son las ermitas del Santo Cristo y las Cofradías de la Vera Cruz.

Entre las tradiciones populares relacionadas con Santo Toribio, aunque esta conexión carece de base histórica, hay que señalar la «Rogativa de la Virgen de Castrotierra», principalmente para pedir el beneficio de la lluvia. En impresionante procesión recorren los pueblos con sus pendones y cruces parroquiales los 15 kms. largos que separan el santuario de la ciudad de Astorga, acompañando el traslado de la Virgen a la catedral y su regreso, a los diez días. El pueblo le atribuye a Santo Toribio la iniciativa.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

ALDEA VAQUERO, Q. - MARIN MARTINEZ, T. - VIVES GALETI, J. (dirs), *Diccionario de historia eclesiástica de España*, IV (Madrid 1972).

ALONSO LUENGO, L., *Santo Toribio de Astorga* (Biblioteca Nueva 1939).

- DENZINGER, H. - SCHÖNMETZER, A., *Enchiridion Symbolorum* (El magisterio de la Iglesia) (Barcelona 1997) 153-156.
- FLOREZ, E., *España sagrada*, XVI, p.89-108.
- GONZALEZ GARCIA, M. A., *Iconografía de Sto. Toribio de Astorga* (Cuadernos de Arte e Iconografía, Madrid 1993).
- JIMENEZ PEDRAJAS, R., «Toribio, vescovo di Astorga», en *Bibliotheca sanctorum*, t.XII p.710-712.
- LEON MAGNO, SAN, Carta «Quam laudabiliter» al obispo Toribio de Astorga, 21 de julio de 447: PL 54,678-679 y 690.
- QUINTANA, A., «Toribio, Santo», en ALDEA VAQUERO, Q - MARIN MARTINEZ, T. - VIVES GALETI, J. (dirs.), *Diccionario de historia eclesiástica de España*, IV (Madrid 1972) 2.575.
- RODRIGUEZ LOPEZ, P., *Episcopologio asturicense*, I (Astorga 1906) 114-118.

SAN FRUCTUOSO DE BRAGA

Obispo († 665)

En los confines occidentales de España, ganados un siglo antes para la ortodoxia católica por el ilustre San Martín de Braga, floreció en el siglo VII uno de los más eximios varones de la iglesia visigoda. Fructuoso, de noble familia emparentada con algunos reyes visigóticos, hijo de un jefe del ejército, púsose muy pronto en condiciones de servir a la Iglesia al iniciarse en las disciplinas eclesiásticas bajo la dirección de Conancio de Palencia. Allí recibió su educación sagrada, en compañía de numerosos jóvenes a los que había atraído la sabiduría y la discreción de este obispo; pero en su alma florecía la vocación monacal, manifestada desde niño con piadosos pensamientos al decir de su biógrafo, un sencillo monje discípulo y admirador suyo, que escribió una vida llena de detalles maravillosos y de milagros. Joven aún, renunció a sus bienes y dotó con ellos iglesias y benefició a los pobres, para saber desprenderse mejor de la atracción de las cosas del mundo. Y todo hace sospechar que se retiró al Bierzo, donde sus padres poseían bienes cuantiosos. Allí le encontramos rodeado de discípulos, llevando austera vida de penitente, fortaleciendo a todos con su ejemplo y con su instrucción.

Nos narra su biografía que familias enteras se sentían arras-tradas por el hondo movimiento espiritual que había iniciado al restablecer, con redoblado vigor, la vida monástica en retiros de soledad y en medio de exigente disciplina. Su biógrafo nos

cuenta, admirado, cómo en varias ocasiones intentó huir a la soledad completa desde sus cenobios, para mejor y más intensamente consagrarse a Dios, sin que el fervor de sus discípulos se lo permitiera, pues no estaban dispuestos a quedarse privados de su guía.

En esta primera etapa de su actividad fundó Fructuoso muchos y diversos monasterios en el Bierzo, en Galicia, en el norte de Portugal, que pronto se vieron invadidos por una multitud creciente, tan grande que nos dice ingenuamente su biógrafo que los mismos jefes del ejército real llegaron a temer quedarse sin hombres que reclutar para sus campañas. Quizá en estas fundaciones puso por norma su regla, que presenta una enorme originalidad y muestra cómo no fue breve su conocimiento de los hombres que se le sometían para servir a Dios: regla dura y enérgica, adecuada a hombres del Norte, con vivo sentimiento de la comunidad y con un concepto de la obediencia muy desarrollado. En breve, un movimiento ascético de tal ímpetu trascendió los límites de Galicia, y el nombre de Fructuoso y su obra corrió por la Península entera; comienzan entonces las inquietudes apostólicas de Fructuoso, para quien se habían quedado pequeñas las soledades galaicas. Tenemos noticias de una peregrinación suya a Mérida, por devoción a Santa Eulalia, y de un viaje emprendido a continuación hacia el Sur hasta llegar a Sevilla y Cádiz. El respeto y las atenciones de que es objeto en su peregrinar nos revelan la fama de santidad y de grandeza que le antecedía. Su incansable actividad le lleva a realizar también en estas regiones nuevas fundaciones en que aplicar su intensa disciplina, camino para adelantos mayores en la vía de la perfección.

No pocas leyendas piadosas nos transmite su biógrafo para mostrar la protección que Dios le dispensaba: unas veces, prodigiosamente, le evita el ser confundido con un animal al hallarse en medio de un matorral en oración simplemente cubierto de pieles; en otra ocasión puede atravesar con sus códices un río sin que sus tesoros de formación eclesiástica sufran el menor detrimento al contacto con el agua; en otra ocasión consigue un castigo para un malvado que injusta e inicualemente le ataca; en otro momento logra de manera maravillosa concluir

un viaje que corría el riesgo de convertirse en tragedia por el agotamiento de los marineros que a golpe de remos impulsaban la barca, y no falta, en esta larga sucesión de milagros, la barquichuela arrastrada por las olas y recuperada por el Santo, que no vacila en lanzarse a caminar sobre el mar para poder traerla de nuevo a la orilla.

Incansable prosiguió Fructuoso la fundación de monasterios, hasta que, un día, decidió marchar al Oriente en peregrinación. Es probable que, además de visitar los Santos Lugares, como habían hecho tantos hombres ilustres del Occidente español, hubiera dispuesto en su ánimo dirigirse a Egipto, cuna y fuente de donde provino a la Iglesia occidental todo el monacato en que tantos espíritus se santificaron y fueron luz y guía del mundo cristiano, pero no pudo lograr su propósito porque el proyecto llegó a conocimiento del rey y de sus consejeros, que tomaron urgentes medidas para evitar que tal lumbrera de la Iglesia abandonara España. En medio de tanta actividad cuidaba Fructuoso de su propia formación intelectual y de la de sus monjes, y buscaba libros y explicaciones que satisficieran su sed y sus dudas e ignorancia: las vidas de santos, las narraciones de la vida y doctrina de los anacoretas egipcios, la Biblia, constituían el manjar predilecto de aquellos hombres cuya fama recorría más y más la Península de un lado al otro. Braulio de Zaragoza, el gran obispo amigo de San Isidoro, uno de los hombres de más completa y exquisita formación en la España de aquel tiempo, llama a Fructuoso brillante faro de la espiritualidad española, y reconoce y proclama el esfuerzo novador que de bosques y desiertos hacía un grupo de monjes que cantaba sin cesar las alabanzas de Dios.

El entusiasmo de Braulio, dictado, como él mismo dice, por la verdad y no por la adulación o la amistad, debía ser compartido por muchas gentes, que veían en nuestro Santo un hombre de Dios, entregado a su servicio y poderoso instrumento suyo. En aras de este servicio rinde Fructuoso poco después su deseo de soledad y oración, y acepta, no sin repugnancia, el honor de ser elevado a la dignidad episcopal como obispo abad de Dumio, notable monasterio próximo a Braga. Poco tiempo después, obligado por su cargo, asiste Fructuoso

a un concilio nacional, presidido por el grande Eugenio de Toledo. Allí, depuesto Potamio, metropolitano de Braga, por diversas faltas de las que se acusó espontáneamente, con voto unánime, los Padres asistentes al concilio elevan a Fructuoso a la silla metropolitana de Braga, con la esperanza y la seguridad, dicen, de que daría ello mucha gloria a Dios y redundaría en gran beneficio de la Iglesia. Puede decirse que nada o casi nada se sabe de lo que hiciera en su paso por la sede bracarense; pero su celo incansable le mantenía tenso, y por ello una y otra vez acude ante el rey Recesvinto, cuyo comportamiento tanto aflige a los grandes obispos de este momento, para amonestarle, pedirle clemencia, aconsejarle.

El biógrafo de nuestro Santo, celoso como era de poner de relieve el espíritu monástico de Fructuoso, insiste ahora en la rigurosa vida ascética que mantuvo durante su tiempo de episcopado, en lo continuado de su actividad como fundador, hasta decir que, conocedor de su próximo fin, se entregó a tal frenesí de trabajo que no cesaba en su labor de dirección y construcción sin darse descanso ni de día ni de noche. Su última fundación parece haber sido el monasterio de Montelios, muy cerca de Braga, donde se conservó su cuerpo tras su muerte, hasta que siglos más tarde, en 1102, el arzobispo de Compostela, Gelmírez, le trasladó a Santiago.

Dícenos su biografía que, atacado de fiebre, comunicó su inmediata muerte a sus discípulos, llorosos por la pérdida que se avecinaba y asombrados por su alegría y tranquilidad en tales momentos; todavía entonces tuvo tiempo para disponer asuntos relacionados con el gobierno de varias de sus más importantes fundaciones; luego hizo ser llevado a la iglesia, donde recibió con sumo fervor y devoción la penitencia y donde permaneció toda la noche postrado en oración, hasta que, amaneciendo un día, que los libros litúrgicos de Braga dicen el de hoy, el año 665, entregó a Dios su alma.

Su biógrafo no olvida señalarnos que pronto comenzaron los milagros en torno a su sepulcro, pero ninguno más importante ni valioso que el gran milagro del cual había sido instrumento dócil y activo en manos de Dios: la gran renovación espiritual que inició en el siglo VII, todavía lleno de resabios de

herejía, henchido de luchas políticas, de odios y rencores. Entregado a la oración y a la penitencia en medio de un siglo corrompido, logró con su ejemplo y su virtud hacer cristalizar unas ansias de renovación sentidas con toda intensidad. Su celo y su entusiasmo prendieron en multitud de creyentes, que aun bastante después de su muerte buscaban todavía su santificación siguiendo paso a paso los itinerarios de Fructuoso, y haciendo de sus retiros y lugares de oración parajes sagrados en los que sus almas encontraban más facilidad para acercarse a Dios; y aun siglos más tarde, los monasterios por él fundados sentíanse satisfechos de esta tradición, mostrando la huella de su paso apostólico.

MANUEL DÍAZ Y DÍAZ

Bibliografía

- Act. SS. Boll.*, 16 de abril: *Vita*, por VALERIO, poco después de su muerte. Se encuentra también en J. MABILLON. - L. D'ACHERY, *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti*, II (París 1668) 581.
- BOURRET, J. C. E., *L'École chrétienne de Séville, sous la monarchie des Visigoths, recherches pour servir à l'histoire de la civilisation chrétienne chez les barbares* (París 1855).
- DÍAZ Y DÍAZ, M., art. en *Cuadernos Gallegos* (1953) 155s.
- FLOREZ, E., *España sagrada*, XV, p.451s.
- PEREZ DE URBEL, J., *Los monjes españoles en la Edad Media*, I (Madrid 21945) 378s.

SAN BENITO JOSÉ LABRE

Peregrino († 1783)

Ese hombre —suele decirse ante el desvalido— va dejado de la mano de Dios. Se acierta, sí, cuando tal se dice y cuando, ingenua y reverenciosamente, se toma la mano de Dios por el pródigo cuerno de la abundancia. Pero sucede que los designios de Dios —los modos que tiene Dios de dar la mano— son infinitos como las arenas de la mar, innúmeros, como no llegan a serlo, siendo tantas, las mismas arenas de la mar.

Aquel hombre desvalido, Benito José Labre, no iba dejado, sino guiado por la mano de Dios, conducido por su andadura clemente y amorosa, providencial y tierna.

Benito José Labre nació en Amettes el 26 de marzo de 1748. Regía el orbe cristiano el papa Benedicto XIV, cantado por

Voltaire en verso latino, y reinaba en Francia, «bajo Voltaire», Luis XV, el firmante del «Pacto de familia», el galán de la marquesa de Pompadour y el protector de la porcelana de Sèvres.

Si los vagabundos tuviéramos un santo patrono, Benito José Labre lo sería. Con alas en los pies, Benito José Labre devoraba las leguas y los caminos en busca de la huella de Dios, que en todas partes se presenta.

Nacido para la miseria del cuerpo, Benito José Labre sintió la llamada siendo aún niño. A los doce años dormía con la cabeza reclinada sobre un madero y a los dieciséis, pareciéndole corto el sacrificio, descansaba sobre el frío y duro suelo de ladrillo: el «santo suelo» dicese, con frecuencia, en español.

Dos curas de pueblo parecen disputarse, ante la historia, la siembra de la semilla cristiana en la huerta feraz del alma de Benito José: el cura de Conteville, que le inició en la práctica piadosa, y el cura de Érin, su padrino, que le abrió las puertas de la liturgia.

Cuando Benito José oyó hablar de la Gran Trapa y sus humildes perfecciones, se estremeció como un iluminado. Sus padres prefieren que siga estudiando, y Benito José cae en una honda sima de dudas. De un lado, su vocación que le fuerza. Del otro, lo que no acaba de ver claro: la validez, la ley, de su vocación.

Sobre Érin pasa, con su mano de luto, la epidemia, y su padrino, el cura, sucumbe atacado del mal. Benito José se esfuerza por llevar la caridad a los hogares en los que hizo su nido el dolor y, cuando el mal pasa y se sabe desvalido y solo, se vuelve a Amettes, a la casa paterna. Es el año 1766, el del motín de Esquilache, y Benito José es todavía un adolescente.

Sus padres le mandan a Conteville, a que continúe sus estudios. Al cura —Santiago José Vincent, que todo se lo da a los pobres—, le llaman el nuevo San Vicente por su inmenso amor al desvalido. El cura de Conteville, viendo a Benito José tan dispuesto para la vida monástica, habla con los padres del mozo y obtiene de ellos el necesario permiso.

En el mes de abril de 1767, pintándose la primavera en los campos, Benito José, con el corazón radiante de gozo, llama a la puerta de la cartuja de Val Sainte Aldegonde, tras la que había

de esperarle la desilusión. La cartuja es pobre, demasiado pobre para acoger a un solo monje más, y Benito José no cabe en ella.

Sigue su peregrinaje y en octubre del mismo año consigue entrar en otra cartuja, la de Notre-Dame des Prés. Pero su temple había de ponerse una vez más a prueba. Los cartujos viven en la contemplación y Benito José siente las tentaciones constantes del diablo. «No; en la cartuja —piensa Benito José— no quepo...». Y vuelve a casa de sus padres.

Benito José tiene ya veinte años y consigue que sus padres le permitan hacer otra tentativa, ahora en la Trapa. Emrende el camino y tras sesenta leguas a pie y bajo la lluvia, llega hasta el viejo portón de la Gran Trapa.

—¿Cuántos años tenéis, hermano?

—Veinte, ya.

—Veinte años no son bastantes para entrar aquí; os faltan cuatro todavía.

Y a Benito José, ante la puerta que se cerró, se le cayó el alma a los pies. Siguió su camino y llamó a otra puerta trapense: la de Sept-Fons. Pero los años que le faltaban para poder profesar eran los mismos y la puerta tampoco se le abrió.

El obispo de Boulogne le aconseja que no piense en la Trapa y que pruebe otra vez fortuna en la Cartuja. Benito José obedece el consejo del obispo e ingresa en la cartuja de Neuville.

Como en la de Notre-Dame des Prés vuelven a asaltarle las tentaciones y Benito José Labre, huyendo de ellas, abandona por segunda vez la cartuja. Fue el prior quien le animó a que dejase la lucha cortando por lo sano.

Benito escribe a sus padres para comunicarles su nuevo norte: otra vez la Trapa de Sept-Fons, a cien leguas de andar, durmiendo al raso y comiendo el parvo y sabroso pan de la limosna.

El día 2 de noviembre de 1769, sin tener los veinticuatro años que previene la regla, Benito José fue admitido entre los trapenses. Su dicha era inmensa y una inefable paz invadió su alma. Pero los escrúpulos no tardaron en aparecer, la noche se extendió de nuevo sobre su atormentado espíritu y la galerna azotó otra vez las flacas carnes de Benito José. A los seis meses fue llevado, exánime, a la enfermería y poco más tarde al

hospital de pobres, fuera de la clausura. El prior le llamó a su presencia:

—Vuestra alma, hermano, no está en su lugar. Debéis abandonar la cogulla y volver al mundo.

Benito José bajó humildemente la cabeza.

—Hágase la voluntad de Dios.

Benito José volvió al campo abierto, a los caminos sin fin, al cielo por techo y las estrellas, en medio del alto cielo, como brújula y compañía. Toda su vida anterior la entiende como el forzoso noviciado de lo que se propone ser: un monje errante, un vagabundo de Dios, una pura llama que, olvidada de su cuerpo, vivirá de lo que a los demás les sobre.

El abad de Sept-Fons le bendice y Benito José emprende, serena el alma y el llanto brillándole en los ojos, el largo camino de Roma.

Desde Chieri, ya en tierra italiana, Benito José escribe a sus padres su última carta: una ingenua y patética despedida entre cuyos trazos se adivina la beatitud.

Benito José es ya, y para siempre, el mendigo errante que se propuso ser. Vestido con la túnica y el escapulario de Sept-Fons, de los que no habría de desprenderse en vida; con un rosario al cuello, un crucifijo sobre el corazón y el fardelejo, entre mendrugos de pan, el Evangelio, la *Imitación de Cristo* y un breviario, Benito José era la imagen misma del vagabundo si a los vagabundos, ¡ay!, nos habitase Dios con la misma clemencia con que se posó sobre aquel pecho elegido.

Entra en Roma el 3 de septiembre de 1770 y pasa las tres primeras noches en el hospicio de Saint Louis-des-Français; después, pesaroso quizá ante lo que entiende como un innecesario regalo, dormirá siempre al raso, en el quicio de una puerta, bajo un puente, al cobijo de una escalera, donde la noche le alcanza.

A fines del año siguiente va a Loreto —donde ya se detuvo al venir a Roma—, a visitar la Santa Casa. Su anual peregrinación a Loreto sólo fue interrumpida por la muerte. Benito José reza, en Fabiano, ante el sepulcro de San Romualdo, fundador de los camaldulenses, y en Bari, ante la tumba de San Nicolás.

También en Bari Benito José se postra en oración al pie de los presos de la cárcel, que se ven, a través de las rejas, desde la calle, y entre quienes reparte las limosnas que le dan.

Benito José tiene un pobre, un desdichado aspecto. Vestido de harapos, daba asco a casi todos y producía, sin embargo, una honda admiración en los menos. Cierta día, preguntado sobre la rara sustancia de que estaba hecho su corazón, respondió:

—De fuego para Dios, de carne para el prójimo, de bronce para conmigo mismo.

Su filosofía era la del pájaro del cielo, la de la poética avecilla que todo lo confía en Dios.

—Se ofende a Dios —dijo al cura de Cossignano— porque no se conoce su bondad.

En Roma se unía al Vía Crucis de los mendigos y, a diferencia de los mendigos, llegaba a rechazar lo que le daban. Nada quería porque nada, tampoco, le era menester. En la plaza Monte Cavallo, mientras dormía, tan breve y miserable era su carne mortal que con frecuencia era confundido con un perro. Por las noches rezaba ante las puertas de las ermitas y más de una vez fue apaleado por los anónimos golfos de la oscuridad. Benito José, bajo la lluvia de palos, sonreía y adoraba a Dios.

En Loreto, un clérigo, al verle sobre el duro suelo de la iglesia, le preguntó:

—¿No sabe, hermano, que el frío de la piedra y el aire colado del campanario pueden matarle?

Y Benito José, con la sonrisa de la bienaventuranza pintándosele en el semblante, le habló con su más humilde voz:

—Dios lo quiere así. Los pobres dormimos en el lugar donde nos llega la noche [] Los pobres no necesitamos buscar una cama demasiado cómoda [] Además, padre, me gusta estar solo con Dios.

El padre Temple, penitenciario de Loreto, dejó constancia escrita de los hechos de Benito José, que tanto le admiraran después de que tanto y tanto le hicieran dudar.

Un viejo noble persa, Jorge Zitli, antiguo gobernador de Teherán, que, convertido a la fe cristiana, tuvo que huir de su

tierra, se encontró a Benito José medio muerto de hambre y le dio de comer. El día antes Jorge Zitli había sabido de la milagrosa curación de un niño por aquel vagabundo de tan ruin aspecto. En una casa del camino en cuyo establo Benito José se había guarecido, una mujer rompió a gritar desesperadamente porque su único hijo, entre horribles dolores, se moría. Benito José salió de la cuadra, tocó la cabeza del niño y habló a la madre.

—Calmese, madre, vuestro hijo ya no llorara mas

El niño se quedó dormido y al cabo de varias horas se despertó, sano como una manzana. El milagro se había producido.

Benito José, andarín infatigable, recorrió durante ocho años los más renombrados santuarios de Europa. En España visitó Montserrat y Compostela.

En 1777, antes de llegar a los treinta años de aquel cuerpo que se quemó en el sacrificio, Benito José abandona la vida del vagabundo para quedarse en Roma, dedicado a la oración. De sus largas jornadas de caminante sólo le queda el rumbo de Loreto, adonde nunca faltó.

En 1780 —y en Loreto— conoció a Gaudencio Sori, el santero, y a Barba, su mujer, que le socorrían esforzándose en que Benito José no lo notase. El padre Almerici, que le confesaba a menudo, le preguntó dos años más tarde:

—¿Volvera el año que viene, hermano?

—No, padre

—¿Por que?

—Porque debo ir a mi patria —respondió, con diafana clave, Benito Jose

En el 1783 el padre Daffini, familiar del cardenal Achinto, vio a Benito José, en la iglesia de los Santos Apóstoles, circundado por un nimbo de luz. María Poeti, una piadosa mujer que solía rezar en la iglesia de Nuestra Señora de los Montes, vio resplandecer, en medio de la penumbra, la faz de Benito José, cuyo cuerpo se elevaba por encima del peldaño en que estaba arrodillado. El abate Luigi Pompei, en Santa María la Mayor, vio arder en llamas la cara de Benito José.

Nuestro vagabundo, ardiendo en su propia santa sustancia, se consumía a la vista de todos sus admirados y atónitos ami-

gos. El miércoles santo, después de asistir a los oficios, Benito José rodó las escaleras del templo. Todos le socorrieron y el carnicero Zaccarelli le llevó a su casa. Recibió la extremaunción y a la una de la mañana, mientras las campanas de Roma repicaban el anuncio de la Salve, Benito José Labre, claro espejo de vagabundos, cerró los ojos para siempre. Su alma, también para siempre, voló escoltada por el sonar de los clarines del gozo, hasta el alto cielo de los elegidos.

CAMILO JOSÉ CELA

Bibliografía

- AUDIGER-ROSIERE, *Vie du grand pénitent saint Benoît-Joseph Labre* (Poitiers 1906).
DESNOYERS, F. M. J., *Le vénérable Benoît Joseph Labre, célèbre pèlerin français: sa vie, ses vertus, ses miracles*, 2 vols. (Lille 1857).
DOYERE, P., OSB, *Benoît Labre: ermite pèlerin* (París 1948, última ed. 1983).
GAQUERE, F., *Le saint pauvre de Jesus-Christ* (Aviñón 1936; nueva ed. 1954).
MANTENAY, J., *Saint Benoît Labre (1748-1783)* (Les Saints, 63; París 1908, ⁶1924).
— Actualización:
HILAIRE, J. M. (dir.), *Benoît Labre: errance et sainteté, histoire d'un culte, 1783-1983. Actes du Colloque Benoît Labre, Arras, 23-24 avril 1983* (París 1984).
BREJON, H., *Benoît Labre: le pouilleux de Dieu* (París 1999).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN MAGNO DE ORKNEY

Mártir († 1116)

Nació en el último cuarto del siglo XI, hijo de un príncipe vikingo de las islas Orkneys. Cuando los noruegos se apoderan de las islas, el rey lo deja a él como gobernador o príncipe de las mismas. Pero viendo traición a su alrededor, marchó a Escocia, donde se convirtió a una vida de austeridad y piedad. Lo asesinó su primo Haakon el 16 de abril de 1116 más que nada por razones políticas, pero el pueblo vio en esta muerte un martirio y comenzó a darle culto religioso.

SAN DROGÓN

Recluso († 1186)

Nace hacia 1118 en Epinoy, en el Artois. Ya había muerto su padre cuando él nació, y su madre murió en el parto. Este hecho, cuando él luego lo supo, le llenó de un profundo sentimiento de tristeza y culpabilidad, pero luego evolucionó hacia una plena confianza en las disposiciones de Dios. A los 18 años se decidió por una vida retirada y penitente, hizo algunas peregrinaciones, y luego marchó a Sebourg, junto a Valenciennes, se colocó como pastor y pudo así vivir en la soledad de los campos con mucho tiempo para la vida interior. Unos años más tarde reemprendió las peregrinaciones, yendo varias veces a Roma, y pasando luego a vivir como recluso en una celda junto a la iglesia de Sebourg, desde la que podía oír la santa misa. Ahí estuvo muchos años, alimentándose de pan y agua. Muerto el 16 de abril de 1186, fue enseguida venerado como santo.

SAN CONTARDO D'ESTE

Peregrino († 1249)

Renunciando a una buena posición social y abrazándose a una extrema pobreza, dejó Rímìni en traje de peregrino y emprende el camino hacia Santiago de Compostela, pero cuando pasaba por Broni, en la diócesis de Tortona, le sorprende la muerte. Al tiempo de su muerte se suceden los milagros y comienza a divulgarse la santidad del humilde peregrino. Era el 16 de abril de 1249.

BEATOS PEDRO DELEPINE Y COMPAÑEROS

Mártires († 1794)

El 16 de abril de 1794 fueron guillotinado en Angers veintiséis seglares católicos, para cuya muerte no hubo otra causa que el mantenimiento por su parte de su religiosidad católica, que quería ser ahogada por las medidas del terror. Eran dos hombres y veinticuatro mujeres: Pedro Delepine y Juan Mé-

nard; nueve eran viudas: Renata Bourgeois, Juana Gourdon, María Guingueneau, Francisca Michoneau, Juana Onillon, Renata Séchet, María Roger, Francisca Suhard, y Juana Thomas; seis mujeres casadas: Magdalena Cady, María Pitou, Petrina Potier, Renata Rigault, Juana Leduc y Magdalena Sallé; y otras nueve solteras: María Genoveva y su hermana Marta Poulain de la Forestrie, Petrina Bourigault, María Forestier, María Lardeux, Petrina Laurent, Ana Maugrain, Margarita Robin y María Ro-chard. Todos ellos fueron beatificados el 19 de febrero de 1984.

17 de abril

A) MARTIROLOGIO

1 En Melitene (Armenia), los santos Pedro, diácono, y Hermógenes, mártires (s. IV).

2. En Persia, la pasión de San Simeón Bar Sabas († 341), obispo de Seleucia y Ctesifonte *.

3. En la misma Persia, muchos mártires que dieron su vida por Cristo tras el martirio de San Simeón, entre ellos San Ustazades, eunuco de la casa real († 341) *.

4. En Tortona, San Inocencio (s. IV), obispo.

5. En Melitene (Armenia), San Acacio († 435), obispo.

6. En Vienne (Borgoña), San Pantágato († 540), obispo.

7. En la isla de Eigg (Escocia), San Donán, abad, y cincuenta y dos monjes († 617), mártires *.

8. En Córdoba (España), los santos Elías, presbítero, Pablo e Isidoro († 856), monjes, mártires *.

9. En Chaise-Dieu (Francia), San Roberto († 1067), abad **.

10. En el monasterio de Molesmes, San Roberto († 1111), abad, *cuya memoria celebran benedictinos y cistercienses el 26 de enero* *.

11. En Perugia (Umbria), Beato Santiago de Cerqueto († 1367), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín *.

12. En Pisa (Toscana), Beata Clara Gambacorta († 1419), monja dominica *.

13. En Madrid, Beata Mariana (María Ana) de Jesús Navarro († 1624), virgen, terciaria mercedaria **.

14. En Londres (Inglaterra), Beato Enrique Heath († 1643), presbítero, de la Orden de Menores, mártir bajo el reinado de Carlos I *.

15. En Sault (Canadá), Beata Catalina Tekakwitha († 1680), virgen **.

SAN ROBERTO DE CHAISE-DIEU

Abad († 1067)

Entre los siglos XI y XII se da una crisis del monacato que se caracteriza por una doble aspiración: el retorno a la soledad, al eremitismo más o menos íntegral, y una vuelta a una pobreza exigente y austera, que libre a los monjes, y en particular a los abades, de los negocios mundanos (como viajes, pleitos) y de los problemas de la administración. El movimiento comenzó en Italia con San Romualdo, fundador de la Camáldula, y con San Juan Gualberto, el fundador de Vallombrosa, y se extendió a Francia, donde su primera manifestación parece encontrarse con la fundación de la Chaise-Dieu, Grandmont, la Cartuja, Cîteaux y Fontevrault.

San Roberto de Turlande o más tarde llamado por su fundación «de Chaise-Dieu», está, pues, en los inicios franceses de una vuelta a las raíces del monacato primitivo. Nació hacia 1001 de una noble familia de la Auvernia, siendo sus padres Gerardo de Turlande y Raingarda. Su tío, Rencón, era obispo de Clermont y quizá también estaba emparentado con la familia de San Odilón, abad de Cluny. A los 18 años de edad, con anuencia de sus padres, ingresó en el monasterio de canónigos regulares en el priorato de San Julián de Brioude. En el monasterio reposaba el cuerpo de San Julián, ante el cual se postraban, para pedir su intercesión, multitud de pobres y peregrinos; además los canónigos se convertían en caballeros armados cada vez que era necesario salir al paso de los que invadían sus territorios y bienes. Ocho años más tarde, en 1028, Roberto se convertía en uno más de la comunidad, tras ordenarse como sacerdote. A pesar de su juventud se le dio el cargo de administrar los bienes de la comunidad.

Sin embargo la vida canonical no le acababa de llenar. Con el dinero de su herencia había edificado un hospital para mejor atender a los pobres y peregrinos que acudían a San Julián, pero aun así no estaba satisfecho. Deseaba una vida más interiorizada, más dedicada al silencio y a la oración. Comenzó a pensar si no sería su vocación el hacerse monje de Cluny, entonces tan

florecente, pero al conocer los hermanos sus propósitos trataron de disuadirle, lo que, al parecer, lograron.

Tras este episodio, cayo postrado en una tan grave enfermedad que le creyeron al borde de la muerte. Pudo al fin recuperarse y Roberto creyó que había sido una señal divina que le impulsaba a una vida nueva. Como acción de gracias de su curación quiso hacer una peregrinación a Roma. Allí pudo postarse ante la tumba de los apóstoles Pedro y Pablo. A continuación viajó a Montecasino para impregnarse de la tradición monástica, como habían hecho, antes que él, otros reformadores. Se cuenta que en el viaje de regreso se encontró con un caballero militar, Dalmacio, con grandes inquietudes espirituales; Roberto le animó a entregarse a Dios sin reservas en algún lugar oculto, al amparo de la única mirada de Dios. Dalmacio le contestó que estaba dispuesto a hacerlo pero bajo su dirección. Vio Roberto en todo esto una nueva señal de Dios en su vida. Animado, pues, por la fe y sus inquietudes espirituales, a su regreso, habiéndosele unido otro compañero, Esteban, se establecieron en un paraje boscoso y retirado llamado Livradois, no lejos, relativamente, de su antiguo convento de Brioude. Los inicios de este pequeño grupo no estuvieron exentos de dificultades por la novedad de su vida: eremitas austerísimos y pobres durante unos días de la semana y predicadores y animadores de la pastoral cristiana de los pueblos de su alrededor en los días festivos. No cayeron bien al principio, incluso entre los campesinos, muchos de ellos prácticamente paganos, a los que trataban de asistir y ayudar; pero, poco a poco, se los fueron atrayendo con su solicitud y buenos ejemplos. En realidad, inicialmente no trataron de edificar un monasterio al uso, sino que vivían en pequeñas chozas de troncos y ramas y subsistiendo con los frutos del bosque y de las limosnas de los pobres vecinos a los que predicaban con entusiasmo la palabra de Dios. No tardaron en empezar a afluir las vocaciones, incluso de entre los mismos que antes los habían rechazado.

El tío de Roberto, el obispo de Clermont, a cuya diócesis pertenecía el lugar, lo convenció para que las cosas se hicieran regularmente, conforme a las normas eclesiásticas y para que adoptasen la Regla de San Benito. Así pues, en 1050, Roberto

erigió canónicamente el Monasterio que enseguida fue conocido como «Casa de Dios» (Chaise-Dieu) porque en ella eran todos acogidos, especialmente los pobres y desvalidos; el templo que se levantó fue dedicado a San Vital y a San Agrícola. Como era costumbre, el monasterio fue recibiendo pueblos e iglesias a las que tenían que asistir y recibir sus diezmos; pero no se habló de exención, por lo que los nuevos monjes, a diferencia de los de Cluny, estaban sometidos, en todo, al gobierno pastoral del obispo diocesano.

La nueva abadía prosperó rápidamente y en 1052 obtuvo del papa León IX la protección apostólica y la del rey de Francia, Enrique I, pero sin otorgarle la exención episcopal. El aflujo de vocaciones y de bienes materiales impulsó a Roberto a crear, a lo largo de todo el Macizo Central de Francia, una multitud de pequeñas casas, atendidas por dos, tres, y hasta siete monjes que viviendo con fervor la vida, entre cenobítica y ermitaña, atendiesen pastoralmente a los pobres campesinos y pastores de su entorno. También fundó Roberto un monasterio femenino en Comps (Puy-de-Dôme).

Ciertamente las numerosas vocaciones, la multitud de pequeñas casas (unas cincuenta en vida de Roberto), y la afluencia de bienes, a los que hay que defender y administrar, eran un peligro para la primitiva aspiración de austeridad y pobreza, pero Roberto vigiló durante su vida para que no hubiera desviaciones en esta materia, de modo que los monjes vivieran pobremente y los bienes fueran administrados para remedio de los pobres y peregrinos. Al morir Roberto pudo exclamar: «Siempre he querido que el ahorro egoísta y la sórdida avaricia no encuentren entre nosotros ni el más pequeño resquicio». Su congregación se extendió por numerosas regiones y países, llegando hasta España. Uno de los monjes de Chaise-Dieu, San Lesmes (Adelelmo), vino a Castilla como confesor de la Reina y edificó en Burgos el Monasterio de San Juan, siendo, aún hoy, el patrón de la capital burgalesa.

Roberto murió en su monasterio de Chaise-Dieu el 17 de abril de 1067. La noticia de su muerte se difundió tan velozmente, que miles de pobres y peregrinos vinieron al monasterio a venerar sus restos mortales y suplicar su intercesión ante el

Señor. A causa de la ingente muchedumbre de fieles puestos en camino para venerarle, el entierro tuvo que retrasarse hasta el 24 de abril. Su cuerpo, lavado con vino aromatizado e introducido en un saco de piel de ciervo, fue sepultado a la entrada de la iglesia del monasterio donde todos los fieles, a su paso, pudieran postrarse y venerarle. Este culto popular fue sancionado enseguida por el papa Alejandro, que sólo tres años más tarde, en 1070, permitía poder celebrar su fiesta el día de su enterramiento. Una «canonización» más oficial tuvo lugar en 1351 cuando Clemente VI, que había sido monje de Chaise-Dieu, lo inscribió oficialmente en el martirologio (esta vez el 17 de abril), y mandó que su cuerpo se trasladase de la puerta de la iglesia hasta depositarlo bajo el altar mayor de la iglesia abacial.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

CALPENA Y ÁVILA, L., *La luz de la fe*, IV (Madrid 1880) 357-360.

EDELVIVES, *El santo de cada día*. II: *Marzo-Abril* (Zaragoza 1946) 483-491.

BEATA MARLANA (MARÍA ANA) DE JESÚS NAVARRO

Virgen, mercedaria († 1624)

Madrid, que había sido transformada hacía sólo cuatro años de Villa en Corte, fue declarada definitivamente como capital de España por voluntad de Felipe II, lo que lleva consigo ser habitada por la nobleza, la diplomacia, los capitanes de Tercios, los ejércitos, los artistas, pintores, literatos y también por una gran cantidad de pobres y maleantes.

Por aquel entonces vivía en Madrid un hombre sencillo y sin relevancia social alguna. Era uno de tantos empleados del Reino; se llamaba Luis Navarro Ladrón de Guevara, natural de Estella (Navarra). Casó con Juana Romero, natural de Villalpando, en el reino de Aragón, ambos eran «cristianos viejos, limpios de toda mala raza», como afirmó alguien en el interrogatorio del Proceso. Dios los bendijo con seis hijos. Vivían en el n. 4 de la calle Santiago, aunque la inscripción, que data de 1924, se-

ñala, por error, el n. 2. Se la llamaba la *Casa de la hoz* porque esta forma tenía la confluencia de las calles Santiago y Espejo. Aquí nació Mariana, que fue la primogénita, el miércoles 17 de enero de 1565, día de San Mariano. Fue bautizada el domingo siguiente, día 21, en la parroquia de Santiago de los Octoes. Le pusieron por nombre María, aunque siempre la llamaron *Mariana* por el santo del día en que nació. Hizo su primera comunión antes de los 8 años, cosa excepcional entonces, en la parroquia de San Miguel que quedaba cerca de su casa.

Su madre murió cuando ella tenía sólo 9 años y su padre se volvió a casar en segundas nupcias con M.^a Jerónima de Pinedo antes de cumplirse un año de la muerte de Juana. De este segundo matrimonio nacieron otros cinco hijos. Fueron dos matrimonios de los que más tarde se llamarían «estado llano», es decir, ni nobles ni plebeyos. Su padre fue pelletero, pellejero o peletero de la Corte. Era un miembro más de la Hermandad de Nuestra Señora del Remedio, sita en la iglesia parroquia de San Salvador. Tenía oficiales que trabajaban a sus órdenes.

La madre fue siempre para Mariana guía y confidente; por eso la echó siempre tanto de menos, pues la madrastra, aun siendo buena, no llegó a entenderla ni a comprender su espíritu totalmente, al menos al principio, lo que le causó grandes sufrimientos. En esta casa de la calle Santiago vivieron al menos desde 1564 hasta 1600, fecha en que Felipe III trasladó la Corte a Valladolid y, por tanto, tuvo que irse también Luis Navarro con su familia.

Mariana, al ser la mayor, se hizo cargo desde muy pequeña de sus cinco hermanos. Esto la llevó a ser, desde sus primeros años, muy responsable y a trabajar con sus manos para ayudar así a las grandes necesidades familiares, ya que esta numerosa familia vivía exclusivamente de su trabajo. Ella, además de las faenas ordinarias de la casa, cosía y punteaba sobre el paño brocado y la almohadilla de bolillos. Tuvo una gran intimidad con sus cinco hermanos de los que se preocupó en todo momento y en todos los aspectos de la vida, así como de su formación humana, moral y religiosa, sobre todo de su hermana Luisa, que la seguía; su hermano Pedro ocupará el puesto de su padre en la Corte cuando éste se jubile.

Mariana en su físico no era ni guapa ni fea, era diremos una chica «mona». De estatura más bien pequeña, medía 1,50. Su rostro, sin ser bello, estaba iluminado de gracia, dulzura y encanto femenino, y sobre todo traslucía un alma sencilla y virtuosa. Conocemos su rostro gracias al pintor italiano Vicente Carducci, que pintó varios cuadros de la Beata para diversos lugares de los conventos mercedarios, y después de muerta hizo de su rostro tres mascarillas. Al ser una joven que frecuentaba la Corte vestía bien y con gusto. Como a otras jóvenes le gustaba salir y aparentar. Su padre y madrastra acuerdan casarla, cuando tenía 22 años, con un pretendiente digno de ella.

Pedro de Urbina, que sería «capitán de los Tercios Azules». A este tiempo de su juventud y noviazgo se refieren, sin duda, aquellas palabras suyas: «Como las demás, tuve mis cabezadillas y sueñecillos en orden al adorno y compostura que algunas doncellas acostumbran para parecer bien». Estas relaciones le duraron sólo un año, pues Dios la había elegido para él y pronto se lo hizo ver «oyendo un sermón de un fraile descalzo», dice ella, y de otras mil maneras. La victoria nos la cuenta ella misma diciendo: «Cuando Dios llama de veras, ¿quién podrá resistirle?», y decidida, renuncia a sus joyas, se corta el cabello y decide consagrarse al Señor y después de algunos días de oración y penitencia hizo voto de virginidad en la iglesia de San Miguel.

Su decisión estaba tomada y ya nada la haría cambiar, a pesar de la oposición de su padre y de muchos disgustos familiares. Ella lo expresa así: «Todos se volvieron contra mí, tratándome con aspereza y rigor... echándome a la cocina y mostrando gran sentimiento de que no les hubiera dado ese gusto».

Durante once años no cesó la persecución; fue recluida en un desván, a pan y agua, y tratada con mucha dureza, siendo Dios el único consuelo de su alma. Debido a estos padecimientos quiso recluirse en un claustro, pero encontró todas las puertas cerradas; decidió salirse de casa y buscar en Ocaña un refugio de tranquilidad, pero pronto se arrepintió y se volvió deseando siempre cumplir la voluntad de Dios.

No tardaron su padre y madrastra en cambiar de opinión y le dieron permiso para que saliese y visitase las iglesias cercanas; allí oró y le pidió a Dios que le facilitase el camino. Comulgaba los

jueves y domingos, oraba día y noche, se mortificaba, se imponía duras penitencias: cilicios, disciplinas, ayunos, dormía sobre una tabla o en el suelo; y para agradar al Señor e imitarle, siempre «traía en el pecho una corona de espinas, con tan gran deleite como si trajera un ramillete de flores [...] y también usaba una cuerda a la garganta en recuerdo de la que le pusieron al Señor».

Busca consuelo sólo en Jesús; pasa largas horas ante el Sagrario, ora intensamente, busca agradar a Dios, lee vidas de santos, escoge a Santa Catalina de Siena «por compañera y guía», procurando imitarla «en lo que buenamente podía», aun advirtiendo que eran dos caracteres completamente distintos la hija del peletero madrileño y la del tintorero italiano.

Mariana, consciente de su pequeñez y limitaciones, trata de buscar un timonel que la conduzca a Dios, un director espiritual que la aconseje y le abra horizontes hacia el amor, la gracia y el Infinito. Ya conocía al párroco de San Miguel, con quien también se confesó su madre y ella misma desde su Primera Comunión. Más tarde le acompañará fray Antonio del Espíritu Santo, franciscano descalzo del convento de San Bernardino, durante once años, y fue el que despertó en ella su entrega y consagración a Dios. Pero deseando más unión con Dios y mayor entrega a la oración busca y encuentra a fray Juan Bautista González del Santísimo Sacramento, mercedario descalzo que había llegado a la capilla de los Remedios y es el que va a conducir a Mariana a su definitiva entrega a Dios ya como mercedaria de la Orden Tercera, y va a inculcarle deseos de llegar a ser santa. La dirigirá desde 1598 a 1616 y es ella misma la que dirá que «hizo gran provecho en mi alma en muy breve espacio...».

Durante la estancia de la Corte en Valladolid (1601-1606) fue el dominico fray Antonio de la Puente, del convento de San Pablo, quien la dirigió. Era hombre de gran virtud y celo apostólico, y cuando Mariana regresó a Madrid siguió comunicándose por carta con él. El último confesor que tuvo fue el mercedario fray Juan Maroto de San José, de la iglesia de Santa Bárbara, de Madrid, por encargo del padre Juan Bautista González que era ya muy anciano.

Cuando vuelve la Corte a Madrid, a principio de 1606, Luis Navarro y su familia regresan también. Mariana siente ansias de

soledad, y con el permiso de su padre se retira a vivir a una casita de adobes a las afueras de Madrid, enfrente de la ermita de Santa Bárbara recién inaugurada. Éste va a ser el escenario de tantas maravillas que Dios va a hacer en su vida. Vivirá con ella su criada Catalina de Cristo, en otro departamento, separado del de Mariana por una esterilla. Ésta era una mujer totalmente distinta a ella, áspera y colérica, que la hizo sufrir mucho. Sin embargo, Catalina quería a Mariana, la sirvió desinteresadamente 19 años y fue el instrumento del que Dios se sirvió para purificarla.

Aquí vivió sólo cuatro años; de esta casita fue arrojada violentamente una tarde por la nueva dueña. De aquí pasó a vivir, como una pobre, a un *portalejo* que era donde se guardaban las herramientas de los empleados del convento de Santa Bárbara. Allí, con la ayuda de Dios y las limosnas que sus admiradores le daban, le construyeron una casita, pobre y destartada, donde vivió con su criada desde 1612 a 1620. Al lado había un jardín con una cruz donde ella oraba con los brazos abiertos para imitar a su Maestro. Cuando de noche oía la campana que llamaba a los frailes a la oración de Maitines, ella se levantaba también, oraba por las necesidades de todos los madrileños, a los que ella tanto quería, oía todas las misas que le era posible, comulgaba y presentaba a Dios las necesidades de todos los hombres. Ayunaba constantemente, casi todos los días vivía sólo a pan y agua, y entre comidas nunca probaba el agua, aunque hiciese un calor sofocante. Dice de ella Catalina de Cristo: «No comía sino al mediodía y a la noche, y eso en tan corta cantidad que parecía imposible pudiera sostenerse».

Vivió su vida desde la espiritualidad mercedaria, los frailes la respetaban y admiraban. Su virtud manifiesta llevó al padre Provincial a concederle vestir el hábito de mercedaria. Ella no se decidía porque se consideraba indigna de este honor, pero por obediencia tomó el hábito blanco de la Merced, el día 4 de abril, como Donada o Terciaria. Era el Jueves Santo de 1613, y el 20 de mayo del año siguiente profesó ante el Maestro General de la Orden padre Felipe Guimerán. Profesará como Mariana de Jesús. ¡De Jesús! Siempre había sido suya, y ahora públicamente, y ante la Iglesia, lo ratificó. El hábito le ayudará y con la

profesión religiosa lo selló ante Dios y ante los hombres. Ella, por humildad, sólo lo vestía en privado, pues era consciente de que no podía ser monja debido a su poca salud. Tuvo en su vida muchas enfermedades; sobre todo a partir de los 33 años vivió casi tullida de pies y manos, con una supuración en el interior del pecho, con el recto caído, una gran carga en las espaldas y un fuerte y continuo dolor de costado, que ella soportó con paciencia y amor confiando siempre en Dios.

A partir de su profesión religiosa ya es sólo para Jesús. Esta entrega la notan los hombres, sobre todo los más pobres en lo humano y a la vez los más necesitados en el espíritu. Se multiplican los sucesos maravillosos que ella siente y que la gente ya propaga. Pasan por su casita muchos para exponerle sus necesidades, dudas e inquietudes; todos reciben de ella ayuda, esperanza y consuelo. Su caridad con todos no tiene medida, no conoce límites, ni distingue a personas: todos son sus hermanos porque todos son hijos de Dios y en todos reconoce al mismo Jesús.

Los PP. Mercedarios concluyeron la iglesia de Santa Bárbara, fue abierta al culto y a ella trasladaron el Santísimo Sacramento, que hasta entonces estaba en la ermita. Mariana de Jesús ha tenido mucho que ver en la terminación de la obra, pues han sido muchos los días que, a pie o subida a un borriquillo, ha ido por las calles y casas de sus amistades adineradas pidiéndoles, mandada por su confesor fray Juan Maroto de San José, un donativo para la terminación de la iglesia, la redención de cautivos y el socorro de los necesitados. Su íntima amiga, Doña Elvira Manrique de Lara, gran protectora de la obra de la iglesia, mandó hacer para sí unos apartamentos con tribunas a la iglesia e independientes del convento; desde allí se podía oír misa y asistir a los divinos oficios. Doña Elvira cedió estas habitaciones a Mariana, que vivió aquí hasta su muerte, siendo la gran adoradora de Jesús Sacramentado y celadora de la Santísima Virgen de la Merced, sus dos grandes amores. Mariana fue una enamorada de la eucaristía; tendrá, desde su atalaya, fervientes y continuos diálogos de amor con Jesús; comulgará con mucha frecuencia; algunos de sus biógrafos la consideran como la «precursora de los Jueves Eucarísticos».

Todo su afán era identificarse con Cristo crucificado. De ahí la perenne corona de espinas en la cabeza y el pecho, la cruz sobre sus espaldas, los cilicios y las duras penitencias, las enfermedades dolorosas soportadas con paciencia, su amor entrañable a la Virgen de la Merced, a la que llamaba siempre «Nuestra Madre»; el amor al prójimo por el que deseaba entregar su vida; consumió sus fuerzas en bien de los más necesitados: presos, enfermos, desconsolados y tristes. Todo el que tenía algún problema o necesidad, bien humana, económica o espiritual, recurría a Mariana que atendía y socorría a todos: redimió miserias, pagó dotes religiosas y casamientos de pobres, unió a matrimonios desavenidos, confortó a los tristes. Y esto desde la reina de España y miembros de la nobleza hasta los más plebeyos: todos acudían a suplicar a sor Mariana de Jesús; y todos regresaban confortados y felices.

No tenía tiempo para sí, todas las horas del día eran para los necesitados y las de la noche para Dios. Complacía a todos: desde los más pobres a las reinas Margarita de Austria e Isabel de Borbón, a las que iba a visitar a palacio, llamada por ellas, y acompañaba a las Descalzas Reales; no se negaba a nada: hacía de madrina de muchos niños, bien porque eran pobres o porque se lo solicitaba la misma nobleza, así sabemos que fue madrina del séptimo Duque de Alba, de un hijo de los marqueses de la Laguna y de otros muchos. Se corrió la voz por Madrid y todos decían: «Vamos a ver a la Santa», otros la llamaban «Peregrina del bien y de la paz», y todos se animaban diciendo: «Vamos a ver a la Santa del convento de Santa Bárbara». Todos la admiraban y veneraban como santa.

Los últimos días de su vida, como si ya presintiese el desenlace final, los pasó Mariana en oración y en constante y profunda adoración a Dios. No se movía de su tribuna y su mirada y su corazón estaban imantados hacia el Santísimo Sacramento. En la iglesia de Santa Bárbara se nota un gran revuelo; acude la gente: el jueves, 11 de abril, ha sentido un fuerte dolor de costado. Era la primera llamada del Esposo. La pleuresía la invade totalmente. El lunes 15, los médicos temieron lo peor. El padre Comendador la confesó, le administró la santa unción de enfermos y el viático; minutos después, y fijos los ojos en un cuadro

que representa a Jesús llagado, expira, con los nombres de Jesús y María en los labios y el crucifijo entre las manos. Son las nueve de la noche del miércoles 17 de abril de 1624. Tenía 59 años.

La noticia de la muerte de Mariana corrió por todo Madrid. De inmediato se llenó la iglesia de gente que quería verla y tocarla. En el presbiterio, sobre un tablado, yace su cuerpo flexible y exhalando una fragancia especial. Su rostro parecía sonreír. El día 19 le dieron sepultura en presencia de todas las autoridades. Todo Madrid quería despedir a su mejor tesoro. El féretro fue depositado debajo del altar mayor de la iglesia de Santa Bárbara.

El día 31 de agosto de 1627, como última diligencia del Proceso, se hizo la inspección del cuerpo, que ya había sido trasladado a una de las capillas, que empezó a llamarse «de la madre Mariana». Examinado por los doctores de la Casa Real, lo hallaron incorrupto. El segundo examen tuvo lugar el 5 de abril de 1731, con el mismo dictamen médico; la tercera y última vez fue el 16 de julio de 1924, al celebrarse el tercer centenario de su muerte. Se abrió la urna y el cuerpo seguía incorrupto y fragante. Era el primer milagro de Mariana de Jesús. El segundo fue la curación de una parálisis con atrofia que sufrió el soldado Pedro Fernández, quien rezando en la capilla donde estaba el sepulcro, el día 1 de junio de 1766, se sintió repentinamente curado.

El 12 de octubre de 1628 la Villa de Madrid se dirigió al papa Urbano VIII, rogándole que se acelerase la beatificación de la «Madre Mariana de Jesús, por ser hija suya y por la ejemplar vida que tuvo»... El 9 de agosto de 1761 el papa Clemente XII declaró que la sierva de Dios Mariana de Jesús había practicado todas las virtudes en grado heroico, noticia que se conoció en Madrid el 2 de septiembre, y llenó a todos sus habitantes de inmensa alegría. En 1838 su cuerpo fue trasladado desde el convento de Santa Bárbara a la iglesia de Madres Mercedarias de Don Juan de Alarcón, de Madrid, donde permanece aún hoy incorrupto. Y finalmente llegó la gran noticia que llenó de gozo a todos los madrileños: el 18 de enero de 1783 fue beatificada en Roma por el papa Pío VI.

Mariana de Jesús dejó escritos: una autobiografía, sentencias espirituales, versos sobre la humildad y algunas cartas, de las

que se conservan seis. La *Autobiografía* la escribió en 1615, en la «Casita» en que vivió, a la vera del convento de Santa Bárbara. Lo hizo por mandato del General, padre Felipe Guimerán. El original no lleva título alguno; parte de ella la escribió su confesor fray Juan Bautista González del Santísimo Sacramento. Mariana la dictó y un amanuense la copió. Son confesiones o cantos a la misericordia de Dios. Se hicieron sólo dos ediciones. Ella llamaba a sus *Poemas* «bocaditos de oro». Las *Sentencias* son poemitas en verso en los que va desgranando su doctrina sobre las virtudes.

Entre Mariana y la gente de Madrid se dio y se sigue dando un recíproco y profundo amor. Ella fue madrileña por los cuatro costados: aquí nació, vivió, fue bautizada, hizo su Primera Comunión, se relacionó con todos, influyó decisivamente en la canonización de San Isidro (1622), hizo milagros y murió; después de muerta, le dejó su cuerpo incorrupto como señal de perdurable amor, y desde el cielo sigue acordándose y protegiéndolos a todos. Y por su parte, Madrid la consideró siempre como algo suyo: sus biógrafos la proclaman como «corona», «azucena» o «estrella» de Madrid, la «embajadora» de Dios para Madrid. Su gente siempre la admiró, le dispensó cariño y agradecimiento, la proclamaba como santa e iban a ella en espera de milagros pues la consideraban como la gran taumaturga de Madrid.

Por acuerdo del Ayuntamiento, en 1636 se colocó la estatua de la Beata en la antigua puerta de Alcalá, a la izquierda de Nuestra Señora de la Merced, que ocupó el nicho central, quedando a la derecha la de San Pedro Nolasco. Esta puerta fue derribada el año 1764. Asimismo el Ayuntamiento colocó en la sala Consistorial y en su capilla la efigie de la Beata Mariana. El biógrafo Presentación, en el año 1673, refiriéndose a la Villa de Madrid, asegura:

«Hoy están eligiéndola (a la Venerable Mariana) por Patrona, para cuando por la Santa Sede Apostólica sea puesta en el número de las Santas canonizadas en compañía del glorioso san Isidro Labrador [...] Así sabe esta católica República honrar sus beneméritos hijos».

Y en su *Vida manuscrita de Mariana*, antes del año 1657, había dicho:

«Mostrando su gran devoción la admitió (Madrid) por Patrona, en compañía de san Isidro Labrador y mandó poner su retrato en la puerta principal de Alcalá...».

En la actualidad, la ciudad de Madrid tiene dedicadas a la Beata Mariana de Jesús: una de sus plazas, una parroquia, un hospital-asilo, y en varias iglesias de Madrid y capillas de los frailes y madres Mercedarias están dedicados a su memoria: retablos, altares y hermosas imágenes. Y si «amor con amor se paga», el desvelo, la entrega y el servicio amoroso de la Beata Mariana de Jesús a los habitantes de Madrid, éstos se lo pagan con la veneración y el recuerdo agradecido.

PEDRO RIESCO PONTEJO, OP

Bibliografía

Acta sanctorum, t.VIII cols.1.032-1.033.

GOMEZ DOMINGUEZ, E , O. de M., *La Madre Mariana (Aportaciones a la biografía de una madrileña)* (Madrid 1965).

PEREIRA, M., *Mariana de Jesús, mercedaria: La taumaturga madrileña, Bta. Mariana de Jesús, mercedaria: notas de su vida* (2.ª ed. de «Madrid guarda un tesoro») (Madrid 1961).

VAZQUEZ, L., O de M., «Beata Mariana de Jesús, Virgen», en J. A. MARTINEZ PUCHE (dir), *Nuevo año cristiano. Marzo* (Madrid 2000) 201-204.

BEATA CATALINA TEKAKWITHA

Virgen († 1680)

El papa Juan Pablo II, en la solemne liturgia de la beatificación —22 de junio de 1980—, la reconoció una «genuina piel roja», presentándola al mundo como

«La primera virgen iroquesa que, en Norteamérica, renovó, en el siglo XVII, los prodigios de santidad de Santa Escolástica, Santa Gertrudis, Santa Catalina de Sena, Santa Ángela de Méici, Santa Rosa de Lima; precediendo, en el camino del amor, a su gran hermana espiritual Teresa del Niño Jesús».

La admiración, la simpatía y el cariño populares han escrito en un monumental bloque granítico:

«Catalina Tekakwitha. 17 de abril de 1680. La flor más bella que jamás nació entre los indios».

Una grabación más que centenaria justificando el recuerdo de piedra de Aurisville, en la ribera del San Lorenzo, poblada tres siglos y medio atrás por los feroces y belicosos mohawks. Actual demarcación estatal de Nueva York, diócesis de Albany.

Con razón muy orgullosos los descendientes de los hombres y las mujeres de cabeza emplumada y hacha en alto. Y, naturalmente, también legítimamente orgulloso el mundo cristiano.

La realidad biográfica y su ambientación histórica ponen marcha atrás.

A los años 1650 y tantos. Cuando la ambición de riquezas y la fiebre de dominio, despertadas tras las impresionantes hazañas de Cristóbal Colon y Vasco de Gama, habían empujado a los navegantes españoles y portugueses, amparados en su favorable posición y en la estimulada vocación marinera, a la conquista de nuevas tierras.

Cuando, sobre el Atlántico, un furibundo vendaval de intereses políticos empujaba conquistadores y armas, colonizadores y misioneros hacia la apetitosa geografía virgen norteamericana.

Un escenario donde, con armas en la mano, discutirían protagonismo Gran Bretaña y Francia. Implicando en el enfrentamiento sangriento a los respectivos nativos, iroqueses y algonquinos...

Traís
Precisamente ~~sangre~~ de los susodichos indios —tribus tradicionalmente irreconciliables— corría por las venas de Tekakwitha, hija del guerrero iroqués y futuro cacique Keñoronkwa y de Kahenta, una agraciada algonquina nacida y bautizada en la aldea canadiense de ~~Enos~~ Rivière. Arrancada de su cabaña en una de las repetidas incursiones enemigas y, contrariamente a los usos ancestrales, honrada con especial consideración. Pero con la imposición marital de educar a los hijos en la religion tradicional, idolátrica y supersticiosa, de la tribu.

Tekakwitha vino al mundo en el antaño país de los mohawks. En el fuerte de Gandaouague, en Ossernenon En la desembocadura del Hudson, junto a Fort Orange que es la actual Aurisville. Supuestamente en el año 1656.

Los temibles mohawks o *pieles rojas* cultivaban maíz, judías y chayoteras en los regadíos del referido Hudson, del Richelieu y

del Mohawk, en cuyos márgenes fluviales compartían largas cabañas, estructuradas sobre gruesos troncos clavados en el suelo, revestidos de ramaje, y abovedadas con cortezas de árbol. Siempre más de una familia; no raramente hasta veinte o treinta. En departamento individual, pero con una fogata para cada cuatro. Sin ventanas, con agujeros también compartidos que daban salida al humo y entrada a la luz.

Verdaderas *casas grandes*, como las llamaban, formando populosas aldeas.

También tallaban madera, coloreaban y adornaban pieles, que convertían en prendas de vestir y calzado, y elaboraban objetos de cerámica y de cestería. Y, por supuesto, guerreaban. La guerra, la caza y la pesca, a cargo de los indios, borrachos, jugadores, fumadores, gandules.

Para ellas quedaban la recogida de frutos del bosque, el cuidado de la cabaña, la atención a la cocina, el acarreo de agua y leña, las tareas agrícolas y las referidas labores artesanales...

Integrantes de la temible federación tribal *Liga Iroquesa* o *Liga de las Cinco Naciones*, indiscutiblemente los mohawks eran campeones en ferocidad y salvajismo. Altotes, ágiles y robustos, arrasaban plantaciones y quemaban cabañas y esclavizaban, torturaban y mataban prisioneros cuya carne, en ocasiones, comían.

La guerra para ellos era poco menos que un deporte. Siempre con el hacha en alto. Contra los colonizadores —franceses, ingleses, holandeses— que les habían invadido, les explotaban y les arrinconaban. O abriendo compuertas al endémico odio tribal a las etnias norteamericanas, particularmente a los indios hurones y algonquinos. Y progresivamente despectivos, hostiles, torturadores y sangrientos cuando se dio la presencia jesuítica gala, pionera en la evangelización del país.

Nada menos que ocho misioneros martirizados entre 1642 y 1649. Por manos iroquesas. Pero armadas por los colonos extranjeros, recelosos de la actuación y la predicación religiosas, contrarias a las desmesuradas ambiciones coloniales...

Fue el marco histórico y social, la ambientación de la infancia y la juventud de nuestra *piel roja*.

La traducción correcta del autóctono *Tekakwitha* debe leerse *niña que empuja con las manos*. En alusión a la crónica enfermedad

ocular que, en ocasiones, la obligaba a tantear para asegurarse los pasos. Hasta los ocho años fue *Ioragode* o *Brillo de sol*...

Sol apagado por la viruela, de exportación europea, que oscureció sus cuatro hermosas primaveras. Una terrible epidemia que le robó al hermanito de dos años, la dejó huérfana total, desgraciado el rostro y las pupilas marchitas, casi muertas. Una cara hecha un adefesio; fea, terriblemente fea.

Y la apartó de Aurisville. Refugiando su soledad, su desamparo, sus lágrimas el desconsuelo, el dolor en la cabaña del tío paterno Lowerano, jefe de la tribu, que le ofrece la compañía personal, de dos mujeres —hermana y esposa— y de la pequeña Enita, también ahijada. Y, por supuesto, cariño, cuidados, educación, porvenir...

Inicialmente en Gandaouage, que sería arrasado por los franceses y resucitaría sucesivamente en la orilla fluvial y sobre una colina y acabaría llamándose Caughnawaga...

Bendita cabaña.

Precisamente la necesaria penumbra para sus ojos enfermos pondrá a la nena al margen de las fiestas salvajes, de las prácticas idolátricas, del alcohol, del desenfreno, de las orgías, del embrutecimiento... En la soledad mimará su natural sentimiento pudoroso predestinado a la consagración virginal. Y logrará resultados primorosos en la costura de telas y pieles, en el bordado, en el teñido; en la confección de canastas, cuerdas, guantes, brazaletes, cinturones...

El P. Chauchetière resume:

«Era dulce, paciente, casta, inocente y educada como una señorita francesa».

Y fina, sensible, inteligente, un tanto tímida, hacendosa... Ciertamente un buen partido...

Las tías la llevaban a las fiestas para que tuviera ocasión de relacionarse socialmente. Preciosa ella, destacando tanto por el buen gusto en la elección de las prendas como en la ornamentación complementaria: collar, aros y brazaletes y, particularmente, la vincha perlada que le recogía el pelo en la frente. Todo eran ojos para contemplarla. Pero ella, ajena a la admiración; interiormente al margen del ambiente social que la envolvía. Nada de coqueteos. Ni de intimación con la juventud. Total-

mente desinteresada de los muchachos. Con los consiguientes disgusto y enfado familiares.

«¡Que estúpida! Ella, la hija del cacique, no se atreve a hablar con ningún joven Salta a la vista que no es una mohawk sino una floja algonquina»

Infructuoso el empeño, Inútil también el acostumbrado recurso al arreglo matrimonial entre familias, al margen de los interesados, según costumbre local... Pues ocurrió que los tíos le habían advertido que tendrían invitados distinguidos a la mesa; que preparara un plato para lucirse. Y, sobre todo, que se pusiera guapa... Y fue la escenificación La aparición de un joven, vistosamente emplumada la cabeza, vestido a la usanza nupcial mohawk, acompañado de los familiares y ofreciendo regalos. La sorprendieron...

Tekakwitha no ignoraba el significado del gesto. Si ella se sentaba a su lado y le ofrecía alimento quedaban casados. Pues no. Abandonó, indignada, la cabaña. Huyó a los maizales, de donde no saldría hasta haber desaparecido los huéspedes...

La encerrona resultó mal. Disgustada y ofendida la muchacha. Y seriamente enfadados los padres adoptivos y la tía. No se lo perdonarán. Castigada con constantes burlas, humillaciones, asperezas, presiones, amenazas... que la víctima correspondía, calladamente, con una mayor solicitud en las atenciones laborales y en la afabilidad de trato.

Ellos, mordidos por el afán de casarla. Ella, abrasada por otra fiebre. Por la vehemencia del deseo bautismal...

En septiembre de 1667 aparecieron en el poblado tres hombres vestidos de negro, cubriéndose la cabeza con un sombrero de igual color y con una cruz sobre el pecho. Bien recibidos y bautizados *ropas negras* por la comunidad local. Obligado Iowerano, en calidad de jefe, pese a su odio a los franceses y su aversión a la fe cristiana, a ofrecerles cabaña, cama, cocina, agua, fuego... Puso a Kateri a su servicio.

Una relación fugaz —tres o cuatro días—, suficientes para que los misioneros quedaran prendados de la solicitud, la bondad y la delicadeza de la niña. Para que ella, con once años, resucitara la vaga sombra del rostro, las sonrisas, la ternura y ac-

titudes, gestos y enseñanzas maternos que ahora empieza a comprender. Ahora. .

Cuando muda el aislamiento en la cabaña por la soledad apasionada del bosque, que siempre la cautivará, donde se deshace en ruegos:

«Oh Dios de mi madre, ayudame a conocerte y a amarte»

Cuando, no contaminada por la corriente de odio ancestral que bulle en la sangre de los suyos, se le va prendiendo en el alma la fraternidad universal. La hermosa realidad de que el *piel roja* y el hurón y el algonquino y los franceses y los ingleses y todos los hombres del mundo son hermanos...

«El buen Dios —repetía— ama a todos y odia la tortura y la matanza de los prisioneros»

La presencia misionera se hizo permanente ocho años después. En la primavera de 1675. Con la llegada del jesuita Santiago Lamberville. Cuya labor catequética conocía pausa en las temporadas de caza, de la siembra y de la recolección. Limitada entonces la evangelización, predominantemente caritativa, a los ancianos y enfermos. Precisamente una herida en el pie de Tekakwitha, con la consiguiente inmovilidad, llevó al extranjero a la cabaña de Iowerano.

Fue el momento para compartir su intimidad. Para participar la evocación de la madre cristiana, los insistentes empujones al matrimonio y el rechazo personal al mismo, las soledades llenas en el bosque, la problemática religiosa familiar...

Protagonizaba diecinueve ilusionados años.. Amaba aquella novedad doctrinal... Jesús de Nazaret y su mensaje de amor a los desgraciados la apasionaban... Deseaba ardientemente abrazar la fe de los europeos...

Total que vinieron doce meses de intenso y exigente catecumenado. De admirable tozudez juvenil frente a la invencible oposición de la familia, que no acudiría a la celebración. Sólo ganada condicionalmente —no debía abandonar la aldea— la voluntad de Iowerano.

El bautismo de la iroquesa fue el domingo de Pascua, 18 de abril, de 1676. Cuando la primavera resucitaba sol, luz y color en la ignota aldea de Kahnawake. Todo el mundo endominga-

do. La capilla luciendo sus mejores galas; el presbiterio adornado como en las mayores solemnidades y las paredes tapizadas con pieles de armiño, oso, castor y zorro... Una gran fiesta... Y punto de partida.

Inicio de la radicalidad cristiana, con aspiraciones de heroísmo, de la pagana Tekakwitha, convertida en *Kateri* o Catalina...

Es verdad que más de lo mismo. De la cabaña a la capilla, del trabajo a la oración, de la cocina al campo, de las labores artesanales al acarreo de leña y agua... Pero, siendo la misma, interiormente se sentía otra. Se sentía hija de Dios. Asidua y puntual, mañana y tarde, a la oración y a la instrucción colectivas, a la compañía del sagrario, a respirar los nuevos aires de la fe bajo la dirección del P. Lamberville.

«Era no una neofita —dejara constancia el jesuita— que tuviera que ser confirmada en la fe, sino un alma colmada con los mas preciosos dones del cielo y a la que era necesario guiar hacia los más sublimes caminos del espíritu»

Feliz la muchacha... Pero tanto gozo pinchó. Y sin tardanza. Que sólo unos meses después los tíos insistieron en la conocida imposición matrimonial. Más la urgencia del retorno de la ahijada y sobrina a los ritos ancestrales iroqueses. ¡Ah, no! Catalina por ahí no pasa.

Justificando que su corazón lo guarda exclusivamente para el Dios que acaba de conocer. Gesto valeroso, de no poco riesgo, en las condiciones sociales de la tribu... Y abandonarle de ninguna de las maneras. Decididamente no dará marcha atrás. Pese a las burlas, los insultos, los hostigamientos y las amenazas.

—¡Miren a la cristiana!

Coreaban despectivamente los pequeños, arrojándole barro y piedras, descubriéndola camino de la capilla. Peor. Como cuando fue sorprendida, sola en la cabaña, por un joven guerrero —inducido por la propia familia—, blandiendo hacha, que la conminaba:

—Cristiana, ¡renuncia a tu fe o te mato!

Ella, tras el normal susto inicial:

—Podras arrebatarme la vida pero no la fe

E inclinó la cabeza, retiró la trenza de los cabellos y ofreció el cuello. La reacción, inesperada, trastornó al muchacho, que puso pies en polvorosa. Y aún más. Acudiendo a la calumnia en lo que más le dolía, acusandola ante el misionero de amores incestuosos entre sobrina y tío...

Catalina socialmente ya no es más que una joven *piel roja* que ha perdido el cariño familiar y los privilegios de casta y despreciada por el mundo colonial. Con veintiún años. Fea, con los ojos casi apagados y sola en el mundo. Así no podían seguir las cosas...

Dios, que no deja la fidelidad en la estacada, le procuró el refugio de San Francisco Javier. Donde apareció, prófuga, en el otoño de 1677, con la recomendación del P. Lamberville al superior de la Misión:

«Muy pronto podra conocer el tesoro que le damos ¡Cuidenlo, pues, bien! Hago votos de que bajo su guia progrese para gloria de Dios y la salvacion de un alma que le es ciertamente muy querida»

San Francisco Javier —actual Caughnawaga, en el Canadá—, a orillas del San Lorenzo, bautizaba la aldea-refugio de los conversos iroqueses en circunstancias religiosas difíciles. Ampararía, consolaría y salvaguardaría los veintiún años atribulados de la joven india, que compartiría cabaña y vida con su hermana adoptiva Enita y su marido Onas y con la catequista Anastasia, también huidos del fanatismo mohawk... Donde alternará oración y trabajo y acrecentará ansias de perfección.

«Una de las cualidades mas hermosas de su carácter —testimoniaria el P Cholenec, superior de la Misión— era un deseo insaciable de conocer el bien y un gran ardor de ponerlo en practica»

¡Tan fervorosa. ! En la diaria asistencia a la celebración eucarística y pegada al sagrario siempre que podía. Adornándose el cuello, a manera de collar, con el rosario y desgranando la devoción mariana yendo a y viniendo del campo o entre las ocupaciones domésticas.

A las pocas semanas, en Navidad, se hizo merecedora de la primera comunión. Teniendo en cuenta que era normal un año o más de preparación. ¡Tan edificante en sus frecuentes recepciones eucarísticas...! Pues había rivalidad para arrodillarse junto a ella. Es que enfervorizaba.

«Su sola vista —nueva aportación del P Cholenec— servía de excelente preparación para comulgar dignamente »

Todas las circunstancias favorecían la intimidad de Catalina con Dios. Incluso lograba convertir la cacería en un momento fuerte de vida espiritual. Pese a que eran tres meses de nomadismo selvático, sin asistencia religiosa, ocupadas las mujeres desollando, descuartizando, oreando presas y desgrasando cueros, cocinando grasas, adobando carnes.

Pero ella siempre encontraba ocasión propicia para acudir a la espesura boscosa que, ambientando de oratorio, había adornado con una gran cruz tallada en la corteza de un árbol. De rodillas frente a la impresionante sencillez simbólica paladeaba, a menudo, el sabor de la contemplación mística.

Con ocasión de un viaje a Montreal, en el verano de 1678, conocería la labor hospitalaria y docente de las monjas europeas. Regresó decidida:

«Consagraré mi virginidad a Dios como lo hacen las mujeres blancas del hospital»

Pero el P. Cholenec la encauzó hacia la perfección cristiana en el propio ambiente. En la cabaña, en la aldea. Sin necesidad de reglas ni de claustros.

Dócil ella, intensificará su viva y mortificada piedad sacramental y litúrgica, se prodigará caritativamente y formalizará su entrega plena a Dios.

Reventando la contenida ilusión, auténtico estallido primaveral, el 25 de marzo de 1679...

Fue la renuncia formal de la joven mohawk a las intimidades hogareñas, al cariño de un marido, a los gozos profundos de la maternidad, a la seguridad del mañana.

Un gesto valeroso, profético, que la ha tornado pionera entre los indios norteamericanos con voto de virginidad perpetua.

«Después de este heroico sacrificio —resumirá el P Cholenec— Catalina ya no se preocupó más de las cosas de la tierra. Solo vivía para el cielo. Y esa tensión de unirse cada vez más profundamente a Dios agotó sus fuerzas»

Ya el dolor en escena. Dolor añadido al voluntario rigor penitencial, frenado por la obediencia. Afanada ella en completar

la Pasión de Cristo andando descalza sobre la nieve, flagelándose la desnuda espalda, revolcándose sobre espinas, marcándose —como declarándose esclava del Señor— a fuego las piernas...

Y sumándose a hirientes incomprendiones, envidias y nuevas calumnias...

La enfermiza *piel roja* cristiana, sensiblemente muy desmejorada en los últimos meses, aún se arrastraba hasta la capilla donde se hacía largamente presente. Y llenaba la cabaña de oración, de fe, de gozo, de estímulos... Protagonista de singulares experiencias místicas, émula de Teresa de Ávila y Juan de la Cruz... Pero, coincidiendo con el inicio de la Semana Santa de 1680, empeoró. Recibió el viático y la extremaunción.

El miércoles, 14 de abril, hacia las tres de la tarde, entró en agonía. Destrozada su juventud por las terribles dentelladas de la enfermedad, murió con la ternura florecida en los labios: «Jesús, te amo». Fueron sus últimas palabras. Su postrer susurro...

Sencilla y humildemente, como holló la tierra natal que les discutió la ambición europea, declarándose enamorada, había alargado los brazos a Dios.

Quedó hermosísima. Sorprendentemente recuperada la lozanía y la belleza facial marchitas por la viruela. Los indios la lloraron. Los misioneros lamentaron la pérdida de la dulce, frágil y fuerte Catalina.

Todo eran elogios a la bondad de la desaparecida *piel roja* cristiana. A su heroísmo. A su fidelidad. A sus virtudes.

Cuajó el fervor popular y los obispos norteamericanos lo llevaron a Roma.

Hasta 1987 no fue la beatificación, escenificada en el imponente marco de la Plaza de San Pedro. Con los conocidos elogios pontificios a «la genuina piel roja [...] primera virgen iroquesa» en los altares.

Fue el reconocimiento canónico de una heroicidad, de una gozosa elegancia creyente y practicante, de unas admirables dulzura y pureza en el marco de una realidad feroz y sangüinaria.

Posteriormente, en el verano de 2002, vendría la inclusión de Catalina Tekakwitha en el estimulante puñado de jóvenes cristianos de primera división propuestos por el Papa, a la asamblea Jornada Mundial de la Juventud. Enmarcada en To-

ronto, justamente en la geografía donde había florecido *el lirio de los mohawks...*

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

AAS 72 (1980) 597-602

Art en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos*, I (Madrid 2000) 469-471

Bibliotheca sanctorum, t. XII, p. 187-188

CHOLENEC, P., *Vita di Caterina Tekakwitha prima vergine irochese* (Isola del Liri 1928)

LECOMPTE, E., *Caterina Tekakwitha* (Montreal 1930)

MIGLIORANZA, C., *Catalina Tekakwitha, «piel roja» santa* (Buenos Aires 1987)

THEODORET, P., *Kateri vierge iroquoise* (Lyon-Paris 1960)

WYNNE, J., art. en *El Siglo de las Misiones* 30 (1943) n. 328 p. 114-119

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN SIMEÓN BAR SABAS Y LOS MÁRTIRES DE PERSIA

Mártires († 341)

Simeón Bar Sabas fue nombrado obispo de Seleucia-Ctesifonte en 324 cuando se depuso al obispo de esta sede, quedó como auxiliar cuando esta deposición fue anulada y finalmente quedó a cargo de esta diócesis. Cuando se renovó la persecución contra la Iglesia por parte del rey Sapor II en 340, las medidas fueron las de acorralar económicamente a los cristianos exigiéndoles tasas tremendas. Simeón alegó la pobreza de sus cristianos y por ello fue arrestado. Llevado ante el rey se negó a adorar al sol y con un ciento de cristianos fue a parar a la cárcel. Entre éstos se hallaban miembros del clero y fieles seglares. Todos ellos el Viernes Santo fueron degollados delante del obispo y finalmente lo fue él mismo. En esa misma persecución murieron por la fe otros muchos mártires, entre ellos Ustazades, eunuco real.

SAN DONÁN, ABAD, Y COMPAÑEROS

Mártires († 617)

Donán fue uno de los compañeros de San Columba en su establecimiento en Iona para evangelizar Escocia. Con 52 compañeros funda más tarde el monasterio de Eigg en las Hébridas. Estaba celebrando la misa de Pascua, cuando el monasterio fue asaltado por unos piratas y todos los monjes asesinados. Era el 17 de abril de 617.

SANTOS ELÍAS Y PABLO E ISIDORO

Mártires († 856)

Narra su martirio San Eulogio de Córdoba. Elías era un anciano sacerdote procedente de Lusitania que vivía en Córdoba. Pablo e Isidoro eran, en cambio, dos jóvenes monjes. Pero los tres se unieron para confesar valientemente la fe ante el juez musulmán. Fueron colgados el 17 de abril de 856.

SAN ROBERTO DE MOLESME

Abad († 1111)

Uno de los tres fundadores de la Orden del Císter. Su biografía, con la de los otros dos fundadores, ha sido comentada en el día 26 de enero, a donde remitimos (cf. *Año cristiano*. I: *Enero*, 545-558).

BEATO SANTIAGO DE CERQUETO

Presbítero († 1367)

Lo que puede decirse de la vida de este religioso ermitaño de San Agustín es que era natural de Cerqueto en la Umbría y que siendo joven se decidió por la vida religiosa, dando en la Orden de San Agustín alto ejemplo de vida santa, sobresaliendo por su espíritu de oración y teniendo en vida fama de taumatur-

go. Murió en Perugia el 17 de abril de 1367. Su culto fue confirmado el 10 de junio de 1895.

BEATA CLARA GAMBACORTA

Religiosa († 1419)

Era hija de una noble familia de Pisa y hermana del Beato Pedro de Pisa, ermitaño. Se llamaba Teodora o Tora. Contrajo matrimonio con sólo 12 años y al quedar viuda a los 15 decidió hacerse religiosa, a lo que la animó Santa Catalina de Siena. Entró, pese a la oposición de su familia, en el convento dominico de la Santa Cruz, tomando el nombre de Clara. Ella quería que se observara la regla estrictamente y al no lograrlo de sus compañeras, decidió fundar un nuevo monasterio y con un grupo de monjas se trasladó a él en 1382. Vivió en el convento santamente dando ejemplo de regularidad y austeridad. Murió el 17 de abril de 1419.

BEATO ENRIQUE HEATH

Presbítero y mártir († 1643)

Nació en Petersborough, Inglaterra, en 1599 en el seno de una familia protestante. Su conversión al catolicismo tuvo lugar cuando, siendo bibliotecario de su colegio en Cambridge, pudo leer libros referentes a la controversia anglicano-católica y llegó a la convicción de que la verdad estaba de parte del catolicismo. Marchó a Douai y comenzó a prepararse al sacerdocio, y entonces sintió la vocación religiosa y entró en el convento que los franciscanos ingleses tenían en aquella ciudad. Profesó con el nombre de fray Pablo de Santa Magdalena, y se ordenó sacerdote en 1624. Religioso austero, devoto y estudioso, su Orden lo empleó como profesor, como guardián del convento y como provincial de Flandes. Pero en 1641, cuando se produjeron numerosos martirios en Inglaterra, él se sintió llamado a pedir se le enviara a la isla a continuar el trabajo de los mártires. Los superiores se lo pensaron mucho pero finalmente accedieron. Desembarcó en Inglaterra en 1643 disfrazado de marinero, pero su

libertad le duró poco, pues fue localizado y arrestado al poco de llegar. Encarcelado y llevado a juicio, reconoció su condición de sacerdote católico y su propósito de extender el catolicismo por el país, siendo entonces condenado a muerte y ejecutado en Londres el 17 de abril de 1643. Beatificado el 22 de noviembre de 1987

18 de abril

A) MARTIROLOGIO

- 1 En Melitene (Armenia), los santos Hermogenes y Elpidio, martires (fecha desconocida)
- 2 En Persia, San Pusicio († 341), martir
- 3 En Fano del Piceno, San Eusebio († 526), obispo *
- 4 En Leighlin (Irlanda), San Laseriano o Molasio († 638), abad *
- 5 En Lobbes (Hainaut), San Ursmaro († 713), obispo y abad *
- 6 En Constantinopla, Santa Antusa (fines s VIII), virgen *
- 7 En la isla Egina, Santa Atanasia (s IX), viuda y monja
- 8 En el mismo sitio, San Juan Isauro († 842), monje, defensor de las sagradas imagenes
- 9 En Cordoba (España), San Perfecto († 850), presbitero y martir *
- 10 En Brujas (Flandes), San Idesbaldo († 1167), abad *
- 11 En Milan (Lombardia), San Galdino († 1176), obispo **
- 12 En Montereale, Beato Andres († 1479), presbitero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín *
- 13 En Gandia (España), Beato Andres Hibernon († 1602), religioso, de la Orden de Menores **
- 14 En Pontisara (Francia), Beata Maria de la Encarnacion (Barbara Avrillot) († 1618), viuda, monja carmelita descalza **
- 15 En Angers (Francia), Beato Jose Moreau († 1794), presbitero y martir *
- 16 En Siena (Toscana), Beata Sabina Petrilli († 1923), virgen, fundadora de las Hermanas de Santa Catalina de Siena **
- 17 En Majdanek (Polonia), Beato Roman Archutowski († 1943), presbitero y martir *

SAN GALDINO DE SALA

Cardenal arzobispo († 1176)

En la prestigiosa y larga nómina de arzobispos milaneses, desde su primer titular San Bernabé (a. 52) hasta el, por ahora, actual de la sede, cardenal Dionisio Tettamanzi (a. 2002), San Galdino ocupa el 82.º puesto. Una lista, bien merece la pena recordarlo, abierta con San Bernabé, al que sucede el griego San Anatalón (a. 53), y en la que encontramos nada menos que al gran padre y doctor de la Iglesia San Ambrosio (374-397), quien la lleva casi de apellido: San Ambrosio de Milán, amén de un largo etcétera de personajes a cual más ilustre y, por distintos motivos, digno de referencia, como pueden ser y son, entre otros, San Carlos Borromeo, los beatos cardenales Carlo Ferrari e Ildefonso Schuster, y dos papas de primerísima talla en el pasado siglo XX, cuyos nombres cantan por sí solos, a saber: Ambrosio Damián Achiles Ratti (Pío XI) y Juan Bautista Montini (Pablo VI). Sigue igualmente brillando en dicha lista la púrpura del que no hace mucho se jubilaba, cardenal Carlo María Martini.

Pues bien, el inmediato predecesor de San Galdino fue Huberto de Pirovano (1146-1166), y su inmediato sucesor Algiso de Pirovano (1176-1185). Nuestro personaje, pues, fue arzobispo de Milán entre 1166 y 1176. Galdino deriva del francés Gaudin, sacado a su vez del antiguo alemán Waltan, que significa *dominar*, o *reinar*. Los historiadores menos exigentes colocan sus puntos alfa y omega dentro de un marco que adolece de cierta vaguedad historiográfica: nacido en Milán en los primeros decenios del siglo XII, murió en el año 1176. Los amigos del rigor en esa disciplina que es la historia de la Iglesia, en cambio, arriesgan más: Galdino habría nacido en el año 1100 de una familia noble, la milanese de los Valvarci o Valvarassi de la Sala y acaso justamente en Zelo Surrigone, adonde fue, seguro, junto con sus padres, a pasar el verano, como los nobles de aquel tiempo solían hacer.

Canciller y archidiácono de Milán bajo los arzobispos Ribaldo (1134) y Huberto (1146) cuando la lucha contra Federico I

Barbarroja, su enfrentamiento político iba a comportar por fuerza también el religioso e institucional, ya que frente al papa Alejandro III, el emperador había nombrado sucesivamente tres antipapas: Víctor IV, Pascual III y Calixto III. Él y Huberto permanecen al lado de Alejandro III, elegido en 1159 por una parte de los cardenales, mientras la otra tiró por el filoalemán Octaviano de Monticelli, que asume el nombre de Víctor IV. Huberto proclama en Milán la excomunión contra Federico I Barbarroja, al que hace responsable del cisma. San Galdino no tiene más alternativa que abandonar en 1161 la ciudad asediada por Barbarroja. Se adhiere a Huberto, pues, en el dramático trance de la oposición entre los municipios italianos y el emperador. Cuando en 1162 Milán sea arrasada por las tropas imperiales, estará ya en el exilio con el arzobispo, lejos de su ciudad (primero en Génova y después en Francia).

En prueba de reconocimiento a las virtudes y dotes de nuestro protagonista, así como de su probada fidelidad a la Santa Sede, Alejandro III lo nombra, en noviembre de 1165, cardinal presbítero del título de Santa Sabina y, a la muerte de Huberto de Pirovano el año 1166 en Benevento, ciudad de la Campania, a 55 kilómetros de Nápoles, le da la sucesión en la cátedra milanesa. Será también el propio Alejandro III quien le confiera la consagración el año 1166. San Galdino, sin embargo, mantiene, junto a la nueva dignidad episcopal, la cardinalicia, con lo que se convierte así en el primer arzobispo de Milán y cardinal de la Iglesia romana, es decir, el primer cardinal-obispo en la historia de la Iglesia.

Librada providencialmente la capital lombarda del opresor Barbarroja gracias a la firmeza y valentía de las ciudades de Bérgamo y Milán y fuera ya de la peste que repentina y, al propio tiempo, con singular dureza había assolado las tropas imperiales en Pavía, San Galdino regresa sin demora a su sede el 5 de septiembre de 1167. Pero debe alcanzar la Lombardía, eso sí, clandestinamente, o sea, travestido de peregrino. Una vez en la ciudad, no encuentra más que ruinas. Pronto comprueba que todo se cifra en abandono, desolación y muerte. Por fin, después de cinco interminables y terribles años, comienza en ese mismo 1167 la reconstrucción de la ciudad. San Galdino es uno de sus

firmes valedores actuando en tan extrañas circunstancias con sagacidad y prudencia, con sabiduría de obispo. Llevado de laudable celo por la salvación de las almas y de rendido acatamiento al supremo pastor de la Iglesia, pone luego manos a la obra como legado pontificio para concertar las paces con las ciudades declaradas partidarias del emperador y del antipapa. Todo su afán va a concentrarse en dirigir los esfuerzos al renacimiento material, espiritual y moral de su bienamada ciudad.

Reorganiza la Iglesia en toda Lombardía, confirmándola en la fidelidad a Alejandro III. Planifica el socorro a los pobres, que se han multiplicado con el correr de aquellos años de prueba y desventuras: los de antigua y reciente miseria, los encarcelados por deudas, aquellos que no osan pedir. Puestas de nuevo en pie las estructuras fundamentales y a raya viejas y nuevas miserias, dice resolutivo, más aún, ordena que los administradores graben en piedra blanca este letrero: «Vosotros estáis aquí sólo para servir a los pobres». Y una biografía que de él corre por ahí nos recuerda este otro pensamiento no menos digno del bronce, de esencias evangélico-patristicas: «Arrancad el patrimonio de la Iglesia de las fauces de los saqueadores». Con ayuda de mujeres milanesas que donan las pocas joyas salvadas de los saqueos de Barbarroja consigue rematar la restauración de la catedral. Y recomienza desde el principio a enseñar las oraciones, a realzar la liturgia y a pretender el canto digno de Dios y de su pueblo. Así lo declara el *Breviario mediolanense*:

*Galdinus fuit Pontifex benignus mitis, humilis,
Hic & virtutum artifex, pius, prudens, affabilis*

Fueron fecundos aquellos nueve años levantando la ciudad. San Galdino se mantuvo firme en ese quehacer hasta su muerte, santa y ejemplarmente recibida el 18 de abril (actual día de su fiesta) de 1176, vísperas ya de la batalla de Legnano, mayo del mismo año. Pero es que al propio tiempo que afrontaba la reconstrucción de la ciudad hubo de ocuparse de reconstruir también los edificios de las almas, destruidos o amenazados de ruina por corrosivas herejías en Europa. Luchó, sí, con tenacidad y sin desmayo contra los cátaros. De hecho, la muerte le sorprendió en el púlpito de la iglesia de Santa Tecla durante un

sermón contra esta naciente herejía de los llamados espiritualmente puros. El mismo Alejandro III se encargó de proclamarlo santo. Apoyó la Liga de los Comunes, favoreció la reedificación de Milán y apoyó la fundación de Alessandria sustituyendo los obispos fieles a los antipapas. Enérgico y de gran caridad, organizó la distribución del pan (dicho después a justo título «pan de San Galdino») para los pobres y encarcelados. Su nombre quedó por eso ligado a las antiguas cárceles de Milán. El mismo año de su muerte la Liga lombarda vence la batalla de Legnano. De ahí que, todavía en 1847, su nombre resultase sospechoso al Gobierno austro-húngaro. Y es que sus principales méritos, al fin y al cabo, son no ya únicamente el haberse hecho caridad con los menesterosos, sino, además, aquella cerrada lucha suya en defensa de la integridad de la fe católica junto a una permanente fidelidad al sucesor de Pedro. Sus restos reposan hoy en el Duomo de Milán.

Canonizado por Alejandro III, su fiesta se celebra el 18 de abril. El 8 de octubre de 1649 la noble Lucia Magni, viuda de Alessandro Sala, dispuso que se celebrase cotidianamente una misa por siempre, en el oratorio anejo a su casa de Zelo Surrigone (como resulta de las actas de la curia arzobispal de Milán). Pero su voluntad no fue respetada y, después de varias vicisitudes, el 27 de agosto de 1664 el canónigo Carlos Antonio Sala, hijo y heredero universal de Lucia Magni, obtuvo la institución de la misa en la pequeña iglesia de la familia con el título de los Santos Ambrosio y Galdino.

Cabría, pues, distribuir la obra galdiniana, por mor de simple resumen, en tres claras direcciones. Referida la primera a su política eclesiástica, de absoluto e incondicional apoyo al pontífice legítimo: a ello se dedicó para que las sedes más importantes de su provincia eclesiástica fuesen ocupadas por obispos de incuestionable obediencia romana, removiendo en algunos casos a los obispos cismáticos o filoimperiales (fueron los casos de Como, Novara, Cremona, Lodi, Bérgamo, Mantua, Turín y Pavía), y significativamente favoreció, en 1168, la fundación de la nueva ciudad de Alessandria, así llamada en honor del Papa de su incondicional obediencia, ciudad que en 1176, año de la muerte de San Galdino, se convertirá en sede episcopal sufragá-

nea de Milán. Fue también muy activo en la vida institucional de su iglesia metropolitana, con diferentes intervenciones a ella dirigidas, colocando en puestos delicados a eclesiásticos que tuviesen una correcta orientación político-religiosa.

Una segunda dirección del quehacer pastoral de este santo arzobispo milanés fue asistir y socorrer a los pobres —y eran tantos!— con limosnas y obras de caridad, sobre todo en un momento particular de crisis como el de los años inmediatamente posteriores a la destrucción de Milán: de modo que, una vez reconstruidos la catedral y el palacio episcopal, pensó también en la renovación y en hacer más eficaces los estatutos del hospital de Brolo, entonces el más importante de la ciudad. Prometió de igual modo asistir material y espiritualmente a los detenidos en prisión. Organizó, en fin, para los pobres y encarcelados la distribución del pan. De ahí que todavía en el siglo XVIII se le siguiese llamando, insisto, el «pan de San Galdino».

Por último, destaca en tercer lugar la cuestión doctrinal, donde merece no menor aplauso y alabanzas. Porque tampoco aquí, en efecto, descuidó luchar con todas sus fuerzas contra la herejía cátara que tanto terreno iba ganando entonces en Europa debido sobre todo, ya a la falta de adecuadas iniciativas pastorales, ya a la poca preparación del clero. El monje Hilarión, su biógrafo y contemporáneo, presenta como signo altamente elocuente el hecho de que muriese en el púlpito de la catedral, justo después de una brillante homilía contra los cátaros. Ocurrió el inesperado tránsito a la casa del Padre el ya referido 18 de abril de 1176, diez años exactos después de su ordenación episcopal recibida en Roma de manos del papa Alejandro III.

Si el bajo clero de origen popular receló al principio de San Galdino, cayó más tarde en la cuenta de su errada conducta al comprender que todo ello se basaba en cosas que habían sido de poco momento y fáciles de explicar, aunque puede que no menos difíciles de comprender. Aquella fría devoción de primera hora seguramente obedeció a iniciativas del prelado en política eclesiástica, claramente favorables a la nobleza, de la que provenía.

Una prueba: en septiembre de 1847, todavía Milán bajo el dominio de los Habsburgo, hace su entrada solemne el nuevo

arzobispo Bartolomé Romilli, que resulta muy agasajado por tratarse de un italiano. Su predecesor, en cambio, austriaco de origen, no había tenido tanta suerte. Se levantan en su honor tres arcos de triunfo, dedicados respectivamente a San Ambrosio, San Carlos y San Galdino: pero la escritura en honor de este último desapareció por orden del Gobierno, ya que resultaba demasiado insinuante y alusiva. Se quiera o no, Galdino es, en efecto, una figura arzobispal de primera magnitud, pero estrechamente ligada a las luchas de Milán y otras ciudades lombardas contra Federico I Barbarroja.

Pese a lo cual, muy pronto se convirtió en santo y seña para lombardos en general y milaneses en particular, que acertaron a ver en su antiguo cardenal arzobispo al artífice de la reconstrucción y del embellecimiento de la ciudad a raíz de haber quedado ésta reducida a escombros en 1162. De ahí que por mucho tiempo fuese considerado copatrón de la misma, detrás de San Ambrosio, hasta que la figura señera de San Carlos Borromeo, que venía pisando fuerte, terminó por imponerse a causa de la no menos excepcional obra por éste realizada, pasando a ocupar así su puesto. La devoción a San Galdino fue desde entonces atenuándose poco a poco. La liturgia ambrosiana, no obstante, sigue haciendo todos los años memoria suya el 18 de abril, fecha del actual *Martyrologium romanum*. Después de todo, su nombre figura al frente de numerosísimas instituciones de Milán y de la entera Lombardía y todavía hoy es, con seguridad, una de las estrellas más luminosas del santoral italiano.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

Acta sanctorum, t.XVII, p.2, t.X, p.593.

Bibliotheca sanctorum, t.V, cols.1.359-1.360.

ALBERZONI, M. P., «San Galdino, vescovo († 1176)», en C. PASINI (dir.), *Dizionario dei santi della Chiesa di Milano* (Milán 1995) 39-41.

AS *Aprilis* II (Venecia 1738) 594-596.

BHL 3232 y *Novum Suppl.*

DANIELE, I., «Galdino, santo», en *Enciclopedia cattolica*, V (Ciudad del Vaticano 1950) col.1.864.

«Galdino (San)», en: *Enciclopedia Universal Ilustrada europeo-americana*, XXV (Madrid-Barcelona 1924) 443

Martyrologium romanum, o.c., 229, n.11; 698.

- NAVONI, M., «Galdino de la Sala», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos*, I (Madrid 2000) 901-903
- SAVIO, F., *Gli antichi vescovi d'Italia. La Lombardia*, I. Milano (Florenca 1913) 523-535 e índice.
- SCHUSTER, A. I., «Il decennio episcopale di san Galdino»: *Rivista diocesana milanese* 29 (1939) 235-238

BEATA MARÍA DE LA ENCARNACIÓN
(BÁRBARA AVRILLOT)

Viuda y religiosa († 1618)

Es la Beata María de la Encarnación un alma de Dios, verdaderamente atrayente, que supo buscarse los caminos de la santidad tanto en la vida del mundo como en el silencio y recogimiento del claustro.

Nace en París, año de 1565, de nobles y piadosos padres, Nicolás Avrillot, señor de Champlastreus, y María l'Huillier, recibiendo en el bautismo el nombre de Bárbara. Hija de la esperanza y de la oración, cuando sus padres estaban ya sin hijos, es consagrada desde niña a Nuestra Señora, prometen vestirla de blanco hasta la edad de siete años y la ofrecen como voto de acción de gracias en una iglesia dedicada a la Santísima Virgen.

Educada en este ambiente de piedad, Bárbara crece en amor y devoción, y a los doce años entra de pupila en el monasterio de Santa Clara de Longchamps, donde recibe por primera vez al Señor, empezando a mirar ya desde pequeña con desprecio las cosas del mundo. El Señor, sin embargo, quería hacer de ella la mujer fuerte, santa en medio de su sencillez de mujer, de madre y de esposa.

A los catorce años sale del monasterio y, a instancias de sus padres, pronto empieza a seguir la vida de sociedad, mezclada entre las jóvenes de su tiempo. Serena, con una piedad honda y reposada, pasa por la vida como quien se ha entregado por entero a Dios. No le preocupan las diversiones ni los consuelos humanos. Su madre, preocupada por lo que ella creía desviación de una piedad exagerada, trata al principio de convencerla con suaves razones para que alterne y se divierta como las otras, pero choca con la decisión inquebrantable de su hija. Enseguida usa con ella de una guerra fría, en la que tanto había de padecer

el alma sensible y delicada de Bárbara. Todo lo sufre ella por amor y, a pesar de las privaciones injustificadas que su madre le impone, sigue manifestándole siempre un profundo respeto y obediencia.

Cuando llega el tiempo de tomar estado, Bárbara escoge decididamente el camino del claustro, pero sus padres se muestran en todo punto intransigentes, ya que no se resignan a perder, así de joven, a su hija. Para desviarla de su vocación le proponen un ventajoso partido, y a base de argucias y de amenazas logran que, al fin, consienta nuestra Beata en casarse con el contador Acaria, señor de Montbrand y de Rucenay, caballero, por su parte, de buenas prendas personales, noble y cristiano.

Pero el Señor no se había olvidado de su sierva, y en la compañía de su esposo sigue Bárbara su vida de casada con la misma devoción y piedad de antes. Su hogar vive de Dios, y es ella la primera en dar ejemplo de sencillez y de caridad para con todos, y especialmente con la servidumbre. Había entre ella, precisamente, una criada que había recibido Bárbara a su salida del convento, Andrea Levoiz, un alma toda piedad y dada por completo al servicio divino. Las dos se ayudan mutuamente, hacen juntas sus devociones, se llevan cuenta de sus faltas y se animan para más adelantar en la perfección. Ante Andrea cae postrada nuestra Beata el mismo día de su boda, pidiéndole perdón entre amargas lágrimas por todas las ofensas que contra ella pudiera haber cometido. La sirvienta, considerándola ya señora de casa, no quiere oírla y solamente cede cuando la misma Bárbara reiteradamente se lo suplica.

Ambas se dedican a la educación cristiana de los hijos que Dios había concedido al matrimonio. Seis fueron éstos, que son consagrados al Señor desde su nacimiento, y de ellos las tres hijas se habían de dedicar a él enteramente, como su madre, en la nueva Orden de las Carmelitas Descalzas.

Por este tiempo se iba a operar una nueva transformación en el alma de la joven esposa, que de ahora en adelante no vivirá sino solamente para la gloria de Dios y para el silencio recogido de la oración. Dios la quiso probar como a su madre Santa Teresa, y para ello utiliza los malos servicios de una amiga vana y casquivana, que poco a poco se fue introduciendo en la vida

de Bárbara. A más de sus conversaciones ligeras, aquélla la va iniciando en lecturas más o menos profanas, que llegaron a turbar un tanto el alma serena de nuestra Beata, y hasta a dejarla en ocasiones fría e indiferente en sus prácticas de piedad. Su mismo esposo se da cuenta y quiere sustraerla del peligro, dándole libros más acomodados y haciéndole ver el peligro a que tales amistades la iban llevando. Bárbara entra en razón y, al fin, un día encuentra una de esas luces que a veces manda Dios a sus siervos y que sirven de base para un cambio total en la vida. Fueron aquellas palabras de San Agustín, que en cierta ocasión vinieron a caer, casi al azar, ante sus ojos: «Muy codicioso es el corazón que no se contenta con Dios». Bárbara piensa, se recrimina a sí misma, llora lo que de desviación pudo haber en su conducta con el Señor, y se entrega ya desde ahora por entero.

Eran los días en que por Francia, y sobre todo en París, iba haciéndose tema de admiración y de gran simpatía la reforma carmelitana que había extendido Santa Teresa por España, y los escritos de la Santa eran lectura escogida de almas selectas y apostólicas. En París, en concreto, el celo de don Juan de Quintanadueñas y de otros varones devotos hace que estos escritos se vayan extendiendo cada vez más. Entre los que más entusiasmados están con la idea se cuentan el prior de la Cartuja, el señor De Brétigny, Gallemant, el apostólico Bérulle, Duval y, unida al grupo y casi animadora de él, la esposa del contador Acaria, Bárbara de Avrillot. Al principio, a ésta no le acaban de convencer los escritos de la Santa, pero Dios la había ya escogido de antemano para su obra. Para ello, en 1601, tiene una aparición de Santa Teresa, donde le da a conocer el espíritu de su reforma y la anima para que trabaje y para que, por medio de ella, se pueda introducir en Francia. Bárbara da enseguida cuenta del suceso a su confesor, el mismo prior de la Cartuja, a quien le parece ser todo verdadero. Con esta ocasión todo el grupo se reúne varias veces en la Cartuja, con el propósito de poner en ejecución la voz del cielo, que hablaba por aquella alma santa.

Bárbara desde este momento ha entrado a formar parte, y a veces como directora, de un gran movimiento apostólico, que ha de cristalizar al fin con la introducción de la reforma carme-

litana en varios lugares de Francia, hasta que ella misma, como corona de todos sus sacrificios, se consagre a Dios con las primeras carmelitas reformadas francesas. La obra, sin embargo, no se presenta tan fácil, y la sierva de Dios ha de sufrir tanto de unos como de otros, empezando por su mismo esposo, a quien no le agrada que Bárbara se dé tan de lleno al apostolado y a la virtud. Ella hace todo lo posible por atraérsele, usando siempre con él de sumisión y de obediencia rendida. Cuéntase que una vez, estando ya a punto de comulgar, dijéronla que la avisaba su esposo, y entonces, dejando la comunión, salió corriendo para atender a su llamada y obedecerle. Cuando le ve encarcelado en las guerras calvinistas, Bárbara no se separa de él y comparte sus penalidades, hasta que, por fin, logra que le pongan en libertad. Su esposo muere pronto, y desde entonces nada impedirá a nuestra Beata dedicarse a la primera ilusión que tuvo cuando joven.

Mientras la idea de la reforma va cobrando de vez en vez más entusiasmo, madame de Acaria, Quintanadueñas y Brétigny hacen propaganda y obtienen del papa Clemente VIII las bulas necesarias para las nuevas fundaciones. Los primeros intentos se frustran, pero una nueva revelación de Santa Teresa a nuestra Beata en 1602, y la ayuda que les prestan personajes notables, dan un nuevo impulso a la idea. Entre otros interviene con gran eficacia el mismo San Francisco de Sales. Todos piden al padre general de España que les vaya preparando un número escogido de carmelitas reformadas para que estén dispuestas a pasar a Francia. Una comisión, con Bérulle a la cabeza, se decide a venir a Salamanca y al fin se decide que un grupo de monjas, entre ellas las Beatas Ana de Jesús y Ana de San Bartolomé, se preparen para el viaje de fundación. En 1604 entraban en París y el mismo día fueron a San Dionisio, donde les estaban esperando, a la entrada del puente de Nuestra Señora, las carrozas de la duquesa de Longueville, de su hermana la princesa de Estatuteville, de madame Acarie con sus tres hijas y de otras señoras. De esta manera, con sencillez y piedad carmelitanas, entran todas en el primer convento de monjas carmelitas reformadas de Francia, Nuestra Señora de los Campos, cantando con emoción inolvidable el salmo *Laudate Dominum omnes gentes*.

Dado el primer paso, nuestra Beata se dispone a fomentar las fundaciones en diversas ciudades como en Pontoise en 1605 y en Tours en 1608, ayudándose a veces de sus parientes y preparando ella misma las novicias que habían de poblar aquellos «palomarcitos». La primera, en la diócesis de Versalles, iba a ser su preferida, santuario venerado, por otra parte, de la Orden de Francia, que iba a recoger el último suspiro de Bárbara, convertida ya en carmelita, y donde se conservan todavía sus venerados restos y los recuerdos de sus mortificaciones y penitencias. A esta fundación se entregó con todas sus energías, ayudada de sus hijas, y no descansó hasta que quedó inaugurada ante la presencia de la Beata Ana de Jesús, siendo la primera priora la otra Beata y apóstol del Carmelo, la madre Ana de San Bartolome.

En estas andanzas apostólicas estaba la viuda de Acaria cuando vio con toda claridad que también el Señor le pedía a ella que diera el último paso hacia una consagración definitiva y total en la Orden del Carmelo, que tanto la entusiasmara. Para ello pide consejo, arregla el futuro de sus hijos y, habiendo hecho un largo retiro espiritual en el monasterio de Nuestra Señora de los Campos, pide con toda humildad le sea concedida la gracia de poder vestir el hábito de profesa. Entonces recuerda que, estando en la iglesia de San Nicolás, en la Lorena, había tenido una visión de Santa Teresa, donde le indicaba que con el tiempo también ella habría de entrar en uno de sus conventos, aunque fuera de humilde lega. Y así fue, siendo al fin recibida en el convento de Amiéns, para lo que deja París en Miércoles de Ceniza del año 1614. Dispensada del tiempo del postulando, el 7 de abril del mismo año viste el hábito de profesa, escogiendo como nombre el de María de la Encarnación. Desde ahora toda su ilusión ha de ser el pasar escondida y en silencio, guardando con toda puntualidad y obediencia las reglas. Dios, como ya lo hiciera otras veces en el siglo, la había de regalar con todas las dulzuras de la vida espiritual y pronto sus hermanas serían testigos de los éxtasis a que el Señor la elevaba, significando con ello la vida de amor y de entrega en que vivía su sierva. Para las monjitas, María de la Encarnación es como una niña llena de sencillez y de candor, con la alegría de las almas que pa-

rece que ya no viven en el mundo y que esperan únicamente el encuentro definitivo con el Señor.

Pronto habían de realizarse sus deseos, pero no sin pasar antes por la prueba del dolor. Cuando llegaba el tiempo de su profesión cae enferma, y a tanto llega su gravedad, que la han de administrar los últimos sacramentos, quedando después sumida en un profundo éxtasis. Al recobrar los sentidos, las hermanas que la rodean escuchan de sus labios cosas maravillosas que les decía de Dios, de la Virgen y de Santa Teresa, y al fin les ruega que recen por la Iglesia católica. Sin desaparecer la gravedad, llega el 8 de abril de 1615, en que le tocaba hacer la profesión, y, no queriendo retrasarla, enferma como estaba, se hace llevar en una camilla a un oratorio, que estaba enfrente del altar mayor, donde, con la solemnidad acostumbrada en la Orden, hace ante todas su profesión religiosa.

Acabado el acto, se pasa todo el día cantando las alabanzas del Señor y repitiendo como fuera de sí aquel versículo: *Misericordias Domini in aeternum cantabo*. Reclama de todas su ayuda para que, juntas, den gracias a Dios por el beneficio que con ella había usado, mientras les repite toda sumida en emoción y lágrimas: «¡Oh mi Dios, qué gracia me habéis hecho, qué misericordia!». Su hija mayor, sor María de Jesús, no se apartaba del lecho de su madre, pero cuando ésta la veía llorar le decía como reconviéndola: «¿Y tú lloras? ¿Este es el amor que me tienes? ¿Sientes que yo pueda tener mi bien, mi único bien?». Su lecho de dolor se convierte en maravillosa cátedra, donde a todas se les habla de obediencia, de la vanidad de las cosas de la tierra, de la alegría de vivir con Dios, del cielo.

Pasada la primera prueba, y ya convalecida, es llevada a su querido convento de Pontoise, donde al año siguiente enferma de nuevo y donde se prepara, en medio de sufrimientos, al encuentro con el Esposo. La madre priora le pregunta en una ocasión si había tenido alguna revelación de cuándo y cómo moriría.

«No, madre mia —le responde la Beata—, yo no deseo tener revelaciones. Ruego a Dios que no me las conceda ni me haga saber el tiempo y la hora de mi muerte, solo deseo que me asista en aquel momento con su gracia y su misericordia»

Pronto empeora y le dan de nuevo el Viático. Como vieran inminente su muerte, le preguntan las hermanas que qué gracia iba a pedir en el cielo por ellas. «Suplicaré a Dios —les decía— que las intenciones de Jesucristo tengan en todas un pleno cumplimiento». Como se acercara ya el momento, la priora le ruega que bendiga a todas, y ella lo hace, habiéndoles pedido primero perdón de sus faltas y de sus malos ejemplos. Era el Jueves Santo cuando recibe otra vez al Señor y, al preguntarle que si muere con gusto, les responde con toda sencillez: «Hermanas, no quiero vivir ni morir: sólo quiero lo que quiera Dios, y nada más».

En esta alternativa vivió todavía hasta el miércoles de Pascua, cuando, después de un éxtasis prolongado, y en el momento mismo en que estaba recibiendo el sacramento de la extremaunción, entrega su alma sencilla y delicada al Señor. Minutos antes le había preguntado la priora qué había pensado durante el tiempo en que había estado en éxtasis. «En Dios, madre mía», le respondió.

Y éstas fueron sus últimas palabras. Era el 18 de abril del año 1618.

Pronto la fama de su santidad se extendió entre los fieles, y sus restos fueron cuidadosamente conservados en su querido convento de Pontoise. María de la Encarnación formaba el trío, con Ana de Jesús y Ana de San Bartolomé, de las grandes monjas carmelitas que implantaron la reforma en Francia. La memoria de su vida había quedado impresa en sus hermanas de hábito y pronto empezaron a menudear los milagros. El más célebre, y que sirvió de base para la causa de la beatificación, fue el operado en 1783 en la joven Felipa, que ante tal prodigio entra muy pronto en el convento de carmelitas de Compiègne, donde había de pasar los horrores de la Revolución Francesa, y, siendo testigo del martirio de sus hermanas, iba a convertirse más tarde en cronista de aquellas heroínas del Señor.

Durante la misma Revolución, y como premio a tantas virtudes, era solemnemente beatificada por el papa Pío VI, el 24 de mayo de 1791, la sencilla y delicada madame Acarie, que quiso llevar como religiosa el nombre de María de la Encarnación.

Bibliografía

- BROGLIE, E. DE, *La bienheureuse Marie de l'Incarnation, Madame Acarie (1566-1618)* (Les Saints, 36; París 1903).
- BRUNO DE JESUS-MARIE, OCD, *La Belle Acarie, bienheureuse Marie de l'Incarnation* (París 1942).
- SHEPPARD, L. C., *Barbe Acarie, wife and mystic: a biography* (Londres 1953).
- SILVERIO DE SANTA TERESA, OCD, *Historia del Carmen Descalzo en España, Portugal y América. VIII: 1600-1618* (Burgos 1937).
- TERESA DE JESUS, SANTA, *Flores del Carmelo* (Madrid 1948).

BEATO ANDRÉS HIBERNÓN

Religioso († 1602)

He aquí una vida llamativa, fuerte, descarnada, audaz. Uno no sabe qué adjetivo poner a este hombre.

Andrés nació en Murcia de casualidad. Sus padres vivían en Alcantarilla (Murcia) y un buen día en que la madre estaba de muy buen ver, se les ocurre ir a visitar a un pariente suyo que vivía en Murcia; con tan buena fortuna que se puso a dar a luz y nació Andresito. Reinaba en España el emperador Carlos V. Y era papa Clemente VII.

El padre se llamaba Ginés y era de Cartagena. La madre, María Real, oriunda de Cuenca. Cómo sería la madre, que la llamaban «La Buena».

La situación económica de aquellos años estaba basada en la agricultura. La familia se desenvolvía bastante bien, pero con aquella economía tan expuesta al viento, resultó que vinieron unos años secos, de vacas flacas, y se quedaron sin un remedio para mandar al hijo a estudiar. Se le veía al chaval despierto; los padres no querían desaprovechar el talento del hijo y decidieron mandarlo a Valencia, a casa de un tío llamado Pedro Ximeno, el cual le encargó que cuidara el ganado.

Uno puede ganarse la vida de cualquier manera si es muy trabajador. Y ése era el caso de Andresito. A base de mucho esfuerzo, de poco comer y mucho ahorrar, pudo juntar unas perrillas. Tenía la ilusión de regalarle una dote a su hermana. Y efectivamente, cuando tenía todo preparado, con ochenta ducados de plata, salió de su casa en Valencia y comenzó el camino de Alcantarilla, donde vivían sus padres.

Pero ¡oh fortuna desgraciada!, que siempre toca la desdicha a los más pobres. Le salieron al camino unos sinvergüenzas y le quitaron todo el dinero que llevaba encima. Al perro flaco ya sabemos lo que le ocurre siempre: lo de las pulgas.

Llegó a su casa, contó lo que le había ocurrido y los padres le recibieron con los brazos abiertos. En realidad había salido de casa por pura necesidad, pero en este momento le querían consigo para siempre. Era una familia maravillosa en el arte de quererse.

Pero el bueno de Andrés tenía ganas de hacer algo grande en la vida. Los jóvenes de corazón generoso siempre quieren hacer algo más; todos queremos más. Y empezó a madurar en su cabeza la idea de meterse hermano franciscano. Y así lo hizo. Entró en el convento de Albacete el día 31 de octubre de 1556. Tenía 22 años. Este año murió el emperador Carlos V, hecho un santo, en medio de meditaciones y clausuras. Llevaba 40 años en el trono.

Así, Andrés estuvo durante siete años, dando ejemplo de trabajo y de oración, de entrega y de buen sentido, de amor y de servicio. Una joya. Todos estaban contentos menos él. Porque sentía ganas de entrar en una Orden más austera. Y así logró trasladarse a la reforma de San Pedro de Alcántara. De esta forma, el año 1563 entra en el convento de los reformados de Elche.

Pobreza extrema, trabajos duros, salir a pedir como un mendigo, penitencias terribles. Con todas estas actitudes se hizo famoso y adquirió fama de santo. Pero no sólo le aclamaban como tal las gentes sencillas; el mismo San Pascual Bailón y San Juan de Rivera, arzobispo de Valencia, le miraban asombrados por las cosas que hacía el buenísimo Andrés.

En realidad llevaba a cabo dos obras específicas: la atención a los enfermos y la conversión de los moros. En estos dos menesteres entretenía sus días, sin tiempo para sí y entregándolo todo a los más débiles.

Cuando Andrés se ponía a rezar, impresionaba con su postura a todos los presentes. Era como si tuviera delante a Dios y lo estuviera viendo con sus ojos. Se ponía siempre de rodillas aunque estuviera roto de cansancio, y sus meditaciones siempre estaban en torno a la vida, pasión y muerte de Jesús.

Tuvo muchos oficios; por tanto, pobre seguro. En el convento de San José de Elche fue refitolero, portero y limosnero; salía al monte a recoger sarmientos, hacía sandalias, lavaba los hábitos de los monjes, remendaba los rotos, cosía ropas nuevas, barriá, limpiaba y hacía carbón. Servía a los enfermos y ejercía de peón en las obras del convento. O sea, lo que se dice «un manitas». Suplía las faltas de todos, lo mismo trabajaba en la sacristía que en la cocina, asistía en la portería a los pobres y consolaba a los tristes; cultivaba la tierra y guisaba para los huéspedes.

Además de ser tan trabajador, ahorrraba mucho para el convento, pues apenas comía. Veamos lo que decían sus contemporáneos:

«Usaba tal templanza en la comida, que podía llamarse ésta un ayuno perpetuo, las mas de las veces se contentaba con sólo pan del mas duro, comun y negro y con agua natural que bebia escasa y medidamente. Aun quando viejo y cansado de las fatigas, jamas gusto cosa alguna que le sirviera de cena por la noche, ni fuera de la mesa comun tomo el menor bocado

Era muy parco en el sueño. Emulaba a su reformador Pedro de Alcantara, dormia muy pocas horas. Con su templanza escondia su talento y doctrina infusa, posponiendo su opinion a la ajena y cediendo siempre a cualquier contradiccion»

Todos sabemos que San Pascual Bailón era un enamorado de la Eucaristía. Es patrono de la Adoración Nocturna. Pues bien: a Andrés le tocó vivir con Pascual en el mismo convento. Habría que ver qué afán de superación creaba en los dos el espectáculo del otro.

Cuando Andrés estaba en la iglesia delante del Santísimo, parecía que se le escapaban los ojos de su rostro; tenía una cara de enamorado que no se podía aguantar, dejaba ver hacia fuera todo el amor que llevaba por dentro.

Hemos conocido personas que, en la iglesia, tienen una actitud especial. Parece que, como el Cura de Ars, están viendo al Señor Sacramentado. Ése era el caso de Andrés Hibernón. Pascual Bailón le miraba siempre con ojos de asombro y admiración. Dos enamorados de la Eucaristía en el mismo convento, una suerte para los demás.

Y los éxtasis. Consisten en que el cuerpo parece escaparse de su piel para vivir en otro sitio, con otra persona, fuera del lu-

gar. Se dice que Santa Teresa gozaba de este don en cualquier momento. Pues a Andrés le ocurría algo parecido. Es como si ya estuviera viviendo en el cielo.

La puerta de su casa se llenaba de pobres, porque sabían que Andrés no les iba a dejar con el hambre en la boca. Y donde están los pobres, allí está el dedo de Dios. Decían que era un santo, y lo era de verdad.

Luego se empezaron a contar historias maravillosas. Se decía que Andrés hacía milagros; se comentaba que estaba en dos sitios al mismo tiempo, que profetizaba acontecimientos que luego sucedían con toda seguridad; y decían también que tenía poder de curar a los enfermos.

Murió porque tenía que morir. No se iba a quedar aquí para siempre. Murió porque su sitio ya lo tenía preparado hacía tiempo. Se dice que predijo su muerte cuatro años antes; el día y la hora en que iba a morir. O sea que, en esas condiciones, estaba preparadísimo para irse derecho al cielo con botas y todo.

«El día antes de su enfermedad, se puso con la mayor diligencia a barrer y limpiar su celda, el dormitorio y la escalera del convento que bajaba a la iglesia, adornándola del mejor modo que pudo, como quien sabía ciertamente que al día siguiente se le había de administrar el Viático. Al otro día de estas diligencias, asaltado de un cruel dolor de costado, con una calentura aguda y maligna, le llevaron el santo Viático, que recibió con el mayor fervor de su vida, deshaciéndose en lágrimas de amor y ternura. Acometiéndole, finalmente, otro más grande dolor de estómago y de pasmo que lo postró y dejó sin movimiento. Llegada la noche, tomó el crucifijo, lo besó y entregó su alma a su Señor. Era el miércoles 17 de abril de 1602, una hora después de la media noche».

Después fue un jubileo. Tuvieron que bajar su cadáver a la iglesia porque todas las mujeres se juntaban en la puerta del convento y querían verle. El duque de Gandía, que estaba en aquel momento despachando sus negocios por allí, mandó que un famoso pintor de la escuela de Juan de Juni le pintara un cuadro a nuestro amigo Andrés. Casi lo desnudan, porque todos querían llevarse un trocito de su ropa para guardarlo como una reliquia. Le tuvieron que vestir varias veces porque lo dejaban casi desnudo.

Tres días estuvo expuesto. Y dicen que hasta hacía milagros después de muerto.

Lo más impresionante era oír a Pascual Bailón. Le dijo a Doña Juana Gaspe en la villa de Jumilla:

«Mire señora: Estimo mucho a Fray Andrés Hibernón, porque es verdaderamente un gran siervo de Dios y un gran santo».

Como despidiéndose de él, dijo:

«Ah, Fray Andrés, y cuánto envidio vuestra vida. Cuánto desearía también poseer vuestras virtudes y tener vuestros méritos delante del Señor, que ya me llama a la eternidad para darle cuenta de mi vida tibia y negligente».

Fue beatificado el 22 de mayo de 1791. Habían pasado 189 años desde su muerte. Demasiados años para sus fans.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

ARGULLO PASCUAL, J. B., OFM, *Beato Andrés Hibernón: compendio histórico y novena* (Valencia 1991, en el II centenario de su beatificación) (Valencia 1992).

BAÑULS, F., *Ensayo sobre la paz en el espíritu franciscano, según la vida del beatillo Andrés Hibernón* (Valencia 2002).

Novena en honor del beato Andrés Hibernón (Valencia 1968).

Novena en honor del beato Andrés Hibernón (Valencia 1981).

RODRIGUEZ, F. (trad.), *Compendio histórico de la vida, virtudes y milagros del Beato Andres Hibernón... de la Orden de San Francisco, de la mas estrecha Observancia de los Menores Descalzos de San Pedro Alcántara..* (Valencia 1791).

BEATA SABINA PETRILLI

Virgen y fundadora († 1923)

El Señor la destinaba a hacer mucho bien. La conduciría suavemente a lo largo de la vida para que fuera la iniciadora de una bella obra a favor de los pobres, una obra que testimoniara el corazón amoroso de la Iglesia hacia todos los que sufren.

No se había apagado el eco de los últimos tambores del Palió cuando, mientras sonaban las campanas de Santo Domingo llamando a la oración, nacía en Siena, Italia, la pequeña Sabina. Era el hogar de Celso Petrilli y de Matilde Vetturini, que además de esta hija tendrían otra, Emilia, y verían con gozo que ambas hermanas se amaban tiernamente. Otros hijos vendrían más tarde. El día de su nacimiento fue el 29 de agosto de 1851.

Sabina fue una niña débil y enfermiza, que en sus primeros años causó cuidados a sus padres, ya que varias veces pensaron que la perdían pues estuvo muy enfermita.

No será hasta los 9 años cuando Sabina vaya por primera vez a la escuela, una escolita católica que regentaban las Hermanas de la Caridad. Pero ya para entonces todos veían que era una niña inteligente y de bellas prendas, que cuidaba con amor de sus hermanos más pequeños y que se sacrificaba con gusto por el bienestar de su hogar. Ayudaba con cariño en la casa y era admirable por la precoz responsabilidad que manifestaba. Al lado de esta buena conducta y como secreto de ella estaba la evidente inclinación de Sabina por la piedad.

Tendría unos diez años cuando la figura de Catalina de Siena la impacta poderosamente. Llega a conocimiento de la vida de la gran santa y sus coordenadas vitales se le graban en el corazón. Ella quiere imitarla. Quiere ser una enamorada de Jesús, como Catalina; una ardiente devota y adoradora del Santísimo Sacramento, como Catalina; una fervorosa contempladora de la Pasión del Señor, como Catalina; una persona austera y mortificada, como Catalina; una hija fiel de la Iglesia, como Catalina; y una amante de los pobres y necesitados, como Catalina. Siente que el ejemplo de Catalina va a ser el norte de su vida interior, y se decide por imitarla en todo cuanto pueda.

Sabina tenía, a causa de su devoción a Santa Catalina, una enorme ansia por recibir a Jesús en la eucaristía. Pero estaba de por medio la costumbre de no dar la comunión antes de los diez años, y habrá de esperar nada menos que hasta los doce para poder recibir a Jesús. Se preparó con gran fervor y con grandes ansias, pareciéndole eterno el tiempo que faltaba para poder llegar al encuentro sacramental con el Amado de su alma. Por fin el 31 de mayo de 1863, en la iglesia sienesa de San Jerónimo, recibe el don inefable de la Eucaristía. Será un encuentro imborrable con el Señor, porque ese día Sabina descubre que toda su vida no puede ser de otra cosa que de consagración a Jesús. Lo dirá ella más tarde: «En el momento en que recibí a Jesús, me sentí inmersa en Él». Toda su vida le durará este sentimiento de haberse perdido en Cristo, de haberse metido en su corazón para siempre.

Hacía falta en su casa y deja la escuela. Se dedica a cuidar a sus hermanos, y lo hace con amor. Pero no pierde oportunidad de hacer el bien y ahorrará horas al día para poder hacer oración. Es un alma precozmente contemplativa. Comienza a mortificarse de forma voluntaria. Se niega gustos y caprichos recordando la pasión voluntaria de Cristo y cada día se siente más impulsada a hacer algo significativo por el servicio de Dios. Debajo de su casa había una taberna. Se veía entrar y salir a los hombres que iban a pasar el rato y tomar unos tragos. Y Sabina oye con dolor que algunos de ellos en sus palabras no respetaban el nombre de Dios. No le importa que ellos sean hombres maduros y ella una chiquilla de apenas catorce años: baja y se dirige a ellos y les reprocha sus blasfemias y les hace razonar sobre la injusticia y la irracionalidad de la blasfemia. Cómo supo hablar. Qué palabras de fuego puso el Espíritu en sus labios. Aquellos hombres le dieron la razón. Reconocieron que blasfemar no está bien, y le prometieron corregirse. Sabina había reivindicado con fortaleza el honor de Dios.

Desde que hizo la primera comunión, sus comuniones eran frecuentes y frecuentes igualmente sus visitas al Santísimo Sacramento. Oía misa con devoción singular. Los feligreses de su parroquia se daban cuenta de las cualidades de Sabina. Un día, el 8 de diciembre de 1866, cuando ya había cumplido los quince años, es admitida en la Congregación de Hijas de María que funcionaba en su parroquia. Esta congregación proponía a las jóvenes el ideal de la pureza cristiana, de la santidad de vida y de la piedad fervorosa. Todo ello bajo el manto de la Virgen Inmaculada. Tenían actos de piedad así como actos de formación religiosa y colaboraban sus miembros con la parroquia en el catecismo de los niños y en la visita y ayuda a los pobres. Sabina se ofrece para todos los actos de la congregación, pero además añadía algunas obras buenas por su cuenta. Había niños de la calle que no iban a la escuela ni al catecismo de la parroquia. Sabina va en su busca, los atrae con su palabra agradable y ardiente y los lleva a su propia casa, donde ha convertido una habitación en sitio de su apostolado. Allí les enseña las oraciones y los elementos del catecismo y les hace sentirse hijos de Dios, que no por ser pobres los quiere menos sino más. Llega la

hora de elegir nueva presidenta de la congregación. Ni el párroco ni las jóvenes tienen duda. Sabina será la nueva presidenta. Ella sabrá dirigir el grupo con su ejemplo y su ímpetu religioso. Mostrará ya entonces su indomable voluntad.

La vivencia del espíritu de grupo de la congregación, el apostolado con los niños de la calle y su interior atractivo por la consagración a Dios, llegan poco a poco a convencer a Sabina que a donde Dios la llamaba era a la vida religiosa. Esta resolución la podría cumplir entrando en cualquiera de los muchos institutos religiosos que por entonces ya figuraban en la vida eclesial. Pero Sabina sentía en su corazón una llamada especial. Creía que el Señor la llamaba a fundar una nueva congregación religiosa, que se ocupara específicamente de la juventud, singularmente de la más pobre y abandonada. Su confesor, a quien no ocultaba nada de sus sueños y deseos, no la desanima. Le dice que la obra que desea es buena y del servicio de Dios. Pero que ella es aún muy joven, que sepa esperar.

Sabina en efecto espera pese a las ardientes ansias que siente de que su obra comience ya. Pero sensible a la amistad que encuentra en otras jóvenes de su congregación, les habla de sus deseos de iniciar una obra para gloria de Dios y bien de los pobres, dedicando la vida a este menester tan evangélico. Y un grupo de jóvenes le dice que cuente con ellas, que ellas, si es voluntad de Dios que se efectúe el proyecto, estarán a su lado y serán sus compañeras. El confesor les permite que el 31 de mayo de 1868 todo el grupo emita un voto temporal de castidad.

Sabina se va a sentir confortada y animada en su proyecto nada menos que por la palabra del Papa. En efecto, acompañada de su padrino y de una buena amiga, peregrina a Roma, al centro de la catolicidad. Es papa un hombre que ha sabido atraerse el amor de todos los católicos por tantos motivos: su dulzura personal, su santidad de vida, su fortaleza en la tribulación, su amor a la Iglesia y a las almas. Es Pío IX, que aquel año ha convocado el Concilio Vaticano I. Llegados a Roma, logran una audiencia del Papa. Naturalmente no a ellos solos pero sí con otros grupos, a todos los cuales —les dicen— el Papa va a saludar y a bendecir. Qué intensa emoción la de esta joven de casi 18 años, que sueña con servir a Cristo en los más pobres,

cuando se acerca el 7 de julio de 1869 a besar la mano del Vicario de Cristo en la tierra. Cómo hubiera deseado ella confiarle su propósito y recibir su orientación. Pero no era momento el de una audiencia colectiva para desnudar ella allí su alma. No obstante va a oír las palabras del Papa como si quisiera el Señor que estén dirigidas a ella, y así, como si fueran dirigidas a ella particularmente, escucha lo que el Santo Padre les quiere decir. Y el Papa, a quien se le ha indicado que allí hay un grupo de personas venidas de Siena, les habla de Santa Catalina y lo bien que harían si siguieran sus huellas, si la imitaran, si la tuvieran como su especial protectora. En el alma de Sabina se hace la luz. Ella hará su obra, la que desea, y la hará bajo la sombra y el amparo de Catalina, a la que la dedicará y de quien sacará la inspiración de amor efectivo y de servicio, por la gloria de Dios y el bien de la Iglesia. Sabina vuelve de Roma confortada y convencida y llena de energía. Dios lo quiere.

Da cuenta a su confesor de los sentimientos experimentados en Roma y el confesor cree también reconocer la voz de Dios en la llamada sentida por Sabina. Pero aún es muy joven. Hay que esperar. Debe perseverar en el santo propósito, debe perseverar en la vida de oración y apostolado, debe seguir instruyendo a los niños de la calle y ayudando a los pobres, debe seguir pilotando el grupo de amigas que quieren consagrarse a Dios al lado de ella. Sin embargo el confesor no tarda en dar un paso adelante: permite a Sabina y a sus compañeras que emitan privadamente un voto perpetuo de castidad. Lo harán el 15 de agosto de 1869. Ya son todas de Dios para siempre. Ya pertenecen al divino Esposo. Ahora le toca a él marcar los hitos del camino como quiera.

Llega el año 1872 y una gran prueba espera a Sabina. Su hermana Emilia y ella eran un solo corazón. Para ella no había secretos de su hermana ni los suyos lo eran para Emilia. Se amaban tiernamente. Se ayudaban mutuamente. Se complementaban. Y aquel año el Señor se la pide. Enferma Emilia de gravedad y Sabina vela a su lado hasta que la enfermedad rinde a la jovencita y abrazada a Sabina que la rodea de ternura hasta el último instante parte al encuentro con Dios. Sabina siente intensamente la muerte de su hermana, que le sirve para darse

cuenta de que la verdad se halla solamente en Dios. Vuelve a decirle a su confesor cuáles eran sus ansias y éste le dice que en poco tiempo habrá llegado el momento de pedir permiso al Obispo para el comienzo de la nueva comunidad. Sabina se prepara con nuevos arrestos espirituales para dar comienzo a la obra.

Era arzobispo de Siena monseñor Enrico Bindi, un hombre de corazón animoso a la hora del apostolado y de ideas claras acerca de que la Iglesia necesitaba nuevos refuerzos en su actividad pastoral y de testimonio. Conocía a las Hijas de María y sus buenas obras, y escucha con complacencia el relato que Sabina, recibida en audiencia, le hace de sus experiencias religiosas y de sus concretos propósitos. El confesor de Sabina, autorizado por ella, ha podido también informar al prelado. Y éste decide acceder al permiso que se le pide: fundar una nueva congregación religiosa. Acepta el nombre que la nueva obra va a llevar: Hermanas de los Pobres de Santa Catalina de Siena. En él se indica el destino y el espíritu de la congregación. El destino: los pobres, a los que servirán las nuevas religiosas con espíritu fraterno. Santa Catalina de Siena: modelo e ideal para la vida del espíritu, el amor a la Iglesia y la entrega generosa en la causa del evangelio.

Se dispuso la fundación. No va a tener lugar en un templo suntuoso de los muchos que hay en Siena. Ni en la gran catedral ni en ninguna otra de las espléndidas iglesias de la más que bella ciudad italiana. En su casa tiene Sabina una habitacioncita dedicada a oratorio. Ahí tendrá lugar el acto fundacional, que consistirá en la emisión de los tres votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia, a los que han venido preparándose Sabina y sus compañeras. Será un día dedicado a la Virgen, el día de la Asunción, 15 de agosto de 1873, y la profesión se hará ante el confesor que ha guiado a Sabina y a sus compañeras hasta aquí. Todas ellas, llenas de intensa emoción, se consagran al Señor de manera pública, y una nueva congregación religiosa nace en la Iglesia.

En adelante Sabina vivirá para consolidar esta obra y para guiarla con el carisma que el Señor le ha dado. Como ha dicho un biógrafo suyo, ella era toda una voluntad y la pondrá al

servicio de su obra, convencida de que era obra de Dios. A la hora de decidir a qué deben dedicarse subrayan no solamente las obras de servicio a la juventud sino toda obra de servicio a los necesitados, dilatando así el horizonte de su caridad. Ella y sus hermanas saldrán a visitar enfermos en sus casas, en los hospitales, a cuidar ancianos que no tienen a nadie, a instruir niños y jóvenes, a acercarse a los manicomios para cuidar de los dementes, a buscar a Cristo paciente presente en las personas de todos los pobres. No habrá obra de misericordia a la que no estén ellas dispuestas desde el amor total a Jesucristo.

Imposible seguir en unas cuantas páginas toda la religiosa odisea de Sabina como fundadora. Bastará decir que en 1881 se hace la primera fundación en Onano, junto a Viterbo, y que en 1903 saltará la congregación a América y se establecerá con enorme fecundidad apostólica y benéfica en Brasil. Son cincuenta los años que vivirá esta Madre tras haber puesto en el mundo la nueva congregación y cuando llegue la hora de partir hacia el Padre dejará tras de sí una congregación de más de 500 hermanas, trabajando en 52 casas en Italia, Brasil, Argentina, Paraguay, Estados Unidos, Filipinas y la India, y dispuesta a seguir por otros países su obra de caridad. En 1875 obtuvo la congregación la aprobación diocesana y el 17 de junio de 1906 fue definitivamente aprobada por la Santa Sede. Sabina cuidó la formación de las nuevas religiosas que llegaron a la congregación atraídas por su bello ideal de seguimiento de Cristo en el espíritu de Catalina de Siena. Las formará con firmeza y dulzura, con exigencia y fortaleza, pidiéndole a cada una lo mejor de sí misma en el servicio del Señor. Acudirá a la fundación de nuevas casas superando dificultades y trabas y logrará establecer una cadena de instituciones benéficas al servicio siempre de las clases populares en sus diversas necesidades. No ahorrará esfuerzo ni sacrificio. Todo lo vencerá en seguimiento de su ideal.

Ella personalmente siguió adelante el camino de la perfección cristiana, animosa y valiente siempre. Hizo sucesivamente votos que fueron jalonando su entrega cada vez más perfecta al Señor: hizo el voto de no negar nada voluntariamente al Señor, el voto de perfecta obediencia a su director espiritual, el voto de no lamentarse por ningún sufrimiento externo o interno, el

voto de completo abandono a la voluntad del Señor. Y todo ello no sería sin lucha. Activa y decidida, debió dominarse para que sus impulsos se dirigieran siempre a hacer la voluntad de Dios.

Así comentó su vida el papa Juan Pablo II el día de su beatificación:

«Sabina logro abandonarse completamente a la voluntad divina, haciendo voto de no negar nada a Dios deliberadamente. En este empeño de completa oblacion de si misma a Dios y a su voluntad, voto de abandono total, encontro la fuerza para dominar su temperamento impulsivo en orden a adquirir las dificiles virtudes de la dulzura y de la mansedumbre. Encontro tambien la paz, reconociendo que su celo por las almas debia seguir el camino de la aceptacion de la cruz, sin lamentarse nunca, ni siquiera en las penas mas duras del espiritu y del cuerpo.»

Madre Sabina supo superar obstáculos que parecían insuperables. Supo mostrarse enérgica, inteligente, práctica, preparada para penosas pruebas. Su tiempo no fue fácil, sino que ofreció muchas objeciones a la vida religiosa, pero ella estaba segura de lo que Dios quería y no temió ningún sacrificio.

Cargada de méritos y virtudes murió en Siena el 18 de abril de 1923 a las cinco y veinte de la tarde. Rodeada de fama de santidad desde el principio, el papa Juan Pablo II procedió a beatificarla el 24 de abril de 1988.

JOSE LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 81 (1989) 271s

BARDI, G., *Una volonta M. Savina Petrilli, fondatrice delle Sorelle dei Poveri di Sta. Caterina di Siena* (Turin 1937)

ROSA, R. DE, *Una poverta che si chiama Cristo. Profilo spirituale dei Madre Savina Petrilli fondatrice delle Sorelle dei Poveri* (Roma 1979)

SAN EUSEBIO DE FANO

Obispo († 526)

Elegido obispo de Fano, Italia, alrededor del año 500, en el 503 asiste al concilio romano convocado por el papa San Símaco. En octubre del 525 acompaña al papa San Juan I a Constantinopla a donde debió acudir como portador de un mensaje del rey Teodorico para que lograra el respeto del emperador Justiniano a los arrianos del Imperio bizantino. Otros cuatro obispos y cuatro senadores romanos acompañaban al pontífice que llegó a Constantinopla a tiempo de celebrar allí la Navidad. Eusebio estuvo en la coronación del emperador y con el papa volvió a Italia en abril. El rey Teodorico quedó tan disgustado con el resultado de la embajada que encarceló al papa y a sus acompañantes. El papa murió el 18 de mayo de 526, y un mes antes murió Eusebio, pero su muerte se sitúa en el propio Fano.

SAN LASERIANO

Abad († 638)

Laseriano, Laisren o Molaise parece haber sido miembro de la familia real del Ulster y que el rey Cairrell fue su abuelo. Luego de haber estudiado en el monasterio de Tagmon, eligió el de Leighlin para profesar en él como monje, llegando con el tiempo a ser elegido abad del mismo. Estando viva en la iglesia irlandesa la controversia sobre la celebración de la Pascua, Laseriano acudió a Roma, de donde vino convencido del uso romano que seguidamente propagó. Murió en el año 638.

SAN URSMARO

Obispo y abad († 713)

Ursmaro era, a finales del siglo VII, abad-obispo de la abadía de Lobbes, Flandes, entonces en pleno auge y funcionamiento. Con el fin de regularizar lo más posible la vida monacal intro-

dujo en su abadía la observancia de la Regla de San Benito. Amplió las edificaciones del monasterio y consagró su iglesia a los SS. Apóstoles Pedro y Pablo en agosto del 697. Logró fundar otros varios monasterios filiales, y se ocupó mucho de la evangelización de los habitantes de su región. Murió el 18 de abril de 713.

SANTA ANTUSA

Virgen (fines s. VIII)

Nació en Constantinopla hacia el año 750, hija del emperador Constantino V Coprónimo, de tan triste memoria en la vida de la Iglesia. Huérfana de madre, desde muy pequeña dio señales de insigne piedad y, al llegar a la adolescencia, manifestó que renunciaba al matrimonio y se consagraba a Cristo. Todos sus bienes los empleó en obras de religión, como la restauración de iglesias y construcción de monasterios, y en obras de caridad con los más pobres y humildes y en el rescate de esclavos. Muerto en 780 su hermano, el emperador León IV, su cuñada le ofreció participar en la regencia en la minoría de edad de Constantino VI, pero ella prefirió seguir ocupada en sus buenas obras señaladas. En 784 el patriarca San Tarasio le dio el hábito monacal, ingresando en el monasterio de la Concordia, donde perseveró hasta su muerte en los últimos años del siglo VIII.

SAN PERFECTO

Presbítero y mártir († 850)

Perfecto era natural de Córdoba, persona instruida, conocedor del árabe, y vivía con la comunidad clerical de la basílica de San Acisclo. Su martirio se produjo cuando unos conocidos suyos musulmanes le pidieron que les dijera con claridad qué pensaba de Mahoma, su profeta, prometiéndole que guardarían secreto de su respuesta. Perfecto dijo con toda claridad que tenía a Jesucristo por verdadero Dios y verdadero hombre y que no admitía como profeta a Mahoma ni tenía por divina su misión. Quedaron muy ofendidos sus amigos por esta respuesta pero

no dijeron nada por la promesa hecha. Pero otro día que lo vieron por la calle lo forzaron a ir ante el cadí y lo acusaron de haber blasfemado contra Mahoma. Fue encarcelado. El tiempo de la cárcel lo destinó a la oración y llevó con paciencia todas las incomodidades. Juzgado, primero negó haber dicho todo aquello sobre Mahoma pero luego cobró ánimos y repitió su confesión de fe. Por lo que fue decapitado el 18 de abril de 850. Fue el primero de la que sería gran epopeya martirial de la década de los 50 en el siglo IX en Córdoba.

SAN IDESBALDO

Abad († 1167)

Nacido hacia el año 1090 en la aristocrática familia Van der Gracht, estuvo casado y ya viudo fue canónigo de Santa Walburga en Funes, Flandes. Posteriormente ingresó en la abadía cisterciense de Dune, en la que fue un monje ejemplar. Elegido abad, la gobernó santamente y logró que el papa Alejandro III concediera diferentes privilegios a su monasterio. Murió el 18 de abril de 1167.

BEATO ANDRÉS DE MONTEREALE

Presbítero († 1479)

Era natural de Mascioni, junto a Aquila, en Italia, y nació a comienzos del siglo XV. Con sólo 14 años ingresa en la Orden de los Ermitaños de San Agustín, en la que hace los estudios eclesiásticos y se ordena sacerdote. Fue profesor en Siena, e insigne predicador de la palabra divina por Francia e Italia. Su Orden le encomendó diversos ministerios sobresalientes, como el de provincial de la Umbría en 1453 y el de reformador de sus monasterios, en lo que demostró mucho tacto, tenacidad y paciencia. En 1471 se retira al convento de Montereale, donde vivió sus últimos años con gran ejemplaridad. Murió el 18 de abril de 1479. Su culto fue confirmado el 11 de mayo de 1764.

BEATO JOSÉ MOREAU

Presbítero y mártir († 1794)

Sacerdote francés de la diócesis de Angers que ejercía su ministerio como párroco de Saint-Laurent-de-la-Plaine hasta que en 1791, al negarse a jurar la constitución civil del clero, fue expulsado de ella. Llegado el «terror» se negó igualmente a prestar el juramento llamado de libertad-igualdad, y por este motivo fue condenado a muerte, siendo guillotinado en la plaza de Angers, el Viernes Santo 18 de abril de 1794. Fue beatificado el 9 de febrero de 1984.

BEATO ROMÁN ARCHUTOWSKI

Presbítero y mártir († 1943)

Nació en Karolin, Polonia, el 5 de agosto de 1882 en una familia rica, propietaria de tierras. Decide su vocación sacerdotal e ingresa en el seminario de Varsovia, ordenándose el año 1904. Luego de graduarse en teología es enviado a diversas tareas docentes y pedagógicas, siendo director de un instituto y presidente de la asociación de prefectos de escuelas, y colaboró también en el Tribunal Metropolitano. La diócesis, para premiar sus muchos trabajos, lo hizo canónigo de la catedral y la Santa Sede le concedió la cruz «Pro Ecclesia et Pontifice». Ya sucedida la invasión nazi de Polonia, fue rector del seminario y salvó a cuantas personas pudo, lo que le hizo odioso a la Gestapo. Arrestado y encarcelado en septiembre de 1942, fue llevado al campo de concentración de Majdanek, donde moría agotado el domingo de Ramos 18 de abril de 1943. Fue beatificado el 13 de junio de 1999.

A) MARTIROLOGIO

1 En Africa, San Mapalico, martir, y otros martires del tiempo de Decio Basio, Fortunio, Pablo, Fortunata, Victorino, Victor, Heremio, Credula, Hereda, Donato, Firmo, Venusto, Frutos, Julia, Marcial y Aristion († 250) *

2 En Persia, Santa Marta († 341), virgen y martir

3 En Antioquia de Pisidia, San Jorge († 818), obispo, defensor de las sagradas imagenes

4 En Friesen (Baviera), San Geroldo († 978), ermitaño

5 En Greenwich (Inglaterra), San Elfego († 1012), arzobispo de Canterbury y martir **

6 En Roma, San Leon IX († 1054), papa **

7 En la abadía de St Bertin (Francia), Beato Bernardo el Penitente († 1182), peregrino *

8 En Londres, Beato Santiago Duckett († 1602), martir *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN ELFEGO DE CANTERBURY

Obispo y martir († 1012)

Elfego (o Elfego), llamado también Godwine, nació en 954, respondiendo a una llamada de Dios, dejó a su madre, afligida por la pérdida reciente de su esposo en el condado de Gloucester e ingresó en el monasterio benedictino de Deerhurst (Gloucestershire) Al cabo de algunos años, deseoso de llevar una vida más perfecta, se retiró a una pequeña cabaña que construyó cerca de Bath, para vivir como ermitaño. Pronto comenzaron a visitarle gentes deseosas de consultarle cosas espirituales y no faltaron personas deseosas de ponerse bajo su obediencia para seguirle en todo, y así es como se fundó en Bath uno nuevo el año 970. Entre otras lecciones que daba a sus monjes, les ponía en guardia contra la actitud de esos falsos monjes que porque llevan un hábito y una tonsura, pueden ir por ahí vagabundeando y solicitando cobijo de los monasterios y de las buenas gentes sin trabajar ni orar regularmente, faltándoles en todo el espíritu de obediencia, oración y disciplina.

En 984, cuando Elfego tenía treinta años, murió Ethelwold, obispo de Winchester; los monjes que constituían el capítulo de la iglesia diocesana, como no llegaron a entenderse para la elección de un sucesor, decidieron someterse a la decisión de San Dunstan, entonces arzobispo de Canterbury, y cuenta la tradición que, después de haber ayunado y orado, recibió una «revelación» del apóstol San Andrés que le dijo: «El elegido del Señor es el abad Elfego». Cuando se lo comunicaron al joven abad, hubo que obligarle, por obediencia, a que abandonara su grata soledad para ordenarlo como obispo de Winchester el 19 de octubre del 984.

En el ejercicio del cargo episcopal, Elfego continuó dando ejemplo de vida pobre y humilde pero practicando siempre una admirable caridad, llena de una amable dulzura. En su tiempo no se veían mendigos en Winchester, tanta era su solicitud en socorrerlos. Hizo muchos esfuerzos para atraer a la conversión a las tribus y gentes de mucho más al norte de las fronteras inglesas, que todavía eran paganos. Como obispo tuvo la satisfacción de confirmar al rey de Noruega, Olaf, recientemente convertido por misioneros ingleses, y que vino hasta a Southampton en 994, para visitar al rey Ethelred.

El gran arzobispo San Dunstan tenía a Elfego en gran estima, y quiso que él fuera su sucesor en Canterbury. Pero este plan sólo se realizó después de la muerte del obispo Alfrigo, en 1006; entonces todo el reino solicitó que fuera Elfego el arzobispo de la sede metropolitana. Obligado a aceptar, Elfego marchó a Roma para recibir el *pallium* de manos del Papa. Atravesados los Alpes, al pasar por un pequeño pueblo de Italia, del que el biógrafo no da el nombre, sus moradores le robaron y le echaron de su territorio. Pero nada más salir del pueblo, se declaró tal incendio que amenazaba con destruirlo todo; los habitantes viendo en este siniestro un castigo del cielo, fueron a buscar al prelado para pedirle perdón y solicitar su ayuda intercesora ante el cielo. Volvió con los mensajeros y arrodillándose a la entrada del pueblo y poniéndose en oración, al instante se apagó el fuego.

A la vuelta de Roma, Elfego se ocupó de la administración de su archidiócesis. Reunió y celebró varios concilios para co-

regir abusos y restaurar la disciplina eclesiástica. El principal de todos ellos fue el de Aenham, en 1009, una de cuyas normativas fue la de establecer el ayuno del viernes para toda la Inglaterra cristiana.

El arzobispo no descuidaba medio alguno para atraer a los pecadores; lloraba sus faltas como si fueran suyas y se esforzaba en expiarlas. Cada día, ofrecía el santo sacrificio por estas intenciones. Su amor a la pureza no soportaba que se pronunciara en su presencia ni una palabra inconveniente. Todos los pobres y afligidos que recurrían a él eran amparados enseguida.

Por aquel tiempo los daneses comenzaron a asolar el reino y esto abrió un vasto campo al ejercicio de su caridad. Tuvo que salir en ayuda de los pueblos invadidos, y por su predicación trabajó en la conversión de aquellos salvajes invasores.

La labor era penosa y no sin grandes riesgos. Finalmente llegó un momento en que el valor y la fidelidad cristiana se vio sometida a prueba. Los daneses vinieron a asediar Canterbury: el rey Ethelred fue incapaz de rechazar a los asaltantes, y, para colmo de males, el conde Edrico hizo causa común con el enemigo. Algunos nobles amigos del arzobispo para que salvara la vida vinieron a suplicarle que abandonara la ciudad y se pusiera a salvo. Elfego no pudo menos de recordarles las palabras del evangelio: «Sólo un pastor mercenario sería capaz de abandonar su rebaño en medio del peligro». Reunió, pues, a los fieles, y les dirigió una exhortación llena de piedad y entusiasmo para prepararlos a cualquier acontecimiento; les repartió el sacramento de la eucaristía y les encomendó al cuidado de la divina Providencia. A continuación se presentó a los asaltantes para exhortarlos a que perdonasen a los inocentes. Los bárbaros no tuvieron en cuenta esta petición e hicieron en los días siguientes una horrible matanza entre los habitantes, sin distinción de edad o de sexo.

Elfego, mientras tanto, se había encerrado con los monjes en su catedral. Pero los daneses no tuvieron con ellos ningún miramiento; pusieron fuego al edificio, con lo que hicieron perecer una parte de los monjes; posteriormente encadenaron al arzobispo y lo metieron en prisión. Lo mantuvieron así durante siete meses, porque esperaban obtener un importante rescate

en dinero por él. Pero el obispo se negó en redondo a entregarles ni una moneda de las rentas de su Iglesia para librarse de su prisión, aun a costa de su libertad y de sus muchos sufrimientos en los que permaneció con una paciencia incansable y admirable. Entretanto se declaró una epidemia en el ejército danés; en poco tiempo dos mil soldados perecieron por la misma. Algunos, los más allegados a los calabozos, se salvaron gracias a las oraciones de su prisionero que les devolvió bien por mal y fueron curados en un instante el día de Jueves Santo. Dos días después la peste había desaparecido completamente.

La vigilia de Pascua cuatro oficiales principales vinieron a dar las gracias a Elfego y le ofrecieron la libertad si les entregaba una suma de tres mil monedas. Él les hizo ver que era imposible encontrar tanto dinero después del pillaje y la devastación sufrida por la ciudad. Elfego tuvo que quedarse en prisión. Cuentan que a la noche siguiente San Dunstan se le apareció para animarle a perseverar, añadiendo que estaba próximo el día de la victoria. El sábado de la Octava de Pascua Elfego fue llevado a Greenwich, ante los comandantes de la flota danesa. Éstos le amenazaron de muerte si rehusaba entregar la suma solicitada. El arzobispo respondió que no tenía más oro que ofrecerles que el de la verdadera sabiduría, es decir, el conocimiento de Dios vivo y su lealtad en servirle. Si rehusaban ellos mismos en abrir los ojos a la luz, serían tratados con más rigor que Sodoma; Inglaterra no continuaría mucho tiempo bajo su dominio. A estas palabras los bárbaros, que estaban ebrios y en medio de un banquete, se precipitaron sobre él, le derribaron con sus hachas de guerra, golpeándole, además, con los grandes huesos de los bueyes que estaban comiendo. Nuevo Esteban, Elfego oraba por los autores de su muerte diciendo: «Jesús, bueno e incomparable Pastor, ten compasión de los hijos de tu Iglesia a los que, muriendo, te recomiendo». Un danés borracho, Thurm, al que el arzobispo había confirmado la vigilia de Pascua, viendo que respiraba todavía, le hendió la cabeza con su hacha. Era el 19 de abril de 1012.

Los asesinos quisieron echar el cuerpo de Elfego al río, pero un grupo de los que el santo arzobispo había convertido, al enterarse de su muerte, fueron a recoger su cuerpo y le rindieron

honras fúnebres. A continuación, el cuerpo de Elfego fue llevado a Londres, donde fue solemnemente inhumado en la catedral de San Pablo. Allí permaneció once años, hasta que el rey Canuto, el 8 de junio de 1023, lo trasladó a Canterbury, para colocarle cerca del altar mayor de la catedral. Cuando Anselmo, cincuenta años más tarde, visitó Inglaterra en 1078, Lanfranco, entonces arzobispo de Canterbury, le consultó sobre el caso de Elfego a quien el pueblo miraba como a mártir y santo y él dudaba si había de considerársele como a tal, ya que su muerte había acontecido en medio de guerras y problemas políticos. San Anselmo declaró que Elfego merecía el honor de los altares, porque había recibido la muerte por la causa de la justicia. Lanfranco quedó convencido ante las razones de San Anselmo y desde aquel momento y época, su nombre fue inscrito en los martirologios en el día de su muerte, el 19 de abril.

LUIS M. PÉREZ SUAREZ, OSB

Bibliografía

- BAUDOT, J - CHAUSSIN, L, OSB, *Vie des saints et des bienheureux*..., IV (Paris 1946) 474-477.
- MABILLON, J. - D'ACHERY, L., *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti*, VI, prima pars (París) 115
- WARTON, *Anglia sacra sive collectio historiarum... de archiepiscopis et episcopis angliae . ad annum MDXL. II: Plures antiquas de Vitis et rebus gestis Presulum Anglicorum Historias...* (Londres 1691) 122.

SAN LEÓN IX

Papa y confesor († 1054)

León IX (1048-1054) es, indudablemente, uno de los más insignes papas. Su gloria principal consiste, además de la santidad y virtudes personales que le distinguían desde su juventud, en haber sacado a la Iglesia del estado de decadencia general en que se encontraba a mediados del siglo XI y haber iniciado el movimiento de reforma, que culminó poco después con Gregorio VII (1073-1085) y los papas que le siguieron.

Llamábase Bruno, de la familia de los condes de Alsacia, y estaba emparentado con los emperadores alemanes Conrado II y Enrique III. Nacido en junio de 1002, estudió en la escuela

episcopal de Toul al lado de su primo Adalberon, que fue largo tiempo obispo de Metz. Ya en su juventud dio pruebas de las excelentes cualidades de su espíritu, y después de una enfermedad, cuya curación atribuyeron todos a un milagro de San Benito, decidió entregarse de lleno al servicio de Dios en el estado eclesiástico. Cursados brillantemente y con extraordinario fruto los estudios eclesiásticos, bien pronto se ganó la confianza del nuevo obispo Hermann de Toul, y ya desde entonces comenzó a manifestar la gran estima que tenía de la obra reformadora realizada por los cluniacenses y las Órdenes monásticas.

Con el ascendiente de su familia ante el emperador Conrado II se obtuvo sin dificultad para él un alto cargo eclesiástico en la corte imperial; pero él por su parte, lejos de dejarse llevar de ninguna clase de ambiciones, encontraba su complacencia en los empleos más humildes y ansiaba ponerse al servicio de la iglesia más pobre. Su sencillez, amabilidad y virtud le conquistaron rápidamente una gran popularidad, por lo cual era comúnmente llamado *el buen Bruno*.

Pero Dios le tenía destinado para las más elevadas dignidades. Al morir poco después el obispo Hermann, los eclesiásticos y el pueblo reclamaron a Bruno para sucederle. Así, pues, sin dificultad ninguna fue nombrado obispo de Toul, dignidad que él aceptó por tratarse de una iglesia pobre, donde él podía ejercitar su celo apostólico. Así lo hizo, en efecto, desde un principio, entregándose con su alma joven y ardiente amor de Dios a fomentar en todas partes la reforma eclesiástica. Siendo, como era, hombre de acción y con las excelentes cualidades que le adornaban, ganóse rápidamente las simpatías de todos. Su humildad y paciencia, unidas a su energía de carácter y decisión en sus empresas, se manifestaron en multitud de ocasiones. Así supo defender con firmeza, pero sin herir susceptibilidades, los derechos de su iglesia frente a su metropolitano de Worms. Vencer el mal por medio del bien: tal era el secreto que aprendió del divino Maestro, y que él tomó como lema de toda su actuación.

Sobre estas bases se fue desarrollando su gobierno desde el año 1026, en que fue consagrado obispo, hasta el 1048, en que fue elevado al solio pontificio. Sabemos que celebró con gran

fruto diversos sínodos diocesanos; que se mantuvo en íntima unión con los obispos vecinos y que asistió a los concilios provinciales de Tréveris de 1030 y 1037; que promovió con energía los estudios eclesiásticos, y, sobre todo, fue en todas partes el más decidido impulsor de la reforma eclesiástica. En íntima relación con esto debe ponerse el interés que mostró siempre en mantener buenas relaciones con las Órdenes monásticas. Así, ya desde el principio de su gobierno, manifestó sus sentimientos favorables a Cluny, procurando que se le agregaran las dos abadías de Saint-Mansuy y Moyenmoutier.

De este modo, ya durante estos años mantenía relaciones y trabajaba en íntima colaboración con los prohombres del movimiento reformador de la Iglesia, por lo cual se había conquistado un renombre de gran prelado y gran amigo de la reforma. Por esto no es de sorprender que el año 1048, en momentos bien decisivos para la Iglesia, fuera él escogido para gobernarla desde Roma. En efecto, después de resuelto el cisma que desgarraba a la Iglesia el año 1046, Clemente II (1046-1047) apenas tuvo tiempo para iniciar la obra reformadora que entonces se necesitaba, y su sucesor Dámaso II (1047-1048) fue rápidamente arrebatado por la muerte. En estas circunstancias se presentó ante el emperador Enrique III una embajada de Roma con la súplica de que fuera elevado al solio pontificio el arzobispo Halinard, de Lyon; pero éste rechazó decididamente la propuesta.

Entonces, pues, Enrique III el Negro reunió una Dieta en Worms en diciembre de 1048, donde fue proclamado Bruno de Toul, que había acudido a la misma. Sorprendido y profundamente contrariado ante esta elección, pidió Bruno que se le concedieran tres días para dar su respuesta definitiva; pero, una vez transcurridos éstos, viendo en ello claramente expresada la voluntad de Dios, aceptó aquella dignidad, que él consideraba como la mayor carga que podían imponerle, pero añadiendo como expresa condición que no consideraría como válida aquella elección hasta que fuera confirmada por el clero y pueblo de Roma. En efecto, llegado a Roma y presentado en la basílica de San Pedro por el metropolitano de Tréveris como el candidato del emperador, fue aclamado de nuevo por el clero y pueblo allí presentes. Ante una manifestación tan evidente de la

voluntad divina Bruno se inclinó humildemente y tomó el nombre de León IX.

Y, en verdad, León IX, hombre de eminentes cualidades personales, dotado de gran energía de voluntad, partidario decidido de la reforma e inflamado en todos sus actos del más vivo amor de Dios y de la Iglesia, era, indudablemente, el Papa que ésta necesitaba en aquellos momentos. Uno de sus principales méritos fue el haberse mantenido desde el principio en contacto con los más insignes promotores de la reforma y haber llamado junto a sí a los más significados entre ellos. Así se mantuvo siempre unido con San Hugo de Cluny y con él tuvo a su disposición el vigoroso movimiento cluniacense. Asimismo, con el poderoso arzobispo Halinard, de Lyon, uno de los mejores representantes de las corrientes reformadoras de Francia, y, con San Pedro Damiano, que, aunque se hallaba en el retiro de Fonte-Avellana, ya había comenzado a llamar la atención por sus valientes escritos polémicos y sus exhortaciones a la reforma, dirigidas a Clemente II.

Pero no contento con esto, teniendo presente que en la curia romana hacían falta hombres eminentes y decididos, rodeóse rápidamente de los que con más eficacia le podían servir. Así, llamó ante todo al valiente y decidido Hildebrando, quien desde la muerte de Gregorio VI, cuyo secretario había sido, quedaba enteramente libre. León IX le consagró como archidiacono y le elevó al rango de secretario pontificio. Igualmente creó cardinal obispo de Silva Cándida al monje borgoñón Humberto, al monje Hugo Cándido, procedente del monasterio de Remiremont, de la Lorena, y asimismo a otros varios. De este modo el Colegio Cardenalicio alcanzó un carácter universal y fue en adelante un instrumento eficaz y dócil en manos del Papa.

Apoyado en estas fuerzas y en estos hombres eminentes, desarrolló León IX una maravillosa actividad, enderezada a sanar a la Iglesia de las dos llagas que la corroían: la simonía y el concubinato de los eclesiásticos. El primer medio que empleó fue el que le ofrecía la costumbre eclesiástica entonces en uso, es decir, los sínodos y concilios. Comenzando por la Pascua de 1049, comenzó a celebrar en Roma con gran solemnidad los sínodos cuaresmales, y rápidamente procuró que se celebraran

otros semejantes en diversas provincias eclesiásticas. En todos ellos se renovaban y proclamaban con la mayor decisión las disposiciones contra la simonía y el concubinato de los eclesiásticos, señalándolos como los abusos fundamentales, de los que dependían los demás. Movidó del más ardiente celo de la gloria de Dios y del bien de las almas, emprendió una vida de peregrinación de un territorio a otro, por Italia, Alemania y Francia, celebrando sínodos y alentando en todas partes a las fuerzas de reforma. De esta manera se ha podido afirmar que León IX llegó a hacer comprender prácticamente a todo el mundo cristiano que el Papa era quien gobernaba la Iglesia. El Papado, que hasta entonces era sólo un concepto más o menos elevado, se convirtió en una fuerza eficaz y tangible.

Particularmente significativa fue la campaña o peregrinación emprendida por León IX el primer año, 1049, de su pontificado, que tuvo como coronamiento los dos grandes concilios presididos por él, en Reims y en Maguncia. Después de celebrar el sínodo de Roma en la dominica de Quasimodo, y otro en Pavía por Pentecostés, donde proclamó las bases de la reforma, atravesó los Alpes y se reunió con el emperador Enrique III, pariente e íntimo amigo suyo, y junto con él se dirigió a Colonia, donde celebró la fiesta de San Pedro y San Pablo. De allí pasó, con el mismo Enrique III, a Aquisgrán y Maguncia, y luego se detuvo en su amada diócesis de Toul, donde fue objeto de la más cariñosa acogida. El 14 de septiembre celebró en su catedral la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz.

Entretanto se había anunciado el gran sínodo que debía celebrarse próximamente en Reims, y, no obstante las dificultades que fue oponiendo el rey de Francia Enrique I, el 14 de septiembre publicaba desde Toul una encíclica, por la que convocaba el gran concilio. Efectivamente, el 29 de septiembre llegaba el Papa a Reims: el 1.º de octubre consagraba la iglesia abacial de San Remigio, y al día siguiente daba comienzo al gran concilio, uno de los más célebres en la historia de la Iglesia de Francia y de Europa. En nombre del Papa, su canciller, Hildebrando, anunciaba a Francia y al mundo que la intención del Papa era procurar un remedio eficaz a los males de la Iglesia:

«A la simonía, a la usurpación por los laicos de los cargos y rentas eclesiásticas, al desprecio de las mas sagradas leyes del matrimonio, etc. El invitaba a todos a reflexionar delante de Dios acerca de los diversos artículos del programa que les proponía»

El efecto de esta intimación pontificia fue, en realidad, grandioso. Naturalmente, ya en el concilio, y sobre todo después de él, tropezó con la enconada oposición de muchos, que no se avenían a entrar por el camino de la reforma. Pero el Papa, uniendo la energía con la habilidad y prudencia, y contando siempre con la ayuda de Dios, cuya causa sostenía, logró en este concilio y después de él innumerables éxitos

Terminado el concilio de Reims, se encaminó de nuevo a Alemania, pasando por Verdún y Metz, donde consagró sendas iglesias, y llegó a Maguncia, donde celebró otro gran sínodo, en que renovó la proclamación realizada en Reims. Hecho esto, atravesando de nuevo la Alsacia y luego Augsburgo y Constanza, celebró las Navidades en Verona. A primeros de 1050 se hallaba de vuelta en Roma. Semejantes peregrinaciones por el sur y norte de Italia y por el centro de Europa las repitió durante los años siguientes.

Indudablemente, la actividad eclesiástica de León IX fue benéfica y muy significativa para la Iglesia, en la que se observa durante su pontificado un principio de resurgimiento. Y, aunque es verdad que debe atribuirse una parte importante del cambio iniciado a su archidíacono Hildebrando y a los demás colaboradores del Papa, debe reconocerse que el mérito principal recae sobre la egregia figura de León IX.

Sin embargo, no fue tan afortunado en los asuntos temporales y en el desarrollo de la cuestión oriental. Efectivamente, a principios del siglo XI, los normandos se habían fijado en el sur de Italia, y en sus luchas contra los griegos y los musulmanes habían ido extendiendo progresivamente el área de sus dominios, destruyendo en su avance iglesias y monasterios y devastando los territorios eclesiásticos. El Papa intentó primero entenderse con los griegos para oponerse al avance de tan terribles enemigos; mas, como fracasara en este intento, acudió entonces a Enrique III en demanda de socorro. Éste exigió algunas concesiones del Papa, y, en efecto, envió un fuerte socorro, mas, por diversas circunstancias, la mayor parte de las tropas

auxiliares enviadas por Enrique III se vieron obligadas a retirarse y volver a Alemania.

Esto no obstante, decidióse el Papa a proseguir su campaña contra los normandos; pero bien pronto, el 18 de junio de 1053, sus fuerzas fueron completamente aniquiladas en Civitate, y el mismo León IX quedaba prisionero. El resultado fue que, para resolver tan delicada situación, el Papa entregó a los normandos aquellos territorios en calidad de feudos y obtuvo su libertad; pero, consumido de tantos trabajos y emociones, murió poco después en Roma, en abril de 1054.

No fue más afortunado en el asunto de las Iglesias orientales, pues en su tiempo se maduró y realizó la separación definitiva de Roma de aquellas Iglesias. Indudablemente, el odio a los occidentales del patriarca Miguel Cerulario y la falta de táctica de los legados pontificios, sobre todo del cardenal Humberto, tuvieron una culpa decisiva en la separación definitiva, pero ciertamente no puede decirse que la debilidad del Romano Pontífice o la situación de decadencia de los papas hubiera sido la causa u ocasión del cisma. Porque, siendo así que durante todo el siglo X y principios del XI, en que llegó el papado y la Iglesia occidental a su mayor depresión y abatimiento, no se verificó tal separación; vino ésta a realizarse cuando, en el pontificado de León IX, la Iglesia y el papado habían realizado ya un avance notabilísimo en su reforma y rehabilitación.

La verdadera causa fue la oposición latente desde antiguo de la Iglesia oriental frente a la occidental, que fue constantemente en aumento, y así bastó una ocasión para que estallara en la forma violenta del cisma. El mismo resurgimiento de la Iglesia occidental, promovido por la reforma cluniacense y la enérgica actividad de León IX, aumentó la oposición existente, de la que se aprovechó el patriarca Miguel Cerulario para realizar aquella separación, que le colocaba a él a la cabeza de la Iglesia griega. León IX no pudo impedir el curso de los acontecimientos, que entristecieron los últimos momentos de su vida, y tres meses después de su muerte se realizó la separación definitiva (16 de julio de 1054).

Durante los últimos meses de su vida, sintiéndose herido de muerte, dio los más insignes ejemplos de piedad y de resigna-

ción cristiana. El pueblo romano, que le profesaba un amor entrañable, sintió profundamente su muerte, ocurrida en la plenitud de su edad viril, contando cincuenta y dos años. Sobre su tumba se esculpió este epitafio:

«Roma vencedora está dolida al quedar viuda de León IX, segura de que, entre muchos, no tendrá un padre como él».

Su pontificado fue realmente lleno. Por su celo infatigable y su incesante actividad, movida por el más puro amor de Dios, inició eficazmente aquel movimiento de reforma que luego continuó hasta llegar a su más perfecto desarrollo.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act SS Boll, 19 de abril *Vita*, por WIBERT DE TOUL

BRUCKER, SI, *L'Alsace et l'Eglise au temps du Pape Saint Leon IX*, Bruno d'Egisheim, 2 vols (Paris 1893)

DELARC, O, *Un pape alsacien essai historique sur saint Leon IX et son temps* (Paris 1876)

DUCHESNE, L (ed), *Liber pontificalis*, II (Paris 1892) 354s

MABILLON, J - D'ACHERY, L, *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti*, VI, pars secunda (Paris) 53s

MARTIN, E, *Saint Leon IX (1002 1054)* (Les saints, Paris 1904)

PONCELET, A, art en *Analecta Bollandiana* 25 (1906) 275s

C) BIOGRAFIAS BREVES

SANTOS MAPALICO Y COMPAÑEROS

Martires († 250)

Cuando Decio llegó al Imperio el año 249 tomó el propósito de acabar con el cristianismo, que él creía contrario a los verdaderos valores de Roma, cuyos dioses eran parte imprescindible de la identidad romana. Mandó por ello que la población participara en los sacrificios que se hacían oficialmente a los dioses del Imperio y comieran lo sacrificado a los ídolos. Mandó que se torturara y encarcelara a quienes rehusaran, con el fin de obtener la apostasía, que era, y no la muerte, el propósito directo de la persecución. En Cartago el procónsul puso en vigor el edicto en abril del 250 y llamó a todos los cristianos a depone su fe y abrazar la religión imperial. Desgraciadamente multi-

tud de cristianos apostató y participó en los sacrificios. La madre y la hermana del cristiano Mapalico estuvieron entre los apóstatas, pero él se negó a abandonar su fe y fue torturado hasta el extremo que en medio de los tormentos perdió la vida. Después de él murieron los siguientes mártires: Basio, en la cantera, Fortunio en la cárcel, Pablo en el tribunal, Fortunata, Victorino, Víctor, Heremio, Crédula, Hereda, Donato, Firmo, Venusto, Frutos, Julia, Marcial y Aristión, todos ellos en la cárcel a consecuencia de la miseria y abandono que padecieron. San Cipriano en sus escritos alabó su fortaleza y ejemplo.

BEATO BERNARDO EL PENITENTE

Peregrino († 1182)

Bernardo nace de familia aristocrática en Maguelone, Provenza. Tuvo una juventud disipada, participando en diferentes delitos, entre ellos un asesinato. La gracia de Dios lo tocó y se arrepintió, acudiendo al obispo que le hizo hacer penitencia pública por ellos. Esto era en 1170 y la penitencia duraba siete años. Bernardo llevó a cabo su penitencia de forma estricta, y peregrinó a diferentes santuarios y lugares santos, yendo tres veces a Tierra Santa. Finalmente, cumplida la penitencia, vivió en una pequeña celda junto al monasterio de San Bertin, y allí vivió el resto de su vida asistiendo al oficio divino de los monjes e interviniendo en numerosas obras de caridad. Por fin profesó en el monasterio y murió el 19 de abril de 1182.

BEATO SANTIAGO DUCKETT

Mártir († 1602)

Nace en Skelsmergh, Cumbria, y se cría en el seno de la Iglesia Anglicana. Trabajaba para una imprenta cuando llegó a sus manos un libro sobre la verdad del catolicismo y dejó por esa lectura de ir a la iglesia protestante. Interrogado por un ministro sobre este particular, respondió que la asistencia al culto protestante no le satisfacía. Ello le costó la cárcel, pero el dueño de la imprenta lo sacó. Por fin se estableció por su cuenta y en-

tonces se hizo católico y contrajo matrimonio con Ana Hart, que era una viuda católica. Fue arrestado por la acusación de un librero católico preso que pensó que delatándolo podría salvarse él. El jurado, al no haber contra él más que un testigo, no quiso condenarlo, pero el juez insistió y entonces fue condenado a muerte como traidor. Fue ahorcado y descuartizado en Tyburn el 19 de abril de 1602. Su hijo Juan ingresaría en la Caruja y sería prior del monasterio de Nieuport en Flandes. Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929.

20 de abril

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, San Aniceto († 166), papa **
2. En la misma ciudad, los santos Sulpicio y Serviciano, mártires (fecha desconocida).
3. En Córdoba (España), San Secundino (s. IV), mártir *.
4. En Embrún (Galia), San Marcelino († 374), primer obispo de la ciudad *.
5. En Auxerre (Galia), San Marciano († 488), monje.
6. En Constantinopla, San Teodoro el Peludo (s. V), solitario.
7. En Antioquía de Siria, San Anastasio († 609), obispo y mártir *.
8. En Osnabruck (Sajonia), San Vión († 804), obispo *.
9. En Poitiers, Beato Gerardo de Salis († 1120), canónigo regular.
10. En Pisa (Toscana), Beato Domingo Vernagalli († 1218), presbítero, de la Orden Camaldulense *.
11. En Montepulciano (Toscana), Santa Inés († 1317), virgen, de la Orden de Santo Domingo **.
12. En Bolonia, Beato Simón Rinalducci († 1322), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín *.
13. En Lancaster (Inglaterra), beatos Santiago Bell, presbítero, y Juan Finch († 1584), mártires bajo el reinado de Isabel I *.
14. En Londres (Inglaterra), beatos Ricardo Sergeant y Guillermo Thompson († 1584), presbíteros y mártires bajo el reinado de Isabel I *.
15. En Irlanda, Beato Mauricio Mac Kenraghty († 1585), presbítero y mártir bajo el reinado de Isabel I *.
16. En York (Inglaterra), Beato Antonio Page († 1593), presbítero y mártir, bajo el reinado de Isabel I *.
17. En Londres (Inglaterra), beatos Francisco Page, jesuita, y Roberto Watkinson († 1602), presbíteros y mártires bajo el reinado de Isabel I *.

18 En Pianello (Italia), Beata Clara (Dina) Bosatta († 1887), virgen, fundadora de la Pequeña Casa de la Providencia **

19 Cerca de Liz (Austria), Beato Anastasio Pankiewicz († 1942), presbitero, de la Orden de Menores, martir **

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN ANICETO

Papa († 166)

A San Aniceto le tenemos devoción muchísimos sacerdotes españoles, todos los que hemos estudiado en el Pontificio Colegio Español de Roma.

Los restos de San Aniceto reposan en un riquísimo sarcófago, que probablemente perteneció al mausoleo de la familia imperial de Septimio Severo y ahora sirve de soporte al altar mayor de la capilla, que fue consagrado el año 1910 por el cardenal Merry del Val.

El Colegio Español ocupa un hermoso palacio renacentista que levantaron los duques de Altemps. Esta familia, de origen alemán, dio a la Historia gobernantes y capitanes y a la Iglesia cardenales y prelados. El fundador de la misma fue un *condottiero* de las tropas de Carlos V. Un siglo más tarde el duque Juan de Altemps pidió al papa Clemente VIII, con el que estaba emparentado, que le cediese las reliquias de San Aniceto, conservadas en las catacumbas de San Calixto, lo que se llevó a cabo el año 1604, con motivo de haber tomado aquel Pontífice la decisión de trasladar desde los antiguos cementerios suburbanos a iglesias más seguras los cuerpos de los santos que todavía reposaban allí.

El piadoso duque hizo labrar una riquísima capilla, exornándola con mármoles y decorándola con pinturas alusivas al martirio del papa San Aniceto.

A finales del pasado siglo la familia de los Altemps había decaído y su palacio pasó a propiedad de la Santa Sede. Por entonces un sacerdote español, cuyo proceso de beatificación está en marcha, planeaba la fundación en Roma de un colegio donde pudieran hacer su formación eclesial en la Ciudad Eterna

los clérigos españoles que designasen sus prelados. Este sacerdote, don Manuel Domingo y Sol, pasó no pocas dificultades en su noble empresa. Tras unos años difíciles, en que recorrió con su grupo de colegiales varios edificios romanos, mereció que el mismísimo Papa le prestase su apoyo, y León XIII le cedió en 1894 el Palazzo Altamps.

Y aquí empieza la relación de los sacerdotes españoles con San Aniceto. En el gran fresco que decora la bóveda de la capilla el pintor diseñó la apoteosis del santo glorioso, que, rodeado de barrocas guirnalda de ángeles como amorfos, extiende su capa pontifical mientras sube a lo alto. Yo siempre quise ver en este gesto un símbolo de su protección al colegio. Y también debió verlo y experimentarlo el propio Mosén Sol, quien en circunstancias apuradísimas para la reciente fundación prometió que una lucecita habría de brillar perennemente, noche y día, cabe su sepulcro. En mis tiempos de alumno siempre la vi arder, y alguna vez yo mismo la aticé. Cuando posteriormente he estado en Roma la luz seguía luciendo, aunque ahora fuese una bombillita eléctrica. Y he pensado a veces si todos los papas, aun aquellos que figuran en el martirologio, tendrán la dicha de que ininterrumpidamente brille una lámpara de amor y gratitud bajo su tumba. San Aniceto, patrón del Colegio Español de Roma, sí la tiene.

¿Quién fue San Aniceto?

Pocas noticias nos ha legado la historia de este glorioso Papa. Casi podemos contentarnos con saber que fue el duodécimo sucesor de San Pedro, que gobernó la Iglesia once años, desde 155 a 166, entre San Pío I y San Sotero. Era originario de Emesa, en Siria.

En el siglo II la comunidad cristiana de Roma estaba fuertemente helenizada, su lengua oficial no era el latín, sino el griego. En griego vulgar se celebraba la liturgia, se predicaba, se hacían las inscripciones de los mártires en las catacumbas. Hasta un siglo después la lengua latina no suplantaría a la griega.

Esto explica los nombres griegos de la mayoría de los papas primitivos, nombres, por lo demás, sin ascendencia gentilicia, porque estos papas debían de ser libertos o de familias más bien humildes. Sus nombres revelan cualidades o rasgos, los que les

caracterizaron antes de la manumisión: Aniceto, Sotero, Calixto... el Invencible, el Salvador, el Hermoso... Estos personajes oscuros, pero eficientes, conocían la responsabilidad de su cargo y supieron llevar a buen puerto, entre borrascas y tempestades, la barquilla de la Iglesia. Hasta comienzos del siglo IV todos los papas dieron su vida por la fe. Ascender al pontificado era sentar plaza de candidato al martirio.

En aquel entonces la situación legal del cristianismo seguía siendo enormemente precaria. Aun bajo los auspicios de buenos emperadores, como los Antoninos, que se preocuparon de la felicidad material de sus súbditos, la Iglesia continuó teniendo sus mártires. Bajo el mismo Marco Aurelio (161-180), el emperador filósofo, no hay cambios sensibles. Ni parece verosímil que la apología de San Justino hiciera mella en el alma de este estoico frío y orgulloso, que más que hallar puntos de contacto entre el cristianismo y su doctrina vio en aquél un rival, sin impresionarle las virtudes de los mártires, cuya paciencia tomó por fanatismo.

A la vez que el Imperio desenvainaba la espada contra la Iglesia, los escritores atacaban con la pluma. Frontón de Cirta, Luciano de Samosata y Celso recurren a las fábulas más absurdas, a la sátira y a la calumnia para combatir al cristianismo.

Y, sin embargo, la resistencia oficial del Imperio romano y la ofensiva de sus letrados no era tan peligrosa para la Iglesia como la lucha interna que tuvo que sostener contra las incipientes herejías, agrupadas bajo el nombre común del gnosticismo. Toda la literatura del siglo II nos da la impresión de que los cristianos viven en una atmósfera de batalla, ya sean apologetas o controversistas.

En efecto, la Iglesia reaccionó vigorosamente. A los escritores paganos no les faltaron objetantes cristianos. San Justino, Atenágoras, Minucio Félix, Taciano, Apolinar y Orígenes trituraron uno a uno los falaces argumentos, deshicieron las calumnias y expusieron toda la belleza de la nueva religión.

Los mismos apologetas fueron buenos controversistas; su caso nos recuerda la actuación de los judíos de Nehemías, que con una mano levantaban el edificio teológico de la fe y con la otra empuñaban la espada de la controversia.

En esta atmósfera cargada se desenvolvía el pontificado de San Aniceto. Contemporáneos suyos, y en Roma, vivieron San Justino y Hegesipo, un judío converso que recorrió el Imperio para comprobar la uniformidad de su fe cristiana frente a las nacientes heterodoxias; a él debemos la anécdota que nos ha transmitido Eusebio sobre la venida de San Policarpo a la Ciudad Eterna.

También vivió en Roma en tales fechas el hereje Marción, un gnóstico peligrosísimo, que, enriquecido con negocios de empresas navieras, hacía grandes estragos entre los fieles por sus espléndidas limosnas y su austero rigorismo. Pero nunca pudo engañar a los auténticos representantes de la jerarquía. Y cuando viene a la capital del Imperio San Policarpo, para tratar con San Aniceto el problema de la fecha de la Pascua, encuentra a Marción casualmente, que con cinismo le pregunta:

—¿Me conocéis?

Y el venerable obispo, sin recato ni miramiento, le contesta:

—Te conozco, primogénito de Satanás.

Trataron ambos ilustres prelados sobre el modo de conciliar las fechas de celebración de la primera festividad cristiana; pero no lograron ponerse de acuerdo. El obispo de Esmirna, con más de ochenta y cinco años, había emprendido el penoso viaje a Roma para conferir con el cabeza de la Iglesia universal. Él seguía la tradición legada por San Juan, al que alcanzara a conocer en vida y de quien se proclamara como heredero; y en Roma se seguía la tradición de San Pedro. No se encontró solución al grave asunto, que, en realidad, no sería resuelto hasta el concilio de Nicea.

Pero ambos santos se mantuvieron unidos, y, como señal de la caridad no rota, San Aniceto invitó a San Policarpo a celebrar la eucaristía en presencia de la comunidad romana. Y así se despidieron en paz el uno del otro.

¿Fue realmente mártir San Aniceto? La expresión de que se sirve el *Liber pontificalis* resulta insólita. Dice *obiit martyr* (murió mártir), en vez de *martyrio coronatus* (coronado con el martirio). La tradición constante de los martirologios habla del martirio y suele señalar como fecha el 17 de abril, y en cuanto al lugar de

su enterramiento, si alguno habla del Vaticano, también es fuerte la tradición de haber sido inhumado en el que después se llamaría cementerio de Calixto, panteón normal de los primeros papas. De aquí, como se dijo, pasaron sus reliquias a la capilla del Palazzo Altamps en 1604. Sin embargo, la cabeza había sido entregada el año 1590 para su veneración al arzobispo de Múnich, Minucio, quien la colocó en la iglesia de los padres jesuitas de aquella ciudad.

¿Cómo terminar la biografía de este santo Papa? Quizá con las palabras tiernas y devotas que le dedicó el duque Juan de Altamps al recibir en su casa sus preciadas reliquias:

«Si la perfecta inteligencia de la Sagrada Escritura, si la inocencia y la santidad de vida, si la gloria del martirio bastan cada una de por sí, como todos lo confiesan, para hacer a un hombre inmortal, ¿qué se deberá pensar del mérito y de la gloria de San Aniceto, en quien todas estas prendas se juntan?»

CASIMIRO SANCHEZ ALISEDA

Bibliografía

Act SS Boll, 17 de abril *Cartas de San Cipriano*

CAYRE, F, *Precis de patrologie et histoire de la theologie*, I (Paris ²1931) 73s

DELPHAYE, H, *Les origines du culte des martyrs* (Bruselas 1912, ²1933) 432s

DUCHESNE, L (ed), *Liber pontificalis*, I (Paris 1886) 134 e introducción

EUSEBIO, *Historia ecclesiastica*, I 4 c 11 14 y 19

MONCEAUX, P, *Histoire litteraire de l'Afrique chretienne*, II (Paris 1901) 137s

SABA, A CASTIGLIONI, C, *Historia de los Papas I Desde San Pedro a Celestino V* (Barcelona 1948) 22s, v en general todas las «Historias de los Papas»

TILLEMONT, L S DE, *Memoires pour servir a l'histoire ecclesiastique des six premiers siecles*, III (Venecia) 378s

SANTA INÉS DE MONTEPULCIANO

Virgen († 1317)

La santidad nunca es, en la Iglesia, un fenómeno aislado. Su vitalidad es regida por la ley de una ósmosis misteriosa, pero infaliblemente cierta.

Los santos nunca aparecen como hechos solitarios en el curso de la historia. Otra santidad, otras santidades anteriores, habrán contribuido en tensar su voluntad y en sobrenaturalizar su vida. Y a la vez será inevitable su influencia elevadora para otras almas que les seguirán.

Debe ser necesariamente así, habida cuenta de la constitución íntima del organismo sobrenatural de la Iglesia. Es un «cuerpo» social con una vida. Y la vida tiene manifestaciones múltiples, variadísimas en sus miembros, según su misión personal y la coyuntura histórica en que debe desarrollarse. Hay una influencia interna, oculta: la de la vitalidad interior de todos los cristianos entre sí, en la unidad del Cristo místico, trascendiendo las fronteras del espacio y del tiempo.

Mas hay también una influencia más palpable. Por afinidad de vocación, de talante espiritual, por cercanía, aun accidental en apariencia, la santidad concreta de un alma puede tener un influjo evidente en la santidad bien concreta de otras almas contemporáneas o posteriores. Es la clave de la floración de las familias religiosas cuando viven en el fervor de la observancia.

Los santos, se ha dicho, aparecen en la historia de la Iglesia en racimo. Junto a un santo puede buscarse, sin miedo a la decepción, a otro u otros santos. En el firmamento de la santidad no hay astros errantes, hay constelaciones de santos.

Santa Inés de Montepulciano aparece también en una constelación. Entre las monjas del «saco», primero, luego en su vocación a la Orden dominicana, que lleva el sello de lo sobrenatural. La Orden de Santo Domingo fue el árbol en el que su injerto prendió fecunda, esplendorosamente. Y en torno a ella, sobre el fondo de fervor y de fama de virtud del monasterio de Montepulciano, fulguran Santa Catalina de Siena y el Beato Raimundo de Capua, biógrafo de ambas, y buena parte de la escuela de *caterinati*. Sus vidas llenan de luz casi todo el siglo XIV, tan pródigo, por otra parte, en claroscuros morales.

Por la influencia en los demás nos es dado medir, con criterio de hombres, la santidad de personas no conocidas personalmente por nosotros. Fijamos más atentamente nuestros ojos en Santa Catalina de Siena cuando oímos decir a nuestra Santa Teresa que,

«después de Dios, debía a la Santa Catalina muy singularmente la dirección y progreso de su alma en el camino del cielo»,

o al padre Granada afirmar que

«puedo confesar que, después del inefable misterio de la Encarnación, nada he leído que me haya ofrecido prueba mayor de la bon-

dad y caridad divinas como los hechos de esta virgen y los singulares privilegios que Dios le concedió»

A la vez, volvemos la mirada a Santa Inés de Montepulciano, la consideramos con mayor atención y cariño cuando descubrimos la parte importantísima que ocupa en la vida y en la santidad personal de la gran Santa de Siena y la devota admiración que por ella manifiesta el ponderado y prudente director de la misma, el Beato Raimundo de Capua.

¡Biógrafos excepcionales los de la dominica Santa Inés! Excepcionales testigos del ambiente de santidad y del halo divino que en la historia de la Iglesia en el siglo XIV y siglos posteriores circunda la figura humanamente sencilla de esta hija de los Segni, acomodados propietarios de Graciano en el término de Montepulciano.

Nació, según los cálculos más probables, en 1274.

La trama de los acontecimientos exteriores de sus cuarenta y tres años terrenos es simplicísima. Sobre ella se urde el doble prodigio de su virtud heroica y de los asombrosos dones extraordinarios de Dios. Santa Catalina habla principalmente del primero. Raimundo de Capua pone especialmente de relieve el segundo.

A los nueve años Inés consigue de los suyos el permiso para vestir el escapulario de «saco» de las monjas de un convento de Montepulciano, llamadas justamente «del saco». Seis años más tarde, con su maestra en la vida conventual, llamada Margarita, fundan un monasterio en Proceno, junto a Orvieto, a 22 millas de Montepulciano. Al poco de la fundación la madurez de sus quince años mueve al obispo del que dependía el monasterio a ponerla en él como abadesa. Sabemos de un viaje de la santa a Roma, durante los dieciséis años que gobernó el monasterio de Proceno, para poner, por medio de los privilegios de la sede apostólica, a salvo de ambiciones y de usurpaciones el monasterio que acababan de fundar, y de otro, brevísimo, por motivos de caridad, que Dios bendijo con un milagro en Acquapendente.

Los familiares y amigos de Montepulciano apremian en el ánimo de Inés para que funde un monasterio que irradie en la comarca de Montepulciano la transformación espiritual en los

jóvenes y en el pueblo, que ha promovido el de Proceno. Se lanza a ello cuando se hubo convencido de que aquélla era la voluntad de Dios.

Hacia sus treinta y un años y, buscando una regla de santidad para el monasterio que iba a suplantarlo en la cumbre del Poliziano (de aquí el nombre de *Montepulciano* de la ciudad) a las casas de mal vivir que la poblaban, viene la llamada divina a seguir las huellas y el magisterio de Santo Domingo.

«La sierva de Jesucristo —cuenta el Beato Raimundo— veía durante la oración, a sus pies, un ancho mar, y en él se le ofrecían tres grandes y hermosas naves, gobernadas por tres patronos, columnas de la Iglesia: San Agustín, Santo Domingo y San Francisco. Los tres la invitaban a subir en su propia nave, singularmente el último, por ser el hábito casi idéntico a las hermanas de su Orden. Santo Domingo, por fin, resolvió la piadosa contienda, extendiendo la mano y trayéndola a la nave que gobernaba, mientras decía a los otros dos: Subid a mi nave, pues así lo ha dispuesto Dios»

Levanta, con el apoyo de sus conciudadanos y familiares, el monasterio, que pone bajo la tutela espiritual de los padres dominicos.

Con el propósito de fortalecer la quebrantada salud de Inés, sus hijas la fuerzan a acudir a unos baños termales de la cercanía. No mucho después retorna al monasterio para entregar su alma a Dios, en el año de 1317.

Raimundo de Capua nos habla, como de paso, de la humildad de Inés, desde que a los nueve años entró en el convento de Montepulciano, de su dulzura, de su obediencia y de su espíritu de oración. Al referir prolijamente los portentos con que Dios la favorecía y a través de ella favorecía a las demás, cree ponderar suficientemente la santidad de una vida a la que el cielo pone el aval inconfundible del milagro.

Santa Catalina, nacida treinta años después de la muerte de Santa Inés, nos ofrece una visión más entrañable de su vida santa. Desde su infancia, en el ánimo de la Santa de Siena había ejercido una saludable influencia y había tenido una irresistible seducción la santidad de la abadesa de Montepulciano. La conocía bien a través de los dominicos de Siena, sus confesores, y especialmente del Beato Raimundo, que durante los años de su estancia en Montepulciano, para la atención espiritual del monasterio,

había tratado con religiosas, compañeras durante muchos años de Santa Inés, y había escrito su vida con los recuerdos de éstas y el testimonio de otras muchas personas fidedignas.

Catalina deseó durante mucho tiempo venerar el cuerpo incorrupto y taumatúrgico de Inés. Realizó sus deseos por primera vez en el otoño de 1374. Los prodigios se sucedieron en esta y en las siguientes visitas, que a veces se prolongaron bastante tiempo.

En Montepulciano se desvanece todo rastro de recelo en el ánimo de Raimundo acerca de la santidad de su dirigida Catalina.

Ésta, en el *Diálogo*, pondera la verdadera humildad, la firme esperanza con que sirvió a Dios desde niña.

«Con fe viva —dice—, y por mandato de Maria, ella, pobre y sin ningún bien temporal, se dispuso a levantar el monasterio »

Tenía fe en la Providencia, y la Providencia cuidó de ella por medios verdaderamente extraordinarios en muchas ocasiones.

Puede ser feliz coincidencia, es lícito, sin embargo, pensar en una influencia directa de la visión de las tres naves arriba mencionada, en las ideas y lenguaje del *Diálogo*, en el libro último sobre la obediencia. Las diversas Órdenes religiosas son otras tantas naves cuyo patrón, el Espíritu Santo, se sirve de los fundadores para disponerlas con orden perfecto... Santo Domingo y San Francisco, columnas de la Santa Iglesia... Los religiosos que entran en sus naves encuentran en ellas cuanto necesitan para su salvación y santificación.

En una de sus visiones Dios da a entender a Catalina que en el cielo tiene un trono reservado junto a la Santa de Montepulciano.

Disponemos de una carta de Catalina a sor Cristófora, priora de aquel monasterio. En su brevedad, en lo palpitante y cálido de su lenguaje, en lo persuasivo de sus apremios, es una semblanza acabada de la Santa Fundadora, cuyo espíritu se siente aletear todavía. Es el espíritu que embelesa de devota admiración y afecto entrañable el alma de Catalina, el espíritu que ésta quiere ver prolongado en todas sus hijas de Montepulciano.

«Carísima hija en Cristo, dulce Jesús Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, te escribo en su preciosa Sangre;

con deseo de verte a ti y a las demas seguir las huellas de nuestra gloriosa madre Ines. A este propósito os suplico y quiero que sigáis su doctrina e imitéis su vida. Sabed que siempre os dio doctrina y ejemplo de verdadera humildad, ésta fue en ella la principal virtud. No me maravillo de esto, pues tuvo lo que debe tener la esposa que quiere seguir la humildad de su esposo. Tuvo ella aquella caridad increada que ardía constantemente en su corazón y lo consumía. Hambreaba almas y se daba a ellas. Sin interrupción vigilaba y oraba. De otra suerte no habría poseído la humildad, ya que no existe ésta sin la caridad. Una alimenta a la otra.

»Sabéis que fue lo que la hizo llegar a la perfección de una virtud verdadera? El haberse despojado libre y voluntariamente, renunciando a sí misma y al mundo, sin querer poseer de él nada. Bien se percato aquella gloriosa virgen que el poseer bienes terrenos lleva al hombre a la soberbia, por su causa pierde la virtud escondida de la verdadera humildad, cae en el amor propio, desfallece el afecto de su caridad, pierde la vigilia y la oración. Porque el corazón y el afecto llenos de cosas terrenas y del amor propio de sí mismo, no pueden llenarse de Cristo crucificado ni gustar de la dulzura de verdadera oración. Por lo cual precavida la dulce Ines, se despoja de sí misma y se viste de Cristo crucificado. No solo ella, sino que esto mismo nos llega a nosotros, a ello os obliga y vosotras debéis cumplirlo.

»Tened en cuenta que vosotras, esposas consagradas a Cristo, nada debéis retener de vuestro padre terreno, pues lo abandonasteis para ir con vuestro Esposo, sino sólo tener y poseer los bienes del Esposo eterno. Lo que pertenece a vuestro padre es la propia sensualidad que debemos abandonar, llegado el tiempo de la discreción, y de seguir al Esposo y poseer su tesoro. ¿Cual fue el tesoro de Jesucristo crucificado? La cruz, oprobio, pena, tormento, heridas, escarnios e improperios, pobreza voluntaria, hambre de la honra del Padre y de nuestra salvación. Digo que, si vosotras poseéis este tesoro con la fuerza de la razón, movida por el fuego de la caridad, llegaréis a las virtudes que hemos dicho.

»Sereis verdaderas hijas de la madre, y esposas solícitas y no negligentes, merecereis ser recibidas por Cristo crucificado. Por su gracia os abra la puerta de vida imperecedera.

»No os digo más. Anegaos en la Sangre de Cristo crucificado. Levantad vuestro espíritu con solicitud verdadera y unión entre vosotras. Si permanecéis unidas, y no divididas, no habra ni demonio ni criatura alguna que pueda dañaros ni impedir vuestra perfección. Permaneced en el santo y dulce amor de Dios. Jesus dulce, Jesús amor»

Los diez capítulos de la *Legenda del Beato Raimundo* añaden a esta visión que de una santa da otra santa el aspecto realmente asombroso de los prodigios externos que acompañaron y si-

guieron la vida terrena de Santa Inés. A la santidad íntima de su alma se une la aureola de milagros innumerables y de gracias sobrenaturales. Algunas de ellas, la del maná que solía cubrir su manto al salir de la oración, que cubrió el interior de la catedral el día de su profesión religiosa y la parte de los baños termales después de usarlos la Santa y cayó sobre Santa Catalina cuando estaba orando junto a su cuerpo incorrupto, ha merecido un puesto de honor entre los favores sobrenaturales en la historia de la mística.

En el prólogo de su *Legenda*, confiesa el Beato Raimundo que se ve obligado a escribirla, sobrecogido por la luz radiante que aun después de medio siglo de la muerte de la santa fundadora le ha deslumbrado en Montepulciano. Ante la magnitud de las gracias y favores extraordinarios de la vida que se dispone a escribir previene la posible duda en el ánimo del lector.

«Todo lo que voy a escribir lo he recogido de labios de los que lo vieron u oyeron, perfecta y fielmente referido, o lo he encontrado escrito por manos de los notarios imperiales o de religiosos observantes, comprobado con la firma de testigos. De entre los que oyeron o vieron estos admirables hechos me los refirieron principalmente cuatro religiosas que viven todavía, que trataron con ella desde los principios de su juventud y recibieron sus enseñanzas en la vida religiosa»

Con razón puede considerársela, junto a Santa Catalina de Siena, como una de las místicas más portentosas de su Orden y de su época.

La vida escrita por Raimundo de Capua extendió su fama de santidad y popularizó su culto de un modo extraordinario.

Clemente VII, en 1532, permite su culto solemne y público en la iglesia del monasterio de Montepulciano, y en 1601 Clemente VIII extiende el oficio de la Santa a toda la Orden dominicana. Conocida en todas partes, llegó el culto de Santa Inés de Montepulciano hasta el Nuevo Mundo: en Cuzco, Los Ángeles, Santa Fe, se erigieron monumentos que llevaron su nombre.

ÁNGEL MORTA FIGULS

Bibliografía

Act SS Boll Vita, por RAIMUNDO DE CAPUA (Última ed. *Sant'Agnese da Montepulciano* A cura di U. Bosaglia (Siena 1983))

BOITEL, L., OP, *Sainte Agnes de Montpolstien, religieuse de l'Ordre de Saint Dominique* (Paris 1897).

FERRETTI, L. (ed.), *Lettere di Santa Caterina de Siena*, I (Siena 1922) 326s

ROUX, *Vie de Sainte Agnès de Montepulciano* (Paris 1728).

— Actualización:

BRIZI, M., *Sant'Agnese da Montepulciano: vita e devozione* (Proceno 1995).

SORDINI MARIANI, L., *Vita di S. Agnese Vergine da Montepulciano* (Siena 1991)

BEATA CLARA BOSATTA

Virgen y fundadora († 1887)

Esta bienaventurada religiosa fue la primera flor, cortada en lozana juventud, de la Congregación de las Hijas de Santa María de la Providencia, que el beato Luis Guanella fundara para derramar caridad entre los más desafortunados de su entorno. Fue una obra, junto con la de los Siervos de la Caridad, fundados también por el beato Guanella, que en el siglo XIX escucharon y atendieron el clamor de quienes más sufrían el peso de una sociedad injusta, sumida tantas veces en el caos de guerras y revoluciones, que aplastaban las más de las veces a los que la sociedad margina como inútiles, y en quienes los adelantados de la caridad cristiana contemplan y reverencian el rostro del Crucificado. En esta época, en la segunda mitad de la centuria decimonónica, floreció, en un cuerpo débil y enfermizo, el perfume de la caridad heroica de esta mujer del Norte de Italia para iluminar a la santa Iglesia de Dios y prestar sus manos de aliento y misericordia a los más olvidados del mundo.

Dina Bosatta nació el 27 de mayo de 1858, última de once hijos de unos padres humildes y piadosos en el pueblecito de Pianello Lario, diócesis de Como. Quedó huérfana de padre a los 3 años, pero su madre y su hermana mayor Marcelina la cuidaron con gran cariño. A los 14 años ingresó en el Instituto de Madres Canosianas de Gravedona para proseguir sus estudios primarios, obteniendo el título de maestra elemental. Seis años permaneció con las canosianas como sirvienta para pagarse sus estudios e internado, y como alumna. Se granjeó el amor de todos por sus virtudes y su laboriosidad. Fueron seis años felices (1871-1877) en que maduró su espíritu, adquirió una sólida educación e hizo grandes progresos en la piedad. Iba despertando ya entonces su vocación religiosa. Las canosianas de

buen grado la hubieran admitido en su noviciado de Como, pero su carácter tímido y reservado, proclive al silencio y a la contemplación, parecía orientarla más a la vida monástica que a la actividad propia del Instituto de Santa Magdalena de Canossa, y por ello regresó a su hogar.

El párroco de Pianello, don C. Coppini, había fundado mientras tanto, en 1871, una Pía Unión de Hijas de María, bajo la protección de Santa Úrsula y de Santa Ángela de Merici, en la que se inscribió la hermana mayor de Dina. El 18 de octubre de 1872, el párroco inauguró en Pianello un hospicio del Sagrado Corazón para ancianos y niñas huérfanas. Las dos hermanas, Marcelina y Dina, entraron para servir en esta casa de caridad. El 27 de junio de 1877, con otras dos jóvenes, emitieron sus votos religiosos para consagrarse así definitivamente a Dios y al servicio de quienes necesitaban sus obras de misericordia. Entonces Dina adoptó el nombre religioso de sor Clara. En el hospicio, Clara encontró finalmente el camino de su vida y perfección cristiana: sirvió como administradora, enfermera, maestra, educadora, vice-superiora. Cuidaba maternalmente de las huérfanas, se ocupaba de la formación de las postulantes y de las primeras novicias. En todo su quehacer, brillaba por su entrega, su observancia y su ferviente oración. Colaboraba en la parroquia en la formación apostólica de las Hijas de la Inmaculada, en la enseñanza del catecismo, en la educación de los niños del Oratorio y en la visita a los enfermos. Llevaba a cabo toda esta dedicación apostólica a pesar de lo débil de su salud. En el curso escolar de 1881-1882 completó sus estudios de magisterio en la vecina ciudad de Gravedona, volviendo al colegio de las canosianas, del que conservaba tan buenos recuerdos.

Desde el 11 de noviembre de 1881 era párroco de Pianello don Luis Guanella; estuvo al frente de la parroquia hasta 1890. El encuentro de don Guanella con las dos hermanas Bosatta fue providencial. El futuro Beato Guanella pasó a dirigir pronto el hospicio y erigió la Pía Unión preexistente en congregación religiosa, con el título de Santa María de la Providencia. Dio a las primeras religiosas una nueva regla en la que campeaba el lema *In omnibus caritas*: la caridad en todo y para todos. Era el programa del nuevo instituto religioso.

En 1885 el hermano del fundador don Luis Guanella, Lorenzo, que era prior de Ardenno (Sondrio), solicitó y consiguió que tres religiosas de la nueva congregación pasaran a su parroquia para iniciar otra obra de caridad. Marcharon allí las dos hermanas Bosatta y sor María Buzzetti. Permanecieron en Ardenno un año, en el que la salud de sor Clara empezó a resentirse de tanto trabajo.

En 1886 el Beato Luis Guanella cumplió su sueño de trasplantar a Como, con el beneplácito del obispo, su Instituto de Pianello. En torno al santuario del Sagrado Corazón, el fundador estableció su «fortaleza de caridad», la casa principal de la Divina Providencia y de todas sus obras asistenciales. Efectivamente, junto a la rama femenina pronto se organizó la masculina, la Congregación de los Siervos de la Caridad. Tal obra gozó de la estima y apoyo del beato arzobispo de Milán, Andrés Carlos Ferrari, y pronto se extendió fuera de la ciudad de Como.

Sor Clara fue nombrada directora de la nueva fundación en Como. La superiora se convirtió enseguida en alma y centro propulsor y amoroso de la institución. Las religiosas, las postulantes, los huéspedes, ancianas necesitadas, jóvenes obreras de la ciudad, todos encontraban en sor Clara una madre, una consejera, un refugio. Ella inmolaba y sacrificaba su vida en aras de tanta caridad, con entrega absoluta, con absoluta pobreza. Todo ello resquebrajó su ya delicada salud. Sufrimientos interiores, que aceptaba plenamente en conformidad con la voluntad de Dios, purificaron aún más su espíritu que llegó a grados y experiencias de auténtica mística, gracias que sólo manifestó a su padre espiritual, el beato Guanella.

En el otoño de 1886 se le diagnosticó una tisis pulmonar. Pensando que los aires de su pueblo natal mejorarían su salud, fue trasladada a Pianello. No impidieron el avance de la enfermedad los cuidados de que fue objeto con sumo cariño. El 20 de abril de 1887 emigró de esta vida terrena, unida a Cristo crucificado por sus dolores físicos y espirituales, imitando la entereza de la Virgen Dolorosa. No había cumplido aún los 29 años.

Había dejado en la Congregación de Santa María de la Providencia, en cuantos fueron objeto de su caridad maternal, en

todos los que la trataron, la huella del que sigue los pasos de Jesucristo Crucificado. Su fama de santidad se fue consolidando de día en día. El que mejor supo valorar las virtudes heroicas de sor Clara fue su director espiritual, el fundador Beato Luis Guanella. Éste consultó el caso con el beato cardenal Andrés Carlos Ferrari, con el papa San Pío X, y decidió promover la causa de canonización. El proceso informativo se abrió en la curia episcopal de Como en 1912 y en 1917 se inició el proceso apostólico en la Congregación de Ritos. El papa Juan Pablo II aprobó las virtudes heroicas de sor Clara el día primero de septiembre de 1988 y en enero de 1991 aprobó el milagro conseguido por intercesión de la venerable. En el siguiente 21 de abril, el domingo cuarto de Pascua, domingo del Buen Pastor, jornada mundial de oración por las vocaciones, el mismo papa celebró la beatificación solemne en la Plaza de San Pedro del Vaticano.

En su homilía el papa destacó de la beata Clara Bosatta primeramente su comunión con el carisma del beato Luis Guanella: «la dedicación a los últimos, en la plena e indestructible confianza en la Providencia divina».

Clara retuvo siempre como un don precioso el espíritu de piedad que había recibido en la parroquia, la vocación para servir a los niños abandonados y a los ancianos que sufrían la soledad. Fue verdaderamente providencial su encuentro con don Guanella, a cuya escuela prestó la disponibilidad para realizar las obras de asistencia espiritual y material hasta consumir sus energías en la última enfermedad, contraída precisamente sirviendo a los que sufrían, ofrecida como don y sacrificio en favor de los más miserables. En su humildad y fragilidad, en la simplicidad de las maneras y en la delicadeza del trato, Clara escondía la fuerza indescriptible de la caridad evangélica. Por eso, «Dios la condujo —como atestigua el beato Guanella, su director espiritual— por el camino de las almas fuertes, camino aspero y de por sí peligroso, pero la condujo de tal forma que no diera un paso en falso. Y ella no tropezaba porque se agarraba con absoluta docilidad a la mano que la conducía».

La enseñanza de la beata Clara y de las otras dos religiosas beatificadas con ella (Annunciata Asteria Coccetti, Maria T J Haze) —prostituto predicando Juan Pablo II—, en un mundo secularizado, tan falto de esperanza, nos atestiguan con su vida que Dios es Padre que nos ama y permite cuanto nos sucede para nuestro bien. Donde falta a veces el sentido de la vida, don de Dios, ellas recuer-

dan la necesidad del respeto a la vida, el cuidado de la misma, aun en medio de situaciones de gran pobreza humana.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 84 (1992) 185-187.

AMBROGI, G. DE, *Sul sentiero della carità, suor Chiara Bosatta* (Como 1974).

Bibliotheca sanctorum. Appendice prima, cols.208-210.

GUANELLA, L., *Non ritornerà più, dunque, suor Chiara fra noi?* (Roma 1982)

L'Osservatore Romano (22/23-4-1991).

PICCINELLI, G., *Breve vita di suor Chiara Bosatta* (Como 1947).

PREATONI, G., *La serva di Dio suor Chiara Bosatta, «fiore del cielo»* (Milan 1966).

BEATO ANASTASIO PANKIEWICZ

Presbítero y mártir († 1942)

La católica Polonia estaba llamada a dar muchos mártires a la Iglesia en la dura época de la invasión nazi, cuando un régimen enemigo de la dignidad del hombre se enseñoreó del país. De entre esos muchos mártires destaca este hijo de San Francisco que llegó al martirio luego de una vida fecunda en apostolados y buenas obras y habiendo fundado una congregación religiosa destinada a hacer el bien en nombre de Jesucristo.

Nació en el seno de una familia numerosa y cristiana, de una familia campesina y modesta, llena de valores humanos y cristianos. Fueron sus padres Tomás Pankiewicz y Tecla Lenio, y su nacimiento tuvo lugar en el pueblecito de Nagórzany, parroquia de Nowotaniec, junto a Sanok, en la diócesis de Przemyśl. La fecha de su nacimiento fue el 9 de julio de 1882 y ese mismo día fue el de su bautismo, pues el recién nacido fue llevado a las pocas horas de nacer a la parroquia para que le fuera administrado el bautismo y se uniera a Cristo redentor. Se le impuso el nombre de Santiago.

Su infancia fue la normal de un niño campesino, aprendiendo las primeras letras en la escuela de su pueblo natal. Y concluidos estos estudios, sus padres lo enviaron a Sanok y luego a Lvov para los estudios secundarios. Fue la suya una adolescencia marcada por la piedad y las buenas costumbres, y a nadie pudo extrañar que esa adolescencia desembocara en una opción

por la vida religiosa. Luego de meditarlo y teniendo la licencia de sus padres, después de concluidos los estudios en Lvov, optó por la vida religiosa y pidió y obtuvo ingreso en la Orden franciscana. La Provincia de la Inmaculada Concepción, en la que entró, era resultado de la fusión de dos provincias franciscanas: la de los reformados y la de los observantes, unión lograda el año 1900.

Una vez admitido en la Orden fue enviado al convento de Lezajsk, donde tenía la Provincia franciscana su noviciado. En la vestición de hábito se le impuso el nombre de Fray Anastasio. Aquí maduró su vocación y estuvo abierto a las indicaciones de su maestro de novicios, y fue admitido a la profesión temporal de los votos. La solemne la haría en 1904. Concluido el noviciado, hubo de hacer un curso integrativo al programa de la escuela secundaria superior, y entonces se le envió al convento de San Casimiro en Cracovia, donde cursó los estudios filosóficos. Los hizo con regularidad y, concluidos, fue enviado al convento de San Andrés Apóstol, de Lvov, donde hizo a su vez los estudios teológicos. A punto de concluir éstos, recibió el sacerdocio en la misma ciudad el día 1 de julio de 1906. Y una vez concluidos en 1907, se le dio destino.

Su primer destino fue de 1907 a 1908 en el convento de Wiechiczka, junto a Cracovia. Luego fue enviado al convento de su Orden en la ciudad de Woclawek, que estaba situada en la parte de Polonia sometida al dominio del zar de Rusia. Aquí tuvo la misión de maestro de novicios, en cuyo cumplimiento puso lo mejor de sí mismo.

En 1911 la Santa Sede toma la decisión de volver a separar las dos provincias franciscanas, observante y reformada. Fray Anastasio se decide por la primera, y entonces es enviado al convento de Lvov como maestro de coristas. En 1913 fue destinado a Cracovia y aquí se le confió la capellanía de las Hermanas Bernardinas.

En esta ciudad estaba cuando en el verano de 1914 estalla la I Guerra Mundial. Necesitado el ejército imperial austriaco de capellanes, el P. Anastasio es llamado a ejercer este ministerio. La mayor parte del tiempo de la guerra lo pasa en Hungría. Fue un tiempo duro, que conoció la caída de los im-

perios europeos y el avance de las nuevas fórmulas políticas. En Hungría había comunidades polacas, y se le encarga al P. Anastasio las atiende pastoralmente, como así hizo con gran celo y con gran fruto.

Terminada la guerra mundial y proclamada la independencia de Polonia, fue enviado al convento de San Bernardino, de Cracovia, como guardián. Aquí daría la talla de su gran personalidad humana y religiosa. Pudo verse cómo sólo le importaba la gloria de Dios y la salvación de las almas y cómo era capaz de liderar magníficas iniciativas dirigidas a suscitar el espíritu religioso y apostólico de los fieles.

El P. Anastasio dio nuevo impulso a la Orden Tercera, como laicado franciscano, que quería formado en la fe, activo en la caridad y animoso en el compromiso cristiano. Su crédito crecía por días y gente de todas las clases y edades se acercaban a él con confianza para recibir de él siempre una palabra oportuna, una ayuda apropiada. Daba en las cuaresmas ejercicios espirituales por las parroquias, con gran concurrencia de fieles. Igualmente participaba con gran entrega en misiones populares, teniendo gran habilidad para exponer a los fieles las verdades fundamentales de la fe. Durante una temporada se encargó de la clase de religión en la Escuela Industrial.

En 1925 se erige la diócesis de Czeszochowa, la cual estaba naturalmente necesitada de un seminario diocesano. El P. Anastasio contribuyó a su creación cediendo una parte del parque que rodeaba el convento, para que en ella se edificara el nuevo seminario.

En 1929, luego de tantos años de fructífera actividad en Cracovia, el P. Anastasio fue encargado de la apertura de una nueva casa en Lodz. El P. Anastasio eligió para sede de la misma no el centro de la ciudad sino el barrio obrero de Dolly. Era un barrio de gente muy necesitada, donde al lado de la actividad religiosa era imprescindible una acción social bien organizada que ayudara a la promoción de sus gentes. El P. Anastasio empezó y llevó adelante con grandes sacrificios y esfuerzos la construcción de un edificio de tres plantas, destinado a Colegio Seráfico y a instituto de bachillerato, a fin de ofrecer estudios secundarios a la juventud del barrio. Pudo construir también la iglesia de Santa Isa-

bel. Al llegar el curso 1938-1939 los alumnos eran ya doscientos y entre ellos se hallaban también chicos protestantes.

Y fue entonces cuando pensó que era necesaria una institución religiosa que atendiera a la deseada promoción social del barrio. Unas terciarias franciscanas de Woclawek, que habían colaborado con él en su estancia en dicha ciudad, fueron el embrión de una nueva comunidad religiosa. Ésta se tituló de Hermanas Antonianas de Cristo Rey. La regla a seguir elegida fue la de la Orden Tercera de San Francisco. Ellas empezaron colaborando con el instituto y dirigiendo distintas obras sociales a favor del barrio. Las tristes circunstancias de la ocupación nazi y de la II Guerra Mundial difirieron la erección canónica de esta comunidad que solamente tuvo lugar el 22 de diciembre de 1959 por el obispo de Lodz monseñor Miguel Klepacz.

Estaba el P. Anastasio en plena actividad pastoral y social. Ayudado por las religiosas, su obra se consolidaba y extendía y las gentes del barrio de Dolly recibían los beneficios de su actividad. Pero tuvo lugar una gran tragedia cuando el 1 de septiembre de 1939 comenzó la invasión de Polonia por parte de las tropas nazis. La ciudad de Lodz, gran centro industrial textil, tras su ocupación por las tropas alemanas, fue declarada parte del Reich alemán. Para la población polaca la ocupación se hizo especialmente penosa. Los ocupantes suprimieron el instituto, ocuparon el convento, dedicaron la iglesia a cuadra y garaje y expulsaron a los religiosos.

El P. Anastasio encontró hospedaje en casa del enterrador del cementerio cercano. Y aprovechando que en el mismo había una capilla, comenzó a celebrar en ella la santa misa, acudiendo así a las necesidades de los fieles y mostrando el mismo celo apostólico que había venido ejerciendo desde su llegada a la población. No dejó el P. Anastasio de advertir que aquello le podía traer graves consecuencias y era ya sabido que numerosas personas estaban siendo arrestadas y llevadas a campos de concentración. Pero él creía que debía seguir ejerciendo su ministerio y llevando su hábito religioso. Así entendía que reafirmaba el derecho a la libertad religiosa y animaba a los fieles a la resistencia espiritual y moral por la vía pacífica. No desarrolló ninguna ac-

tividad que pudiera ser calificada de política o significara aliento a una resistencia violenta a la ocupación.

El 1 de abril de 1940 el P. Anastasio fue arrestado. Para ello no se necesitaban especiales razones. Su actividad religiosa y su libertad en llevar el hábito religioso le hacían sospechoso de no adhesión al régimen nazi. Sufrió los interrogatorios consabidos pero no se le pudo formalizar una acusación seria, pese a lo cual se le retuvo arrestado durante diecisiete días. En ellos pudo darse cuenta de que su actividad religiosa, por pacífica que fuera, era peligrosa, pero en cuanto lo dejaron libre, volvió a la casa del enterrador y siguió celebrando misas en la capilla del cementerio.

Y es que este arresto del P. Anastasio hay que enmarcarlo en la persecución contra los sacerdotes y religiosos emprendida por el Reich en los territorios polacos ocupados. En octubre de 1939 hubo ya una oleada de arrestos. La segunda empezó el 26 de agosto de 1940 y centenares de ellos fueron deportados al campo de concentración de Sachsenhausen, junto a Berlín, y de ahí al de Dachau, junto a Múnich en Baviera. La tercera oleada tuvo lugar por orden expresa de Berlín el 6 de octubre de 1940, en la que no se respetó a ancianos y enfermos. Uno de los arrestados a raíz de dicha orden fue el P. Anastasio. Llevado al campo de Lad junto a Lodz, en un convoy ferroviario, fue conducido días más tarde, con otros 480, al campo de concentración de Dachau. A él llega el 30 de octubre de 1941.

Al llegar, él y sus compañeros fueron privados de toda su ropa personal y obligados a vestirse con los trajes rayados propios de los prisioneros. Perdieron sus nombres y se les dio un número. El del P. Anastasio fue el 28.176.

Las condiciones eran horribles. Hacía un frío espantoso, y los recién llegados fueron obligados a pasar horas y horas en la explanada o trabajando al aire libre sin permitírseles entrar en las barracas. Los trabajos fueron tan duros que comenzaron a morir muchos presos. El hambre, además, era espantosa por la cantidad ridícula de alimentos que se les daba. Los guardianes lograban a cambio de pequeños favores conseguir presos colaboracionistas, los cuales daban mal trato a los sacerdotes, lo que se unía al mal trato que ya les daban los guardianes. Se comenzó a declarar «inválidos» a los ancianos y enfermos y a funcionar la

cámara de gas, donde eran eliminados. Posteriormente sus cadáveres eran llevados a los hornos crematorios del campo de Mauthausen.

El P. Anastasio no se vino abajo por las difíciles circunstancias. Los testimonios que se conservan de compañeros supervivientes han podido dar el perfil moral de un prisionero entregado a la voluntad de Dios y perseverante en hacer el bien en su entorno. Consolaba a todos, estaba siempre sonriente. Supo ser sacerdote y franciscano hasta el final y mostrar a sus compañeros su ejemplo de fortaleza moral y de fe en Dios Nuestro Señor.

El día en que iba a ser gaseado pidió a un compañero sacerdote que lo confesara. Y luego dijo: «Estoy tranquilo y preparado a morir». Montado en un convoy fue llevado, con otros sesenta, al castillo de Hartheim donde estaba la cámara de gas. El P. Anastasio intentó ayudar a uno de sus compañeros a saltar del camión. Cerraron brutalmente la puerta y le amputaron ambas manos, provocándole una horrible hemorragia que le causó la muerte.

La fecha de este martirio fue según la *Positio* el 20 de mayo de 1942, pero el *Martirologio romano*, siguiendo el decreto de martirio, lo conmemora el día 20 de abril.

Los compañeros de prisión del P. Anastasio ya lo tuvieron por mártir. La noticia de su muerte y sus circunstancias se difundió por el amplio círculo de personas que lo conocían. Cuando supieron su muerte, los religiosos del convento de San Bernardino de Cracovia, donde tantos años había realizado su trabajo apostólico, colocaron su retrato en la sacristía y comenzaron a decir que lo tenían por un verdadero mártir. Terminada la guerra, en diversos conventos de su Orden se le dedicaron lápidas conmemorativas, y así se hizo especialmente en Lodz, en la iglesia erigida por él. La escuela que él fundó en esa ciudad, y que ahora es una escuela mixta, lleva ahora su nombre. Y de modo particular han seguido alentando su memoria como religioso ejemplar y como mártir sus hijas espirituales las religiosas de la Congregación de Hermanas Antonianas de Cristo Rey.

Abierta su causa de beatificación junto con la de otros mártires, se juntaron luego varias causas y se llegó así a la beatifica-

ción de 108 mártires polacos el 13 de junio de 1999, entre los cuales estaba nuestro mártir y fundador.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 91 (1999) 180-192, 92 (2000) 665-670

Posito sobre el martirio de Antonio Julián Nowowiejski y 107 compañeros (Roma 1998)

Noticias sobre el martir enviadas por el Postulador de la Causa, Thomas Kaczmarek.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN SECUNDINO DE CÓRDOBA

Mártir († s. IV)

No hay duda de que hubo un mártir en Córdoba llamado Secundino. Así nos lo aseguran antiguos y serios martirologios como el de Usuardo o del Racemundo. Lo más probable parece ser que fuera un mártir de la época romana, pero se ha pensado si sería de la época de la persecución arábiga. La fecha del 20 de abril ya la celebraba en el s. X la comunidad cristiana mozárabe.

SAN MARCELINO DE EMBRÚN

Obispo († 374)

Era, con anterioridad a su ordenación episcopal, un sacerdote africano que con otros compañeros evangelizó el sureste de Francia, el Delfinado. Visto el éxito de su obra misionera, San Eusebio de Vercelis lo ordenó obispo. Perseguido por los arrianos hubo de ocultarse en los vecinos Alpes, desde donde acudía puntualmente a visitar y animar a sus fieles. Murió el 13 de abril de 374, siendo enterrado el día 20, que quedó como día de su deposición.

SAN ANASTASIO DE ANTIOQUÍA

Obispo y mártir († 609)

Sucede en 599 al obispo Anastasio, y por ello se le conoce como Anastasio II. Era monje del monasterio del Monte Sinaí. Dio cuenta de su elección a San Gregorio Magno, que le contestó alegrándose de su ortodoxia y buenas disposiciones. Pereció el año 609 como víctima del motín organizado por los judíos contra las conversiones forzadas por el emperador Focas. Su cuerpo fue mutilado y quemado.

SAN VIÓN DE OSNABRUCK

Obispo († 804)

Fue uno de aquellos sacerdotes a quienes Carlomagno, en la dieta de Paderborn del año 777, encargó la evangelización de los sajones. En mitad de esa misión se le confió la nueva diócesis de Osnabruck que presidió santamente hasta su muerte el año 804.

BEATO DOMINGO VERNAGALLI

Presbítero († 1218)

Nació en Pisa, Italia, en 1180 y ya era sacerdote cuando decide su vocación eremítica ingresando en la Orden camaldulense en calidad de oblato en el monasterio de San Miguel. Fundó un hospicio para niños expósitos y se dedicó ejemplarmente a esta obra de caridad a lo largo de su vida. Murió el 20 de abril de 1218. Su culto fue confirmado el 17 de agosto de 1854.

BEATO SIMÓN RINALDUCCI

Presbítero († 1322)

Nacido en Todi, Italia, en su juventud decide su vocación religiosa ingresando en la Orden de Ermitaños de San Agustín, en la que profesa y se ordena sacerdote. Ejerce un amplio apos-

tolado entre la juventud estudiantil de Bolonia y atrae a Dios a innumerables almas con su fervorosa predicación popular. Fue prior de varias casas de su Orden y provincial de Umbría. Acusado falsamente, guardó silencio y ofreció a Dios el sacrificio de su fama, porque la restitución de ésta no hubiera sido posible sin arruinar la de otros. Murió en Bolonia el 20 de abril de 1322. Su culto fue confirmado el 18 de marzo de 1833.

?

BEATOS SANTIAGO BELL Y OTROS MÁRTIRES DE LAS ISLAS BRITÁNICAS

Presbíteros y mártires († 1584-1602)

Tal día como hoy, 20 de abril, pero de diferentes años sufrieron martirio bajo el dominio de la corona británica ocho mártires, a quienes la Iglesia ha colocado en la gloria de los altares.

En 1584 y en Lancaster fueron ahorcados y descuartizados el sacerdote secular Santiago Bell, natural de Warrington, educado en Oxford y ordenado sacerdote en la propia Inglaterra durante el reinado de María Tudor. Al cambiar Isabel I la religión él la siguió y trabajó como ministro protestante durante muchos años, hasta que en 1581 se reconcilió con la Iglesia católica, y fue arrestado, juzgado y condenado a muerte. La misma suerte corrió el seglar Juan Finch, natural de Eccleston, granjero de profesión y que también había seguido a Isabel I al protestantismo cuando el cambio de religión, y que por hacer apostolado fue arrestado, juzgado y condenado.

En 1584 y en Londres fueron ejecutados los sacerdotes seculares Ricardo Sergeant y Guillermo Thompson. El primero era del Gloucestershire y había estudiado en Reims; llevaba dos años trabajando apostólicamente en Londres cuando fue arrestado y condenado a muerte. El segundo era de Blackburn en el Lancashire y también había estudiado en Reims, siendo acogido a su vuelta por Santa Ana Line; llevaba dos años trabajando cuando fue arrestado y condenado a muerte. Su ejecución tuvo lugar en Tyburn.

En el año 1585 en Irlanda tuvo lugar, tal día como hoy, el martirio del sacerdote Mauricio Mac Kenraghty, capellán del conde de Desmond, y que logra licencia del carcelero para salir

a ejercer su ministerio, siendo descubierto y quedando clara su condición de sacerdote que hasta entonces no había podido ser probada. Se le ofreció la libertad si se hacía anglicano pero perseveró hasta la muerte en la fe católica.

En 1593 y en York fue ejecutado el sacerdote secular Antonio Page, natural de Harrow-on-the-Hill, Middlesex, que fue ordenado sacerdote en Reims en 1591. Trabajo por un tiempo en el Yorkshire hasta su detención y juicio, siendo condenado a muerte.

En 1602 fueron ejecutados en Londres el jesuita Roberto Watkinson y el sacerdote secular Francisco Page. El primero era de Hemingborough, en el Yorkshire, y había estudiado en Douai y Roma. Tenía mala salud y al volver a Inglaterra buscó tratamiento médico, pero apenas llegado fue denunciado y arrestado, siendo sentenciado a muerte. Se había ordenado sacerdote en Arras no hacía todavía un mes cuando fue ejecutado. Francisco Page era probablemente pariente del mártir Antonio Page y había nacido en Amberes. Educado como protestante, al decidirse por el catolicismo, se decide también por el sacerdocio y estudia en Douai. Tras ordenarse en Arras en 1600 vuelve a Inglaterra y es descubierto mientras decía misa, siendo condenado por ser sacerdote.

Sergeant, Thompson, Mac Kenraghty y Antonio Page fueron beatificados el 22 de noviembre de 1987. Los otros, el 15 de diciembre de 1929.

21 de abril

A) MARTIROLOGIO

1 En Canterbury (Inglaterra), San Anselmo († 1109), obispo y doctor de la Iglesia, de la Orden Benedictina **

2 En Roma la conmemoración de San Apolonio († 185), filósofo y mártir *

3 En Alejandria de Egipto, San Aristo, presbítero y mártir (fecha desconocida)

4 En el Monte Sinai, San Anastasio († 700), hegumeno *

5 En el monasterio de Apple Cross (Escocia), San Maelrubio († 722), abad *

6 En Cervere (Italia), Beato Bartolomé Cerveri († 1466), presbitero, de la Orden de Predicadores, mártir *

7 En Altotting (Baviera), San Conrado de Parzham († 1894), religioso, de la Orden Capuchina **.

8 En Nochistlán (México), San Roman Adame Rosales († 1927), presbitero y mártir *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN ANSELMO

Obispo y doctor de la Iglesia († 1109)

El relato de la vida de San Anselmo ha llegado hasta nosotros de la manera más auténtica y fidedigna, por medio de un discípulo suyo, compañero en sus viajes y testigo de la mayor parte de las cosas que cuenta u oyó contar a su maestro. Tal es Eadmero. Su biografía es un modelo, porque no se contenta con narrar los hechos externos o los milagros del santo al estilo de un San Gregorio Magno en su *Vida de San Benito*, o del monje Grimaldo en su *Vida de Santo Domingo de Silos*, sino que, adelantándose a su época, se adentra en su alma, nos describe su carácter, sus costumbres, su modo de gobierno, sus virtudes, en una palabra, su psicología, resultando una biografía amena al par que instructiva y edificante, y realizando el aforismo de Horacio: *Miscuit utile dulci*.

Nació nuestro santo el año 1034 en Aosta, ciudad de Toscana, situada en un valle muy ameno, rodeado de montañas y colinas, en cuyas faldas crecen viñedos y frutales, y que en aquel entonces pertenecía al reino de Borgoña. Aún se conserva una casa con una habitación llamada de San Anselmo.

Su padre, Gondulfo, que era pariente de la gran condesa Matilde, era vivo, apasionado, amante del boato y derrochador. Su madre, por nombre Emerbenga, más pobre, quizá, pero más piadosa y distinguida, era el prototipo de la madre cristiana, instruida y consciente de su misión, que supo instruir y elevar el corazón de su hijo con auxilio de imágenes encantadoras. Así,

para enseñarle lo bueno que es Dios, cuán grande y poderoso, le mostraba las cumbres de los Alpes en el punto en que recor- taban el azul del cielo, y le decía: «¿Ves? Ahí comienza el reino de Dios». (Entonces, para el niño, Dios se convertía en el «Señor de los cielos», mientras que los compañeros turbulentos y sin cora- zón de los desórdenes paternos, son los señores de «este mundo perverso».)

Muy pronto sintió deseos de aprender. Se le confió a un maestro austero, arisco, que le encerró en una fría soledad y le inculcó sus sombrías lecciones. Anselmo enfermó, se le volvió a casa, y, ante su fisonomía pálida, sus ojos distraídos y sus movi- mientos nerviosos, sus padres cayeron en la cuenta de que esta- ba como embrutecido. Había que proporcionarle distracciones, juegos, rostros amables, libertad de movimientos. En efecto, muy pronto volvió a ser el niño alegre, amable y expansivo de siempre. Entonces su madre le puso en manos de otros maes- tros más comprensivos, los benedictinos, que acababan de fun- dar una casa en Aosta, los cuales comprendieron muy bien su naturaleza tan amante y tan inteligente, y en ella desarrollaron la piedad y la ciencia hasta el punto de dejarles admirados por sus progresos. Con razón dirá él más tarde: «Todo lo que soy se lo debo a mi madre y a los monjes benedictinos».

A los quince años intentó entrar en el noviciado de San Be- nigno de Fruttuaria, cerca de Aosta, pero la oposición de su pa- dre y el haber caído enfermo se lo impidieron. Obligado a vol- ver al mundo, es en él admirado y amado, «y, aunque nunca ha faltado a la modestia ni por una sola mirada», dice Eadmero, sin embargo, se siente atraído por los esplendores engañosos de sus fiestas. Pero su madre vela por él y le impide que se deje fas- cinar. Muy pronto, sin embargo, Dios la llama a sí, cuando sus consejos le eran más necesarios.

Después de esta muerte prematura, dice Eadmero, «El na- vío de su corazón, como si hubiera perdido su gobernalle, vino a ser el juguete de las olas». Quizá hubiera naufragado sin la du- reza de la autoridad paterna, que contuvo ásperamente sus de- sórdenes nacientes. Esa dureza se convirtió muy pronto en exasperación, lo que obligó a Anselmo a abandonar la casa pa-terna (renunciando a su patria y a sus bienes).

Toma consigo un criado, y, acompañado de un asno que le lleva su bagaje y algunas provisiones, atraviesa el monte Cenís en camino hacia Francia. Durante tres años recorre la Borgoña, llega a Avranches, allí oye hablar del célebre Lanfranco de Pavía, su compatriota, que (después de haber explicado allí admirables lecciones) se ha hecho monje en la abadía de Bec en Normandía, recién fundada por el venerable Herluino. Allí se dirige y, ganado por sus explicaciones luminosas no menos que por su bondad paternal, se decide a hacerse religioso, siendo muy pronto el modelo de todos. Tenía entonces veintisiete años (1061). Tres años más tarde Lanfranco era nombrado abad de San Esteban de Caen por el duque de Normandía, Guillermo el Conquistador, y entonces Herluino confió a Anselmo el cargo de prior. Finalmente, a la muerte de Herluino, el fundador, fue elegido abad de Bec (1078).

Una diligente administración, una dirección sabia, una vida de caridad y de estudio llevada a alto grado, fueron las tareas de su nuevo cargo. A causa de los intereses que su comunidad poseía en Inglaterra tuvo que visitar esta nación, y con tal motivo fue conocido y estimado por los reyes Guillermo el Conquistador y su hijo Guillermo el Rojo, el cual había de causar a nuestro Santo grandes disgustos, como veremos.

Entretanto, su amigo Lanfranco, que en 1071 había sido elevado a la sede primacial de Cantorbery, moría en 1087, amargado por los disgustos que le causara Guillermo el Rojo, y Anselmo, que parecía predestinado por la Providencia para seguir sus pasos, fue nombrado para sucederle. «Cuando llegó al Santo la noticia faltó poco para que se desmayase, pero de nada le sirvió su resistencia; por unanimidad fue aclamado y llevado en triunfo, aunque no sin violencia por su parte, hasta la próxima iglesia. Ocurría esto en el año 1093 el 6 de marzo, primer domingo de Cuaresma».

Muy pronto sus temores e inquietudes se convirtieron en realidad. La lucha con el rey comenzó por la cuestión de las investiduras. Es sabido que en los primeros siglos el clero y el pueblo designaban los obispos, mientras que el rey no gozaba más que de un simple derecho de confirmación. En el siglo X esta confirmación se transformó en un nombramiento puro y

simple, la investidura laica reemplaza a la eclesiástica. Tal innovación llevaba consigo consecuencias graves. Con frecuencia los reyes y señores, poseedores de obispados y abadías, los consideraban como bienes de alquiler y no los daban más que al mejor postor. El prelado designado se compensaba vendiendo a su vez los cargos inferiores, sin tener en cuenta las cualidades de los candidatos. Es la simonía con todas sus consecuencias. Gregorio VII quiso cortar el mal por lo sano con su famoso decreto dado en el sínodo romano del 24 de febrero de 1075.

«Todo el que en lo sucesivo reciba de la mano de un laico un obispado o una abadía no será contado entre los obispos y abades. Igualmente, si un emperador, duque, marques, conde, se atreviere a dar la investidura de un obispado o cualquiera otra dignidad eclesiástica, sepa que le prohibimos la comunión con el bienaventurado Pedro»

Hay que advertir que, bajo el reinado del primer Guillermo, este decreto apenas tuvo aplicación, pero con su sucesor cambió la situación. Locamente derrochador, buscaba llenar las arcas vacías con bienes eclesiásticos. Como durante la vacancia las rentas del obispado pertenecían legalmente al rey, dejaba inocupadas durante largos años las sedes, y cuando por fin las cubría las entregaba al mejor postor. Finalmente, según él, la investidura real colocaba a los prelados en tal sujeción que no podían dar un solo paso, y menos comunicar con Roma, sin su permiso. En estos dos últimos puntos Guillermo entró en conflicto con Anselmo. Le echaba aquél en cara el no haber querido darle un obsequio suficiente por la confirmación al ser nombrado arzobispo, por otra parte, con pretexto de que él no se había decidido aún entre Urbano II y su rival, quiso prohibir al primado su viaje a Roma para pedir el *pallium*. Traicionado por las asambleas de Rockingham y Winchester, que no se atrevieron a enfrentarse con el rey, San Anselmo abandonó Inglaterra. Asistió a los concilios de Bari y de Roma, y a la muerte de su perseguidor volvió a Inglaterra.

El nuevo rey Enrique Beauclerc era en el fondo más peligroso que su predecesor. Exigió que San Anselmo le rindiese homenaje y consagrarse los obispos nombrados por él. Ambos acudieron a Roma, pero los acontecimientos se volvieron con-

tra el rey. Roma le excomulgó, su hermano Roberto se rebeló. Entonces creyó conveniente reconciliarse con Anselmo, terminándose con un arreglo cuyos términos fueron dictados por el Papa. Los antiguos beneficiarios nombrados por el rey no serían inquietados, pero en lo futuro los obispos habían de ser elegidos libremente. De esta manera San Anselmo retardó en cinco siglos la separación de Inglaterra con la Santa Sede. Murió el 21 de abril de 1109, extendido sobre un cilicio y ceniza, como había pedido.

Pero esta semblanza de San Anselmo quedaría incompleta si no dijésemos que, además de un gran santo y defensor de los derechos de la Iglesia, fue un gran sabio como filósofo y teólogo. A él pertenece el mérito de haber inaugurado la ciencia teológica propiamente dicha. Hasta entonces la teología se contentó con apoyar las verdades en la revelación y en los textos de los Padres. San Anselmo las organiza, las somete al análisis, las disecciona por decirlo así, y busca nuevos argumentos en la metafísica y en la dialéctica, creando el sistema escolástico y la filosofía del dogma, que Santo Tomás había de llevar dos siglos más tarde a su perfección. Él es quien rompió el fuego y preparó el camino a la gran síntesis que es la *Suma teológica*. Si San Anselmo no la realizó ya es porque no entraba en su intento, pues su teología es más bien afectiva, pero, a pesar de todo, en sus obras aparecen las principales cuestiones filosóficas y teológicas. Para darse cuenta de ello bastará con analizar brevemente esas obras.

El *Monologio* y el *Proslogio*, que viene a ser como su complemento, son como el primer tratado de *Deo uno et trino*. En ellos se encuentra el famoso argumento ontológico para demostrar la existencia de Dios, y que puede resumirse así:

Desde el momento en que es considerado como posible un ser al cual no puede haber nada superior, ese ser tiene que existir, porque, de lo contrario, ya no sería el ser por encima del cual no puede existir nada superior, puesto que le faltaría la existencia. Luego tiene que existir. Ahora bien, ese ser es Dios.

De grammatico es un tratado de pura dialéctica. *De veritate* tiene páginas muy hermosas sobre la verdad de los sentidos. *De libero arbitrio* es más bien de carácter teológico y considera a la li-

bertad en su relación con el acto moral. *Casu diaboli* fue compuesto, como los anteriores, en el tiempo de su profesorado en Bec. En él estudia el origen del mal. *La epístola de Incarnatione Verbi* va dirigida contra el nominalista Roscelin. El *Cur Deus homo* es su obra maestra, en la que pretende demostrar la necesidad, por lo menos relativa, de la Encarnación. *De conceptu virginali et originali peccato* tiene como tema básico la concepción virginal del Salvador, quien no habría sido concebido en el pecado aun cuando su madre, siempre virgen, hubiera sido manchada por el pecado original. Pero para que su origen humano fuese digno de Dios era necesario que su madre fuese tal que no se pueda concebir una criatura mayor fuera de Dios. En estas palabras va incluida implícitamente su creencia en la Inmaculada Concepción. *De processione Spiritus Sancti* es como el discurso en el que defendió contra los representantes de la Iglesia griega la procesión del Espíritu Santo también del Hijo, en el concilio de Bari. *De concordia praescientiae, praedestinationis et gratiae cum libero arbitrio* es de los primeros que trataron esta cuestión a fondo. Finalmente, han llegado hasta nosotros *Oraciones y meditaciones*, así como numerosas *Cartas*, que nos permiten conocer los diversos aspectos de su vida y de su doctrina espiritual.

Esto nos lleva a decir unas palabras sobre algunas de las características de su santidad o espiritualidad. Entre sus virtudes destaquemos únicamente, para no pasar los límites de esta semblanza, su *humildad* y su *caridad*. Ante todo su humildad. Ya hablamos de la resistencia que opuso a su nombramiento como arzobispo de Canterbury. No fue menor la que presentó al ser elegido abad de Bec, como se ve por estas palabras que nos cuenta Eadmero:

«Viendo Anselmo que con sus palabras no podía cambiar el parecer de sus monjes, acudió a los ruegos y, reunida la comunidad, les pidió de rodillas, con lágrimas y gemidos, por el nombre de Dios omnipotente, que, si conservaban un poco de misericordia, tuviesen compasión de él y desistiesen de sus pretensiones».

Admirable es también su bondad y *caridad* en el gobierno de sus monjes, que le llevó a hacer de enfermero con un anciano paralítico.

«Se le veía sentado a su lado con un racimo en la mano, apretando las uvas para hacer caer su jugo gota a gota sobre los labios secos del enfermo»

Su alma estaba tan llena de Dios y tan acostumbrada a leer sus perfecciones en la naturaleza, que desbordaba y hacía convergir todo para provecho de las almas. Servíase para ello de símiles, comparaciones y analogías entre lo visible y lo invisible, lo corporal y lo espiritual. La vista de unas mariposas le hace pensar en los que buscan los honores del mundo, que son como niños que caen en el precipicio por seguir tras de bagatelas. La vista de un castillo le sugiere una hermosa alegoría: es el cristianismo. En lo más alto del castillo está el torreón, que es la vida religiosa. La llama de un incendio le recuerda la del amor de Dios. La contemplación de un jardinero, el jardín del alma donde debemos plantar las flores de las virtudes. El cazador que va por los montes en busca de su presa, al demonio a caza de almas que perder, y otros muchos ejemplos que pueden verse en el libro *De similitudinibus*, atribuido a Eadmero, pero que recoge las enseñanzas y muchas veces hasta las palabras del mismo San Anselmo.

Este deseo del conocimiento y del amor de Dios es el que explica todas sus obras y el que vibra a través de sus páginas, convirtiéndolas en efusiones ardientes de su corazón. Para dar una idea de ello al lector creemos que no hay nada mejor que poner ante sus ojos algunos ejemplos, siquiera sea a trueque de transcribir algunos párrafos. Véase con qué magníficos arranques místicos se eleva hasta Dios en el *Proslogio*:

«Excita, pues, alma mía, y levanta todo tu pensamiento, y medita cuanto puedas en lo grande que es aquel bien [Dios] Porque, si todos los bienes son agradables, cuanto mas no lo sera aquel que contiene el placer de todos los bienes Porque, si buena es la vida creada, ¿cuanto mas lo sera la creadora? Si es amable la sabiduria por el conocimiento que da de las cosas creadas, ¿cuanto mas amable es la sabiduria que todo lo creo de la nada? [] El que disfrute de este bien, ¿que tendra y que no tendra? Con toda certeza tendra lo que quiera, y lo que no quiera no tendra, porque alli estaran los bienes del cuerpo y del alma Y entonces ¿por que andas ansioso, hombrecillo, buscando por doquiera los bienes del cuerpo y del alma? Ama el verdadero bien, en el cual estan todos los bienes, y basta Desea el bien absoluto, que es el bien total, y basta Porque

¿que es lo que amas, cuerpo mio, alma mia? Ahí esta, sí, ahí esta lo que amais, lo que deseais»

Al principio del mismo libro se excita al conocimiento de Dios con estas palabras:

«Vamos, hombrecillo, huye algun tanto de tus ocupaciones, apartate un instante de tus engorrosos asuntos, deja detras de ti esos cuidados que te rinden, ocupate un poco de Dios y descansa en El. Di ahora, ¡oh corazon mio!, di ahora a Dios. Busco tu rostro, Señor, ¿donde te buscare, oh Dios ausente? ¿Que hara este servidor tuyo atormentado por el amor y alejado lejos de tu rostro? Arde en deseos de encontrarte y no sabe donde estas, quisiera encontrarte y no conoce tu rostro. Señor, Tu eres mi Dios y mi Señor, y nunca te vi. Tu me has hecho y rehecho, me has concedido todos los bienes que poseo, y aun no te conozco. En fin, he sido hecho para verte y todavia no he hecho aquello para lo cual he sido hecho. ¡Oh, que desgracia la del hombre en haber perdido aquello para lo cual fue hecho! ¡Oh dura y cruel caída! ¿Que ha perdido y que ha encontrado, que se le ha quitado y que le ha quedado?»

Enseñame a buscarte y muéstrate a mi cuando te busco, porque no puedo buscarte si no me instruyes, que te busque deseandote, que te desee buscandote, que te encuentre amandote, que te ame encontrandote»

Estos extractos nos ponen de manifiesto una de las características más peculiares de la espiritualidad anselmiana, fuertemente apoyada en los principios teológicos y en la aplicación de la razon al estudio y analisis de las verdades de la fe, de donde le venía espontaneamente la admiración, el deseo, el amor y la union con Dios, al contrario del método empleado por los místicos del siglo XII, que apoyaban su contemplación en la autoridad y enseñanzas de la Sagrada Escritura mas bien que en los discursos de la propia razon (como el mismo San Bernardo, que gustaba poco de la especulación y daba sus preferencias a la ciencia practica, al arte de conocer a Dios y a la practica de la virtud)

JULIAN ALAMEDA, OSB

Bibliografía

Eadmeri Cantuariensis monachi libri duo de vita S. Anselmi, ed. G. GERBERO (Paris 1675 y 1721), reproducida en PL 158,49s y Act. SS. Boll., 21 de abril.
CLAYTON, J., *Saint Anselm, a critical bibliography* (Milwaukee 1933)

FILIATRE, C., *La philosophie de S. Anselme de Canterbury* (París 1920).

JUAN DE SALISBURY, *Vita S. Anselmi* (Londres 1871).

LAVASTI, *Sant'Anselmo* (Bari 1929).

Obras completas de San Anselmo, 2 vols. (BAC, 82 y 100; Madrid 1952-1953). Cf. «Introducción» por J. ALAMEDA, OSB, p.74-182, y «Vida de San Anselmo por su discípulo Eadmero», p.5-73.

RAGEY, P., *Histoire de Saint Anselme archevêque de Cantorbery*, 2 vols. (París 21892).

ROSA, E., *Sant'Anselmo di Aosta* (Florenxia 1909).

RULE, M., *The life and times of Saint Anselm*, 2 vols. (Londres 1883).

†

SAN CONRADO DE PARZHAM

Religioso († 1894)

Nació el 22 de diciembre de 1818 en la aldea de Parzham (Baviera), hijo de Bartolomé Birndorfer y Gertrudis Niedermaier, una familia de labradores acomodados que contaban con un buen patrimonio y formaron una numerosa prole de diez hijos. Fue cristianado el mismo día de su nacimiento, según la costumbre, creciendo en un ambiente de vida cristiana ejemplar debido a la piadosa vida de sus padres, en donde se rezaba a diario el Rosario, señalándose todos en la devoción a la Virgen. La paz familiar y las costumbres piadosas que adornaban a todos convertían a esta familia en un ejemplo para sus vecinos.

La lectura de vidas de santos fue descubriendo su íntima vocación, y según expresó con voluntarioso deseo: «Así seré yo». Su madre participó de este propósito enseñándole a amar a Dios con todas sus fuerzas, y las verdades de la fe cristiana, logrando que a los seis años supiera el catecismo, respondiendo con seguridad a todas las preguntas. Se distinguió entre sus amigos de la infancia por su seriedad y palabras acertadas confirmando su especial talante con criterio para mayor edad.

Llevó hasta los catorce años una vida tranquila y relativamente apacible, pero al fallecer sus padres todos los hermanos dieron un gran ejemplo de acrisolada formación religiosa, sin ambiciones y enemigos de todo lujo. La convivencia fraterna fue realmente admirable. Dedicado al trabajo agrícola, como sus hermanos, en la granja de Venushof (Valle del Rott), la oración era, en los momentos del descanso, su mayor felicidad. Era frecuente pasar la noche orando a Dios y en vigilia penitencial. Con asiduidad visitaba el célebre Santuario de Nuestra Señora

de Altötting, famoso en Alemania, que regentaban los frailes capuchinos, sintiendo en su interior cómo crecía la llamada a perseverar en el camino de la perfección. Deseando adelantar se inscribió como hermano en la Tercera Orden de Penitencia conocida en la actualidad como Orden Franciscana Seglar, pero no consigue alcanzar cuanto interiormente desea. Su confesor le puso en el camino seguro: «Dios te quiere capuchino».

Después de una prolongada reflexión y redoblada oración se decide por la vida religiosa, repartió sus bienes entre los pobres y la parroquia, y tomó el hábito capuchino en el convento de Langen, a los treinta y tres años, el día 17 de septiembre de 1851 con el nombre de fray Conrado. El padre Maestro de novicios puso a prueba su obediencia y humildad permitiendo que delante de aquella comunidad pareciera un hipócrita o presuntuoso, reprimendas que aceptó con un espíritu tan elevado que admiró a todos. Durante los cuarenta y tres años de vida religiosa supo armonizar con tal arte el trabajo y la meditación, su vida de oración fue tan intensa, que se podría decir que su oración duró lo mismo que su vida. Así lo dejó escrito en un cuaderno de apuntes que redactó durante el noviciado: «Adquiriré la costumbre de estar siempre en la presencia de Dios [...] para entretenerme mejor en coloquios con mi Dios».

Alcanzada su profesión religiosa fue destinado al convento de Santa Ana de Altötting, situado junto al célebre santuario de la patrona de Baviera, uno de los más visitados de Alemania y centro de peregrinaciones de Alemania del sur. La pequeña imagen de 66 cm., de rostro y manos ennegrecidas, es del siglo XIV, y preside una capilla de planta octogonal. Los padres capuchinos recibieron en 1874 el encargo de administrar este centro de devoción mariana, en cuya fiesta patronal (15 de agosto) son numerosísimos los devotos que se acercan a venerar esta imagen de María.

En el convento capuchino de Altötting había de transcurrir toda su silenciosa y larga existencia, entregado a la atención de miles de peregrinos que anualmente acudían a venerar a María Santísima. Su exquisito tacto, sólida piedad y paciencia inalterable demostraron el gran acierto de sus superiores al encomendarle el cargo de portero, que desempeñó con generosa caridad.

El reducido espacio de la portería conventual se convirtió en la escuela donde alcanzó la santidad, con ejemplar admiración de todos.

El humilde lego en su oficio se esforzó por desarrollar todas las virtudes cristianas en la atención a los peregrinos, empleando la máxima perfección religiosa con humildad y buen criterio. El secreto de este admirable dominio de sí mismo estuvo en la oración incesante y ardorosa. Vivía arrobado en su espíritu, inflamándose día a día en el amor a Dios y en la piedad a la Virgen María. Sólo así se puede entender que en el diario trajín de aquella portería, en donde la campana sonaba a todas horas llamando a cualquier acto conventual o de mano de los numerosos fieles que pedían cualquier objeto piadoso de recuerdo, pudiera mantener siempre un hondo recogimiento en medio de la algarabía de actividades y visitas.

Además de la oración que tranquilizaba su agotadora actividad en la quietud de la noche, obtuvo permiso para habitar en una pequeña celda oculta debajo de una escalera, con una pequeña ventana que daba, precisamente, a la iglesia conventual, desde donde podía vislumbrar el Sagrario, centro de sus amores. Este pequeño lugar era conocido como la «celda de San Alejo», y allí se encerraba en los momentos libres, cuando inadvertido de todos podía dedicarse a la oración, a sus fervores espirituales y a la penitencia. Al sonar la campana salía sin molestar a nadie, acudiendo de inmediato a la portería para recibir a todos.

Durante los cuarenta años que pasó como portero en el convento de Altötting fue realmente una vida escondida en Dios. Sujeto a un horario jamás alterado, comulgando a diario, a pesar de que entonces esto constituía un acto excepcional, pero se le permitió al comprobar los evidentes frutos que obtenía del banquete eucarístico. La devoción a Cristo crucificado fue uno de sus grandes amores: «El Crucifijo es mi libro, una mirada a la cruz me enseña en cada momento el modo de comportarme». El piadoso ejercicio del Vía Crucis le producía tan gran sentimiento que se le saltaban las lágrimas de los ojos, con gran humildad.

El celoso portero, además, promueve la devoción a la Virgen rezando a diario el Oficio Mariano y la corona de la In-

maculada. Para nadie constituía un secreto que el portero de los capuchinos de Altotting estaba enamorado de su celestial Señora. El ardor de su devoción a María era visible a todos.

Su caridad era proverbial y notoria, tratando a todos con frases de piedad y simpatía. En alguna ocasión se puso a prueba su paciencia heroica, pero a todos prodigaba afecto y mansedumbre. Su mirada al corazón abría en los recién llegados un deseo del amor de Dios que invitaba al arrepentimiento y la conversión. En la portería reunía a muchachos a quienes adoc-trinaba y preparaba para la Primera Comunión. Animado del celo apostólico, cooperó a la obra benéfica en favor de la infancia abandonada, conocida con el nombre de *Laebeswerk*. Su oración privada se convertía en una hoguera ardiente de amor a Dios y al prójimo, donde todos alcanzaban la paz espiritual y recuperaban la alegría, llenándose el corazón de veneración hacia él que movía a imitarle. En algunas ocasiones mendigos o vagabundos llegaban a la portería conventual, y ante su presencia y sus palabras sintieron tal emoción que muchos acabaron por hacerse religiosos, movidos por el admirable ejemplo de santidad.

La fama de su virtuosa vida comenzó a divulgarse por toda Alemania, aunque el humilde portero solía decir con deliciosa ingenuidad:

«Pedirme oraciones a mí! Ya se ve que usted no me conoce De todos modos, lo mejor sera que nos encomendemos mutuamente»

Los dones sobrenaturales de profecía y adivinación con que fue favorecido por Dios se nutrían de la misma fuente divina:

«Mi vida consiste en amar y padecer En el amor de mi Dios no hallo nunca limite [] y las mismas ocupaciones que son multiples, no tienen otro efecto que estrecharme mas y mas a El»

En esa atmósfera de amor divino vivió hasta que su corazón dejó de palpar en la tierra.

El sábado 21 de abril de 1894, mientras la campana conventual tocaba el *Angelus*, se durmió plácidamente en el Señor, tras-pasando su fama los límites de su patria. Los procesos de beatificación y canonización se terminaron con gran rapidez. El 15 de junio de 1930 fue beatificado, siendo incluido en el catálogo

de los Santos por Pío XI el día 20 de mayo de 1934, fiesta de Pentecostés, en solemne ceremonia celebrada en la Basílica Vaticana. Con motivo de su canonización llegaron al medio millón de personas las que visitaron el Santuario de Altötting, en multitudinario homenaje al humilde portero del convento.

Su ejemplo admirable de santidad sorprende al hombre de hoy, convencido de no ser una portería conventual lugar para grandes empresas, pero este hombre famoso demuestra que ése fue el escenario en donde transcurrió toda la vida de este humilde fraile capuchino. Un hombre que silenciosamente entregó su vida, día a día, con generosa sonrisa, paz en el corazón y amables palabras, atendiendo con singular acierto a los innumerables peregrinos o visitantes que llegaron a su portería. Un hombre de virtudes ejemplares y extraordinarias, a quien Dios miró con especial cariño para mostrar al hombre un ejemplo de pureza y perfección, confundiendo la soberbia de los grandes, y enseñando a todos cómo se puede alcanzar la perfección cristiana con sencillez y humildad. Es posible la perfección en cualquier lugar y condición, ése es el mensaje de su vida. La santidad puede consistir en obras extraordinarias, en penitencias asombrosas, pero también se alcanza en el cumplimiento de las obligaciones propias de cada uno con sencillez y rectitud, bajo el impulso de la gracia y el infinito amor de Dios. Así lo definió el Santo Padre:

«Fue una vida simplicísima, incansable en el trabajo, parco en la comida, prudente en el hablar, pobre en su persona, y para los pobres espléndido, modesto y muy diligente en acoger a los peregrinos, obedientísimo a los superiores y en extremo respetuoso para con los sacerdotes, y en el orar, piadosísimo».

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

- SALVATIERRA, P. DE, *San Conrado de Parzham* (Madrid 1957) 123-139.
Bibliotheca sanctorum (1964) cols.211-212.
Index ac status causarum, o.c., 572.
Martyrologium romanum, o.c., 234.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN APOLONIO

Mártir († 185)

Era un senador romano, dado a la filosofía y persona verdaderamente culta, a quien un criado suyo denunció por ser cristiano. Su rango senatorial hizo que tanto el prefecto como el tribunal ante el que compareció lo trataran con verdadera cortesía y se decidiera que él mismo defendiera su causa ante el Senado. Compareció, en efecto, y habló de la no divinidad de los dioses romanos como imágenes obra de las manos humanas, mientras que el verdadero Dios es espiritual y trascendente y, asimismo, habló de la superioridad moral de la doctrina de Jesús respecto al paganismo reinante. La cortesía no quitó la aplicación de la ley, y según ella tenía que ser condenado a muerte si persistía en el cristianismo. Por este motivo fue decapitado el año 185. Era emperador Cómodo y prefecto en Roma Perennio.

SAN ANASTASIO EL SINAÍTA

Hegúmeno († 700)

Era natural de Palestina y profesó la vida monástica, primero en Jerusalén, para luego marcharse al más apartado monasterio del Monte Sinaí buscando la dulzura de la divina contemplación. Elegido hegúmeno, rigió el monasterio santamente hasta su muerte. Luchó bravamente contra todas las herejías de su tiempo, singularmente contra el monofisismo, y por ello viajó a Siria, Egipto y otros lugares. Escribió muchas obras de polémica y de exégesis, siendo la principal la llamada *Hodegós*. También se conservan algunos sermones suyos. Debió morir hacia el año 700.

SAN MAELRUBIO

Abad († 722)

Maelrubio o Maelrubha era un monje de St. Comgall en Bangor. Pasó luego a la Gran Bretaña y vino a establecerse en

Apple Cross, fundando una iglesia y monasterio que fue foco de evangelización. En este trabajo perseveró fielmente durante medio siglo logrando establecer iglesias en muchos sitios de su zona. Murió el 21 de abril de 722 con unos ochenta años.

BEATO BARTOLOMÉ CERVERI

Presbítero y mártir († 1466)

Nació en Savigliano, Piamonte, y todavía adolescente entró en la Orden de Predicadores, en la que profesó e hizo brillantemente los estudios en Turín. Ordenado sacerdote, estuvo dedicado a la docencia hasta que fue designado inquisidor, cargo nada sencillo y en realidad peligroso. Cuando iba a Cervere a realizar su trabajo inquisitorial se le advirtió que podría estar urdido un complot contra él pero se negó a dejar de cumplir con su deber, y en efecto en el camino fue asaltado y asesinado el 21 de abril de 1466. Venerado enseguida como mártir, su culto fue confirmado el 22 de septiembre de 1853.

SAN ROMÁN ADAME ROSALES

Presbítero y mártir († 1927)

Nació en Tocaltiche, Jalisco, México, el 27 de febrero de 1859. Estudió en el seminario de Guadalajara y se ordenó sacerdote el 30 de noviembre de 1890. Luego de prestar servicio en varias parroquias es destinado como párroco a Nochistlán en 1913. En 1922 se le designa vicario foráneo o arcipreste de la zona. Era un sacerdote piadoso y responsable que supo estar a la altura de las difíciles circunstancias por que pasaba la Iglesia mejicana. Atendía con mucho celo a todo y organizó diversas asociaciones seglares. Llegada la persecución, fue expulsado de la casa parroquial y se vio obligado a refugiarse en un rancho continuando su ministerio en la clandestinidad. Arrestado en la noche del 19 de abril de 1927 mientras dormía, fue llevado a Yahulica y atado a una columna en el porche del cuartel, negándole la comida y el agua. Se pidió un rescate para dejarlo libre, se pagó el rescate a base de una colecta entre los fieles, pero no se le liberó. Llevado al cementerio el día 21, un soldado, Antonio Carrillo, se negó a

disparar contra él. Fusilaron al sacerdote y después al joven soldado. Fue canonizado el 21 de mayo de 2000.

22 de abril

A) MARTIROLOGIO

- 1 En Roma, San Sotero († 175), papa **
- 2 En Lyon (Galia), San Epipodio († 178), martir
- 3 En Alejandria de Egipto, la conmemoracion de San Leonidas († 204), martir, padre de Origenes *
- 4 En Roma, la deposicion de San Cayo († 296), papa **
- 5 La conmemoracion de San Maryahb († 342), obispo persa, martir
- 6 En Constantinopla, San Agapito I († 536), papa **
- 7 En Sens, San Leon (s VI), obispo
- 8 En Sikeon (Galacia), San Teodoro († 613), obispo y hegumeno *
- 9 En Sees (Francia), Santa Oportuna († 770), abadesa
- 10 En Basto (Portugal), Santa Senorina († 980), abadesa *
- 11 En Fabriano del Piceno (Italia), Beato Francisco Venimbeni († 1322), presbitero, de la Orden de Menores *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN SOTERO

Papa († 175)

Muy pocas noticias conocemos sobre la vida y el pontificado del papa San Sotero (166-175). Las principales son las contenidas en el *Liber pontificalis* y en la *Historia eclesiástica*, de Eusebio. Pero lo poco que conocemos, unido al fondo de la situación eclesiástica de aquel tiempo, nos permite reconocer en este Papa a uno de los más típicos representantes del siglo II.

Era originario de Fondi, en la Campania, e hijo de Concordio. A la muerte del papa Aniceto, el año 165, le sucedió en el trono pontificio, en un tiempo en que la Iglesia se debatía contra diversas clases de enemigos. El *Liber pontificalis* nos da de él dos noticias en particular: en la primera nos comunica que prohibió a las mujeres tocar los sagrados corporales y quemar

incienso en las congregaciones de los fieles. La segunda nos refiere su actividad, que podemos llamar jerárquica, con la ordenación de un buen número de sacerdotes y diáconos y once obispos, destinados a diversos territorios. Por lo que a esto último se refiere, se deduce claramente de aquí la actividad de este Papa en el desarrollo creciente de la Iglesia. Lo primero nos presenta un lado muy característico de este pontificado, que es su decidida intervención frente a las herejías del tiempo, pues claramente se ve que, por la limitación de la intervención de las mujeres en los ministerios litúrgicos, trataba de oponerse al montanismo, entonces en su apogeo, que daba a las mujeres excesiva participación en las cosas de la Iglesia.

Efectivamente, durante el pontificado de San Sotero tuvo en el Oriente mucha resonancia el movimiento herético promovido por Montano, quien anunciaba como próximo el fin del mundo. En consecuencia, debían todos prepararse con una vida perfecta y con rigurosa penitencia. Para ello prescribía una serie de ayunos y proclamaba algunos principios extremadamente rigoristas, sobre todo que debían vivir una vida pura y sin pecado, pues si cometían alguno, sobre todo de los más graves, no podrían obtener el perdón, ya que los pecados más graves son imperdonables, pues la Iglesia no tiene poder para perdonarlos. Esto es lo que constituye la base de aquel rigorismo exagerado, defendido poco después por Tertuliano y sobre todo por Novaciano.

Ahora bien, para la propaganda de esta ideología rigorista utilizó Montano la colaboración de dos mujeres muy influyentes, Maximila y Priscila, y en general, siendo las mujeres más asequibles a este género de predicación, les dio una intensa participación en las cosas de la liturgia, en franca oposición con las antiguas enseñanzas y prácticas de la Iglesia.

Frente a toda esta tendencia rigorista, que sembraba la confusión, el pesimismo y la angustia entre los fieles y estaba en franca oposición con la doctrina del Evangelio y de la Iglesia, que no ponen limitación ninguna al poder de perdonar los pecados, procedieron con energía los romanos pontífices. El papa San Sotero fue el primero que tuvo que hacer frente a esta ideología. Así, por lo que se refiere al rigorismo exagerado y al prin-

cipio de la imperdonabilidad de los pecados graves, insistió en la doctrina tradicional de la Iglesia. Y en lo tocante a la excesiva intervención de las mujeres en la liturgia, publicó las prescripciones indicadas por el *Liber pontificalis*.

Todo esto es claro indicio del espíritu eclesiástico de nuestro Santo y de su empeño en defender con toda energía el tesoro de la doctrina católica que la Providencia le había encomendado. El historiador de la Iglesia, Eusebio de Cesarea, nos expone otro lado muy característico de la actividad del papa Sotero. Es su espíritu de caridad para con los pobres y necesitados, y los esfuerzos que puso durante su gobierno en socorrerlos y ayudarlos por todos los medios posibles. En esto no hizo otra cosa que continuar la tradición de la primera Iglesia del tiempo de los apóstoles, en la que sabemos que reinaba la más pura caridad y unión de unos con otros, y se pudo decir, por una parte, que todos eran «un corazón y un alma», y, por otra, que «todas las cosas eran comunes», y, en consecuencia, que ponían sus cosas a los pies de los apóstoles, para que se distribuyeran entre los necesitados.

Siguiendo, pues, tan preciosos ejemplos, San Sotero se distinguió por este espíritu de caridad. De ello es testimonio fidedigno un fragmento de una carta a los romanos escrita por el obispo de Corinto, Dionisio, y transmitido por Eusebio en su *Historia*.

«Desde los principios —dice— de la religion vosotros introdujisteis la costumbre de llenar de varios beneficios a vuestros hermanos y de enviar los necesarios socorros y medios de vida a muchas iglesias establecidas en cada ciudad. Así vosotros remediáis la pobreza de los necesitados y suministráis lo necesario a los hermanos que trabajan en las minas, conservando, como buenos romanos, las costumbres romanas de vuestros mayores. Y vuestro obispo Sotero no solo conservo esta costumbre, sino que aun la mejoro, suministrando abundantes limosnas, así como consolando a los infelices hermanos con santas palabras y tratandolos como un padre trata a sus hijos»

No conocemos cómo respondió Sotero a esta cariñosa carta del obispo de Corinto a los romanos. En cambio, sabemos que esta respuesta fue leída con particular respeto y veneración en la iglesia de Corinto, según testifica el mismo Dionisio, es decir,

«como lo han hecho con la carta de Clemente». Precioso testimonio de cómo en este tiempo era respetado en las iglesias particulares el obispo de Roma y cómo el primado romano estaba en pleno ejercicio. «De este modo —termina el obispo de Corinto— haremos acopio de las mejores lecciones».

Por otro lado, como el gobierno de San Sotero cae de lleno dentro del reinado de Marco Aurelio (161-180), él fue testigo de los diversos chispazos de persecución de este tiempo, que dieron ocasión a algunos insignes martirios. A ellos pertenecen, entre otros, el martirio del gran apologeta San Justino, denominado el Filósofo, y sobre todo el de los mártires de Lyon y Vienne, el obispo San Potino, los diáconos Santo y Atalo, la esclava Blandina, que, haciendo escarnio a su nombre, fue un ejemplo sublime de fortaleza; el niño Póntico y otros cuarenta. También Sotero, según refiere la tradición, fue víctima de esta persecución, aunque no se conoce ningún detalle de su martirio. Los martirologios más antiguos incluyen su nombre entre los mártires, el día 22 de abril. Semejante oscuridad reina respecto del lugar de su sepultura.

Algunos le suponen autor de una carta sobre la Encarnación. Pero la crítica no la reconoce como auténtica. Menos consistencia tiene todavía la noticia que le hace autor de un tratado contra Montano. En cambio, todos están conformes en ponderar su entereza y energía en la defensa de la verdad y de la tradición católica, su eximia caridad con los necesitados y la extraordinaria santidad de su vida.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act SS Boll, 22 de abril

DUCHESNE, L (ed), *Liber pontificalis*, I (Paris 1886) 135s

MARUCCHI, O, *Basiliques et églises de Rome* (Paris 1909) 230s

SAN CAYO

Papa († 296)

La memoria del papa San Cayo (283-296) va unida generalmente en la tradición a la de San Sotero, y por lo mismo se celebra el mismo día. Sin embargo, sus vidas no tienen de común

más que el hecho de ser ambos obispos de Roma. La tumba de San Cayo es, ciertamente, una de las más veneradas en la catacumba de San Calixto de Roma. Mas, por otra parte, su recuerdo está rodeado de multitud de tradiciones y leyendas que impiden tener una idea clara y segura sobre su vida y su verdadera actuación durante su pontificado.

Algunos documentos antiguos atestiguan que Cayo era originario de Dalmacia. Por otra parte, se le supone pariente de Diocleciano y de los Santos Gabino y Susana. Por esto esa misma tradición afirma que vivía en Roma en una casa contigua a la de Gabino y Susana. De esta misma tradición o leyenda se hace eco el llamado *Titulus Suzannae*, en Roma, que ha llevado siempre el subtítulo de *ad duas domos* (junto a las dos casas).

Algunas de estas leyendas o tradiciones fueron transmitidas por las *Actas de Santa Susana*, y sobre estas *Actas*, según parece, están fundadas las noticias que nos transmite el *Liber pontificalis*. Así, pues, no podemos tener ninguna seguridad sobre el origen de San Cayo y demás circunstancias indicadas.

En terreno seguro entramos con la noticia de la elección de Cayo en 283 para suceder en la Sede romana al papa San Eutiquiano. Además, consta que, transcurrida la persecución de Valeriano, la Iglesia atravesaba entonces un período bonancible. Gracias a esta paz, de que gozó el cristianismo durante casi todo el siglo III, sólo interrumpida por los breves chispazos de algunas persecuciones, se había ido robusteciendo extraordinariamente, y a fines del siglo III constituía ya una fuerza arrolladora, imposible de dominar. De esta paz se aprovechó el romano pontífice San Cayo para fomentar todas las instituciones de la Iglesia. Bajo su protección se desarrollaron las dos escuelas de Oriente, la de Alejandría y la de Antioquía, que por este tiempo habían llegado a un notable esplendor. Asimismo las Iglesias del África, después de San Cipriano († 258), de las Galias y de España, que presenta figuras de primer orden y celebra poco después el concilio de Elvira.

En realidad, aunque tenemos pocas noticias concretas, podemos afirmar que los trece años de pontificado de San Cayo fueron tranquilos y prósperos para la Iglesia. Una noticia, sin embargo, se nos comunica, que da a entender que, no obstante esta paz

general, debió haber algún chispazo o conato de persecución. Porque, de hecho, sabemos que Cayo pasó algún tiempo escondido en la catacumba de San Calixto. Precisamente entonces se encontraba esta catacumba en su mayor esplendor. Después de los trabajos realizados en ella por el papa San Calixto, quedó ésta convertida en uno de los lugares más venerados de los cristianos. La cripta de los papas y la contigua de Santa Cecilia, los cubículos de los sacramentos y las antiguas criptas de Lucina, Liberio y Eusebio ofrecían a los cristianos los más vivos y palpitantes recuerdos. Por eso, ante los sepulcros de los papas y de los mártires, se reunían para celebrar los aniversarios de sus martirios y tal vez alguna de sus solemnidades litúrgicas. De este modo, con la lectura de las *Actas* o *Pasiones de los mártires*, que era la manera más corriente de celebrar sus aniversarios, se alentaban sus espíritus, para las batallas que ellos mismos tenían que sostener. Allí, pues, en el interior de la catacumba de San Calixto, atestiguan antiguos documentos, pasó escondido algún tiempo el papa Cayo, sea porque amenazara alguna persecución, sea porque sintiera especial devoción en permanecer al lado de los mártires. Esto último pudo tener lugar, o bien al principio de su pontificado, en que el emperador Caro (282-283) inició una especie de persecución, o bien al principio del gobierno de Diocleciano, en que se siguió todavía algún tiempo en este estado de inseguridad.

Sobre esta base también de la persecución, iniciada por Caro en 283 y continuada algún tiempo con más o menos intensidad durante los años siguientes, adquieren especial consistencia los testimonios de la tradición, que nos presentan a San Cayo como el sostén más firme y el alentador de los cristianos, amenazados constantemente por la espada de la persecución. Según estos mismos documentos, tuvo que sufrir mucho en su constante trabajo de confirmar a los fieles en la defensa de su fe. En particular ponderan cómo aconsejó e indujo al patricio Cromacio para que acogiera a todos los cristianos en su casa de campo con el fin de protegerlos contra la persecución. Se refiere que un domingo entró él en la casa de Cromacio y dijo a los fieles allí reunidos:

«Dios Nuestro Señor, conociendo la debilidad humana, ha establecido dos grados entre los que creen en Él la confesión y el martirio, para que los que no se crean con fuerzas para poder su-

frir los rigores de los tormentos al menos conserven la gracia para su confesion Asi, pues —continuo—, los que prefieran permanecer en la casa de Cromacio queden aqui con Tiburcio, y los que quieran venir conmigo a la ciudad siganme»

Con esta ocasión, según se refiere, ordenó diáconos a Marco y Marcelino, y presbítero a su padre Tranquilino, entonces nombró a Sebastián defensor de la Iglesia y de los fieles y dio pruebas de la mayor ternura hacia todos ellos. El *Liber pontificalis*, por su parte, atribuye a San Cayo el decreto por el que establecía los diversos grados de la jerarquía anteriores al episcopado, es decir, de ostiario, lector, acólito, exorcista, subdiácono, diácono y presbítero, y asimismo la división de Roma en distritos. Sin embargo, no pueden admitirse estas noticias, pues ya en 250, según atestigua Eusebio en su *Historia eclesiástica* (VI, c. 43), son enumerados todos estos grados de la jerarquía. Tal vez no hizo él otra cosa que conmemorarlos de nuevo expresamente.

Respecto de su muerte, no se sabe con certeza si fue mártir. Consta con toda evidencia que, después de su muerte, su memoria fue rodeada de gran veneración. Pero la primera redacción del *Liber pontificalis* le designa expresamente como confesor. Posteriormente, en una nueva redacción, se añadió la expresión fue coronado con el martirio, pero esto no está conforme con los hechos. Además, el nombre del papa San Cayo está en la *Deposición* de los obispos, o *Catálogo de los obispos*, y no en la *Deposición de los mártires*. Para explicar estas divergencias el cardenal Orsi escribió:

«El título de mártir no parece que se le pueda aplicar a Cayo, sino a causa de los malos tratos sufridos por el en los primeros años de Diocleciano, cuando este emperador permitió continuara en Roma la persecucion iniciada por Caro»

De hecho, a partir del siglo IV, todos los calendarios romanos señalan el 22 de abril como el día de su muerte y de su fiesta. Lo mismo repiten los calendarios medievales y Beda el Venerable.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

ALLARD, P, art en *Rev Q His* t 44 p 53s
DE ROSSI, J B, *Roma sotterranea cristiana*, III

DUCHESNE, L. (ed), *Liber pontificalis*; y otras «Historias de los Papas».
SCHNEIDER, G., art. en *Nuovo Bullettino di Archeologia Cristiana* 13 (1902) 147s
TILLEMONT, L. S. DE, *Memoires pour servir a l'histoire ecclesiastique des six premiers siecles.* ,
IV (Venecia) 564s y 760s

SAN AGAPITO I

Papa († 536)

El papa Agapito I, número 57 en la lista de los sucesores de San Pedro, ni siquiera llegó a cumplir su primer aniversario de pontificado, pues fue elegido en Roma el 13 de mayo del año 535 y murió once meses después en Constantinopla el 22 de abril del 536, cuando ya preparaba su regreso a Roma. Durante las seis semanas que permaneció en Constantinopla desempeñó con gran habilidad y decisión una intensa actividad eclesial, aunque llevaba en cartera una misión política que no dio los resultados apetecidos.

Sus acompañantes de viaje —cinco obispos italianos— todavía permanecieron en la ciudad unas semanas con el fin de asistir al concilio convocado por el Papa fallecido para condenar al depuesto patriarca Antimo, y cuya apertura se celebró el 2 de mayo del 536. Los restos mortales del papa Agapito I fueron introducidos en una caja de plomo, llevados a Roma y depositados en San Pedro, ya el 17 de septiembre de 536.

La breve duración de su pontificado puede prestarse equivocadamente a considerar la vida de Agapito I como anecdótica, mas no parece que fuera así, si valoramos la intensidad e importancia de sus intervenciones, de enorme trascendencia para la vigilancia de la ortodoxia y para la purificación de algunas actitudes y disensiones doctrinales que empañaban el rostro de la Iglesia. Su implicación personal en esa limpieza cundió en toda la cristiandad y muy pronto se le tuvo y aclamó por santo. Fue, sí, un Papa efímero por razones de calendario, pero de ningún modo irrelevante.

Romano de nacimiento, se dice que pertenecía a la noble familia de los Anicios, aunque algunos historiadores piensan que esta filiación no pasa de ser una ornamentación típica de la leyenda florida renacentista. En todo caso, entre sus predecesores en la sede apostólica figura San Félix II, antepasado familiar

suyo; y en la lista de los sucesores se encuentra también otro ilustre familiar, San Gregorio Magno, al parecer biznieto del papa Félix, y autor de unos *Diálogos* donde se menciona vida y milagros de San Agapito I. Su padre, llamado Gordiano, fue sacerdote de la iglesia romana de los Santos Juan y Pablo en el Monte Celio y murió asesinado en el año 502 por los seguidores del antipapa Lorenzo, oponente al papa San Simmaco, en las revueltas ocurridas entre facciones del clero romano por sus intrigas en la elección de papa.

No abundan los datos biográficos de Agapito anteriores a su elección, pero se sabe que fue arcediano de la Iglesia de Roma y un hombre de extraordinaria cultura, muy versado en literatura patristica, con una importante y nutrida biblioteca de textos latinos y griegos, situada en la casa familiar del Monte Celio, de la que se conserva una inscripción epigráfica. Trabajó durante algunos años en estrecha colaboración con Casiodoro, uno de los grandes eruditos de la época, y proyectó con él abrir en Roma una escuela superior de Teología, una universidad cristiana del rango de la de Alejandría y de Nisibi, pero no llegó a hacerse realidad, aunque sí trabajó en el plan de enseñanza de las artes liberales —el *trivium* y el *quadrivium*— pormenorizado por Casiodoro en sus *Instituciones*.

El status de arcediano de Agapito indica la notable consideración de que disfrutaba entre el clero de Roma, ya que al morir Juan II el 8 de mayo del año 535 lo presentan como candidato a nuevo papa, probablemente, los seguidores de Dióscoro, diácono alejandrino que cinco años antes había sido elegido antipapa por 60 clérigos romanos en clara oposición al papa Bonifacio II (530-532), designado ya por su antecesor Félix III (526-530) con el fin de evitar la lucha clerical y partidista entre góticos y bizantinos.

Una de las primeras decisiones que tomó Agapito I, elegido papa cinco días después de la muerte de Juan II, fue rehabilitar a Dióscoro que ya había fallecido en el año 530, tres meses después de su polémica elección, pero en cambio su memoria había quedado marcada con el baldón de la condena y sus seguidores la habían tenido que suscribir, so pena de excomunión, emitiendo un juramento de fidelidad a Bonifacio II.

Lo que hizo el papa Agapito en los primeros días de su pontificado fue reunir en asamblea al clero de Roma y ante todos los presentes tomar en sus manos el documento en el que 60 sacerdotes habían suscrito la condena de Dióscoro y arrojarlo al fuego. Aquello más que un gesto fue un enérgico signo de reparación a Dióscoro, pero sobre todo una manera expresiva de dar a entender que no veía con buenos ojos que el Papa disfrutase del privilegio de designar a su sucesor, pero en cambio estaba de acuerdo en restaurar la antigua tradición canónica que hacía recaer en el clero romano la elección.

Enseguida tuvo que encararse el Papa con un grave problema político para el que se le pidió su intervención. Se trataba de lograr que Justiniano renunciara a su propósito de someter la península italiana a la obediencia jurisdiccional de Bizancio, que era lo que el general Belisario intentaba en su lucha contra Teodato. Fue precisamente este rey godo el que le encomienda esta comprometida misión de paz, y el Papa ni corto ni perezoso se pone en camino hacia Constantinopla para convencer al emperador, y aunque no logró cambiar sus planes en este asunto, sí resultó la visita, por motivos eclesiales, muy provechosa.

La preocupación del papa Agapito I por dar respuesta a determinados asuntos especialmente enojosos se resuelve siempre con respeto a los cánones y a las tradiciones. Han quedado algunos documentos acerca de su manera de regular los asuntos eclesiásticos en diversos lugares de la cristiandad. Entre ellos, aceptó la apelación de Contumelioso, obispo de Riez, condenado por el sínodo de Marsella (533), presidido por Cesáreo de Arles, y dos meses después de estrenar su pontificado, en julio del 535, decidió que un tribunal de nueve jueces revisase el proceso canónico, aunque al final se llegara a confirmar la sentencia. Al propio Cesáreo de Arles, que pedía poder distribuir los bienes de su Iglesia a los pobres de Arles, le negó, invocando los cánones, la facultad de enajenar los bienes de su Iglesia para entregarlos a los pobres.

Cuando Belisario conquistó el norte de África y tomó Cartago sin ninguna resistencia, el emperador Justiniano devolvió las iglesias a los católicos y pretendió mantener al frente de sus sedes a los obispos arrianos que habían vuelto a la fe católica.

Agapito intervino entonces para decir que no se podía ir contra el derecho y que los conversos ya quedaban compensados con la admisión de la Iglesia, pero se les impedía el acceso a cualquier dignidad eclesiástica. El Papa se alegró con Liberato de Cartago y con los demás obispos africanos por verse libres de los vándalos, y a una pregunta sobre reestructuración de sus iglesias, respondió diciendo que un arriano convertido no podía ejercer funciones sacerdotales en la Iglesia católica y asegurando también que ningún clérigo africano fuese acogido en la Iglesia romana, salvo que dispusiera de los documentos exigibles para su incardinación.

También le recordó a Justiniano, en carta fechada el 15 de octubre del año 535, la vigencia de la legislación romana que prohibía a los clérigos procedentes del arrianismo ejercer como sacerdotes católicos, y se comprometió a que el asunto de la deposición de Esteban de Larissa por parte de Epifanio, patriarca de Constantinopla, fuese revisado por representantes pontificios.

En estas y otras circunstancias, con documentos o testimonios, siempre se trasluce el carácter independiente, la cultura eclesiástica y el rigor canónico, distintivos de la personalidad del papa Agapito, dulce y comprensivo a la hora de curar las heridas de la disensión, pero también enérgico cuando trataba de defender el primado romano o luchar contra las herejías cristológicas de aquel momento. Particularmente el arrianismo, una doctrina que ponía en entredicho la divinidad de Cristo y que había logrado gran expansión entre los godos; y el monofisismo, que afirmaba que en Cristo sólo hay una sola naturaleza divina, y cuya doctrina, bastante extendida por Oriente, encontraba en el emperador Justiniano un trato conciliador y en la emperatriz Teodora un descarado apoyo.

Tres meses después de escribir su carta a Justiniano a propósito de la normativa a seguir con los clérigos arrianos convertidos al catolicismo y de confirmar todos los cánones que regulaban la cuestión arriana, ya andaba Agapito I preparando su viaje a Constantinopla para convencer a Justiniano de que no invadiese Italia. Ésta era la misión de paz que le había encomendado el rey Teodato y que el Papa aceptó de buen grado, no

tanto por lograr rendir la voluntad política y militar del emperador, que no consideró negociable ningún arreglo sobre la reconquista italiana, cuanto porque pudo poner orden y disciplina en algunos asuntos de ortodoxia que afectaban al patriarcado de Constantinopla.

El Papa encabezó la misión diplomática, pero no quiso que le financiaran el viaje y se las arregló, para hacer frente a los gastos, empeñando parte de los vasos sagrados de oro y plata de la iglesia romana, más tarde recuperados gratuitamente. Antes de embarcar en enero del 536 en el puerto de Siponto, la actual Manfredonia, en el Adriático, subió a la gruta del monte Gargano para pedir protección a San Miguel para tan arriesgado viaje. Cuenta el papa Gregorio Magno en sus *Diálogos* que, durante la travesía, el papa Agapito devolvió milagrosamente la movilidad y el habla a un tullido mudo que viajaba en el barco. Llegó a Constantinopla el 2 de febrero y fue recibido con grandes muestras de afecto, tan triunfalmente como había sido acogido diez años antes el papa Juan I.

Aunque su embajada diplomática no tuvo éxito, pues Justiniano le comunicó pronto que no era posible volverse atrás de las órdenes ya cursadas, en cambio fueron muy fructíferas sus intervenciones en la lucha contra la preponderancia y difusión del monofisismo. Cuando llegó Agapito hacía poco más de medio año que había muerto el patriarca Epifanio y la sede ya estaba cubierta por Antimo, debido a las intrigas de la emperatriz Teodora. El nuevo patriarca, procedente de la sede de Trebisonda, dio muestras evidentes de ser tan monofisita como la propia Teodora. En seguida que el Papa se dio cuenta de la situación tomó cartas en este asunto, negándole la comunión con él si no confesaba pública y explícitamente la doctrina del Concilio de Calcedonia sobre las dos naturalezas de Cristo. Esta condición se la trasladó al emperador, y éste a Antimo, de tal modo que el asunto quedó zanjado con el abandono del patriarcado. Según reconoce Justiniano en el prólogo de su *Novella*, Antimo fue depuesto de su sede patriarcal por el papa Agapito.

Este acto de autoridad pontificia, reconocido por el propio emperador, se extendió también a la elección de un nuevo pa-

triarca. Nombró como sustituto al monje Menas, originario de Alejandría y seguidor confeso de Calcedonia, y lo consagró él mismo el 13 de marzo del año 536, después de haberle propuesto para firmar la llamada «Fórmula de Hormisdas» donde se afirma que «en la Sede Apostólica se ha conservado siempre, sin mácula, la fe universal» y se expone con claridad la posición católica en las cuestiones cristológicas del momento. «Es la primera vez que desde los tiempos de San Pedro una Iglesia oriental recibe un obispo consagrado por el obispo de Roma», escribió Agapito I al obispo de Jerusalén. Días después, el 18 de marzo, Justiniano suscribe una profesión de fe según esta misma fórmula y el Papa le agradece y alaba sus esfuerzos por conservar la unidad de la fe. Hay incluso un testimonio literario en el canto sexto del Paraíso, en la *Divina Comedia*. Atribuye Dante al emperador Justiniano estas palabras: «... aquel santo Agapito, que fue / sumo pastor, a la fe verdadera / me encaminó con sus palabras santas».

También solicitó el papa Agapito I la convocatoria de un concilio que condenase al depuesto Antimo, y al mismo tiempo puso en conocimiento del emperador una petición hecha por 67 monasterios de Constantinopla y representantes de otros monasterios de Siria y Palestina para que expulsara a los monofisitas de la ciudad. Antes de que el concilio se reuniera, el papa cayó gravemente enfermo y murió en Constantinopla. Su muerte causó una gran consternación en la ciudad imperial y se le hicieron unos solemnísimos funerales como a ningún otro obispo o emperador se le habían hecho.

Toda la cristiandad lo reconoció muy pronto como santo y encontró un hagiógrafo de excepción en San Gregorio Magno, que ensalzó su aureola de santidad. San Agapito I ha pasado a la historia de la Iglesia por su lucha contra el monofisismo, y de hecho, a la hora de morir dejaba convocado un concilio, que presidiría el patriarca Menas, en el que no sólo sería condenado Antimo, sino también otros seguidores del monofisismo. Las sesiones, a las que asistieron los obispos del séquito, con el diácono Pelagio a la cabeza, que llegó a Papa veinte años después, se prolongaron hasta el 4 de junio del 536. El 6 de agosto Justiniano expulsaba de Constantinopla a los jefes monofisitas, pero

esto era sólo un capítulo de una más larga y complicada historia. La guerra gótica ya había comenzado cuando llega a Roma la noticia de la muerte de San Agapito. Su sucesor se llamaba Silverio, que acabó siendo destituido por Belisario el 11 de marzo de 537, por venganza de la emperatriz Teodora que confiaba en que el nuevo Papa rehabilitaría a Antimo.

JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

- DANIELE, I., «Agapito I», en *Bibliotheca sanctorum*, t.I cols.316-318.
DRUFFY, E., *Santos y pecadores, una historia de los Papas* (Madrid 1998).
PAREDES, J. (dir.), *Diccionario de los Papas y los Concilios* (Barcelona 1998) 61-62.
PASCHINI, P (dir.), *Enciclopedia Cattolica*, I (Ciudad del Vaticano 1948) cols 428-429.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN LEÓNIDAS

Mártir († 204)

Es el padre de Orígenes, al que hizo bautizar recién nacido. Era de Alejandría, estaba casado y tenía siete hijos. Era ciudadano romano y enseñaba en la famosa escuela de aquella ciudad. Fue arrestado y encarcelado en la persecución de Septimio Severo y queriendo su hijo Orígenes acompañar a su padre en el martirio, lo evitó la madre escondiendo las ropas del muchacho. Orígenes animó a su padre a permanecer firme en la confesión de la fe. Fue decapitado el año 204.

SAN TEODORO DE SIKEÓN

Obispo y hegúmeno († 613)

Hijo de la dueña de una venta y lupanar, una cocinera hizo que el negocio de la prostitución se cerrara ya que con el de la venta había suficiente negocio, y fue esa cocinera la que enderezó los pasos del muchacho a la vida religiosa. Se decidió finalmente por llevar vida de anacoreta en una cueva. Rodeado pronto de fama de santidad y buscado por los fieles, intentó recuperar su soledad yéndose a otra cueva en las montañas, lo que

arruinó su salud. Entonces hubo de dejarla, y ordenado sacerdote pese a su juventud, peregrinó a Jerusalén. Volvió luego a su vida eremítica y volvieron a buscarle numerosos fieles, atraídos por su ejemplo, lo que le llevó a la fundación de un monasterio. Con gran repugnancia suya fue elegido obispo de Anastasiópolis, pero al cabo de diez años dimitió y volvió a su monasterio. Murió el año 613.

SANTA SENORINA

Abadesa († 980)

Nace en el seno de una familia noble en la diócesis de Braga y es pariente de San Rosendo. Al morir su madre, siendo ella muy pequeña es encomendada al cuidado de su tía Godina, abadesa de San Juan de Viveiro. Llegada a la juventud es inútilmente requerida a que contraiga matrimonio pues había decidido consagrarse al Señor, y así lo hizo tomando el hábito monacal en aquel mismo convento en que se había criado. Guardó con fidelidad los deberes propios de su consagración a Dios y sobresalió por su piedad y su austeridad increíble de vida. Muerta su tía, la comunidad estuvo de acuerdo en elegirla por nueva abadesa. En el curso de su mandato se propuso la fundación de un nuevo monasterio en Basto, de la diócesis de Braga, del que fue igualmente abadesa y donde vivió con la misma ejemplaridad hasta su muerte el 22 de abril de 980.

BEATO FRANCISCO VENIMBENI

Presbítero († 1322)

Nació en Fabriano, Italia, en 1251. En su juventud ingresa en la Orden Franciscana y comienza su noviciado, al término del cual va a Asís y trata con el Hermano León que, parece ser, le persuadió a que tomara la pluma para defender la indulgencia de La Porciúncula. Una vez sacerdote, es dedicado a la predicación, lo que hace con gran celo y fruto de las almas. Ya mayor fue elegido guardián del convento de su pueblo natal. Murió con gran fama de santidad el 22 de abril parece que del año 1322. Su culto fue confirmado el 1 de abril de 1775.

A) MARTIROLOGIO

- 1 En Diospolis (Palestina), San Jorge (s IV), martir **
- 2 En Tenkitten, San Adalberto († 997), obispo y martir **
- 3 En Edesa de Siria, San Eulogio († 387), obispo
- 4 En Milan, San Marolo (s V), obispo
- 5 En Toul, San Gerardo († 994), obispo *
- 6 En Cerdeña, la conmemoracion de San Jorge († 1117), obispo
- 7 En Perugia (Umbria), Beato Gil de Asís († 1262), religioso, de la Orden de Menores *
- 8 En Udine, Beata Elena Valentini († 1458), viuda, terciaria agustina **
- 9 En Campi Bisenzio (Toscana), Beata Teresa Maria de la Cruz Manetti († 1910), virgen, fundadora de las Carmelitas de Santa Teresa **
- 10 En Grottaferrata (Italia), Beata Maria Gabriela Sagheddu († 1939), virgen, monja cisterciense **

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN JORGE

Martir († s IV)

Los santos jóvenes —los de nuestro siglo— difícilmente podrían venir al mundo de incógnito. Sus fotografías, el rostro de los santos, corren de mano en mano y nunca faltan, más o menos retocadas, en la cubierta de sus vidas. Cosa que no pasa con los santos veteranos. San Jorge, por ejemplo, podría pasearse tranquilamente a pie o a caballo, y hasta pasar a nuestro lado con cara de labriego holandés, viajante florentino o distinguido militar, sin que lográramos identificarle.

En los archivos de los historiadores —esos pobres hombres que se pasan la vida masticando polvo de biblioteca— la ficha de San Jorge casi está en blanco. Los mas sabihondos solo han puesto, y a lápiz, estas palabras: «Mártir en Oriente a principios del siglo IV». No es de extrañar. Nosotros apuntamos en un papel el día y la hora de visita al dentista, la dirección del notario, pero ningún novio, para no olvidarse, apunta en su agenda el día de su boda, ni ninguna madre escribe en una libreta el día

del cumpleaños de su hijo. Las fiestas grandes se recuerdan fácilmente. Y los grandes santos —a San Jorge le llaman en Oriente «el Gran Martín»— no han tenido necesidad de huellas dactilares ni de partida de nacimiento, legalizada y todo, para sobrevivir al tiempo. Estad seguros: la vida de San Jorge no la hallará nunca nadie en los mamotretos sin color, calor ni vida de los beneméritos historiadores

Todos los caminos van a Roma, decimos frecuentemente. Y es verdad. Pero tened cuidado y mirad qué camino escogéis para seguir la vida de San Jorge. ¿A qué viene enterarse que en Lydda hubo un templo dedicado al Santo, que una inscripción del siglo VI nos habla de sus reliquias, que su fama era inmensa en Oriente, que los reyes merovingios, al establecer su árbol genealógico, se creyeron descendientes de un hijo de San Jorge, que en Regensburg tenía una capilla dedicada desde la época de la ocupación romana, que Ricardo Corazón de León le nombró patrono de los cruzados y que éstos extendieron su culto por Occidente?

Encontre hace años una pista de la vida de San Jorge. Desde entonces el 23 de abril vuelvo a reseguirla cada año. Y cada año, al atardecer, vuelvo a casa contento.

Día 23 de abril. Barcelona. Son las cinco de la tarde. Estamos en la Plaza Nueva. Aquí, junto a la catedral, empieza nuestro itinerario. Es corto. Pavimento enlosado y afortunadamente sin vehículos. Muchas personas siguen el mismo camino. Voces atipladas de niños dialogan alegres con sus madres. Setenta pasos bordeando la catedral y una calle estrecha, pacífica, serena. Una fila larguísima avanza pausadamente, sonrientemente. Aquí, en esta calle —la calle del Obispo—, camino de la Diputación, donde se venera la reliquia del Santo, es fácil recordar, vivir la historia. La cuentan las madres a los niños. Y las madres nunca engañan.

«San Jorge nació lejos, muy lejos, cerca de la tierra de Nuestro Señor. Su padre era un labrador muy rico, con muchos criados y muchas tierras. Su madre era muy buena. El pequeño Jorge siempre hacía lo que le mandaban y traía siempre buenas notas. Cuando mayorcito, el pobre se quedó sin padre y sin madre. Tenía veinte años. Y le hicieron capitán. Sabía mucho de guerra y siempre le condecoraban. Era el capitán más joven y más guapo. El emperador le quería mucho. Pero el emperador era malo. Y un día mando

matar a todos los cristianos del mundo. Él no sabía que San Jorge lo era, aunque todos notaban en él algo especial. Jorge, el capitán Jorge, no pudo aguantar aquello. Se puso las mejores ropas, entregó sus bienes a los pobres y fue y le dijo al emperador unas cuantas cosas delante de todos los ministros del Imperio. El pobre emperador —se llamaba Diocleciano— no supo qué contestar. Pero montó en cólera y gritó: “Ahora sabrás lo que es bueno”. Le metió en la cárcel y empezaron a azotarle como a Nuestro Señor. San Jorge se acordó de Jesús y ni abrió la boca. Se cansaron los verdugos de azotarle. Y él nada, seguía sin gritar y sin llorar. Todos los de la cárcel decían: “Es un valiente. Vale la pena ser cristiano”. Corrieron a decírselo al emperador. Entonces.. »

(La calle está jalonada de trecho en trecho por mozos de escuadra. Altos; pantalón, chaleco, chaquetilla corta azul turquí con trencilla blanca y vivos grana, alpargatas blancas con cintas azules, chistera con un ala levantada y sujeta por una escarapela con un escudo, tienen un aire marcial distinguido y una sonrisa familiar que no aleja. No usan armas; hoy encajarían mal en esta calle con rosas de San Jorge, que el prelado ha bendecido por la mañana, en todas las solapas. Los mozos de escuadra [un capitán, un teniente, cuarenta mozos], al hablar de San Jorge, de su San Jorge, muestran satisfactoriamente que su Patrón fue un valiente.)

«Entonces vino un nuevo tormento. le enterraron en un hoyo que estaba lleno de cal viva. Sus últimas palabras fueron: “Dios mío, escucha mi oración; haz que te ame siempre y envía un ángel que me libre ahora, como un día lo hiciste con los tres jóvenes que un rey malo metió en un horno de fuego”. Le enterraron mientras hacía la señal de la cruz. Nuestro Señor siempre escucha cuando se le reza. A los tres días el emperador se enteró de que el capitán Jorge vivía y seguía amando a su Dios.

»Y más tormentos: le pusieron unas sandalias ardiendo al rojo vivo, le dieron veneno [...] Él siempre rezaba y el Señor siempre le escuchaba

«Otro día le metieron en un templo de los dioses falsos. Entrar San Jorge y venirse al suelo las imágenes de los dioses fue una misma cosa. El Señor estaba con él. Finalmente, le cortaron la cabeza. Tenía ganas de estar con Jesús.»

(Poco a poco hemos ido subiendo. En el patio, quince naranjos que le dan nombre contrastan con los animales feroces de las gárgolas. Un surtidor brota encima de una imagen de San Jorge a caballo. La melodía del órgano, cada vez más próxima, prepara el ánimo para la adoración de la reliquia del Santo. Dos seminaristas la dan a besar. Los fieles al venerarla —una reliquia

que donó a la Diputación el embajador de Felipe II en Alemania— oyen las palabras: «San Jorge, rogad por nosotros». En el altar una imagen de San Jorge, armadura articulada, oro, plata, cara policromada, recuerda lo de siempre: la vida del hombre sobre la tierra es milicia, es lucha.)

La leyenda es la historia de los iletrados. Símbolo siempre y lección constante. La de San Jorge es el mensaje luminoso y siempre actual mensaje que los cruzados sacaron de la imagen del Santo, tan venerada en Oriente. El Santo a caballo mata un dragón y salva a una doncella. Desde entonces cuentan que había un dragón que desolaba una ciudad. Vivía junto a un lago. Su aliento era mortal. Para mantenerle alejado de la ciudad le llevaban todos los días primero reses y luego personas. Un día le tocó a la hija del rey. Mal día para el rey. Mejor, buen día para todos. Porque, sin saber cómo, de pronto se presentó un guerrero y en el nombre del Señor Jesús mató al dragón. La ciudad respiró y desde entonces empezó para ellos una nueva vida. La doctrina de Jesús que les enseñó San Jorge les hizo libres.

¿Leyenda? ¿Parábola? Mensaje de ayer, mensaje de siempre.

(En este momento —son las seis— el carillón de la Diputación lanza su melodía. En el patio, treinta y seis puestos de flores —los que por la mañana han concurrido al concurso de la flor de San Jorge— siguen ofreciendo rosas. Es imposible pasar de largo. Una rosa de San Jorge recuerda a los que deben dar testimonio —todos— la vida de un mártir, de un testigo de Cristo. Un mártir que es patrono.)

¿Por qué, si no, las madres cuentan a sus hijos la vida de San Jorge?

JORGE SANS VILA

Bibliografía

- D'ALOS-MONER, R., *Sant Jordi, patró de Catalunya* (Barcelona 1926, repr 1975).
DELFHAYE, H., *Les légendes grecques des saints militaires* (Paris 1909).
DOLCI, M., «Llibre de Sant Jordi»: *Bibl. Ser.* 104 (Barcelona 1952).
RIBER, L., «Sant Jordi en la historia, en la llegenda, en les cròniques y en la devoció»: *D'ací i d'allà* 88 (1925) abril.
THURSTON, H., art. en *The Month* (1892) abril.
— ID., «George», en *The Catholic Encyclopedia*, VI. Buen resumen de las leyendas.
— Actualización:
BOFILL, F. - SAW, J., *Sant Jordi, estendard d'Europa* (Barcelona 1996).

SAN ADALBERTO

Obispo y mártir († 997)

En la vida del mártir San Adalberto, obispo de Praga, apóstol de Hungría, Polonia y Prusia, escrita por dos contemporáneos suyos, encontramos algo de la pureza, simplicidad e intransigencia de la naturaleza angélica, que acusa siempre cierta inadaptabilidad en contacto con la naturaleza humana. El ángel, íntegro, simple y puro, que contempla continuamente la faz de Dios, es terriblemente exigente ante nuestra flaqueza e inconstancia. No en vano Cristo, para comprendernos mejor, según afirma el Apóstol, asumió nuestra naturaleza.

De hecho, San Adalberto sólo fue plenamente feliz los pocos años que pudo llevar en el claustro una vida angélica. Nacido para el silencio, la contemplación y la alabanza divina, se halló siempre violento en medio de un mundo malo, que no llegó a comprender y del que tampoco fue comprendido.

Nacido en Libice (Bohemia) en 956, de la nobilísima y muy cristiana estirpe checa de los Slavníks, recibió en el bautismo el nombre de Vojtech. Colocado sobre el altar de la Virgen, sanó de una terrible enfermedad, y en aquel momento sus padres, que por su radiante hermosura le habían destinado al siglo, hacen voto de consagrarle a Dios.

Si en los primeros años de su niñez nos lo describen sus biografos aprendiendo la ley divina y de memoria el Salterio entero, que será el alimento de toda su vida, en sus estudios con el obispo de Magdeburgo (972-981) le contemplamos consagrado a la piedad, a la limosna y al ejercicio de todas las virtudes. Mientras los demás jugaban él se deleitaba «saboreando las dulzuras del néctar de David», y cuando comían él se saciaba del manjar angélico. Al ser aquí confirmado, el obispo le impuso su propio nombre de Adalberto.

Un hecho de este tiempo nos demuestra la extremada inocencia y simplicidad de su alma angélica. Volviendo un día de la escuela, un compañero, jugando, le hizo caer sobre una mucha-

cha. Adalberto llora amarga e inconsolablemente, creyendo que aquel simple contacto le relaciona ya para siempre con aquella niña. «Éste me ha hecho casar», exclama entre sollozos el cándido adolescente, ante sus compañeros sorprendidos de tanta simplicidad.

Terminados sus estudios y fallecido el arzobispo Adalberto, vuelve a Praga, donde ingresa en el estado clerical. Allí asiste a la terrible muerte del obispo Dietmaro, que le impresiona profundamente. El príncipe y el pueblo se reúnen enseguida para elegirle sucesor. El voto unánime designa a Adalberto (983).

En la fiesta de los Príncipes de los Apóstoles es consagrado por el obispo de Maguncia. En honor del mártir San Wenceslao entra descalzo en su sede, aclamado por todo el pueblo.

Allí se esfuerza con ayunos, limosnas, y sobre todo con su continua y ferviente oración e incesante canto de salmos, para conseguir de su pueblo lo que no logra ni con su ejemplo ni con su predicación. Asustado ante el pecado, crimen y perversión de los suyos, llora, exhorta, conmina. Llegando a desesperar de la salvación de las almas que tiene encomendadas, teme por la suya propia. Lo abandona todo y corre a Roma. «Mi grey no quiere escucharme, mis palabras no echan raíces en aquellos corazones, allí la justicia es la fuerza; la ley, la voluntad», exclama postrado ante el papa Juan XV. «Hijo —le dice el Papa—, ya que no te quieren seguir, deja lo que te daña... si no puedes aprovechar a los demás no te pierdas a ti mismo». Y con la bendición del sumo pontífice, se dispone a peregrinar, pobre e ignorado, hacia Jerusalén. Pero el abad de Montecassino le desaconseja tan largo viaje, aunque no consigue retenerlo en aquel cenobio, pues es reconocido como obispo.

Llama a las puertas de Grottaferrata, pero San Nilo le da una carta para el abad León, del monasterio de San Bonifacio y San Alejo, sito en el Monte Aventino. Allí es recibido y, después de dura prueba, puede profesar juntamente con su hermano Gaudencio en la noche pascual del año 990.

Ha logrado, por fin, su vehemente deseo. El obispo ha desaparecido del todo, sólo se ve al humilde monje, servidor de la cocina, encargado de traer agua, de lavar las manos a todos y de «servirles en todo».

Poco duró su felicidad. A instancias del obispo de Maguncia y de sus volubles diocesanos, el Papa le ordena volver a su sede (992). Se despidе con lágrimas y profundo dolor de sus hermanos y logra llevarse consigo a doce monjes, con los cuales funda cerca de Praga el monasterio de Brevnov. Prometiendo solemnemente la enmienda, los suyos le reciben en triunfo. Vuelve otra vez a trabajar, llorar, exhortar y, sobre todo, a orar sin tregua. ¡Todo inútil! Las costumbres paganas y la crueldad de sus súbditos le abruman, le aturden, y, transcurrido poco más de un año, no pudiendo resistir más, se fuga otra vez a su querido monasterio. Allí es recibido por el abad y los monjes con un gozo inmenso. «Es verdaderamente un santo», se decían los monjes. Y, expresando un deseo general de todos los que tendían a la perfección, añadían: «Sólo le falta el martirio». En efecto, el Señor se lo iba preparando.

Instigado por diversas partes, y sobre todo por una solemne delegación de Bohemia, Gregorio V, que había sucedido a Juan XV, manda de nuevo al monje-obispo emprender el camino de su patria.

Las guerras, disensiones y crímenes en que está sumida la Bohemia obligan a Adalberto a refugiarse en Maguncia, en la corte de Otón III, con quien había contraído una íntima amistad en Roma. No pierde el tiempo en aquella forzosa espera. Se convierte en apóstol de aquella corte y platica largas horas con el emperador. Visita a San Martín en Tours, a San Benito en Fleury y a San Dionisio en París. Y en rápida excursión apostólica se llega hasta Hungría para predicar a Cristo.

Por fin recibe una misión de los suyos que le dice paladinamente que no quieren recibirle. Los males y disensiones continúan. Sus ancianos padres y todos sus hermanos han sido vilmente asesinados en una refriega con el partido contrario de los Premyslidos.

«¿A qué quieres venir? —le dicen imprudentemente los emisarios—. ¿Es que, so capa de santidad, quieres vengarte de los tuyos? No te queremos, somos pecadores, gente de dura cerviz...».

Adalberto, lleno de gozo, exclama: «Señor, has roto todos mis lazos; te inmolo la gloria y el sacrificio de alabanza».

Ya nada le detiene. El celo de las almas y la sed de martirio le empujan. Ayudado por el duque Boleslao pasa a Polonia, donde funda el monasterio de Meseritz, y de allí a Prusia. Se detiene en Danzig, donde convierte a una ingente multitud, predica, bautiza y celebra los divinos misterios. Despide luego el acompañamiento que le ha prestado el duque, y con sólo su hermano Gaudencio y otro monje se adentra más y más hacia aquellas regiones inhóspitas y feroces del Septentrión, predicando a Cristo sin cesar.

Un día, mientras está cantando sus salmos en una isla, cerca de Fischhausen, es derribado por un terrible golpe en la espalda que recibe como un feliz presagio.

«Poco, a la verdad, es esto —exclama levantándose—, pero, por lo menos, he merecido recibir un golpe por mi Crucificado»

Pasa al otro lado, y entra en una población. Reúnense en torno a él las gentes y con gritos y amenazas le preguntan quién es y qué quiere. Él responde sereno e imperturbable: «Soy un hijo de Bohemia, de nombre Adalberto, monje de profesión, antes obispo y ahora vuestro apóstol...». Enloquecidas aquellas gentes no le dejan continuar, golpean el suelo con sus báculos, vomitan blasfemias y le obligan a abandonar su país si quiere salvar la vida.

Se embarcan de nuevo Gaudencio tiembla con sueños de martirio. Cantando salmos —dice el biógrafo— van abreviando el camino. Llegan una mañana a una pradera. Gaudencio celebra la misa. Adalberto comulga y luego, murmurando otra vez un salmo, quedan profundamente dormidos. Una turba de paganos se les echa encima cerca de Elbing. Son atados fuertemente a unos árboles.

«No os entristezcais —dice Adalberto a sus compañeros—, puede haber cosa mas grande, mas bella, más dulce que ofrecer la vida por el dulcísimo Jesús»

El sacerdote de los ídolos que dirige la horda da la señal blandiendo el primer dardo. Sacan los demás sus lanzas. «Un río purpúreo sale impetuoso de siete profundas heridas». Desátanle sus vínculos. Adalberto extiende los brazos y ora por sus perseguidores. De pie, como su padre San Benito, muere murmurando una oración: «Señor, ayúdame, escucha mi oración... perdó-

nalos, pues no saben lo que hacen...; que no sea infructuosa mi pasión ni para mí ni para ellos... Amén».

Era el viernes 23 de abril del 997. Adalberto pasaría poco de los cuarenta años. Su cuerpo, rescatado por el duque Boleslao, fue trasladado con gran pompa a Gnesen, donde su amigo y admirador Otón III vino a venerarle. Más tarde se le trasladó a Praga.

ADALBERTO FRANQUESA, OSB

Bibliografía

Act. SS. Boll, 23 de abril.

Art. en *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclesiastique*, t.I col.451s.

Art. en *Lexicon für Theologie und Kirche*, t.I p.122s

BRETHOLZ, B., *Geschichte Böhmens und Mährens* (Reichenberry 1912).

Vita, de S. Adalberto, antigua y muy discutida. Cf. *Bibliotheca hagiographica latina. antiquae et mediae aetatis, ediderunt Socii Bollandiani* (Bruselas 1898-1911) n.37-56, y *Analecta Bollandiana* 14 (1895) 449s, 21 (1902) 222s.

VOIGHT, H. G., *Adalbert von Prag: ein Beitrag zur Geschichte der Kirche und des Monchtums im zehnten Jahrhundert* (Berlín 1898).

ZIMMERMANN, A. M., OSB, *Kalendarium Benedictinum*, II (Viena 1934) 95s.

BEATA ELENA VALENTINI

Viuda consagrada († 1458)

Nació Elena por los años 1396 o 1397 en la región véneta de Údine (Italia), en el seno de la familia de los Maniago. En el año 1414 contraía ya matrimonio con el noble udinés Antonio Cavalcanti, con quien habría de vivir veintisiete años como esposa fiel y madre de seis hijos, «nutriéndolos con gran solicitud en el temor de Dios». Muerto el marido en 1441, su viuda Elena decide retirarse del mundo. Luego de conocida la Orden Seglar de San Agustín y tras escuchar la vibrante palabra del agustino Ángel de San Severino, se hace terciaria agustina y, después de haber emitido la profesión, continúa viviendo algunos años en la casa recibida de su esposo sita en Mercato Vecchio, actual borgo Montevecchio. Allí permanece hasta 1446, fecha en que pasa a vivir con su hermana Perfecta, terciaria agustina como ella, con quien permanece hasta el final de sus días progresando y madurando en la oración y en la mortificación a base mayormente de una ejemplar imitación de Cristo.

De su vida y virtudes predicó el agustino Simón Romano, que enseñaba teología en Padua por entonces, año de 1458, cuando fue llamado a pronunciar la oración fúnebre de esta terciaria en Údine. Los bolandistas publicaron su discurso, cuyo texto original italiano se conserva en la Biblioteca Vaticana (ms. Rossiano 48, fol.1r-26r), asegurando que fray Simón compendió la vida de Elena en *pío ac simplici stylo*. Tenemos, pues, garantías de seriedad y rigor en cuanto allí, y en tan solemne circunstancia, dijo, comentó y glosó el ilustre predicador, comprendidos los datos biográficos de la finada. Como acertadamente comenta el historiador de la Orden de San Agustín David Gutiérrez, no es fácil que el orador, ante un público que conocía bien a la difunta, se dejase llevar, al aire de las palabras, de la fantasía y se arrancase de pronto contando chismes y falorias.

«Todo lo que tenía en el mundo —refiere entre otras cosas la citada fuente— quiso darlo a los pobres del Señor dono sus vestidos de paño, seda y terciopelo a la iglesia de santa Lucia [], haciendose de ellos pluviales y ornamentos del culto divino Vendio los otros bienes, muebles e inmuebles, y dio el precio a los pobres [] Visitaba a los enfermos, consolaba a los afligidos, socorria a los necesitados, rezaba mucho por los difuntos y se ejercitaba en todas las otras obras de misericordia [] Pasaba en oracion siete horas, por las siete horas canonicas y por amor de la pasion de Cristo, dedicaba otra hora a la confesion y comunion, que hacia todos los dias con muchas lagrimas, durante otra hora rogaba a Dios por el perdon de los pecados de todos los pecadores Y para no faltar en la cuenta de las horas, llevaba consigo un reloj de arena Sabia de memoria los siete salmos y el oficio de la Virgen Tenia un libro titulado *Specchio de la croce* [Espejo de la cruz] y otro que se llama *La dieci gradi de la humiltade* [Los diez grados de la humildad], con muchos otros en vulgar, en los cuales dia y noche leia» (fol 2r 6v)

Durante los casi dieciocho años como laica consagrada, llevó una vida austera, de fructuosa penitencia y rigurosa mortificación, alimentándose a menudo solo de pan y agua, durmiendo sobre un duro lecho de piedras, apenas cubierto con un poco de paja, flagelando de continuo su cuerpo e, incluso, caminando con treinta y tres piedrecitas dentro de los zapatos «en recuerdo de los bailes y danzas —como ella solía repetir— con que en el siglo había ofendido a mi Señor, y en memoria de los treinta y tres años que mi dulce Jesús por mi amor caminó por el mundo».

Cuenta fray Simón y no para de las austeridades de la Beata, de su ayuno continuo a pan y agua, de sus pocas horas de descanso, de los asaltos diabólicos que ella rechazaba con la señal de la cruz y textos bien traídos de la Escritura. Refiere asimismo que desde el año 1455 no pudo levantarse más de la cama, a causa de la fractura de ambas piernas, que el orador, siguiendo los dictámenes de la época, atribuye al demonio y los autores modernos, según los enfoques más racionales y naturales de nuestro tiempo, a una caída. Para quienes la exhortaban a la resignación en sus dolores, he aquí su respuesta llena de sensatez y de buen sentido espiritual:

«Como puedo yo dejar de soportarlos con paciencia, considerando que mi dulce Señor Jesus sufrió en la cruz penas mucho mayores por mí? Por ello le pido que, si es de su agrado, me mande mayor enfermedad y mas sufrimientos» (fol 7v)

Pero la terciaria agustina no se hacía castillos en el aire ni construía sobre la desniveladora y movediza arena de una sensiblería devocional cuando se entregaba de mente y corazón a distintas formas de penitencia, sino que iba directamente al Evangelio para encontrar en sus estremecidas y conmovedoras paginas la fuente cristalina de su inspiración. Procuró sobre todo mirarse como en un espejo en los sufrimientos del Cristo de la Pasión, y puso como paradigma de su vida sencilla, consagrada al Señor, un doble motivo de referencia, esto es: la imitación de Cristo y el contraste con su anterior existencia mundana.

No faltaron, claro es, ni el desaliento ni el cansancio en esta carrera ascética, mas ella siempre se las arregló para resistir los embates de este género de tentaciones con gran presencia de ánimo y con indoblegable constancia en el retiro de la pequeña celda construida en su misma casa, de la que salía sólo para ir a rezar y a meditar en su querida iglesia de Santa Lucía. Reaccionando con diligente cuidado, admirable prontitud y sobrenatural energía a estas crisis de profundo desconsuelo y de cansancio espiritual, terminó convirtiéndose en acabado ejemplo de vida evangélica, y el Señor, además, como para compensar tanta prueba, le concedió el don de hacer milagros.

Debidamente autorizada por el padre provincial de los agustinos, en 1444 hizo voto de absoluto silencio, sólo interrumpido

en Navidad, que solía ser ocasión de sosiego para entretenerse y corresponder mediante breves y tiernas conversaciones con sus hijos y algunos familiares íntimos. Como supremo consuelo, y acaso también como premio de sobrenatural recompensa en su vida de completa renuncia y lucha ascética, el cielo se abrió para ella con éxtasis y visiones no frecuentes siquiera en almas escogidas, y Dios Padre se inclinó hasta la sencillez de su alma concediéndole el don de hacer milagros y la gracia de conocer las cosas ocultas.

A consecuencia de una fractura en las piernas ocurrida el 1455, vivió los últimos años postrada en un humilde y duro lecho, aguardando con paciente y contenida espera la llegada de la hermana muerte, lo que ocurrió el 23 de abril de 1458. Conocida por su oración y obras de misericordia, la llama de su preciosa vida se apagó después de largos sufrimientos en la fecha dicha. Sepultados sus restos mortales primero en el rincón de la iglesia de Santa Lucía, allí donde la Beata había solido orar, dulcemente abandonada tantas veces a la contemplación, oculta en el pequeño «oratorio» de madera que se había hecho construir para librarse de la admiración y de la curiosidad de los fieles, reposan actualmente en la catedral de Udine.

«Después de pasar tres años gravemente enferma en un lecho de piedras, sobre las cuales no había otra cosa que un poco de paja, que, contra su voluntad, había mandado poner la priora —detalla una vez más el orador sagrado del funeral—, llegado su último día, quiso confesarse por la mañana, se celebró una Misa en su pequeña celda y, después de recibir con gran devoción el Cuerpo de Cristo, pidió que le administrasen la extremaunción. Fueron por ello procesionalmente a su casa todos los frailes de la Orden que se encontraban entonces en el convento de santa Lucía, como se hace en nuestra Orden, diciendo ellos solo siete salmos penitenciales, alternando ella el rezo con los frailes, y luego se despidió de sus familiares [] Suplico a los religiosos y a las religiosas que estaban con ella, que no dejaran entrar de nuevo ni a sus hijos ni a hermanos ni a parientes, que pudieran distraerla con su amor o con sus llores a la hora de la muerte» (fol 22r-23v)

El desprendimiento hasta de los más naturales y sencillos sentimientos familiares se deja sentir de manera patente al par que sobrecogedora en detalles como éste

Quiso luego que le rezasen la recomendación del alma, a la que tambien contestó. Y cuando el superior de Santa Lucía dijo las últimas palabras,

«En vez de reclinar la cabeza sobre la almohada, Elena se elevó mas e hizo una inclinación a la cruz que estaba al pie del lecho. Y así quedo, con la cabeza elevada mas de un palmo sobre la almohada [] Murio en la noche de un sábado, viniendo la cuarta dominica de abril del año del Señor 1458, a veintitrés de abril. Era de sesenta y dos años de edad. Y estuvo en la Religión dieciocho años» (fol 24rv)

Sepultada en la iglesia agustiniana de Santa Lucía, al suprimirse en el siglo pasado los regulares, el cuerpo de Elena fue trasladado a Udine, según queda ya dicho. El culto comenzó desde el año de su muerte y se extendió por la región friulana, donde recibió nuevo impulso al confirmarlo el Beato papa Pío IX en el año 1848. Después de sucesivos traslados, sus restos mortales encontraron por fin, el año 1845, un lugar digno y recogido en la catedral de Udine, ciudad y diócesis en la Venecia oriental de los confines con la Carniola yugoslava y la Carintia austríaca, donde actualmente reposan para pública veneración de sus devotos.

Hija de su época, desde luego, pero aventajada alumna en la escuela de Agustín de Hipona, radicalmente identificada con Cristo pobre y obediente hasta la muerte de cruz (Flp 2,8), que redimió y santificó a los hombres, Elena Valentini de Udine, movida por la caridad, que el Espíritu derrama en los corazones de los fieles (Rom 5,5), vivió más y más para Cristo y su Cuerpo, que es la Iglesia (Col 1,24), haciendo de su viudez a Dios consagrada un cántico de alabanza al Padre por medio de Jesucristo y a instancias siempre del Espíritu.

A fin de promover la unidad litúrgica dentro de la Orden de San Agustín, el procurador general José Palermo (1801-1856) presentó a la Santa Sede, para su aprobación, un calendario agustiniano que contenía, ya las fiestas de la Iglesia universal, ya las de la Orden. El papa Gregorio XVI lo confirmó con fecha 30 de marzo de 1846 a través de la Congregación de Ritos. Más tarde, cultos propios aprobados para la Orden por la Santa Sede fueron: la dedicación de todas las iglesias agustinianas en 1847; Beato Pedro de Gubbio, 1847; Beato Pedro Santiago de Pesaro,

1849; Beato Querubín de Avigliana, 1866; los Mártires agustinos del Japón, 1867, etc., y entre ellos el de la Beata Elena de Údine en 1849, aquella santa mujer que, como dice el Concilio Vaticano II en la constitución *Lumen gentium*, «para extraer de la gracia bautismal fruto más copioso, pretendió, por la profesión de los consejos evangélicos, liberarse de los impedimentos que podrían apartarla del fervor de la caridad y de la perfección del culto divino, y se consagró más íntimamente al servicio de Dios» (n.44).

Piadosa y temerosa de Dios, como Cornelio y toda su familia, diríase que también Elena «daba muchas limosnas al pueblo y continuamente oraba a Dios» (Hch 10,2), convencida de que si «el agua apaga el fuego llameante, la limosna perdona los pecados» (Eclo 3,30-33), y sin echar tampoco en olvido la recomendación de Jesús al fariseo: «Dad más bien en limosna lo que tenéis, y así todas las cosas serán puras para vosotros» (Lc 11,41). Y todo con espíritu de sencillez, de generosidad, de desprendimiento, de pobreza. Muy bien se podría decir que se anticipó, obviamente sin pretenderlo, a ciertas manifestaciones del Vaticano II en dicho sentido, y muy concretamente a esta en que el Concilio dice: «El espíritu de pobreza y de caridad son gloria y testimonio de la Iglesia de Cristo» (GS 88).

Hoy su memoria se deja sentir en múltiples pasajes conciliares acerca de la vida de la Iglesia, sobre todo en torno a esa Iglesia de la opción preferencial por los pobres, de un laicado de compromiso y entrega, de abandono en las manos de Dios y de consagración, de austeridad y penitencia y radical identificación con Jesús pobre y obediente mediante la ascesis de una vida sencilla y mortificada, atajo el mejor, sin duda, para llegar hasta el Cristo sufriente y pascual.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

Act. SS Boll., 23 de abril (Venecia 1738) 247-258.

Bibliotheca sanctorum, t.XII cols 886-887

BIASUTTI, G., *Profilo spirituale della Beata Elena Valentinir con cenni storici inediti: nel 5 centenario della morte* (Údine 1958).

FABRIS, L., *Vita della b. E. V.* (Údine 1849).

- GAMORETTO, A., *Vita della b. E. Utinensi* (Udine 1760) *Utinen Confirmationis cultus ab immemorabili tempore praestiti Helenae, tertii Ordinis Eremitarum S. Augustini beatae nuncupatae* (Roma 1848)
- GAVIGAN, J., OSA, «Los agustinos», en *Historia de la Orden de San Agustín IV: Los agustinos en la Edad Media, 1357-1517* (Roma 1999) 92-95, 351
- GUTIFRREZ, D., *Historia de la Orden de San Agustín publicada por la Curia de la misma Orden. I/2: Los agustinos en la Edad Media, 1357-1517* (Roma 1977) 262-265.
- Martyrologium romanum*, o.c., 237, n.8; 703
- RANO, B., art en *Dizionario degli Istituti di Perfezione*, I (Roma) 155-190
- RE, N DEL, «Bta Elena Valentini de Udine (1396/97-1458)», en F. ROJO (ed.), *La seducción de Dios. Perfiles de hagiografía agostiniana* (Roma 2001) 117-118
- ROMA, S. DA, OSA, *Libro over Legenda della B Helena da Udine*. A cura di Andrea Tilatti (Udine 1988)
- TILATTI, A., «“Per man di notaro” La Beata Elena Valentini da Udine tra documenti notarili e leggende agiografiche» *Cristianesimo nella Storia* 8 (1987) 501-520.
- VIDOSSÌ, G., *La b. E. V. terziaria agostiniana* (Udine 1950)

BEATA TERESA MARÍA DE LA CRUZ MANETTI

Virgen y fundadora († 1910)

La familia carmelitana se honra de tener entre las filas de sus beatos a una humilde religiosa italiana, la Beata Teresa Manetti, fundadora de las Hermanas Terciarias de Santa Teresa de la Cruz.

Había nacido el 2 de marzo de 1846 en Campi Bisenzio, pueblecito cerca de Florencia, y murió el día 23 de abril de 1910, siendo beatificada precisamente en Florencia el 19 de octubre de 1986 por el papa Juan Pablo II.

Su juventud fue la de una joven normal de su tiempo y de sus tierras; muy pronto se la comenzó a querer y apreciar por sus virtudes y buenas costumbres.

A los 19 años descubre su vocación religiosa e inicia su camino religioso, escogiendo como inspirador de su obra el ideal de Santa Teresa de Jesús.

Desde el primer momento descubre lo que será su secreto apostólico: una intensa vida contemplativa —como Santa Teresa— y una intensa actividad apostólica como sentía que le pedía el Señor. Ésta será la doble vía sobre la que ella misma edifica, con la ayuda divina, su obra eclesial.

En el año de 1868 comienza una vida retirada que con el tiempo se convertiría en un proyecto de vida religiosa; fue en 1872 cuando se le unen dos compañeras en la casa de sus pa-

dres y da inicio la obra que con el tiempo fragaría en una nueva congregación religiosa. Desde el primer momento se quieren dedicar a la educación de la juventud femenina. Fue en el año de 1874, precisamente en la memoria de la Virgen del Carmen, cuando se incorporaron a la tercera orden carmelitana y fue en ese momento cuando toma el nombre de Teresa María de la Cruz. Un sacerdote, Don Ernesto Jacopozzi, su párroco, colabora de modo eficaz en la obra que va naciendo y creciendo.

La gran preocupación era abrir una casa para atender a las niñas huérfanas que eran consideradas el «tesoro más precioso» de los fundadores. Pensando en ellas se compra una casa en el año 1879 que reunía las condiciones necesarias, dado que la obra va creciendo y las necesidades aumentaban. Se distinguió siempre por el cuidado materno hacia los pequeños y los más humildes y necesitados.

El año de 1885, la obra iniciada con simplicidad se incorpora a la orden de los carmelitas descalzos y en 1888 todas las hermanas, la madre fundadora y las primeras 27 religiosas, toman el hábito de la Virgen del Carmen emitiendo los votos religiosos. En 1891 el Instituto recibe la aprobación diocesana definitiva, mientras que el 13 de marzo de 1900, el papa León XIII aprobaba definitivamente la congregación de las «Carmelitas Oblatas de Santa Teresa», nombre que luego cambiarían por el de «Terciarias Carmelitas de Santa Teresa» el año de 1904, cuando el papa San Pío X, el día 27 de febrero, aprobaba y confirmaba el instituto definitivamente.

Las doce casas de la toscana italiana dejan paso a nuevas fundaciones en diversos lugares de Italia y fuera de ella, como fue en Siria y muy cerca del monte Carmelo, en Israel. Mas tarde seguirán fundaciones en el Líbano y en la República checa. Hoy la congregación abre nuevas casas en otros países.

La madre Teresa se desbordaba de interioridad y de actividad. Como hija del Carmelo sabía buscar en la interioridad de su oración mental toda la fuerza que necesitaba para las actividades apostólicas. Los textos del proceso de beatificación unánimemente declaran que quien la encontraba se contagiaba de su serenidad, de su confianza en Dios y de su abandono en la divina Providencia. Esto le conllevó un trabajo infatigable dado

que eran muchísimas las personas que se acercaban a ella, pidiendo consejo, especialmente los domingos cuando por turno riguroso grandes filas esperaban ser recibidas por la «madre Teresa»; todos eran unánimes en decir que se deshacía en hacer el bien. Y lo hacía porque se sentía íntimamente unida a la cruz del Señor, a Cristo-eucaristía de donde recibía las fuerzas y el vigor para sobrellevar sus enfermedades y los múltiples trabajos que requería la congregación.

Su vida interior la fortalecía. Vivía de la oración y los procesos hablan de que llegó a tener el don de una comunión perenne con el Señor, hasta el punto que, como se cuenta en una declaración, era lo mismo para ella encontrarse retirada en el convento que tratar con las personas, porque en todas partes se sentía unida a Dios. Lo conseguía gracias a la eucaristía de cada mañana, hasta el punto que se habla frecuentemente de sus éxtasis después de recibir la sagrada comunión. Uno de sus sueños fue el de fundar una casa enteramente dedicada a la adoración perenne del misterio eucarístico, lo que pudo realizar finalmente en Florencia un 11 de enero del 1902 en la iglesia del *Corpus Domini* construida por ella, donde se adora continuamente la Sagrada Eucaristía.

Pero su gran vocación y misión fue la Cruz de Cristo. Cada año el 14 de septiembre recibía gracias extraordinarias mientras se cantaba y exaltaba la santa cruz. Esto le sirvió especialmente en los últimos años de su vida cuando sufrió el martirio de la «noche oscura» en la que sintió —como los místicos carmelitanos— la oscuridad de la fe, la incapacidad de la oración, el abandono de Dios y la experiencia profunda de la propia miseria, junto al temor de la condenación y desesperación. Todo lo superó la madre Teresa y lo aceptó como voluntad de Dios sobre ella.

Las pruebas físicas se unieron a las espirituales en un *via crucis* que la acompañó en las últimas estaciones de su vida. Necesitó la gracia de la fidelidad incondicionada que le hacía repetir continuamente un *fiat* junto con la jaculatoria: «Señor, tritúrame, exprímeme hasta la última gota». Y mientras ocurría este sacrificio, la obra apostólica crecía.

El abandono total fue nota de sus últimos años. Bien preparada para la muerte que no temía, repetía en los últimos tiem-

pos: «Oh, Jesús mío... sí, quiero todavía partir». Su muerte aconteció en San Martín en el Campi Bisenzio el 23 de abril del 1910 mientras en un éxtasis de amor repetía: «Se ha abierto... voy».

La fama creció pronto. El proceso de beatificación se abrió entre 1930 y 1936. En el año de 1999 fue nombrada patrona de la ciudad que la vio nacer, Campi Bisenzio. La antigua «Bettina» como la llamaban cariñosamente, vuelve ahora a su pueblo, con la aureola de la santidad.

Su memoria litúrgica se celebra precisamente en su *dies natalis*, es decir, el 23 de abril.

JUAN JAVIER FLORES ARCAS, OSB

Bibliografía

BALDI, C., *«Bettina», la Serva di Dio M. Teresa Maria* (Prato 1937).

DAL GAL, N., *La madre Teresa M. della Croce, fondatrice dell'Istituto delle Suore Teresiane* (Quaracchi 1910).

— *Un fiore del Carmelo, madre Teresa Maria della Croce* (Firenze 1962)

Positio super causae introductione (Roma 1943)

Positio super virtutibus (Roma 1956)

STANISLATO DI SANTA TERESA, *La madre Teresa Maria della Croce* (San Martino a Campi Bisenzio 1950)

BEATA MARÍA GABRIELA SAGHEDDU

Virgen († 1939)

Sor María Gabriela Sagheddu, monja cisterciense de la estricta observancia, fue beatificada por Juan Pablo II durante la misa celebrada en San Pablo Extramuros el 25 de enero de 1983. Con esta celebración se clausuraba el Octavario por la unión de las Iglesias. Y fue precisamente por esto por lo que se eligió esta eucaristía para la beatificación de esta humilde monja. Sor María Gabriela, en efecto, había ofrecido su vida por la unión de los cristianos tristemente separados y todo permite pensar que Dios aceptó su ofrenda. Lo puso muy de relieve el Papa en la homilía, en la que entre otras cosas dijo:

«La ofrenda de su vida por la unidad, que le inspiró el Señor durante el octavario de oración en estos mismos días de 1938 y que demostró aceptarla Él como fragante holocausto de amor, no es el comienzo, sino el cumplimiento de la carrera espiritual de la joven atleta».

Nació María —el nombre de Gabriela lo recibió en el monasterio— el 17 de marzo de 1914, en Dorgali (Cerdeña). Su padre, Marcantonio, era pastor del rebaño de ovejas de un rico terrateniente y murió cuando María contaba sólo cinco años y medio. Su madre, Catalina, fue una buena ama de casa, que al quedar viuda, hubo de cargar sola con siete de los ocho hijos que Dios le había dado. El octavo había muerto al poco de nacer, sólo quince días antes de la muerte de su esposo.

Los que conocieron a María niña y adolescente ponen muy de relieve su carácter. Era, dicen, por una parte, caprichosa, testaruda, rebelde, tenía que salir con la suya; pero por otra parte era noble y con sentido de la responsabilidad. Gracias a la buena educación de su madre y de sus formadoras su carácter se fue volviendo con el tiempo dulce y amable. Pronto se vio precisada a ayudar a su madre en las tareas de la casa, lo que fue causa de que no pudiese seguir sus estudios. Su vida espiritual nada tenía que se saliese de lo que era normal en una familia cristiana de entonces.

A los diecisiete años comienza a adquirir conciencia de que ha de tomar más en serio su vida espiritual. El contacto con la juventud de Acción Católica de la parroquia, en la que después de muchas dudas se inscribirá, le hace mucho bien: se va haciendo más dulce y los estallidos de ira van desapareciendo; ora más, la Eucaristía se convierte en el centro de su vida y practica generosamente la caridad. A los dieciocho años es ya otra.

Cumplidos los veinte años, comienza a sentir que Dios la llama a consagrarse a Él en la vida religiosa. Y a los veintiuno, aconsejada por el sacerdote que la dirige espiritualmente, entra el 6 de octubre de 1935 en el monasterio de monjas trapenses de Grottaferrata, del que es entonces abadesa M. María Pía Gullini. La ceremonia de la toma de hábito tuvo lugar el 13 de abril del año siguiente. La comunidad de Grottaferrata es pobre y de un nivel cultural en general más bien bajo. M. Abadesa ha decidido que la joven novicia sea monja de coro, lo que no parece agradarse mucho a sor María Gabriela. Así lo confiesa ella: «Voy al coro, porque la Reverenda Madre lo ha querido así. Sé muy poco cantar, pero mucho desafinar».

San Benito en su Regla, que es norma de vida para las cistercienses, dice que se observe si el novicio «busca sinceramente a Dios, si es solícito para el oficio divino, la obediencia y los oprobios». La joven novicia María Gabriela, a juicio de la abadesa y de la comunidad, reunía estas condiciones, y fue admitida. Hizo su profesión monástica en la fiesta de Cristo Rey del año 1937. Cuáles eran sus sentimientos en ese para ella trascendental día lo dicen las líneas que escribió con toda sencillez el mismo día de su profesión:

«Oh Jesus, yo me ofrezco contigo en union a tu sacrificio y, aunque sea indigna y nada, espero firmemente que el Padre divino mire con ojos de complacencia mi pequeña ofrenda ya que estoy unida a ti y, por lo demas, he dado todo lo que estaba en mi poder Oh Jesus, consumeme como una pequeña hostia de amor para gloria tuya y para la salvacion de las almas»

«Consúmeme como una pequeña hostia de amor...». ¡Cómo podía pensar entonces ella que Dios iba a aceptar y muy pronto su petición!

Su vida en el monasterio fue muy breve: tres años y medio. Desde el primer momento tomó muy en serio su vida monástica. La idea directriz de su vida espiritual fue el fiel seguimiento de Cristo obediente hasta la muerte en cruz. Para hacerlo posible trabajó denodadamente en «convertirse» practicando fielmente la vida cisterciense. Las que convivieron con ella ponen de relieve su sincera humildad y su disponibilidad.

M. María Pía se relacionaba con frecuencia con el P. Couturier, gran promotor en Europa del movimiento por la unidad de los cristianos, quien animaba a la comunidad de Grottaferrata a orar por esa intención. En 1938 dicho P. Couturier envió a la madre abadesa un escrito suyo cuyo título era: «La oración universal de los cristianos por la unidad de los cristianos», escrito que lee ésta en el capítulo a la comunidad durante el octavario por la unidad de la Iglesia. Sor Gabriela queda fuertemente impactada. Lo cuenta así sor Tecla, maestra de novicias:

«En enero de 1938, con ocasion del Octavario de la Unidad, llega una nueva relacion del P Couturier. Habla de algunas vidas ofrecidas con este fin una religiosa trapense italiana muerta el 25 de febrero de 1937, un trapense japonés, un pastor protestante frances. En aquellos dias sor Gabriela me hizo la confidencia de

que el Señor la llamaba también a ella: también ella quería ofrecer su vida por la unidad de los cristianos... Le dije que debía decírselo a M. Abadesa y atenerse a su decisión. Sor Gabriela se presentó a la Reverenda Madre Abadesa y, postrándose ante ella, humilde, dulce, le suplicó que le permitiera ofrecer su vida por la unidad de la Iglesia...: "Déjeme ofrecer mi vida, ¿qué vale? Yo no hago nada, no he hecho nada. Ha dicho él que se puede hacer con el debido permiso". M. Abadesa, suponiendo que se trataba de un fervor pasajero, le dijo que no diese importancia a la cosa. Que ya lo consultaría. Pasados unos cuantos días, María Gabriela se presentó de nuevo a su M. Abadesa y arrodillándose le dijo tímidamente: "Me parece cierto que el Señor lo quiere, me siento impulsada a ello aun cuando no quiera pensar en ello". M. Abadesa le respondió: "Bien, no digo ni sí ni no. Ofrezcase a la voluntad de Dios. Pregúnteselo también al P. Capellán. Después el Señor hará lo que quiera". Sor Gabriela salió radiante.

Muy poco tiempo después, sor María Gabriela, que había gozado siempre de buena salud, comenzó a sentirse muy débil, tosía continuamente y se fatigaba durante el trabajo. La aparición de una herida en la espalda alarmó a la comunidad. El médico que la atendía, al ver que no reaccionaba, dispuso que la internasen en el Hospital. El diagnóstico fue: tuberculosis pulmonar. Su estancia en el hospital se prolongó cuarenta días. Desahuciada, la trajeron al monasterio. El Señor había aceptado su ofrecimiento y le estaba dando a beber su cáliz. Sobreponiéndose a los dolores físicos y a la aridez espiritual, que tanto agrandaba sus sufrimientos, se la veía alegre, esperando que llegase el Esposo y la introdujera a las bodas eternas del Cordero. "Sus últimos días fueron una revelación para todas. No se lamentaba. Cuanto más sufría más se esforzaba por sonreír", dicen unánimes las que la acompañaron durante su larga agonía. Cuáles eran sus sentimientos lo dijo ella misma: "El Señor, como sabéis, me ha favorecido siempre con gracias especiales; pero ahora con esta enfermedad me ha hecho una gracia aún mayor en todo. Me he abandonado totalmente en las manos del Señor y he ganado muchísimo".

Sor María Gabriela entregaba su alma a Dios el 23 de abril de 1939. Las campanas del monasterio primero y un poco después las del pueblo comenzaron a tocar solas a gloria con la consiguiente extrañeza de todos. Era el domingo del buen Pastor. En el Evangelio de la misa de ese día se lee: «El buen pastor da la vida por sus ovejas». Como el buen Pastor y con el buen Pastor sor Gabriela había dado su vida conscientemente por las ovejas de su Señor. La había dado para que cuanto antes fuese gozosa realidad el anhelo del Señor: «Padre, que sean uno como tú y yo somos uno».

Su cuerpo, que fue hallado incorrupto al ser reconocido en 1957, descansa ahora en Vitorchiano, a donde se trasladó la comunidad de Grottaferrata.

El 17 de diciembre de 1982 Juan Pablo II reconoció como milagrosa la curación de la monja benedictina María Pía Manno después de habérselo implorado a la ahora ya Beata Gabriela.

Fue beatificada, como dijimos al principio, en la Basílica de San Pablo Extramuros el 25 de enero de 1983, último día del octavario de oración por la unidad de los cristianos.

AUGUSTO PASCUAL, OSB

Bibliografía

- DELLA VOLPE, M., *La strada della gratitudine, suor Maria Gabriella* (Milán 1996).
DORE, M. G., *Suor Maria Gabriella. Per l'unità della Chiesa* (Brescia 1983)
KERVINGNAN, M. DE LA T., *El monacato, lugar ecuménico* (Madrid 1985).
QUATTROCCHI, B., *La Beata Maria Gabriella de l'Unità* (Vitorchiano 1980).
UN MONJE CISTERCIENSE, *Gabriela, un alma selecta* (Madrid 1966).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN GERARDO DE TOUL

Obispo († 994)

Nace en Colonia, Alemania, el año 935 y es educado en la escuela catedralicia de su ciudad natal. Decidida su vocación eclesiástica, fue canónigo de la misma catedral y en 963 fue elegido obispo de Toul en Lorena. Es obvio que intentó cumplir ante todo sus deberes pastorales y que este cumplimiento lo apoyaba en una intensa vida de oración y en un continuo estudio de las Sagradas Escrituras. Procuró abrir una escuela catedralicia, luego de haber reconstruido la propia catedral, y fomentó no poco la vida monástica en su diócesis, y asimismo la atención a los enfermos y los pobres, para los que fundó un hospital. Peregrinó a Roma en 984 con gran devoción para visitar los sepulcros de los Santos Apóstoles y mostró en esta peregrinación su gran espiritualidad. Murió el 23 de abril de 994. Lo canonizó, en 1050, el papa San León IX, que había sido también obispo de Toul.

BEATO GIL DE ASÍS

Religioso († 1262)

Era paisano y contemporáneo de San Francisco. Lo admiraba de lejos pero no se atrevía a unirse a él. Pero cuando dos amigos suyos siguieron a Francisco, se animó él también a hacerlo y recibió el hábito en 1209. Acompañó al santo en sus predicaciones por Italia y en su peregrinación a Santiago de Compostela. Luego visitaría Roma e iría también a Tierra Santa. Pasó después a Túnez a predicar a los moros, pero los propios cristianos que vivían en la ciudad le hicieron ver que una predicción abierta no sólo entrañaba peligro para él sino para todos los cristianos de Túnez. A su vuelta a Italia vivió en diferentes poblaciones, dando ejemplo de virtud y sabiduría evangélica. Murió en Perugia el 23 de abril de 1262.

24 de abril

A) MARTIROLOGIO

1. En Seewis (Suiza), San Fidel de Sigmaringa († 1622), presbítero, de la Orden Capuchina, mártir **.

2. En Jerusalén, la conmemoración de las santas mujeres María Cleofás y Salomé *.

3. En Lyon, San Alejandro († 178), mártir.

4. En Nicomedia (Bitinia), San Antimo († 303), obispo, y compañeros mártires *.

5. En Elvira (España), San Gregorio (s. IV), obispo *.

6. En Blois (Francia), San Deodato (s. VI), diácono y abad.

7. En Canterbury (Inglaterra), San Melitón († 624), obispo *.

8. En York (Inglaterra), San Wilfrido († 709), obispo **.

9. En Iona (Escocia), San Egberto († 729), presbítero y monje *.

10. En Mantilly (Normandía), San Guillermo Firmati († 1103), ermitaño *.

11. En Angers (Francia), Santa María de Santa Eufrasia (Rosa Virginia) Pelletier († 1868), virgen, fundadora de las Hermanas del Buen Pastor **.

12. En Dinan (Francia), San Benito (Ángel) Menni († 1914), presbítero, de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, fundador de la Congregación de Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús **.

13. En Roma, Beata María Isabel Hesselblad († 1957), virgen, refundadora de la Orden de Santa Brígida **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN FIDEL DE SIGMARINGA

Presbítero y mártir († 1622)

San Fidel fue un capuchino alemán, nacido en Sigmaringa, pequeña ciudad de Suabia, a orillas del Danubio. Vivió entre 1577 y 1622, parte en Alemania, parte en Suiza. Para ambas naciones eran aquéllos unos tiempos movidos, inseguros y tormentosos. La Reforma protestante, que apareció en la primera mitad del siglo XVI, había echado raíces firmes y dividido inevitablemente a sus hombres y a sus pueblos. Había por doquier ambiente de lucha, de recelos, de incomodidad religiosa y política. Entre los dos sectores cristianos, el católico y el protestante, se dieron violencias lamentables, que dejaron en los ánimos prejuicios y antipatías seculares, en que, como siempre, llevaron las de perder los católicos. Sabemos bien que ninguno de los jefes de la mal llamada Reforma fue modelo de mansedumbre. Tal vez por sus propios remordimientos, y ciertamente por el orgullo que les dominó, sus ánimos se exacerbaron de manera que hasta inverosímiles nos parecen las referencias exactas que tenemos de sus desplantes, frases groseras y accesos de furor. Por su parte, las tropas católicas reprimieron a veces violentamente los avances del protestantismo con desmanes impropios. Todo esto trajo luchas y odios que estaban muy vivos cuando vino al mundo nuestro San Fidel de Sigmaringa.

Estas luchas tuvieron una ventaja: perfilar más y más las ideas de los católicos, su responsabilidad y su conducta. Hubo desde el principio hogares que cerraron a cal y canto sus puertas a los vientos de la herejía y supieron mantener con dignidad y fortaleza los principios salvadores de la religión católica. Uno de estos hogares fue el de Juan Rey y Genoveva Rosemberger, los padres del Santo, que fundaron el suyo sólidamente en la verdad y el amor de Dios, y lo hicieron digno hasta de las evidentes resonancias españolas que tenía el apellido paterno.

San Fidel, que en el bautismo recibió el nombre de Marcos, tiene en su haber el mérito incomparable del martirio. Ya es bastante para haber llegado a la gloria de los altares, porque el acto heroico de amor de Dios que supone el martirio hace santos en un momento a los que lo sufren. Pero San Fidel tiene, como la mayor parte de los mártires, además del mérito del martirio, el de una vida en todo conforme con tan alta vocación. Porque, al fin, el martirio es una gracia que Dios concede a quienes elige para morir por él.

San Fidel fue algo así como una obra maestra de Dios para aquellos tiempos y aquellas regiones. Tuvo el carácter del alemán clásico, íntegro en sus costumbres, serio, constante, inflexible, ingenuo. Los biógrafos nos lo presentan maduro desde los años de su juventud, alegre, muy inteligente y sin perder nunca los estribos. Sobre todo, fue siempre hombre de gran corazón, lo que, andando el tiempo, fue, sin duda, factor importante para que los ideales y estilo de vida de la Orden franciscana le vinieran como anillo al dedo.

Como era de familia noble, hizo sus estudios en la Academia Archiducal de Friburgo de Brisgovia, y los cursó tan brillantemente, que se decía que ni en la Academia ni en la ciudad había quien le igualase en talento. Salió de allí hecho un maestro en el manejo del latín, francés e italiano, y muy joven todavía consiguió el doctorado en ambos derechos.

Terminados sus estudios, el barón de Stotzingen quiso que acompañara a un hijo suyo y a otros jóvenes en un viaje instructivo por Europa, porque pensaba que la presencia de Marcos Rey era la mejor seguridad para los padres de los muchachos. Nuestro joven aceptó el encargo, que fue, creemos, providencial, porque ese aireo por fuera al final de sus estudios le puso al corriente del estado de algunas naciones en sus forcejeos con el protestantismo y de las artes que éste se daba para ganar prosélitos. Sus compañeros de viaje nos han dicho del futuro mártir cosas tan interesantes como éstas: Que no deja un solo día sus prácticas piadosas, que disputaba con energía y pasmosa seguridad con los protestantes, que nunca le vieron airado y que ya entonces tenía por lema de su vida el estudio, la oración y la penitencia.

A la vuelta del viaje abrió inmediatamente su despacho de abogado en Ensisheim (Alsacia). Mal asunto, porque la carrera de abogado es tradicionalmente peligrosa para los que hilan delgado y tienen escrupulosa conciencia. Entre los capuchinos es muy conocida una cuarteta humorística dedicada a San Fidel y que dice así:

Santo es hoy quien fue abogado.
¡Obra del poder divino!
Le costó ser capuchino
y morir martirizado.

Efectivamente. Comenzó la profesión con el optimismo fácil de la juventud y con la mejor buena voluntad del mundo. Pero en uno de los primeros pleitos que hubo de defender, el abogado contrincante le propuso en secreto «un arreglo» ventajoso para los dos. Aquello bastó para que abandonara irrevocablemente la toga por razones que hoy llamaríamos de incompatibilidad temperamental: Alma tan clara y sincera no había nacido para componendas de ninguna clase.

Hubo a renglón seguido una pequeña crisis en su espíritu, antes de tomar el camino de su verdadera vocación, porque ya entonces le salieron al paso voces facilitonas y doctorales que calificaron de cobardía el deseo de ir a «enterrar» en un convento los talentos superiores que poseía. Pero, al fin, Marcos Rey se decidió a meterse capuchino. Los capuchinos estaban entonces en alza. No llevaban todavía un siglo de existencia y eran ya famosos en casi toda Europa. Después de las primeras vicisitudes y no pequeñas contrariedades de la nueva rama del frondoso árbol franciscano, la austeridad inverosímil, la sencillez encantadora, el celo impetuoso y dulcísimo de los que Lacordaire llamó más tarde «los Demóstenes del pueblo», acabaron por convencer a todos y propagarse como llama por el bosque. Cuando San Fidel se decidió a ingresar en esta Orden, estaba muy extendida por Alemania y Suiza y contaba con figuras excepcionales, como la de San Lorenzo de Brindis, entonces en el cenit de su carrera de predicador y diplomático, no menos que de hombre de Dios venerado por cuantos le conocían en toda Europa. El mismo San Fidel tenía un hermano capuchino, el padre Apolinar de Sigmaringa, músico, poeta y orador celeberrimo.

Cuando tomó el hábito en Friburgo tenía treinta y cinco años y era ya sacerdote. Ambos acontecimientos, la ordenación sacerdotal que recibió por consejo del obispo de Constanza, y la toma de hábito, se realizaron en el otoño de 1612. Hizo su noviciado y su profesión, y pasó enseguida al seminario de Constanza para cursar la sagrada teología. Los propios profesores eclesiásticos que tuvo en aquellos primeros años de religioso aseguran que su austeridad, humildad y devoción eran extraordinarias, y que veían en él una superioridad interior que resaltaba entre todos los de su convento.

Apenas terminados los estudios de teología, se dedicó de lleno a la predicación, de la que esperaban grandes frutos cuantos le conocían. Recorrió gran parte de Suiza y Austria, y el sur de Alemania. En todas partes encontró la cizaña protestante haciendo estragos en el trigal evangélico. De su predicación nos dicen los biógrafos que era francamente elocuente, de buen sentido, concienzuda. San Fidel hablaba ordinariamente con suavidad y mansedumbre, bien preparado, con notable unción, haciéndose tan atractivo por estas cualidades, que hasta los herejes le oían con agrado. Tal vez fue este atractivo lo que no le perdonaron después los herejes al señalarle como víctima entre todos sus compañeros de misión. Pero no todo era suavidad en el padre Fidel. Frecuentemente le arrebatava el espíritu de Dios y entonces saltaba la valla de la humana prudencia, que le aconsejaba inútilmente la moderación. Más de una vez llegaron a sus oídos frases como ésta: «Padre, si quiere comer aquí buenas sopas, modere su celo y deje rodar los acontecimientos». Es ésta exactamente la impresión que nos dan los sermones que se conservan del Santo. Aparece en ellos siempre el catequista oportuno, eficaz, documentado y piadoso. Pero también el orador inflamado, el lírico contagioso, el hombre de Dios que paladea en el púlpito las suavidades del dogma católico, el fustigador del vicio con frases afiladas como puñales, impresionantes hoy, cuando tan curados estamos de espantos.

Alternó la predicación con el cargo de guardián de los conventos de Friburgo, Rheinfelden y Feldkirch. Presidiendo la comunidad de este último fue destinado a la misión de la Alta Rizia, en donde encontró el martirio.

Era el año 1622. El archiduque de Austria Leopoldo, que había emprendido una cruzada contra la herejía, llevó sus armas victoriosas hasta el país de los grisones, en Suiza, y pidió al Papa que enviase allí misioneros. Suiza fue, como sabemos, una de las naciones que más directamente padecieron las consecuencias del protestantismo. La actividad reformadora comenzó en Zurich con Zwinglio, en 1519. Y lo malo fue que la actividad zwingliana se desarrolló tanto en el terreno político como en el religioso. Trabajaron también ardorosamente en Suiza Calvino y Ecolampadio. Al principio la Reforma tuvo poco éxito, pero ya en 1528 los católicos fueron excluidos del Consejo de la ciudad de San Gall. En algunos sitios, como Berna, la herejía fue introducida violentamente. Así, poco a poco, el país quedó totalmente dividido, de forma que en 1590 unas ciudades eran netamente católicas, como Lucerna, Zug y Friburgo, y otras, como Zurich, Berna y Ginebra, totalmente protestantes. También hubo regiones en las que ambas confesiones, la católica y la protestante, andaban mezcladas, y una de éstas fue la de los grisones. Las comarcas que abrazaron el protestantismo se unieron entre sí y con algunos extranjeros, mientras que los cantones católicos se agruparon en propia defensa y se aliaron con Austria. De esta manera se originaron las dos famosas guerras de Capel (1529-1531), que terminaron con la victoria de los católicos y la muerte trágica de Zwinglio.

Desde el Concilio de Trento (1545-1563), que fue el gran muro que la Iglesia opuso al protestantismo, hubo en Suiza celosos promotores de la fe y de la verdadera reforma, entre los que destaca San Carlos Borromeo. Después trabajaron los jesuitas y su gran apóstol San Pedro Canisio. A ellos se debe la fundación de colegios en Lucerna, Friburgo, Brig, Siders y otras ciudades. Al mismo tiempo que los jesuitas llegaron los capuchinos, que erigieron su primer convento en Altdorf, en 1579, y al que siguieron otros treinta en todas las comarcas de la Confederación.

El llamamiento del archiduque Leopoldo tuvo eco en Roma, pues estaba recién fundada la Congregación de Propaganda Fide. El origen de esta Congregación, netamente misionera, se halla ya en una ordenación de Gregorio XIII, por la que encargó a cierto número de cardenales de la dirección de las Misio-

nes de Oriente y decretó la impresión de catecismos en lenguas comunes. Pero no estaba sólidamente fundada. Ahora, en tiempos de Gregorio XV, había en Roma un gran predicador capuchino, el padre Jerónimo de Narni, con fama de santidad y a quien San Roberto Belarmino comparó con el propio San Pablo. Fue este capuchino el que concibió el pensamiento de extender la influencia de dicha Congregación y el que, por su cargo de predicador apostólico, influyó cerca del Papa, el cual, por la constitución apostólica *Inscrutabili*, de 22 de enero de 1622, fundó la Congregación de Propaganda Fide, que se ocupa desde entonces de todas las Misiones del mundo, reuniendo fondos para atenderlas económicamente, destinando los misioneros, nombrando prefectos, y conociendo y tratando todos los asuntos pertenecientes a la propagación de la fe en todas partes. Para los capuchinos es motivo de satisfacción saber que no sólo tuvieron buena parte en la fundación de la misma, sino que le dieron el primer mártir, como vamos a ver.

Una de las primeras preocupaciones de esta Sagrada Congregación fue enviar misioneros a las regiones europeas más amenazadas por el protestantismo, por lo que la petición del archiduque se aceptó inmediatamente, enviando allá diez capuchinos y al frente de ellos al padre Fidel de Sigmaringa. La región de los grisones era conocida del padre Fidel, pues en alguna de sus correrías apostólicas habíala misionado y sabía por propia experiencia las grandes dificultades y los peligros que encerraba, por haber sido una de las regiones donde más lucha hubo entre católicos y protestantes. A la sazón, como sabemos, estaba dominada por los austríacos y expuesta a algún exceso de las tropas. Aceptó la invitación del Papa con la naturalidad con que los buenos apóstoles aceptan las peores consecuencias de su misión, pero sabiendo bien adonde iba. Por eso quiso despedirse de los suyos en una solemne función religiosa en la iglesia del convento de Feldkirch, y en el sermón que predicó dijo claramente que se marchaba a predicar a los herejes y que no volvería vivo. «Sé que voy a morir asesinado», dijo entre otras cosas, y partió. Era el 14 de abril, y fue martirizado diez días después, lo cual confirma que sus temores no eran infundados y que no habló a humo de pajas.

Al llegar a la misión encontróla profundamente turbada. Por todas partes había facciones, insidias, reuniones secretas. Con tacto exquisito trató de insinuarse en las almas y devolver la serenidad a todos, para comenzar su obra de apostolado, pero se temía por momentos un tumulto fatal. En vista de ello, y no esperando cosa buena, lo primero que hizo fue prepararse para lo que Dios quisiera y vivir con la mayor pureza de conciencia posible. Escribiendo uno de esos días al abad de San Gall, gran amigo suyo y su primer biógrafo, firmó la carta así: «Fr. Fidel, que pronto será pasto de gusanos».

Para el día 24 de abril fue invitado por unos herejes de Seewis, que, al parecer, querían oír la palabra de Dios de labios del famoso misionero. Era domingo. Muy temprano celebró la santa misa, después de confesarse, y partió desde Grusch a Seewis, acompañado del archiduque, del capitán Fels y una escolta de soldados. Se encontraron la iglesia completamente llena, pues los herejes, que tenían sus planes bien trazados, habían tomado todas las posiciones. El misionero subió al púlpito con ciertas esperanzas de hacer algún fruto, pero, apenas subido, palideció repentinamente. Había en el púlpito un papel que decía: «Hoy predicarás, pero será la última vez». Reaccionó valientemente y comenzó el sermón. En el transcurso del mismo, en tres o cuatro ocasiones, le pareció advertir amagos de tumulto, pero fue al final cuando los enemigos irrumpieron en el templo, después de matar a los soldados de la puerta, armados de espadas, bombardas, mazas y palos. Sonó enseguida un tiro y la bala fue a dar en la pared, muy cerca del predicador. Éste descendió del púlpito y se postró ante el altar de la Virgen, encomendándole su suerte. Algunos amigos le impelieron a salir rápidamente por la puerta de la sacristía, pero apenas había andado unos trescientos pasos, ya fuera de la población, le alcanzaron los herejes, que le rodearon como lobos y le instaron a que se entregara.

—«No me entrego», respondió enérgicamente.

—«Pues te mataremos», le replicaron.

—«Podéis hacerlo, pues estoy en las manos de Dios y las de su Santa Madre», dijo el mártir. Y añadió: «Pero mirad bien lo que vais a hacer, no sea que tengáis que arrepentiros algún día».

Un golpe tremendo de espada en la cabeza lo derribó, quedando de rodillas. «Jesús, María, valedme», exclamó. Y no pudo decir más, porque, arrojándose en tumulto todos sobre él, le atravesaron el costado con espadas y le destrozaron el cráneo a golpes de mazas y palos. Quedó envuelto en un charco de sangre en medio del campo e insepulto cerca de veinticuatro horas. Eran las once de la mañana del 24 de abril de 1622.

Su sepulcro está en la catedral de Coira y su cráneo se conserva en el convento de Feldkirch, su antigua guardianía. Dios quiso glorificar su memoria desde un principio, pues sus reliquias fueron un semillero de milagros. Lo cual movió a los papas a su definitiva exaltación en la tierra. Benedicto XIII le beatificó el 21 de marzo de 1729, y Benedicto XIV le canonizó, juntamente con San José de Leonisa, otro gran apóstol capuchino, el 26 de junio de 1746.

ÁNGEL DE NOVELÉ, OFM CAP.

Bibliografía

- Actas de la canonización*, con las *Letras apostólicas* de Benedicto XIV (Roma 1748).
DELLA SCALA, F., *Der Heilige Fidelis von Sigmaringen, Erstlingsmartyrer des Kapuzinersordens...* (Mainz 1896).
GOSSEN, BR., OFM CAP., *Der Heilige Fidelis von Sigmaringen...* (Munich 1933).
GRANADA, F. DE, *Vida y martirio del V P Fidel de Sigmaringa... sacada de los manuscritos de la Orden* (Madrid 1669).
PARIS, T. DE, *Vie de saint Fidele de Sigmaringen, capucin, martyr chez les Grisons* (París 1745).
«Relatio historica de martyrio B. P Fidelis Sigmarignani Capucini»: *Analecta Ordinis Fratrum Minorum Capuccinorum* 15 (1898) 178s.
— Actualización:
FISCHER, B., *Fidelis von Sigmaringen und seine Zeit* (Stein a. Rheim 1991).
SCHELL, R., *Fidelis von Sigmaringen der Heilige in Darstellungen der Kunst aus vier Jahrhunderten* (Sigmarhen 1977).

SAN WILFRIDO

Obispo († 709)

La atmósfera religiosa de Escocia e Inglaterra estaba cargada, ya desde el siglo VII, de miasmas de independencias nacionalistas.

Los monjes escoceses, aun manteniéndose sumisos a Roma, abogaban en demasía por reglas, tradiciones y privilegios propios que creaban un clima semicismático.

Los reyes acentuaban excesivamente sus atribuciones y se inmiscuían con frecuencia en la administración religiosa de las diócesis inglesas.

Los mismos arzobispos disponían a veces de modo independiente y ordenaban divisiones territoriales eclesiásticas o nombraban sufragáneos sin contar con la Santa Sede.

Este ambiente y esta tendencia separatista eran en extremo peligrosos, porque constituían una exaltación del nacionalismo religioso y una situación propicia para la germinación del cisma. En realidad, todos los grandes cismas se han incubado siempre en terrenos abonados por afanes de separatismos y concupiscencias autoritarias. Hacía falta un hombre santo, de vida austera, de espíritu monacal, de virtudes recias, de carácter vigoroso y de inquebrantable adhesión a Roma, que se opusiera con tenacidad a los intentos secesionistas y defendiera con ininterrumpida constancia los derechos de la Santa Sede.

Este santo providencial para Inglaterra fue San Wilfrido. Los monjes escoceses supieron de su amor a la austeridad y al sacrificio. Los fieles de York fueron testigos de su fortaleza. La Providencia divina se hizo patente sobre él acumulando coincidencias sorprendentes.

Por los caminos de Francia marchaba un día hacia Roma en demanda de apoyo para su gobierno episcopal. Quería entender que solamente el Padre Santo debía ser consultado en asuntos de reformas territoriales eclesiásticas. Pero sus enemigos le esperaban ocultos para impedirle llegar a Italia. Entonces dispuso la Providencia que por el mismo camino y en la misma dirección marchara otro obispo, también inglés, cuyo nombre era Winfrido, y la semejanza de nombre y de circunstancias hizo que los emisarios detuvieran, por error, la marcha de éste mientras Wilfrido conseguía su propósito.

En todas las grandes misiones históricas de los santos que hacen época hay una mano providencial que vela misteriosamente por la consecución del destino que les tiene designado. A veces los caminos parecen contradictorios y hay obstáculos que

hacen creer en el fracaso o en el cambio de ruta. Pero, como los cauces al río, sólo contribuyen a conducirlos hasta su fin.

El detalle imprevisto es también ordinariamente la clave de las soluciones en los grandes momentos providenciales.

Es preciso, al leer la vida de San Wilfrido, tener en cuenta el carácter excepcional de una vida intensa dedicada al gobierno episcopal en circunstancias extremadamente difíciles y la mentalidad, para nosotros un tanto incomprensible, de su época.

Pero un joven que renuncia al matrimonio con la hija de un conde galo y a la herencia de una cuantiosa fortuna para dedicarse a la vida monástica, edifica luego numerosas iglesias y distribuye sus bienes entre los pobres, predica el Evangelio a los infieles, bautiza e instruye a millares de paganos, convive con herejes, sufre persecuciones y cárceles, hace curaciones milagrosas, peregrina a pie a Roma después de cumplidos los sesenta años, tiene visiones celestiales, restaura la disciplina de los monasterios, detiene el cisma y defiende denodadamente los derechos de la Sede apostólica, es digno de admiración, de alabanza y nombre de santo. Si, por una parte, sus virtudes pueden servir de edificación a la cristiandad, por otra, su nombre será recordado siempre entre los más destacados en los anales de la Iglesia.

Nacido en Northumbria en el año 634, heredó las cualidades típicas de un anglosajón y la elegancia, las buenas maneras y el gusto por el buen vestir y el bien parecer. La santidad es, por norma general, no una infusión sobrenatural que deshumaniza, sino el producto de la gracia por la propia cooperación.

Tenía sólo catorce años cuando pidió a su padre, un noble sajón, que le permitiera entrar en la vida monástica. Éste le envió a la corte de Oswy, en donde, bajo la protección de la reina Eanfleda, fue recibido en el monasterio de Lindisfarne.

Tres años pasó en dicho monasterio como novicio, y durante ellos aprendió de memoria el *Salterio* en su versión gálica y estudió diversos libros monacales.

Pero sus deseos eran peregrinar a Roma, y, nuevamente por la mediación de la reina, fue enviado a Kent con el fin de que el primo de Eanfleda, Eanconbert, le buscara un compañero de peregrinación. Detúvose por espacio de un año en la corte de Ean-

conbert, conservando siempre la misma vida ascética que había llevado en el monasterio y aprendiendo ahora el *Salterio romano*.

Al fin partió para Roma en compañía de San Benito Biscop; pero, al llegar a Lyón, Wilfrido se detuvo por algún tiempo en casa del arzobispo de aquella ciudad, Anemundas, el cual le tomó tanto aprecio que le ofreció hacerle su heredero y le propuso contraer matrimonio con su sobrina, la hija del conde Dalfín, a lo que él no accedió, deseoso, como estaba, de ser sacerdote y monje.

Una vez en Roma fue instruido por el arcediano del papa Eugenio I, Bonifacio, quien le enseñó las reglas de San Benito y le explicó la famosa cuestión sobre la Pascua, que dio lugar a los llamados «cuartadecímanos», tan en boga entonces en Inglaterra. Bonifacio le presentó también ante el Papa. En su viaje de vuelta a Inglaterra recibió la tonsura de manos del mencionado arzobispo de Lyón y permaneció a su lado durante tres años. Estuvo en gran peligro de perder la vida, como la perdió Anemundas, a manos de un grupo de nobles de Ebrom, del palacio de Clothaire III, rey de Neustria y Borgoña, que asaltaron la casa arzobispal de Chalon-sur-Saône el 29 de septiembre del año 658. Pero, al conocerse que era anglosajón y protegido de la reina, fue puesto en libertad.

Ya en Inglaterra fundó el monasterio de Stanford y aceptó el de Ripon, del que habían salido los monjes columbitas, estableciendo en ellos las reglas benedictinas completas. Solamente después de haber sido abad de Ripon durante cinco años fue ordenado sacerdote por el obispo Agilberto, que entonces se hallaba visitando Northumbria.

Comienza ahora una nueva etapa en la vida de San Wilfrido. Ya sacerdote, y como abad de varios importantes monasterios, sus dos objetivos fueron reformar los monasterios escoceses introduciendo las reglas romanas e incrementar el prestigio de la Sede apostólica en Inglaterra, sometiendo a ella incluso las cuestiones disciplinarias que tradicionalmente habían sido dirimidas por los monjes escoceses de Northumbria.

Estos intentos provocaron una larga controversia sobre temas de práctica romana o práctica tradicional en la vida monástica de los monjes escoceses. A tanto llegó la discusión que en el

año 664 se celebró en Whitby un sínodo de gran trascendencia del que se derivaron verdaderos cambios de ruta en la historia eclesiástica inglesa. El obispo Colman defendió la postura tradicional llamada «columbita», mientras Wilfrido fue el paladín de la causa romana. Gracias a su intervención la votación general fue favorable a los deseos de la Sede apostólica, y Colman y sus monjes, apenados por el resultado, se retiraron de Northumbria, dejando vacante la silla episcopal.

El prestigio de fidelidad a Roma que Wilfrido había adquirido en el sínodo de Whitby fue tal que pronto fue nombrado obispo de dicha sede episcopal, ocupada anteriormente por Colman. La elección se hizo con la fórmula: «Para sí y para su pueblo», título que significaba que su Sede debía estar en York.

Su amor a Roma se puso de nuevo de manifiesto rehusando recibir la consagración episcopal de manos de los obispos del Norte, a los que consideraba poco afectos a la Santa Sede, y eligiendo por ello Compiègne, en donde fue consagrado «obispo de York» por Agilberto y otros once obispos franceses, usándose en tal ocasión, según la costumbre gálica de entonces, una silla de oro.

Después de permanecer en Francia por algún tiempo regresó a Inglaterra por mar en compañía de un numeroso cortejo; una tormenta arrojó el navío a las costas de Sussex, en el sur del país, y sus feroces habitantes trataron de dar muerte a los naufragos para apoderarse de la embarcación, saliendo con dificultad de este peligro y llegando por fin a Kent. Su sorpresa fue grande cuando, de regreso a Northumbria, supo que, a causa de su tardanza, otro obispo había sido puesto en su lugar, por lo que él se retiró a su antiguo monasterio de Ripon y de allí bajó a Mercia, trabajando especialmente en Lichfield y en Kent. Con su predicación y apostolado convirtió a numerosos paganos en el Sur y a numerosos herejes en el Norte, conquistando también discípulos que le ayudaron luego en su labor.

En 669 el arzobispo de Canterbury, Teodoro, que estaba de visita en Northumbria, explicó al obispo Chad su errónea elección y cómo Wilfrido era el legítimo obispo de aquella diócesis, por lo que Chad se retiró y San Wilfrido ocupó nuevamente la sede.

Es difícil explicar detalladamente la labor que desarrolló en York por el bien de las almas y por el prestigio de la Sede apostólica. Edificó suntuosos templos, renovó la catedral, que estaba en ruinas, enriqueciéndola con magníficas decoraciones y vidrieras; levantó en Ripon una basílica tan maravillosa que el mismo rey vino a su consagración; escribió, utilizando famosos amanuenses, una copia del Evangelio en letras de oro sobre pergamino púrpura, que hizo colocar en dicha basílica en una preciosa caja de oro y piedras preciosas; edificó también otra iglesia en Hexham, tan espléndida, que es tradición que no se conocía otra igual en todo el mundo anglosajón. Todo su deseo era dar grandiosidad al culto divino y contribuir con ello a la gloria de Dios y al respeto que se le debe. Con ello unió sus esfuerzos para la conversión de herejes y por cambiar las costumbres y tradiciones monacales a las normas y reglas de Roma, enviando discípulos por toda Northumbria con este fin y consiguiendo copiosos frutos. Pronto comenzaron de nuevo para él las persecuciones y las cárceles. Primeramente su diócesis fue dividida en tres, contra todo derecho, y Wilfrido fue a Roma —llegando allí providencialmente, como hemos expuesto— para someter el hecho a la Santa Sede. Vuelto a Inglaterra victorioso, fue puesto en prisión por orden del rey, bajo la acusación de haber conseguido sus documentos con soborno. Repuesto, al fin, en su sede episcopal, nuevamente sufrió persecuciones y cárceles y la ira del rey por aconsejar a su esposa, Ethelbrida, en su deseo de retirarse a un monasterio para dedicarse a la vida espiritual. Al salir de la prisión se refugió en Sussex, en donde bautizó al rey Ethelwalch y a su esposa y convirtió a sus feroces habitantes, mezclándose con ellos en el trabajo e instruyéndolos en el arte de la pesca. Su vida agitada de luchas, predicaciones, persecuciones y trabajos por la defensa de los derechos de la Santa Madre Iglesia se hizo ahora más intensa todavía. Bajo el reinado del rey Alfred fue repuesto otra vez en su sede episcopal de York; pero, rehusando aceptar los intentos de nuevas divisiones territoriales sin consentimiento de la Santa Sede, emprendió, por última vez, el viaje al centro de la cristiandad. A pesar de sus setenta años hizo su peregrinación a Roma a pie, y antes de salir de su diócesis recibió una gran de-

mostración de adhesión y fidelidad por parte de su clero, que siempre le guardó sumisión y lealtad. Es edificante ver al ya anciano obispo de York caminando por los senderos de Francia e Italia para dar un ejemplo de su reconocimiento de la suprema autoridad del romano pontífice en un siglo en que los intentos cismáticos y separatistas se manifestaban por doquier. Cristo nombró a Pedro su sucesor y vicario, y sólo el sucesor de Pedro tiene potestad sobre la cristiandad entera. Siempre que la herejía o el cisma han tratado de dividir la Iglesia de Cristo han comenzado por atacar la autoridad de Roma. Hoy mismo, cuando se nota en la llamada Iglesia anglicana un marcado acercamiento a la liturgia romana, a prácticas de devoción de la Iglesia católica e incluso al culto mariano, la autoridad del Papa y la infalibilidad pontificia son objeto de continuos ataques.

San Wilfrido llegó a Roma, después de predicar en muchos puntos intermedios de su peregrinación, y allí asistió a un sínodo contra los herejes monofisitas, representando a los católicos ingleses y escoceses. Después de varios meses, su demanda fue estudiada en un largo proceso y fallada otra vez favorablemente, por lo que se puso de nuevo en camino para Inglaterra. Pero al llegar a Meaux, en Francia, cayó enfermo, pareciendo que era llegada su última hora. Pero el arcángel San Miguel se le apareció, asegurándole que viviría todavía durante cuatro años y animándole a construir una iglesia en honor de la Santísima Virgen.

Durante estos últimos años de su vida estableció su residencia en Hexham y en Ripon, en donde dividió cuanto tenía, partiéndolo entre los pobres y dedicando una parte para los monasterios y para la iglesia de Santa María en Roma.

Estando en su monasterio de Oundle, en Northamptonshire, murió santamente mientras sus monjes cantaban el salmo 30, siendo enterrado en su iglesia de Ripon. Su brillante inteligencia, su genio vigoroso y constructivo, su espíritu de lucha, sus virtudes monacales y su amor a la unidad de la Santa Iglesia fueron elementos que edificaron en Inglaterra todo un sistema cargado de romanidad. Nunca rehuyó enfrentarse con el sacrificio y la persecución en defensa de la unidad cristiana y del servicio de Dios.

En un siglo como el nuestro, en que las preocupaciones materiales exigen demasiada atención, se corre el peligro de perder una gran virtud sumamente necesaria para la vida cristiana y para el apostolado: el espíritu de lucha por los valores sobrenaturales y por los derechos de nuestra Santa Madre la Iglesia católica.

Las palabras frecuentemente repetidas por los últimos sumos pontífices: «Un espíritu de defensa no basta, es necesario un espíritu de conquista», pueden servir de conclusión a esta vida generosa y dinámica de un santo obispo, San Wilfrido, que nos ha enseñado, entre otras muchas cosas edificantes, cómo debe ser un buen católico y un apóstol de la Iglesia: un hombre de lucha en el sentido más santo que puede admitir esta expresión.

JESÚS MARÍA BARRANQUERO Y ORREGO

Bibliografía

Todas las fuentes empleadas para este trabajo han sido directas y en inglés, no habiéndose utilizado ninguna obra española posterior

Vida de Wilfrido, por EDDIUS. Es la fuente más importante, de gran valor histórico, por ser contemporáneo, aunque algunos autores no recogen sus comentarios por considerarlos propios de un amigo y discípulo, que, naturalmente, se inclinaria por la admiración.

Historia de la Iglesia, por BEDA. La vida de San Wilfrido está en el l.5 c.19. Aunque utiliza los materiales de la obra de Eddius, da detalles que aquél no recogió en su libro.

La vida posterior de Wilfrido, por EADMER y WILLIAM OF MALMESBURY, está basada en la obra de Beda

Historia de la Iglesia en Inglaterra, por CANON BRIGHT'S ERLY, es una de las más autorizadas fuentes del siglo pasado.

The Catholic Encyclopedia, XV.

Dictionary of National Biography, LXI (Londres).

Martyrology of Oengus the Culdee, por W. STOKES.

SANTA MARÍA DE SANTA EUFRASIA PELLETIER

Virgen y fundadora († 1868)

El testimonio y el mensaje de esta santa fundadora, canonizada por Pío XII en 1940, despierta particular interés en nuestros días cuando no pocas de nuestras comunidades cristianas están atravesando tan aguda crisis y pertinaz sequía vocacional.

Es sorprendente su carisma en este campo. Pocas veces en la historia de la Iglesia, tan fecunda en fundaciones, se ha producido un caso semejante. Entre los años 1829 y 1868, abrió la madre Pelletier hasta 111 casas de su nuevo instituto, en 15 países de los cinco continentes, con 2.376 religiosas, 1.000 «Magdalenas» y 15.000 jóvenes acogidas.

El 31 de julio de 1796 nació, y fue bautizada en el mismo día con el nombre de Rosa Virginia, la que sólo más tarde, en su profesión religiosa, se llamaría María de Santa Eufrasia, aunque hubiera preferido Teresa de Jesús, a la que tanto admiraba.

Era la octava de una familia numerosa en la que cuenta con ocho hermanos. Su patria chica fue la hermosa isla de Noirmoutier, en la región francesa de Vendée. Sus padres, el médico cirujano Julián Pelletier y Ana Maurin. El ambiente de su infancia y de su primera juventud fue culto y de holgada posición económica. A su formación religiosa y humana contribuyeron de modo decisivo la honda fe de sus padres y la heroica resistencia católica de aquella comarca a la virulenta persecución religioso-política de los revolucionarios franceses.

El 27 de noviembre de 1806, fallece su padre cuando ella tiene sólo diez años. Al año siguiente recibe la primera eucaristía, preparada por el joven sacerdote Moiseau. La confirmación se la administra mons. Paillou, obispo de La Rochelle, en 1808. Por entonces asiste asiduamente al colegio de las Ursulinas de Chavegne, fundadas por el P. Baudouin. Más tarde, cuando la familia se traslada a Soullans, en 1810, su madre confía la educación de Rosa Virginia al Instituto o pensionado de la «Asociación Cristiana», en Tours, fundado por la Srta. Chobelet.

Desde su primera juventud manifiesta un carácter enérgico, comunicativo y jovial, sumamente atractivo y animado por una inteligencia fuera de lo común, cualidades humanas espléndidas que puso al servicio de su prodigiosa creatividad evangélica a lo largo de su vida.

En Tours conoce a las Religiosas de Nuestra Señora de la Caridad del Refugio, fundadas por San Juan Eudes en 1641. Atraída por su ejemplar dedicación a rehabilitar las jóvenes descarriadas y proteger a las mujeres asediadas por peligros de inmoralidad, ingresa como postulante el 20 de octubre de 1814,

a los 18 años, en el monasterio que la orden tenía en aquella ciudad.

Responde a sus más íntimas inquietudes espirituales de caridad y de entrega generosa el cuarto voto característico de estas religiosas: dedicarse en exclusiva a la reeducación de aquellas que se le confíen. Entusiasmada con este ideal evangélico toma el hábito y el nombre de Sor María de Santa Eufrasia el 6 de septiembre de 1815. Dos años más tarde, el 9 de septiembre de 1817, emite sus votos en la profesión definitiva.

Le encomendaron entonces el cuidado de las penitentes, y en esta delicada tarea permaneció ocho años, acumulando valiosísimas experiencias hasta que el 26 de mayo de 1825 es nombrada superiora de su propio monasterio de Tours, a los 29 años.

Allí organizó la nueva obra de las «Magdalenas» en la que se recogen las jóvenes que aspiren, después de su conversión, a vivir la vida consagrada según el modelo de los carmelos de Santa Teresa, observando una regla propia, distinta en parte de la dada por San Juan Eudes para la Orden de Nuestra Señora de la Caridad del Refugio. Llevan distinto hábito y viven en una parte del monasterio. El 9 de noviembre del mismo año, el Vicario general de Tours aprueba el ceremonial de la toma de hábito y profesión de estas nuevas religiosas.

En mayo de 1829 le confían la fundación del monasterio de la Orden de Nuestra Señora de la Caridad en Angers. El 3 de junio se instalan en la nueva casa, construida gracias a sus diligencias, un grupo de religiosas venidas de Tours con la madre María de Santa Eufrasia a la cabeza. La obra se desarrolla (pese a las intrigas de algunos clérigos) con tal vigor que en ella es donde hay que buscar la raíz y el fundamento de una nueva congregación. Va a nacer con el mismo título de El Buen Pastor que lleva el monasterio de Angers.

Aunque se multiplican las tensiones con el monasterio originario de Tours, del que procedía la fundación de Angers, a partir del 19 de mayo de 1831, día en que sor María de Santa Eufrasia fue elegida madre superiora, las cosas se fueron aclarando y se va abriendo el horizonte a la prodigiosa expansión del Instituto que está gestándose.

Hacía falta algo nuevo, dotado de una organización más eficiente para poder responder a las urgentes necesidades y peticiones apremiantes. La Madre sueña con lo que ella misma llama «un generalato» que diera cohesión y vigor a la obra llamada a extenderse vertiginosamente. Y ante todo quería un «noviciado común» y floreciente donde se formaran a conciencia levas apostólicas para nuevas fundaciones.

Esto era verdaderamente nuevo e insólito en la Orden de Nuestra Señora. De ahí las resistencias y las incomprensiones. Hasta entonces, la Orden seguía el estilo tradicional de monasterios completamente autónomos e independientes, cada uno con su noviciado propio. Ella va a darle al monasterio de Angers el carácter de casa madre y de ella y con ella se agruparán y se surtirán los futuros monasterios y casas.

El 7 de marzo de 1833 se decide a abrir la casa de Mans que muy pronto, por intrigas, se independiza. El 29 de abril se realiza el noviciado común. El 3 de diciembre se abre casa en Poitiers. El 23 en Grenoble. Fue sin duda inspiración de lo alto y superó todas las dificultades y obstáculos, que no fueron pocos.

Resultó particularmente dura la gestación por las diferencias entre los obispos de Tours y de Angers, mons. Montault, que se puso desde el principio de parte de la Madre y aprobó las constituciones el 10 de enero de 1834 para las «Magdalenas». Pero crecía la tirantez con el de Tours que se empecinaba en defender la primacía y el estilo de su monasterio.

Acudieron a Roma y el papa Gregorio XVI aprobó la independencia y autonomía de los monasterios procedentes del de Angers. El 14 de mayo de 1834 se celebra el Capítulo. Sale elegida superiora general la madre María de Santa Eufrasia. Y el 9 de enero de 1835, a pesar de la obstinada oposición de las otras casas de la Orden no dependientes de Angers, se firma el Decreto de la Congregación de Obispos y Regulares que sanciona la existencia del nuevo Instituto de Nuestra Señora de la Caridad del Buen Pastor.

Por fin, el 3 de abril de 1835, un breve pontificio concede el reconocimiento y la autorización para abrir nuevas casas dependientes del monasterio de Angers. En todo este espinoso proceso intervinieron con eficacia a favor de la Madre el car-

denal Oldescalchi y el jesuita P. Kohlmann, consultor de la Congregación.

El 31 de julio de 1835 se abre la casa de Metz en Saint Laurent. Fue puerta de entrada para Alemania y los países del Norte de Europa. En 1836, el 25 de abril, comienza la fundación de Amiens, y el 23 de agosto la de Lille. El 15 de mayo de 1837, la casa de Estrasburgo. El 11 de junio, van las religiosas del Buen Pastor a Reims.

El 4 de junio de 1838 es recibida la Madre por el papa Gregorio XVI con gran benevolencia y se abre el primer centro de reformadas. A los pocos meses, el siguiente, junto a la iglesia de Loreto. Más tarde en Génova (1842) y Turín (1843), etc. En Munich, el 7 de julio de 1846, en Tréveris en 1857 y Graz en 1858.

Desde la fundación de París (24 de marzo de 1841) se extienden por las Islas Británicas hasta 11 monasterios en vida de la fundadora.

La constelación del Buen Pastor, desde Angers, crece más y más por toda Francia y Europa: Puy, Niza, Avignon, Bourges, Mons, Namur, Aix-la-Chapelle, Münster... Las llamadas llegan de las mismas autoridades civiles, como Luis I de Baviera, o el emperador austriaco Francisco José I, o el cardenal Rauscher.

Fechas señeras que merecen anotarse son las fundaciones primeras en los otros continentes. En América, el 10 de octubre de 1843, en Louisville. Y más tarde, el 10 de agosto de 1844 en Montreal; y en Fidadelfia o Pensilvania (1849). Hasta 16 casas se abrieron en el continente americano en vida de la Madre.

La primera fundación en África fue la de Argel en el año 1843. Siguieron la de Orán, Constantina y El Cairo (22 de octubre de 1845). El 19 de abril de 1854 salen cuatro religiosas para la misión de Bangalore, en la India. En octubre de 1858 funda en La Valetta (Malta). Finalmente, la fundación más lejana en vida de la Madre es la del 23 de junio de 1863, en Melbourne (Australia).

Los cinco continentes vieron con esperanza la llegada de las Religiosas de Nuestra Señora de la Caridad del Buen Pastor, y la fundadora vio convertidos en realidad sus evangélicos sueños.

No faltaron contradicciones, principalmente por la pretensión del obispo de Angers, mons. Angebault, de ser el Superior de todas las comunidades nacidas de su Sede. En el Capítulo del 20 de agosto de 1845 repercuten estas fuertes tensiones y pruebas. En noviembre de 1846, confirman en Roma la reelección de la superiora general.

Un decreto de la Congregación de Obispos y Regulares, dado por indicación del papa Pío IX el 21 de julio de 1855, ordena que se haga división en provincias y que cada una de ellas tenga su propio noviciado. En el mismo año se abrió una casa en Birmania y otra en Chile.

Se comprende que la salud de la madre María se resienta cada vez más. La correspondencia es abrumadora. Poco antes de su muerte en Angers el 24 de abril de 1868 —había sido reelegida por sexta vez superiora general— dejaba las 111 fundaciones organizadas en 16 provincias. La casa de Angers contaba con 178 profesas, 140 novicias, 10 hermanas «Magdalenas», 140 jóvenes penitentes y 361 alumnas internas.

Como fiel seguidora de San Juan Eudes profesó tierna y honda devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y de María como Buen Pastor y como refugio de pecadores. En esa escuela aprendió a amar y buscar las ovejas perdidas, acogiénolas y ayudándolas a rehacer su vida.

En su vida interior y en su fidelidad a la llamada de Dios está sin duda el secreto de tanta fecundidad. Atraía y entusiasmaba a legiones de jóvenes a las que contagió su ardor y entrega vocacional en un campo concreto de apremiantes urgencias apostólicas. La fuerza del Espíritu encontró un gran corazón y lo encendió en altos ideales. Su sencillez y su naturalidad familiar y cercana hacían que prendiera su fuego en las hijas, que compartían su mismo carisma y celo por extenderlo sin fronteras por el mundo entero.

No cabe duda de que era una excelente educadora, dotada de intuiciones pedagógicas extraordinarias y de una capacidad organizadora singular. Como todavía se puede apreciar en sus escritos, cartas y conversaciones publicadas y en sus hijas que han heredado su ideario pedagógico y sus consejos prácticos, un verdadero tesoro espiritual.

Los biógrafos subrayan la amplitud y la finura de su extraordinaria sensibilidad vocacional como característica más distintiva y notable de su semblanza. Una caridad y bondad sin límites son el verdadero secreto de su apostolado.

La causa de beatificación se inició en 1898. El 24 de julio de 1924 Pío XI proclamó la heroicidad de sus virtudes y la beatificó el 30 de abril de 1933. Pío XII la canonizó el 2 de mayo de 1940. Su memoria se celebra el 24 de abril.

En 1964 el Instituto de Nuestra Señora de la Caridad del Buen Pastor tenía 475 casas repartidas por los 5 continentes, en cuarenta y seis provincias, con 10.000 religiosas, 2.800 Magdale-
nas, 1.800 auxiliares y más de 100.000 alumnas.

En algunos países les han encomendado las cárceles de mu-
jeres por la confianza que inspira su original pedagogía en or-
den a la rehabilitación.

Buena intercesora y modelo, la Santa madre Pelletier, en es-
tos tiempos de tan extraordinaria y alarmante sequía vocacional.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

- HAMON, J., «Maria di Santa Eufrasia Pelletier», en *Bibliotheca sanctorum*, VIII (Roma 1966) cols.1.140-1 144.
HANLEY, M. L., *Santa Maria Eufrasia Pelletier* (Roma 1944).
BERNOVILLE, G., *Sainte Marie Euphrasie Pelletier* (París 1945).
CHICO GONZÁLEZ, P., «Santa María Eufrasia Pelletier», en J. A. MARTINEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano. Abril* (Madrid 2001) 288-297.
SELLA, P., «María de Santa Eufrasia Pelletier», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos*, II (Madrid 2000) 602-603.

SAN BENITO MENNI

Presbítero y fundador († 1914)

Estaba llamado por Dios para ejercer una meritoria y es-
pléndida labor en España, Portugal y México, la de restaurar en
estos países la Orden de San Juan de Dios y fundar en España
una nueva congregación religiosa femenina, pero no nació en
ninguna de esas naciones sino en el norte de Italia, en la popu-
losa ciudad de Milán. Nació el 11 de marzo de 1841 y era hijo
de Luis Menni y de Luisa Figini. Ese mismo día sus padres lo

llevaron a bautizar en la iglesia parroquial de Santa María alla Fontana y se le puso el nombre de Ángel Hércules. Sus padres eran comerciantes, bien situados socialmente. De ellos recibió Ángel buenos principios y buena educación. Era el quinto de los quince hijos que llegaría a tener el matrimonio.

Luego del estudio de las primeras letras, no se sabe en qué escuela, estudia de 1852 a 1857 en el Gimnasio de Porta Nuova y el padre lo quiere imponer en matemáticas, pensando que determinaría el joven su vida hacia el comercio, la misma profesión paterna. Pero no fue así. El chico era inclinado a la piedad y a las letras. Gustaba ayudar a misa desde niño, comienza a comulgar desde los 16 años cada día y su deseo era profundizar en humanidades. La religiosidad profunda de su madre sintonizaba bien con las tendencias espontáneas del muchacho. A los 16 años su padre lo coloca en un banco, pero muy pronto las especulaciones a que se prestaba el banco hirieron la conciencia del muchacho que rogó a su padre lo sacara de esta colocación. Y comenzó a visitar hospitales y a fijarse en la situación material y moral de los enfermos. Se enraizó en él una firme devoción a la Virgen María, cuya imagen del Rosario en la iglesia de San Simpliciano él visitaba con fervor, y surgió también en él desde muy joven la devoción a los Corazones de Jesús y de María.

La vocación religiosa surge en él cuando conoce a los hermanos de San Juan de Dios. Ángel se ofreció para ayudar al traslado de los soldados heridos que llegaban del frente de la guerra, de la batalla de Magenta, y que eran atendidos, entre otros, en el hospital de Araceli que dicha Orden tenía en Milán. Quedó profundamente impresionado por todo lo presenciado y le pareció magnífica la actuación que había visto en los hermanos hospitalarios. Decide entonces hablar con el P. Benito Nappi, superior del hospital, y le habla de su ingreso en la Orden. La conversación hizo ver al religioso que estaba frente a un valioso joven. Le pidió que lo pensara y que si estaba decidido volviera, dejando atrás todas sus afecciones y decidiéndose por servir a Dios en los enfermos. Pidió orientación eficaz a un ermitaño y con 19 años dio el paso decisivo: el 19 de abril de 1860 se presentaba en el hospital de Araceli solicitando ser admitido,

como lo fue el 1 de mayo siguiente, recibiendo el hábito religioso el día 13 del mismo mes y cambiando su nombre por el de Fray Benito. Pasa el año de noviciado con vigilante entrega de sí mismo a la vida religiosa y, convencido de que era su vocación, justo un año más tarde, el 15 de mayo de 1861, pronuncia los votos de pobreza, castidad, obediencia y hospitalidad en la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios.

Inmediatamente se le destina al hospital Fissiraga de la ciudad de Lodi, donde hace las prácticas de enfermería y recibe una notificación: la obediencia le destina al sacerdocio dentro de la Orden, por lo que deberá hacer los estudios eclesiásticos correspondientes. Seguidamente hace los estudios de filosofía en el seminario episcopal de Lodi. El 17 de mayo de 1864 hace su profesión de votos solemnes en Milán, en la iglesia del convento-hospital de Araceli. A finales de año, el 4 de diciembre, recibe las primeras órdenes de manos del obispo de Lodi, monseñor Banaglio. Y decide entonces solicitar de los superiores la gracia de hacer sus estudios eclesiásticos en Roma. Así se le concede y marcha a la Ciudad Eterna como alumno de la hoy Universidad Gregoriana, donde estudia la teología. Le llega por fin la hora gloriosa del sacerdocio, que recibe del vicegerente de Roma, monseñor De Villanova Castellacci: el 14 de octubre de 1866. Su primera misa la celebra en la iglesia del Hospital de San Juan Calibita, en la Isla Tiberina de Roma.

Sus superiores eran conscientes de la valía del P. Benito Menni. Su inteligencia preclara, su bondad extraordinaria, su capacidad y destreza para hacer las cosas y su entera disponibilidad le acreditaban para poder encomendarle algo importante. El P. General de la Orden, P. Juan María Alfieri, notabilísimo religioso y gran gobernante de su Orden, decide que el P. Menni sea el instrumento de Dios para un proyecto que acaricia, y al que Menni deberá dedicar su vida. No habían pasado muchos días de su ordenación sacerdotal cuando el P. General y el P. Menni acudieron a una audiencia que les concedía el santo y bondadoso pontífice Pío IX. Era el 22 de noviembre de 1866. Y en ella el General expone que ha elegido a este joven sacerdote y religioso para que restaure la Orden en su misma cuna, España, de donde había sido borrada por el vendaval de la ex-

claustración y que va a ir a España como su Delegado general. El Papa acoge complacido la propuesta del General y bendice de todo corazón al elegido, que sacará toda su vida fuerzas morales de la bendición papal que se le dio aquel día como prenda de las bendiciones divinas para su misión.

El P. Menni no tardó en lanzarse a la tarea inmensa que se le ponía delante. Y por ello, luego de nueva audiencia pontificia y nueva bendición del Papa el 15 de enero de 1867, marcha a Lyon y allí estudia español durante dos meses y luego pasa a Marsella donde el 4 de abril de 1867 se embarca para España llegando el día 6 a Barcelona. Aquí se hospeda en casa de don Nonito Plandolit y poco después en el Hospital de la Santa Cruz. Va a visitar al obispo, don Pantaleón Montserrat, y primera dificultad: el obispo niega el permiso para hacer ninguna fundación en Barcelona y le aconseja que desista y vuelva a Italia. Menni recurre a su General, el cual comunica al Papa la negativa del obispo. El Papa entonces escribe al obispo y le pide que reciba y apoye al P. Menni. No hizo falta más para que el obispo decidiera apoyar al P. Menni y así lo hizo en adelante. El P. Menni, examinando las posibilidades, había llegado a la conclusión de que lo mejor era abrir un sanatorio para niños raquíuticos y escrofulosos. Se alquila una casa en la calle Muntaner, se le hacen las precisas reformas, se obtiene licencia el 29 de noviembre de 1867 para funcionar como establecimiento civil privado con fines benéficos y el 14 de diciembre de 1867 se abre la primera casa de la Orden en España a los más de treinta años de su desorganización, bien que la casa no pudiera registrarse como de la Orden sino a nombre personal de Ángel Menni Figini. Busca dos tipos de personas que le hacen absoluta falta: religiosos y bienhechores. Dos religiosos llegan de Italia y los bienhechores los pone la ciudad de Barcelona. En la misma casa-asilo se abre un noviciado y se pone al frente del mismo al propio P. Menni mientras que el prior era el Hno. Materno Seregni.

El 31 de mayo siguiente, funcionando ya regularmente la casa, la visitan el P. General con dos religiosos franceses. Pero ese año tiene lugar el destronamiento de Isabel II y el comienzo del sexenio revolucionario. Durante el gobierno provisional y el

reinado de Amadeo I no tuvo especiales dificultades y el 14 de octubre de 1872 recibió del P. General la patente de comisario general para España. Llegada la I República en febrero de 1873, volvió a España desde Marsella donde estaba y se halló con que en marzo denunciaron el asilo como lugar de reuniones carlistas, lo que provoca que se intente enviar a todos los niños acogidos a sus casas, pero el P. Menni logra demostrar que no hay tales reuniones y de momento todo queda como estaba. Quieren entonces el P. Menni y otro religioso esconder sus hábitos y ornamentos sacerdotales pero mientras los llevaban a casa de unos amigos, fueron ambos arrestados, estuvieron a punto de ser fusilados por la turba y se les conminó a salir de España, lo que hubieron de hacer marchando a Marsella. Vuelve de incógnito en junio trayendo socorros de los hermanos franceses y otra vez se va a Marsella pero en julio regresa; sin embargo, el día 12 es de nuevo inspeccionado el hospital y arrestado el P. Menni que se ve forzado a volver a Marsella. Va entonces en barco a Tánger para tratar allí la fundación de un hospital y, al llegar, un anticlerical lo tira al mar, impidiendo él que arresten al culpable cuando es recogido. De Tánger pasa a Gibraltar igualmente en intento fundacional. Vuelve a Marsella y se dedica a la formación de los novicios españoles. Producido el golpe del general Pavía a comienzos del año 1874 que acabó con el régimen republicano, el General de la Orden, con anuencia del Papa, le dice que vaya a España a socorrer a los heridos de la guerra civil, sean del partido que sean.

Se dirige a Estella en Navarra, la corte del rey carlista, y se le admite a él y a cinco hermanos como enfermeros de la Cruz Roja. En los meses siguientes pasará por los hospitales de Portugalete, Irache, Santurce, Comillas, etc., y por los lugares de las batallas desde donde ayuda a transportar heridos a los dichos hospitales, y el 28 de noviembre de 1875 funda en Escoriaza, Guipúzcoa, un asilo hospital para dementes pobres, que hubo de cerrar al término de la guerra. En mayo de 1876 con tres hermanos y cuatro postulantes se va a Madrid y logra que el gobierno de Alfonso XII reconozca que sus actividades en la zona dominada por los carlistas no significaron parcialidad de Menni y sus hermanos por esta facción, y logra que la Orden

en España quede legalizada bajo la fórmula de Asociación de Enfermeros Hermanos de la Caridad (Real orden del 27 de octubre de 1876).

En un pueblo de las cercanías de Madrid, Ciempozuelos, ha hallado una finca apropiada para construir el primer manicomio masculino de la Orden en España, tras el fallido de Escoriaza, y habiéndola obtenido, funda dicho establecimiento en ella, recibiendo el primer enfermo el 5 de mayo de 1877 y siendo aquélla la casa madre de la restauración de la Orden en España, cuya comunidad religiosa es aprobada y reconocida por el cardenal arzobispo de Toledo, Ignacio Moreno, el 1 de agosto de 1877. Se proporcionará en ella a los novicios y neoprofesos el adecuado entrenamiento y enseñanza de enfermería y farmacia.

El P. Menni tenía, como toda la Orden, el corazón puesto en Granada, donde está la basílica con el sagrado sepulcro del fundador de la misma. Allí se dirigió el P. Menni y el 22 de agosto de 1878 logra que el arzobispo Monzón le consigne la iglesia, junto a la que se construirá una casa para el rector o capellán que será un sacerdote de la Orden. Viene el General de Roma para tomar posesión de la basílica el 8 de septiembre siguiente y se la encomienda al P. Menni, el cual abre en la casa del capellán un asilo para niños enfermos, y construye luego el Asilo de San Rafael, legalizado en noviembre de 1879. En 1880 toma posesión del hospital e iglesia de Nuestra Señora de la Paz en Sevilla para establecer en él una comunidad de sus religiosos.

En Granada y en el confesonario ha conocido dos almas grandes: la viuda Josefa María Recio y la joven María de las Angustias Jiménez. Con ellas planea la fundación de una congregación religiosa femenina, del mismo espíritu y dedicación que la Orden de San Juan de Dios. Ambas se van a vivir a Ciempozuelos. El 8 de marzo de 1881 se abrirá la primera casa de enfermas a cargo de las nuevas religiosas, a las que impone el hábito en 31 de mayo de aquel año y las llama Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, título que luego se cambia por el de Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús, y que oportunamente serán agregadas poco después a la Orden Hospitalaria. Al año siguiente emitirán las primeras religiosas sus votos. Sor María Josefa Recio sería la primera superiora general

y el P. Menni el director de la congregación por disposición del prelado toledano. Mientras tanto la casa de Barcelona se cambia a un lugar más amplio y mejor.

En 1883 se pone una comunidad religiosa en Málaga, en el asilo-colegio de San Bartolomé, y al llegar 1884 las casas son cinco (Barcelona, Ciempozuelos, Granada, Sevilla y Málaga), los profesos son ya 70, los novicios 25, y todo indicaba que la Orden estaba de nuevo reimplantada en España. El P. Menni había ya para entonces cumplido su tarea. Pero para entonces también había sucedido que la superiora general de las hermanas, atacada por una enferma, había como consecuencia fallecido en olor de santidad. Una nueva superiora, María de Jesús Ibáñez, hubo de ser elegida para sustituirla. La superioridad de la Orden estima que es hora de restablecer la provincia española y así se hace en 29 de junio de 1884, siendo el P. Menni el primer superior provincial, lo que es confirmado en el primer capítulo tenido en noviembre, sin merma de su condición de comisario general.

En verano de 1885 llega a España una terrible epidemia de cólera. El P. Menni, sus religiosos y sus religiosas, se desviven por atender a los enfermos y se dirigen a numerosos pueblos de Madrid, Guadalajara, Teruel, Granada y Málaga con este fin, prodigando los remedios ideados por el doctor Rodrigo González, director de Ciempozuelos, y que reduce drásticamente la mortalidad de la epidemia. Seguirá luego la fundación de Valencia, donde se establece una comunidad de religiosos en el asilo-hospital de San Juan para niños raquíuticos y escrofulosos. En junio de ese año va al capítulo general de Venecia y es reelegido luego provincial de España. Al año siguiente se declara oficialmente extinguida la congregación española de la Orden y se une la provincia española a la única congregación de la Orden, oficializándose así la unidad. Siguen las fundaciones de Zaragoza y Palencia, y nueva elección del P. Menni como provincial (abril de 1890). Al año siguiente va a Roma a pedir la aprobación de la congregación de hermanas, que se han ido expandiendo, y lo recibe en audiencia el papa León XIII.

Ahora el P. Menni piensa en restaurar la Orden también en Portugal, y para ello va a Lisboa donde en marzo de 1892 logra

el establecimiento de una comunidad en el Asilo de Santa Marta para clérigos ancianos, que, sin embargo, meses más tarde se ve obligado a retirar. No prospera tampoco un intento de fundar en Argentina, a donde acude con el nuevo General P. Gasser en julio-agosto de 1892. Una nueva fundación en Portugal, en Aldeia del Ponte (Guarda), tendrá un éxito temporal, pues se cierra en 1898. Aquel año 1892 abre en Ciempozuelos un sanatorio para niños enfermos, que, trasladado luego a Madrid, será el célebre Asilo de San Rafael. En 1893 va a Roma al capítulo general y es de nuevo designado provincial de España, presidiendo ese mismo año el ya cuarto capítulo provincial. Y como afirmación de la voluntad de la Orden de establecerse en Portugal funda el Hospital de Telhal, que tanto prestigio adquirirá con el tiempo.

En 1894 es llamado a Roma porque ha habido una fuerte acusación contra él. Declara ante el Supremo Tribunal y se le manda que a su vuelta a España no resida en la diócesis de Madrid. El 1896 este tribunal sentenciará que a la acusación lanzada contra Menni no hay que hacer caso alguno. Menni llevó con paciencia, humildad y fortaleza este duro trance. En 1895 funda el manicomio de San Baudilio de Llobregat con doble casa, regida la de hombres por los hermanos, y la de mujeres por las hermanas hospitalarias. Será una casa de gran futuro y crédito. Para tutelar los bienes y la propiedad de las hermanas funda una Sociedad Anónima titulada La Rosa, y lo mismo hará para los bienes y propiedad de los hermanos con la Sociedad El Iris. En mayo de 1896 hay el quinto capítulo provincial y vuelve a ser elegido superior de la provincia. En 1898 abre el manicomio de Santa Águeda, apoyado por varias diputaciones provinciales. También allí se establece una doble comunidad de religiosos y religiosas. Aquel mismo año abre un noviciado para Portugal en Telhal. En 1899 participa en el capítulo general de Roma que lo reelige provincial de España, y como tal preside el sexto capítulo provincial, en el que se envía a la Sagrada Congregación de Obispos y Religiosos una detallada relación de la restauración de la Orden en España y Portugal rechazando las acusaciones que se habían formulado acerca de la disciplina regular, la administración económica, la fundación de las hermanas y la elec-

ción de los superiores. Ese mismo año se funda la casa de Carabanchel Alto, dedicada a San José, y pasa a ella el noviciado. El año 1900 recibe la visita del P. General, Casiano María Gasser, y con él visita Granada y también Jerez de la Frontera, donde veneran las reliquias del entonces Beato Juan Grande.

Tantos trabajos aún le dejaban fuerzas para la restauración de la Orden en México. Una señora le ofrece la posibilidad de poner una comunidad de hermanos en el Hospital de San Martín, de Guadalajara, destinado a pobres, con una sección para sacerdotes, iglesia pública y escuela gratuita de niños. Aceptada en Madrid la oferta, el P. Menni embarca en Cádiz el 30 de diciembre de 1900 y el 24 de enero llega a dicha ciudad mexicana. En abril regresa a España. El 29 de noviembre Roma le aprueba la congregación de hermanas hospitalarias y sus constituciones, lo que no pudo menos que llenar de gozo al P. Menni, que veía así cumplida una de sus más queridas aspiraciones. Él veía crecer y prosperar su obra, bendecida por Dios. A poco seguiría la sentencia del tribunal provincial de Madrid en la que se condenaba como calumniadores a quienes habían atacado la honra del P. Menni y del Dr. Rodrigo González. Por fin en el séptimo capítulo provincial español es elegido no el P. Menni como superior provincial sino el Hno. Andrés Ayúcar.

Era la hora de un examen de conciencia. Llevaba treinta y seis años de gobierno, y dejaba fundadas quince casas religiosas de su Orden en España, Portugal y México, y había fundado otras nueve que luego no habían podido continuar. Al mismo tiempo las hermanas tenían ya para entonces nueve casas, en cuya fundación había participado activamente. Menni había luchado bravamente, se había dejado la vida y las fuerzas en el empeño, y había dado altísimo ejemplo de espiritualidad y sólida virtud.

En 1905 es recibido en audiencia por el papa Pío X junto con la superiora general de las hermanas, sor Verónica de Jesús Marturet, y otras hermanas. En esta audiencia —28 de enero— el Papa les anima a fundar una casa de las hermanas en Roma. Ese mismo año viaja a Hungría para tratar la fundación allí de una casa para las hermanas, que fue de efímera duración. Y participa en Roma en el capítulo general. Vuelve el

Papa a recibirlo junto con las hermanas y fray Benito bendice e inaugura la casa romana el 9 de julio. Se repetirán las audiencias papales en las que San Pío X dará su bendición a las obras de las hermanas, y el 16 de marzo de 1908 Roma les dará la aprobación definitiva.

Podría parecer que estaba redondeada la obra personal de Menni, pero le aguardaba aún una dura tarea: en otoño de 1909 se le reclama desde Roma, porque la Santa Sede lo ha nombrado visitador apostólico de la Orden, viviendo aún el P. General Gasser. Comienza la visita apostólica a las casas de Italia y luego las de Hungría, dando cuenta del resultado de sus visitas a la Santa Sede y dando avisos y disposiciones para toda la Orden (21 de septiembre de 1910), lo que repetirá el 8 de marzo de 1911, insistiendo en la necesidad de la formación religiosa, la disciplina regular y el voto de hospitalidad. Recibida la relación de su visita apostólica por la Santa Sede, ésta decide nombrar al P. Menni como prior general de la Orden al margen del capítulo general, e igualmente se nombra un definitorio, y el papa Pío X los recibe en audiencia (14 de mayo de 1911). Al día siguiente se celebraba el jubileo de su profesión religiosa, que es celebrado por toda la Orden. Dispone la celebración de capítulos provinciales en toda la Orden, de los cuales personalmente preside cuatro, uno de ellos el de España. Ese mismo año visitará algunas casas de España en la búsqueda de modernistas. Se estaba en la gran campaña antimodernista del pontificado de San Pío X. En una circular a la Orden el P. Menni insistirá en el tema. Varios religiosos españoles serán castigados por este motivo del modernismo. En junio de 1912 tiene lugar una asamblea general de provinciales convocada por Menni, y en el curso de la misma cursa a la Santa Sede su renuncia al cargo de general. Se le deja nominalmente y sin jurisdicción, no se le quita el título pero se le pone al P. Kolch como vicario general. El Papa le dice en audiencia: Ahora podéis dedicaros a orar y aconsejar.

No habían terminado las dificultades para el P. Menni. En julio de 1912 la Santa Sede le pide no visite las casas de las hermanas. Y en agosto se deja a la facultad del vicario general el determinar si puede o no visitar casas de las hermanas y dónde puede residir. Se establece que ni en Roma ni en España y es enviado a

la casa de París. Pero, a causa de las nuevas condiciones políticas de Portugal, debe viajar a este país en septiembre para la cuestión de la propiedad de los bienes. En el interior de la Orden es claro que no falta quien no quiere bien al P. Menni, éste prohíbe que ninguna hermana lo defienda. El 15 de noviembre de 1912 el visitador apostólico, P. Augusto Carreto, pide al cardenal Vives que al P. Menni se le obligue a total y absoluto reposo en alguna casa de la Orden situada en ciudad en que las hermanas no tengan casa y se le prohíba toda intervención directa o indirecta en la Orden y en la Congregación. El 19 de noviembre el Cardenal accede a lo pedido por el P. Carreto, al que seguidamente se nombra visitador apostólico de las hermanas. Menni insiste a las hermanas en que no muevan un dedo en su favor.

Su salud se resiente por días. No puede rezar el breviario, le cuesta mucho trabajo la celebración de la misa, y se decide su traslado a la casa de Dinan (Francia) el 13 de septiembre de 1913. Un ataque de parálisis acentúa su mal estado. Y en esta situación de retiro y aislamiento forzoso pasa los últimos meses de su vida, en la paciencia, la humildad, la entrega generosa a Dios y la participación en la cruz del Señor. En Dinan entrega al Señor su alma el 24 de abril de 1914 a las nueve de la mañana. Su cuerpo sería trasladado posteriormente a Ciempozuelos. Su figura grande y luminosa, modelo de tantas y tan firmes virtudes, fue colocada en el honor de los altares el 23 de junio de 1985. Ha sido canonizado el 21 de noviembre de 1999. Su gran obra prosigue en España y en el mundo.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

- ÁLVAREZ SIERRA, J., *El Padre Menni y su obra* (Barcelona 1968).
CÁRCEL ORTÍ, V., *Fidelidad a una misión* (Ciudad del Vaticano 1985).
GÓMEZ, J. C., *El resurgir de una obra. Historia de la restauración de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios en España* (Granada 1968).
MARTÍN, M., *El Rvdo. P. Fr. Benito Menni, Prior general de toda la Orden de San Juan de Dios, restaurador de la misma en España, Portugal y México y fundador de la Congregación de Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús. Biografía documentada*, 2 vols. (Madrid 1919).
SOROLDONI, M., *Santidad a prueba de fuego. Vida contrastada de Benito Menni* (Madrid 1983).

BEATA MARÍA ISABEL HESSELBLAD

Religiosa († 1957)

Cual una nueva Brígida de Suecia de los tiempos modernos surge en ese mismo país nórdico, en las postrimerías del siglo XIX, la Beata María Isabel Hesselblad, una mujer intrépida e intuitiva, que acuciada por la búsqueda de la verdad y seducida por Cristo, lo mismo que su santa paisana, se sentirá llamada a seguirlo en radicalidad, desde la gran aventura del ecumenismo, aventura muy novedosa en su tiempo, sobre todo en el seno de la Iglesia católica. María Isabel Hesselblad, será una de las grandes pioneras del ecumenismo a través de su fecunda vida religiosa desarrollada a lo largo de la primera mitad del XX, y entretejida siempre de apostolado y contemplación. Procedente del luteranismo sueco, nacida en una Iglesia de ámbito exclusivamente nacional, termina por establecerse en Roma, centro y cabeza de toda la cristiandad, sede de la Iglesia universal, desde donde llevará a cabo su obra, sintiéndose al igual que Santa Brígida íntimamente unida al romano pontífice.

Mujer muy de nuestro tiempo, recibe la llamada del Altísimo con el encargo de entregarse sin reservas por sus hermanos de origen, por los de su antigua fe, y de llevarlos al núcleo del rebaño de Jesucristo, al redil grande y universal del Buen Pastor. Y esta entrega incondicional que el Señor le pide la hará realidad desde su consagración religiosa, dando a su vez un fuerte impulso y una nueva impronta a la Orden del Santísimo Salvador de Santa Brígida, pues siguiendo una vez más los pasos de la gran Santa medieval, y en su misma casa de Roma, fundará una nueva rama de dicha Orden, la llamada «rama sueca», que, enraizada como las otras dos más antiguas en la vida contemplativa, se extiende hoy a lo largo y ancho del mundo desarrollando una ingente labor apostólica principalmente en el campo del ecumenismo.

María Isabel Hesselblad, cuya singular trayectoria vamos a trazar a lo largo de esta semblanza, fue beatificada por el papa Juan Pablo II el 9 de abril del año jubilar 2000.

Nació la protagonista de nuestra historia en Fåglavik, localidad de la provincia de Västergötland en Suecia, el 4 de junio de 1870, siendo la quinta de los trece hijos del matrimonio forma-

do por Augusto Roberto Hesselblad y María Daga, ambos pertenecientes a la burguesía campesina, e investidos de un fuerte espíritu de trabajo, muy necesario para poder sacar adelante a su numerosa prole. Recibió la niña el bautismo en la Iglesia luterana, oficial en su país y a la que por tradición pertenecía su familia, de noble sentimiento religioso, aunque sin llegar al fanatismo. Pocos años contaba todavía María Isabel cuando los Hesselblad al completo se trasladan a Falun en la comarca del Dalarne, con el fin de hallar una vida mejor.

En aquel entonces Suecia comenzaba a verse inundada por movimientos religiosos procedentes de otros lugares o al menos de signo distinto a la Iglesia oficial, que dejaba de ser la única. Todo esto fue causa de vivas discusiones religiosas entre los suecos de a pie, discusiones que llegaron hasta el entorno de nuestra niña, y aún hasta su mismo hogar. Vivaz y despierta como era, siempre se mantenía seria y a la escucha de cuanto en su casa se discutía sobre temas de religión: era el comienzo de un largo camino por el que el Espíritu quiere conducirla.

María Isabel va creciendo siempre atenta a todo lo que la rodea, rápida de palabra y de obra, y siempre tan deseosa de ayudar, que llega incluso a asumir como cosa suya el cuidado de sus hermanos menores, por lo que en familia le dan el apelativo cariñoso de «nuestra maravillosa María». En plena adolescencia, ve cómo sus compañeras de escuela frecuentan diversas Iglesias, asisten a cultos muy diferentes, y sacudida por el Evangelio que le había dado luz y gracia para sensibilizarse ante el doloroso fraccionamiento de la Iglesia, comienza a hacerse las mil preguntas sobre el único redil del que habla el evangelio de San Juan (Jn 10,16). Y en su alma percibe como una llamada, que la invita a dar una respuesta concreta, una salida a todas estas inquietudes religiosas que bullen en su interior.

Despierta e inteligente, y lógicamente por su edad un tanto soñadora, siente deseos de trasladarse a lejanas tierras, como había hecho siglos atrás Brígida, la «heroína» medieval de su país, cuya biografía y obra literaria ha tenido oportunidad de leer en sus años escolares. En su corazón y en su alma se tejían unas vivísimas inquietudes hacia algo nuevo, hacia algo que todavía estaba por descubrir, pero que no se reducía simplemente

a un vehemente deseo juvenil de aventura o a dorados sueños con más visos de romanticismo que de realidad. No, había un algo, o tal vez un Alguien, que no la dejaba vivir tranquila. Veía claramente que no estaba hecha para quedarse entre las cuatro paredes de su país, ni, en buena lógica, para vivir su fe en una Iglesia, como la suya, de corte exclusivamente nacional y de tan reducido ámbito. Inquietudes, todas éstas, que pronto encontraron un cauce para desarrollarse, pues llegaba a su país el sueño americano y la fiebre de la emigración hacia los Estados Unidos.

Y aunque desde sus frágiles doce años padece una enfermedad incurable, que le había provocado varias úlceras intestinales, cuyas secuelas la acompañarán de por vida, con dieciocho años y llena de la intrepidez propia de una joven inquieta y en continua búsqueda, emprende su viaje hacia América. Entra primero a trabajar como doméstica en una casa particular, y posteriormente como enfermera en el gran hospital Roosevelt de Nueva York, donde una vez más sus inquietudes de fe emergerán a flor de piel, pues el contacto con enfermos católicos y su anhelo por hallar la verdad contribuyen a mantener viva en su alma la búsqueda del redil de Cristo, un redil que acoja a todos los hombres y mujeres del mundo, sin distinción de razas o de credos políticos, y que no se reduzca solamente a un único país. Aunque ciertamente este ir en pos de la verdad lo vive inicialmente desde el seno de esa fe luterana en la que había sido educada y que naturalmente todavía pesa en su interior, lo cual no fue óbice para que se decidiera a estudiar la doctrina católica.

Metida como estaba en el estudio de la tradición católica y llevando diariamente a la oración todo cuanto de nuevo experimentaba en lo más íntimo de sí, se vio irremediablemente conducida hacia la Iglesia Romana, hacia la Iglesia Universal guiada por el Espíritu Santo desde la barca de Pedro. Y por si fuera poco, había prendido en ella una profunda y tierna devoción filial hacia María, la Madre del Señor, la cual no podía llevarle más que al redil por el que suspiraba desde niña.

Ya sólo faltaba la gota que colmara el vaso, la gota que hiciera derramar a raudales el agua viva de su nueva fe. Y esa gota

iba a ser el mismo Jesucristo, pero esta vez desde su presencia eucarística. Hallábase Isabel en 1900 en la ciudad de Bruselas, y junto a dos amigas católicas, asistía a la procesión del Corpus Christi en la catedral de Santa Gúdula, y, mientras contemplaba el paso del Santísimo Sacramento, tiene una experiencia decisiva que la llevará definitivamente a abrazar el catolicismo; escucha en su interior una solemne voz que la sacude por completo: «Yo soy el que tú buscas».

Y a los dos años de tan impactante experiencia, el día de la Asunción de la Virgen, 15 de agosto de 1902, recibe «bajo condición» el sacramento del bautismo en el monasterio de la Visitación, de Washington. Una fecha ciertamente memorable y vivida en clave mariana: ¿cómo no?, María Isabel Hesselblad había sido ganada para la Iglesia católica, y en buena parte gracias a la Santísima Virgen. Por fin se hallaba en ese redil del único pastor Jesucristo, por el que tanto había suspirado. Sin necesidad de alejarse de su fe, había ido descubriendo e integrando en ella toda una serie de creencias, valores y devociones, hasta perfeccionarla por completo, hasta hacerla plenamente católica y además sin traumas ni fisuras interiores. A cuanto de bueno había vivido, practicado, creído y observado desde niña, en su Iglesia sueca, había ido añadiendo en estos últimos años todo aquello que ahora la configuraba como hija fiel de la Iglesia católica. Primeramente había sido la devoción a María, después, a partir de su experiencia del Corpus, la confirmación plena acerca de la presencia real del Señor en la eucaristía, que ya había intuido a muy temprana edad, y finalmente: Roma, con todo lo que esta ciudad significa para el orbe cristiano, y desde su vinculación total, efectiva y afectiva al magisterio y a la sede pontificia. En su Iglesia de origen había aprendido a amar la Sagrada Escritura, a familiarizarse con ella, a leerla y meditarla diariamente, sin dejar ni un solo día de hacerlo; ahora el Espíritu le hacía descubrir la otra cara de la misma moneda, la sagrada tradición apostólica.

Isabel es ya católica, y por eso siente la viva necesidad de ir a Roma, de conocer la Iglesia madre, el centro neurálgico de la cristiandad, donde precisamente su vida experimentará un cambio mucho más radical, ya que el Señor trastocará todos sus pla-

nes. Vislumbraba un futuro muy prometedor, pues había pensado realizar los estudios de medicina, pero la enfermedad que venía arrostrando desde los doce años se le manifiesta de forma mucho más violenta, y con el diagnóstico de incurable por parte de los médicos.

Nuestra joven, pese a todo, no se amilana, y se pone en marcha hacia la Ciudad Eterna, y allí, en la urbe, en la capital de la catolicidad, recibe el sacramento de la confirmación. Da su sí pleno al Señor y asume con todas las consecuencias la fe de la Iglesia universal, mientras el Espíritu Santo la inunda con su fuerza, capacitándola para la importante misión de ser apóstol de la unidad de los cristianos a la que habrá de dedicarse por entero.

E igualmente en Roma recibe una gracia muy especial y decisiva, para que ese envío del Espíritu se vaya concretando cada vez más, como así se hará, aunque a través de la vida religiosa, camino en el que jamás había pensado. Entre los lugares que tenía previsto visitar figuraba la casa e iglesia de Santa Brígida, lugar donde esta compatriota suya había vivido sus últimos años y donde había entregado su alma al Creador. Ya desde niña le había llamado la atención la Santa, de quien había oído hablar con gusto, e incluso leído sus escritos, pues al fin y al cabo se trataba de uno de los personajes más singulares de la Suecia medieval. Ahora, ya católica, Isabel se siente atraída por algo más importante, ya no sólo ve en Brígida a la mujer decidida, a la intrépida «embajadora» de su país por otras latitudes, ahora veía en ella a la Santa, paisana suya, sí, celebridad importante en su país, también, pero santa, sobre todo santa. Tan sueca como ella, desde luego, pero por encima de eso y sobre todo, hija fiel de la Iglesia católica.

Movida, pues, por el afecto y devoción a su Santa, y con inusitada emoción se encaminó hasta la Plaza Farnese, en el centro histórico de Roma, permaneciendo en oración en aquel mismo lugar donde Brígida había vivido sus últimos años, y con el que ella había soñado siendo niña. Y fue precisamente allí donde el Señor le tocó definitivamente al corazón, donde su llamada comenzó a hacerse más efectiva. Fue tan grande y tan honda su impresión que, mientras se hallaba sumida en lo más profundo

de la plegaria, sintió la voz de Dios que le decía: «Es aquí donde deseo que te pongas a mi servicio».

La vida de Isabel Hesselblad ha experimentado enormes cambios en pocos años, el Señor que la quiere para sí va poco a poco marcándole el rumbo, señalándole cuál ha de ser su camino, el lugar y la misión para los que la necesita, y ella, siempre dócil a las mociones del Espíritu y dejándose guiar por él, va adentrándose cada vez más en la espesura del misterio de Cristo. Pero su enfermedad va también avanzando a pasos agigantados, minando su frágil salud, y como el diagnóstico de los médicos no es otro que la extrema gravedad, con plena confianza en Dios, se prepara para la entrega suprema. Estaba dispuesta a dar la vida por su patria, separada de la Iglesia de Roma, a ofrecerse por la unión de los cristianos, para que todos fueran uno, tal como había expresado Jesús en su última Cena. Así, con este fin, en la fiesta de la Encarnación, 25 de marzo de 1904, se establece en la casa de Santa Brígida pues el Señor quiere que sea allí donde le sirva.

Va dispuesta a soportar todo cuanto su dolorosa enfermedad le depare, lo que haga falta con tal de ver al pueblo sueco militando bajo el cayado de Pedro. Y el Señor, como no podía ser menos, le aceptará esta buena disposición, ¡vaya que si se la aceptó!, le tomó la palabra sin ambages, aunque de otra manera. Su entrega será total, pero no con la muerte, que ella aventuraba como cercana, no, sino con una larga vida, ofrecida por la unidad de los cristianos en un único rebaño, una vida de muchos años consagrada día a día a esta misma causa ecuménica, y entretejida por una doble dimensión contemplativa y apostólica a la vez.

En aquel entonces la casa de Santa Brígida estaba habitada por una comunidad de carmelitas descalzas, que de mil amores la acogen entre ellas, mas nuestra joven sueña con acabar sus días, el tiempo que le quede de vida, bajo el carisma de su santa compatriota, y así obtiene del papa Pío X el permiso para vestir el hábito brigantino, que en 1906 el buen pontífice le concede muy gustosamente, conocedor de su delicada salud, de su hermosa trayectoria de fe y del ofrecimiento que ha hecho en favor de su pueblo. Así, desde la fiesta del Sagrado Corazón de aquel año vestirá ya de por vida su ampuloso hábito gris y largo velo

negro tocado con la corona de las cinco llagas, que tradicionalmente ha distinguido a las hijas de Santa Brígida. E igualmente por concesión especial de la Santa Sede emite pocos días después los votos como una religiosa más de la Orden del Santísimo Salvador, pasando a ser desde entonces sor María Isabel de Santa Brígida.

La «maravillosa María» de los Hesselblad, ha hecho ya realidad su deseo de profesar como monja «brígida», pero y ¿ahora qué? ¿Qué va a hacer ella sola, lejos del resto de las casas de la Orden? Está decidida a no ser la única brigitina de Roma, sueña con una comunidad de monjas de hábito gris dando vida a la casa de su santa madre, actualmente en manos del Carmelo. E igualmente acaricia la idea de un posible resurgimiento de los antiguos hermanos cuyos orígenes se remontaban a la misma santa fundadora. Interrogantes e inquietudes que con redoblada esperanza hace presente en la oración a la que vive dedicada.

Con todo esto removiendo su interior se ve lógico que sintiera la necesidad de conocer mejor su Orden, y consecuentemente de contactar con los distintos monasterios existentes, de darse a conocer y de hacerles llegar sus aspiraciones de recuperar para las «brígiditas» la casa de la santa madre. Y a través de tan interesantes contactos consigue documentos inestimables para ella, que le ayudarán a conocer mejor la historia de la Orden y a empaparse de su rica espiritualidad, hasta hacerla totalmente suya y poder así vivir con mayor plenitud el carisma al que ha sido llamada.

Henchida de ilusión por la correspondencia epistolar con sus hermanas de hábito y metida de lleno en el estudio de cuantos libros o documentos va recibiendo, ve pasar su primer año de vida religiosa, aquilatando más y más su vocación brigitina. En 1907 tiene la gracia singular de ser recibida por San Pío X, quien, al conocer sus deseos, se muestra muy solícito con ella, dándole al año siguiente su consentimiento para que deje Roma por el tiempo que haga falta y vaya a conocer personalmente las casas de la Orden establecidas en Europa, y diseminadas por Inglaterra, España, Holanda y Alemania. Y aunque su salud es todavía frágil, el peligro de muerte no es tan amenazante como

en un principio se había creído, y mucho menos como para no realizar este viaje que tanto la entusiasma.

Así, entre los años 1908 y 1911 sor María Isabel va a viajar por todos esos países, siendo huésped de los distintos monasterios de su querida Orden del Santísimo Salvador de Santa Brígida, que pese a todos los avatares de la historia habían logrado subsistir en la vieja Europa. Experiencias inolvidables de las que dejará constancia en sus notas escritas. ¡Qué recuerdos los de la abadía inglesa de Syón donde renueva gozosamente sus votos! ¡Qué alegría al encontrarse en Inglaterra con un joven clérigo empeñado en la restauración de los antiguos monjes briguitinos! ¡Qué emoción de verse en el monasterio bávaro de Altomünster, el cual seguía manteniendo la estructura primitiva de las casas de la Orden y observando todavía sus antiguos usos y costumbres! ¡Qué gozo poder compartir la vida claustral de sus hermanas, y en algunas de estas comunidades por largas temporadas!

Y entrañables son sin duda alguna los apuntes que nos ha dejado acerca de su paso por los cinco monasterios briguitinos de España, pero sobre todo por el de Paredes de Nava (Palencia), en donde permaneció por más largo tiempo, lo cual justifica plenamente el lugar tan especial que este monasterio castellano ocupó dentro del fraternal periplo que la futura fundadora hizo por distintas casas de la Orden.

Emociones indescriptibles, numerosas satisfacciones, alegría por la buena acogida que en general aquellas «brígidas» le dispensaron, pero por otra parte una lógica decepción porque en ninguna de las casas por las que ha pasado se deciden a secundar sus planes. Ciertamente que la mayoría de ellas no se encuentran en condiciones de enviar monjas a Roma, situación de la que Isabel es plenamente consciente y por ello siempre tratará de positivizar las cosas.

Pero a la vez y para equilibrar equitativamente la balanza, es justo decir que nuestra protagonista dejó también un inolvidable recuerdo en todas estas comunidades con las que convivió o en las que tan apenas pudo asomarse. Una relación fraternal que, después de aquellas visitas, se seguiría manteniendo a través de su numerosa correspondencia.

Isabel estaba otra vez en Roma, de nuevo planteándose el futuro, y con sus interrogantes todavía sin responder, pero sí con una importante incógnita despejada: ahora sabía que, por distintos motivos, no podía contar con sus hermanas «brígiditas».

Y para colmo de males ya no podía seguir viviendo en la casa de su santa madre, al menos como lo había hecho hasta ahora, en el interior de la clausura y menos haciendo vida con las carmelitas, quienes no obstante habían dispuesto para ella una de las habitaciones externas, lo que a decir verdad ya no era lo mismo. Aunque providencialmente contaba con la inestimable ayuda de sus dos directores espirituales, los PP. Hagen y Brandi, ambos jesuitas, los cuales conscientes del callejón sin salida en el que Isabel se encontraba, no dudaron ni un instante en prestarle su más decidido apoyo para encontrar una solución eficaz a todo lo que inquietaba su alma.

Hagen, que vio claramente detrás de todo esto la mano amorosa de Dios, intuyó asimismo cuál era el designio que el Señor tenía preparado para su dirigida, y por ello le propuso la idea de convertirse en fundadora, algo que jamás se le hubiera pasado por la imaginación. Si no podía conseguir monjas para secundar su proyecto, ¿por qué no fundar una nueva rama de «brígiditas» que, además de revitalizar la Orden desde su interior, extendiese igualmente por todo el mundo su carisma y su espiritualidad? Este nuevo brote del vetusto árbol brigantino podría ser sin sombra de duda el indicado para hacerse cargo en su día del lugar donde había muerto su santa madre, y también a no dudarlo el encargado de llevar nuevamente la Orden del Santísimo Salvador a Suecia, su país de origen, proyectos éstos por los que Isabel tanto suspiraba. Un nuevo retoño de aquel árbol que plantara Santa Brígida en el siglo XIV, llamado a crecer y a extender su ramaje por distintos lugares de la tierra, dando así sombra y cobijo a multitud de seres humanos, de cualquier confesión o credo, que anduviesen buscando la verdad, necesitados a su vez de una palabra de aliento, de paz, de consuelo y de trascendencia. Un fresco rebrote brigantino llamado a entregarse sin medida a la obra nada fácil de la unidad de los cristianos, que dada su experiencia personal, tanto le preocupaba a nuestra monja de hábito gris.

Realmente la idea del P. Hagen no era nada descabellada, pues la propia Isabel se daba cuenta de que para hacer realidad todos sus ideales, todas las inquietudes que su corazón y su alma albergaban, se necesitaban unas religiosas que, aunque forzosamente enraizadas en el espíritu de la santa madre e injertadas en el viejo árbol de la Orden, no estuvieran ligadas a unas formas o a un estilo de vida que como pesado lastre les hubiera hecho imposible avanzar con la soltura que el momento y la situación requerían. Unas «brígiditas» que por ser de nuevo cuño estarían en mejor disposición para recrear la novedad que la Orden supuso en sus orígenes y de lanzarse al futuro viviendo en una perfecta sintonía con aquéllos, sin que por ello hubieran de mantener la estricta clausura papal y la autonomía de cada comunidad.

Isabel era consciente de todo esto, pero antes había que sopesar bien cómo darle cuerpo al proyecto que su director espiritual le proponía, sobre todo careciendo de la materia prima más básica: las personas para poner aquello en marcha y el lugar apropiado para tal menester. Y aunque no le faltara la confianza en la Providencia, ni en la intercesión de su santa madre y paisana, cuya obra milenaria iba a proseguir y a afianzar, buscaba por otra parte esa lógica confirmación de lo Alto, que le indicara que estaba en el verdadero camino.

Y desde luego que la ayuda y la ratificación del Cielo no se hicieron esperar, pues pronto hubo un lugar que, aunque modesto, servía para empezar. En la misma casa de Santa Brígida, el P. Brandi había conseguido un piso de alquiler, de seis habitaciones y totalmente independiente, el cual a no tardar mucho contaría ya con varias inquilinas, pues al poco tiempo un sacerdote inglés, que conocía las inquietudes de la nueva fundadora, se presentaba en Roma con dos jóvenes dispuestas a seguirle, lo cual fue ya la confirmación más clara y definitiva de que todo aquello, lejos de ser un disparate, llevaba impreso el sello del Espíritu.

Las primeras «brígiditas» de nuevo cuño están ya en Roma, y desde el 9 de septiembre de 1911 viviendo en comunidad, restableciéndose de esta manera en la Urbe la Orden del Santísimo Salvador de Santa Brígida, con la doble misión contemplativa y

apostólica en favor de la unidad de los cristianos, sobre todo de los escandinavos con la Iglesia católica, pasando nuestra protagonista a recibir desde aquella fecha el apelativo de madre.

La semilla de la nueva fundación estaba ya sembrada, ahora hacía falta velar por su crecimiento y desarrollo, aunque para ello hubiera que trasplantarla por distintos lugares hasta llegar por fin al que tenía destinado, a aquel con el que María Isabel Hesselblad siempre había soñado. Mas para que esto llegue habrán de transcurrir unos cuantos años, los suficientes como para que dicha semilla se vea convertida en una planta que, aunque joven, haya dado ya muy sabrosos frutos.

A no tardar mucho comenzarán a afluir otras nuevas vocaciones, pero también, pronto arreciarán las dificultades y las pruebas, la más dolorosa el tener que dejar el piso donde habían comenzado su experiencia comunitaria, pues suponía alejarse de la casa de Santa Brígida, aunque gracias a sus buenas amistades, principalmente sacerdotes, no les sería muy difícil encontrar un nuevo acomodo, y mucho menos el traslado, pues dada la pobreza y austeridad de vida que las acompañaba eran pocas las cosas que habían de llevar de un sitio a otro. Varios fueron los cambios de casa hasta su llegada en 1919 al número 34 de la Via delle Isole, lugar en el que empiezan ya a recoger los frutos de cuanto habían sembrado en los años anteriores, y donde reciben en 1920 la aprobación oficial del Vicariato de Roma.

Ciertamente providenciales van a ser los doce años de la madre Isabel en Via delle Isole, desde donde despliega una gran actividad, atrayendo gracias a ella numerosas vocaciones, logrando no pocas conversiones al catolicismo e incrementando el interés por la figura de Santa Brígida. Su casa será por otra parte centro de reunión y punto de referencia para los escandinavos de Roma o para los que se hallan simplemente de paso por ella, y lo mismo católicos que protestantes. Y será también en estos años cuando la joven rama brigítina comience su expansión fuera de Italia.

Primeramente en 1923 llegarán las hermanas a Suecia, cumpliéndose así uno de los sueños más acariciados por la madre Isabel, el restablecimiento de la Orden de Santa Brígida en su lugar de origen, al que ella también regresaba tras más de treinta

años de ausencia. Tiene oportunidad de abrazar a los suyos, de venerar las reliquias de su santa fundadora en Vadstena, cuna de la Orden. Pero lo más importante de todo será la fundación en Djursholm de una «casa de descanso», así llamada para salvar los prejuicios existentes en Suecia hacia la vida religiosa católica, aunque como consecuencia de ello nacía el fecundo apostolado de las casas de acogida, que venía a marcar el talante característico de las nuevas «brígidas».

Y ahora, una vez prendida la mecha, en los años siguientes se van a suceder otras fundaciones, casi en cadena. En 1924, la de Lugano, en la Suiza italiana, y en 1931, la de Iver Heat, en Inglaterra. Pero lo más importante es que el sueño dorado por el que la Madre tanto había luchado a lo largo de su vida religiosa, iba a convertirse por fin en una realidad, pues en ese mismo año 1931 tendrían por fin la casa de Santa Brígida.

El mayor obstáculo con el que las brigittinas se habían encontrado a la hora de instalarse en la Plaza Farnese eran las carmelitas, pues únicamente estaban dispuestas a marcharse si se les encontraba, o mejor, si se les construía, un edificio apropiado para sus necesidades, y evidentemente eso exigía un desembolso económico que nuestras monjas no tenían. Pero para María Isabel Hesselblad no había obstáculos invencibles. Yendo de acá allá, escribiendo a sus amigos de Suecia —muchos de ellos protestantes—, visitando personalmente a Pío XI, consiguiendo dinero hasta de donde no lo había, y finalmente entusiasmado al P. Rosa, otro jesuita igualmente cercano a ella y con gran prestigio ante la Santa Sede, lograba que la casa por la que tanto había suspirado fuera ocupada por las «brígidas».

Nuestra monja de hábito gris, había conseguido al fin lo que tanto ansiaba, instalando allí su curia general, el noviciado y una hospedería muy capaz, principalmente destinada a atender, como ya lo había hecho allí mismo Santa Brígida, a cuantos escandinavos llegaran a Roma. Y muy pronto la casa se convirtió en un importante centro de espiritualidad y de oración, con una cuidadísima liturgia realzada por las melodiosas voces de las monjas, al que acudían personas de toda clase y lugar, pero esencialmente los nórdicos, y a donde llegaron también numerosas vocaciones dispuestas a seguir este nuevo estilo de vida

brigitina, contemplativa y activa a la vez. Fue en definitiva el paradigma de lo que ella siempre había querido. Y no es de extrañar que ese ambiente tan especial que reinaba en la casa atrajese a no pocos cristianos procedentes de «la Reforma», que terminaron abrazando la fe católica.

Posteriormente, en 1935, vendría la segunda fundación sueca, en un lugar tan entrañablemente brigantino como Vadstena. Y en 1937, las «brígiditas» llegaban nada menos que a la India, país en el que hoy cuentan con mayor número de casas, y donde además mantienen un fecundo apostolado misionero y asistencial, sobre todo de cara a la mujer.

Momento singular en la vida de Isabel Hesselblad van a ser sin lugar a dudas los años de la segunda guerra mundial que, como para tantos europeos, no le resultaron nada fáciles, viendo cómo la muerte estaba asolando al mundo. Pero ni ella ni sus hijas se amilanaron, pues ante tales acontecimientos respondieron con una caridad heroica y sin límites, que se seguirá prolongando hasta bien entrada la posguerra. Incluso en cierta ocasión jugándose el tipo, pues con vibrante energía negó la entrada a un grupo de furibundos alemanes en la clausura del convento, donde por otra parte ocultaba a varias personas de raza judía. Una guerra así no podía más que herir sensiblemente el alma de esta mujer, ya que ahora contemplaba con horror cómo se destruían entre sí unos pueblos a los que ella trataba de unir desde la fe. Aunque no todo fueron penas, ya que, en 1940, recibía de Pío XII la gozosa y definitiva aprobación del Instituto, confiriéndole a éste oficialmente la categoría de Orden.

Y así con su obra ya encauzada y en plena expansión, llegamos a los últimos años de aquella niña sueca despierta e inteligente, que ahora se había convertido en una figura venerable, tanto por los años, pues había cruzado el umbral de los ochenta, como por el ascendiente que ejercía su persona, siempre frágil de salud, pero siempre con el espíritu henchido de fortaleza, de confianza en Dios y de un amor inquebrantable a sus hermanos los hombres. Venerable también como madre de varias generaciones de monjas, que se iban multiplicando más y más, y preparándose entonces para fundar en los Estados Unidos.

Pero estos años últimos de su vida tampoco van a resultarle muy fáciles que digamos, pues como los grandes santos será probada hasta la saciedad. Primeramente con un período de gran oscuridad interior, después con su debilitada salud, quedando casi ciega y con un brazo paralizado. Y entre tanto con problemas que comienzan a surgir internamente dentro de la Orden, con disensiones entre las propias religiosas, fruto de malos entendidos, e incluso con dolorosas deserciones. Y como consecuencia evidente de tales acontecimientos, una visita canónica especial y la subsiguiente deposición de la madre Isabel, como Abadesa General de la Orden, pero ella, una vez más, se mantiene dando pruebas de su reciedumbre espiritual y personal, viviendo serenamente la voluntad de Dios, instruyendo, alentando y edificando a sus hijas hasta el último día, y preparándose para recibir la llamada definitiva del Señor, que tendría lugar en las primeras horas del 24 de abril de 1957.

La «maravillosa María» de los Hesselblad, ahora maravillosa para otras muchas personas, dejaba tras de sí una gran estela de luminosa santidad, un ejemplo de jovialidad y de energía, pese a que su salud nunca fue buena, pero todo ello fruto de su inquebrantable fe, de su ilimitada esperanza, de su entrañable caridad y de su incansable buen juicio. Y siempre luciendo su extraordinaria compostura y su elegante porte nórdico.

Rica herencia para sus hijas la de su propia persona, pero fundamentalmente la de su recio espíritu, que tanta impronta dejó en sus fundaciones, una impronta que aún hoy día sigue dando aliento a las «brígiditas». Rica herencia la de su espiritualidad enraizada en el más puro estilo brigantino, aunque vivida en su tiempo y como mujer de su tiempo. Hizo suyas las grandes devociones de Santa Brígida a la humanidad de Cristo y a su Pasión, magistralmente engarzadas en otra muy actual, la del Sagrado Corazón de Jesús, que tanto inculcó a sus hijas.

Quizá resulte tópico decir que se adelantó al Vaticano II, pues estas palabras suenan ya a frase muy manida cuando se habla de los fundadores, pero en este caso es así, tal como lo revelan tres notas fundamentales de su obra: ecumenismo (del que fue precursora), adaptación y renovación. Sintiendo siempre tan hija de Santa Brígida como sus hermanas de los monaste-

rios con mayor tradición brigitina, supo acercar esta tradición a las exigencias de su época, viviéndola intensamente, pero inyectándole un espíritu de renovación netamente evangélico al que se sentía llamada, algo similar a lo que en el siglo XIV había hecho Brígida de Suecia. Actualización y renovación, que provenían de las profundidades de su vida interior, de su íntimo contacto con Dios guiado por el magisterio iluminador de la Iglesia.

Y también como su santa madre y patrona, Isabel Hesselblad encauzó su renovación de la vida religiosa desde una plegaria y una alabanza netamente contemplativas y con un profundo sentido de reparación. Reparación igualmente traducida por ella en obras de caridad y principalmente en el quehacer ecuménico, por el que tanto se desvivio. Su acogida fraterna y entrañable a los hermanos separados venía a reparar las dolorosas divisiones y los resentimientos mal curados existentes entre los cristianos. Inquietudes y sentimientos que desde el principio infundió en sus hijas, lo mismo que el amor a la Iglesia y al Romano Pontífice y evidentemente la necesidad de orar para que exista un solo redil y un solo Pastor, pues como ella solía repetir: «Éste es el fin principal de nuestra vocación».

Coronando la hermosa trayectoria de esta singular mujer, su beatificación, celebrada en Roma el domingo 9 de abril del año jubilar 2000. Feliz acontecimiento que contó con la presencia de muchos fieles luteranos, a quienes Juan Pablo II saludó cariñosamente en su homilía, a la que pertenecen las siguientes palabras:

«La beata Isabel nos enseña a dirigir nuestra mirada hacia la cruz salvadora de Cristo, fuente de fuerza en tiempos de prueba. Su compromiso ecuménico, su caridad concreta y su profunda espiritualidad son un modelo para todos los seguidores de Cristo, en particular para los que viven la vida consagrada. Que, mediante la intercesión de la beata Isabel, la causa de la unidad cristiana siga progresando, y que su obra y su carisma recuerden a los cristianos de Europa las raíces evangélicas únicas de su cultura y civilización»

Y hoy las «brígidas» de María Isabel Hesselblad abren sus puertas a la humanidad entera en muy distintos países: Italia, Suecia, Suiza, Inglaterra, India, Estados Unidos, México, Finlan-

dia, Polonia, Dinamarca, Noruega, Alemania, Estonia, Filipinas, Palestina y Cuba —país al que han llegado en marzo del 2003—, ofreciendo, desde un ecumenismo sin fronteras, su hospitalidad orante y evangelizadora.

RAMÓN LUIS M.^a MAÑAS, OSB

Bibliografía

ALMAZAN, V., *Santa Brígida de Suecia Peregrina, política, mística, escritora* (Santiago de Compostela 2000).

Le case d'accoglienza. Suore Brigidine (Roma).

Queridas hijas en Cristo. Las cartas escritas de Madre Isabel (Roma 1982).

RELIGIOSAS DE SANTA BRIGIDA, *Las hermanas brigidinas* (Roma 1985).

TJADER, M., *La mujer mas extraordinaria de Roma* (México 1987)

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTAS MARÍA CLEOFÁS Y SALOMÉ

Madres (s. I)

María de Cleofás aparece en el evangelio de Juan estando al pie de la cruz junto a María, la madre de Jesús, Salomé y María Magdalena. Ésta es la única vez que con este nombre aparece en el Nuevo Testamento. Pero se la identifica con cierta probabilidad con María, la madre de Santiago y de José, de la que se dice en Mateo y en Lucas haber estado en el Calvario y haber estado viendo el lugar de la sepultura del Señor. Vuelta el día de la Resurrección al sepulcro, tuvo la aparición del ángel que le anunció la resurrección de Cristo y poco después se le aparece el mismo Jesús. Salomé es la esposa de Zebedeo y madre de los apóstoles Santiago el Mayor y Juan. Pidió para sus hijos un puesto especial en el reino de Jesús. Estuvo en el Calvario, y había sido una de las mujeres que desde Galilea subieron a Jerusalén con Jesús para atenderle.

SAN ANTIMO Y COMPAÑEROS

Mártires († 303)

Antimo era obispo de Nicomedia de Bitinia, una ciudad en la que los emperadores gustaban de tener su residencia. Su martirio se produjo cuando en 303 Diocleciano dio orden de que todos los jefes de la Iglesia ofreciesen sacrificio a los dioses y entregasen las Escrituras cristianas. Llamado a hacerlo se negó Antimo y fue decapitado. Tras él lo fueron otros muchos cristianos, acusados además de haber incendiado el palacio imperial. Justiniano I construyó una basílica sobre la tumba de Antimo.

SAN GREGORIO DE ELVIRA

Obispo († s. IV)

Illiberri o Elvira, junto a la actual Granada, fue la sede episcopal de este varón, defensor a ultranza de la recta doctrina y firme puntal de ella en el mundo cristiano. Su memoria está ya recogida en el *Martirologio de Usuardo*, lo que indica que en la España del siglo IX se la celebraba, y esto lo ratifica la presencia de su nombre en el *Calendario de Racemundo* del siglo X. Gregorio como obispo perteneció al partido rigorista acaudillado por Lucifer de Cagliari, que se forma cuando en 362 el sínodo de Alejandría vota una medida irenista consistente en aceptar como obispos dentro de la Iglesia católica a los obispos arrianos conversos. Esta propuesta irritó a quienes pensaron que los que habían difundido la fe arriana no podían ahora ser pastores del pueblo de Dios, aunque no negaban que se les admitiera como a pecadores arrepentidos. Parece que Gregorio visitó a Lucifer en Cagliari y que al morir éste en 371 quedó como el más conspicuo representante de dicha tendencia. Es sabido que esta facción no degeneró en una iglesia separada ya que los emperadores Valentiniano II, Teodosio y Arcadio aceptaron el año 383 el *Libro de Súplicas* que les dirigieron los luciferianos; su situación quedó legalizada, y poco a poco la facción se diluyó en el resto de la Iglesia. De todos modos es claro que en dicha facción no había sino una cuestión disciplinar o pastoral, no doctrinal, y era, como queda dicho, qué trato había que dar a los obispos

arrianos arrepentidos. Gregorio siempre fue considerado plenamente católico y su fama estuvo siempre intacta. Escribió un elegante libro titulado *Sobre la fe (De fide)*, que elogia San Jerónimo. Escribió también otros tratados. Estuvo también en relación con San Eusebio de Vercelis. Murió en el último tercio del siglo IV.

SAN MELITÓN DE CANTERBURY

Obispo († 624)

Era monje de un monasterio romano y fue elegido por el papa San Gregorio Magno como parte del segundo equipo misionero que envió a Inglaterra para trabajar a las órdenes del arzobispo San Agustín de Canterbury. El Papa le dio normas sobre cómo había que comportarse. A los tres años de su llegada, San Agustín lo consagró como obispo de los Sajones del Este con sede en Londres, y como tal bautizó al rey Saberto y a muchos de sus súbditos. Pero los hijos del rey no se bautizaron y cuando, al morir el rey, Melitón se negó a darles la comunión por no estar bautizados, lo expulsaron de Londres. Luego de un año en las Galias volvió a Inglaterra justo para ser nombrado arzobispo de Canterbury. Edificó la iglesia de Santa María y gobernó la sede santamente hasta su muerte el 24 de abril de 624.

SAN EGBERTO DE IONA

Presbítero († 729)

Nacido en Northumbria, fue monje en Lindisfarne y marchó a Irlanda a estudiar. Ordenado sacerdote, pasa al Continente y evangeliza en el norte de Alemania. Marcha luego al monasterio de Iona, Escocia, e intentó convencer a los monjes de que adoptaran el uso romano de la Pascua, y fue su santidad de vida y profunda cultura lo que hizo que justo al morir él se decidieran los monjes a adoptar el uso romano. Murió el 24 de abril de 729.

SAN GUILLERMO FIRMATI

Ermitaño († 1103)

Nacido en Tours en la primera mitad del s. XI, estudia medicina y luego se le confiere una canonjía en la colegiata de Saint-Venant, simultaneando ambos oficios. Pero luego decide desprenderse de todos sus bienes y hacer vida eremítica, primero en Tours, luego en Laval, en el bosque de Concise. Fue en peregrinación a Jerusalén y a su vuelta siguió llevando la vida que había elegido hasta su muerte, dando altísimo ejemplo de vida austera y religiosa. Murió en Mantilly el 24 de abril del 1103.

25 de abril

A) MARTIROLOGIO

- 1 San Marcos Evangelista **.
2. La conmemoración de San Aniano († 67), obispo de Alejandría en Egipto.
3. En Doróstoro (Mesia), santos Pasícates y Valención († 302), mártires.
4. En Agen (Aquitania), San Febadio († 393), obispo.
5. En Antioquia de Siria, San Esteban († 479), obispo y mártir *
- 6 En Vienne (Borgoña), San Clarencio (s. VII), obispo
7. En Lobbes (Brabante), San Ermino († 737), abad y obispo
- 8 En Piacenza (Emilia), Santa Franca Visalta († 1218), abadesa cisterciense *.
- 9 En Aosta (Italia), Beato Bonifacio Valperga († 1243), obispo *
10. En la isla de Wight, Beatos Roberto Anderton y Guillermo Marsden († 1586), presbíteros y mártires bajo el reinado de Isabel I *.
- 11 En Guatemala, San Pedro José de Betancur († 1667), terciario franciscano, fundador de la Congregación de Betlemitas **.
12. En Remedello (Brescia), Beato Juan Bautista Piamarta († 1913), presbítero, fundador del Instituto de los Pequeños Artesanos y de la Congregación de la Sagrada Familia de Nazaret **.

SAN MARCOS

Evangelista (s I)

«Yo creo en el testimonio
de un hombre que se deja degollar
por la verdad de lo que atestigua» (Pascal)

Resulta interesante y consolador reconstruir, a través de los datos consignados por San Lucas en los *Hechos de los Apóstoles*, el desarrollo de las primitivas comunidades cristianas.

La de Jerusalén, que fue la primera —fundada el mismo día de Pentecostés con los «casi tres mil» convertidos por el primer sermón de San Pedro—, tenía varios centros de reunión, de los cuales tal vez el principal era «la casa de María».

Vivía esta buena mujer —acaso viuda, pues su marido no se nombra nunca— en una casa espaciosa y bien amueblada, que, según todas las probabilidades y los testimonios de la antigüedad, fue donde celebró Jesús la última Cena, donde se reunieron los discípulos después de la muerte del Señor y de su ascensión, y donde tuvo lugar la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles. Acaso era suyo también el huerto de Getsemaní —«Molino de aceite»—, en el monte de los Olivos, donde el Señor acostumbraba a pasar las noches en oración cuando moraba en Jerusalén.

Era la de María una familia levítica. Su marido había sido sacerdote del templo de Jerusalén. Su hijo, según la costumbre helenista, llevaba dos nombres: judío el uno y romano el otro. Se llamaba Juan Marcos.

Juan Marcos era muy niño cuando Jesús predicaba y tenía relaciones con sus padres. La noche del prendimiento dormía tranquilamente en la casita de campo de Getsemaní. Le despertó el ruido de las armas y el tropel de las gentes que llevaban preso a Jesús, y, envuelto en una sábana, salió a curiosear. Los soldados le echaron mano. Pero él logró desenredarse de la sábana y huyó desnudo.

Después de Pentecostés siguió siendo la casa de María el centro de reunión más frecuentado por los apóstoles y acaso la morada habitual de San Pedro. Allí se hizo la elección de San

Matías, allí se celebraba la «fracción del pan», allí hacían entrega de sus haberes los nuevos convertidos para que los apóstoles al principio, y más tarde los diáconos, los distribuyesen entre los pobres.

Uno de los primeros bautizados por San Pedro fue Juan Marcos, el hijo de María, la dueña de la casa.

El niño Juan Marcos del año 30 era ya un hombre cuando el año 44 decidió marcharse con su primo José Bar Nabu'ah a la ciudad del Orontes.

Era José hijo de una familia levítica establecida en Chipre y primo carnal de Marcos. Sus padres le enviaron a Jerusalén a los quince años para que estudiara las Escrituras a los pies de Gamaliel, como Saulo, y acaso al mismo tiempo que éste. Era natural que se hospedara en la casa de su tía. Allí le sorprendieron los acontecimientos que dieron lugar a la fundación de la Iglesia cristiana. José creyó desde el principio y quién sabe si hasta siguió al Maestro en alguna de sus correrías. Los apóstoles aprovecharon muy pronto para la catequesis entre los judíos su gran conocimiento de la Ley, y, visto su celo en el desempeño de su ministerio, le apellidaron Bernabé —«Bar Nabu'ah»—, el hijo de la consolación o de la profecía, el hombre de la palabra dulce e insinuante.

En los comienzos de la fe en Antioquía fue enviado allí para predicar, y allá reclamó la ayuda de su antiguo discípulo, ya convertido, Saulo.

Ahora, por los años 42 al 44, ante las profecías insistentes que preanunciaban una grande hambre en Palestina, los fieles antioquenos habían hecho una colecta para los de Jerusalén, y Bernabé y Saulo habían venido a traerla. Se hospedaron, como era natural, en casa de María.

Cuando, cumplida su misión, volvieron a Antioquía se fue con ellos Juan Marcos.

Un día el Espíritu Santo pidió que Saulo y Bernabé emprendieran un viaje de misión. Juan Marcos no acierta a separarse de su primo, y marcha con Bernabé.

Acaso por iniciativa de éste, explicable por su afecto hacia la patria chica, se dirigen a Chipre. Atraviesan la isla de Salami-

na a Pafo, bautizando, entre otros, al procónsul Sergio Paulo, y reembarkan hacia las costas de Panfilia.

A la vista del país escabroso e inhóspito que atravesaban, Juan Marcos se acobardó. Acaso en el camino que separaba Attalía de Perge sufrieron por parte de las bandas famosas de esclavos fugitivos que infestaban los montes de Pisidia lo que San Pablo llamaría más tarde, en su carta segunda a los corintios, «peligros de los ladrones», «peligros de los caminos» o «peligros de la soledad». Sobre todo pesaba mucho en el corazón aún tierno de Marcos el recuerdo de su madre. Y desde Perge, sin escuchar las razones de sus decididos compañeros, se volvió a Jerusalén.

Cuando el año 49 Pablo y Bernabé, a la vuelta de su primera misión, hubieron de subir a Jerusalén para resolver en el primer Concilio apostólico la cuestión de los judaizantes, volvieron, sin duda, a la casa de María. Juan Marcos estaba pesaroso de no haberlos acompañado y escuchaba con envidia la relación de sus aventuras apostólicas.

Bajó de nuevo con ellos a Antioquía.

A los pocos días —escribe San Lucas en los *Hechos de los Apóstoles*— le dijo Pablo a Bernabé:

«Volvamos a visitar a los hermanos por todas las ciudades en las que hemos predicado la palabra del Señor, y a ver que tal les va. Bernabé quería llevar consigo también a Juan, llamado Marcos, pero Pablo juzgaba que no debían llevarlo, por cuanto (en el primer viaje) los había dejado desde Panfilia y no había ido con ellos a la obra. Se produjo cierto disenso entre ellos, de suerte que se separaron uno de otro, y Bernabé, tomando consigo a Marcos, se embarcó para Chipre, mientras que Pablo, llevando consigo a Silas, partió encomendado por los hermanos a la gracia del Señor» (Hch 15,36-40)

Aquí terminan los datos que sobre la vida del evangelista nos refieren los Hechos de los Apóstoles.

No sabemos cuánto duró este segundo viaje que San Marcos hizo en compañía de su primo Bernabé. Poco debió de durar, porque la tradición posterior nada nos dice de él, y, en cambio, todos los testimonios antiguos nos hablan de su ministerio en compañía de Pedro.

A raíz del concilio de Jerusalén bajó San Pedro a Antioquía, y, al parecer, se hizo cargo del gobierno de aquella comunidad. Al regreso del viaje segundo con Bernabé, San Marcos debió marchar a Roma con San Pedro, que —no sabemos cuándo, pero ciertamente entre el 50 y el 60— llegó a la capital del Imperio.

En Roma se hallaba San Marcos cuando en la primavera del año 61 llegó San Pablo, custodiado por el centurion Julio, a presentar su apelación al César.

Para estas fechas había ya escrito su Evangelio, que es el segundo de los cuatro admitidos por la Iglesia. Un día en que Pedro exponía la catequesis cristiana en casa del senador Pudente —padre de Santa Pudenciana y Santa Práxedes— ante un selecto auditorio de caballeros romanos, pidieronle éstos a Marcos que, pues llevaba muchos años en compañía de San Pedro y se sabía muy bien sus explicaciones, se las escribiera para poder ellos conservarlas y repasarlas en casa. No quiso hacerlo Juan Marcos sin contar antes con el apóstol, mas éste —según el testimonio de San Clemente Alejandrino, que nos ha conservado estos datos— ni lo aprobó ni se opuso. Más tarde, cuando vio el Evangelio redactado por San Marcos, recomendó su lectura en las iglesias, según refiere Eusebio.

Este sencillo episodio nos demuestra la mentalidad de los apóstoles sobre la Escritura como fuente de revelación. Sabido es que los protestantes afirman ser la Sagrada Escritura la única fuente en la que se contiene la doctrina revelada, y rechazan bajo este aspecto la tradición de la Iglesia. Olvidan que Cristo no escribió nada y que los Evangelios no contienen todo lo que Cristo hizo y enseñó. Por la misma fuente que ellos admiten se les convence fácilmente de su error. Es el propio San Juan quien nos asegura:

«Muchas otras cosas hizo Jesús, las cuales, si se escribiesen una por una, creo que este mundo no podría contener los libros»

En la predicación era otra cosa. Un día este tema y otro día otro, unas cosas este apóstol y otras aquél, es seguro que entre todos no dejaron de transmitir ni una sola de las enseñanzas que del Maestro recibieron. La mayoría de ellos no escribieron

nada. Los que lo hicieron, lo hicieron ocasionalmente, como en las Epístolas, o fragmentariamente, como en los Evangelios.

El episodio de San Pedro y San Marcos demuestra que la preocupación fundamental de los apóstoles y el medio en que todos pensaron principalmente para la transmisión de sus enseñanzas fue la predicación oral. A través de ella, y por tradición, se han conservado en la Iglesia muchas cosas que no hallamos consignadas en las Santas Escrituras. Y, consiguientemente, estamos en lo cierto los católicos al admitir, contra los protestantes, como doble fuente de revelación la Escritura y la Tradición.

Un resumen de la predicación catequística de San Pedro es el Evangelio de San Marcos. Quizá por eso —y no porque sirviera al apóstol de intermediario para entenderse con los romanos— le llamaron San Papías y San Ireneo, y con ellos toda la tradición posterior, «el intérprete de Pedro».

De la estancia de San Marcos en Roma y de sus ulteriores viajes sabemos muy poco. En Roma seguía cuando, hacia el año 62, San Pablo enviaba recuerdos de él a los colosenses (4,10) y a Filemon (24), anunciándoles el próximo viaje de San Marcos a Colosas. Y en Éfeso se encontraba hacia el 67, cuando el mismo San Pablo, cautivo por segunda vez, escribía la última carta a Timoteo, rogándole se viniese a Roma con Marcos, cuyos servicios echaba de menos. Se le atribuye la fundación de la Iglesia de Alejandría.

La leyenda de las Actas apócrifas de Bernabé y de Marcos, recogida por Simón de Metafraste, sabe detalles muy curiosos de esta misión.

Al entrar San Marcos en la aldea de Mención, muy próxima a Alejandría, se le descosió milagrosamente una sandalia

Esto quiere decir —exclamo— que el camino que llevo esta expedito y me sera muy facil

Llegóse al tugurio de un modesto remendón y le rogó que le cosiera la sandalia. El zapatero se atravesó involuntariamente con la lezna la mano y por toda queja dijo:

No hay mas que un Dios

Marcos oró al Señor y curó milagrosamente la mano del remendón, que inmediatamente se bautizó con toda su familia.

Tras largo tiempo de predicación muy fructuosa le sobrevino la persecución y el martirio.

Aquel año coincidió el domingo de Pascua con la Fiesta de Serápides en el 24 de abril, que los egipcios llamaban Farmuti. Los paganos, enfurecidos por los éxitos del evangelista, que estaba dejando vacíos sus templos, creyeron prestar un servicio a su diosa si en el día de su fiesta se deshacían de él. Prendiéronle por la noche, mientras celebraba los divinos oficios, y, atándole al cuello una soga, le llevaron a la cárcel, mientras entre danzas lascivas y gestos de borrachos clamaban a coro:

¡Llevemos este búfalo al abrevadero!

Allí pasó la noche, y fue recreado con una visión de Jesús, que le animaba al martirio.

Cuando a la mañana siguiente le llevaban, igualmente con la soga al cuello, al lugar del suplicio, entregó su alma a Dios, repitiendo las palabras del Maestro en la Cruz:

En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.

Era —termina Simón de Metafraste— el mes que los egipcios llaman Farmuti y los judíos Nisán, el día séptimo antes de las calendas de mayo, según cuentan los romanos, esto es, el 25 de abril, bajo el emperador Claudio Nerón César, aunque... para nosotros, los cristianos, mejor sería decir: Reinando Nuestro Señor Jesucristo, de quien es toda gloria e imperio, con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

SALVADOR MUÑOZ IGLESIAS

Bibliografía

- Act. SS. Boll.*, 25 de abril. *Actas sobre San Marcos* y otros escritos apócrifos *Passio sobre San Bernabé*, atribuida a San Marcos en *Act. SS. Boll.*, septiembre, vol.3; y en A. F. R. TISCHENDORF, *Acta Apostolorum Apocrypha*, III (Lipsiae 1851) 292s.
- Art. «Marcos», en *Dictionnaire de la Bible* y *Dictionnaire de théologie catholique*. Cf. los «Comentarios a los Evangelios».
- LAGRANGE, M. J., OP, *Évangile selon Saint Marc* (París 1911) p.XVIIIs.
- LAMY, *Introduction in Novum Testamentum*, II (Lovaina) 225s.
- TILLEMONT, L. S DE, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles...*, II (Venecia) 89s.

SAN PEDRO JOSÉ DE BETANCUR

Fundador († 1667)

El llamado «Hermano Pedro» nació en la villa de Vilaflor el 21 de marzo de 1626. Era este pintoresco poblado del sur de la isla de Tenerife tal vez el más importante en la primera mitad del siglo XVII. Las razones de esta importancia se debían a factores geográficos y económicos: su altitud y belleza y su riqueza en aguas. Era la cabecera política, religiosa y económica de la comarca de Abona.

Fueron sus padres: Amador de Betancur González de la Rosa y Ana García, cristianos viejos, para quienes la fe y el amor lo eran todo. Formaban una familia cristiana donde se respiraba un ambiente de paz y alegría. Dios los bendijo con seis hijos. Pedro, nuestro santo, fue el mayor. Le enseñaron la fe, el sacrificio, la entrega y piedad, y sobre todo el amor a Dios y a sus semejantes. Su padre fue un ejemplo constante para sus hijos de intensa vida interior y gran devoto de la Virgen de Candelaria, patrona del Archipiélago. Su madre vivía con alegría su vida cristiana; de ella aprendió el Hermano Pedro a rezar, como nos dirá más tarde: «Mi madre fue muy contemplativa de la pasión del Señor».

Nació en la casa, de dos pisos, que sus padres tenían en el pueblo, a la espalda de la iglesia parroquial de San Pedro Apóstol. Fue bautizado el mismo día. Le pusieron el nombre de Pedro, tal vez porque así se llamaba su padrino, Pedro Nicolás, o por la gran devoción que tenían al titular de la parroquia. Al margen de su partida de Bautismo, asentada en el Libro II de los de la parroquia, se puede leer esta nota: «Éste es el Hermano Pedro Betancur, que murió en Guatemala con fama de santo».

Estudió sus primeras letras y aprendió a escribir gracias a los agustinos del convento de San Juan Bautista de Vilaflor, fundado en 1613 y situado muy cerca de la casa del santo.

Los padres del Hermano Pedro tenían una posición socio-económica media, pero debido a un revés de fortuna que sufrió su padre, el niño Pedro tuvo que dedicarse a cuidar las cabras y ovejas de otro amo por toda la comarca de Chasna para ayudar

así a la débil economía paterna. Recordando este acontecimiento doloroso, escribirá más tarde:

«Cuando nos sucede alguna aflicción hemos de entender que aquello es la cruz de Cristo y hacer cuenta que nos la da a besar»

Dicha situación familiar se agravó cuando murió su padre el Viernes Santo de 1646, cuando el Hermano Pedro tenía 20 años. Él, como los demás pastores, pasaba los meses de invierno pastoreando el ganado en las costas de Chasna y en verano ascendía con su rebaño hasta las cumbres de las cañadas del Teide. Se protegía a sí mismo y a su rebaño de los rigores del invierno en una cueva natural que existía cerca de la Montaña Roja, en el Médano, junto al barranco del Saltadero y que hoy pertenece al municipio de Granadilla de Abona. Allí abrevaba a su ganado y bebía él mismo. Mientras las cabras y ovejas pacían él oraba a Dios, hacía duras penitencias, rezaba el rosario y se entretenía en tallar cruces de madera, algunas de ellas se conservaron hasta hace unos años en dicha cueva. Allí se protegía de las incursiones de los piratas berberiscos e ingleses que asolaban con frecuencia aquellos lugares. Pero sobre todo fue esta cueva donde el santo aprendió a dirigirse a Dios, lo que le iba a servir de lección y prólogo para toda su vida, en la que llegará a una alta contemplación de los misterios de Dios. Y este lugar constituye, desde hace muchos años, un templo al aire libre donde los tinerfeños y muchos canarios rezan y conservan, agradecidos, la memoria de su hijo predilecto.

La madre del Hermano Pedro tenía para él proyectos de matrimonio con una joven buena y hacendosa, pero él seguía pensando aquellas palabras que un pariente suyo franciscano, fray Luis de San José Betancur, le había dicho en 1636:

«Aprende letras, Pedrito, para que sirvas a Dios en el estado eclesiástico [] te espero en las Indias, donde la mies es mucha y los obreros somos escasos»

Estas palabras se le clavaron profundamente en su corazón y le dejaron una inquietud espiritual que ya sólo le hacía pensar en partir para Honduras. Tenía el Hermano Pedro una tía paterna con fama de mujer prudente y piadosa. Le consultó sus preocupaciones; ella le invitó a rezar y a ponerse a disposición

de Dios, y después de un tiempo y conociendo que Dios le quería para él, le dijo:

«El servicio de Dios te espera en las Indias, debes salir al encuentro de Dios como Pedro sobre las aguas»

Con profunda alegría y total clarividencia decide marcharse inmediatamente, sin pasar de nuevo por Vilaflor a despedirse de su madre y hermanos. Dios premió esta decisión pues un viejo navío estaba preparado para partir enseguida rumbo a América. Desde el puente del barco le escribe a su madre una carta cariñosa de despedida, diciéndole que un amor aún más grande que el que a ella tiene le obliga a partir. Le dice:

«La voluntad de Dios, madre, me lleva a las Indias [] deme su bendición y su licencia, que le pido de rodillas, sobre esta nave en que embarco para la provincia de Honduras»

Después de una larga y pesada travesía llega a la ciudad de La Habana el año 1649, tiene 23 años. Su deseo era zarpar para Guatemala, pero mientras salía algún navío vivió en casa del tinerfeño Jerónimo Suárez y trabajó en su taller como aprendiz de tejedor, oficio que le va a ser muy útil pronto en Guatemala. En septiembre de 1650 parte un barco con destino a Puerto Trujillo, en Honduras. Él creía que éste sería su destino, pero Dios le tenía reservado otro lugar. Como no tenía dinero para pagarse el pasaje, concertó con el capitán del navío que trabajaría como mozo de a bordo. Fue tal la calidad del trabajo realizado y a la vez su bondad, que al llegar a su destino se negaron a dejarlo bajar. Es ahora cuando la Providencia de Dios actúa, mandándole unas fiebres muy altas que ponen en peligro su vida. Ante esta situación el capitán manda que lo dejen en la playa para que muera; aquí lo encuentra un pescador que le habló de Guatemala mientras el Hermano Pedro se reponía lentamente de su enfermedad. Nuestro santo besó la tierra, agradecido a Dios, porque creía que era el lugar preciso donde Dios quería que le sirviera a él y a los más necesitados. En este momento la tierra tembló con fuertes y sucesivos terremotos. Nuestro protagonista, dada su humildad, atribuyó el hecho a que la había pisado «un tan gran pecador».

Su destino final era Santiago de los Caballeros de Guatemala, del que lo separaban cerca de 1.500 kilómetros. En un pue-

blo llamado Petapa pasó varios días reponiéndose del gran agotamiento de tan largo viaje. Allí visitó una iglesia, y ante un cuadro de la Santísima Virgen del Rosario oró humildemente y le suplicó que le diera las fuerzas necesarias para llegar a su destino. Dios le ponía delante una imagen de la Virgen del Rosario parecida a la que él había dejado en su Vilaflor natal y ante la que tantas veces había rezado. Llegó a la ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala el 18 de febrero de 1651. Al llegar a su destino final exclamó: «Aquí he de vivir y morir», y así fue.

Santiago de los Caballeros era una población de las más importantes de América entonces. La poblaban muchos religiosos y misioneros españoles. La diócesis la gobernaba el obispo agustino fray Payo Enríquez de Rivera, quien le profesó una gran estima y admiración y lo apoyó y favoreció siempre.

Al llegar a la ciudad fue internado en el Hospital Real debido a su extremo agotamiento. Allí tomó contacto con el mundo del sufrimiento y con todos los más pobres y desasistidos de la sociedad. En su corazón y su mente nació aquí el futuro Hospital de convalecientes. Conoció a muchas personas que van a ser fundamentales en su vida y en su obra de asistencia y ayuda a los más necesitados, entre ellos el capitán Antonio Lorenzo de Betancur, que al saber que venía de España, que era natural de Tenerife y que, además, llevaba su mismo apellido, le cogió afecto y llegó a ser muy amigo suyo.

Guiado por Juan de Uceda, su protector y amigo, se dirigió al convento de los franciscanos. Lo recibió providencialmente el padre Fernando Espino, hombre espiritual y que tenía familias oriundas de Tenerife y que coincidía con nuestro santo en el gran amor y devoción a la Virgen de Candelaria. El Hermano Pedro se abrió espiritualmente a él y le confió las inquietudes y proyectos que anidaban en su corazón respecto a hacer el bien y a ayudar a los más necesitados que encontrase en la ciudad. Pero por encima de todo él quería ser sacerdote para así ayudar mejor a todos. Es por lo que el padre Fernando le aconseja que estudie teología en el colegio de los padres jesuitas.

Pero tenía que trabajar para poder vivir y es lo que hizo en el taller del alférez Pedro Armengol. Era muy hábil en el trabajo, pues ya conocía el oficio desde que trabajó en él el tiempo que

permaneció en La Habana. Se le daba mejor trabajar que estudiar, ya que aunque poseía una gran inteligencia práctica para la vida, le era casi imposible aprender los conceptos que los estudios eclesiásticos le exigían. Pronto se adiestró en el oficio del taller, tanto que el dueño delegó en él muchas responsabilidades. Aquí trabajó dos años. Tenía muchos compañeros de trabajo que habían sido delincuentes y redimían allí sus penas trabajando. Nuestro santo empezó a tomar contacto con ellos y hacía apostolado con todos, sin distinción de raza ni condición humana, también les instruía en la doctrina cristiana y a veces les enseñaba a rezar y a amar y alabar a la Madre de Dios.

Todo su afán era estudiar, pues creía que su camino era ser sacerdote, pero Dios tenía para él otros planes. Suplicaba a Dios que le ayudase y le diese inteligencia y comprensión. Fueron tiempos difíciles para él y experimentó los sinsabores de la humillación y de la cruz, pues sus compañeros más jóvenes se reían de él por su poca capacidad intelectual. «Procura siempre el más bajo lugar y asiento y humíllate en todo por Dios», aconsejará más tarde aleccionado por esta experiencia.

Él, en vez de abandonarse espiritualmente, intensifica su oración y penitencia, practica el ayuno, realiza el vía crucis cargado con una pesada cruz desde la iglesia de San Francisco al Calvario. Alterna sus estudios con la lectura de la *Imitación de Cristo*. Reza, busca a Cristo en el sagrario, intensifica las visitas al Santísimo, calla y espera la manifestación de la voluntad de Dios. Finalmente y siguiendo los consejos de su director espiritual, el padre Lobo, dejó los estudios y se dedicó, ya de por vida, a los pobres, inválidos y enfermos. Pero esto le hizo caer en una fuerte depresión y hasta pensó regresar a España. Así lo expresó él mismo, diciendo: «De volver a mi tierra iría a Nuestra Señora de Candelaria descalzo...».

Salió de esta situación de postración y sufrimiento por iluminación de la Santísima Virgen del Rosario que le hizo ver que hacer el bien a los demás era lo más importante que Dios le pedía.

«Sin ser sacerdote, que sería harta dignidad para mí, puedo dedicarme a los pobres, consolar y asistir a estos desdichados negros y ganar para Dios muchas almas, lo esencial es hacer el bien»

Y así lo hará los doce años que le quedan de existencia.

No pudo ser sacerdote franciscano como deseó siempre, pero en enero de 1655 solicitó el ingreso en la Orden Tercera. La afinidad con la Regla y el espíritu de San Francisco le ayudó a avanzar en el camino de la pobreza y la humildad y fue un nuevo impulso en su vida espiritual y le infundió un gran deseo de seguir a Cristo hasta la misma cima del calvario. Al ingresar en la Orden Tercera le encargaron el cuidado de la iglesia del Calvario. El Calvario de la ciudad de la antigua Guatemala está íntimamente unido a la historia del Hermano Pedro. Él ayudó a construirlo trabajando de peón albañil, procuraba que no faltasen materiales para la obra, acarreaba él mismo el agua y batía la mezcla. Se lee en su cuaderno espiritual de este tiempo:

«El amor sólo en Jesucristo se ha de poner y no en cosas perecederas y terrestres, y desear sólo que se haga en todo la voluntad de Dios».

El Calvario era su lugar preferido, allí experimentaba de una manera más intensa la compañía de Cristo; era para él un lugar de paz y sosiego; le gustaba hacer de monaguillo en las misas que se celebraban allí los viernes y domingos.

Inició el rosario cantado por las calles, devoción mariana desconocida allí hasta entonces. Realizó actos de devoción externa que atrajeron la atención de la gente sencilla y de los más importantes de la ciudad. Sobre todo se destacó por las obras de misericordia y caridad con todos, especialmente con aquellos que por estar aquejados de enfermedades repugnantes, como la lepra, nadie quería asistirlos. Atendió a una enferma viuda llamada María Esquivel, y después de su muerte compró su pequeña casa por 40 pesos de plata que le proporcionaron dos ricos vecinos de la ciudad. En esta casita comenzó la construcción del primer hospital para convalecientes de América y lo colocó bajo la protección de Santa María de Belén. A este primer hospital lo llamó familiarmente «Casita de la Virgen», y lo convirtió en el primer centro de catequesis y alfabetización para los niños de la calle, lugar de acogida para los estudiantes forasteros y refugio para los pobres convalecientes.

Al Hermano Pedro se le ve por las calles y de casa en casa suplicando ayuda, en dinero o en especie, para socorrer a todos

los pobres y desamparados que a partir de entonces acogió por caridad en esta casa. Muchos le llamaban «Pedro de la caridad» porque no había nadie que quedase excluido de su amor y protección y no había dolor que no tratase de remediar. Ayuda a los pobres, visita a los enfermos y presos, socorre a los forasteros, aconseja a los indiferentes y atiende a los sacerdotes enfermos y ancianos y con dificultades materiales. En su casita todos tenían cabida; la convierte así en casa, iglesia, escuela, hospital y asilo; desde los niños a los ancianos, todos encuentran aquí cobijo y amor. Con justicia ha sido declarado «Benefactor de América Central».

Su figura era para todos familiar, caminaba de noche por las calles, tocando una campanilla y diciendo unas estrofas que él mismo componía. Es conocida aquella que rima así: «Acordaos, hermanos, que un alma tenemos, y si la perdemos, no la recobramos». Su compasión iba más allá de los cuerpos maltrechos.

Para toda esta enorme obra de caridad, dada la cantidad de gente que se beneficiaba y era acogida en su casa, se necesitaban muchas personas, él solo no puede con tanto. Y aunque tal vez nunca pensó en fundar una congregación, es cierto que el Hermano Pedro es un imán de amor y atracción para un primer grupo de terciarios que se ponen a su disposición, con ganas de ayudarle y de imitarle en su espíritu de caridad. Se constituye así, sin pretenderlo, pero por obra del amor y del ejemplo, en el fundador de una nueva familia religiosa: la Orden Hospitalaria de Belén, la de los Hermanos Betlemitas, para el cuidado de los enfermos e inválidos y la enseñanza de las primeras letras. Esta congregación fue reconocida y aprobada por la Iglesia después de la muerte del Hermano Pedro: lo hizo Clemente X en 1674 y la confirmó Inocencio XI el 26 de marzo de 1687.

El Hermano Pedro, agotado por tantos ayunos y penitencias y atacado por una bronconeumonía aguda, se sentía morir. Se cuenta que ya grave, y sabiendo que estaba próximo su fin, quiso despedirse de Dña. Nicolasa González, persona que le había ayudado mucho con sus bienes en todas sus obras. Ella se echó a llorar, y el Hermano Pedro le dijo: «No lloréis, porque mejor hermano os seré allá que os he sido acá». Ya Santo Domingo de Guzmán, en el lecho de muerte, en Bolonia, rodeado

de sus frailes y viéndoles llorar, les dijo: «No lloréis mi muerte, pues os aseguro que os seré más útil después de ella y os ayudará más eficazmente que durante la vida». Y Santa Teresita del Niño Jesús dirá también: «Pasaré mi cielo haciendo el bien sobre la tierra». Así hablan y actúan los santos, porque antes ya había dicho el Maestro Cristo Jesús a sus discípulos: «Pero yo os digo la verdad: os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré» (Jn 16,7). Y también: «... estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo» (Jn 16,20b).

El 18 de abril de 1667 le entró una fiebre muy alta. El Hermano Pedro, consciente de que se acercaba el momento de entregar su alma a Dios, llamó a su confesor el padre Lobo, que lo confesó, le administró el santo viático y la unción de enfermos. El santo llamó a su presencia a todos los Hermanos terciarios, les pidió perdón por si alguna vez les había ofendido, nombró a fray Rodrigo de la Cruz como su legítimo sucesor, y el día 25 de abril de 1667 musitó: «Muy cansado me siento», y dirigiendo sus brazos hacia un crucifijo que estaba colgado en la pared, susurró: «Ésta es mi gloria». E inmediatamente expiró. Eran las dos de la tarde. El médico diagnosticó su muerte por neumonía. Tenía sólo 41 años. Sus restos, desde 1773, yacen en la capilla de los Hermanos terciarios de Guatemala. Fue beatificado por el papa Juan Pablo II, en Roma, el 22 de junio de 1980 y canonizado por el mismo Papa, en Guatemala, el 31 de julio de 2002.

Después de más de tres siglos su obra sigue adelante y su mensaje no pierde actualidad. También nacieron del espíritu del Hermano Pedro las religiosas betlemitas, no en vida del santo, sino siendo ya superior fray Rodrigo de la Cruz, quien aceptó el ofrecimiento de algunas mujeres que, con el mismo espíritu del fundador, acogieron a mujeres pobres, enfermas y necesitadas. Las dos primeras que formaron parte de la rama femenina de las betlemitas fueron Dña. Agustina Delgado y su hija M.^a Ana de Terán Moratalla, que fundaron el Instituto de Belén o Beaterio. Pero la gran impulsora de esta obra fue Vicenta Rosal Vázquez, que nació en Quetzaltenango (Guatemala) en 1820 e ingresó en el Beaterio de Belén en septiembre de 1837, con el

nombre de sor M.^a Encarnación del Corazón de Jesús. Fue beatificada por Juan Pablo II el año 1997.

Existe asimismo la Asociación de laicos betlemitas, aprobada por el Papa actual el 22 de julio de 1991. Y dependiendo de los Hermanos de Belén existe la Orden Tercera, compuesta por laicos de toda condición. Y recientemente se ha adherido al espíritu del santo tinerfeño la Congregación de Marta y María, nacida en Guatemala. Todas estas ramas quieren seguir el ideal de humildad, piedad y caridad del Hermano Pedro.

PEDRO RIESCO PONTEJO, OP

Bibliografía

AAS 78 (1988) 253-255.

Art. en A. MARTINEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano. Abril* (Madrid 2000) 305-309.

Art., en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos*, II (Madrid 2000) 1.884-1.885.

DÍAZ FRIAS, N., *El Hermano Pedro de Bethencourt: la vida, la familia y la obra del primer santo canario* (Santa Cruz de Tenerife 2002).

FERNANDEZ GARCIA, F., *El primer santo canario: el Santo Hermano Pedro* (Carta Pastoral de 25 de abril de 2002) (La Laguna, Tenerife 2002).

HERNANDEZ, S. (Betlemita), «El Hermano Pedro, una estrella que señala rutas de Evangelio»: *L'Osservatore Romano* (9-8-2002) p 6 (402).

RIBOT RODRIGUEZ, J., *El Hermano Pedro* (La Laguna, Tenerife 2002).

BEATO JUAN BAUTISTA PLAMARTA

Presbítero y fundador († 1913)

La Congregación de la Sagrada Familia de Nazaret fue fundada por el sacerdote italiano Juan Bautista Piamarta, beatificado por Juan Pablo II el año 1997. El Papa trazó certeramente su semblanza en la homilía de aquel doce de octubre en la Basílica de San Pedro:

«Jesús se le quedó mirando con cariño» (Mc 10,21). Estas palabras del texto evangélico evocan la experiencia espiritual y apostólica del sacerdote Juan Piamarta, fundador de la Congregación de la Sagrada Familia de Nazaret, a quien hoy contemplamos en la gloria celeste.

»También él, siguiendo el ejemplo de Cristo, supo llevar a muchos muchachos y jóvenes al encuentro con la mirada cariñosa y exigente del Señor. ¡Cuántos, gracias a su labor sacerdotal, pudieron emprender con alegría el camino de la vida tras haber aprendi-

do un oficio y, sobre todo, tras haberse encontrado con Jesus y su mensaje de salvacion!

»La labor apostolica del nuevo Beato es poliedrica y abraza muchos campos de la vida social desde el mundo del trabajo al mundo agrario, desde la educacion escolar al sector editorial. Su paso dejo una honda huella en la diocesis de Brescia y en la Iglesia entera. ¿De donde sacaba este extraordinario hombre de Dios la energia suficiente para su multiple actividad? La respuesta esta clara: la oracion asidua y fervorosa era la fuente del ardor apostolico incansable y del benefico atractivo que ejercia en todos aquellos que lo rodeaban.

»El mismo afirmaba, como recuerdan los testimonios de sus contemporaneos: "Con la oracion se hace uno fuerte, de la misma fortaleza de Dios. *Omnia possum*. Todo es posible con Dios, con el y por el"» (*Ecclesia* 57 [1997] 1 881-1 882)

Nació en Brescia (Italia) el 26 de noviembre de 1841. Sus padres, Jose Piamarta y Regina Ferrari, eran de humilde condición social. Tras una adolescencia difícil, gracias a la protección del párroco de Vallio, Pancrazio Pezzana, pudo ingresar en el Seminario. A pesar de haberse encontrado con dificultades en los estudios pudo ser ordenado sacerdote el 24 de diciembre de 1865.

Sus primeros campos de apostolado fueron Carzago Riviera (tres años) y más tarde Bedizzole, a instancias de su protector. Cuando llegó Pancrazio a la parroquia urbana de San Alejandro, consiguió llevarle con él y ponerle al frente del oratorio de los jóvenes. Fueron los años más brillantes de su apostolado que se centró sobre todo en los muchachos, con total dedicación y admirables frutos.

Se hacía querer por todos sin distinción como un hermano más y le respetaban y veneraban como a un padre. Después de 13 años entre los chicos, el obispo, en 1883, le envió a regir una parroquia de la baja Brescia, Pavone Mella. Por largo tiempo había estado sin sacerdote y sin atención pastoral. Allí soportó, por espacio de cuatro años, la hostilidad irreductible de las gentes habituadas a toda clase de abusos.

Por fin se decidió a renunciar a la parroquia y regresó a la ciudad para dedicarse por entero a una obra largo tiempo soñada. Y es que durante su permanencia en San Alejandro al frente del Oratorio, había intercambiado sus inquietudes apostolicas con su amigo Pedro Capretti, un joven prelado, inteligente y dinamico.

En sus frecuentes conversaciones y encuentros afluía siempre el apremiante problema de los jóvenes que venían del campo a la ciudad en busca de trabajo y allí se encontraban perdidos y solos, mientras aprendían un oficio. Desarraigados y abandonados, corrían peligro grave de olvidarse de Dios, dejar las prácticas religiosas y perder la fe.

Brescia había contado con la providencial institución apostólica de los Hijos de María, fundada por Luis Pavone, que tenía por finalidad esa urgente labor de atención a los jóvenes. Pero dolorosos acontecimientos les habían obligado a dejar la ciudad y la tarea.

Con ardor apostólico, Piamarta y Capretti improvisaron una solución alternativa que se fue desarrollando paulatinamente. Los comienzos fueron en el collado de Santa Julia. Un terreno donde pudieron, por la munificencia de Capretti, adaptarse y unirse dos casitas formando un modesto edificio de una sola planta. Así es como nació el instituto apellidado «Artiglianelli», «de los Pequeños artesanos», inaugurado el 3 de diciembre de 1886. Era primer viernes de mes y fiesta de los dos santos de la juventud, San Felipe de Neri y San Luis Gonzaga. Y por mandato del obispo diocesano, mons. Corna Pellegrini, Piamarta asumía la dirección.

Pronto, una serie de incidentes y contratiempos convencieron al obispo de que la obra no tenía suficiente solidez, y determinó clausurarla. Con serenidad y fortaleza escuchó Piamarta la voz del superior. Pero, a continuación, exclamó: «¡Yo moriré donde estoy, en medio de mis muchachos!». Era clara su decisión de continuar a pesar de todo. El obispo no se impresionó ni se disgustó, solamente le dijo: «¡Adelante, y que Dios le valga!».

Desde aquel momento era el único responsable de la Obra como verdadero padre y fundador del Instituto, que aún hoy se sigue llamando de los *Pequeños artesanos*.

A partir de 1888, el crecimiento ascensional fue imparable. Los talleres de la colina Santa Julia se multiplicaron y acogían a los jóvenes trabajadores, cada vez más numerosos. La admirable preparación técnica de los alumnos correspondía a la perfección de las máquinas y a la profesionalidad de los maestros e instructores.

Muy pronto cayó en la cuenta de que, resueltos los problemas de los jóvenes de la ciudad, había que pensar en los ámbitos rurales para llevar las mismas ayudas de la institución a los campesinos. El desarrollo vertiginoso de la industria les empujaba a abandonar las tareas agrícolas en crisis porque los anacrónicos métodos del cultivo exigían urgente renovación científica y técnica. Ellos no estaban preparados para acometerla. Piamarta, que había sido párroco en el campo bresciano, sentía en carne viva el problema con toda su crudeza, pero solamente pudo concretar un plan eficiente de solución cuando providencialmente se encontró con otro sacerdote muy celoso, Juan Bonsignori. Éste fue quien patrocinó la fundación de una escuela agraria experimental para demostrar la relevancia económica del sector agrícola cuando se aplican en el cultivo de la tierra los métodos racionales.

Piamarta lo vio claro y adquirió, en Remedello Sopra, una finca de cerca de 140 hectáreas con su caserío en febrero de 1895. Allí inició su tarea Bonsignori en noviembre del mismo año. Al año siguiente, 1896, intervinieron en el Congreso de estudios sociales celebrado en Padua y expusieron detalladamente la iniciativa. En octubre de 1896 se publicaba el primer número del periódico *La familia agrícola* para informar sobre la Obra.

La vitalidad del Instituto se puso de relieve ante la opinión pública cuando se cumplió el primer decenio de su fundación en 1886. Piamarta pensó entonces en cómo asegurar la permanencia de la Obra, puesto que «los hombres pasan pero las instituciones deben continuar». Así cuajó la idea de una familia religiosa que fuera toda suya. Había rechazado siempre la idea de resucitar en Brescia la desaparecida Congregación de los Hijos de María y tampoco hizo caso a Don Rúa que le invitó a unirse con los salesianos.

Quiso más bien realizar un proyecto original y propio, una familia religiosa compuesta por sacerdotes y laicos que tendieran a la educación y formación profesional. Y también de mujeres como auxiliares para cuidar de la cocina, la ropa y lo conveniente a su condición.

Piamarta soñaba que esta su familia fuera una verdadera comunidad religiosa en la que todos los miembros buscaran seria-

mente la santificación propia practicando la verdadera vida consagrada, pero no quería una congregación propiamente dicha sino solamente una Pía sociedad de vida común, con todo el espíritu de la vida religiosa, pero sin votos.

Estas ideas cristalizaron en el texto de las primeras constituciones por él redactadas de acuerdo con sus colaboradores. Consiguieron la aprobación diocesana «ad experimentum» el 9 de marzo de 1900, y la definitiva el 19 de mayo de 1902. En ese día emitieron la fórmula de consagración, en manos del obispo diocesano, el primer grupo de sacerdotes, clérigos y hermanos, con su fundador. La aprobación oficial como Pía sociedad la dio el decreto episcopal de 23 de diciembre de 1908.

Las *Auxiliares* comenzaron a existir en 1900. Por iniciativa de Piamarta y su Consejo, se asientan sobre la base de una fundación que la joven viuda de Gavardo, Elisa Baldo, había erigido en su pueblo natal, una casa para acoger enfermas y ancianas pobres, abierta en 1898. Con ella redactó el reglamento. Y, después de aplicarlo durante 10 años, el 15 de marzo de 1911, en la iglesia de los Pequeños artesanos de Brescia, les entregó el crucifijo a la fundadora y a otras ocho hermanas, consagrándolas como Auxiliares de la Congregación de la Sagrada Familia de Nazaret. En cuanto tales, aceptaban la regla general de dicha congregación. Fijaron su casa madre en el Instituto de los Pequeños artesanos de Brescia, aceptando como superior general al de la Pía sociedad, y se llamaron Pobres Siervas de la Sagrada Familia de Nazaret.

Para organizar la administración de su obra, Piamarta entregó todas sus propiedades a una sociedad anónima industrial de Brescia, constituida el 2 de septiembre de 1910, que, con ligeras modificaciones, cumplió su cometido.

En este momento el fundador se preparaba ya para su tránsito a la verdadera vida. El 11 de enero de 1910 sufrió un ataque que le paralizó durante varios días. Se repuso y emprendió de nuevo todas sus actividades, pero se notaba visiblemente un cambio profundo, con el acuciante deseo de ultimar muchas cosas y determinar proyectos pendientes al mismo tiempo que se distanciaba de los asuntos de este mundo y se sumergía en los del más allá.

Un segundo ataque le sorprendió en abril de 1913 cuando se encontraba en Remedello Sopra para estudiar algunos problemas urgentes de aquella colonia agrícola. Falleció pocos días después, el 25 de abril. Su cadáver fue trasladado a Brescia, donde se celebraron solemnes honras fúnebres; y fue sepultado en el cementerio Vantiniano en la capilla de la noble familia Capretti. Así, los dos amigos que acariciaron los mismos ideales en la vida, se encontraron juntos en el sepulcro.

Para retratar su personalidad, nada mejor que la afirmación de uno de sus discípulos: «Era sempre in fermento», estaba en continua ebullición, dedicado a su dinamismo apostólico. El secreto de esta creatividad era su estar con Dios. De esa profunda vida interior fluía su caridad sin límites hacia todas las miserias del mundo. Para aliviar esos males, fue tenaz en el desarrollo de sus planes. Apóstol incomparable en la formación de las personas, especialmente de los jóvenes, que fueron la razón de su vida.

Daba una educación fundamental, sobria y segura, partiendo de las virtudes humanas, principalmente de la sinceridad y austeridad para guía, por el camino de la fortaleza y el sacrificio, al saboreo de las cosas divinas.

Después de su muerte, la obra continuó extendiéndose por Brescia y el resto de Italia.

Entre tanto su Instituto se transformó en Congregación de votos simples en 1939 y fue reconocida de derecho pontificio en 1948. En 1950 obtuvo la personalidad jurídica civil. Se abrió al horizonte misionero en Brasil, el año 1957.

En 1979 tenía 21 casas y 114 miembros, de los cuales 82 eran sacerdotes.

Los restos del P. Piamarta fueron solemnemente trasladados a la iglesia del Instituto en 1926, junto al altar de Nuestra Señora de Lourdes. El proceso diocesano se inició en 1943 y la Sagrada Congregación de Ritos instruyó la causa en 1963.

(La casi totalidad de los datos biográficos del Beato Piamarta están tomados de las documentadas páginas que le dedica, en la Bibliotheca sanctorum, A. Nodari, que encabeza la bibliografía).

Bibliografía

- FELICI, I., *Volo tra le fiamme, Il servo di Dio, P. Giovanni Piamarta* (Brescia ²1951)
NODARI, A., «Piamarta Giovanni», en *Bibliotheca sanctorum*, t X cols 537-544.
L'Osservatore Romano (ed. en español) (17-10-1997).
REPETTO BETES, J. L., *Santoral del clero secular* (BAC. Estudios y ensayos, 1; Madrid 2000) 477-478.
SERIOLI, P., *P Piamarta e la sua opera* (Brescia 1961)

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ESTEBAN DE ANTIOQUÍA

Obispo y mártir († 479)

La herejía monofisita fue una tremenda conmoción en toda la Iglesia, y produjo mártires. Uno de ellos este pacífico patriarca de Antioquía, partidario de la ortodoxia calcedonense, el cual se dirigía a la basílica de los Cuarenta Mártires fuera de la ciudad cuando un grupo nutrido de monofisitas, entre ellos jóvenes clérigos, se atrevieron a insultar y agredir al patriarca, lo tiraron al suelo, lo arrastraron después de maltratarlo y lo tiraron al río Orontes donde pereció. Debió ser entre el 477 y 479, y la fecha, el 25 de abril que pone el *Martirologio romano*, ha sido calificada de gratuita.

SANTA FRANCA VISALTA

Abadesa († 1218)

Era natural de Piacenza y tenía solamente once años cuando ingresa en el monasterio benedictino de San Siro, de su ciudad natal. A los 18 años hizo su profesión monástica y se decidió a observar con gran rigor la Regla, lo que la hizo chocar con otras muchas monjas. El choque fue tan fuerte que tuvo que pasar a otro convento, y éste fue el cisterciense de Montelana, del cual fue luego elegida abadesa. La comunidad se mudó luego a Pitoli. Murió el 25 de abril de 1218.

BEATO BONIFACIO VALPERGA

Obispo († 1243)

Nació en Turín en la segunda mitad del siglo XII, hijo de los condes de Valperga. De su educación se encargó su tío Arduino, arzobispo de Turín. Fue primero monje en la abadía benedictina de San Benigno de Fruttuaria, pero luego se pasó a los canónigos regulares de San Urso en la ciudad de Aosta. Aquí se acreditó por su sabiduría y bondad. El 17 de julio de 1219 es elegido obispo de Aosta, y su pontificado fue ejemplar, rigiendo la diócesis con prudencia y dando un magnífico testimonio de vida cristiana. Murió el 25 de abril de 1243. Su culto fue confirmado el 18 de abril de 1890.

BEATOS ROBERTO ANDERTON Y GUILLERMO MARSDEN

Presbíteros y mártires († 1586)

Estos dos mártires se encontraron en varias ocasiones importantes de su vida y abordaron juntos la suprema oportunidad de dar su vida por la fe católica. El primero era natural de la isla de Man y en su juventud hizo estudios en Oxford. Allí se encontró en el mismo colegio Brasenose a Guillermo Marsden, natural de Goosnargh en el Lancashire, y entre ambos se entabló una sincera amistad. Ambos decidieron hacerse sacerdotes y marcharon juntos al colegio seminario de Douai, donde, terminados los estudios, se ordenaron sacerdotes, el primero en 1584 y el segundo al año siguiente. Juntos fueron enviados a la misión inglesa en 1586. Pero pudieron trabajar poco tiempo porque ambos fueron arrestados poco después de su llegada. Su arresto tuvo lugar en la isla de Wight, y su juicio en Winchester. Ambos fueron condenados como traidores al haber sido ordenados sacerdotes fuera de Inglaterra. Pero como ambos expresaron en el juicio su lealtad a la Reina, fueron enviados a Londres para ser examinados por el Consejo Privado, el cual consideró insuficientes sus respuestas y los devolvió a Winchester para que fueran ejecutados. En su ejecución se leyó una proclamación real justificando la condena a muerte. Por fin ésta

tuvo lugar en Newport, isla de Wight, el 25 de abril de 1586. Fueron beatificados el 15 de diciembre de 1929.

26 de abril

A) MARTIROLOGIO

- 1 En Roma, la conmemoración de San Cleto († 88), papa **
- 2 En Gabii, en la Via Palestrina, San Primitivo, mártir (fecha desconocida)
- 3 En Amasea del Ponto, San Basileo († 322), obispo y mártir
- 4 En Saint-Riquier (Francia), San Ricario († 645), presbítero y monje *
- 5 En Corbie (Francia), San Pascasio Radberto († 865), abad *
- 6 En Foggia (Italia), santos Guillermo y Peregrino (s. XII), eremitas
- 7 En Aragón, beatos Domingo y Gregorio (s. XIII), presbíteros, de la Orden de Predicadores *
- 8 En Moscú (Rusia), la deposición de San Esteban († 1396), obispo de Perm *
- 9 En el monasterio de San Isidro de Dueñas (Palencia), Beato María Rafael Arnaiz Barón († 1938), monje cisterciense **
- 10 En Montjuic (Gerona), Beato Julio Junyer Padern († 1938), presbítero, de la Congregación Salesiana, mártir *
- 11 En el campo de concentración de Sachsenhausen (Alemania), Beato Estanislao Kubista († 1942), presbítero, de la Sociedad del Verbo Divino, mártir. Se conmemora con el al Beato Ladislao Goral († 1942), obispo auxiliar de Lublin, muerto en día ignorado en el mismo campo de concentración *

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTOS CLETO Y MARCELINO

Papas y mártires

El *Martirologio* y el *Breviario* romano han unido en un mismo día la conmemoración de estos dos papas y mártires, considerándoles como pontífices distintos de otros dos, Anacleto y Marcelo, que llevan un nombre casi parecido y cuya semejanza

ha servido de tema de discusión a los entendidos en la historia de la Iglesia. De los antiguos catálogos de los papas, los más antiguos, como el de San Ireneo (siglo III), Eusebio (siglo IV), San Epifanio, San Jerónimo y San Agustín, hacen de Cleto y Anacleto un solo personaje, que, siguiendo a San Lino en el pontificado, viene a ser con ello el tercero de los papas. Más tarde, en el *Catálogo Liberiano* (siglo IV) y en el *Liber pontificalis* (siglo VI), se hace ya distinción entre estos dos nombres, dándose a Cleto el tercer lugar y el quinto a Anacleto en la sucesión del Príncipe de los apóstoles. Esta separación se debió, tal vez, en época posterior a escrúpulos de exactitud, suposición confirmada por los recientes estudios llevados a cabo por el alemán E. Caspar sobre la vida de los primeros papas.

De aquí que, siguiendo la opinión más extendida entre los críticos modernos, también nosotros tomaremos el nombre de Cleto por el de Anacleto, identificando con ello, y en ambos nombres, al tercer papa que sucedió a San Lino en la silla de San Pedro.

Algo parecido ocurre a su vez con el papa San Marcelino, ya que, según unos documentos, a San Cayo le siguen dos pontífices distintos llamados Marcelino y Marcelo, mientras, según otros, tal vez la mayoría, solamente le siguió uno, que es el papa que estudiamos, San Marcelino.

No se trata, por tanto, de probar la existencia o no existencia de este Santo, que es admitida por todos, sino de ver si de nuevo nos hallamos ante un solo papa o bien ante dos.

Como es sabido, entre los romanos los nombres de Marcelo, Marcelino o Marceliano vienen a ser uno mismo, tomado con diversas variantes. De una inscripción del siglo IV deducimos con toda claridad que, a fines de este siglo y principios del siguiente, hubo un papa que llevaba por nombre Marcelino, aunque para designarle se usaran a veces los otros de Marcelo y Marceliano.

Solamente los catálogos posteriores (el *Liberiano* y el *Liber pontificalis*) empiezan a confundirles y a señalar dos papas independientes. Hoy, sin embargo, como en el caso de Cleto y Anacleto, todos se inclinan a admitir la existencia de un solo Marcelino, que en el año 296 sucede a San Cayo en la cátedra de San Pedro.

San Cleto o Anacleto nace, según los documentos aludidos, en Atenas, y ya de muy joven es convertido a la fe cristiana por el mismo San Pedro, quien pronto le ordena de diácono y poco más tarde de presbítero. Tal vez seguirá al apóstol en sus correrías evangélicas, hasta que llega a Roma, donde forma parte, desde el primer momento, de aquel grupo de selectos o colaboradores que tenía San Pedro en la ciudad de los Césares. No es de extrañar que a ellos —a Lino, su sucesor; a Anacleto y a Clemente— les confiara de vez en cuando el gobierno de la Iglesia romana, mientras él iba recorriendo las distintas cristiandades.

Por el año 76, y habiendo muerto el sucesor de San Pedro, San Lino, es escogido Anacleto por la comunidad de fieles para sucederle en la cátedra, empezando con ello su pontificado, que había de extenderse hasta el año 88, según unos, o hasta el 90, según otros. Duros tiempos le toca vivir, cuando a los trabajos de consolidación de las primeras cristiandades se iban uniendo las fatigas de la persecución, que no hacía mucho se había desencadenado. Anacleto, como buen pastor, vigila y ora con los perseguidos, a quienes reúne en las catacumbas para celebrar los divinos oficios. Él mismo, como posteriormente haría San Dámaso, decora las tumbas de los apóstoles, y especialmente la de San Pedro, que había sido enterrado en la colina del Vaticano. En ella hace construir una especie de túmulo o «memoria» que sirviera para señalar a las generaciones futuras el lugar exacto de la tumba del primer Papa.

Nuestro Santo aparece, por otra parte, como un pontífice de la Iglesia romana y universal, con ciertos decretos llenos de interés, usando en sus cartas el saludo, que habían de adoptar sus sucesores, de «Salud y bendición apostólica», y, como casi todos los primeros pastores de la Iglesia, iba a manifestar con su vida la doctrina de Cristo que predicaba.

Por este tiempo había sucedido en el Imperio el emperador Domiciano (81-86), que al fin de su vida, y echando abajo la templanza característica de su familia, los Flavios, iba a distinguirse como uno de los perseguidores más cruentos de los cristianos. Que en su reinado padeciera el martirio San Anacleto es indudable, aunque no nos queden noticias precisas del modo y la fecha en que lo sufrió. La Iglesia, sin embargo, le ha concedi-

do siempre el título de mártir, habida cuenta de los trabajos que tuvo que padecer. Fue enterrado en la misma colina del Vaticano, junto al sepulcro de San Pedro, a quien tan de cerca había seguido en su vida.

La Iglesia romana celebra también la fiesta de San Marcelino el 26 de abril y, aunque siempre se ha creído que su muerte tuvo lugar el 24 de octubre del año 304, parece probable que padeciera martirio en esta fecha del 26 de abril del mismo año, cuatro días precisamente después de la publicación del cuarto edicto de persecución decretado por Diocleciano. Este emperador, llevado por un falso concepto de la grandeza del Imperio, que exigía acabar con toda la raza de cristianos, empieza su persecución general en el año 303, en Oriente, y pronto la extiende a todas las provincias del Imperio y a la misma Roma. Regía entonces los destinos de la Iglesia San Marcelino, que había sucedido a San Cayo el 30 de junio del año 296. Su gobierno iba a durar ocho años y se iba a caracterizar por una serie de luchas, tanto interiores como exteriores. De una parte agobiaban a los cristianos los diversos decretos de persecución, el último de los cuales obligaba a todos los súbditos del emperador a que sacrificasen y ofreciesen públicos sacrificios a los dioses.

En Roma se desencadena una terrible persecución, que abarca tanto a las jerarquías como al simple pueblo, ya fueran mujeres o niños. Algunos ceden, y éste era el peligro interior de la Iglesia, ante tanto miedo y fatiga, y fueron numerosos los que llegaron a ofrecer, siquiera fuera como símbolo meramente externo, el incienso ante el altar de los dioses paganos. Todo ello dio origen a que se formara en la Iglesia un grupo de los llamados «lapsos», que aparentemente aparecían como apóstatas, si bien estuvieron siempre dispuestos a entrar de nuevo en el seno de la Iglesia. Ante el problema de recibirlos de nuevo o no, surgen dos trayectorias marcadamente definidas. De una parte están los intransigentes, los eternos fariseos, que negaban el perdón con el pretexto de no contaminarse con los caídos. De otra parte, y ésta fue la posición de San Marcelino, a ejemplo del Buen Pastor del Evangelio, están los que trataban de dulcificar la posición de los que habían sacrificado, recibiendo de nuevo a la gracia de la penitencia. Por esta conducta es acusado el

Papa de favorecer la herejía y, aún más, se inventa la leyenda de que él mismo había llegado a ofrecer incienso a los dioses para escapar libre de la persecución.

Enseguida la secta de los donatistas, que en este tiempo empieza a luchar encarnizadamente contra la fe católica y contra los pontífices de Roma, propala la calumnia de que también San Marcelino había prevaricado, aunque después, arrepintiéndose, se hubiera declarado cristiano ante el tribunal, padeciendo martirio por esta causa. La leyenda, como tantas otras, fue admitida más tarde hasta por el mismo *Liber pontificalis*, y ampliada la inverosimilitud, con la circunstancia de que San Marcelino se había presentado nada menos que delante de 300 obispos en el sínodo de Sinuessa, para escuchar de sus labios su propia sentencia.

El *lapsus* de San Marcelino ha sido siempre desmentido, ya sea por el silencio de los escritores contemporáneos y sucesivos, ya por el fundamento de falsedad en que se apoyan los que lo afirman, y más que todo por la fama de santidad de que había gozado siempre este papa entre los cristianos de los primeros siglos. Los peregrinos visitaban y veneraban su tumba, y el mismo San Agustín escribía en su tiempo que los donatistas acusaron a Marcelino y a sus presbíteros Melquíades, Marcelo y Silvestre, como mera propaganda en su odio a Roma. Respecto de las actas del sínodo de Sinuessa, está suficientemente probado que fueron falsificadas en los principios del siglo VI, en tiempos del papa Símaco, cuando el rey visigodo Teodorico, con el fin de que otro sínodo pudiera juzgar legítimamente a este papa, y como no hubiera precedentes anteriores, hace amañar unas actas falsificadas, trayendo a colación lo que los donatistas habían propalado del «lapso» del papa San Marcelino. En cuanto al *Liber pontificalis* (ca.530), es sabido que en este caso toma sus noticias precisamente de las actas falsificadas del sínodo de Sinuessa.

Los hechos, sin embargo, fueron de otra manera. Ante el edicto general, San Marcelino, que había regido sabiamente la Iglesia, agrandando las catacumbas para dar mejor cabida a los cristianos —aún existe en la de San Calixto una capilla llamada de San Marcelino—, esforzando a todos con su ejemplo y su

virtud, no dudó, cuando le llegó el momento, en dar también su sangre por Cristo. Llevado ante el tribunal, juntamente con los cristianos Claudio, Cirino y Antonino, confiesa abiertamente su fe y es condenado enseguida a la pena capital. Decapitado, su cuerpo permanece veinticinco días sin sepultura, hasta que, por fin, le encuentra el presbítero Marcelo y, reunida la comunidad, es sepultado con toda piedad en el cementerio de Priscila, junto a la Via Salaria, donde todavía se conserva. Como supremo mentís a la difamación que habían extendido sobre su vida los herejes, fueron diseñados sobre su tumba los tres jóvenes hebreos que, como el santo mártir, se negaron también a rendir adoración a los ídolos delante de la estatua del rey asirio Nabucodonosor.

FRANCISCO MARTÍN HERNÁNDEZ

N.B para el lector: En el nuevo *Martirologio* no figura la memoria de San Anacleto, identificándolo así con San Cleto, y tampoco trae la de San Marcelino por identificarlo con San Marcelo. Pero dejamos esta biografía tal como fue escrita por su evidente interés de crítica histórica

Bibliografía

Act SS Boll., 26 de abril.

Art. en *Dictionnaire de théologie catholique*

CASPAR, E., *Geschichte des Papsttums*, I (hasta León I) (Tubinga 1930)

DUCHESNE, L. (ed.), *Liber pontificalis*, I (París 1886) p.XLIX y 2s

TILLEMONT, L S DE, *Mémoires pour servir a l'histoire ecclesiastique des six premiers siecles.*, II (Venecia) 555s, 613s

BEATO RAFAEL ARNÁIZ BARÓN

Monje († 1938)

El 27 de septiembre de 1992, Juan Pablo II beatificaba en Roma al Hermano Rafael Arnáiz Barón, oblato de la Orden Cisterciense de la Estrecha Observancia, junto con otros veinte Siervos de Dios, entre ellos tres fundadoras españolas y 15 mártires irlandeses de los siglos XVI y XVII. Tres años antes, el 19 de agosto de 1989, en la concentración mundial de jóvenes, en el Monte del Gozo de Santiago de Compostela, el mismo Papa

presentaba como modelo de seguimiento de Cristo la encomiable figura de este Siervo de Dios:

«Muerto a los veintisiete años de edad, en la Abadía de San Isidro de Dueñas (Palencia) De él se ha dicho justamente —prosiguió el Papa— que vivió y murió con un corazón alegre y con mucho amor a Dios. Fue un joven, como muchos de vosotros y de vosotras —decía a los jóvenes—, que acogió la llamada de Cristo y la siguió con decisión» (*Ecclesia* [1989] 1 252)

El nombre del Hermano Rafael quizá no era muy conocido en Roma, pero en España y en el ámbito de los colegios religiosos, estaba bastante generalizada su figura amable y simpática y, sobre todo, los rasgos más atrayentes de su espiritualidad. Para aclararnos en lo sucesivo, Trapa y Orden Cisterciense de la Estrecha Observancia, Cisterciense y Trapense, son términos equivalentes. La Orden Cisterciense de la Estrecha Observancia, en sus ramas masculina y femenina, está asentada en España y extendida por los cinco continentes.

El Beato Rafael nace en Burgos, el día 9 de abril de 1911, y es bautizado, el 21 del mismo mes, en la parroquia de Santa Águeda o Gadea de Burgos, célebre en la historia medieval española. Sus padres eran don Rafael Arnáiz Sánchez de la Campa, ingeniero de montes, y doña Mercedes Barón Torres; del matrimonio nacieron cuatro hijos: el primogénito Rafael, Leopoldo, Luis Fernando y Mercedes, de los cuales, tres fueron religiosos, el propio Rafael, Luis Fernando, que se hizo cartujo, y Mercedes, que entro ursulina y murió de tuberculosis a la edad de 28 años. Sólo el segundo, Leopoldo, llegó a casarse, y de su fecundo matrimonio nacieron doce hijos.

La familia Arnáiz-Barón, de un buen nivel económico, pertenecía a la alta burguesía burgalesa y estaba emparentada con la aristocracia española. Los duques de Maqueda, de quienes hablaremos más adelante, eran tíos suyos. El ambiente social y económico de Rafael es holgado, lujoso e incluso refinado. Sin embargo, a nivel espiritual y humano, el clima que envuelve a nuestro personaje, en su infancia y juventud, es de una fe recia, tradicional y fervorosa, y de un cariño y unión verdaderamente modélicos.

La formación, en la niñez y juventud, la recibe Rafael en los colegios de la Compañía de Jesús, primero en Burgos y, a partir

de 1922, cuando la familia se traslada a Asturias, en Oviedo; es alumno externo y pertenece a las asociaciones piadosas que los Jesuitas suelen tener en sus colegios. En la edad escolar, se puede definir a Rafael como un niño inteligente, alegre, travieso en los juegos, formal en los estudios y hondamente piadoso; a los diez años, con ocasión de unas fiebres cólico-bacilares que le debilitan grandemente, los Padres de la Compañía le llevan la comunión a su habitación todos los domingos; la comunión dominical será en adelante una práctica habitual.

De joven se despierta con alma de artista; precisamente a los 15 años, inicia clases particulares de pintura con el conocido paisajista Eugenio Tamayo (1891-1972), arte para el cual estaba muy dotado, como se aprecia por los dibujos y cuadros de diversa índole que ha legado a la posteridad. En abril de 1930 es admitido en la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid.

No es extraño que surja la vocación religiosa en Rafael, un joven alegre, despierto, de buen humor y con el alma de artista, espíritu selecto, inclinado a la reflexión, a profundizar dentro de sí y a sorprenderse ante la realidad de las cosas, dentro de un ambiente religioso de profunda seriedad. Las vacaciones de 1929, como premio del resultado final del bachillerato, en la casa solariega que sus tíos, los duques de Maqueda, tienen en Pedrosillo (Ávila), van a significar para Rafael el inicio de su vocación.

Sus tíos, el matrimonio compuesto por Leopoldo Barón Torres, hermano de su madre, y doña María del Socorro Osorio de Moscoso y Reynoso, duquesa de Maqueda, eran personas muy piadosas, y el tío Polín, como le llamaba Rafael, muy trapense de San Isidro de Dueñas (Palencia). Entre tíos, y sobre todo tía, y sobrino surgió una amistad espiritual muy íntima, profunda y espiritual. En su estancia en Madrid, durante los estudios de Arquitectura, Rafael aprovechará todos los días libres para estar con sus tíos.

Probablemente, el primer contacto con la Trapa lo tuvo el Hermano Rafael en las vacaciones de 1930 en Pedrosillo. En esa ocasión, su tío le da a leer la biografía del H. Gabriel, trapense de Chambarand, en Francia; la lectura le avivó el deseo de visitar una Trapa. Su tío se lo facilitó, y en septiembre de ese

mismo año, Rafael se dirigió al monasterio de San Isidro de Dueñas, con cartas de presentación del tío. La visita le impactó profundamente, y al año siguiente volvió de nuevo y escribió una serie de pensamientos, *Mis impresiones de la Trapa*, donde se revela su espíritu observador e idealizante. Le aconsejan hacer unos ejercicios espirituales en el monasterio, lo que realiza del 17 al 26 de junio de 1932, donde se afirma y clarifica más su vocación.

El proceso vocacional coincide con una intensa vida espiritual, comprometida en el apostolado de la Acción Católica y en la Adoración nocturna, a las que se afilia por esas fechas. Sin perder su ritmo y acendrada vida de piedad, cumple el servicio militar en Madrid. Por fin, el 19 de noviembre de 1933, escribe al P. Abad de San Isidro de Dueñas, pidiéndole su admisión en el noviciado. La carta la dirige desde Ávila, en casa de sus tíos, que son los primeros depositarios y confidentes de su decisión. Es en el contacto asiduo con ellos como se ha ido consolidando su propósito. En la carta de solicitud expone al P. Abad sus pretensiones:

«No me mueve para hacer este cambio de vida, ni tristezas, ni sufrimientos, ni desilusiones y desengaños del mundo [] Lo que este me puede dar, lo tengo todo Dios en su infinita bondad, me ha regalado en la vida mucho mas de lo que merezco [] Por tanto, mi Reverendo Padre, si me recibe en la Comunidad, con sus hijos, tenga la seguridad de que recibe solamente un corazon alegre y con mucho amor de Dios»

Recibe inmediatamente contestación y le invitan a que se ponga en contacto directo con el maestro de novicios; sin dejar Ávila, hace una visita rápida a la Trapa, y se inicia el proceso de ingreso, duro y decisivo y más lento de lo que hubiera deseado. Es romper con su comodidad para encararse con una vida austera y estricta, como era la Trapa de entonces, y sobre todo romper con los lazos ante todo de la familia y luego de los amigos; el trago más fuerte fue comunicar la decisión a sus padres, que al fin se desarrolla en un clima de emoción y también de alegría profunda por el gran don de la vocación de un hijo querido

Finalmente, el 15 de enero de 1934, ingresa en el monasterio de San Isidro de Dueñas, le acompaña su propio padre. El

18 de febrero siguiente, empezará canónicamente el noviciado, con la toma de hábito. Este período inicial marca una etapa gozosa para su espíritu, se va empapando de la espiritualidad cisterciense, encontrando desahogo a su deseo de contemplación. Esto no quiere decir que la vida no le costara, Rafael viene de un medio comodo e incluso lujoso. Sus escritos de la época reflejan la pobreza de la celda y sobre todo el duro colchón de paja, la dureza del trabajo manual y también el silencio, que por otra parte él amaba sinceramente.

Sin embargo, a los cuatro meses, aunque aparentaba encontrarse muy bien y estar muy contento, se le declara una diabetes sacarina, que echará bruscamente por tierra todos sus sueños, y que al final lo llevará a la muerte, cuatro años más tarde. Se le rompen todos los esquemas y se entrega confiadamente a los planes de Dios, desconcertantes totalmente a la lógica humana. La diabetes la suponen curable, por lo que el médico de la comunidad recomienda que retorne a su hogar para que le faciliten con eficacia los remedios necesarios. Así, pues, abandona el monasterio, el 26 de mayo de ese año.

La convalecencia en la familia durará año y medio, creía que había dejado el mundo para siempre, y de nuevo se encuentra en él, aunque dolorosa la situación, supo aceptarla como voluntad de Dios, y se aplico a vivir el momento presente buscando su curación, con un abandono total en las manos del Señor. Los cuidados intensivos provocan una mejoría, que aviva su deseo de volver cuanto antes al monasterio, pero su estancia se prolongará, porque la curación es lenta.

Aprovecha el tiempo para escribir la *Apología del trapense*, unos apuntes personales, en que Rafael describe y justifica su vocación monástica y personal y la vocación trapense en general, tal como él la entiende. Se nota que ha profundizado en la experiencia de lo absoluto de Dios:

«Primero Dios, siempre Dios y unicamente Dios [] El lo es todo y lo llena todo [] Dios me inunda [] Yo pertenezco a Dios, mi fin es Dios y El es el unico que puede llenarme por completo [] Todo lo demas no lo necesito y me es completamente innecesario»

La enfermedad se prolonga, los efectos positivos no se ven claramente, y Rafael es presa de la duda y de la desilusión. Se

siente abandonado y solo, sufriendo profundamente; se inicia un proceso de desprendimiento interior de todo lo más íntimo y querido. No podrá seguir ya la vida monástica en su integridad, y el destino que veía tan claro en la Trapa, se desvanece. Acepta este reto de la enfermedad y pide a los monjes que lo acepten como oblato de comunidad, situación jurídica que le impide ser monje, aunque viva lo mejor que pueda la vida religiosa y monástica. Es la renuncia total de sí y la acogida de la voluntad de Dios en la desnudez y vacío más totales. En la solicitud al P. Abad, afirma:

«No merezco ser monje [] ¿El cantar la Santa Misa? [] Señor, si te he de ver muy pronto, ¿que mas da? [] Los votos [], ¿no amo a Dios con todas las fuerzas? Pues ¿qué mas votos? Nada de eso me impide el estar a su lado, el consagrarle mi silencio con los hombres y el amarle, calladamente, humildemente, en la sencillez del Oblatado»

Rafael está dispuesto a aceptar, con gusto y alegría, el no ser nada en el monasterio, renunciando a todas las ilusiones y deseos de cuando empezó la primera vez. Con autorización del P. Abad, ingresa de nuevo en calidad de oblato, el 11 de enero de 1936, unos pocos meses antes del comienzo de la guerra civil española. A partir de este momento comerá y dormirá en las dependencias destinadas a los enfermos, con un régimen de vida general acomodado a sus posibilidades. Las circunstancias de esta segunda entrada son diferentes; ahora es un enfermo necesitado de cuidados, su primer maestro de novicios ha fallecido estando él fuera, y el nuevo no le tiene muchas simpatías; sobre todo, hay un enfermo sicópata, compañero de la enfermería, que será un tormento permanente hasta el final. Todo lo sufre desde una experiencia de dolor y de abandono.

En el mes de julio estalla la guerra, y en septiembre, Rafael es llamado a filas con una treintena de jóvenes de la comunidad. Pasado el reconocimiento médico, es declarado inútil total, y dos meses más tarde, en diciembre del mismo año, se incorpora de nuevo a su comunidad. El ambiente que encuentra es más precario; hay una lógica carencia de medios humanos y económicos, y el enfermero, que es nuevo, no acierta a cuidarlo; a los dos meses se agrava la enfermedad y tiene que volver otra vez a casa para que lo cuiden.

Tras diez meses de nueva convalecencia entre los suyos, y sin estar en absoluto recuperado, deja de lado, en un supremo esfuerzo, todo apego familiar y toda prudencia humana y decide volver al monasterio, para no salir más. Esta última entrada marca un situación de cruz y purificación extremas. Él nunca se quejó, sino que se abrazó a la Cruz más desnuda; los superiores no eran sabedores del trato que recibía y de su suplicio interior. Así llegó a la consumación de sus días, el 26 de abril de 1938; el diagnóstico final, coma diabético fulminante.

Ésta es a grandes rasgos la vida del Beato Rafael; vista desde la perspectiva humana, un fracaso total: en resumen, no consiguió nada ni fue nadie. Al final, sólo le importaba Dios y el amor, configurado en todo con el Hijo unigénito del Padre, con Jesús, en quien todos somos hijos de Dios y hermanos unos de otros. En poco tiempo llegó a la plenitud de su ser, como persona y como creyente, y de ahí con una gracia de irradiación especial.

Lo que vivió desde dentro y cómo lo vivió nos lo han contado quienes convivieron con él y sobre todo él mismo. Sus escritos, muy variados, componen un volumen considerable. Lo más abundante son sus cartas, y con atención especial las escritas a su tía, la duquesa de Maqueda, con la que mantiene una correspondencia de alto nivel espiritual. Entre los apuntes y reflexiones sobresalen las meditaciones, material más elaborado; en todos ellos, ha reflejado su vivencia interior y el sentido profundo de su vida.

Sus escritos rezuman frescura juvenil, simpatía desbordante, fino sentido del humor y transparencia de alma, su figura humana y espiritual resulta atrayente. La espiritualidad del Beato Rafael, al mismo tiempo profunda y sin refinamientos, conecta muy bien con la fe sencilla y con lo que realmente la gente vive más allá de las doctrinas complicadas. En su amor y en su dolor, en su alegría espontánea y en sus lágrimas, el hermano refleja en gran medida lo que ocurre en lo íntimo de quien simplemente está vivo, con la particularidad de que él lo vive y expresa en el marco de una intensa experiencia espiritual.

El Hermano Rafael vivió en un contexto histórico muy concreto, en los tiempos inmediatos y dentro de la guerra civil. Sus

escritos están marcados por la espiritualidad concreta de ese momento. Para una lectura provechosa de estos escritos, nada mejor que la obra reseñada en la bibliografía, escrita por un monje que habita la misma abadía en que vivió el Beato, Antonio M.^a Martín. De él hemos tomado lo apuntado referente a sus escritos, y el siguiente párrafo, que resume su espiritualidad y concluye estas notas:

«No obstante, e independientemente de las lecturas que se puedan hacer de este breve itinerario vital, lo cierto es que durante él Rafael fue elaborando una espiritualidad muy personal y evangélica que él mismo calificó de “ciencia de la Cruz”, en la que se condensa todo lo que quiso ser y de hecho fue. El ímpetu irreprímible del deseo de Dios se funde en ella cada vez más con el misterio oblativo de la Cruz de Cristo, y de esta fusión brota la armonía paradójica de una cruz de amor y un amor crucificado, que la personalidad reflexiva y afectiva de Rafael va asimilando a base de meditar, orar y muchas veces también llorar a los pies de lo que él mismo llama “el Amor infinito clavado en un madero”. Ahí, “en la nada y simplicidad de la Cruz”, de la suya propia adosada a la de Cristo, irá aprendiendo, no tanto en la teoría cuanto en la práctica, el desarraigo de todo y hasta del propio yo, con los frutos espirituales que le son propios. el amor a Cristo, el conocimiento de sí, la perfecta humildad, la simplicidad y la paz del alma, el amor al prójimo y, finalmente, la compasión y la ternura de una afectividad transfigurada. Todo ello, además, presidido por la presencia universal de María, que es la gran acompañante de Rafael a través de sus soledades, y que esta presente en todas las páginas que nos ha dejado escritas, sin que, por otro lado, pueda decirse que se perciba en este punto algún tipo de evolución» (p 23)

AGUSTIN ROMERO, OCSO

Bibliografía

- BARON, M (comp), *Vida y escritos del Beato fray Maria Rafael Arnaiz Baron, monje trapense* (Madrid ¹²2000)
- BELTRAME QUATTROCCHI, P , *Fascinado por el Absoluto, Hermano Rafael* (Madrid 1991)
- MARTIN FERNÁNDEZ-GALLARDO, A M.^a, *El deseo de Dios y la ciencia de la Cruz* (Burgos 2002)
- MARTINEZ CAMINO, J A , *Mi Rafael El Beato Rafael Arnaiz, segun el Padre Teofilo Sandoval, su confesor, interprete y editor* (Bilbao 2003)
- Obras completas* (Burgos ³1993)

SAN RICARIO

Presbítero y monje († 645)

Ricario nace en el seno de una familia pagana en Celles, al norte de Francia. Su primer encuentro con la fe cristiana tiene lugar cuando impide que sean maltratados dos misioneros irlandeses que predicaban el evangelio en su tierra, y que devolvieron el favor instruyéndolo en el cristianismo. No sólo se hizo cristiano sino también sacerdote y se sumó con toda energía a la tarea de evangelizar su país. Hizo también la insigne obra de caridad de ir a Inglaterra a rescatar prisioneros y devolverlos a sus casas en Francia. Esta tarea le mereció a Ricario el aprecio del rey Dagoberto I, a quien el sacerdote no dudó en recordar sus gravísimas obligaciones. Se le ha querido hacer fundador de la abadía de Celles, pero esta institución parece que fue el desarrollo de una iglesita construida por Ricario. Sí fundó en cambio una comunidad monástica en el bosque de Crécy donde él se había retirado para llevar vida contemplativa. Murió el 26 de abril parece que del año 645.

SAN PASCASIO RADBERTO

Abad († 865)

Nace hacia el año 790 y era un niño expósito, recogido por unas monjas y educado en el monasterio de San Pedro de Soissons, donde adquiere una magnífica cultura. Profesa como monje en el monasterio de Corbie, junto a Amiens, y allí pudo aprovecharse de su espléndida biblioteca. Luego de acompañar a su abad en 822 a la fundación del monasterio de Corvey, volvió a Corbie y le fue encomendado el cargo de maestro de novicios. En 844 es elegido abad de su monasterio y él puso su mejor interés en llevar bien las riendas de la administración abacial, pero lo suyo era el estudio de la teología y por ello en 849 dimitió de su cargo para dedicarse por entero al estudio y la escritura de sus obras. Entre éstas sobresale su tratado sobre el Cuerpo y la Sangre del Señor, del que se ha dicho con razón que es

la primera monografía científica consagrada a la Eucaristía. Su novedad estuvo en afirmar explícitamente la identidad entre el cuerpo histórico del Señor y el cuerpo eucarístico de Cristo, variando el modo de presencia. Distinguió entre lo que aparece y lo que esta bajo las apariencias, abriendo el camino a las precisiones de la escolástica posterior. Pasó algunos años en la abadía de St. Riquier en Abbeville, pero luego regresó a Corbie, donde murió el 26 de abril de 865.

BEATOS DOMINGO Y GREGORIO

Presbiteros (s XIII)

Eran dos dominicos aragoneses que pertenecían a la provincia española y que en la segunda mitad del siglo XIII desarrollaron una apreciable labor evangelizadora por los pueblos de Huesca y Barbastro. Dedicados por entero a la predicación, viajaban de una parte a otra siendo acogidos en los hogares cristianos, donde daban gran ejemplo de austeridad y santidad de vida. Su muerte tuvo lugar cuando les cogió una gran tormenta de camino a Perarrúa, siendo hallados sus cuerpos cuando en vista de su tardanza fueron más tarde a buscarlos. Su muerte tuvo lugar a comienzos del siglo XIV. Su culto fue confirmado el 17 de agosto de 1854.

SAN ESTEBAN DE PERM

Obispo († 1396)

En Velikiy-Ustyug, muy al norte de Rusia, y en una zona por entonces aún mayoritariamente pagana, nació Esteban en el seno de una familia cristiana alrededor del año 1340. Llegado a la juventud profesó como monje en el monasterio de San Gregorio Nacianzeno de Rostov. El estudio lo hizo un buen teólogo y sus ansias misionales le llevaron a aprender la lengua del pueblo Zyryani, al que él desde muchacho deseaba evangelizar. Como no tenía esta lengua expresión escrita, él inventó un alfabeto y comenzó a traducir a esta lengua la Biblia y la liturgia, a fin de que la evangelización no significara la rusificación. En

1379 él comenzó su tarea misional y la bendijo el Señor con pronto fruto. Levantó iglesias, pintó bellos iconos para ellas, fundó escuelas y fomentó las vocaciones nativas. En 1383 fue consagrado primer obispo de Perm y desarrolló una inmensa labor que le acarreó el gran crédito con que contaba en Moscú, a donde vino a morir en un viaje el 26 de abril de 1396. En 1549 lo canonizó la Iglesia Ortodoxa. Su nombre se halla en el *Martirologio romano* porque desde antiguo lo veneran también los católicos eslavos.

BEATO JULIO JUNYER PADERN

Presbítero y mártir († 1938)

El último salesiano martirizado durante la guerra española no lo fue a manos de un piquete de milicianos que asesinaba sacerdotes y religiosos sin más formalidades: Julio Junyer Paderm, compareció ante un tribunal y fue juzgado y condenado por espionaje y alta traición. Detrás de estos achaques, como se ha probado en la causa de beatificación, estaba el odio religioso. Había nacido en Vilamaniscle, Gerona, el 31 de octubre de 1892. A los 18 años decidió hacerse salesiano, a los que conocía por haber hecho los estudios en su colegio de Gerona. Profesó en 1912 y se ordenó sacerdote en 1921. Luego de varios destinos fue en 1931 destinado al propio colegio de Gerona como encargado de estudios. Pero había tenido que presenciar la destrucción del seminario salesiano de Campello el 11 de mayo de 1931 y por ello desde la victoria del Frente Popular en febrero de 1936 se esperaba lo peor, y no dejó de manifestarlo a sus superiores. El 20 de julio la comunidad salesiana de Gerona se dispersa y Julio marcha a casa de sus padres. En octubre de 1937 pasa a vivir en Gerona en un piso con un coadjutor salesiano hasta que en enero de 1938 fue arrestado, encarcelado y juzgado, siendo sentenciado a muerte. La noche antes de su fusilamiento la pasó en compañía de otros salesianos, que pudieron llevarle la comunión, luego de haberse confesado. Fue un tiempo de oración y silencio. Afirmó que moría inocente y ofreció su vida por el bien de la Iglesia y de España. Fue fusilado a

las 7 de la mañana del 26 de abril de 1938. Beatificado el 1 de marzo de 2001.

BEATO ESTANISLAO KUBISTA

Presbitero y martir († 1942)

Nació en Kotuchna, Silesia, el 27 de septiembre de 1898. Educado cristianamente, en 1912 decide su vocación religiosa e ingresa en la Congregación del Verbo Divino en Nysa. Debíó interrumpir sus estudios para acudir al frente durante la I Guerra Mundial, volviendo al seminario tras el armisticio. En 1926 hizo los votos perpetuos y el 26 de mayo de 1927 se ordenó sacerdote en Modling, Austria. Enviado a Polonia, a la casa de Gorna Gurpa, como ecónomo regional, hubo de hacerse cargo de las publicaciones de los verbitas en Polonia, en las que publicó numerosos artículos. Era también muy apreciada su labor como confesor y director espiritual. Arrestado el 5 de febrero de 1940 por la Gestapo, fue llevado a la cárcel de Nowy Port y luego al campo de concentración de Sachsenhausen. Lo mató a palos el jefe de su barracón el 26 de abril de 1940. Fue beatificado el 13 de junio de 1999.

27 de abril

A) MARTIROLOGIO

- 1 En Jerusalem, San Simeon († 107), obispo y martir, pariente del Señor *
- 2 En Cybala (Panonia), San Polion († 303), lector y martir
- 3 En la Tebaida de Egipto, San Teodoro (s IV), abad *
- 4 En Altino (Italia), San Liberal († 400), ermitaño
- 5 En la isla de Man, San Macaldo o Maughol (s V), obispo *
- 6 En Afusia (Propontide), San Juan (s IX), hegumeno, defensor de las sagradas imagenes
- 7 En Luca (Toscana), Santa Zita († 1278), virgen **
- 8 En Tarragona (España), Beato Pedro Armengol († 1304), religioso, de la Orden de la Merced **

9. En Bitetto (Italia), Beato Santiago Varinguer de Iádere († 1485), religioso de la Orden de Menores.
10. En Cátaro (Montenegro), Beata Catalina (Osanna de Cattaro) († 1565), virgen, terciaria dominica *.
11. En Reims (Francia), Beato Nicolás Roland († 1678), presbítero, fundador de la Congregación del Niño Jesús **.
12. En Ninh-Binh (Tonkín), San Lorenzo Nguyen Van Huong († 1856), presbítero y mártir *.
13. En Salamanca (España), Beata María Antonia Bandrés y Elósegui († 1919), virgen, de la Congregación de las Hijas de Jesús *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA ZITA

Virgen († 1278)

En pleno siglo XIII, cuando grandes santos se sentaban en diferentes tronos europeos y las familias nobles proporcionaban numerosos santos al calendario de la Iglesia, una humilde chica de servicio envejece en la casa en que presta sus servicios y alcanza la santidad: virtudes heroicas en medio de la mayor modestia de vida y de los trabajos hogareños más sencillos como criada. En ella se demostró algo que luego en nuestro tiempo se subtrayaría no poco, y es la posibilidad de alcanzar la santidad en medio del trabajo de cada día, incluyendo el trabajo corriente y sin brillo social alguno. En el fondo, el ideal que animó a Zita a santificarse en medio de las ocupaciones ordinarias había sido vivido intensamente por miles de monjes anónimos en la intimidad de los claustros: *Ora et labora*, reza y trabaja. Una intensa vida interior y una asidua aplicación al trabajo definen la espiritualidad de esta santa, como la de dichos monjes, sólo que Zita en medio del mundo, los monjes en cambio en el retiro del monasterio. Pero hubo, además, otro elemento que contribuyó no poco a la santidad de Zita y que también compartían con ella los miles de monjas que servían a Dios en los infinitos monasterios de su tiempo: la virginidad consagrada, la entrega plena a Dios mediante la consagración de la virginidad al Señor. Zita fue una santa seglar. Podría haber entrado, apoyada por sus propios señores que tanto llegaron a quererla, en cualquier convento de monjas de Luca. Pero ella adrede y sin amargura algu-

na por no ser monja quiso vivir en el mundo consagrada a Dios. Aceptó la vida de trabajo como su propio camino, las tareas domésticas como su manera de realizarse en cuanto persona y en cuanto cristiana, y alcanzó plenitud de vida humana y espiritual en su estado secular.

Zita nace hacia 1218 en el pueblecito de Monsagrati, junto a Luca, en Italia. Su familia es muy modesta, vive del trabajo del campo, pero a esta modestia de vida no le falta la riqueza de la fe. Era una familia sólidamente cristiana y la madre se encarga de infundir desde muy pronto en el corazón de la niña los sentimientos que corresponden a quienes son discípulos de Jesucristo. La niña se mostró muy receptiva a la educación cristiana que querían darle, y desde que llegó al uso de razón puso su alma en Dios de modo que puede decirse que la piedad creció con ella y que se cumplía en ella la palabra bíblica: «Me tocó en suerte un alma buena» (Sab 8,19). Vivió en su casa paterna hasta los doce años y todo el tiempo se mostró dulce y pacífica, amiga del trabajo y dócil. Ya por entonces Dios se había apoderado de su corazón y ella lo había puesto como el centro de su vida. Decide vivir para Dios, hacer en todo su santa voluntad y conformarse con ella tal como se le fuera mostrando.

Como a tantas chicas de su tiempo, una forma de restar una boca a su hogar y ganarse la vida honradamente se le presentó en el trabajo de criada doméstica. La ciudad estaba cerca y en ella muchas familias tenían varios criados y criadas que convivían con los señores en la misma casa, atareados en las labores domésticas, los recados y similares. Si por un lado había personas con poca caridad que trataban incluso con despotismo a sus sirvientes, otras familias en cambio, cristianas de sentimientos, los trataban cortésmente e incluso con afecto, nacido además del trato asiduo y de la convivencia continua bajo un mismo techo. Una de estas familias cristianas y acomodadas era la de Pagano Fatinelli, cuya casa se hallaba contigua a la iglesia de San Frediano en Luca. Llevada por sus padres, Zita se coloca en esta casa cuando tenía doce años y se integra en un servicio compuesto por unas cuantas personas de distintas edades.

Todo indica que Zita se tomó el trabajo, como la vida misma, como algo venido de Dios. Desde el principio de verse en

la casa Fatinelli comenzó a pensar que en realidad ella era al Señor a quien servía (Ef 6,7). Encontraba natural y no vivía amargada, por tanto, a causa de ello que tuviera que salir de la casa paterna y ponerse a trabajar en casa extraña. No hacía su trabajo de mala gana o a regañadientes sino como quien realiza una tarea encomendada por el Señor, y por eso mismo se dispuso a cumplir escrupulosamente, su trabajo y hacerlo lo mejor posible. Las dificultades que pudiera encontrar en él se dispuso Zita a tomarlas como motivo de vencimiento propio y penitencia, gozándose en su humilde estado social que la hacía ser uno de aquellos pobres a quienes Jesús llama bienaventurados (Lc 6,20). Se ha dicho de ella que se gozó en no tener bienes de fortuna que pudieran apoderarse de su corazón y arrastrarla a la avaricia que es una forma de idolatría (Ef 5,5). Daba gracias a Dios porque tenía una casa donde vivir, un lecho donde dormir, una mesa de la que comer cada día, remediadas así sus necesidades básicas mientras tantos pobres y mendigos pululaban por las calles. Se sentía protegida por la Providencia divina y libre para poder servir a Dios con sencillez y humildad, con el corazón de un pobre de espíritu, a quienes está destinado el evangelio (Lc 4,18).

La intensa espiritualidad que desde joven vive Zita se alimentaba, como no puede ser de otro modo, de una intensa vida de oración. Ella se levanta más pronto del lecho porque antes de comenzar las tareas domésticas quería tener una hora de expansión de su corazón con Dios o acudir a la cercana iglesia para asistir con devoción a la santa misa. Examina cada día cuidadosamente su conciencia para pedirle a sí misma una gran entrega a la voluntad de Dios. Aspira a la santidad cristiana y ve que la Orden Tercera de San Francisco, pensada para seglares, podría ser un cauce adecuado de sus inquietudes religiosas y se inscribe en ella a fin de nutrirse del espíritu de caridad, humildad y pobreza que animó a San Francisco de Asís. Las tres virtudes brillarán en ella de modo admirable.

En primer lugar tuvo oportunidad de ejercer y ejerció la humildad y la paciencia cuando vio que ni sus amos ni sus compañeros de trabajos la comprendían. Sus virtudes fueron mal interpretadas. Ella era modesta, pero sus compañeros de casa la

llamaban simple, falta de sentido y de espíritu. Ella era diligente y cuidadosa en sus trabajos, pero era calificada de orgullosa y altiva. Ella era muy caritativa, dando a los pobres las sobras de la comida de cada día, pero era calificada de cuentista y de querer-selas dar de santa. Zita no se defendió jamás de estas apreciaciones que hacían de ella. Las sobrellevaba con gran entereza moral y las ofrecía a Dios, alegre en su corazón de participar de la cruz del Señor y de ser malinterpretada como Cristo y de que no creyeran en ella los de su propia casa (Mt 13,57). No varió de conducta. Siguió trabajando con esmero, orando con asiduidad y acudiendo a la puerta a socorrer a los pobres que venían a pedir lo que sobraba.

En segundo lugar, ejerció la caridad de forma continua y solícita. Como queda dicho, ella acudía a la puerta y daba las viandas sobrantes y las ropas desechadas a los pobres, y lo hacía con alegría de poder aliviar a los menesterosos, pero, además, aprovechaba la oportunidad para dirigir palabras amorosas de consuelo, de fraternidad y de solidaridad a los pobres, que acudían a ella no sólo porque en efecto les podía dar casi todos los días algunos socorros sino porque les resultaban aún más confortadoras las palabras de cariño que ella les dirigía, la amistad con que los trataba y el interés que ponía en conocer sus problemas y necesidades. Zita fue más lejos: cuando no había sobras que dar tomaba cosas de la despensa y no dejaba ir sin alivio a quien verdaderamente lo necesitaba. Su corazón sensible no resistía ver gente hambrienta en la puerta de una casa donde había de todo. Claro que ese todo no era suyo, pero Zita tenía la intuición de que en extrema necesidad lo sobrante debe ir al que está en esa necesidad. Y esto daba motivo para decir de ella que era «demasiado» caritativa. Pero los que esto decían comprobaban que Zita antes de tomar algo de la casa para darlo a los pobres se quedaba, si hacía falta, sin comer aquel día, y daba primero su propia comida, compartiendo así en sentido real la pobreza y el hambre de los pobres. Se ponen en sus labios estas palabras:

«Si Jesucristo viene a mí en la persona de un pobre y me pide una limosna ¿como voy a tener corazón para negarsela?»

Y por ello, y en tercer lugar, pudo verse que Zita vivía la pobreza evangélica en su sentido más pleno. Conforme siempre

con su salario y con su estancia en la casa, huyó de toda vanidad en el vestido, se abrazó a una vida todo lo modesta que su condición de criada le imponía, y renunció a todo ahorro para compartir su poquedad con los pobres y anteponerlos a ellos a su propio interés. Su pobreza consistía en compartir.

Esta conducta evangélica de Zita dio su fruto. Poco a poco los amos se fueron dando cuenta de que Zita, muy lejos de ser la mujer cuentista y orgullosa que decían algunos de sus compañeros, era una verdadera santa que Dios había dado a aquel hogar como regalo. Y un día tomaron una decisión: Zita sería en adelante el ama de llaves de la casa, todo el servicio estaría a sus órdenes y a ella le correspondería organizar todo lo referente a la atención de la casa. Y aquí Zita volvió a dar la talla. Porque no cejó un ápice en su laboriosidad y diligencia, trabajando como los demás criados. No se sintió superior a ellos ni les hizo sentir su autoridad. No se vengó de quienes la habían criticado anteriormente. Fue una compañera leal y amistosa de todos, tuvo un trato fraterno y exquisito con todos los criados y criadas y sólo procuró la paz y el bien en aquel hogar en el que podía percibirse el aroma de sus virtudes. Tuvo carta blanca para sus obras de caridad, una caridad siempre guiada por la prudencia, y tuvo carta blanca también para sus obras de piedad, siempre compatibles con sus deberes en la dirección del servicio de la casa.

Ella crecía en la vida interior. Su oración era cada vez más intensa, su confianza estaba solamente en Dios, Dios era el amor de su corazón, y su amor al prójimo estaba fundado y orientado por su ardiente amor a Dios. Mortificada en extremo, ayunaba muchos días a pan y agua, pero procuraba disimular sus mortificaciones para que su ayuno lo conociera solamente Dios que ve en el secreto (Mt 6,18).

Hay que decir que el crédito de Zita como persona santa rebasó los muros de la casa donde prestaba sus servicios. Mucha gente de Luca empezó a saber que Zita era un alma singular, y empezaron a contarse de ella cosas extraordinarias, como que se quedaba en éxtasis en la iglesia mientras hacía oración o que en sus manos florecían milagros. Como florecillas franciscanas se contaron de ella algunos hechos prodigiosos. Por ejemplo,

que empezó a dar limosna de la despensa de los señores de su casa y que cuando se acordó había quedado vacía, pero que al día siguiente y sin que nadie comprara nuevas provisiones se la encontró repleta de víveres. Otro ejemplo: usaba una simple túnica de lana que no la resguardaba suficientemente del frío. Es la noche de Navidad y para ir a la misa su amo le regala una capa de mucho abrigo y le da orden de que la use. Pero al entrar en la iglesia ve a un pobre semidesnudo y aterido y, sin pensarlo dos veces, le da su capa. Vuelve a casa temerosa de que su amo la reprenda pero en la puerta halla al pobre que le devuelve la capa y resultó que la capa despedía un extraño y maravilloso perfume. Otro ejemplo: estaba un día en oración y se quedó en éxtasis. Cuando vuelve en sí, recuerda que no ha amasado el pan para la casa. Corre presurosa a la cocina y halla que el pan está amasado, necesitadas solamente de ser colocadas las piezas en el horno.

La vida de Zita discurría así en el servicio a la casa convertido por ella en servicio a Dios, y llena de obras de piedad y misericordia, alimentada su alma de su devoción eucarística y de su piedad mariana, gozando de las dulzuras del Señor en su oración de cada día. Amada por los pobres, bendecida por sus compañeros y sus señores, alabada por la gente del pueblo, y pese a todo ello sencilla, humilde, recogida, modesta, laboriosa y dulce, como alma verdaderamente de Dios.

Envejeció y comenzó a tener achaques, pero no parecieron preocupantes. Le llegó la hora de pasar de este mundo al Padre. Tenía sesenta años. Se siente mal un día de abril. Ha de guardar cama. Lllaman al médico y éste, luego de examinar el estado de la enferma, diagnostica que el mal no es grave y que curará más bien pronto. Pero Zita comprende que llega su última hora y que el Señor la llama. Solicita le den los santos sacramentos que recibe con extraordinario fervor, y mientras pronuncia con evidente devoción los nombres de Jesús y María deja este mundo el 27 de abril de 1278 en la misma casa en la que por cerca de cincuenta años ha prestado sus servicios.

Luca entera acude a venerar los benditos despojos de la santa. Se le celebran suntuosos funerales a que acude todo el pueblo y se la entierra en la iglesia de San Frediano, testigo de tan-

tas oraciones y obras piadosas como ella ha realizado allí por tantos años. La familia Fatinelli proclama que ha tenido en su casa una santa. Los fieles se acercan a su sepulcro y se encomiendan a su intercesión y comienza a surgir la fama de que los milagros florecen en su tumba. No han pasado más que cuatro años de su muerte cuando el obispo Paganello autoriza su culto. Siglos después volverá a sancionar esta autorización el papa León X, y tras los decretos de Urbano VIII relativos a la confirmación del culto inmemorial a los santos, se abre el oportuno proceso y el piadoso pontífice Inocencio XII pudo proceder con gran satisfacción de su parte a confirmar el culto y título de santa que se le daba a Zita el 5 de septiembre de 1696. La ciudad de Luca la nombró su patrona y el papa Pío XI la nombra patrona de las empleadas del servicio doméstico el 26 de septiembre de 1935. Su cuerpo se venera aún en la misma iglesia citada y es objeto del culto y el amor de su pueblo.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum, t III, día 27 de abril.

CASALI, G., *Santa Zita* (Luca 1936).

LAZZARINI, P., *La perla delle domestiche: Santa Zita, vergine* (Turín 1952).

Butler's lives of Saints. New full edition, rev. por T RODRIGUES (Minnesota 1998) 27 de abril.

REPETTO BETES, J. L., *Mil años de santidad seglar* (BAC. Estudios y ensayos, 1; Madrid 2002) 51-52.

SAN PEDRO ARMENGOL *

Religioso († 1304)

En Guardia de Prats, tierra de olivos, de avellanos y de vi-
des, pueblecillo cercano a la noble villa tarraconense de Mont-
blanch, nació Pedro Armengol, cuando ya el siglo XIII daba pa-
sos firmes por la pista del tiempo.

Creció Pedro en la holganza, que por algo era una de las
más nobles familias catalanas, descendiente de los condes de

* Popularmente se le venera como santo, aunque en el registro oficial del Vati-
cano aparece como beato.

Urgell. Soplaban buenos vientos para el reino aragonés, ya que Jaime I estaba ganándose a pulso el sobrenombre de «Conquistador». Caída Mallorca, liberada del moro Valencia, precisamente en el año 1238, el que se supone como fecha de nacimiento de Pedro Armengol, la nobleza feudal sentía alentar en sí todas las ínfulas de poderío y rango. Por el plácido, humanísimo paisaje tarraconense pasaban los campesinos, yendo y viniendo en sus tareas, cuidando el trigo y las legumbres, mimando la uva y la oliva que habrían de dar sus zumos. El trabajo era para ellos, humildes siervos, mientras la ociosidad para Pedro Armengol, libre de infantiles cargas y sinsabores, creciendo a la próxima sombra del castillo de Montblanch. Para el niño, para el chaval, para el adolescente Pedro Armengol quedaba el ejercicio en lides de armas, justas y mando, semilla de soberbia.

Crecían bajo la tierra las semillas, crecía bajo el pecho de Pedro Armengol la semilla de la altivez. Para los nobles feudales no había barreras, ni derechos de los inferiores que guardar, ni recatos de las mozas que respetar: el noble era un ser superior, y superiores eran sus prerrogativas. Bien se estaba aprendiendo esta lección Pedro Armengol, y muy joven ya, imberbe casi, supo hacerse temer de siervos y maridos. Empezaron a correr de boca en boca las noticias de sus hazañas: una riña vengativa con algún joven noble un día, y otro un atropello inicuo, y otro el eco de sus risas juveniles en una partida de desenfreno.

Pero poco era todo eso para Pedro Armengol. Forjaba en su magín imaginadas gestas futuras, peanas para la soberbia. Los tiempos eran propicios para acunar ensueños bélicos y a Pedro Armengol no le bastaba ser como tantos: quería ser el primero, sin poder encima y con poder absoluto sobre otros. Bien estaba que corrieran de boca en boca sus hazañas, pero existían otras que podía realizar y que aún aumentarían su prestigio. Además, su altanería le había malquistado con otros nobles, y el rencor de Pedro Armengol no podía tolerar enemigos. Era preciso que no existiese otra ley que la que él dictara, y un mal día Pedro Armengol abandonó sus lares y sus tierras, menguado campo para su sed de dominio, y cabalgó por tierras catalanas, por montes y prados, por valles y pedregales, por bosques y hondonadas, por riscos y ribazos, a la cabeza de una partida de bando-

leros sin cesar engrosada. Ahora sí que el revuelo de sus hazañas se extendía, ahora sí que el temor a su presencia crecía, ahora sí que existía una sola ley, la del noble Pedro Armengol convertido en capitán de bandidos. Lugarejos y casas solitarias conocieron su irrupción súbita y furiosa, pechos humanos la fuerza de su brazo homicida, pobres gentes las exigencias inquebrantables de aquel joven —apenas veinte años tenía— robusto, enérgico, cruel, renegrido por el sol y el humo de las fogatas nocturnas en las cuevas protectoras.

Corría el tiempo bajo la mirada de Dios, corría el agua bajo los puentes, corría bajo el cielo mediterráneo la partida—polvorienta, sudorosa, temida, inmisericorde— del capitán de bandidos Pedro Armengol.

Pero Dios trabaja pacientemente en sus celadas amorosas, forjando planes, tendiendo lazos, levantando la caza para que luego caiga —no abatida sino liberada— en sus manos que la estaban esperando. Dios también puso celadas de amor a aquel cabe-cilla de bandoleros que ignoraba, entre sus aventuras y tropelías, lo que le aguardaba. Si innúmeros son los caminos, también las celadas. He aquí cómo fue la preparada para Pedro Armengol.

El rey Jaime I estaba en la cima de su poderío, y poco antes había pacificado las tierras de Valencia de las últimas sublevaciones morunas. Fue preciso pensar entonces en la estabilización de otras fronteras, y don Jaime dirigió su mirada hacia el norte, hacia las regiones pirenaicas sobre las que pesaba la amenaza de las reivindicaciones francesas cuyos monarcas pretendían tener feudo sobre Cataluña, heredado de los carolingios. Se imponía la necesidad de un pacto que delimitara convenientemente los derechos de uno y otro país, con las oportunas renunciaciones por ambas partes y la creación de lazos familiares por el en aquel entonces sólito procedimiento de un concertado enlace matrimonial.

Para todo ello era necesaria una entrevista. Mas... Mas la época era revuelta, la autoridad real no llegaba a todos los rincones del territorio, y extensas regiones eran escenario de distintos caudillajes que podían hacer peligrosa la ruta de don Jaime de Montpellier. Premisa previa para el viaje era la limpieza de caminos y comarcas, liberándolos de bandidos y salteadores. El rey encomendó la tarea a un noble de acreditada fidelidad,

prudencia y empuje, Arnolddo, descendiente de los condes de Urgell, padre de Pedro Armengol. Arnolddo se puso en marcha con sus hombres, dispuesto a cumplir el encargo del rey, y sintiendo latir al unísono en su corazón la esperanza y el temor.

Esperanza, porque como padre amoroso andaba desde tiempo sobre la incierta pista de su hijo, y acaso la misión encomendada le permitiera toparse con el hijo perdido, y temor porque quizá pudiese confirmar plenamente los rumores que corrían acerca de Pedro Armengol. En aquel tiempo, en que las distancias eran enormes comparativamente con los medios de transporte y de información, no es cosa de extrañar que las noticias que corrían sobre el joven noble que nació en Guardia de Prats fueran imprecisas y contradictorias: quién aseguraba firmemente haberle visto a la cabeza de una tropa de rufianes, quién lo negaba con parecida energía, quién lo situaba en el Pallars, quién en el Bergadá, quién en la Maresma. Combatido por el temor de que Pedro Armengol fuese realmente cabecilla de bandidos y por la esperanza de que el temor se disipara o cuando menos se concretase en algo menos ofensivo para su honor y su amor, Arnolddo inició el recorrido por tierras catalanas, preparando el camino del rey.

Y sucedió que no fue solamente el camino del rey Jaime el que preparó, sino el del Rey de cielos y tierra en su ruta hacia el pecho de Pedro Armengol. Se enfrentó Arnolddo, en su misión, con una de las partidas de bandoleros que más quebraderos de cabeza y peligros le traían. Por la noche, a la luz de las estrellas y del rescoldo del fuego castrense, meditaba una y otra vez Arnolddo en los informes que le iban llegando, y que coincidían en su mayoría en señalar como jefe de la banda de insurrectos a un hombre joven que Arnolddo identificaba con aquel hijo que un día partió de los lares y al que ya no había vuelto a ver. La amorosa celada de Dios iba concretándose, y su instrumento fue una hábil estratagema de Arnolddo, ansioso de cerciorarse de sus sospechas de modo que no se derivara daño para su hijo. La estratagema surtió efecto, y el capitán de bandoleros Pedro Armengol fue desenmascarado ante su padre y perseguidor, Arnolddo. La celada, el lazo se había cerrado, y el otro perseguidor —el divino— cobraba la pieza tras la cual iba desde tiempo.

Por algo ha quedado en el diccionario la palabra nobleza como sinónimo de sentimientos elevados, de grandeza de ánimo. Fue esa nobleza la que salió a luz en el joven Pedro Armengol cuando se vio desenmascarado. Aquello le enfrentó con la imagen real de sí mismo, sin velos ni engaños, y la imagen que le devolvía el espejo de aquella situación límite —no inventada, por cierto, por los novelistas de hoy— fue asaz desagradable, y la vergüenza le invadió. Ante su padre no valían simulaciones ni bravatas, no podía convencerse a sí mismo de que lo que estuvo haciendo durante aquellos años era digno de su alcurnia ni de su honra. No quedaba, tras aquella evidencia, tras aquella luz súbita que sucedía a la anterior oscuridad, más salida que cambiar. Y Pedro Armengol, un día jovenzuelo altanero y vengativo, un día facineroso sin piedad y sin ley, cambió.

A inicios de aquel siglo, y en tierras catalanas, se había fundado una orden que no podía dejar de atraer al joven noble arrepentido. Fue uno de tantos a quienes llegó la influencia de aquella ceremonia fundacional celebrada en la catedral de Barcelona el 10 de agosto de 1218; fue uno de tantos que se sintieron movidos por la estupenda empresa de redimir cautivos. No es raro que Pedro Armengol orientara su vida nueva por el camino marcado por la Orden Mercedaria: era empresa generosa, y ya se dijo que Pedro había guardado en sí, pese a sus defectos, aquel espíritu magnánimo del buen noble, aquel ánimo caballeresco, «desfacedor» de entuertos, aunque muchos hubiera cometido ya en su corta vida. Y sobre orden religiosa, con los tres votos, fue durante un siglo orden militar, lo que probablemente hubo de atraer asimismo al joven noble, crecido en un ambiente que tenía a la milicia como la alta ocupación de las gentes de rancio linaje.

Sea como fuere, Pedro Armengol, abiertos sus ojos a la luz, entró en la nueva orden, despojado de armas homicidas, soberbias, rencores e ilusiones vanas, y provisto de un espíritu de humildad y penitencia que hubieron de quedar bien patentes en su vida conventual barcelonesa con los mercedarios. De las cabalgatas alocadas por tierras catalanas a los paseos meditabundos en una angosta celda iba un mundo, y difícilmente le hubieran reconocido en aquel personaje de hábito blanco los que le trataron anteriormente.

Pero un espacio mucho mayor que el de una celda iba a conocer la sinceridad de sus virtudes y el temple de su ánimo generoso. Tierras peninsulares supieron de aquel hombre que predicaba la redención de cautivos, que vivía en pobreza, que iba y volvía con los rescates liberadores de infelices presos. Tierras africanas le vieron llegar un día, en frágil leño, llevado por idénticos propósitos. Y tierras africanas supieron del loco —«la locura de la cruz»— empeño a que se entregó Pedro Armengol. Si el hecho de quedarse en rehenes no era voto especial, sí era cosa corriente, y aquellas palabras mercedarias posteriores, «quedaré en rehenes en poder de los sarracenos si fuere menester para la redención de cautivos cristianos», fueron muchas veces encarnadas heroicamente.

Por ejemplo, por Pedro Armengol, que quedó en rehenes para liberar a ocho niños víctimas de prisión, como tantos cristianos, luego de piraterías e incursiones del moro. Pedro Armengol, aquel hombre que había puesto pavor a las gentes con la fuerza de su poder y de su brazo, dictador de leyes, se sometía ahora voluntariamente al poder de unos niños, de unos seres débiles e indefensos, y para liberarlos seguía fielmente el ejemplo de la ley de amor que dictó otro brazo, precisamente aceptando que le clavarán en el madero de la cruz. A imitación del Maestro que había elegido, Pedro Armengol salvaba a unos niños a trueque de quedar clavado en una prisión.

Quien conoció el dulzor del aire libre, quien saboreó en tiempos la quietud de una noche sin fronteras y el goce profundo de moverse, respirar y vivir en unas tierras sin horizontes, conoció ahora, y durante largo tiempo, el aire viciado de mazmorras y ergástulas, la invitación inalcanzable de la noche tras una aspillera, el horizonte inmediato de cuatro paredes fétidas. Y todo, escogido voluntariamente, cautivo y víctima por su libre elección.

En Bugía, la «Meca pequeña» de los berberiscos, estuvo Pedro Armengol al filo de la muerte, en un verdadero martirio aceptado. Había salido de la prisión para conocer en la horca la ejecución de la sentencia. Suspendido estuvo en el armatoste mortífero varios días, y las gentes se maravillaban de que aquel condenado no muriese, y aducían, estupefactos, extraños favores infernales. Favores, sí, mas no precisamente del infierno,

sino de la Madre de Dios, que le asistió y sostuvo durante los días y las noches en que Pedro Armengol permaneció en la horca, como hubo de confesar luego por obediencia. Quien por amor a Dios había liberado con su sangre y su vida a tantos cautivos se veía ahora liberado por Dios de la muerte inmediata. De aquel hecho le quedó, ya para siempre y como huellas visibles, una extremada palidez y el cuello un tanto torcido.

Inescrutables son los designios divinos, pero acaso humanamente pueda pensarse que si fue salvado de la horca fue en alguna medida porque el ciclo de su vida no hubiese quedado completo. Porque Pedro Armengol había abandonado sus pasadas pasiones y testimoniado sobradamente sus virtudes; pero ¿no convenía acaso que ese hermoso ejemplo fuese dado precisamente allí donde escandalizó? Y allá, a su pueblo natal, Guardia de Prats, fue a parar durante los últimos años de su vida, luego de su vuelta a la Península. En aquellas tierras de olivos, de avellanos y de vides, a la próxima sombra del castillo de Montblanch, en el plácido, humanísimo paisaje tarraconense corrieron los últimos años de la vida de Pedro Armengol, como corrió su infancia y su juventud primera. Y si entonces dejó ejemplo de orgullo, de sinrazones y de desenfreno, los habitantes de aquellas tierras pudieron ahora comprobar día a día, asombrados y quizá incrédulos al pronto, convencidos y admirados luego, el ejemplo de la caridad y abnegación del mercedario Pedro Armengol. Un día fue temido y hasta odiado, hoy era todavía con mayor unanimidad y fervor venerado. Allá donde había escandalizado, edificaba ahora; allá donde creció su celo egoísta se derramaba ahora su celo altruista; allá donde mostraba los frutos de la soberbia mostraba ahora los frutos ubérrimos de la caridad; allá donde se hizo temer por su altivez se hacía querer ahora por su humildad.

Cuando murió —se señala la fecha de 1304—, la vida de Pedro Armengol estaba completa en su ciclo, y también en sus tierras natales quedaba el testimonio fecundo de la prodigiosa transformación de aquel joven noble. De aquel noble trocado voluntariamente en cautivo, de aquel capitán de bandidos convertido en generoso siervo de los hombres por amor de Dios.

Bibliografía

Acta sanctorum, t.II p.77-89, 3 de noviembre.

Bibliotheca sanctorum, t.X cols. 792-794.

Butlletí de la Biblioteca de Catalunya 6 (1923/1925) 330, 337-339

RIBER, L., *Els sants de Catalunya*, 6 vols. (1919-1922)

SANCHO, M., *Vida de San Pedro Armengol*.

VILLANUEVA, J. L., *Viaje literario a las iglesias de España* (Valencia 1821).

BEATO NICOLÁS ROLAND

Presbítero y fundador († 1678)

Su vida fue corta, pero sus obras de celo resultaron fecundas. La bondad de su corazón fue su principal arma apostólica y con ella se entregó a los trabajos que le parecieron más urgentes. Éstos se centraron pronto en la educación de los niños y de las niñas que abundaban en todas las ciudades de Francia. Eran tiempos de falsa grandeza, cuando el «rey Sol», Luis XIV, mal aconsejado y deslumbrado por afanes de poder, malgastaba ingentes riquezas en fiestas y en guerras en vez de atender a las necesidades urgentes del reino.

Al lado del gran palacio de Versalles y oyendo de lejos las músicas ampulosas de una Corte que se moría de aburrimiento en las fiestas y en las intrigas palaciegas, la juventud se corrompía en la ociosidad. La infancia, sobre todo femenina, crecía en la miseria moral, en la ignorancia y en el vicio. Lo mismo acontecía en todas las ciudades, como en la señorial Reims, en la que Dios había previsto sembrar semillas luminosas en bien de la educación cristiana de la juventud.

Nicolás Roland fue precisamente uno de los mensajeros enviados por el cielo para ofrecer solución a tantos males. Dios le reservaba un fracaso y un acierto. El fracaso estuvo en el deseo incumplido de formar maestros cristianos que se dedicaran a los niños abandonados. No acabó de hallar camino ni de juntar un grupo de hombres buenos que se entregara con desinterés a la tarea. El triunfo estuvo en la Institución de las Hermanas del Niño Jesús, y en sus escuelas para niñas pobres, que se prolongarían a lo largo de los siglos hasta nuestros días.

No tuvo tiempo de hacer grandes cosas, de escribir amplios libros, de recorrer caminos brillantes. Habría sido un buen es-

critor y un excelente gobernante de Iglesia, si hubiera aceptado los honores que le ofrecía el mundo. Pero su amor a Dios y a las almas fue más fuerte que las tentaciones de grandeza humana. Prefirió dedicarse a la dirección de las almas, a la predicación del mensaje salvador y promover el apostolado de las escuelas, que fueron los tres grandes signos de su vida sacerdotal.

El 3 de diciembre de 1642 nació en Reims. Sus padres, Juan Bautista Roland y Nicolás Beuvelet, eran pequeños comerciantes de la ciudad, que vivían con cierto desahogo. El hogar contó con cinco hijos, de los que sobrevivieron a Nicolás dos hermanas, Adriana y Bárbara.

En el entorno familiar el carisma de la vocación sacerdotal floreció con abundancia. Su párroco, Mateo Beuvelet, era tío suyo. Él se encargó de sembrar en el corazón del niño la primera ilusión sacerdotal. Otros familiares cercanos vivían en medio de la burguesía local. Parece que ellos fueron quienes ya de joven le brindaron oportunidades de viajar, incluso por el mar, y conocer mundo, de asistir a fiestas y de aspirar a un futuro brillante. Pero al final triunfó en el corazón heroico del joven con tantas posibilidades el ansia de entregarse a Dios en la «carrera» sacerdotal, superior a cualquier otra carrera de gloria humana que le tentaba.

Los padres de Nicolás eran sinceramente piadosos y tenían reputación de caritativos con los pobres que pedían un trozo de pan a la puerta de la casa. Ellos supieron sembrar, con obras más que con palabras, en la mente y en el corazón de sus hijos singular sentido de la compasión y el frecuente gesto de las limosnas. Eran precisamente los niños de la casa los encargados de extender la mano con el regalo del pan para quienes sufrían la penuria y el hambre. Entonces abundaban en Reims los mendigos y en ocasiones oleadas de hambre acompañaban la pérdida de las cosechas o el paso de las tropas de una u otra forma saqueadoras de bienes y alimentos.

Pero esa piedad hogareña no impedía que el padre proyectara para su hijo brillante porvenir en los negocios terrenos o en la magistratura, campos tentadores en los que brillaban otros miembros de la parentela cercana. Entre sus familiares había quienes, piadosos y con recursos, rivalizaban en multiplicar las

limosnas. Con eso dejaban su conciencia tranquila, pues se mostraban como buenos samaritanos. Pero otros advertían que era más importante apoyar el trabajo, el orden y la cultura, más que resolver los problemas e indigencias del momento inmediato.

Nicolás declaró desde sus años juveniles que era mejor lo segundo. Las hermosas lecciones de compasión y de entrega a los necesitados que se grabaron en su personalidad infantil, serían la tónica de su vida sacerdotal.

De niño brilló con dotes intelectuales singulares. Su asistencia escolar y trabajo se desenvolvía en una de las «pequeñas escuelas» que había en la localidad cercana al domicilio paterno. Era una de las varias instituciones regidas por clérigos, que hablaban mucho de Dios y enseñaban el catecismo además de iniciar en la lectura y escritura y en la cultura a los niños de las familias más desahogadas. Donde su inteligencia precoz hizo sospechar para él un futuro deslumbrante fue al ingresar a los doce años en el colegio de los jesuitas. Y aquel niño que ya leía con cierta soltura a los cuatro años, mostró singular destreza para las acciones culturales, singular habilidad en las obras de teatro que por entonces se estilaban entre los estudiantes y dotes de carácter alegre y abierto para la convivencia festiva que siempre terminaba con ejercicios de oratoria o con simulación de polémicas entre escolares.

La seriedad con que se tomó su vocación sacerdotal, una vez que hubo optado por ella, le llevó, con el acuerdo de sus padres, a comenzar estudios de filosofía y teología. Ya en 1653, a los trece años y según las costumbres del momento, recibió la tonsura de manos del obispo de Puy, lo cual le suponía la incorporación al estado clerical, sin necesidad de abandonar sus habituales formas escolares. En Reims implicaba el uso cotidiano del hábito eclesiástico y cierta reserva de vida que debía ser orientada siempre en clave de dedicación eclesiástica.

En 1655 estudiaba ya retórica y teología en el Seminario, interrumpiendo estos estudios hacia 1658. No quedan testimonios de los motivos, por otra parte naturales en aquel tiempo. Pero en 1660, cada vez más firme en sus decisiones sacerdotales, se trasladó a París, para estudiar filosofía y teología, recibiendo la mejor formación que entonces ofrecían los Seminarios de San Nicolás

de Chardonnnet, donde latía el espíritu del piadoso Bourdois, San Sulpicio en el que pervivía la figura de J. Olier, y en San Lázaro, en donde brillaba el espíritu de San Vicente de Paúl.

Se sabe además que tuvo especial relación con el jesuita P. Bagot, celoso y devoto defensor de la devoción mariana y promotor de la asociación semisecreta llamada AA. Él fue quien influyó en su corazón y en sus devociones y el que promovió en sus dirigidos claras exigencias ascéticas y fuerte oposición a las turbulencias jansenistas y galicanas, las dos olas del momento que agitaban los estamentos clericales.

Se alojó en el colegio de «Bons Amis». Entre sus relaciones surgieron en 1661 algunos encuentros con los fundadores del Seminario de Misiones Extranjeras. Y en ese contexto brotó la llamada misionera que le rondó en sus años juveniles. En julio se ofreció para ser enviado a Siam o a cualquiera de los lugares lejanos que en aquellos años de expansión francesa se presentaba como una aventura evangelizadora en la mente de muchos jóvenes generosos.

No fue aceptado, tal vez por la precariedad de su salud. Sus estudios continuaron con intensidad y aprovechamiento. Los terminó en 1663 con la consecución del Doctorado en teología, aunque no se sabe exactamente en qué Universidad recibió la graduación. Al año siguiente, recibió el diaconado en fecha imprecisa. Y el 3 de marzo de 1665 fue ordenado sacerdote.

El mismo año de su ordenación, fue designado como canónigo de la Catedral de Reims con el cargo de «teólogo», que era equivalente al de predicador oficial en fiestas solemnes y ceremonias singulares. No fue ajeno al honor, y los beneficios económicos concomitantes de tal nombramiento, la influencia de sus tíos Juan y Felipe Roland, también canónigos del benemérito cabildo.

Pero pronto sus méritos personales superaron la influencia familiar, y la serenidad de su juicio, su amplia cultura teológica y la sinceridad de su vida le convirtieron en consejero del arzobispo de la ciudad, que le miraba como una promesa para su catedral y diócesis.

Pasó varios meses en Rouen, en la parroquia de San Amando. Allí conoció al celoso sacerdote Antonio de La Haye, párro-

co de San Amando, que le orientó hacia una mayor perfección y exigencia sacerdotal. Con toda probabilidad también conoció al gran director de almas que era el hoy Beato Nicolás Barré, religioso Mínimo, que se moría de pena al ver a tantos niños y niñas perderse en la ignorancia y en el vicio en la ciudad y en otros lugares. Barré había formado en 1664 en Sottoville, cerca de Rouen, un grupo de Hermanas maestras para las niñas abandonadas y las había llamado Hermanas del Niño Jesús. Roland las conoció y descubrió en la obra la solución que él buscaba para los grandes males del momento.

Por aquellos años hizo diversos viajes misioneros como predicador lleno de unción y de amor a Jesús. De aquella experiencia quedan en sus escritos recuerdos imborrables: «Es necesario cambiar nuestro estilo de predicación y hacerlo más apostólicamente. El pueblo aprovecha poco de los sermones brillantes». De aquellos años también es el recuerdo más frecuentemente citado por sus biógrafos, cuando aluden a las palabras que de él decían sus oyentes al definirle como «el sacerdote que conmueve los corazones».

Hubiera entonces sospechado que su misión estaba en esa parcela de predicador de la palabra divina y en el empeño de extender el mensaje consolador del Evangelio. Pero algo le decía en su interior que Dios le reclamaba hacia otros horizontes. Las consultas que hizo a determinados directores espirituales, sobre todo al P. Barré, le convencieron que en su ciudad natal, Reims, había que hacer escuelas para ser fiel a la voluntad divina.

En 1668 hizo un largo retiro en París. Regresó a Reims y comenzó a entregarse a una intensa actividad predicadora y también se dedicó a la dirección espiritual. Su casa se convirtió en una especie de Seminario preparatorio para jóvenes aspirantes al Sacerdocio que él animaba y ayudaba de diversas formas. Fue la dirección de las almas lo que más tiempo le ocupó en aquellos años. Fiel a las inspiraciones de su época de estudiante, su centro de interés se hallaba en el mensaje evangélico de la encarnación del Hijo de Dios, al que él añadía la total fidelidad a la Iglesia y a las autoridades puestas por Dios en ella.

Sus principios eran contundentes. En una carta escribía:

«Es necesario ser fieles a Dios en las cosas pequeñas del mismo modo que en las grandes. Hay que saber hacerse violencia, pues no hay fidelidad sin violencia. Sólo así se obtiene la ayuda de Dios. Todo esto hay que pedirlo en la oración» (*Cartas de dirección*, c.29).

Y en otra reclamaba:

«Tened presente en vuestra vida espiritual el sacrificio... Tened a la perfección, no por la hermosura de la perfección, sino porque es la voluntad divina» (*Cartas de dirección*, c.15).

Pero su estilo no era el duro concepto de la lucha, sino el alegre estilo de los que aman a Dios y por él aman al prójimo.

«Poneos por encima de las malas impresiones y os mantendréis alegres en medio de las agitaciones y de las luchas interiores, conservando la paz con seguridad de hacer la voluntad de Dios en todo» (*Carta* 6).

Y añadía:

«La caridad para con el prójimo es la más necesaria de todas las virtudes. Prestad con gusto servicios a todos los que viven con vosotros. Haced en todo momento obras de caridad a costa, incluso, de vuestros intereses» (*Avisos a las Hermanas*, 19).

La fe y el celo eran las alas con las que él mismo volaba hacia la santidad. Si se dedicaba a las almas, era porque sabía ver a Dios en todas las cosas y porque tenía una confianza ciega en la Providencia. En el contacto con las almas aprendió, no sólo a vivir personalmente el Evangelio, sino a buscar soluciones a los grandes problemas sociales y morales que existían en el pueblo sencillo y con frecuencia sumido en la ignorancia que lleva al vicio. De esos años es el testimonio que escribía en una carta: «Estoy resuelto a trabajar por fundar escuelas gratuitas para la educación cristiana de las niñas».

En la Cuaresma de 1670 predicó en la parroquia de San Amando, con Antonio de La Haye, en Rouen. Colaboró estrechamente ante las necesidades espirituales y morales del entorno. Decidido a poner en práctica su deseo de ayudar en la educación cristiana de aquel entorno, el 15 de octubre de ese año realizó la defensa legal del orfelinato de Varlet. El 20 de diciembre adquirió la casa de Petit-St-Martin. Y el 27 recibió a las dos maestras que había solicitado al P. Barré, siguiendo su inspiración y ejemplo. Sin darse casi cuenta, y atento a los designios de

la Providencia, se había embarcado en una empresa que no sabía todavía a dónde la iba a llevar.

Albergó a las maestras venidas en su propia casa. Eran Francisca Duval y Ana Le Coeur, dos generosas mujeres que iban a sintonizar hermosamente con el fundador. Pronto engrosó el grupo con nuevas jóvenes que reclutó para la obra. El 11 de enero de 1671 inauguró para ellas la Capilla de Petit-St-Martin, lo cual le comprometió más con la empresa, que dejó de ser una más de sus aventuras apostólicas y se transformó en el centro de sus inquietudes, sobre todo al ver el bien espiritual que en las niñas y, a través suyo, en las familias realizaba.

Para entonces Roland tenía las ideas muy claras sobre lo que iba a ser su obra educadora. A las Hermanas las diría con palabras muy claras:

«Sed fieles en vuestro empleo, no mirandolo mas que con los ojos de la fe. No lo mireis como obra de mercenario, sino como labor apostolica. Entregaos con la mira puesta en Cristo, puesto que no es otra cosa que continuacion de su vida predicatora. Rogadle que os llene del celo que el tenia por la salvacion de las almas [] Despojaos en su ejercicio de toda mira espiritual y temporal, pues una verdadera maestra de escuela debe estar muerta a si misma y buscar solo la gloria de Dios» (*Avisos a las Hermanas*, 4)

Fue en 1672 cuando se encontró con el joven canónigo de Reims, Juan Bautista de La Salle, de quien asumió por algún tiempo la dirección espiritual. Ambos se animaban mutuamente en las obras apostólicas. Mientras su dirigido permanecía en el Seminario de San Sulpicio, de París, conservó con él estrecha correspondencia y diversos encuentros en sus viajes a la capital.

Cuando regresó a Reims, al morir con pocos meses de distancia los progenitores del futuro fundador de las escuelas cristianas, le tomó especialmente bajo su prudente dirección. Sus primeras relaciones fueron más bien espirituales, aun cuando le iba inculcando el desprendimiento que él mismo había logrado y que luego manifestaría el Fundador de los Hermanos. Roland entendió pronto que en el canónigo, por su piedad y por su austeridad, se escondían especiales designios de la Providencia. Sin prisas, pero sin pausa, fue cultivando aquella alma que se le había acercado.

En 1673 falleció su padre. Desde entonces se entregó más al apostolado sacerdotal y a la animación de la nueva comunidad de Hermanas del Niño Jesús. Además del orfanato, que había sido su primera obra, se encargó de varias escuelas de barrio. El 13 de junio abrió en Reims la primera escuela propia de las Hermanas, quedando desde entonces el grupo, ya convertido en comunidad, más libre y autónomo para tomar decisiones. El éxito de que pronto se adornaron las escuelas hizo que de otros muchos lugares reclamaran su ayuda para crear nuevas escuelas.

Sus Hermanas maestras iban siendo cada vez más apreciadas y reclamadas en diversos lugares. Y muchos le pedían también que pensara en hacer algo parecido con los niños. Roland insistía con La Salle para que tomara en serio la tarea de formar maestros. La Salle se resistía. Demandó ayudas a los amigos y conocidos, pero no hallaba el modo de salir adelante. Era su fracaso del momento o, mejor, no era el momento de la Providencia ni a él estaba reservada esta misión.

El 16 de julio de 1675 se terminó la capilla de las Hermanas. Se inauguró y la obra recibió un impulso extraordinario. Recibió la aprobación de la Regla de la Congregación, por parte del Arzobispo Le Tellier. Las señalaba en ella el nombre de Hermanas del Niño Jesús, por su devoción a esta advocación venerada en el Carmelo de Beaume, su lugar preferido de peregrinación, en donde una imagen del Niño Jesús presidía la vida de las religiosas. El espíritu de esta obra singular quedó consignado en algunas de las consignas, por ejemplo cuando les dice:

«El fuego sagrado, que debe abrasar a las Hermanas, las lleva a caldear a los demás, sobre todo a las maestras, a las alumnas, y a cuantas personas traten. Así logran, con los buenos ejemplos y las palabras edificantes, hacer el bien que la Divina Providencia desea. Con ese fuego, aman al prójimo, pues Dios no separa la caridad con que quiere que le amemos a Él de la que debemos tener con todos los hombres. Este es el principio que debe animar en la instrucción de las niñas en la escuela, no haciendo distinción de personas ni de sus cualidades humanas y naturales» (Virtudes necesarias a las Hermanas)

Por aquellos meses escribió varios libros espirituales; de ellos publicó *Avisos para las personas regulares*. Otros quedaron manuscritos. Se sabe de algunos como el *Pequeño tratado de las*

virtudes que son necesarias a las Hermanas del Niño Jesús, Colección de diversos avisos; y Conferencias sobre la perfeccion.

En 1676 legó todos sus bienes para consolidar la obra de las escuelas. Multiplicó sus actividades en favor de los necesitados. Sufrió diversas incomprensiones por parte del Cabildo y de la autoridad eclesial. No podían entender cómo un canónigo brillante como él, de familia distinguida local, podía entregarse de lleno a una tarea con indigentes. Y, sobre todo, no podían asumir el hecho de que se desprendiera de su patrimonio para una obra tan fugaz. Venció fácilmente los obstáculos con la oración y la mortificación. Se conserva una *Memoria al Arzobispo de Reims* exponiendo el sentido y la necesidad urgente de su obra.

Y se recoge ese pensamiento en su *Correspondencia*, no abundante pero suficiente para averiguar lo que latía en aquel corazón de oro y en aquella mente clarividente...

A las Hermanas les dedicaba lo más hermoso de su tarea sacerdotal. Les decía:

«Tened siempre en vuestro corazon y en vuestra mano un ramillete de tres flores La primera es la rosa, que representa la caridad que debe animar vuestras acciones La segunda es el lirio, que significa la pureza de corazon y de intenciones en el obrar Y la tercera es la violeta, que os trae a la memoria la mortificacion que exige la entrega a quienes dedicais vuestras instrucciones» (*Avisos a las Hermanas*, 4)

En 1677 hizo varios viajes a París para conseguir el reconocimiento civil de su comunidad. Las obstrucciones y demoras le hicieron sufrir mucho y fueron el crisol de su vida espiritual.

En medio de sus tareas educativas, no perdió su gran vocación de predicador evangélico. En marzo-abril de 1678 realizó una gran campaña de predicación y apostolado, ayudando a los padres del Oratorio. El 30 de marzo asistió con gozo a la primera misa de su dirigido Juan de La Salle. En ella intuyó que su hora final se acercaba y que aquel nuevo sacerdote le reemplazaba en su misión de educador.

El 19 de abril tuvo que guardar cama, aquejado de enfermedad mortal. El 23 redactó el testamento. Sus últimas jornadas de agonizante fueron especialmente dolorosas. Y el 27 del mes de abril, a los 36 años, entregó su generosa alma al Creador, siendo enterrado en la capilla de las Hermanas el día 29.

Dejaba un gran proyecto apostólico iniciado, aunque sólo contaba 20 Hermanas, un asilo y cuatro escuelas. En el testamento había dejado escrito el encargo «al Señor Juan Bta. de La Salle y al clérigo Rogier dar terminación a su Instituto y les mandaba que protegieran a las Hermanas y las consiguieran las autorizaciones civiles». Los testamentarios cumplieron su voluntad con la fidelidad que él les había enseñado. El más influyente, La Salle, logró la aprobación de las autoridades. El 12 de diciembre de 1683 el arzobispo de París, Le Tellier, firmó la aprobación de las Constituciones. Juan de La Salle creyó con ello cumplir un deseo de su director moribundo. Y no se dio cuenta de que era el primer paso de un camino que ya el P. Roland bendecía desde el cielo.

El recuerdo de tan piadoso sacerdote y director de almas quedó latente en Reims y en los diversos lugares donde había predicado. La devoción hacia él se mantuvo viva en torno a su sepulcro. Los siglos pasaron, pero no la fama de santidad del piadoso canónigo muerto tan joven.

El proceso sobre sus virtudes y méritos eclesiales se despertó cuando se entró en el análisis de fondo de los que supuso tan egregio sacerdote. Comenzaron a desenterrar su recuerdo y escritos influyentes personas de Reims y se formalizó la causa en la diócesis en 1942 y se concluyó en 1980.

El 7 de julio de 1981 la Congregación para las Causas de los Santos publicó el decreto sobre sus escritos. El decreto sobre la heroicidad de sus virtudes fue promulgado por Juan Pablo II el 21 de diciembre de 1992. El 23 de diciembre de 1993 se declaró oficialmente que la curación de la Hermana Jeanne Régier por intercesión de este piadoso siervo de Dios era algo que no dejaba lugar a dudas. Y el 16 de octubre de 1994 era beatificado por el mismo pontífice durante el Sínodo de los Obispos sobre la vida consagrada.

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

- BERNOVILLE, G , *Un précurseur de St Jean Bte de La Salle Nicole Roland* (Reims 1988)
Posito para la Causa de la beatificación de Nicolas Roland (Roma 1981)
Roland, canonico Teologo fondatore delle Suore del Bambino Gesu (Roma 1976)

SAN SIMEÓN

Obispo y mártir († 107)

Hijo de Cleofás y primo del Señor, sucede a Santiago al frente de la comunidad cristiana de Jerusalén cuando éste fue martirizado el año 62. Según Eusebio la elección tuvo lugar después de la ruina de la Ciudad Santa, pero más probable parece que fuera a raíz mismo de la muerte de Santiago. Durante su episcopado tuvo lugar la huida a Pella de la comunidad cristiana y él mismo escapó con ello a la búsqueda de descendientes de David que habían hecho Vespasiano y Domiciano. Arrestado en el imperio de Trajano, fue condenado a muerte por ser cristiano y ser descendiente de David, según cuenta Hegesipo. Tenía al tiempo de su martirio por crucifixión 120 años. Su muerte fue hacia 107.

SAN TEODORO DE TABENNA

Abad (s. iv)

Los griegos le llaman Teodoro el Santo. Fue discípulo de San Pacomio que lo introdujo en la vida monástica y le enseñó la conjunción entre vida contemplativa y vida de comunidad. Muerto el santo quedó al frente de la congregación o cadena de monasterios que seguían la regla de vida de San Pacomio. Murió el 27 de abril, probablemente del año 368.

SAN MACALDO

Obispo (s. v)

Macaldo o Maughold era un pirata irlandés convertido a vida honesta por San Patricio y que se fue a hacer penitencia a la isla de Man, donde halló a dos misioneros que San Patricio había enviado previamente. Vivió allí como ermitaño hasta que, muertos los dos misioneros, el pueblo lo eligió como obispo y él gobernó santamente la comunidad cristiana de la isla. Murió h. 498.

BEATA CATALINA (OSANNA DE CATTARO)

Virgen († 1565)

Nació en Kuma, Montenegro, en 1493 en una familia ortodoxa. Enviada a Cattaro (Kator) como criada de la familia Buchi, conoció aquí el catolicismo y adoptó esta religión. Deseando dedicar su vida al Señor quiso vivir como reclusa. Se hace terciaria dominica, toma el nombre de Osanna, y se recluye a vivir en una celda, entregada a meditar en la pasión de Cristo. Al lado de su celda se edificó un monasterio de monjas dominicas. La gente visitaba y consultaba a Osanna en su celda, en la que perseveró hasta su muerte el 27 de abril de 1565. Su culto fue confirmado el 21 de diciembre de 1927.

SAN LORENZO NGUYEN VAN HUONG

Presbitero y martir († 1856)

Nació en Ke-Sai, Tonkín, en 1802, en el seno de una familia cristiana. Huérfano desde pequeño lo recoge un tío suyo que se opuso enérgicamente a los deseos del muchacho de ser sacerdote. Por fin pudo ingresar en el seminario de Ke-Non. Ordenado sacerdote, trabajó con gran fruto en varios distritos. Iba a visitar a un cristiano enfermo en el poblado de Tra-Tu cuando es arrestado y llevado a Ninh-Binh. Se trató a toda costa de obtener su apostasía. Perseveró firme y sereno en la confesión de la fe. Condenado a muerte, pudo recibir la disimulada visita de un sacerdote que le administró los sacramentos. Se dirigió al lugar del martirio rezando su breviario. Fue decapitado el 27 de abril de 1856. Fue canonizado el 19 de junio de 1988.

BEATA MARÍA ANTONLA BANDRÉS Y ELÓSEGUI

Virgen († 1919)

Nació en Tolosa el 6 de marzo de 1898, hija de un abogado, en el seno de una numerosa y cristiana familia. Alumna del colegio de las Hijas de Jesús, conoció allí a la fundadora de la congregación, Beata Cándida María de Jesús. Joven piadosa y

caritativa, unos ejercicios espirituales en Loyola la deciden a consagrarse a Dios en la vida religiosa y opta por la congregación de las jesuitinas con las que se había educado. Ingresa en el noviciado de Salamanca el 8 de diciembre de 1915. Tras la conveniente preparacion hizo los votos el 31 de mayo de 1918 y muy poco despues se le declara una grave enfermedad. Ella se había ofrecido por entero al Señor y había ofrendado su vida por la conversión de su padrino. El médico que la atendía comprendió muy bien que se trataba de una enfermedad mortal. De cada visita salía edificado y admirado de la virtud de la joven religiosa, lo que comentaba con su amigo don Miguel de Unamuno. Ambos admiraban sobre todo la transparencia de la fe de la joven en la inmortalidad y la vida eterna. En la enfermedad practicó de manera ejemplar todas las virtudes, edificando a las religiosas y a cuantos trataron con ella. Murió el 27 de abril de 1919. Fue beatificada junto con la fundadora el 12 de mayo de 1996

28 de abril

A) MARTIROLOGIO

1 En Futuna (Oceania), San Pedro Luis Chanel († 1841), presbitero, de la Sociedad de Maria **

2 En St Laurent-sur Sevre (Francia), San Luis Maria Grignon de Montfort († 1716), presbitero, fundador de la Compañia de Maria y de la Congregacion de Hijas de la Sabiduria **

3 En Beziers (Francia), San Afrodisio (s II), primer obispo de la ciudad

4 En Nicomedia, los santos Eusebio, Caralampio y compañeros, martires (fecha desconocida)

5 En Ravena (Italia), la conmemoracion de San Vital, que se venera junto con los martires Valeria, Gervasio, Protasio y Ursicino (fecha desconocida)

6 En Cirta (Numidia), San Agapio († 259), obispo y martir

7 En Dorostoro (Mesia), los santos Maximo, Dada y Quintiliano (s IV), martires

8 En Tarazona (España), San Prudencio (s V-VI), obispo *

9. En Sulmona (Abruzzo), la deposición de San Pánfilo († 700), obispo de Corfinio.

10. En Poggibonsi (Toscana), Beato Luquesio († 1260), terciario franciscano *.

11. En St. Laurent-sur-Sèvre (Francia), Beata María Luisa de Jesús Trichet († 1759), virgen, primera religiosa de la Congregación de las Hijas de la Sabiduría **.

12. En Ninh-Binh (Tonkín), los santos Pablo Pham Khac Khoan, presbítero, Juan Bautista Dinh Van Than y Pedro Nguyen Van Hieu († 1840), catequistas y mártires *.

13. En el campo de concentración de Mauthausen (Austria), Beato José Cebula († 1941), presbítero, de la Congregación de los Oblatos de María Inmaculada, mártir *.

14. En Magenta (Italia), Beata Juana Beretta de Molla († 1962), madre de familia **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT

Presbítero († 1716)

Es el apóstol por excelencia de la Santa Esclavitud de María, o de la Perfecta Consagración a la Santísima Virgen, según la fórmula por él popularizada: «Por María, con María, en María, para María».

Nació el 31 de enero de 1673 en Montfort (Bretaña francesa), no lejos de la ciudad de Rennes. Fueron sus padres Juan Bautista Grignon y Juana Robert de la Biceule. Bautizado con el nombre de Luis el 1 de febrero en la iglesia parroquial de San Juan, hizo su primera comunión en el vecino pueblo de Iffendic. El nombre de «María» lo tomó en la confirmación.

Ocho años de estudios, hasta el primero de teología inclusive, en el colegio de los padres jesuitas de Rennes (1685-1693), donde fue congregante mariano y trabó amistad con sus compañeros Juan Bautista Blain y Claudio Poullart des Places; y otros ocho en París (1693-1700) completando los estudios de teología y preparándose para el sacerdocio a la sombra del seminario de San Sulpicio. El 5 de junio de 1700 era ordenado sacerdote, y poco después, en el altar de Nuestra Señora de San Sulpicio, que muchas veces, con cariño filial, había él adornado,

decía su primera misa: «como un ángel», en expresión de su amigo Blain.

Su gusto hubiera sido consagrarse a la evangelización de los infieles en las misiones extranjeras; pero su director, el señor Leschassier, que lo era de San Sulpicio, tenía otros planes. Los jansenistas de Nantes monopolizaban por entonces la enseñanza en aquella ciudad. Dueños de la Universidad, habían logrado, además, eliminar del Seminario Mayor a los sacerdotes de San Sulpicio. Para contrarrestar su influjo en el clero, un santo sacerdote, René Lévêque, de la diócesis de Nantes, en unión con uno de los arcedianos de la misma, el señor Jonchères, había fundado una asociación de celosos sacerdotes, que formaron la Comunidad de San Clemente, así llamada por la parroquia a que fueron adscritos. El señor Jonchères se encargó del Seminario y el señor Lévêque de la Comunidad. Como auxiliar de este último, ya anciano, era enviado a Nantes Montfort. La estancia iba a ser para él durísima. En el Seminario, se había infiltrado el espíritu jansenista en la persona del profesor Lanoë-Menard, y, obligada a oír sus conferencias, se había contagiado también la Comunidad de San Clemente. Muy pronto se dio cuenta Montfort de aquel ambiente, irrespirable para un fervoroso hijo de la Iglesia romana.

Providencialmente Dios le sacó pronto de aquella casa, encaminándole a Poitiers, donde le esperaban no ligeras cruces, pero donde encontraría a la que años adelante, bajo su dirección, sería la fundadora de las Hijas de la Sabiduría, María Luisa Trichet, hija del primer magistrado de aquella ciudad. Nombrado capellán del hospital de Poitiers, por tres veces fue despedido malamente de él. En una de estas ocasiones se trasladó a París. Destrozado del viaje, hecho como siempre a pie, se acogió al hospital de La Salpêtrière, en el cual, escribía él, se encontró con 5.000 pobres enfermos. Apenas repuesto un poco, había comenzado a ejercitar allí el oficio de enfermero con la misma heroica abnegación que en Poitiers, cuando un día, al sentarse a la mesa, encontró bajo su cubierto una esquela en que se le despedía. Y allí quedaba sin asilo y sin pan en medio de la ciudad inmensa. El pan se lo dieron de limosna las benedictinas del Santísimo Sacramento, y, por fin, bajo una escalera en la calle

del Pot-de-fer, halló un cuchitril donde cobijarse. En este rincón se cree que escribió su primer libro, *El amor de la sabiduría eterna*, y en este inmenso desamparo fue donde comenzó a planear la fundación de la Compañía de María, poniéndose al habla con su antiguo condiscípulo Poullart des Places.

Vocación definitiva de Montfort era la de misionero popular. En el mismo Poitiers dio ya con gran fruto cuatro o cinco misiones; pero, en vista de las dificultades que se le presentaban en aquella y en otras diócesis de Francia, pensó de nuevo en las misiones de ultramar, y con este intento se encaminó a Roma para pedir la bendición del Papa. El 6 de junio de 1706 era recibido en audiencia por Clemente XI, el debelador del renacido jansenismo, que le mandó quedarse en Francia. Para autorizar sus misiones le concedió el título de misionero apostólico.

En los diez años escasos que le quedan de vida Montfort misionará, primero en medio de grandes contrariedades, en las diócesis de Rennes (1706), de Saint Malo y de Saint Brieuc (1707-1708) y en la de Nantes (1708-1711). Sólo los cinco últimos años (1711-1716) trabajará con alguna tranquilidad en las diócesis de La Rochela y de Luçon, cuyos prelados no se habían doblegado al jansenismo. En estos últimos años, sobre todo, se esforzará por formar sus Congregaciones religiosas.

Una de las grandes tribulaciones de la primera etapa (1706-1711), tal vez la mayor de toda su vida, fue la demolición ordenada por Luis XIV, siniestramente informado, del grandioso Calvario de Pontchateau, en que, durante quince meses, dirigidos por Montfort, habían trabajado más de 20.000 obreros. Las misiones en las diócesis de La Rochela y de Luçon fueron en conjunto triunfales, aunque no sin cruces: «Ninguna cruz: ¡qué gran cruz!», solía decir el Santo.

En las afueras de La Rochela, y en una ermita llamada de San Eloy, fue donde compuso las *Reglas de las Hijas de la Sabiduría*, y también, según se cree, el tratado de *La verdadera devoción*. Allí, una vez más, sintió la necesidad de reclutar un escuadrón de sacerdotes que se dedicaran a misionar por los pueblos. Tal vez allí brotó de sus entrañas la llamada justamente *oración abrasada*.

Un viaje a París en el verano de 1713 buscando candidatos para la Compañía de María en el seminario fundado por su con-

discípulo Poullart, y otro a Rouen, en el de 1714 para invitar a su amigo Blain, canónigo en aquella catedral, a que se le uniera en el proyecto de esta fundación. A la vuelta de este viaje se detuvo unos días en Nantes, en la casa de los «Incurables» por él fundada; y en Rennes, el último día de unos ejercicios hechos en su antiguo colegio, escribió la encendida *Carta a los amigos de la cruz*.

Vuelto a La Rochela, se ocupó, sobre todo, en organizar las escuelas de caridad, y fue allí donde, llamadas por él, vinieron a encontrarle sus hijas, María Luisa Trichet y Catalina Brunet —otra joven vivaracha de Poitiers—, para ponerse al frente de las escuelas de niñas, que se llamarían «Escuelas de la sabiduría».

Pero se acercaba el fin de su vida —él había presentido y aun predicho que moriría antes de acabarse aquel año 1716—, y las fundaciones por que tanto había suspirado apenas estaban esbozadas. Había que alcanzar del cielo su desarrollo; y acudió a Nuestra Señora de Ardillers. Postrado a sus plantas se sintió escuchado. Ya podía morir.

Su última misión fue la de San Lorenzo de Sèvre. Podría decirse que la muerte le asaltó en el púlpito, predicando el último día por la tarde ante su gran amigo el obispo de La Rochela. El 27 de abril, después de dictar su testamento en el que pedía que su corazón fuera enterrado bajo la tarima del altar de la Santísima Virgen, entregaba su espíritu al Señor. Tenía cuarenta y tres años y tres meses. No menos de 100.000 personas de la comarca acudieron a venerar los restos de su apóstol.

Apenas ha podido entreverse por lo dicho aquí la eficacia extraordinaria de su palabra evangélica. Debíase esta eficacia, desde luego, a la gracia divina, que el Santo alcanzaba muy principalmente por intercesión de la Virgen Santísima. Junto con el crucifijo llevaba él siempre consigo una estatuita de Nuestra Señora, que instalaba en su habitación, en el confesonario, en el púlpito.. en todas partes: Era la «Reina de los Corazones». A los ojos del pueblo, su vida penitente, su pobreza en el vestir, su espíritu de oración, su modestia constante, le conciliaban la veneración de todos. Venía sobre esto la predicación sabia y ardiente. Al mismo tiempo Montfort era maestro en utilizar toda clase

de recursos populares. Hasta siete procesiones, nos dice su contemporáneo Grandet, organizaba en cada misión. Especial solemnidad revestía la de la renovación de las promesas del bautismo. Otro elemento capital en todas sus misiones eran los cánticos. Son unos 24.000 los versos compuestos por él, que abarcan todos los temas usuales en las Misiones.

Nada podemos decir aquí del desarrollo que, por fin, han logrado sus fundaciones religiosas. En cuanto a sus libros, ya se indicó la difusión inmensa que han tenido *El secreto de María* y *La verdadera devoción*. Esos y los demás pueden verse en la edición española de la BAC, vol. III (1954), donde se hallará, en la introducción, la bibliografía que puede desearse. El 22 de enero de 1888 el siervo de Dios fue beatificado por León XIII; y el 20 de julio de 1947 canonizado por Pío XII.

CAMILO M.^a ABAD, SI

Bibliografía

- BERNOVILLE, G., *Grignon de Montfort, apôtre de l'école et les frères de Saint-Gabriel* (París 1946).
CLORIVIERE, P. DE, *La vie de M. Louis-Marie Grignon de Montfort* (París 1785).
GRANDET, J., *La vie de Messire Louis-Marie Grignon de Montfort, prêtre du clergé* (Nantes 1724).
JAC, L., *Le bienheureux L.-M. Grignon de Montfort* (París 1903).
LAVEILLE, A., *Le bienheureux L.-M. Grignon de Montfort* (París 1907).
MORINEAU, B.-M., *Saint Louis-Marie Grignon de Montfort* (París 1947).
Obras de San Luis M. Grignon de Montfort, editadas por N. PÉREZ y C. M.^a ABAD (BAC, 111; Madrid 1954); nueva ed. por L. SALAÜN PERROT, *San Luis María Grignon de Montfort. Obras* (BAC, 451, Madrid 1984).
QUERARD, J. M., *Vie du bienheureux L.-M. Grignon de Montfort*, 4 vols. (Rennes 1887).
— Actualización:
PAPASOGLI, B., *Montfort: un uomo per l'ultima chiesa* (Roma 1991).
REY-MERMET, TH., *Luis María Grignon de Montfort (1673-1716)* (BAC Popular, 92, Madrid 1988).

BEATA MARÍA LUISA DE JESÚS TRICHET Virgen († 1759)

Uno de los santos misioneros populares entre los siglos XVII y XVIII en Francia fue sin duda San Luis María Grignon de Montfort (1673-1716). A su actividad misionera unió la preocupación constante por la atención a los más pobres. En este

quehacer apostólico, que confiaba como todas sus obras a la inspiración y patrocinio de la Virgen María, el santo misionero encontró una mujer que quedó contagiada de este amor entregado a los más abandonados. Ella fue la Beata Luisa María Trichet, quien aportó sensibilidad femenina y ternura maternal para completar la labor apostólica de San Luis María. A la fundación de una congregación masculina, la Compañía de María, para la evangelización de las parroquias rurales y urbanas mediante las misiones populares, el padre Montfort añadió, con la colaboración de María Luisa, la femenina, las Hijas de la Sabiduría: consagradas al que es la Sabiduría, el Verbo encarnado, que tomó las debilidades y flaquezas de la naturaleza humana, para que estas religiosas del que es la Sabiduría de Dios encarnada aprendieran a servir a quienes encarnan el rostro de Cristo doliente, los marginados de la educación y de la atención sanitaria. La Beata María Luisa de Jesús siguió con docilidad al gran maestro y misionero para compartir su carisma, para impregnarse de la sabiduría del Evangelio, con obediencia clarividente a las palabras de Jesús en San Mateo: «Cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25,40). En la Francia convulsa entre los siglos XVIII y XIX, María Luisa supo permanecer siempre fiel al mandato evangélico abrazando la sabiduría de la cruz e inundando de caridad un mundo injusto y violento dislocado por la locura del egoísmo y la insolidaridad.

Nació María Luisa en Poitiers (Francia) el 7 de mayo de 1684. Fue la primogénita de los ocho hijos que tuvieron Julián Trichet y Francisca Lecoq. El mismo día de su nacimiento fue el de su regeneración en las aguas bautismales de la iglesia de San Esteban. Su padre ocupaba un cargo importante en la administración de Poitiers; era un cristiano inteligente, enérgico y recto, pero de corazón bondadoso. María Luisa recibió una sólida educación en la escuela de las Hijas de Nuestra Señora.

En la adolescencia ya sintió la llamada a la consagración total a Dios. Fue providencial y decisivo su encuentro, cuando tenía 17 años, con San Luis María Grignon de Montfort. Desde entonces ya pudo orientar su vida de fervor y de entrega. Hizo

una experiencia breve de vida religiosa en el noviciado de las canonesas agustinas en Chatellerault. Salió de la canónica por motivos de salud o, tal vez, porque descubrió que la casa religiosa estaba infectada del virus jansenista. Volvió al hogar, a Poitiers, y se puso bajo la dirección espiritual de Grignon de Montfort.

El apostólico sacerdote ya estaba planteándose la fundación de las Hijas de la Sabiduría. Descubrió en María Luisa el fundamento de la congregación proyectada, pero aún los tiempos no estaban maduros. Le dice escuetamente a la joven: «Sí, tú serás religiosa». En María Luisa crecían de día en día vivos deseos de consagración religiosa. Al insistir en su decisión de consagrarse totalmente a Dios, el santo fundador, que era el capellán del hospital de Poitiers, le contesta como bromeando: «Pues vente a vivir en el hospital». Fue como una inspiración divina, misteriosa a primera vista e inconcebible en aquella época para una joven burguesa. María Luisa se siente llamada, por la voz de su padre espiritual, a ir a vivir con los más abandonados. Pero la administración del hospital no podía aceptar de momento nuevas gobernantas. Entonces, con heroica resolución, pide al obispo una carta de recomendación para entrar «como pobre» en el hospital. Y el obispo accede a sus deseos.

En enero de 1703 el capellán del hospital y director de la futura cofundadora, la acoge en el centro asistencial que cuida espiritualmente. Ya entonces el padre Montfort había formado una asociación, el cenáculo de la Sabiduría, en el que introduce a la nueva pobre y servidora de los enfermos. El cenáculo reunía a una docena de mujeres pobres hospitalizadas que intentaban vivir con radicalidad el Evangelio, la espiritualidad de la Sabiduría. Esta reunión de mujeres piadosas iba preparando el camino para la fundación, que Luis María llevaba en su corazón, el de una congregación de mujeres consagradas a la Sabiduría, el Verbo encarnado, para llevar la «locura» del Evangelio a la actividad apostólica, para que fueran solidarias de los oprimidos, de los desheredados, de los no amados. Su carisma debía concretarse en la atención constante a los marginados mediante la atención sanitaria y la educación.

El 2 de febrero de 1703, en fiesta tan señalada para la tradición de la vida religiosa: la Presentación del Señor y la Purifica-

ción de Nuestra Señora, nacen las Hijas de la Sabiduría. Sor María Luisa de Jesús es la primera en recibir de manos del fundador el hábito del nuevo Instituto, llamado a proclamar, con obras y de verdad, la Sabiduría del Mesías Crucificado, locura para los no creyentes, pero poder y sabiduría de Dios para los llamados a ser discípulos del Señor y a dejarse guiar por su Espíritu (cf. 1 Cor 1-2).

Siguen diez años de vida oscura, misteriosa, vivida con fe ardiente, con una adhesión inquebrantable a la voluntad de Dios, con un amor heroico que le hace superar obstáculos sin fin. Son años de absoluta soledad —sólo al cabo de estos diez años tendrá una compañera—; son años, pues, de espera, de incertidumbre, gastados en el hospital con celo, con caridad, con la oposición y zancadillas de las gobernantas. Otro sufrimiento se añade a esta soledad: la falta del apoyo del fundador, Luis María Grignon, que ha sido alejado de Poitiers por las intrigas malvadas de sus enemigos.

En 1715, en La Rochelle, puede disfrutar, por breve tiempo, de la ayuda y consejo de San Luis María. Pueden redactar juntos finalmente la Regla de las Hijas de la Sabiduría, que reciben la aprobación del obispo Mons. E. de Champflour el 10 de agosto. En La Rochelle constituye formalmente la primera comunidad religiosa con cuatro hermanas que prestan sus servicios a los pobres del hospital general y dirigen la «escuela de la caridad». Al año siguiente, el 28 de abril, muere el santo fundador.

Sor María Luisa queda entonces como única responsable de la dirección y del desarrollo de la congregación, que se encuentra en sus inicios, que no son nada fáciles y que la llevan al borde de la desaparición. Pero la cofundadora no se arredra. Con visión de futuro, establece en Saint-Laurent-sur-Sèvre, en la Vendée, la casa madre y el noviciado, en medio de extrema pobreza, contando con la colaboración de los padres de la Compañía de María, fundada por San Luis María. Son los años difíciles que transcurren entre 1717 y 1720. Superaba todos los obstáculos que se le oponían con un mismo método y motivación: discerniendo cuál era en cada momento la voluntad de Dios, para aceptarla y cumplirla pese a cuantas dificultades surgiesen.

De 1725 a 1748 se ocupa de la propagación de su Instituto; funda nuevas casas siempre con la mirada puesta en el servicio a los más pobres. Pasa temporadas largas en estas casas para formar y orientar a las hermanas que encuentran siempre en ella un ejemplo a imitar. Resplandece su carácter y virtud especialmente en la fundación de Niort. Son tan heroicos sus actos de caridad que las abandonadas, a quienes sirve maternalmente, llegan a llamarla «Madre-Jesús». Sus hijas religiosas alcanzan cimas de entrega total, sin reservas: muchas fallecen de cansancio, de tantas horas de servir a los más pobres y desechados. Alguien llegó a llamar a Niort la «tumba de las Hijas de la Sabiduría».

La vida no le ahorró la cruz de una oposición frontal y absurda. Religiosas intrigantes le proporcionaron lo que un biógrafo de la Beata ha llamado «sangrienta persecución». En medio de sus dolores, se agarró amorosamente a la Cruz de Cristo.

En la casa madre que había fundado, después de aceptar con paciencia su última enfermedad, pasó de la muerte a la vida para siempre el mismo día en que muriera en 1716 su padre espiritual y fundador, San Luis María, el 28 de abril de 1759. Había cumplido 75 años, de los cuales había dedicado casi 60 al servicio de Dios y de los hermanos más pobres, de los que más sufrían.

Sus despojos encontraron el merecido y honroso descanso en la parroquia de Saint-Laurent-sur-Sèvre, junto a la tumba de San Luis María. En torno a su sepulcro floreció enseguida la fama de santidad. Hijos e Hijas de los bienaventurados fundadores han encontrado siempre junto a sus sepulcros luz y aliento para cultivar su carisma y orientar su celo. De la cofundadora, muy bien escribió su primer biógrafo y superior general de la Compañía de María: era una copia viviente de las virtudes de Jesús-Sabiduría.

Tras la muerte de sor María Luisa, sobre todo a partir de 1789, se multiplicaron las vocaciones de su congregación, pero durante la Revolución Francesa las Hijas de la Sabiduría pagaron un fuerte tributo de sangre con unas cincuenta víctimas. Pasadas aquellas turbulencias, florecen nuevas vocaciones a lo largo del siglo XIX y las Hijas de la Sabiduría vuelven a escribir

páginas gloriosas en la historia religiosa de Francia. En 1964 las cifras de la congregación alcanzan sus cotas más altas: llegan a ser más de 5.000, con casas en los cinco continentes, en unos 30 países. A partir de 1966 se nota un descenso en el número de Hermanas, especialmente en Europa, pero se aprecia un notable crecimiento en los pueblos del Tercer Mundo.

Entre los años 1953-1954 se incoó y formó el proceso informativo de la causa, tras la canonización de Luis María Grignon de Montfort en 1947 por el papa Pío XII. Juan Pablo II declaró venerable a la sierva de Dios el 10 de julio de 1990 al reconocer sus virtudes heroicas. En 1992 el mismo pontífice aprobó el milagro requerido para la beatificación, que se celebró solemnemente en San Pedro del Vaticano el 16 de mayo de 1993. En la homilía, predicó Juan Pablo II:

«Guardar la palabra de Cristo, Sabiduría eterna de Dios, permanecer fiel a sus mandamientos, consiste en aprender, como lo hizo Madre María Luisa Trichet en la escuela de San Luis María Grignon de Montfort, a meditar la grandeza infinita de su presencia y de su acción en el mundo. María Luisa de Jesús se ha dejado prender por Cristo, pues buscó apasionadamente la alianza interior entre la sabiduría humana y la Sabiduría eterna. El despliegue natural de esta unión tan íntima y profunda desembocó en una acción apasionada hacia sus contemporáneos más pobres. La adoración de la Sabiduría del Padre, encarnada en su Hijo, conduce siempre a servir día a día a aquellos que nada tienen para agradar a los ojos de los hombres, pero que resultan muy queridos a los ojos de Dios»

Invitó el papa a dar gracias a Dios por la fundación de las Hijas de la Sabiduría, fruto de la santidad personal de San Luis María y de la Beata María Luisa de Jesús.

«La eminente caridad de ambos, su espíritu de servicio, su aptitud para conservar como la Virgen María "todo en su corazón", hoy se nos ofrecen para imitar y para compartir»

PERE-JOAN LLABRES Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 86 (1994) 561-563

Bibliotheca sanctorum Appendice prima, cols 1397-1398

BESNARD, C., *La vie de la soeur Marie Louise de Jésus, première supérieure des filles de la Sagesse* (Roma 1985)

DERVALX, J F, *Folie ou Sagesse?* (Paris 1950)

NAVA, P L, «Luis Maria Grignon de Montfort», en C LEONARDI A RICCARDI

G ZARRI (dirs), *Diccionario de los Santos*, I (Madrid 2000) 1 516 1 521

L'Osservatore Romano (16, 17/18 5 1993)

TEXIER, J, *Marie Louise de Jesus, premiere superieure de la Congregation de la Sagesse* (Paris 1901)

SAN PEDRO LUIS CHANEL

Presbitero († 1841)

El primer santo de Oceanía era francés de nacionalidad pero se había consagrado a la evangelización de las islas de aquel inmenso oceano que da nombre a Oceanía y allí en el desempeño de su servicio evangelizador halló el martirio. Por ello, tras ser canonizado, y como primicias de una Iglesia plantada con tantos esfuerzos y regada ya con sangre martirial, ha entrado en el misal romano y se celebra su memoria litúrgica en todo el extenso rito romano.

Nació en Cuet, un pequeño pueblo cerca de Bourg-en-Bresse, el 12 de julio de 1803. Se acababan para Francia los tiempos más duros de la Revolución Francesa pero se abrían otros no menos agitados: los tiempos de Napoleón, para entonces primer cónsul, y que al año siguiente del nacimiento de Pedro Luis se convertiría en emperador. La Revolución no le había venido mal a la familia de Pedro que había logrado mejorar fortuna en ese período, y para entonces era una familia acomodada dueña de campos. Era una familia creyente y Pedro halló clima de fe en su propio hogar. De la mano de su madre comenzó a ir a la parroquia cada domingo en cuanto llegó a los siete años. Pensando en su formación humana los padres lo enviaron a Cras, donde tenía parientes y donde había una buena escuela en la que entró como alumno. Y su estancia en Cras le sirvió para conocer a un celoso sacerdote, el abate Trompier, a quien el chico tomó mucho afecto. Este sacerdote tenía relación epistolar con misioneros y las cartas llegaban a manos de Pedro, que las leía con emoción y gusto. Cuatro años llevaba en Cras cuando al abate Trompier lo destinaron al pueblo de Monsols. Los padres de Pedro, conociendo el afecto del muchacho al abate, le dieron permiso para que se fuera con él y viviera en la casa rectoral de

dicho pueblo. Pero esta estancia en Monsols duró solamente un año, pues el abate era al año siguiente destinado de nuevo a Cras, y entonces naturalmente vuelve con él Pedro, que ya no se reincorpora a la casa de sus familiares sino que sigue viviendo con el abate en la casa rectoral. Prepara a Pedro para la primera comunión que, según la costumbre de entonces, recibió a los catorce años en 1817. Pero para entonces ya bullían proyectos en el corazón del jovencito: quería ser sacerdote y además misionero. Para ir por partes, el abate le aconsejó que primero se hiciera sacerdote y luego ya tendría oportunidad de encontrar forma de cumplir su anhelo misionero. Planteadas las cosas así, Pedro se preparó para ingresar en el seminario y efectivamente en 1819 ingresaba en el seminario menor de Meximieux. Estudió con ahínco, sacó buenas notas, tuvo buena conducta y aprovechaba obviamente en la vida espiritual. Un superior del seminario, el P. Loiras, con dos compañeros, marchaba como misionero a Canadá, y le pareció a Pedro que aquélla era una excelente oportunidad para lograr su objetivo. Pero con buen criterio se le dijo que era mejor que pasara a estudiar la filosofía al seminario de Belley y dejara para más tarde la ida a las misiones. Así se hizo y entre el 1 de noviembre de 1823 y la misma fecha del año siguiente estuvo en el seminario indicado. Pasa luego al seminario de Bourg, donde estudia con provecho la teología y es admitido al sacerdocio el 15 de julio de 1827. Pedro es feliz de haber alcanzado su primera meta. El obispo no ignoraba las ansias misionales del neosacerdote pero le dice que al menos un tiempo la diócesis necesita sus servicios, en justa compensación a la formación intelectual y moral que le había dado. Pedro se dispuso a servir a la diócesis con la mejor voluntad donde ésta le pidiera. Y así marchó a Ambérieu en calidad de vicario, y tuvo la agradable sorpresa de encontrar una parroquia muy misionera pues en ella había estado el abate Bonnand, que sería con el tiempo obispo en las misiones. Al año siguiente lo destinan a la parroquia de Crozet, necesitada de un sacerdote pacífico y de buen carácter.

La hora de su destino misionero estaba para sonar en el reloj de Dios, pero no por el camino que Pedro pensaba. Él creía que, terminado su servicio a la diócesis, se le permitiría irse con

el P. Loiras, obispo ya de Dubuque. Pero en julio de 1830 es destronada, esta vez definitivamente, la vieja dinastía de los Borbones, y se alza en su sitio como rey de los franceses Luis Felipe de Orleáns, y esta revolución hizo imposible la marcha a Canadá. Pero se le abrió otra puerta: el P. Colin había fundado la congregación de los maristas, con claros fines misioneros. La congregación estaba en pleno período fundacional. Pedro se acercó a Colin y le pidió lo admitiera entre los suyos, lo que hizo el fundador en el acto. Y como tenía a su cargo el seminario menor de Belley, lo destinó a profesor del mismo. Volvió, pues, Pedro al mismo edificio donde había estudiado la filosofía. Con diversos cargos estará en esta institución los años siguientes.

Colin quería que Roma le confiase algún distrito misional, y cuando supo que no estaban asignados los de Oceanía, salvo el ocupado por los PP. de los Sagrados Corazones, le pidió a Pedro que lo acompañara, y ambos sacerdotes se presentaron en Roma. Era el año 1833. Estaba en la sede de Pedro el papa Gregorio XVI, que quería dar un nuevo impulso a la evangelización de los países paganos. Era verano cuando los dos maristas viajaron hasta Roma. Visitaron con fervor las basílicas, y recibidos en la Sagrada Congregación de Propaganda Fide expusieron que estaban constituyendo una nueva congregación de finalidad misionera y que estaban dispuestos a aceptar cualquier distrito de Oceanía que quisieran darles. La Sagrada Congregación tomó nota del ofrecimiento pero no dijo nada más de momento. Colin y Pedro regresaron a Belley y se pusieron en manos de la Providencia. Mientras tanto Colin activaba la aprobación de su congregación.

Pasaron dos años y medio hasta que el 23 de diciembre de 1835 la Sagrada Congregación, visto el ofrecimiento del P. Colin, encargaba a la congregación de los Maristas de la parte de Oceanía no encargada a los Padres de Picpus. Cuatro meses más tarde, el 29 de abril de 1836, la Santa Sede aprobaba la nueva congregación. El 24 de septiembre el P. Colin, elegido superior general de la misma, recibía la profesión religiosa de Pedro Luis María —así su nombre en adelante— Chanel y otros diecinueve religiosos. El P. Colin le dio la alegría de ins-

cribirlo en el primer envío de misioneros que hacía la congregación.

Como superior de la misión se constituyó al P. Juan Pompallier, designado Vicario Apostólico y que no era religioso marista. Nombró pro-vicario a Pedro Luis. La partida fue del puerto de El Havre el 24 de diciembre de aquel año con destino a Valparaíso, de donde seguirían viaje a Oceanía. Tenían un plan concreto, pero luego surgen algunas dificultades y cuando desembarcan en la isla de Futuna se le pregunta a Pedro si quiere quedarse en esa isla. Pedro contesta que obedecerá lo que se le mande. Y se le deja allí acompañado de un hermano lego, el Hno. María Niccio Delorme, de 20 años. Era el 12 de noviembre de 1837. Pedro había llegado a territorio misional.

La isla de Futuna no es una gran isla, pero además de ser pequeña está dividida en dos zonas naturales por una montaña. A un lado y a otro de la isla vivían dos tribus, que no solamente eran distintas sino que eran rivales. Eran los *sigave* y los *alo*. Estos últimos tenían mejores armas que los primeros. Pero aquella tribu era incitada por un joven indígena ambicioso a intentar alcanzar la supremacía. Pedro se quedó con la tribu más débil y se sirvió de un hombre de negocios inglés, que hablaba la lengua local, para decirles a los nativos su propósito misionero y a través de él anunciarles lo elemental del evangelio. La gente, acostumbrada a sus dioses, hallaba dificultad en cambiar de religión, pero en los oídos de los jóvenes sonaba con mayor fuerza el mensaje evangélico. Pedro se esforzó en aprender la lengua, pero a los tres meses de su llegada a Futuna comenzaron las escaramuzas guerreras entre ambas tribus. El jefe de la tribu más fuerte hizo que el P. Pedro se fuera a vivir con él y le preparó una choza al lado de la suya. Esto dificultó el aprendizaje de la lengua. Pedro, no obstante, no dejaba de mostrar de muchos modos sus simpatías a los indígenas, visitando sus casas, preocupándose por los enfermos, y anotando las palabras del futunés que aprendía al tiempo que llevaba un diario en el que dejaba constancia de sus actividades. El 18 de julio de 1838 podía bautizar al primer converso, lo que le llenó de alegría. Su conocimiento de la lengua nativa iba avanzando.

En febrero de 1839 un ciclón azotó la isla. Unas semanas más tarde el P. Pedro Bataillon, destinado en la cercana isla de Wallis, dejaba su puesto misional en el que estaba hallando mucha resistencia y se venía a la isla de Futuna con Pedro Luis. El Hermano Delorme se marchó a Wallis. Posteriormente volvería a Futuna. Con la ayuda del misionero el P. Pedro consolidó un grupo de catecúmenos jóvenes, interesados por la novedad del evangelio. No duró mucho Bataillon; se fue unos meses más tarde. Y el 10 de agosto de aquel año tuvo lugar entre ambas tribus una batalla feroz, que supuso la victoria de los alo frente a los sigave. Los ancianos hicieron aparecer la batalla como debida a la protección de los dioses.

Pedro permaneció en su puesto, trabajando sin cansancio los meses siguientes. Le fue enviado otro hermano, que en noviembre de 1840, con licencia de Pedro, volvió a Wallis. Aquí, luego de las dificultades iniciales, empezaba también a despuntar un movimiento de conversiones. Pedro, suelto ya en la lengua, predicaba sin cansancio a sus catecúmenos.

Pero iba a sonar la hora del martirio para regar con sangre cristiana aquella siembra ya regada con los sudores del misionero. Un hechicero, vuelto de Wallis, no dejaba de predicar el odio al cristianismo y de infundirlo en los ancianos de la isla. Los jóvenes no participaban de estos sentimientos hostiles.

Parece que la gota que colmó el vaso de la ira de los ancianos fue la declaración del hijo del jefe de la tribu alo, que manifestó su inclinación al misionero, del que se había hecho amigo. La familia del jefe se decidió a asesinar al sacerdote. El 28 de abril de 1841, sabiendo que el Hermano Delorme no estaba con el P. Pedro en la cabaña sino que estaba en otra parte de la isla, un grupo de hombres a cuyo frente estaba Musumusu, yerno del jefe, se presentó a las puertas de la cabaña del P. Pedro. El misionero los recibió con su habitual amabilidad pero le obligaron a que saliera fuera de la cabaña y entonces se abalanzaron contra él y se pusieron a darle golpes con sus bastones, y entrando en la cabaña lo destruyeron todo. Fue el propio Musumusu el que trayendo un hacha le abrió la cabeza a Pedro, que consumó así su sacrificio martirial.

Su muerte fue fecunda pues tres años más tarde toda la isla se había convertido a Jesucristo. La Congregación de Propaganda Fide pidió la apertura de la causa de beatificación del mártir, que la introdujo el P. Bataillon cuando fue nombrado vicario apostólico. La beatificación la celebró el papa León XIII el 17 de noviembre de 1889. Aprobados los milagros requeridos, Pedro Luis María Chanel fue canonizado el 12 de junio de 1954 por el papa Pío XII y posteriormente nombrado patrono de Oceanía.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

- GIANNINI, U., *San Pierluigi Chanel, sacerdote marista, protomartire dell'Oceania* (Roma 1954).
- NICOLET, C., *Vie du Vénérable P. M. L. Chanel, prêtre de la Société de Marie et premier martyr de l'Océanie* (Paris 1885).
- ROZIER, C., *Écrits de S. Pierre Chanel* (Roma 1960).

BEATA JUANA BERETTA DE MOLLA

Madre de familia († 1962)

Gianna Francesca Beretta nació el 4 de octubre de 1922 en Magenta, provincia y diócesis de Milán, la décima de trece hermanos. Por nacer en la fiesta de San Francisco, y ser bautizada en el mismo día, le añadieron el nombre de Francisca al de Juana. Sus padres, Alberto Beretta y María de Michelis, la educaron, como al resto de sus hijos, con una educación cristiana basada en su propio testimonio y, a pesar del bienestar de la familia, en un clima de sobriedad y de desprendimiento.

Comenzó en 1929 sus estudios primarios y en 1933 fue matriculada en el instituto «Paolo Sarpi» de Bérgamo. Sus calificaciones eran normales, dejando incluso en algún curso asignaturas pendientes para septiembre, como el italiano y el latín. Cuando en 1937 murió su hermana mayor, Amalia, la familia se trasladó a vivir a Génova-Quinto al Mare, en la misma «riviera» italiana, y continuó sus estudios medios en un colegio de las hermanas «Doroteas». A sus dieciséis años hizo por primera vez ejercicios espirituales dirigidos por el padre jesuita Avedano.

En su libreta escribió: «Hago el santo propósito de hacer todo por Jesús».

En los primeros años cuarenta del siglo XX, en medio de las dificultades de la segunda guerra mundial, e incluso de los bombardeos que sufría Génova, esta familia llamaba la atención en la parroquia porque los padres iban juntos a la Misa de ocho de la mañana junto con sus hijos y, después de ella, cada uno se dirigía al colegio o a sus obligaciones. Sus padres murieron en 1942, con pocos meses de diferencia, la madre el 1 de mayo y el padre el 1 de septiembre, y entonces, los hermanos se volvieron a la casa de los abuelos paternos de Magenta. Tuvo que padecer y superar, con sus hermanos, las dificultades de traslados, los cambios de escuelas y universidades, la enfermedad y la muerte de sus padres. Dos de sus hermanos, José y Enrique, entraron en el seminario para ser sacerdotes franciscanos capuchinos.

Después de cursar las enseñanzas medias, en ese mismo año de 1942 comenzó en la Facultad de Medicina de Milán sus estudios universitarios, en medio de las dificultades de la guerra mundial y por eso, en 1945, se trasladó a la Universidad de Pavía concluyéndolos en 1949 con la licenciatura. En 1950 obtuvo la especialidad de Pediatría en la Universidad de Milán.

Durante su juventud fue militante de Acción Católica. En 1943 fue nombrada secretaria de un grupo de juventud y hasta 1956 ocupó varios cargos dentro de la misma Acción Católica. Daba charlas, asistía a diversas reuniones de carácter apostólico, participaba también en las actividades caritativas de las Conferencias de San Vicente de Paúl y muchos sábados visitaba, con algunas amigas, a familias necesitadas. Organizaba tandas de ejercicios para sus amigas e insistía en la formación humana —en la suya y en las demás— a la vez que en la espiritual, para ser «personas de una pieza». Participaba y animaba a acudir a sus amigas a la eucaristía diaria y les decía:

«Sólo si poseemos la riqueza de la gracia podremos darla a nuestro alrededor; porque el que no tiene, no puede dar nada».

Les invitaba también a hacer, al menos, diez minutos diarios de oración, la visita al Santísimo y el rezo del Rosario como expresión de su devoción a la Virgen. Juana era, además, buena deportista y amante de la naturaleza en las salidas que hacían al

campo y las subidas a la montaña en los Alpes, sabía esquiar, le gustaba pintar y la música pues incluso tocaba el piano.

En esos momentos se planteaba responder, en su vida y con su profesión, a la llamada de Dios, si es que tenía vocación religiosa o como seglar entregada. Su hermano José se había ordenado en 1946 y pensaba también que podría irse con Enrique, que estaba de misionero en Brasil, y trabajar como médico en el hospital que él había fundado. Consultó a personas cercanas, entre ellas al obispo de Bérgamo, Bernareggi. Para discernirla personalmente, en 1954 se fue a Lourdes para pedir luz a Dios por intercesión de la Virgen María. Y, a su vuelta, se vio llamada con la vocación matrimonial. Al conocer a Pedro Molla, vio claramente que Dios la llamaba también a una acción misionera desde su profesión con el prójimo, en los enfermos que visitaba y que acudían a un ambulatorio que, junto con su hermano Fernando, había abierto en Mesero, un pequeño pueblo cerca de su lugar natal, para atender a niños y a sus madres. Su hermana Virginia testificó:

«Necesitaba a los mas pobres y necesitados, hasta el punto de rechazar la propuesta de su novio de renunciar a su trabajo profesional, con decisión, sin miramientos y, despues del matrimonio, iba todas las tardes al ambulatorio de Mesero»

Pedro Molla era hijo de unos vecinos de ese ambulatorio de Mesero, un joven ingeniero contratado en una fábrica de cerillas de cuatro mil empleados, de la que llegaría a ser director. Y comenzaron a salir. En la Navidad de 1954 Pedro la invitó a la Scala de Milán para una función de Nochevieja y, al volver, celebraron el Año Nuevo en casa de sus padres. El 20 de febrero de 1955 le pidió que se casara con él y aceptó. Durante el breve noviazgo formal, Pedro tenía que viajar y su comunicación era más frecuente por cartas, como las de verdaderos enamorados con vida profundamente religiosa. Escribía a su novio:

«Quiero formar una familia verdaderamente cristiana donde el Señor se encuentre como en su casa, un pequeño cenaculo donde El reine en nuestros corazones, ilumine nuestras decisiones y guee nuestros programas»

«Me gustaria ser para ti la mujer fuerte de las Sagradas Escrituras, en cambio me parece que soy debil [] Te pido por favor, des-

de hoy mismo, que si ves que hago algo que no este bien, dimelo, corrígeme, siempre te lo agradeceré»

Prepararon su matrimonio poniendo su futuro a los pies de la Virgen y el 24 de septiembre se casaron en la basílica de San Martín de Magenta.

Después de casada, continuó con su consulta médica en Mesero, atendiendo a niños, pobres y también ancianos.

«Cuando algun enfermo no podia llevar el tipo de trabajo que tenia por motivos de salud, le buscaba otro adaptado a su situacion y en distintas ocasiones lo consigo solucionando este problema a muchas personas»

Cuando se encontraba con algún enfermo necesitado, ella misma le daba las medicinas o el dinero para comprarlas. A veces permanecía en la consulta hasta las nueve y media de la noche.

A sus compañeros médicos decía:

«Tenemos oportunidades que el sacerdote no tiene Nuestra mision no termina cuando las medicinas no sirven, todavia queda el alma que hay que llevar a Dios [] Cada medico tiene que llevar almas a los sacerdotes [] Que Jesus se pueda ver entre nosotros»

En 1956 nació su primer hijo, Pedro Luis, en 1957 la segunda, María Zita (Mariolina), y en 1959, después de un embarazo difícil, la tercera, Laura Enriqueta. Supo conjuntar su trabajo como médico y sus obligaciones en la familia. Su vida era como la de las amas de casa y madres de familia: ir al mercado, llevar en coche a sus hijos al colegio, enseñarles a ver la television, darles de comer, bañarlos y acostarlos. Mantener la paciencia con cada uno, con dulzura y a la vez con firmeza. Educarlos en la fe y rezar con ellos en familia, como hacía todas las noches con el santo Rosario. Sacar adelante a todos, con los apuros económicos, unos normales y otros a veces más recios, para dar los mejores estudios a sus hijos y ahorrar un poco para el futuro de todos. Trabajar como médico, llevar la casa y esperar al esposo de su trabajo para comentar los acontecimientos de cada día. Unir en su amor los amores de toda la familia, el del marido y el de los hijos. La santidad en medio de la casa, como mujer fuerte y parra fecunda. Pedro, declaró:

«Durante seis años y medio de matrimonio, lo que más me impresionó es que era muy trabajadora, y el sagrado respeto que tenía por la vida, don maravilloso de Dios, su confianza plena en Dios. Me impresionaba su gran alegría cuando nacían los hijos».

En 1961, tanto Juana como Pedro esperaban un nuevo alumbramiento. Entre el tercer y cuarto mes de embarazo, le apareció un fibroma en el útero que, aunque no parecía maligno, sin embargo amenazaba la vida de la madre y del feto. En agosto escribía ella misma a su amiga Maruja que cuidaba de sus hijos en Courmayeur:

«Te voy a contar lo que me ha sucedido. El martes, cuando Nando me estaba reconociendo médicamente, advirtió que, además del embarazo, había un tumor bastante voluminoso. Pensamos que era un quiste ovárico. Fui al profesor Vitali y, aunque él nos confirmó nuestras sospechas, nos dijo que era mejor esperar quince días [. . .]. Aquel día por la mañana comencé a notar hemorragias. Me acosté rápidamente, me pusieron inyecciones, bolsas de hielo y cesó la hemorragia [...]. Sin embargo persistían los vómitos y, aunque el profesor me dijo que podía haber sido una amenaza de aborto, continué embarazada. Pero, más que esperar, es mejor que me operen en seguida, lo han decidido para la semana que viene».

Le preocupaba más la vida de su hijo que la suya. Antes de la intervención se lo dijo a su marido, al profesor Vitali y a su hermano Fernando: deseaba que en todo momento y en la operación se protegiera siempre la vida del niño y, si fuera preciso, por encima de la suya.

Su marido testimonia las tres alternativas de intervención:

«Una laparotomía total con extracción del fibroma y del útero, que le habría salvado la vida, la interrupción del embarazo con un aborto y extracción del fibroma, que le habría permitido tener otros hijos; la extracción sólo del fibroma sin interrumpir el embarazo».

Juana escogió esta última solución, aunque era la más peligrosa para ella, porque en aquellos años una intervención como ésta era muy peligrosa para la madre y ella, como médico, lo sabía muy bien.

Antes de entrar en el quirófano, el 6 de septiembre de 1961, confesó y comulgó. Siempre había dicho: «Mil veces morir antes que ofender al Señor». El operador encontró una masa de fi-

broma seroso uterino. Extirpó el fibroma sin dañar la cavidad uterina para que pudiera continuar el embarazo, en vez de extirpar la totalidad por los graves riesgos que se reservaría a la madre al estar dos vidas en juego. Juana sabía que una sutura practicada en esa zona durante el cuarto mes de embarazo con frecuencia provoca la rotura del útero con peligro inmediato para la vida de la madre. Al despertar de la anestesia el doctor le dijo: «Hemos salvado al bebé».

Juana era bien consciente de que en su seno llevaba un ser humano por el que merecía arriesgar y hasta dar su propia vida. Y además lo consideraba como un don de Dios, aceptado como sus otros hijos. Volvió a casa y reemprendió la vida habitual, consciente de la situación en que se encontraba, pues, conforme fuera avanzando el embarazo, tendría mayor peligro. Pero no dejaba de sonreír, habiendo tomado como modelo a Teresa de Lisieux en sus palabras: «Amar, sufrir, siempre sonreír». Continuó trabajando hasta pocos días antes del parto.

Un día en que su marido salía para trabajar en la fábrica, le dijo:

«Pedro, te lo ruego, si te ves en la ocasión de decidir entre mi vida y la del niño, te ruego que decidas por la del niño. No por la mía».

Él lo recuerda bien:

«Me sentí incapaz de decirle nada. Conocía muy bien a mi mujer, su generosidad, su espíritu de sacrificio. Me fui de casa sin decir palabra».

Y lo explicitaba así:

«Juana confiaba en la Providencia. La decisión de mi mujer fue el resultado coherente de toda una vida. Una decisión cuyas raíces se encuentran en los años de la infancia. En su familia de origen. En la atmósfera profundamente religiosa que le habían proporcionado siempre a ella y a sus hermanos. No lo hizo porque esperase nada a cambio, ni siquiera para “irse al cielo”. Lo hizo porque se sabía madre. Juana era una mujer que sabía disfrutar, en el buen sentido de la palabra, de las pequeñas y grandes cosas que Dios nos concede también en este mundo. No obstante, cuando se dio cuenta de la terrible coincidencia de su embarazo y el desarrollo de un grueso fibroma, su primera reacción, razonada, fue la de pedir que el niño que llevaba en el seno se salvase».

No era fanática, sino amante de la vida, de la suya y antes de la de los demás, por eso era tan sensible a salvar la vida que llevaba en sus entrañas. Para ella era tan grave la obligación de dar a luz a su bebé como cuidar de su familia. Ante el conflicto que se le había planteado, creía que el ser que llevaba en su seno tenía los mismos derechos que sus otros hijos. Por eso pedía a Dios a la vez que su curación, la salvación de la vida de la hija que deseaba alumbrar para que pudiera vivir.

Continuó con su embarazo y entró en la clínica el 20 de abril de 1962. Al día siguiente, 21, dio a luz a su cuarta hija: Juana Manuela. Cuando la tuvo entre sus brazos, la miró cariñosamente, con una mirada indecible de sufrimiento porque era consciente de que no podría verla, ni gozar de ella, ni abrazarla más. Le diagnosticaron una peritonitis resistente a cualquier remedio y comenzaron unos largos días de agonía.

De estos días, contaba Pedro, su marido.

«A mediodía del Viernes Santo comenzó su calvario y su martirio. El Sábado Santo tuvo, y todos nosotros con ella, la alegría de una nueva criatura. El día de Pascua soportó unos sufrimientos terribles, al igual que el lunes y el martes después de Pascua. La noche del martes fue la de su primera agonía, que superó milagrosamente gracias a los cuidados de Nando y de Sor Virginia»

Al dolor físico, porque la infección se iba apoderando de ella, se añadía el dolor, aún más fuerte, de tener que dejar huérfanos a sus hijos. Aseguraba Pedro que

«Fue un dilema cruel, o sacrificar al bebé que llevaba en sus entrañas o su propia vida, dejando niños sin madre»

Decidieron que los niños no fueran a verla en tal estado, porque además le faltaban fuerzas y ánimos, de tanta pena pensando en que no podría volver a verlos. Los dolores abdominales se hicieron cada vez más intensos y terribles. Cuando sufrió un colapso, que parecía definitivo, su hermana Virginia le ofreció un crucifijo que besó, apretándolo después fuertemente entre sus manos.

Declaró Pedro:

«Estoy seguro de que, desde ese momento, Juana no interrumpió su coloquio con el Señor. Pidió recibir al Señor en la Eucaristía, al menos sobre los labios, incluso el jueves y el viernes cuando

no podía tragar la Sagrada forma. Y repetía muchas veces: ¡Jesús, te amo, Jesús, te amo!».

El viernes, después de una semana entre la vida y la muerte, entró de nuevo en coma. Decidieron llevarla a casa el sábado a las cuatro de la mañana. En las habitaciones contiguas dormían sus hijos Pedro Luis, Mariolina y Laureta. La recién nacida, Juana Manuela, permanecía todavía en una sala de la maternidad del hospital.

Juana Beretta falleció a las ocho de la mañana del sábado 28 de abril de 1962. No había cumplido aún cuarenta años. Dando testimonio de su fe, como testigo («mártir» se dice en griego) del amor materno. Fue inhumada en el cementerio de Mesero y comenzó a crecer la admiración por ella y su fama de santidad.

El arzobispo de Milán y los obispos de la Lombardía pidieron la introducción de la causa de canonización porque Juana era ejemplo de gran actualidad en este mundo donde el derecho a la vida se desconoce o se niega. Y «nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos» (Jn 15,13). El proceso cognicional, fue celebrado en el arzobispado de Milán desde el 30 de junio de 1980 hasta el 21 de marzo de 1986, con un adjunto proceso rogacional en Bérgamo (1980-1983). Juan Pablo II la declaró venerable, por haber vivido las virtudes heroicas como madre de familia, el 6 de julio de 1991.

El milagro para la beatificación, ocurrido el 9 de noviembre de 1977 en un hospital brasileño, precisamente consistió en que una joven parturienta, Lucía Silva Cirilo, sanó por intercesión de Juana Beretta de una septicemia generalizada después de una operación cesárea. Las religiosas del hospital pasaron una noche encomendando la curación por intercesión de la Doctora Beretta, porque el promotor de ese hospital era su hermano José, también médico y misionero capuchino. El proceso diocesano sobre el milagro fue instruido en la diócesis de Grajaú (Brasil). Juan Pablo II dio el decreto sobre el milagro el 21 de diciembre de 1992.

Juan Pablo II fijó la fecha de la beatificación de Juana Beretta para el 24 de abril de 1994, durante el Año Internacional de la Familia, y tuvo lugar en la Plaza de San Pedro de Roma. En la ceremonia Juana Manuela Beretta asistió a la beatificación de su

propia madre que le había salvado la vida entregando la suya en sacrificio. Junto a ella estaban también sus tres hermanos con su propio padre, el mismo esposo de la beata.

Pedro Molla declaró a una periodista en esos momentos:

«Mis sentimientos tienen multiples matices de sorpresa, casi de maravilla y de agradecimiento a Dios y de aceptacion jubilosa, ciertamente feliz y singular, de este don de la Divina Providencia, que tambien considero un reconocimiento a todas las innumerables madres desconocidas, heroicas como Juana, en su amor materno y en su vida»

En la homilía, al referirse a Juana, el Papa había pronunciado:

«Coronando una existencia ejemplar de estudiante, de mujer comprometida en la comunidad eclesial y de esposa y madre feliz, supo ofrecer en sacrificio su propia vida para que pudiese vivir la criatura que llevaba en su seno y que hoy esta aquí con nosotros [] Ella, como medico, era consciente de lo que estaba haciendo pero no se echo atras ante el sacrificio, confirmando de esta manera la heroicidad de sus virtudes»

En una estampa que Pedro quiso regalar a las carmelitas descalzas de Milán con un autógrafo de la beata, Juana había escrito de su puño y letra: «Señor, haz que la luz que se ha encendido en mi alma no se apague jamás».

JOAQUIN MARTIN ABAD

Bibliografia

- JUAN PABLO II, «Venerabili Dei Servae Ioannae Beretta Molla Beatorum honores decernuntur», en *AAS* 87 (1995) 42-44
- RIESE, F. DA, *Per amore della vita Gianna Beretta Molla, medico e madre* (Roma 1994)
- GARCIA GARCIA, L., *El secreto de Gianna la historia de Gianna Beretta Molla* (Madrid 1994)
- PÉREZ JOVER, M., *Juana Beretta de Molla madre, esposa y medico (1922-1962)* (Alicante 1993)

SAN PRUDENCIO

Obispo (s. V-VI)

Nació en Armentia, Álava, en el seno de una familia rica. Fue un joven inteligente, estudioso y piadoso, bien criado por su cristiana familia. Decide consagrarse a Dios y hace vida eremítica junto al Duero bajo la guía de San Saturio. Muerto éste, marcha Prudencio a Calahorra y abraza la vida clerical, en la que dio claros ejemplos de virtud. Pasa luego a Tarazona, donde se ordena de presbítero, y muerto el obispo de la ciudad es elegido para sucederle, siendo el suyo exactamente aquel pontificado que todos esperaban, porque era el consuelo de los afligidos, el protector de los pobres y el pacificador de las almas. La vida de San Prudencio se sitúa en los siglos V-VI.

BEATO LUQUESIO DE POGGIBONSI

Seglar († 1260)

Nació en Gaggiano, Italia, en 1181. Al llegar a la juventud contrae matrimonio con Bonadonna y prospera en sus negocios, para aumento de los cuales se va a vivir a Poggibonsi. Era muy materialista y avaricioso. Pero Dios le tocó con su gracia y entonces decide repartir sus bienes a los pobres, quedándose solamente con un campo que trabaja él mismo y del cual vive él y su esposa. Cuando San Francisco de Asís llega a aquella población y predica, este matrimonio se le ofrece para dejar el mundo y marchar al claustro a santificarse, y entonces San Francisco idea la Orden Tercera como camino de santificación en medio del mundo. Reciben ambos el hábito de manos del Santo y se dedican a la oración y las buenas obras. Murió ya viudo el 28 de abril de 1260. Su culto fue confirmado el 27 de marzo de 1697.

*SANTOS PABLO PHAM KHAC KHOAN, JUAN
BAUTISTA DINH VAN THAN Y PEDRO NGUYEN
VAN HIEU*

Mártires († 1840)

Pablo nació en Duyen-Mau, Tonkín, el año 1771, y luego de ordenarse sacerdote rigió la parroquia de Ke-Vinh, de la que pasó a la de Phu-Nac, teniendo también dos puestos misionales como ayudas de parroquia, a los que asistía yendo todos los meses a ellos para el ejercicio de su ministerio, y fue precisamente cuando volvía de uno de ellos cuando fue arrestado en unión de los dos catequistas Pedro Nguyen Van Hieu y Juan Bautista Dinh Van Than.

El primero había nacido en Dong Chuoi en 1783 y desde su adolescencia era colaborador de los misioneros como catequista, y el segundo era de Non-Khe, donde nació en 1796, abrazando el cristianismo cuando era un adolescente y obteniendo la confianza de que se le empleara como catequista.

Los tres presos fueron llevados a Ninh-Binh y fueron encerrados en la cárcel, en la que sufrieron muchísimo y pasaron por tremendos interrogatorios en que se les invitaba repetidamente a apostatar. En la esperanza de que por fin lo hicieran fueron retenidos en la cárcel tres años hasta que el propio sacerdote confirmó al mandarín de que no tenían intención alguna de apostatar. Entonces se ordenó la ejecución de los tres por decapitación el 28 de abril de 1840. Los tres marcharon al martirio con ánimo sereno. Fueron canonizados el 19 de junio de 1988.

BEATO JOSÉ CEBULA

Presbítero y mártir († 1941)

Nació en Malnia, Polonia, el 23 de marzo de 1902. En su juventud comenzó la carrera de magisterio en Opole pero se decidió por la vocación religiosa e ingresó en la Congregación de Oblatos de María Inmaculada, empezando el noviciado en Markowice en 1921. Hecha la profesión religiosa y los estudios eclesiásticos, se ordenó sacerdote el 15 de junio de 1927. Destinado

al seminario menor de Lubliniec, fue superior y profesor, y mas tarde superior y maestro de novicios en Markowice. Cuando el párroco de Markowice fue arrestado, él tomo su lugar para atender a los fieles, lo cual fue mal visto por los nazis ocupantes, y ésta fue la base de su denuncia, siendo arrestado el 2 de abril de 1941. Llevado primero al campo de Inowroclaw, fue después trasladado al de concentración de Mauthausen en Austria. Los guardias del campo lo mataron el 28 de abril de 1941. Fue beatificado el 13 de junio de 1999.

29 de abril

A) MARTIROLOGIO

- 1 En Siena, Santa Catalina († 1380), virgen, terciaria dominica, doctora de la Iglesia **
- 2 La conmemoracion de San Tiquico, discipulo del apostol San Pablo
- 3 En Pisa (Toscana), San Torpetes, martir (fecha desconocida)
- 4 En Napoles, San Severo († 409), obispo *
- 5 En Cluny (Borgoña), San Hugo († 1109), abad **
- 6 En Avranches (Francia), San Acardo († 1172), obispo
- 7 En Seul (Corea), San Antonio Kim Song-U († 1841), martir *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SANTA CATALINA DE SIENA

Virgen y doctora de la Iglesia († 1380)

Fue el día de la Anunciación de la Virgen y domingo de Ramos de 1347. La Iglesia y Siena, con cánticos y ramos de olivo, daban la bienvenida a la niña Catalina, que veía la luz de este mundo en una casa de la calle de los Tintoreros, en el barrio de Fontebranda.

A Catalina y a su hermana gemela Giovanna les habían precedido ya otros veintidós hermanos y les siguió otro, en el ho-

gar cristiano y sencillo de Giacomo Benincasa y Lapa de Puccio del Piangenti.

Del padre, tintorero de pieles, parece haber heredado Catalina la bondad de corazón, la caridad, la dulzura inagotable, y de la madre, mujer laboriosa y enérgica, la firmeza y la decisión.

Catalina, niña, era alegre, bulliciosa, vivaracha; su encanto la hacía un poco el centro del cariño del amplio círculo familiar y de las amistades. A sus cinco o seis años tuvo su primera experiencia de lo sobrenatural —una visión en el valle Piatta— que marcó una huella definitiva en su vida y la dejó orientada hacia Dios. «A partir de esta hora pareció dejar de ser niña», cuenta uno de sus biógrafos. Comprendió la vida de los que se habían entregado a la santidad y sintió nacer en sí unos irresistibles deseos de imitarlos.

Se volvió más reservada, más juiciosa; buscaba más la soledad para tratar a solas con Dios. Ante un altar de la Virgen tomó la resolución de no querer nunca por esposo a nadie más que a Jesucristo. Pero no tendría que esperar a que llegara la madurez de su juventud para poder medir el valor y el sentido de su consagración a Dios.

Entonces, y en Italia, a los doce años, una joven tenía que empezar a preocuparse de su porvenir, y, en consecuencia, de su arreglo personal y buen parecer para agradar a los hombres. Lapa había ya casado a dos de sus hijas y pensaba que buscar el matrimonio era, al fin, como para ella había sido, la misión de toda mujer.

Hasta los quince años de Catalina duró la obstinada presión familiar. Jamás desistió ella de su primer deseo de virginidad, pero tuvo, ciertamente, una crisis en su fervor. Su vida espiritual aflojó al dejar penetrar en su alma, con una vanidad muy femenina, el deseo de complacer a las criaturas (su madre y sus hermanas) más que a Dios. Su hermana Buenaventura, con más éxito que los demás, la había inducido a preocuparse de los vestidos, a teñirse el cabello, a realzar su belleza natural con el maquillaje de aquellos tiempos, casi tan completo y complejo como el de los actuales. Pero esta hermana murió en un parto en el mes de agosto de 1362. Las lágrimas abundantes de Catalina no fueron solamente por la pérdida de su hermana predilecta. La vela mor-

tecina junto a aquel cadáver hizo penetrar una luz nueva en su alma. Ella la llamaba siempre su *conversión*, su vuelta a Dios, su retorno a la entrega sin reservas ni recortes de ninguna clase.

La lucha familiar se exaspera en torno de Catalina, hasta convertirse en una especie de persecución tenaz que la reduce a la condición de una sirvienta y la encierra en un aislamiento que ella aprovecha para entrar en la «celda interior» del conocimiento de sí misma y del trato habitual con Dios, que ya no abandonará de por vida. Aumenta de modo casi inconcebible sus maceraciones, su ayuno, su constante vigilia, hasta agotar la exuberancia y las fuerzas corporales de que hasta entonces había gozado.

Excepcionalmente, dados sus diecisiete años, es admitida entre las hermanas de la Penitencia de Santo Domingo, especie de terciarias dominicas, llamadas *mantellate* por el manto negro que llevaban sobre el hábito blanco ceñido por una correa. Sin abandonar el ambiente familiar, vivían con unas reglas propias bajo la dirección de una superiora y de un director, religioso dominico, y desarrollaban una extraordinaria actividad espiritual y benéfica. Eran almas consagradas a los enfermos y a los pobres.

Sus primeros años de *mantellata* se caracterizan por una intensísima vida espiritual, con sus luchas que la purifican y elevan, por su caridad inexhausta e incansable mortificación interior y exterior, por una parte, y, por otra, por las elevadas y delicadísimas gracias místicas con que Dios la regala frecuentísimamente. Son casi cuatro años de vida solitaria entre combates furiosos y tentaciones sutiles, y el trato personal de inefable dulzura con Jesucristo, la Santísima Virgen, los santos.

El recogimiento, arrobado a veces, con que oraba, el llanto incontenible, a pesar de las prohibiciones del confesor, al acercarse a comulgar, lo que empezaba a oírse de sus mortificaciones, agitó inevitablemente la marea del ambiente de una ciudad religiosa, con sus capillitas y sus bandos, como la Siena del 1300: celos de mujeres devotas, escepticismo de frailes y sacerdotes, los doctos que opinan de la ignorancia un tanto atrevida, según ellos, de la hija del tintorero Benincasa, los corrillos de vecinas en el barrio, en el típico lavadero de Fontebranda, los

rumores que llegan a los salones elegantes y a las tertulias acomodadas...

Y por la calleja pendiente que lleva a Fontebranda se ve descender una dama noble, un grave eclesiástico, un campanudo maestro en teología, el mozo despreocupado y libre hacia la tintorería para hablar con Catalina, que contaba apenas unos veinte años. Tomás de la Fuente, entonces su confesor, la había autorizado para ello. Su vibrante angustia materna por las almas la obligaba a darse siempre que se la pudiese necesitar. Son los albores de una fecunda maternidad espiritual, que no iba a limitarse a los senos misteriosos de la intimidad del cuerpo místico; son los primeros contactos de una nueva gran familia que nace.

Iba a empezar para esta criatura enferma y frágil el portento de una actividad múltiple de apostolado, de acción política y diplomática en favor de la Iglesia. Dios la iba preparando para esta misión con sus gracias y sus pruebas. Le hacía ahondar incesantemente en la consideración de la propia «nada» frente al «ser» de Dios, base de toda su vida espiritual. La admirable vida activa que llevaría a cabo por voluntad de Dios hasta el día de su muerte necesitaba una no menos admirable intensidad de vida interior. Pero en Catalina la actividad y el recogimiento jamás entraron en colisión ni se desarrollaron en doloroso contrapunto, como en la mayor parte de las almas. Eran dos modos externamente distintos, internamente idénticos, de amar a Dios, de darse a Dios, de vivir su entrega de modo eficaz y práctico.

En el umbral de su vida pública de apostolado y de acción pacificadora entre las potencias terrenas se verifica su místico desposorio con Jesús, del que, como testimonio perenne, guardará en su dedo, hasta la muerte, una alianza imperceptible a todos los demás.

En mayo de 1374 se reunía en Florencia, en la capilla llamada «de los españoles», el Capítulo general de la Orden de Predicadores. Por la responsabilidad que a la Orden podía caberle, tratándose de una terciaria, el Capítulo asumió la tarea del examen del espíritu de Catalina Benincasa. Lo aprobó y le señaló como confesor y director al hombre sabio, prudente, fervoroso que era Raimundo de Capua. Por Raimundo de Capua, elegido

al poco de morir Catalina maestro general de la Orden, conocemos, con riquísima abundancia de detalles, la vida, las virtudes, las gracias místicas y las actividades de la que fue su hija y maestra al mismo tiempo.

La terrible peste negra que ha pasado a la historia como la gran mortandad y en la que pereció más de la tercera parte de la ciudad de Siena, ofreció a Catalina y a Raimundo de Capua y demás «caterinatos», a su retorno de Florencia, una nueva oportunidad para el heroísmo en su amor al prójimo.

Luego las ciudades de Pisa, donde —entre otros prodigios— recibió los estigmas invisibles de la Pasión; Lucca, cuya alianza con Florencia en la lucha contra el Papa trató de impedir a toda costa, y de nuevo Pisa y Siena fueron el escenario del vivir virtuoso y del apostolado de la Santa.

Movida por su implacable anhelo de servicio de la Iglesia y rogada por la ciudad de Florencia, que se hallaba castigada con la pena del entredicho por su rebeldía contra el Papa, Catalina emprende en la primavera de 1376 su viaje a la corte pontificia de Aviñón. Estaba íntimamente convencida de que la presencia del romano pontífice en su sede de Roma tenía que contribuir grandemente a la reforma de las costumbres, a la sazón muy relajadas en los fieles, en los religiosos y en el clero alto y bajo, y a la pacificación del hervidero de luchas enconadas de las pequeñas repúblicas que formaban el mosaico político de Italia entre sí y de buena parte de ellas con el poder temporal de la Santa Sede.

Con la humilde y sumisa intrepidez con que antes y en otras ocasiones había dirigido sus cartas al sucesor de Pedro, le habló personalmente en esta ocasión. Aquella terciaria de veintinueve años no tenía más razones que las razones de Dios. Gregorio XI, de carácter débil y fluctuante, decidió, por fin, abandonar Aviñón y volver a Roma el 13 de septiembre de aquel mismo año.

Al año siguiente una misión de paz lleva a Catalina al castillo de Roca de Tentennano, en la Val D'orcica. La acompañan algunos frailes, entre ellos su director fray Raimundo de Capua, algunos discípulos y *mantellate*. Apacigua los miembros de las familias de los señores del Valle y su estancia allí se convierte en una singular y fecundísima misión pública.

Mientras tanto, la situación política de Florencia se había ido agravando desde los últimos meses. Los florentinos exasperados se habían rebelado contra el entredicho pontificio y habían celebrado insolentemente solemnidades religiosas en la plaza de la Señoría. El Papa manda a Catalina a Florencia. En una de las sublevaciones populares la Santa se ve amenazada de muerte. En medio de las negociaciones, Gregorio XI es sucedido por Urbano VI, al que la Santa escribe cartas que son un puro clamor de angustia, una súplica instante. Llega, por fin, la paz entre la ciudad de Florencia y la Santa Sede, pero poco después empieza a verificarse uno de los más amargos vaticinios de Catalina: el cisma de Occidente, con su antipapa, cisma al que abrieron las puertas, más que el carácter áspero y duro de Urbano VI, la ambición de unos gobiernos y la relajación y poco espíritu de los cardenales de la corte pontificia.

De retorno a Siena, sumida el alma en la amargura indecible de los males que agobian a la Santa Iglesia, Catalina se engolfa en la contemplación de la Misericordia y de la Providencia y vuelca su alma de fuego, toda la luminosa experiencia del conocimiento de Dios y de sí misma, todo el ardor de su anhelo por el bien de la Santa Iglesia, en las páginas de este libro incomparable, que la contiene y resume a toda ella, que es el *Diálogo de la Divina Providencia*.

Las páginas vivas, palpitantes, del *Diálogo* contienen el grito inenarrable que compendia toda la existencia y la misión de Catalina, dirigido a Dios: «Por tu gloria, Señor, salva al mundo». Santa Catalina escribió en él no lo que sabía, sino lo que vivía, lo que era, recogiendo una serie de experiencias místicas que se habrían perdido definitivamente para nosotros si, de modo providencial, no hubieran encontrado el eco cálido en las páginas del *Diálogo*. Con la misma fuerza captamos en ellas la respuesta divina en una promesa de misericordia sobre el hombre y la Santa Iglesia y en la enseñanza de los caminos por los que el hombre hallará su salvación.

En octubre de 1378 había terminado el dictado del mismo a tres de sus discípulos, que la servían también de secretarios para su abundante correspondencia. Hasta nosotros han llegado casi 400 cartas, vivo retrato de su alma excepcional, eco apasionado,

en su mayor parte, de sus objetivos: la reforma y la cruzada para la reconquista de los Santos Lugares.

El Papa la quiere, en estas horas luctuosas, junto a sí, en Roma. En la Ciudad Eterna lleva a cabo una ardiente campaña en favor del verdadero papa Urbano VI. Habla en Consistorio a los cardenales, sigue escribiendo cartas a las personas de mayor influencia, llama junto a sí a las más relevantes personalidades, por su santidad, que había en Italia. Su visión es clara, irreducible: los males de la Iglesia no tienen más remedio que una inundación de santidad en los miembros de la jerarquía y en el pueblo fiel. No por esto deja de estar presente y de trabajar infatigable entre los partidarios de uno y de otro Papa.

En los primeros meses del año 1380 —último de su existencia terrena— la vida de Catalina parece una pequeña llama inquieta que apenas puede ser ya contenida por la fragilidad del cuerpo que se desmorona. Pero mientras viva será un holocausto por la Santa Iglesia. Ella misma había escrito antes:

«Si muero, sabed que muero de pasión por la Iglesia».

«Cerca de las nueve —dice en una emocionante carta a su director—, cuando salgo de oír misa, veríais andar una muerta camino de San Pedro y entrar de nuevo a trabajar en la nave de la Santa Iglesia. Allí me estoy hasta cerca de la hora de vísperas. No quisiera moverme de allí ni de día ni de noche, hasta ver a este pueblo sumiso y afianzado en la obediencia de su Padre, el Papa».

Allí, arrodillada, en un éxtasis de sufrimiento interior y de súplica, se siente aplastada por el peso de la *navicella*, la nave de la Iglesia, que Dios le hace sentir gravitar sobre sus hombros frágiles de pobre mujer.

«Catalina —escribía otro de sus discípulos— era como una mansa mula que sin resistencia llevaba el peso de los pecados de la Iglesia, como en su juventud había llevado desde la puerta de la casa hasta el granero los pesados sacos de trigo».

Cerca de la iglesia y del convento de los padres dominicos de Santa María de la Minerva, en la Via di Papa, tenía durante su estancia en Roma su humilde habitación. Dicta sus últimas cartas-testamento, desbordantes de ternura y de firmeza, con su habitual visión sobrenatural de todas las cosas. Interrumpe reiteradamente su dictado, con un suspiro hondo: «Pequé, Señor;

compadécete de mí», o con el grito anhelante de amor a Jesucristo crucificado que había consumido toda su existencia: «Sangre, sangre».

Rodeada de muchos de sus discípulos y seguidores, consumida hasta el agotamiento y el dolor por la enfermedad, ofrendaba el supremo holocausto de una vida consagrada íntegramente a Dios y a la Santa Iglesia. Con las palabras de Jesús: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu», radiante su cara de luz inusitada, inclinó suavemente la cabeza y entregó su alma a Dios, en la plenitud del estallido de la primavera romana. Era el 29 de abril, domingo antes de la Ascensión del Señor del año 1380.

La Santa Madre Iglesia, con el sello de su autoridad, avaló el prodigio de santidad de la humilde hija del tintorero de Siena, por boca de su vicario Pío II, al canonizarla solemnemente en la festividad de San Pedro y San Pablo del año 1461.

ÁNGEL MORTA FIGULS

Bibliografía

- Act. SS Boll.*, 30 de abril: *Vita*, por RAIMUNDO DE CAPUA, la más importante.
BEDOYERE, M. DE LA, *Catherine, saint of Siena* (Londres 1946).
CAFFARINI, B. (TOMAS DE SENA), «Leggenda minore»: *Melanges d'archeologie et d'histoire* 32 (1913) 397-509.
— *Supplementum a la Leggenda Maggiore*.
DESI-BOULET, N. M., *La carrière politique de Sainte Catherine de Sienne* (París 1938).
FAWTIER, R., *S. Catherine de Sienne. Essais de critique des sources*. I: *Sources hagiographiques* (París 1921). II: *Sources biographiques* (París 1930). III: *La double expérience de Catherine Benincasa* (París 1948).
HUGUENY, OP, *Vie de sainte Catherine de Sienne* (París 1904).
JORGENSEN, J., *Santa Catalina de Siena*; en francés (París 1919); en italiano (Turín 1920, Roma 1921); en español (Buenos Aires 1955, Madrid 1924).
Obras de Santa Catalina de Siena. El dialogo Ed. de A. MORTA (BAC, 143; Madrid 1955).
RAIMUNDO DE CAPUA, SAN, *La leggenda maior o Biografia* (Colonia 1553). Última edición italiana, renovada, Siena 1978, trad. G. Tinagli, OP. Trad. española: ÁLVAREZ, OP, *Santa Catalina de Sena* (Vergara 1929).
— Actualización:
JIMENEZ HERNÁNDEZ, E., *Santa Catalina de Siena: vida, misión y mensaje* (Vizcaya 1999).
PAPASOGLI, G., *Catalina de Siena, reformadora de la Iglesia* (BAC Popular, 24; Madrid 1980).
ROYO MARIN, A., *Doctoras de la Iglesia. Santa Teresa de Jesús, Santa Catalina de Siena y Santa Teresa de Lisieux* (BAC Estudios y ensayos, 26, Madrid 2002).
SALVADOR Y CONDE, J., *Ideario y vida de Catalina de Siena, doctora de la Iglesia* (Salamanca 1990).

SAN HUGO DE CLUNY

Abad († 1109)

Hugo, hijo del Conde Dalmacio y de Aremburgis de Vergy, nació en Semur, Brionais, diócesis de Autun (Francia), el año 1024. Cuando tenía siete años, el padre quiso darle una educación militar, conforme a su rango. Pero al parecer, Hugo no era muy diestro en equitación y en la caza (pasión de la nobleza de la época), y que a él le repugnaba. El niño, en cambio, tenía como pasión la lectura y el estudio, lo que obligó a su padre, al cabo de un tiempo, a ponerlo bajo los atentos cuidados de su tío-abuelo Hugo, obispo de Auxerre que lo hizo ingresar en la Escuela del Priorato benedictino de San Marcelo. Encontró allí mucho más de lo que pensaba; la lectura de los evangelios le hizo desear hacerse monje y entrar en un monasterio.

Temiendo la intolerancia de su padre y no queriendo resistir a la llamada de Dios, se dirigió directamente a la abadía de Cluny. Tenía entonces apenas quince años. Admitido en el noviciado por el abad Odilón, profesó en 1039. Fue ordenado sacerdote, a los veinte años, en virtud de los privilegios concedidos a Cluny, y a los 24, el abad le nombró «gran-prior», título que se daba en la gran abadía, habitada por cientos de personas, entre monjes y empleados, al vicario del abad, sobre el que recaían grandes responsabilidades. Durante tres años, al tener que estar en diario contacto con su abad, ya más que octogenario, pudo aprender mucho de su vida y doctrina. Teniendo que relacionarse, a causa de su cargo, con numerosas personas, todas quedaban prendadas por sus cualidades humanas del nuevo y joven prior, y sobre todo por las espirituales de caridad, bondad y paz inalterable. Viendo su abadía en buenas manos, Odilón quiso viajar a Roma ya que quería morir y descansar junto a la tumba de los Apóstoles y dejó al gran prior el cargo del gobierno espiritual y temporal del gran monasterio. Parece ser que la estancia en Roma sentó bien a Odilón y su salud se restableció, por lo que se sintió obligado a retornar a su abadía. En el entretanto, Hugo se vio precisado a reemplazar a su abad en una misión junto al emperador Enrique III, en Worms, misión que quedó cumplida con acierto. Durante el viaje tuvo ocasión de

entrevistarse con Bruno de Toul, el futuro León IX, al que le pudo ayudar con algunos sabios consejos.

Acabada la misión y volviendo de camino le llegó la noticia de la muerte de su abad Odilón, por lo que se apresuró a regresar a Cluny para la elección del sucesor. Los que tomaron parte en la elección dieron unánimemente sus sufragios a Hugo, y el recién elegido, con sólo veinticinco años, recibió la bendición abacial el 22 de febrero de 1049. Algunos meses más tarde, participó en el Concilio de Reims presidido por León IX, ganándose la simpatía de todos por su actitud, sus argumentos y reparos contra la simonía y la conducta irregular de los clérigos. Habiendo seguido al Papa a Roma, Hugo fue uno de los miembros del Concilio que se tuvo allí en la Pascua de 1050; se trató por primera vez de los errores de Berenguer de Tours sobre la Eucaristía. El abad de Cluny quedó unido, desde aquel entonces, con una amistad sólida y fecunda con Federico, abad de Monte Casino, entonces canciller de León IX, y con Hildebrando, abad de San Pablo.

Apenas vuelto a su abadía, Hugo tuvo que trasladarse a Colonia para ser padrino del príncipe Enrique de Alemania, de donde volvió con regalos magníficos para su abadía. Entonces el papa León IX le encargó de una difícil misión en Hungría; se trataba de conciliar al rey Andrés con el emperador; a la vuelta, uno de los feroces señores campesinos de la época robó parte de sus equipajes y metió, sin más, en la cárcel a los monjes de su comitiva. Para salir bien de tal percance Hugo invocó a San Mayolo, su santo y antiguo antecesor, y pronto pudo solucionarse el problema; al día siguiente, en efecto, el usurpador vino a pedirle perdón de rodillas y puso en libertad a todos los suyos.

En 1054, Hugo se enteró del asesinato de su padre a manos de Roberto el Viejo, duque de Borgoña y esposo de Alix de Semur, su hermana mayor. Por crimen tan horrendo se impuso muchas penitencias para expiarlo en nombre de su familia; a causa de estos dramas familiares, su madre, ya viuda, se retiró al convento de Marcigny. En el año 1056, Hugo obtuvo del sucesor de Víctor II la confirmación de los bienes, derechos y privilegios de su abadía; Hildebrando, encargado de redactar la bula, y nombrado legado en Francia, fue a Cluny, y quedó profunda-

mente edificado al oír los sermones que el abad Hugo dirigía en el capítulo a sus monjes; con todo ello se reafirmó el lazo de amistad que les unía, e Hildebrando no cesó nunca de hablar encomiablemente y por todas partes del abad de Cluny.

Después del Concilio de Tours, al que ambos asistieron, y donde Berenguer tuvo que pronunciar una nueva abjuración, tan poco sincera como las precedentes, los dos amigos volvieron a Borgoña. A la muerte del emperador Enrique III, Hugo no pudo dirigir, como hubiese querido, la educación del joven príncipe, su ahijado, ni defender a la emperatriz Inés contra la insidia de funestos consejeros, por lo que tuvo que sufrir en silencio ver a la corte imperial descarriarse por el camino del cisma. El sucesor del papa Víctor II fue Esteban X, el antiguo abad de Monte Casino, Federico, al que Hugo estaba unido por la amistad. El pontífice invitó al abad de Cluny a ir a su lado, para ser su consejero junto con Pedro Damián. Nicolás II, que sucedió a Esteban, nombró a Hugo su legado en Francia para ejecutar en Aquitania los decretos del Concilio romano contra los clérigos simoníacos y escandalosos. Hugo, en este cometido, presidió varios Concilios, en Aviñón y en Vienne, en la provincia de Toulouse. Dio al nuevo monasterio de Marcigny leyes más estrictas, enviando al monje Renchon para asegurar el cumplimiento. Las monjas, entre las que unas eran cenobitas y otras ermitañas, no debían nunca salir de los límites de la clausura.

En 1063, bajo Alejandro II, Hugo asistió al Concilio romano para plantear la causa de la exención monástica. Obtuvo que el cardenal Pedro Damián fuera enviado como legado en Francia para hacer justicia en este punto. Fue entonces cuando Pedro Damián pudo visitar por primera vez la ya tan célebre Abadía de Cluny. Lo hizo con admiración y lo que vio fue ocasión para hacerse más de una reflexión. ¿Cómo, pensó, pueden estos monjes ser santos, y verdaderamente hijos de santos, viviendo en este marco tan grandioso? Y, sin embargo, ¿cómo no van a ser santos y andar verdaderamente por el camino del cielo, cuando llevan con tanta alegría una carga tan pesada, el peso de una observancia tan exacta? Un día, se fijó en la abundancia de la mesa, pero al día siguiente quedó admirado por la severidad del ayuno. No obstante, se preguntaba si se daba entre ellos

la obediencia y la mortificación en el mismo grado, pues ello significaría que había llegado a un sumo grado de perfección evangélica. Confió sus dudas al abad, y Hugo le respondió sonriendo:

«Mi querido padre, veo que queréis embellecer nuestra corona aumentando nuestros ayunos; es cosa de agradecer; sin embargo, conviene que, antes de determinar alguna cosa más, pase una semana con nosotros y trate de cumplir con todo lo que hacemos. Después juzgará en qué medida será necesario añadir algo. Porque, en fin, así como hay que probar antes un plato, antes de decir si le falta sal, así conviene que pruebe primero observar y cumplir una semana con todo lo que hacen los monjes todos los días de su vida, antes de juzgar si es mucho o poco».

El cardenal después de experimentarlo por unos días llegó a la conclusión de que estaba muy por encima de sus fuerzas y no volvió a mentar el tema. Su humilde actitud edificó tanto a los hermanos que se decidió en el capítulo alimentar y vestir un pobre, y cantar un salmo a la intención del cardenal Pedro Damián, durante su vida. Y después de su muerte se cantaría la misa por el reposo de su alma, en el día aniversario. El legado reconcilió al obispo de Maçon con el abad de Cluny que desde entonces convivieron en buena inteligencia.

Más tarde, en sus cartas al abad Hugo, Pedro Damián recuerda con gusto aquellos días vividos en Cluny, así como los buenos ejemplos recibidos de su abad:

«En Cluny, escribía, como en la primitiva Iglesia, reina la caridad, desborda la alegría espiritual, la paz y el bien común; la paciencia hace que se acepte todo, la longanimidad todo lo soporta. Reina una esperanza vigilante, una fe sólida y una caridad sin falta que se unen a la humilde obediencia que lava los pecados en la observancia de leyes verdaderamente monásticas».

Así, alrededor del abad y bajo su gobierno, doscientos religiosos, al menos, con un orden admirable, en el seno de una tal aglomeración, cumplían todas las observancias monásticas, a pesar de la diversidad de tantos detalles. Alrededor del oficio divino, que absorbe la mayor parte del tiempo, se ordenaba toda la vida conventual. La ley de la penitencia por el trabajo, sea manual o intelectual, se respeta al máximo y es fuente de muchos

méritos; además la instrucción de los niños, que más tarde serían monjes, se atendía con sumo cuidado.

No cabe duda que al abad que gobernaba esta gran familia, Dios le había enriquecido con multitud de gracias. Aun externamente, Hugo estaba dotado de una gran prestancia física. De gran estatura, pero bien proporcionada, sus rasgos de una belleza varonil denotaban su origen noble; unía a este exterior imponente una gran dulzura que siempre le ayudó en el trato con todos los que él tuvo que relacionarse. Inflexible ante las naturalezas rebeldes e indisciplinadas, mostraba una sobrenatural ternura para con las personas dóciles y entregadas a la voluntad de Dios. A sus enseñanzas, amables y llenas de prudencia, añadía su propio ejemplo; dormía en el dormitorio común, era austero y muy sobrio en las comidas; pero, con diferencia de algunos grandes reformadores e incluso santos, se guardaba de prescribir a sus discípulos las austeridades excepcionales que él mismo se imponía. En realidad, durante los quince primeros años de abadiato, 1049-1063, sus ausencias del monasterio no superan el total de cinco años, cosa sorprendente entre los grandes abades de la época, que eran llamados a resolver problemas entre obispos y nobles y a formar parte de Concilios regionales o nacionales, etc. Hugo, a pesar de sus viajes, pasó la mayor parte de su vida en su monasterio y Cluny fue realmente la casa de su reposo donde vivió como verdadero monje, al servicio de sus hermanos y dando culto a Dios. La oración fue verdaderamente su vida, y la contemplación continua su mayor ocupación en medio de obras y trabajos múltiples; la vida sobrenatural se desarrolló sobreabundante en Cluny durante todo su abadiato.

Después de la visita de Pedro Damiano, Hugo invitó al obispo Achard de Chalon a venir a dedicar la iglesia que había levantado en honor de la Santísima Virgen, junto a la gran iglesia abacial. En 1065 según una opinión probable, encontrándose en Autun se topó con su cuñado Roberto el Viejo, asesino de su padre, el conde de Semur; le llevó como preso ante la asamblea conciliar, y después de reprenderle e imponerle una seria penitencia le obligó a dejar la Iglesia como excomulgado durante un tiempo. Se dice que por aquel entonces la emperatriz Inés, desengañada y ya se-

parada de su rebelde hijo, se llegó hasta Cluny a pedir oraciones y a ponerse bajo la dirección del abad de Cluny.

En 1066, un gran número de monasterios se adscribieron a la gran abadía para formar parte de su modo de vida y someterse a la inspección regular del abad de Cluny. Sin embargo durante las visitas a estos monasterios, Hugo no dejó de recibir algunos improperios y afrentas por parte de monjes menos convencidos del «Ordo Cluniacense», o de su entorno político o financiero. Encargado por Alejandro II, en 1072, de notificar la excomunión dictada contra el abad de Reicheneau, que se había puesto de parte del príncipe Enrique de Alemania, el futuro Enrique IV, este débil príncipe, su antiguo discípulo, no le puso dificultades, pues en el fondo siempre dio muestras de respeto hacia su padrino de bautismo.

Después de la elección de Gregorio VII en 1073, éste le encargó a Hugo resolver el espinoso asunto surgido entre Manasés, arzobispo de Reims, y la abadía de San-Remi: el litigio, que duró siete años, probó la paciencia del abad de Cluny y la longanimidad de la Santa Sede. El Papa, que hubiera deseado ver en Roma a su antiguo amigo para confiarle sus penas, le pidió que, al menos, exhortase a los fieles y a los monjes a ponerse de parte del pontificado romano tan vilipendiado en aquella época. En aquellos momentos eran cinco los grandes personajes del Imperio sobre cuyas cabezas había caído la pena de la excomunión papal. Y hasta el mismo rey de Francia, Felipe IV, estaba ya amenazado. Hugo procuró siempre, en tiempo de aquellas calamidades, mantener la paz y la concordia de los monasterios próximos a aquellos acontecimientos.

El emperador, aquel desgraciado ahijado, reunió en Worms un conciliábulo de obispos alemanes y lombardos, en el que, presionados por Enrique, dirigieron a Gregorio VII una carta exigiendo que renunciara a la Sede Apostólica. El Papa le respondió con una sentencia de excomunión. Pero gracias a Hugo y a su hija espiritual la condesa Matilde, pudo haber una reconciliación del emperador y del papa en Canossa. Después de este triste episodio, Hugo volvió a Francia, dejando junto al romano pontífice a su gran prior o vicario de Cluny, Odón de Châtillon, que fue creado, en 1078, cardenal y obispo de Ostia. Pronto se

enteró de que, con desprecio de todos los compromisos, el Legado papal, Bernardo de San Víctor, había sido arrestado en Suiza por los partidarios de Enrique IV.

Investido una vez más del título de Legado, Hugo consagró todo el año 1078 a solucionar asuntos de la Iglesia romana; tuvo problemas con algunos preladados, y hasta recibió quejas del mismo Papa, al que alguien había informado falazmente de que «mientras él alimentaba en su abadía a cortesanos y grandes señores, la gente pobre quedaba relegada al olvido». Como se sabe, todo era producto e invención de personas resentidas que intentaban así desacreditar a Cluny ante Gregorio VII. Después del Concilio de Lyon en que fue juzgado, en un último esfuerzo, la causa de Manasés de Reims, Hugo tomó el camino de Roma ya que graves acontecimientos llamaban allí particularmente su atención. Enrique de Alemania volvía con más ahínco a sus antiguos errores; todo lo ganado en Canossa se había perdido, más por culpa del Príncipe que por la de la Iglesia, no teniendo más remedio Gregorio VII que lanzar de nuevo la excomunión contra Enrique IV.

Víctor III, sucesor de Gregorio VII, no ocupó sino algunos años la sede pontifical. En 1088, Odón, cardenal obispo de Ostia, antiguo prior del abad de Cluny, era elegido Papa, tomando el nombre de Urbano II. Notificó enseguida a Hugo su elección:

«Padre tan añorado, le escribía, ven a consolarme con tu presencia. Si esto no está en tu poder, envíame alguno de tus hijos, mis cohermanos. En ellos, encontraré tu caridad y tu afecto».

De camino al Concilio de Clermont, Urbano II se llegó hasta su antigua abadía de Cluny y consagró allí el altar mayor de la nueva iglesia que se acababa de edificar, la más grande de la cristiandad hasta que en el siglo XVI se empezó a levantar la de San Pedro de Roma. Después, el Papa, en compañía de Hugo, marchó a Clermont, en cuyo Sínodo fue decidida la primera cruzada. El Papa testimonió durante el Concilio su agradecimiento a Cluny, en donde la Iglesia había encontrado auxiliares tan vigorosos, intérpretes tan fieles de sus pensamientos y de sus deseos.

En 1097, Anselmo de Canterbury, exiliado de su sede, llegaba a Cluny para las fiestas de Navidad. Entre el arzobispo y el abad se estableció una amistad tierna y sincera, fundada sobre un entero conjunto de sentimientos y sobre una notable semejanza de cualidades y virtudes. Hugo encontró en Anselmo una dulzura y mansedumbre inefable muy semejante a su carácter y una santidad tan afectuosa y atrayente que respondía absolutamente a lo que era él mismo. Por su parte, el arzobispo tenía la más alta estima por el abad de Cluny. Por eso Anselmo había venido hasta Cluny, para recibir consejo de Hugo y del arzobispo de Lyon, en las ingratas circunstancias por las que atravesaba.

A Urbano II sucedió Pascual II, monje también del abad de Cluny, que también fue para su antiguo abad lo que había sido Urbano II. El papa Pascual viajó para ver de nuevo su antigua abadía y la confirmó en todos sus privilegios.

Llegado a una edad avanzada, Hugo continuó tratando los asuntos de especial gravedad. Durante los últimos nueve años de su abadiato, tuvo que dirimir algunas pretensiones de Norgaud, obispo de Autun, logrando al fin establecer la calma de aquella diócesis; salvó también a la abadía de Vezelay del pillaje y de las amenazas de los señores vecinos. Pudo, además, arreglar algunas cuestiones espinosas relativas a la elección de los abades, acaecidas en monasterios de su misma región.

Nunca, empero, desatendió el cuidado de su propia abadía, en la que se llevaba siempre una fiel observancia animada por su propio ejemplo. Todos los monjes amaban a su abad con un tierno amor, lleno de filial respeto; rogaban sin cesar por su salud. Es a sus oraciones, como a las de los pobres, de los que Hugo era la providencia, a las que todos atribuyen la protección milagrosa de que fue un día objeto. Retirado en una celda cercana a la pequeña iglesia de Berzé, cerca de Cluny, Hugo dormía apaciblemente cuando se desencadenó una tempestad espantosa. Cayó un rayo y una larga línea de fuego se dibujó en los muros de la iglesia; en un momento el incendio envolvió los edificios. Monjes y empleados acudieron precipitadamente y pudieron llegar hasta la celda, encontrando sano y salvo a su abad, que ni siquiera había sido turbado en su sueño.

En 1109, el año se abrió con una hambruna y, más todavía que de ordinario, la gran abadía fue la providencia de los pueblos de los alrededores. Cluny dio sin contar. Un día Hugo estaba en Marcigny y el gran prior le envió aviso de que en el granero no había más que dar y que las bodegas estaban absolutamente vacías. Se había dado todo por Dios; tocaba pues al cielo proveer, en este momento, a la angustia del monasterio... Hugo, lleno de fe, escribió rápidamente una carta a los santos apóstoles Pedro y Pablo, patronos de Cluny, solicitando su ayuda. Escrita la carta la envió por un mensajero, con la misión de colocarla al pie del altar mayor en cuanto llegase a Cluny. El monje obedeció puntualmente y se esperó con confianza. La espera no fue larga, los carros con alimentos comenzaron a llegar; y hubo tal abundancia, que se aseguró la subsistencia para todo el año. De paso por Marcigny, Hugo se reencontró con gozo con sus hijas. Pero su despedida fue triste, pues las monjas de aquel monasterio presentían que les estaba dando un último adiós; el abad quiso consignar sus sentimientos en una carta que les entregó y que ellas siempre consideraron como el testamento espiritual que un amado padre deja a sus hijas. Pocos días después redactaba un testamento análogo para sus hijos de Cluny y para toda su posteridad.

En el domingo de Ramos de aquel año, los fieles afluyeron numerosos a la celebración, en la gran basílica. Hugo apareció con el rostro iluminado, más que de costumbre. Después de los oficios, un buen paisano pidió obstinadamente poder hablar con él; quería pedirle que viniera a poner paz en su casa, porque pronto al abad le llegaría el fin de sus días. Se decía enviado por un venerable anciano que se le había aparecido. Los monjes trataron a este hombre como un visionario impostor, pero Hugo lo llegó a oír y dio fe a lo que contaba. El jueves santo por la mañana, determinó el número de pobres que había que invitar a la mesa del abad y pronunció la fórmula de la absolución en recuerdo de la antigua reconciliación de los penitentes; por la tarde, cumplió la ceremonia del lavatorio de los pies, pero sus fuerzas le abandonaron y tuvo que retirarse antes de concluir la ceremonia. El viernes santo llegó a un estado de impotencia tal, que pudo unirse completamente al sacrificio de la cruz. El sába-

do santo recuperó algo las fuerzas y rogó que lo condujeran a la iglesia para asistir a la ceremonia de la bendición del cirio pascual. La tarde del día de Pascua, se sintió desfallecer completamente y así permaneció hasta el martes en que todo se dio por perdido, por lo que dispusieron darle los últimos sacramentos. Según el rito de la época, después de la unción de los enfermos el sacerdote le presentó una partícula eucarística sobrepuesta a un cáliz conteniendo algo de vino mezclado con agua y le preguntó si reconocía en ella la presencia vivificadora del cuerpo del Señor; Hugo respondió: «Sí, lo reconozco y lo adoro». Una vez comulgado le presentaron la santa cruz, que él besó con gran devoción. La cruz fue colocada delante de su lecho para que el enfermo pudiera contemplarla en todo momento. A continuación todos los monjes fueron desfilando junto a la cabecera del padre para darle el beso de paz. La muerte no parecía inminente, y acabados estos ritos tan consoladores y plenos de significado cristiano, los monjes recitaron el oficio divino, de rodillas, junto al lecho del abad y quiso el mismo abad dar la bendición a los lectores de vigiliass. Al caer la tarde del miércoles de Pascua, a su petición, los monjes trasladaron al moribundo a la iglesia de Santa María. Lo colocaron en el suelo en un lecho de ceniza y cilicio ante el altar mayor y allí expiró el 29 de abril de 1109. La edificante muerte de Hugo, según se cuenta, fue revelada a muchos amigos del santo abad antes que llegase la noticia de su muerte por los correos, tal como aconteció con Geoffroy, el obispo de Amiens, que se encontraba en Pavía, y con el administrador de San Anselmo, que estaba en Canterbury.

La actividad de Hugo al frente de su monasterio durante tantos años, así como su fervor en servir a la Iglesia por el bien de las almas, fue un don espiritual que la divina Providencia depa-
paró a la Europa cristiana, ya tan revuelta y tan contradictoria tanto entre los príncipes laicos como en una jerarquía eclesiástica demasiado aferrada a modos de pensar y hacer excesivamente humanos. Como se ha visto en este breve recorrido por su vida, fue el agente de paz, de caridad y discreción, no exento de valentía y firmeza, que atrajo la atención de la Sede Romana para encomendarle tan repetidamente el discernir, juzgar, ani-

mar, y aclarar, tanto en el plano político como en el eclesiástico, en los asuntos privados y en los públicos, las conductas de los hombres, como los de la misma fe y la moral evangélica, especialmente en los numerosos sínodos y concilios a los que tuvo que asistir. Este bien se debe tanto a sus dones carismáticos, en lo humano y en lo divino, cuanto a la gran presencia que el «Ordo Cluniacense» había alcanzado en el centro de Europa y en muchos reinos alejados, como lo era España e incluso Inglaterra. Fue un arma formidable para la reforma de la Iglesia puesta en manos del papado. De los claustros surgieron no solamente santos abades, sino obispos y papas que podían llamarse «hijos de Hugo». El entusiasmo que los Papas y Hugo supieron infundir a la cristiandad europea dio como resultado la convocación de la primera Cruzada, cuyo decreto en la mayor parte de su texto se debe a la pluma de Hugo, gran conocedor de los graves problemas que el Islam suponía para la Iglesia y Europa, a través de las noticias que le llegaban de las luchas y dificultades por las que estaban pasando los reyes de Castilla y León.

Es conocida su amistad con los reyes de Castilla, especialmente con el rey Fernando I y su hijo Alfonso VI (admitido como oblató secular de Cluny y reconocido como el más grande benefactor de la gran Abadía), y la labor de reconstrucción espiritual y eclesiástica que llevó por medio de sus hijos espirituales, algunos de los cuales ocuparon sedes como las de Toledo y Burgo de Osma. Lo mismo, aunque en menor escala, sucedió con el rey de Inglaterra Guillermo el Conquistador. En fin, fue de todos apreciado, hasta tal punto que en una ocasión el papa Gregorio VII le escribió una carta en nombre del concilio romano agradeciéndole su ingente labor en bien de la Iglesia y no escatimándole los más encendidos elogios, como se hace con un santo, y preguntando a los padres conciliares si estaban de acuerdo, todos respondieron unánimemente: *Placet, laudamus*: estamos de acuerdo y lo alabamos.

Pocos años después de su muerte, el papa Calixto II, que había sido elegido en el mismo Cluny en 1119, al volver a la abadía un año después, a la vista de los innumerables testigos de las virtudes del siervo de Dios y los no pocos milagros atri-

buidos a la intercesión de Hugo, ordenó que se pudiese celebrar solemnemente y darle culto el día de su muerte, culto que no quedó restringido al monasterio sino que enseguida se difundió por toda la orden cluniacense. En 1220 los monjes de Cluny solicitaron de Honorio III la autorización para poder colocar el cuerpo del santo abad en una urna preparada al efecto, estando el cadáver en perfecto estado de conservación. La traslación se celebró el 13 de mayo. Las guerras de religión del siglo XVI acaecidas en Francia acabaron por quemar sus reliquias, de las que apenas se pudieron salvar unos pocos huesos. Pero en las cosas de Dios, lo material, lo perecedero, sólo tiene un punto de referencia que nada empaña su gloria y la de los santos que tanto lo amaron y que continúan siendo confesores-testigos de su fe y de su esperanza en Cristo que es igual ayer, hoy y siempre.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

- BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L, OSB, *Vie des saints et des bienheureux...*, IV (París 1946) 722-731.
PIGNOT, J. H., *Histoire de l'ordre de Cluny*, 3 vols. (Autun 1868).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN SEVERO DE NÁPOLES

Obispo († 409)

Duodécimo obispo de Nápoles, elegido en febrero del 363 y prolongado su episcopado a lo largo de toda la mitad del siglo IV hasta su muerte en abril del 409. Fue el suyo un tiempo de expansión y afianzamiento del cristianismo tras el Edicto de Milán. Persona amigable y serena, tuvo el aprecio de cristianos y no cristianos. Tuvo amistad con San Ambrosio y la Iglesia de Milán. Se vio con San Ambrosio en el concilio de Capua del 392. Fundó la basílica dedicada al Salvador y erigió el baptisterio.

SAN ANTONIO KIM SONG-U

Mártir († 1841)

Cristiano coreano fervoroso y militante, casado y de 46 años de edad al tiempo de su martirio en Seúl. Durante la persecución reunía en su casa a los cristianos para que la lectura de la Escritura santa y la oración común les sirviera a los fieles de consuelo y aliciente para perseverar en la fe. Arrestado y condenado a muerte, fue estrangulado en la cárcel el 29 de abril de 1841. Canonizado el 6 de mayo de 1984.

30 de abril

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, San Pío V († 1572), papa, de la Orden de Predicadores, que durmió en el Señor el 1 de mayo **.
2. También en Roma, San Quirino (s. III), mártir.
3. En Saintes (Aquitania), San Eutropio (s. III), primer obispo de la ciudad.
4. En Afrodisia (Caria), los santos Diodoro y Rodopiano (s. IV), mártires.
5. En Eureka (Epiro), San Donato (s. IV), obispo.
6. En Novara, San Lorenzo (s. IV), presbítero y mártir.
7. En Forlì, San Mercurial (s. IV), obispo.
8. En Nápoles, San Pomponio (s. IV), obispo.
9. En Roma, San Pedro Levita († 605), diácono y monje.
10. En Viviers (Francia), San Augulo (s. VII), obispo.
11. En Barking (Inglaterra), San Earconvaldo († 693), obispo.
12. En Córdoba (España), santos Amador, presbítero, Pedro, monje, y Luis († 855), mártires *.
13. En Verona, San Gualfardo († 1127), monje.
14. En Vernon-sur-Seine (Francia), San Adyutor († 1131), recluso.
15. En Newcastle (Inglaterra), Beato Guillermo Southerne († 1618), presbítero y mártir en el reinado de Jacobo I *.
16. En Fossombrone, Beato Benito de Urbino († 1625), presbítero, de la Orden de Menores Capuchinos *.
17. En Québec (Canadá), Beata María de la Encarnación Guyart († 1672), viuda, fundadora de las Monjas Ursulinas de Québec **.
18. En Chieri, San José Benito de Cottolengo († 1842), presbítero, fundador de la Casa de la Providencia **.

19 En An Bai (Tonkin), San Jose Tuan († 1861), presbítero, de la Orden de Predicadores, martir *

20 En Paderborn (Alemania), Beata Paulina von Mallinckrodt († 1881), virgen, fundadora de las Hermanas de la Caridad Cristiana **

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN PÍO V

Papa († 1572)

Bosco Marengo es una villa del norte de Italia, cercana a Alessandria; en ese paisaje melodiosamente umbrío, equidistante del mar de Génova y de los Alpes suizos, hay una casita humilde, cuidada, blanca, el 17 de enero de 1504, fiesta de San Antonio Abad, nació allí un niño predestinado a la gloria de este mundo y, lo que es mejor, a la gloria de los santos.

El matrimonio de Pablo y Dominga Augeria era cristiano y pobre, la familia de los Ghislieri había venido a menos en lo económico, pero sin perder el rango espiritual. Al niño le pusieron el nombre del santo abad y le educaron en el temor de Dios. Antonio mostró en aquella infancia oscura anhelos de buscar el camino vocacional del claustro, pero la pobreza era tanta que tuvo que dedicarse a pastorear un rebaño. El pastorcillo cumplía resignadamente el oficio y, entre el ganado, no se cansaba de levantar el corazón a Dios en oración limpia. Y su oración fue oída. El señor Bastone, natural también de Bosco Marengo, le ayudó generosamente, enviándole a la escuela de los dominicos en compañía de su hijo Francisco. Antonio, redimido de su ocupación pastoril, y Francisco, el vástago del señor Bastone, iban todos los días muy de mañana a la escuela juntos. Antonio reveló unas excepcionales condiciones para el estudio y un alma transparente, en la que ardía de antiguo la llama de la vocación. Los padres le allanaron las dificultades, y el joven Antonio, con catorce años al hombro y un mundo de sueños, recibió el hábito de dominico en Voghera, no muy lejos de Bosco, de Voghera le destinan a Vigevano, donde hace el noviciado y profesa el 18 de mayo de 1521, el pastor Antonio Ghislieri es

ya fray Miguel de Alejandría. Bolonia, con sus torres y sus cátedras, guarda los restos mortales de Santo Domingo de Guzmán; junto a la celda y al sepulcro del fundador, fray Miguel, estudia filosofía, teología y santidad. En 1528 está ya en Génova y allí recibe el orden sacerdotal.

Empieza una nueva etapa de su vida: la de la acción. Si buscásemos un símbolo para definir la entrega y fidelidad con que fray Miguel de Alejandría se dedicó a la enseñanza, a la predicación, a la pobreza, a los oficios divinos, al destierro de la herejía en Pavía, en Alba, en Como, no sería menester alejarse del primitivo empleo que tuvo en la infancia, recreciendo el significado vulgar con el concepto evangélico del «buen pastor». Austero y tenaz en todo, le comparaban a San Bernardino de Siena en la pobreza y a San Pedro Mártir en el celo por la verdad y por la fe. Más se pareció a éste, pues estaba cortado por el mismo patrón dominicano y, como él, fue inquisidor en la diócesis de Como; caminaba a pie siempre, vestido con su hábito, el hatillo al hombro, la mirada puesta en el cumplimiento del deber. No le arredraban los peligros, ni los trabajos, ni las amenazas. Se enfrentaba, si era preciso, con el lucero del alba y les cantaba las cuarenta a los nobles y a los herejes cuantas veces era preciso, sin intimidarse nunca. El conde de la Trinidad, furibundo, le dijo en Alba que le arrojaría a un pozo; no se inmutó. En Como tuvo que refugiarse en casa de Bernardo Odescalchi porque los mercaderes de libros heréticos habían promovido una algarada contra él, pues decomisó sus mercancías; en otra ocasión, le aconsejaron que se disfrazase para no ser reconocido por los herejes en tierras de grisonos. «Preferiría —contestó— ser mártir con el hábito puesto».

A fines de 1550 se fue fray Miguel a Roma para justificar su conducta de inquisidor. Las acusaciones de mala fe le estaban formando en la Ciudad Eterna un ambiente difícil. El cardenal Caraffa supo comprenderlo y admirarlo. No salió solamente justificado; aumentó su prestigio. Un año más tarde Julio III, a instancias de Gian Pietro Caraffa, le nombró comisario general de la Inquisición; con Caraffa y con Cervini fue fray Miguel el mismo de siempre: un austero religioso, un hombre de oración, un pastor vigilante.

En 1555 falleció Julio III; el 9 de abril del mismo año es elegido sumo pontífice el cardenal Cervini —Marcelo II—; el reinado fue breve: murió el 30 de abril; el 23 de mayo la triple corona recae en Gian Pietro Caraffa: Paulo IV. El nuevo Papa confirmó a fray Miguel en el cargo de comisario general de la Inquisición, le preconizó obispo de Sutri y Nepi el 4 de septiembre de 1556; pero el dominico no deseaba más que la paz de su convento; le infundían pavor los cargos. Paulo IV dijo que sería preciso ponerle cadenas en los pies para evitar que se encerrase en el claustro. Mas no fueron cadenas lo que le puso, sino el capelo cardenalicio: 15 de marzo de 1557. Un año más tarde le nombra inquisidor mayor de la Iglesia.

El sucesor de Paulo IV fue Pío IV, Médicis de pura cepa, que fue coronado el 6 de enero de 1560. Pío IV fue el último Papa del Renacimiento; el cardenal Ghislieri —nuestro fray Miguel— le amonestó en más de una ocasión, ganándose el desprecio y la desgracia del Papa, que le postergó cuanto pudo. Ignoraba Pío IV que aquel cardenal inflexible, amante de la pobreza, despegado del mundo y de los honores, celoso por la gloria de la casa de Dios, iba a ser su sucesor; se llamaría también Pío, en gesto magnánimo a la memoria del Papa difunto; pero sólo heredaría de él el nombre. El programa del pontificado sería totalmente distinto. Más que Papa del Renacimiento, Pío V sería el «pastor de la Iglesia».

Pío IV falleció el 9 de diciembre de 1565. El cónclave para elegirle sucesor, después de los funerales acostumbrados, iba a celebrarse en la Torre Borgia; Aníbal Altemps, con sus tercios de infantería, montó la guardia para que el curso de la elección no se enturbiase por las intrigas externas. Más de medio centenar de cardenales se encerraron en cónclave el 20 de diciembre. Era la medianoche. El frío congeló la argamasa con que se tapió el cónclave, según rito y usanza antiguos. Fuera, conjeturas, expectación, nerviosismo de los embajadores. Dentro, Borromeo, Farnesio y Este eran cabezas de los tres partidos más fuertes; Borromeo representaba a los cardenales creados por su tío Pío IV, que le aconsejó, ya en el lecho de muerte, que trabajase por la candidatura de uno de ellos; Este era el adalid de los cardenales adictos a Francia; Farnesio ejercía un influjo poderoso

por su riqueza y su estirpe. Los tres cabezas bregaron como pudieron, Borromeo como un santo; Este y Farnesio como dos príncipes del Renacimiento. Cayó, por imposibilidad nacida de las oposiciones de los grupos, la candidatura de Morone —que había tenido que habérselas con la Inquisición—, la de Farnesio —que se resignó a la fuerza, forjándose esperanzas para mejor ocasión—, la de Riccia —a quien se opuso Borromeo por no parecerle digno por su vida anterior—, la de Sirleto, etc. Por fin, Farnesio y Borromeo, remontándose sobre los egoísmos, optaron por Ghislieri. La tarde del 7 de enero de 1566 quedó decidida la elección. Al anochecer, una teoría de púrpuras se encaminó a la celda del austero fraile. A la fuerza le condujeron a la capilla Paulina y allí le proclamaron Papa. Un momento de angustia se produjo cuando el cardenal decano, Pisani, le preguntó si aceptaba y Ghislieri guardó silencio: le instaban todos. Por fin, dijo: «Estoy conforme».

El cónclave se abrió. La Iglesia tenía Papa. Todos reconocían en el cardenal Ghislieri al hombre de magníficas virtudes, acérrimo defensor de la verdad, pero las intrigas de algunos soberanos y de algunos electores le habían excluido de antemano.

«Nos llevo el Espíritu Santo sin padecerse presión —apunta Pacheco a su rey Felipe II—, como se ha visto hoy en muchos hombres, que, cuando entraron en Conclave, antes se cortaran las piernas que ir a hacer Papa a Alejandrino y corrieron a hacerle los primeros»

Los cardenales se alegraron. Pío V era el Papa que la Iglesia necesitaba.

La fiesta de la coronación se fijó para el 17 de enero, sexagésimo segundo cumpleaños de Pío V; el júbilo del pueblo fue enorme. Diez días después tomó posesión de San Juan de Letrán. El Papa —mediana estatura, enjuto de carnes, de ojos pequeños y mirada aguda, nariz aguilena, barba nevada y cabeza venerablemente calva— vio aquel día entre la gente que le aclamaba a su antiguo condiscípulo Francisco Bastone, que, desde Bosco, había acudido a Roma para asistir a la entrada de Pío V en San Juan de Letrán; el nuevo Pontífice le llamó y, en agradecimiento a su padre, le dio el cargo de gobernador del castillo

de Sant-Angelo. Toda Roma se enteró así del humilde origen del Papa, maravillándose de que Dios hubiese elevado al pastorcillo de Bosco a Pastor supremo de la cristiandad.

La vida íntima de Pío V redobló el ritmo de la austeridad y de la oración; la tiara era su gran cruz; no se quitó la tosca ropa interior de fraile, fue muy parco en el comer, incansable en el trabajo; visitaba las iglesias a pie, ahuyentó del palacio a los bufones, vivía *alla fratesca*. Sus devociones preferidas eran la meditación de la Pasión, el Santísimo —decía misa todos los días— y el Rosario. En la procesión del Corpus llevaba la custodia a pie, descubierta la cabeza y arrobado en éxtasis adorante. La gente se asombraba de aquel recogimiento. El embajador español Requeséns opinaba que desde hacía trescientos años la Iglesia no había tenido mejor Pastor. Era enemigo de los aduladores y gustaba que le dijeran las verdades del barquero. Dativo en extremo con los pobres, les repartía con gozo cuanto estaba en sus manos.

Las razones políticas no existían para él; sí, en cambio, las razones de Dios y del bien de la Iglesia.

«Raras veces —comenta el autor de la *Historia de los Papas*— en un Papa el príncipe temporal ha quedado tan por entero atrás del sacerdote, como en el hijo de Santo Domingo que estaba ahora sentado en la silla de San Pedro»

No quiso saber nada de nepotismos, mal del tiempo. Cuando le indicaron que convenía elevar a sus parientes, respondió con firmeza: «Dios me ha llamado para que yo sirva a la Iglesia, no para que la Iglesia me sirva a mí». Inexperto en los negocios políticos, que no le atraían, cedió a los ruegos de todos los cardenales y del embajador español, nombrando cardenal y secretario de Estado a fray Miguel Bonelli, O.P., sobrino segundo suyo; pero le obligó a seguir viviendo como un mendicante y le exigió una «vida parecida a la suya»; le reprendió tan severamente una vez, que el joven cardenal enfermó de tristeza; al cardenal Farnesio, que le sugería que fortificase Anagni, le replicó que la Iglesia no necesitaba cañones ni soldados, sino oración, ayuno, lágrimas y estudio de la Sagrada Escritura. La independencia de criterio de Pío V se debía a su carácter, pero también influyó en ello la desconfianza en los cardenales, a quienes, por

otra parte, trataba con inaudita afabilidad y respeto, aunque pronto pensó purificar el Sacro Colegio con la elevación de hombres dignos de tal honor.

Con denuedo trabajó Pío V para convertir a Roma en un dechado de ciudades cristianas, visitó las parroquias, como obispo; castigó los escándalos, sin acepción de personas; dio ejemplo con su santa vida. Roma, cuentan los embajadores, cambió por completo: la ciudad del lujo y de la frivolidad renacentistas parecía ahora un «convento seglar».

El reinado de Pío V se centró o se abrió en cuatro dimensiones capitales: primera, la puesta en marcha de los decretos tridentinos, o sea la reforma de la Iglesia; segunda, la lucha contra los herejes; tercera, la cruzada contra los turcos, pesadilla de la cristiandad, y cuarta, el fomento de las ciencias eclesiásticas.

El espíritu de Trento parecía haberse encarnado en la persona de Pío V. Todo el mundo estaba convencido de esta verdad. A raíz de su elevación al trono pontificio un observador extranjero comentó: «Tiene vida para diez años y planes de reforma para ciento y mil». Empezó por la cabeza, ayudado de Ormaneto, instado por San Carlos Borromeo, dando a la Corte ejemplo incontrovertible de rigor y de vida austera, reformó el breviario y el misal, publicó el famoso *Catecismo de Trento* —llamado también de San Pío V—, que apareció ya en 1566 en la imprenta de Pablo Manucio; urgió la obligación de la residencia a los obispos, les impulsó a celebrar sínodos y visitas pastorales, adelantándoseles con el ejemplo. Tiépolo decía que el nuevo Papa no hacía otra cosa que reformar.

Como Paulo IV, con quien estuvo tan compenetrado, sabía que la fe es sustancia y fundamento del cristianismo; los que esperaban que no se llevasen a la práctica los decretos tridentinos se equivocaron de punta a punta. Peor agüero fue Pío V para los herejes, pues los persiguió sin descanso. El viejo inquisidor no les concedió ni una sola tregua. El palacio inquisitorial, demolido a la muerte de Paulo IV, fue reedificado con mayor suntuosidad; el 2 de septiembre de 1566 atronaban el aire las salvas de los cañones de Sant-Angelo. Se estaba colocando la primera piedra del nuevo edificio. El Papa asistía a las sesiones de la

Congregación de la Inquisición y creó una nueva —la del Índice de libros prohibidos— para velar por la ortodoxia. Otro medio eficaz fue el fomento de las ciencias eclesiásticas. Destinó crecidas sumas de dinero a la reedición de las obras de San Buenaventura y de Santo Tomás; a éste le declaró Doctor de la Iglesia por bula de 11 de abril de 1567, pues había sido el «gran teólogo» de Trento. Ningún concilio se celebraba sin el Aquinas; comisionó a San Pedro Canisio, a quien apreciaba grandemente, a refutar los centuriadores de Magdeburgo y la Confesión de Augsburgo; favoreció a Sixto Senense, autor de la *Bibliotheca Sancta*; desterró, cuanto pudo, las ponzoñas del Renacimiento y levantó la Universidad de Roma: la «Sapientia».

Aquel fraile, que nada anhelaba más que la paz del claustro, soñó con una cristiandad bien hermanada, procurando que los príncipes cristianos estuviesen unidos. Pero, por fuerza de este anhelo, tuvo que convertirse en el Papa de las grandes batallas. El poderío turco era la pesadilla de la cristiandad. Pío V fue el paladín de la Liga Santa. Exhortó con machacona insistencia a España, a Venecia, a Francia..., incluso a Rusia, con cartas personales, con legados, con promesas. Las miras del Papa se clavaban en la defensa y expansión de la fe —aventajó a sus predecesores en el celo por las misiones— y en el robustecimiento de la paz, pues sólo así se podía llegar a una Europa robusta y cristiana. El 31 de julio de 1566 ordenó una procesión de rogativas para que el Señor alejase el peligro temible de los turcos; Pío V caminó a pie, rezando y llorando. Era conmovedor ver llorar al Papa. Si fuese posible remediar la amenaza con su sangre propia, dijo, la daría de buen grado. Ayudó al emperador, a los caballeros de Malta; visitó personalmente las fortificaciones que mandó hacer en Ancona, Civitavecchia y Ostia. Pero no se contentó con la defensa; la mejor manera de librar al Occidente del poderío de la media luna era aplastar ese poderío. Para ello se necesitaba una acción naval conjunta de todas las naciones cristianas.

Después de mil intentos y mil fracasos, la constancia de Pío V logró ganar a Venecia y a España para la Liga; no fue fácil, pues Felipe II tenía que atender a sus amplísimos dominios, y Venecia jugaba constantemente a la traición. La tenacidad y

las lágrimas de Pío V pudieron sobreponerse a todas las infidelidades y deserciones. El 27 de mayo de 1571 se publicó en San Pedro la noticia de la triple alianza: la Santa Sede, España y Venecia lucharían juntas contra el Islam; se acuñó una medalla conmemorativa y se publicó un jubileo general para que el Dios de las batallas bendijese al ejército cristiano. Pío V mandó legaciones especiales al emperador y a los reyes.

El 21 de junio la escuadra pontificia, al mando de Marco Antonio Colonna, se hizo a la vela rumbo a Messina, lugar de cita de las tres potencias; el 23 de julio llegó la escuadra veneciana, mandada por un viejo lobo de mar: Sebastián Veniero; la escuadra española hizo escala en Nápoles el 8 de agosto; don Juan de Austria fue nombrado almirante general de la empresa. Allí recibió el bastón de mando y el estandarte —damasco de seda azul, imagen del Salvador crucificado, escudos enlazados con cadenas de oro— de manos del cardenal Granvela. El almirante era un joven gallardo, de ojos azules y blondos rizos; contaba solamente veinticuatro años. El 24 de agosto arribó a Messina. Dos gloriosos marinos le acompañaban: Andrea Doria y Álvaro de Bazán. La tropa se preparó a la lucha confesando y comulgando. Pío V mandó decir a don Juan que iba a combatir por la fe católica y por eso Dios le concedería la victoria. Zarpó la escuadra hacia Corfú; los espías anunciaron que los turcos esperaban en Lepanto.

El 7 de octubre, a la hora del alba, habían dejado atrás las islas Equínadas y entraban en el golfo de Patrás; don Juan dio, con un cañonazo, la señal de prepararse para el ataque y enarboló la bandera de la Liga en el palo mayor de su navío. Un grito cristiano resonó en las olas: «¡Victoria, victoria!».

Estadística de las fuerzas que iban a chocar: *Turcas*: 222 galeras, 60 buques, 750 cañones, 34.000 soldados, 13.000 marineros, 41.000 galeotes. *Cristianas*: 207 galeras, 30 buques, 6 galeazas, 1.800 cañones, 30.000 soldados, 12.900 marineros, 43.000 remeros.

A mediodía chocan las escuadras: los representantes de Cristo y los «secuaces» de Alá. Se lucha por las alas y en el centro. Don Juan, con trescientos veteranos, adelanta su nave hacia la del generalísimo turco, que tiene a su lado a 400 jenízaros; el cielo

está limpio, el mar en calma asustada; la pelea sigue indecisa. A las cuatro de la tarde cae muerto el gran almirante Alí. Los turcos se desalientan y huyen en retirada. Sobre las aguas del mar, sangre, cadáveres, naves rotas.

Ocho mil turcos perdieron la vida, 10.000 cayeron prisioneros, 50 de sus galeras hundidas, 117 dejaron como botín con sus estandartes y artillería; los vencedores también pagaron tributo: 12 galeras, 7.500 muertos, otros tantos heridos; pero habían vencido. Doce mil esclavos condenados al remo hallaron la libertad; 2.000 eran españoles. La cristiandad respiró a pulmón lleno. Lepanto fue, como dijo Miguel de Cervantes, que allí luchó mordido por la fiebre y perdió un brazo, «la más alta ocasión que vieron los siglos pasados y esperan ver los venideros». Pío V, que había estado en constante oración ante el crucifijo y la Virgen del Rosario, supo por revelación la noticia del triunfo y exclamó como el anciano Simeón: «Ahora, Señor, dejas ya a tu siervo en paz». La fiesta del Rosario quedará en la Iglesia como recuerdo de la victoria sin par. Y en las letanías se añadirá un pipopo: «Auxilio de los cristianos, ruega por nosotros».

En realidad, Pío V podía morir tranquilo. Consumido por la penitencia y el trabajo, postrado en el lecho del dolor y de la muerte, exclamaba: «Señor, aumentad mis dolores, pero aumentad también mi paciencia». El día 1 de mayo de 1572 pasó a la vida bienaventurada. Había muerto un santo. La víspera de su tránsito ordenó que le vistiesen el hábito de su Orden para morir como un simple dominico. Su voluntad era que le diesen sepultura en Bosco, lugar donde nació y pastoreó, como el más humilde de los mortales. Pero Sixto V, que le debía el cardenalato, hizo trasladar sus restos, enterrados provisionalmente en el Vaticano, a un grandioso mausoleo en Santa María la Mayor, donde aún está revestido con vestiduras pontificias y cubierto el cráneo con una mascarilla de plata. A su lado está un libro viejo y usado: el libro de los decretos del concilio tridentino, que siempre estuvo abierto en su mesa de trabajo. El 22 de mayo de 1712, Clemente XI le canonizó. Hasta San Pío X era San Pío V el último papa elevado a los altares. El humilde pastor de Bosco señaló una etapa nueva en la historia de la Iglesia. Los papas que le sucedieron seguirían sus huellas. Vencida la frivolidad del

Renacimiento, la Iglesia ganó prestigio y hermosura, encauzada por el espíritu de Trento, que San Pío V encarnó en su vida y lo irradió a todos los estratos de la grey cristiana.

ÁLVARO HUERGA, OP

Bibliografía

Act. SS. Boll., 5 de mayo.

BROGNOLI, V., *Studi storici sul regno di S. Pio V*, 2 vols. (Roma 1883).

CATENA, G., *Vita del gloriosissimo Papa Pio V* (Roma 1586).

GRENTÉ, G., *Saint Pie V* (París 2^a 1914).

— *Le pontife des grands combats: S. Pie V* (París 1956).

HIRSCHAUER, C., *La politique de S. Pie en France* (París 1922).

PASTOR, L. VON, *Historia de los Papas*, vol. XVII (Barcelona 1931).

SERRANO, L., *Correspondencia diplomática entre España y la Santa Sede durante el pontificado de San Pío V*, 4 vols. (Roma 1914).

VAN ORTROY, art. en *Analecta Bollandiana* 33 (1914) 187s.

BEATA MARÍA DE LA ENCARNACIÓN GUYART

Viuda y fundadora († 1672)

Nació el 28 de octubre de 1599 en Tours (Francia), la metrópoli religiosa del Oeste galo, cuarta de ocho hijos de Florent Guyart y Jeanne Michelet, el padre de profesión panadero. Cristianada al día siguiente en la parroquia de San Saturnino, recibe el nombre de María, y en su infancia una educación cristiana en aquel hogar de vida austera, afirmándose en su adolescencia en el deseo de consagrarse a la vida religiosa. Dotada de una inteligencia vivaracha, su padre decidió matrimoniarla, obedeciendo filialmente la voluntad paterna y en 1617, a los dieciocho años de edad contrajo nupcias con Claude Martin, un pequeño empresario fabricante de sedas, naciendo un hijo el 2 de abril de 1619, a quien se le impuso el nombre de su progenitor. El 10 de octubre de este mismo año murió su esposo, quedando viuda y al frente del pequeño Claude. Resolvió con acierto distintos asuntos y problemas económicos a la muerte de su esposo, dedicándose durante diez años a la educación de su hijo, y a la administración de la empresa familiar con verdadero interés: «Dios me había dotado de talento para los negocios». Rehusó contraer segundas nupcias, consagrándose a una vida de con-

templación en la acción que la sitúan entre las grandes místicas de la Iglesia.

El 24 de marzo de 1620 recibió una visión mística, viéndose con los ojos de la fe inmersa en la Sangre del Señor. Acontecimiento al que llamó su conversión.

Tras larga reflexión hizo voto de castidad en 1621, aceptando, por otra parte, colaborar en la empresa de transporte de mercancías que regentaba su cuñado Paul Buisson, situada en un puerto fluvial del Loira. Cuatro años más tarde le era confiada la administración general de la citada empresa, demostrando su excepcional talento de mujer de negocios. Favorecida, además, con dones espirituales, siente el vivo deseo del ardor apostólico al servicio de Dios y de su gloria, el celo por la conversión de los pecadores cuyas almas fueron rescatadas con la preciosísima Sangre de Cristo. Esto es lo que la consume. Y por ese motivo ejerce su vocación apostólica entre los católicos poco practicantes y los hugonotes al servicio de su cuñado.

En torno al año 1625 emitió los votos de pobreza y obediencia, recibiendo en la solemnidad de Pentecostés de este mismo año la primera visión de la Trinidad, a la que siguió una comprensión más clara del misterio del Verbo Encarnado y una visión de Cristo. Dos años más tarde, y también el día de Pentecostés, tuvo otro éxtasis, sintiéndose perdida en un océano de amor. Durante este período se fue aclarando en su voluntad el deseo de consagrarse totalmente a Dios. Su vocación religiosa se fue afianzando por los consejos espirituales del padre Raimundo de San Bernardo, aunque la elección no era fácil. Finalmente, el 21 de enero de 1631 entró en el convento de las Ursulinas de Tours, encomendando su hijo a su hermana, quien tiempo más tarde profesó como benedictina, recibiendo el velo el 25 de marzo de 1631. En el mes de mayo de este mismo año recibe la tercera visión de la Trinidad, experimentando «la sensación de ser nada en el Todo».

Durante el tiempo de noviciado estuvo rodeada de tinieblas y arideces espirituales, pero se unió con Cristo crucificado, ofreciéndole «confiadamente mi corazón». Dos años más tarde, y concluido el noviciado, emitió la profesión religiosa el 25 de enero de 1633, y toma el nombre de María de la Encarnación «a

fin de llevar, como legítima esposa, el nombre de su Esposo». Bien pronto fue nombrada Maestra de novicias, aunque se sentía llamada a trabajar por las almas.

En aquel tiempo el catolicismo estaba viviendo una gran renovación promovida desde 1622 por la Congregación de Propaganda Fide, fundada por Gregorio XV, para ayudar a los misioneros que partían a predicar la fe a tierras lejanas. En estas circunstancias fue madurando su vocación misionera. «Mi cuerpo estaba en el monasterio, pero el espíritu no podía ser confinado. Este espíritu me llevaba a la India, a Japón, a Oriente, a Occidente, a Canadá entre los hurones». En la Navidad de 1634 se le concedió la gracia muy especial de la infusión del Espíritu apostólico. Este espíritu, emanación del Espíritu de Cristo, la sumerge totalmente y para siempre en el celo de su gloria. Se siente llena del deseo que supera cualquier imaginación. Día a día, la vida de intimidad con su Dios crecía sin límites. Por medio de la oración y la acción, los dos polos convergían en su vida apostólica, haciéndola progresar en la familiaridad con Dios y en el ejercicio de la caridad.

Dócil a la adorable voluntad de Dios que la quiere para él, según sus planes, se preparó para la futura misión: «Llevo en mi alma un fuego que me consume por ella». Su pensamiento la conduce lejos, por todas partes en donde el Reino de Cristo debe extenderse. Su deseo por la extensión del Reino no conoce límites, tiene las dimensiones del universo. A través de la correspondencia con los jesuitas misioneros en Nueva Francia (Canadá), estableció en 1639 relación epistolar con Mme. de la Peltrie, una viuda de Alençon que se esforzaba en fundar en Québec un convento para la educación de las jóvenes indias.

Su ardiente deseo de ganar almas para el Reino de los cielos la urgía a abandonar su patria, partiendo el 22 de febrero de 1639 a París, junto con la madre María de S. José, para ultimar todo lo relativo a dicha fundación. A finales de abril parte para Dieppe desde donde el 4 de mayo salen rumbo a Canadá, junto con tres agustinas hospitalarias. El 1 de agosto, después de una borrascosa travesía que duró tres meses, llegaron a Canadá.

Establecida en Québec fundó un convento en donde pronto recibió a siete «niñas del bosque». Un desgraciado incendio

destruyó este edificio, siendo reconstruido con grandes sacrificios de nuevo, momento en que se le fueron agregando diversas religiosas. La familia misionera empezaba a crecer. Al poco de llegar a Canadá se dedica al estudio de la lengua autóctona de los indígenas, a quienes llamaba «delicias de mi corazón», y en poco tiempo puede catequizar en lengua vernácula a los hurones, algonquinos e iroqueses, revelándoles a Dios que es amor y digno de ser amado. Para ayudar a los misioneros compone ella misma vocabularios, una gramática y un catecismo en lengua indiana. La enseñanza de las niñas de Québec es su especial ofrenda, ejerciendo una influencia tan grande que resulta difícil enumerarla: «Cuando uno pertenece a Dios tiene que seguirle donde quiera y debe volver siempre a este punto de perderse en su Santa voluntad». Sin salir nunca del convento se convirtió en madre espiritual de muchos, con consejos tanto de palabra como por escrito, despertando el gusto por las cosas de Dios: «Parecía que el fervor de la primitiva Iglesia había pasado a la Nueva Francia».

Permaneció fiel a su vocación y a su compromiso misionero durante las amargas horas del martirio de los jesuitas, y a pesar de que fue invitada a regresar a Francia decidió no abandonar a lo que llamaba su «centro». El año 1647 junto con el padre Jerónimo Lalemant, S.J., superior de las Misiones jesuíticas en Nueva Francia, redactó las Constituciones de las Ursulinas de Québec. Su vida interior, corazón ardiente, estaba alimentada por el amor de Dios en tal manera, que en mayo de 1653 estuvo inspirada para ofrecerse en holocausto a Dios: «Por el bien de Canadá es necesario morir a todo».

Mujer de cerebro y mujer de corazón, estaba dotada de un raro equilibrio, simple y al mismo tiempo interiormente libre en los múltiples aspectos de su vida. Con la misma firmeza y vigilante actitud aunque con profunda humildad, conserva siempre la vivacidad en la mirada, mostrando una gran personalidad. Pero aún más importante que esta riqueza es la unidad existencial que presenta entre la oración y la acción, resultando el modelo por excelencia de la mística apostólica.

Esta pionera del apostolado misionero en América del Norte encuentra a Dios sobre todo en la acción y en la oración.

Para ella es lo que nutre su vida y su constante entregarse a la voluntad divina, por lo que ella descubre su vocación propia como misionera: «Yo no me encuentro nunca tan bien como cuando me abandono en su amor [...]. Y así debo amar mi vocación sobre cualquier otra». Tiene necesidad de seguirlo a donde él quiera, «perderse en su voluntad». Pero aún más profunda es la experiencia de Dios y la intimidad con él, por eso, es un testimonio de Dios. Ha experimentado su presencia y la acción en lo más íntimo de su propio ser. Una experiencia que sin reparos ni retoques, se hace comunicativa y capaz de interpelar a cualquier interlocutor.

Por todo ello se va a convertir en madre y consejera espiritual de quienes ansían ver a Dios. Cada uno de los que acuden encuentran en ella la propia sed de Dios que les ayudará a saciar la suya. Es una experiencia que la propia alma encuentra apenas entra en el interior de esta gran mística. Asombraba la profunda armonía que caracterizaba su vida. En sintonía con Dios, se entrega a los otros sin perder nunca la intimidad con él, sintiéndose desde el inicio apasionada por la salvación de las almas. Su acción misionera se nutrió de su altísima contemplación, alcanzando el punto de no hacer diferencia entre una y otra. Cerca de Dios cuando renuncia a su propio descanso para atender a cualquier indígena, la oración constituye su descanso, conversando con Dios por todas las almas, porque le ama «por quien no ama». Así la vocación apostólica, donde la contemplación se une con la acción, se dilata en su gran corazón de madre carismática. Su espíritu madura en servicio de los otros de tal modo que se siente llamada a extender el Reino de Cristo, muerto por la salvación de todos, a todo el mundo.

Corazón de madre de una gran ternura, de extrema delicadeza, confinada en un convento del cual no sale nunca, es, sin embargo, el alma de la Nueva Francia. Para la difusión del Reino de Dios en Canadá fue un instrumento elegido, un sacramento de su gracia para la salvación de las almas en Norteamérica. Sin pertenecer a ninguna escuela de espiritualidad, su vivencia interior la convierte en genial, mostrando en la irrepetible genialidad del Espíritu su inmensa fortaleza espiritual, demostrada en la fecundidad apostólica de su misión. Su estado

de ánimo habitual dejaba entrever la tensión en que vivía, un inexpresable deseo hacia Dios, para perderse en Dios «mar de infinita pureza».

Para conseguir esto se entregará totalmente a él, se impondrá las más duras penitencias, se le rendirá con los tres votos, buscando la humillación y el abandono. Sin olvidarnos del abandono de su hijo que, para ella, constituyó la prueba más dolorosa de su vida: «Separándome de ti me he sentido morir en vida».

Morir viva, y continuar muriendo a todo para vivir en plenitud, para alcanzar el gran regalo del Dios amor que la eligió por esposa. El delicado toque divino, el intercambio recíproco, la intimidad de amor de quien, con palabras humanas, «nada semejante existe a esta divina operación».

Gravemente enferma recibió el 29 de abril de 1672 la extremaunción, falleciendo al día siguiente. Sus restos recibieron sepultura el 2 de mayo en la cripta del coro de la primera iglesia del monasterio de Ursulinas de Québec. Por su papel de maestra de vida espiritual y promotora de obras de evangelización goza de gran estima en la historia de Canadá, siendo considerada «Madre» de la Iglesia católica canadiense. En 1867 se inició la causa de beatificación, llevándose a cabo el proceso apostólico en Roma (1892-1894). San Pío X reconoció la heroicidad de sus virtudes el 19 de julio de 1911. Entre 1973-1978 se llevó a cabo la Positio sobre la fama de sus milagros, siendo proclamada Beata por Juan Pablo II el 22 de junio de 1980.

Fue la primera religiosa francesa misionera y la primera religiosa que puso los pies en Norteamérica, así lo reconoció el Santo Padre:

«Su apostolado catequético en favor de los indígenas es infatigable [...] formula el voto de “buscar la mayor gloria de Dios en todo lo que sirva de mayor santificación” [...] Reúne en sí, de modo admirable, la contemplación y la acción. En ella se realiza plenamente la mujer cristiana, con raro equilibrio en todos los estados de vida: esposa, madre, viuda, misionera; y todo ello, siendo siempre fiel a Cristo, siempre en estrecha unión con Dios».

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

Index ac status causarum, o.c., 493.

Martyrologium romanum, o.c., 248.

L'Osservatore Romano (22, 23 y 29-6-1980).

OURY, G. M., *Marie de l'Incarnation (1599-1672)* (Québec 1973; reimp. 1981).

RESCH, A., *I Beati di Giovanni Paolo II. I: 1979-1985* (Roma 2000) 33-36.

SAN JOSÉ BENITO DE COTTOLENGO

Presbítero y fundador († 1842)

Cuando se dice «el Cottolengo» no se sabe si se indica al Santo o su obra, ya que hoy en día tanto el uno como la otra llevan idéntico nombre.

La «Piccola Casa della Divina Provvidenza», que alberga ahora (año 1966) en Turín cerca de 10.000 hospitalizados, constituye el retrato más vivo del Santo y el reflejo más genuino de su espíritu.

Nacido en Bra —Piamonte— el 4 de mayo de 1786, desde su infancia da claras muestras de su vocación. Efectivamente, un día es sorprendido mientras mide una de las habitaciones de su casa. Interrogado sobre lo que hacía, responde que quiere saber cuántas camas cabrían en aquella habitación para acoger enfermos pobres.

Comenzados los estudios, éstos le resultan difíciles. Se encomienda a Santo Tomás de Aquino, quien le obtiene inteligencia y memoria. (Luego dará el nombre de «Tomasinos» a los aspirantes al sacerdocio de la «Piccola Casa».)

De este modo puede terminar todos sus estudios. Y no sólo llegará al sacerdocio el 8 de junio de 1811, sino que incluso logrará —14 de mayo de 1816— el doctorado en teología. En 1818 es elegido canónigo de la colegiata del Corpus Domini, de Turín, y en 1827, en una situación dolorosa pero providencial, da inicio a su obra: recoger toda clase de abandonados que no encuentren asilo en otra parte.

La característica preponderante de su santidad y de su obra es la confianza absoluta en la Divina Providencia. «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura». En éste, como en otros puntos, San José Benito Cottolengo tomó el Evangelio al pie de la letra y lo sometió

a la prueba de los hechos. Y éstos le dieron abundantemente la razón.

Su fe era sencillamente maravillosa. ¿Acaso no estaba escrito en el Evangelio: «Amen dico vobis, quia quicumque dixerit huic monti: Tollere et mittere in mare, et non haesitaverit in corde suo sed crediderit quia quodcumque dixerit fiat, fiet ei?» (Mc 11,23).

Fue tan grande su ejercicio de fe que la convirtió en una certeza absoluta, indiscutible, superior a cualquier otra certeza humana. Solía decir: «Creo más en la Divina Providencia que en la existencia de la ciudad de Turín». Consiguientemente, no hay que maravillarse si una fe de tal calibre obtuvo resultados milagrosos. El padre Fontana, oratoriano, solía decir: «Se encuentra más fe en el canónigo Cottolengo que en toda Turín».

Él pensaba en los lirios del campo, en los pájaros del aire y quizás —aunque no hubiese existido de por medio la promesa del Salvador— habría encontrado por sí mismo la ejemplar conclusión de que el Padre celestial debía pensar y proveer a sus criaturas, creadas a su imagen y semejanza. Y si pensaba proveer a todas, tanto mayor debía ser su interés hacia las más desgraciadas, que, por serlo, muchas veces no pueden proveer a sí mismas.

De ahí provenía esa su certeza absoluta, esa su postura habitual, que, si no hubiera sido estado de fe, habría podido interpretarse como un tentar a Dios.

Faltaba lo necesario, y él pensaba en dilatar su obra lo más posible. «De todos modos —decía—, a la Providencia le da lo mismo mantener a 500 que a 5.000». «La “Piccola Casa” es una pirámide al revés que se apoya sobre un único punto: la Providencia de Dios». Y en verdad que su modo de proceder era completamente al revés del modo de obrar según la prudencia humana. Cuando les faltaba algo necesario enseguida enviaba a buscar si había alguna cama vacía, y encontrándola, la señalaba como la causa de que el Señor no les enviara todo lo necesario.

«Vivimos entre angustias y estrecheces? Demos lo que nos queda para dar via libre a una mayor Providencia si no hay camas, aceptaremos enfermos, si no hay pan ni vino, aceptaremos mas pobres»

Es lógico pensar que, debiendo él mantener un número tan grande de hospitalizados, estuviese preocupado todo el día por ese vital y fundamental problema. Pero no era así. Su fe vivísima le hacía vivir despegado de todo lo terreno; como un peregrino ocupado sólo en las cosas del espíritu. No daba ninguna importancia a las cosas temporales; es más: sólo pensaba en ellas cuando debía tomar alguna determinación sobre las mismas.

Todo ello era la consecuencia natural de su fe ciega en la Divina Providencia y de la doctrina que él profesaba y enseñaba a este respecto:

«Estad seguros de que la Divina Providencia no falta nunca; faltarán las familias, los hombres, pero la Providencia no nos faltará. Esto es de fe. Por tanto, si alguna vez faltare algo, ello no puede ser debido sino a nuestra falta de confianza».

«Es necesario confiar siempre en Dios; y, si Dios responde con su Divina Providencia a la confianza ordinaria, proveerá extraordinariamente a quien extraordinariamente confíe».

¡He aquí el secreto de los milagros de José Benito Cottolengo!

«¿Por qué os angustáis por el mañana? Si pensáis en el mañana, la Providencia no pensará en ello porque ya habéis pensado vosotros. No estropeéis, por tanto, su obra y dejadle hacer».

«Si en casa hay poco, dad lo poco que tengamos; porque si la Divina Providencia nos ha de enviar, es necesario que la casa esté vacía; de lo contrario, ¿dónde meteremos todo lo que nos mandará?».

Esto se llama lógica sobrenatural, incomprensible para los prudentes según el mundo. A éstos decía José Benito Cottolengo:

«¿Qué gran injusticia haríais a la Divina Providencia si dudaseis de Ella un solo momento y si —lo que Dios no permita— os quejaseis de Ella».

Y a los suyos:

«Vosotros os maravilláis y andáis diciendo: ¡Oh! ¡Oh! [...]. Yo os digo que eso no es nada: es sólo el principio, y tenemos que extendernos por todas partes porque la Divina Providencia lo quiere y quienes vivan lo verán. No me preocupa tanto la falta de medios cuanto el temor de que ésta provenga quizá de alguna ofensa hecha al Señor».

Era, pues, éste el temor y la cruz de San José Benito Cottolengo: temía que viniera a menos la fe en la Providencia, la es-

peranza y la certeza de su intervención... y que por ello se volvieran estériles las fuentes de la gracia.

Acostumbraba repetir:

«Quedad tranquilos y no tengáis miedo, todos nosotros somos hijos de un Buen Padre que piensa más en nosotros que nosotros en Él [.]. Sólo debemos procurar estar bien con Dios, no tener pecados en el alma y amarle, y luego ningún temor. Dios nos esta mirando y es imposible que nos olvide. Tanto mayor es el número de los que entran en la "Piccola Casa" y tanto mayor es la cantidad de pan que nos llueve del cielo: un pan al día para cada uno. Y es la Divina Providencia la que se divierte enviando pan sobre pan [.]. Cuanto entra para los pobres debe gastarse en su manutención, si conservamos el oro o la plata la Providencia no nos los mandará más, porque sabe que ya los tenemos»

«Entre la Divina Providencia y nosotros efectuamos dos trabajos diversos: ella envía la comida, el vestido, la ropa y el dinero, y nosotros lo gastamos alegremente en favor de los pobres sin pensar en el día de mañana o de pasado mañana»

Las características básicas, pues, de este abandono son:

1.^a No llevar cuenta de lo que se hace:

«No anotéis lo que la Divina Providencia nos envía, y no queráis saber el número de los enfermos; cometeríais una indelicadeza con la Divina Providencia. Ella es más práctica que nosotros en la teneduría de libros y no nos necesita. No nos mezclamos, por tanto, en sus asuntos».

2.^a El no querer que se rece por un motivo determinado, explícito: ni por la salud, ni por las necesidades de la «Piccola Casa», ni por otro fin determinado que no sea el de «agradar al Señor».

«El espíritu de la "Piccola Casa" es el de rezar siempre para que en todo momento y en cada cosa sea hecha la santa voluntad de Dios [.]. Posiblemente, cuando se rece, pedid al Señor que se cumpla siempre su voluntad. Y, si bien nos está permitido pedir un bien temporal determinado, sin embargo, en cuanto a mí se refiere, temería faltar si pidiese en tal sentido»

«En la "Piccola Casa" no se debe rezar nunca por el pan material. Nuestro Señor nos ha enseñado a buscar, primero, el reino de Dios, que todo lo demás ya se nos dará por añadidura. Y nosotros debemos rezar así».

Quizá se halla raramente, en la historia de la santidad, un abandono en Dios tan completo como el de San José Benito

Cottolengo; él se sentía verdaderamente un puro instrumento, un peón de albañil que no tiene ni puede tener las preocupaciones y responsabilidad de toda la construcción, la cual depende, evidentemente, del arquitecto.

«Yo soy un peón de albañil —decía—, y nada más que un peón de albañil; el Arquitecto planea magníficamente sin necesidad de mí; por eso, cuando yo algo, es Él quien piensa en lo que se debe hacer».

Y no se oyó nunca decir que la Divina Providencia haya hecho quiebra.

Y la Divina Providencia ha sido fiel a su cometido y nunca ha faltado el pan a esa inmensa familia que vive sólo de la pública caridad. En ella han encontrado acogida toda clase de desgraciados. Y ello porque en esta inmensa ciudad del dolor y de la serenidad resuena perpetuo el *Deo gratias*, perfumado por una perenne adoración eucarística.

Los milagros se suceden sin tregua y toda la atmósfera está impregnada de fe y oración.

El «Cottolengo» o «Piccola Casa» es como Lourdes, si bien en forma diversa, uno de los faros más potentes de irradiación de lo sobrenatural en un mundo tan natural...

EUGENIO VALENTINI, SDB

Bibliografía

- ANTONELLI-COSTAGGINI, P., *Vita del Beato Giuseppe Benedetto Cottolengo* (Roma 1917).
FELICI, I., *Il Cottolengo* (Florencia 1934).
GASTALDI, P. P., *I prodigi della carità cristiana descritti nella vita del Servo di Dio Giuseppe Benedetto Cottolengo...*, 2 vols. (Turín 1892).
MEO, V. DI, *La spiritualità di S. Giuseppe Benedetto Cottolengo studiata nei suoi scritti e nei processi canonici*. Thesis (Pinerolo 1958).
VALENTINI, E., *La spiritualità del Cottolengo* (Turín 1956).
— Actualización:
BOSCO, T., OSB, *San Giuseppe Cottolengo* (Leuman, Turín 1980).
PIANO, L., *San Giuseppe Benedetto Cottolengo* (Turín 1996).

BEATA PAULINA VON MALLINCKRODT

Virgen y fundadora († 1881)

Nació el 3 de junio de 1817 en Minden (Westfalia), siendo la primogénita del matrimonio formado por Betmaro von Mallinckrodt, primer consejero y director de finanzas en el distrito de Minden, y de Bernardina de Hartman. El padre, protestante, la madre, católica. Seis días más tarde recibió las aguas bautismales según el rito católico, mientras sus hermanos fueron bautizados en la iglesia protestante, aunque su padre nunca se opuso a la educación católica que la madre impartió a los cuatro hijos. Su infancia coincide con un período de luchas y agitaciones político-sociales, económicas e ideológicas, en las cuales también se vio envuelta la Iglesia católica. La profunda fe de la madre formó la base de la espiritualidad de Paulina, así como su sensibilidad hacia los pobres. En otoño del año 1832 su padre la envió a un colegio laico de Liegi para completar mejor su formación, en donde sufrió espiritualmente por causa de la ausencia de formación religiosa. Al recibir en 1824 su padre el cargo de vicepresidente gubernamental la familia se estableció en Aquisgrán, asistiendo todos los hermanos a una escuela católica, en donde tuvieron de maestra a la poetisa Luisa Hensel, que había pasado del luteranismo a la Iglesia católica. La instrucción que recibió de dicha maestra le ayudó a profundizar en las cuestiones religiosas y sociales, distinguiéndose por su aplicación en las cosas de la fe. Tuvo como compañeras y amigas a la Sierva de Dios Clara Fey, fundadora de la Congregación del Niño Jesús Pobre, y la Beata Francisca Schervier, fundadora de la Congregación de Hermanas Pobres de San Francisco.

El 17 de agosto de 1834 falleció su madre, y con 17 años quedó al frente de la administración de la casa, debiendo cumplir con los deberes sociales a los que su posición y las muchas relaciones de su padre la obligaban. En agosto de 1835 fue confirmada y en este momento decide renunciar definitivamente a las pretensiones matrimoniales que le ofrecía un oficial, primo suyo, sintiendo en su corazón un vivo deseo de servir a Dios en los pobres y enfermos. Tenía una visión muy clara de su vida: «Advertí en mí un inmenso deseo de ser hermana de la Caridad», deseo alimentado con la eucaristía: «Me inflamaba siem-

pre el mayor deseo con un gran amor por tu Santísimo Sacramento digno de alabanza. Hambre de ser penetrada hasta lo máximo del corazón [...] porque tú me fortaleces y robusteces».

En febrero de 1838 su padre fue acusado de haber educado a sus hijos en la religión católica, en contra de lo prescrito en las leyes prusianas, en razón de lo cual presentó al año siguiente su dimisión como presidente de Aquisgrán, que le fue aceptada, estableciéndose en la hacienda familiar de Böckden, situada en los alrededores de Paderborn, donde tuvo ocasión de advertir la miseria provocada por la industrialización en los pequeños empresarios y jornaleros que de las zonas rurales de Westfalia septentrional se dirigían a la ciudad en busca de un trabajo más rentable, pero vivían en condiciones infrahumanas. Los enfermos y ancianos sin ayuda o subsidio estatal alguno, dependían de la caridad del prójimo. Ante esta dramática situación, junto con su amiga Ana von Lommessen y otras jóvenes acomodadas llevaban limosnas y comida a los necesitados.

Su entusiasmo caritativo quedó probado como cofundadora de la asociación femenina que se organizó, con la idea de ayudar y atender a los enfermos, en su propia casa, encargándose de la administración. En 1842 acoge en la guardería para niños de obreros pobres a dos niños ciegos, iniciando así el cimiento de su pequeño instituto para ciegos que en 1847 se convirtió en el Instituto Provincial, siguiendo bajo su experta dirección como institución de derecho público. En abril de este mismo año falleció su progenitor y desde este momento se dispuso a seguir su vocación más íntima: entregarse a los demás, contribuyendo a resolver la miseria de los pobres, eliminando la injusticia social. Antes de separarse de sus hermanos realizó un largo viaje por Alemania, visitando otras naciones centro-europeas con el fin de conocer mejor diversas instituciones benéficas asistenciales, sobre todo institutos para ciegos.

Al regresar a Paderborn comenzó a concretizar su vocación. Superadas las resistencias fraternas y las fallidas tentativas de encontrar un lugar adecuado para sus ciegos en diversas congregaciones, que no estaban preparadas para atender esta necesidad, se estableció en dicho lugar, dedicando todo su tiempo a los pobres y a los niños ciegos. Para profundizar aún más en su

inacabada decisión vocacional llegó a París, donde su amiga Anna von Lommessen había profesado en las Damas del Sagrado Corazón de Santa Magdalena Sofía Barat, ofreciéndoles que se encargaran del Instituto de Paderborn, encargo que no se llegó a realizar debido a las reticencias de Prusia que no hubiera aceptado nunca que una congregación francesa se instalara en su territorio. Regresó a Alemania y durante su estancia en Colonia se entrevistó con monseñor Claessen, obispo auxiliar y amigo de la familia, que le aconsejó fundar una nueva congregación, encontrando «en lo más íntimo de mi ánimo que esto era bueno y agradable a Dios. Sintiéndome con la ayuda y la fuerza del cielo, hice firme propósito de emprender esta obra, superando todas las dificultades que pudieran presentarse». Mientras, las teorías marxistas del *Manifiesto comunista* (1847) afirmaban que el amor cristiano era una utopía, provocando una revolución en la sociedad que cambió la historia de Europa.

Decidida a fundar una nueva congregación y aconsejada por el padre Boekamp, su director espiritual, y por monseñor Franz Drepper, obispo de Paderborn, fundó la Congregación de Hermanas de la Caridad Cristiana, aunque en tiempos de San Pío X se denominará Hijas de la Beatísima Virgen María de la Inmaculada Concepción. En diciembre de 1850 envió la primera maestra católica a la escuela elemental de niñas de Dortmund, y al año siguiente cinco religiosas quedaron al frente de la dirección del real orfanato de Steele, donde se acogían 120 niños.

Apenas surgida la Congregación se le presentó un nuevo campo de apostolado en las escuelas de la zona industrial de la Renania Westfalia, donde las ciudades se convertían en guetos. Los párrocos pidieron religiosas para la enseñanza en las escuelas elementales católicas, motivando que muchas maestras ya diplomadas se unieran a la Congregación, mientras otras religiosas se examinaban civilmente para obtener un título profesional que les permitiera acceder a los colegios nacionales.

El año 1848 estalló la revolución en varios países europeos, y en septiembre eran aprobados los Estatutos que fueron reconocidos civilmente el año siguiente. El 21 de agosto de 1849, y después de una intensa preparación espiritual en la iglesia parroquial de Busdorf (Paderborn), recibió el hábito, junto con

tres compañeras, de manos del obispo Drepper, quedando oficialmente reconocida, de este modo, la Congregación. En 1863 gracias al apoyo del nuevo obispo diocesano Conrado Martín, obtuvo el *Decretum laudis* con la aprobación pontificia.

Fue superiora y maestra de novicias, revelando unas dotes excepcionales de gobierno, firmemente convencida en defender su Instituto frente a los poderes civiles, viviendo siempre «en auténtica unión con la Iglesia (pues) no moveré ni un dedo en una empresa que la Iglesia no haya aprobado», donde encontraba la voluntad de Dios «meta suprema de todas mis aspiraciones». Durante veinte años vivió una vida intensa, con grandes fatigas y contratiempos, pero espléndida en profundas satisfacciones, y su acción, sea por el propio crecimiento espiritual, sea por su voluntad de entregarse en el campo asistencial y educativo, no conoce descanso, especialmente en lo referente a la asistencia e instrucción de los niños ciegos, el servicio originario y principal de la Congregación, tarea que amplió con la enseñanza y la educación de las jóvenes.

Serán las leyes persecutorias del Kulturkampf, que suprimieron sus escuelas, las que la obligarán a abandonar Alemania. Prusia, después de haber mantenido una guerra contra Francia (1870) y haber hecho prisionero a Napoleón III, proclamó en Versailles el nacimiento del Imperio Alemán, aunque el verdadero jefe del nuevo estado no fue el emperador Guillermo I, sino el canciller Bismarck, quien se vio obstaculizado en sus intentos imperialistas por la creciente fuerza del catolicismo. Con táctica audaz creyó necesario separar el catolicismo alemán de la Iglesia de Roma, reduciéndola a una iglesia nacional alemana. Mientras, el Papa estaba prisionero en el Vaticano después de la entrada en Roma de las tropas de Garibaldi. La hostilidad del Estado prusiano hacia las instituciones católicas quedó reflejada en las leyes discriminatorias contra los católicos y sus escuelas, que concluyeron con la confiscación de los bienes y la expulsión de las comunidades religiosas de Alemania.

Con el fin de evitar la incautación de los bienes propició la venta de distintas propiedades de la Congregación. Esta contrariedad permitió que abriera casas en distintos países europeos, a donde fueron las maestras que habían perdido sus clases, diri-

giendo su esfuerzo educativo especialmente al Nuevo Mundo, extendiéndose de este modo su apostolado que creció extraordinariamente en obras de caridad cristiana. El primer grupo misionero partió de Bremerhaven rumbo a Nueva Orleáns en 1873. En el mes de mayo de este mismo año viajó hasta América del Sur en donde permaneció durante dos meses, promoviendo diversas fundaciones. En 1874 estuvo en Chile. En abril de 1876 fue a Roma para rendir homenaje al Santo Padre el Beato Pío IX y solicitar la aprobación de las Constituciones. Asimismo intercedió por monseñor Martín, encarcelado en 1874, liberado al año siguiente y huido en el verano de 1875 a Holanda, de donde en marzo del año siguiente se exilió a Bélgica, por haber defendido la libertad religiosa con valiente decisión, despertando el odio de sus adversarios en el gobierno prusiano.

En 1877 trasladó la Casa madre a Bélgica al tener que abandonar Paderborn por haberse proclamado la excomunión de todos los religiosos de Alemania. En 1879 la Congregación celebró el primer capítulo general, siendo elegida superiora por unanimidad. En el mes de octubre de este mismo año volvió a Chile, visitando las casas de la congregación, mientras que en 1880 se embarcó para América del Norte, en donde se habían abierto 26 casas. Agotada por tantos viajes apostólicos y el intenso trabajo realizado, una grave pulmonía la llevó al sepulcro, falleciendo el 30 de abril de 1881, recibiendo sepultura en una capilla del pequeño cementerio de la Casa madre. El proceso informativo diocesano fue introducido en 1926, quedando concluido en 1933. En 1958 Pío XII decretó el inicio del proceso apostólico, exhumándose sus restos en febrero de 1963. En 1983 Juan Pablo II firmó el decreto sobre la heroicidad de sus virtudes, proclamándola Beata el 14 de abril de 1985.

El fundamento de su espiritualidad está en la fe profunda que domina toda su vida, considera «una especial bendición de Dios» su estancia en Aquisgrán, donde recibió una completa formación católica. El santo amor será la característica principal de su Congregación, su ley, su alma, que deben transmitir todas las religiosas «en los ojos, en las obras, en sus palabras, en todos

los lugares y en todas las cosas». Amor profundo, amor intenso a todos, con paciencia y amabilidad, «un amor que beneficie a todos, aportando paz y dulzura».

Mujer de gran ánimo, abandona su voluntad en Dios, sufriendo con Cristo por la disolución de su obra. Fruto de tanto sacrificio fue el rápido florecimiento de sus obras en tantos países, tan lejos de Alemania. La fe la convirtió en clara y transparente como luz consciente y valiente, con la que supo afrontar sufrimientos, amarguras y pruebas de todo tipo. Creció anhelando siempre a Dios y su mayor gloria. Se dedicó con gran ternura a los niños ciegos, a quienes quiso regalar la luz interior como destello de luz divina. Audaces eran sus planes, pero su obra creció con éxito. En el tiempo de su mayor crecimiento sobrevino la hora demoledora de las tinieblas, con la dura persecución bajo la ley de los conflictos político-religiosos, soportando las pruebas con humilde obediencia. En medio de las pruebas y dificultades mostró una confianza segura en las decisiones fundamentales de su vida.

Es un ejemplo de vida. A la angustiosa inquietud del hombre moderno ella señala un camino de paz interior: buscar a Dios en los hermanos que sufren. Adhesión a Dios y ruptura con todo lo que aparta de Él, es lo que persigue de manera incansable. Entrega amorosa que la conducirá al heroísmo en el amor comprometido: «A Él le entrego todo con absoluta confianza». Para el amor no hay imposibles, creciendo en la presencia de Dios, sin ver perturbada su paz. Este amor incondicional a Dios y la orientación a él en toda circunstancia, eran rasgos de su extraordinaria personalidad, creciendo en su enérgico esfuerzo para ganar, con caridad y amabilidad, todos los corazones para Dios, encomendando al amor de Jesús a cuantos trataba, pidiéndole les concediera su benevolencia: «Caridad, la más íntima caridad en el trato [...] el más encendido amor, paciencia y afabilidad con todos».

Gastó su fortuna en favor de los pobres, y puso todas sus energías al servicio de los ciegos, de los más marginados de su tiempo. Supo aprovechar discretamente las múltiples ocasiones de mortificarse, haciendo de su cuerpo un verdadero holocausto de amor. De este modo crecían en ella la generosidad y la

fortaleza que la preparaban para los grandes y numerosos sacrificios que le exigía el Señor.

El milagro para la beatificación

Sor Cristófora, religiosa de la Caridad Cristiana, era de constitución grácil pero no había tenido enfermedad alguna a señalar en su infancia y pubertad. Entre los 21-22 años (1947-1948) comenzó a notar un progresivo enfriamiento en sus extremidades, acompañado de un hormigueo, a lo que no dio ninguna importancia. A los 27 años de edad aparecieron algunos trastornos visuales, y casi al mismo tiempo, una gran debilidad en su parte inferior izquierda. Al año siguiente (1954) notó en abril una diplopia en el ojo izquierdo, que el oculista señaló como una evidente parálisis. El examen neurológico del 23 de mayo señaló una esclerosis múltiple, siendo internada durante cinco semanas en el hospital de San Andrés de Neuhaus, cercano a Paderborn. La terapia que se le aplicó con unciones de ungüento mercurial, baños turcos y otros permitieron cierta mejoría. Las siete semanas siguientes las pasó en un clima montañoso, en reposo absoluto y con una *dieta alimentaria cruda* (método Evers), que no produjo mejoría alguna, al contrario, en septiembre de 1954 se localizaron dolores occipitales, vértigos, diplopia y parálisis del abductor izquierdo con graves problemas en el nervio óptico. Dos meses más tarde los signos patológicos se agravaron.

En febrero de 1955 la enfermedad empeoró con incapacidad notoria de mantenerse erguida y de andar, insensibilidad en el tacto, diagnosticándole el 13 de mayo del mismo año *esclerosis múltiple*, juzgando los médicos que su enfermedad era incurable y estaba en fase de rechazar cualquier terapia. En este momento la enferma y las religiosas decidieron invocar la intercesión de la Sierva de Dios. En la tarde del 14 de mayo la religiosa sintió de imprevisto un gran calor en sus piernas, bienestar general e impulso de caminar. Apoyada en el brazo de la enfermera comenzó a deambular, pudiendo vestirse por sí misma y acercarse a la capilla. Desde ese momento cesaron los temblores, las convulsiones y los diversos síntomas morbosos, reintegrándose a la vida de comunidad. En sucesivos exámenes médicos (1955 y 1962) se confirmó la completa curación y la permanencia de su estado.

La esclerosis múltiple que le fue diagnosticada según la sintomatología observada a lo largo de la evolución de la enfermedad era cierta, y la terapia insuficiente para contrarrestarla y para lograr la curación, que fue instantánea, completa, definitiva y no explicable con las leyes de la patología. El suceso puede situarse, con todas las reservas, en la categoría de los eventos biológicos «extraordinarios». Todos los componentes de la consulta médica fueron del parecer unánime «que se trata de una curación instantánea, y como se trata de una curación permanente se puede definir como perfecta. Roma, 28 de marzo de 1984».

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

- Congregazione delle Cause dei Santi. Miracoli dei Beati. 1893-1990* (1999) 102-110.
EHRFBORG, F., SJ, *Reseña histórica sobre la vida virtuosa de la Sierva de Dios Paulina von Mallinckrodt* (1984).
Index ac status causarum, o.c., 500.
Martyrologium romanum, o.c., 248.
L'Osservatore Romano (14 y 16-4-1985).
RESCH, A., *I Beati di Giovanni Paolo II I: 1979-1985* (Roma 2000) 182-184.
SANDER-WIETFELD, K., *Paulina von Mallinckrodt* (Chile 1990).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS AMADOR, PEDRO, MONJE, y LUIS

Mártires († 855)

Los tres estados eclesiásticos —clerical, monacal y seglar— se unieron en este martirio para confesar unánimemente a Cristo en la Córdoba del siglo IX.

Amador, el sacerdote, había nacido en la población llamada hoy Martos. Se había ido a Córdoba con sus padres y hermanos en orden a facilitar el estudio de los muchachos. Era un hombre joven al tiempo de su martirio. Pedro era monje y no nos dice San Eulogio de qué monasterio era. Era hijo de padres acomodados, como lo era igualmente el joven Luis, seglar, que era hermano del diácono y mártir San Pablo.

Parece que los tres eran muy amigos y se pusieron de acuerdo en confesar juntos a Cristo, lo que hicieron ante el juez musulmán el 30 de abril del año 855, siendo inmediatamente condenados a muerte y ejecutados y sus cuerpos arrojados al Guadalquivir.

BEATO GUILLERMO SOUTHERNE

Presbítero y mártir († 1618)

Nació en Durham el año 1577. Decidido por el sacerdocio, que recibe en el Continente tras estudiar en Lituania, España y Douai, vuelve a Inglaterra a trabajar apostólicamente. Arrestado y juzgado, por ser sacerdote católico es condenado como traidor y ahorcado y descuartizado en New Castle el 30 de abril de 1618. Fue beatificado el 22 de noviembre de 1987.

BEATO BENITO DE URBINO

Presbítero († 1625)

Benito Passionei nació en Urbino el año 1560 en una ilustre familia. Huérfano desde joven, estudia en las universidades de Perugia y de Padua, demuestra tener una clara inteligencia al tiempo que lleva una conducta intachable, y muy en contra de la voluntad de su familia toma el hábito capuchino en el convento de Fano. Hecha la profesión y los estudios, se ordena sacerdote y en 1598 los superiores lo agregan al grupo de doce capuchinos que debían acompañar a San Lorenzo de Brindis en su misión en los países germanos para afirmar la fe católica frente al luteranismo. En este ministerio, cumplido con entrega ejemplar, estuvo cuatro años. Vuelve a Italia y aquí igualmente es destinado a la predicación que ejercita por muchas poblaciones de la Península, acompañando su ministerio con el ejemplo de una vida de plena observancia de la regla franciscana y del ejercicio de todas las virtudes, sobresaliendo por su insigne caridad con los pobres y necesitados, para quienes iban siempre sus especiales cuidados. Murió en el convento de Fossombrone el 30 de abril de 1625. Fue beatificado el 15 de enero de 1867.

SAN JOSÉ TUAN
Presbítero y mártir († 1861)

Este mártir vietnamita tenía sesenta años al tiempo de su martirio, cuando fue decapitado en abril de 1861. Su trato con los religiosos dominicos, a los que debía la fe la comunidad cristiana en la que había nacido, le llevó a optar por la vida religiosa en la Orden de Predicadores. Una vez profesado y hechos los estudios, se ordenó sacerdote y ejerció con fruto el ministerio. Un falso cristiano lo delató porque había administrado los sacramentos a su madre enferma. Arrestado, confesó la fe, se negó a apostatar y fue condenado a muerte que se cumplió en el poblado de An Bai. Fue canonizado el 19 de julio de 1988.

SANTO TRIDUO PASCUAL: DE LA MUERTE A LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

En tiempo de Jesús el pueblo israelita seguía celebrando con gran solemnidad la fiesta de Pascua, instituida por Moisés antes de la salida de Egipto. Era esta fiesta, por una parte, *memorial* del éxodo liberador de la opresión de los egipcios y, por otra, *espera* de los tiempos mesiánicos. Como israelitas temerosos de Dios, José y María subían todos los años a Jerusalén a la fiesta de Pascua, como dice San Lucas (Lc 2,41). Y sin la menor duda Jesús subió a Jerusalén todos los años durante su vida oculta. Los evangelistas ponen muy de relieve que así lo hizo durante su vida pública.

La esperada salvación mesiánica había comenzado a ser realidad cuando «la Palabra se hizo carne y puso su Morada entre nosotros» (Jn 1,14). Y fue plena realidad, cuando Jesús, durante la celebración de la Pascua de su pueblo, se ofreció al Padre por la salvación del hombre, pasando por la pasión y la muerte a la resurrección, convirtiéndose él en la Pascua del nuevo y eterno Testamento.

Antes, «la víspera de su pasión», había celebrado ya esta Pascua en el Cenáculo con sus discípulos y había mandado a éstos que la celebrasen ellos en su nombre: «Haced esto en memoria mía».

Los apóstoles comenzaron a hacerlo una vez que el Espíritu Santo descendió sobre ellos el día de Pentecostés. El día elegido para celebrar la Pascua del nuevo y eterno Testamento, para la «fracción del pan» —éste será el nombre que los primeros cristianos darán a la celebración de la eucaristía—, fue el primer día de la semana, es decir, el día en que el Señor resucitó. Muy pronto este primer día de la semana recibirá el nombre de «día del Señor» (*kyriaké hemera* = *dies dominica* = *domingo*). En los escritos del Nuevo Testamento son bastantes las alusiones a la celebración de la fracción del pan los domingos. Bien significativo

es en este sentido lo que el libro *Hechos de los Apóstoles* dice hablando de San Pablo: «El primer día de la semana, estando nosotros reunidos para la fracción del pan, Pablo...».

¿Celebraban también de algún modo todos los años los primeros cristianos la Pascua del Señor? Se puede dar por seguro, pero no ha llegado a nosotros ninguna referencia explícita de que lo hicieran. Seguirían celebrando la Pascua de sus padres —la mayoría eran judíos—, pero desde el primer momento la fueron *cristianizando*.

Las primeras noticias claras que tenemos de una celebración anual de la Pascua son de mediados del siglo II. En esta época, por lo que dicen, entre otros, Melitón de Sardes y el Pseudo Hipólito, el pueblo cristiano se reunía y pasaba la noche del sábado al domingo leyendo los pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento relacionados con la Pascua y orando. Pronto se generalizó la costumbre de ayunar el viernes y el sábado y de celebrar durante la Vigilia de esa santa noche los sacramentos de la iniciación.

En el siglo IV el Triduo es ya lo que, más o menos, seguirá siendo. A una celebración más y más viva y sentida contribuyeron las exposiciones que de este misterio fueron haciendo los Padres tanto de oriente como de occidente. Lo hicieron de modo especial como sencillas catequesis a los catecúmenos que se preparaban para recibir los sacramentos de la iniciación durante la Vigilia Pascual.

La celebración del Triduo Santo seguirá siendo en la Iglesia el tiempo más fuerte del año litúrgico.

Pero pronto se introducen costumbres que desvirtúan un tanto la fisonomía de estas celebraciones.

Pero es sobre todo durante la Edad Media cuando se introducen cambios en la liturgia, que pretendiendo enriquecerla la desvirtuaron no poco, distorsionando con frecuencia el esquema inicial y desviando la atención de los fieles del misterio celebrado. De lo más llamativo en este sentido fue el desajuste de las horas en que tuvieron lugar los acontecimientos de la pasión del Señor, y que la liturgia seguía suponiendo y evocando, y las horas en que de hecho se celebraban. El problema de la lengua ha sido causa no pequeña de este desvío de la devoción.

Mérito del movimiento litúrgico fue redescubrir la centralidad de la liturgia pascual. Dom Guéranger († 1875), sobre todo en su obra *L'année liturgique*, puso muy de relieve la importancia del misterio pascual y la centralidad de su celebración. Los escritos del benedictino de Maria Laach, Odo Casel († 1948), bajo el aspecto teológico, y los de Pius Parsch, bajo el aspecto pastoral, entre otros muchos liturgistas y teólogos, hicieron sentir en amplios sectores de la Iglesia la necesidad de una reforma que devolviese al Triduo Santo su auténtica fisonomía.

Durante el pontificado de Pío XII estas ideas y estas ilusiones comenzaron a hacerse realidad. Y después del Concilio Vaticano II, siguiendo las normas dadas en éste, durante los años 1969, 1970 y 1971 fueron publicándose los libros litúrgicos en los que aparecía el Triduo Pascual tal como hoy tenemos el gozo de celebrarlo.

La carta circular de la Congregación para el Culto divino del 10 de enero de 1988 presenta así el Triduo Pascual tal como hoy lo celebramos:

«La Iglesia celebra cada año los grandes misterios de la redención de los hombres desde la misa vespertina del Jueves Santo *en la Cena del Señor* hasta las Vísperas del domingo de resurrección. Este periodo de tiempo se denomina justamente el *Triduo del crucificado, sepultado y resucitado*, se llama también *Triduo Pascual* porque con su celebración se hace presente y se realiza el misterio de la Pascua, es decir, el tránsito del Señor de este mundo al Padre. En esta celebración del misterio, por medio de los signos litúrgicos y sacramentales, la Iglesia se une en íntima comunión con Cristo, su Esposo»

Triduo Pascual del que San Ambrosio, a finales del siglo IV, dice que es el «Triduo sagrado dentro del cual Cristo padeció, descanso y resucitó» (Ep 23,13). Y algo más tarde San Agustín lo llama «Sacratísimo Triduo de Cristo crucificado, sepultado y resucitado» (Ep 55,14)

Durante este Triduo Pascual la Iglesia celebra como un todo la Pascua del Señor, su *paso* de la muerte a la resurrección, teniendo muy presente que, como dice San Pablo, «Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, la muerte no tiene señorío sobre él» (Rom 6,9). Y con el *paso* de nuestro Señor celebramos nosotros nuestro *paso*.

Jueves Santo: Misa vespertina de la Cena del Señor

«Al atardecer, en la hora más oportuna, se celebra la misa de la Cena del Señor, en la que participa plenamente toda la comunidad local y todos los sacerdotes y clérigos que ejercen su ministerio», dice el misal.

Como lo había hecho en años anteriores, Jesús había subido con sus discípulos a Jerusalén para celebrar la Pascua. Subía muy consciente de que iba a ser su última celebración de la Pascua de sus padres. El pueblo le había recibido como el esperado Mesías, lo que había exacerbado aún más el odio de sus enemigos. El primer día de los ácidos envió a Pedro y a Juan a preparar el local y lo necesario. «Y llegada la hora se puso a la mesa con los apóstoles» (Lc 22,14).

Mateo, Marcos y Lucas centran su relato de la última Cena en la institución de la Eucaristía. San Juan, que, dándolo por sabido, no relata la Institución de la Eucaristía, se alarga recordando detalladamente los gestos y palabras del Señor en los que aparece el amor del Hijo de Dios al hombre y su exigencia de que éstos se amen unos a otros como él los ama.

Pronto este día, lleno de recuerdos tan evocadores y en el que el Señor había instituido la Eucaristía, adquiere gran importancia en la Iglesia. Será el día dedicado a la admisión de los penitentes, a la consagración del santo crisma y de los óleos, y también y sobre todo a recordar y celebrar la institución de la Eucaristía.

La liturgia de esta santa tarde es una de las que más se han beneficiado de la reforma litúrgica. Se ha introducido el lavatorio de los pies y se ha enriquecido notablemente su liturgia. Y se introdujo la concelebración y la comunión bajo las dos especies.

De la misa vespertina dice el *Ceremonial de los obispos*:

«Con la misa que tiene lugar en las horas vespertinas del jueves de la Semana Santa comienza el Triduo Pascual y evoca aquella última Cena del Señor Jesús, en la que, en la noche en que iba a ser entregado, habiendo amado hasta el extremo a los suyos que estaban en el mundo, ofreció a Dios Padre su Cuerpo y su Sangre bajo las especies del pan y del vino y los entregó a los Apóstoles para que los sumiesen, mandándoles que ellos y sus sucesores en el sacerdocio también lo ofreciesen» (n.295).

La plegaria eucarística tiene hoy un valor añadido. Siempre durante ella se hace lo que el Señor mandó: «Haced esto en memoria mía». El Señor «hizo esto» y nos lo mandó hacer a nosotros durante la Cena que celebró *hoy* con sus discípulos en el Cenáculo. Pone esto de relieve la liturgia de la misa de la Cena del Señor incluyendo palabras alusivas a que «esto» lo realizó el Señor precisamente *hoy y a esta hora*.

La *oración colecta* centra nuestra mirada en el misterio que hemos comenzado a celebrar: «Nos has convocado esta tarde para celebrar aquella misma Cena... el banquete de su amor, el sacrificio de la Alianza eterna..., te pedimos que la celebración de estos santos misterios nos lleve a alcanzar plenitud de amor y de vida». Todo esta tarde gira en torno al amor de Jesucristo que pide amor.

La *primera lectura*, tomada del Éxodo, relata la institución de la Pascua judía y de cómo la han de celebrar los israelitas. Jesús la celebró en el Cenáculo y en ella comieron el cordero degollado, cordero degollado que le simbolizaba a él que al día siguiente moriría clavado a la cruz como inocente cordero. En la *segunda lectura* San Pablo les recuerda a los corintios la institución de la Eucaristía en la noche en que iba a ser entregado y las exigencias que lleva consigo participar de la Eucaristía.

Como *lectura evangélica* se lee el relato del lavatorio de los pies de sus discípulos por Jesús, ejemplo sublime de amor humilde que el divino Maestro —«me llamáis Maestro, pues lo soy»— nos dio «en la hora en que iba a pasar de este mundo al Padre». A esta lectura, después de ser comentada por el sacerdote, sigue el *mandato*, el lavatorio de los pies, acertadamente introducido en la Eucaristía de este día. Es una escenificación de lo que el Señor hizo y de lo que nosotros hemos de hacer para ser cristianos de verdad, cristianos comprometidos con nuestro Maestro, imitadores suyos: «Os he dado ejemplo».

La *procesión de las ofrendas* y del fruto de la caridad de los fieles tienen en esta eucaristía una razón añadida. Nuestra conciencia de cristianos ha de verse especialmente interpelada hoy: el amor de Jesús a los hombres, pobres pecadores, no fue un amor platónico: dio su vida por nosotros. Nuestro amor a nuestros hermanos necesitados ha de traducirse en hechos.

Antes de que la asamblea sea despedida y de que se retiren del altar la cruz, los candeleros y el mantel, se lleva procesionalmente el Santísimo Sacramento a una capilla. Esta reserva tiene dos fines: disponer de formas consagradas para la celebración del Viernes Santo y, si hubiere necesidad, administrar el viático; y hacer posible que los fieles oren y contemplen agradecidos la Eucaristía, cuya institución se acaba de celebrar.

2

Viernes Santo: Celebración de la pasión del Señor

«Y, cantados los himnos, salieron hacia el monte de los Olivos», dice el Evangelio de San Mateo (Mt 26,3). Y el de San Juan: «Dicho esto, pasó Jesús con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón donde había un huerto» (Jn 18,1). Jesús comenzaba a recorrer su Viacrucis: Getsemaní, ante Anás, ante Caifás, en el Pretorio ante Pilato, ante Herodes, de nuevo ante Pilato, cargando con la cruz camino del Calvario, hasta que, clavado a la cruz, «reclinando la cabeza, entregó el espíritu» (Jn 19,30). La Pascua del nuevo y eterno Testamento era ya una realidad.

Pasados casi dos mil años, nosotros, discípulos del Señor, lo recordamos y celebramos todos los años. Lo hacemos en el Oficio de lecturas y Laudes que no todos pueden celebrar. Y lo hacemos, sobre todo, en la solemne celebración de la pasión del Señor.

Es probable que durante bastante tiempo ni el Viernes Santo ni el Sábado Santo hubiese celebración especial. Estos días formaban un todo con la Vigilia Pascual, eran una sola fiesta: Pascua. No eran, sin embargo, días vacíos. Por de pronto eran días de riguroso ayuno, con el que se unían a Cristo muerto y sepultado esperando su resurrección. Y eran días de silencio orante.

A no tardar mucho se organizaron oficios litúrgicos. Por Egeria sabemos que en el siglo IV se vivían estos días en Jerusalén intensamente con una liturgia apropiada. En los siglos VI y VII la celebración litúrgica es ya muy parecida a la actual. Una liturgia sin Eucaristía.

La celebración de la pasión del Señor nos introduce en el misterio insondable de la muerte del justo para redimir a los pecadores. Cristo es el servidor de Yahvé, anunciado por los profetas. Es el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. Es el sacerdote de la Nueva Alianza, que se ofreció a sí mismo una vez para siempre como víctima, único sacerdote capaz de convertir la muerte en vida, los sufrimientos en causa de salvación.

San Pablo es el teólogo por excelencia de este misterio, sobre él vuelve una y otra vez: «Ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros y suplo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo por su Cuerpo que es la Iglesia» (Col 1,24). «Lo único que deseo es conocerle a él y participar en sus padecimientos, conformándome a él en la muerte» (Flp 3,10).

La liturgia de este día tiene tres partes: liturgia de la Palabra; adoración de la santa Cruz; sagrada comunión.

— *Liturgia de la Palabra.*

Como *primera lectura* se lee el «Cántico del siervo de Dios», impresionante figura profética de Jesús paciente. El siervo de Dios a quien Isaías contempla sufre física y moralmente. Sufre «porque el Señor cargó sobre él todos nuestros pecados». Es «como un cordero llevado al matadero...». Sufre «porque tomó el pecado de muchos, cargando con los crímenes de ellos». «Por eso tendrá una parte entre los grandes». A esta primera lectura el pueblo se une cantando como *salmo responsorial* parte del Salmo 30, un salmo que, puesto en labios de Jesús muriendo clavado a la Cruz, adquiere todo su sentido. De hecho según San Lucas las últimas palabras de Jesús antes de expirar fueron: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu», que son el versículo 6 de este salmo.

La *segunda lectura* es parte de la Carta a los Hebreos. Cristo es nuestro Sumo Sacerdote, un sacerdote capaz de compadecerse de nosotros porque ha sido probado en todo como nosotros, excepto el pecado. Por eso «se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna».

El *canto antes del Evangelio* es la mejor presentación del misterio que se celebra hoy: «Cristo, por nosotros, se sometió incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo, y le concedió el nombre-sobre-todo-nombre».

El punto culminante de la liturgia de la Palabra del Viernes Santo es la proclamación de la *Pasión de nuestro Señor Jesucristo según San Juan*, «el discípulo a quien Jesús quería» (Jn 20,20). San Juan es testigo de excepción de la larga pasión de Jesús desde el huerto cercano al Torrente Cedrón hasta que el Señor, clavado a la Cruz, expiró. El mismo apóstol pone esto bien de relieve.

La oración universal tiene hoy una relevancia especial. Hasta la reforma de la liturgia la oración universal de este día era la única que la Iglesia romana conservaba. Esta oración, sobre todo si se hace en la forma tradicional, es de un gran efecto. En ella se pide al Padre que los frutos de la muerte redentora de Cristo se apliquen a la Iglesia y a todo el mundo.

— Adoración de la Cruz.

El emotivo rito de la *presentación y adoración de la Cruz* se viene haciendo desde muy antiguo. La peregrina Egeria cuenta con todo detalle cómo se hacía en Jerusalén en el siglo IV: el obispo y los diáconos sostienen el sagrado madero de la vera Cruz y todo el pueblo se acerca y la besa. Poco a poco lo que se hace en Jerusalén es imitado por las demás iglesias.

— Sagrada comunión.

Aunque hoy no se celebra la santa misa, desde hace ya mucho tiempo *hoy se comulga* con el pan consagrado en la misa de la Cena del Señor. La comunión en el día de la muerte del Señor ha de hacernos sentir con viveza lo que es siempre la comunión. San Pablo lo dice con estas palabras: «Cada vez que coméis de este pan y bebéis de este cáliz *proclamáis la muerte del Señor*, hasta que vuelva» (1 Cor 11,26).

Terminada la acción litúrgica, la Cruz queda bien visible como centro del templo. Los fieles pueden acercarse a ella, y agradecidos, besarla, y orar ante ella. Ningún día mejor que éste para recorrer las estaciones de *Via Crucis*.

Sábado Santo

Muerto Jesús y obtenidos los permisos necesarios, su cuerpo exánime fue descendido de la Cruz y depositado por José de Arimatea y Nicodemo en un sepulcro nuevo donde nadie había sido sepultado (cf. Jn 19,38-41).

«Durante el Sábado Santo la Iglesia permanece junto al sepulcro del Señor, meditando su pasión y muerte, y se abstiene del sacrificio de la Misa» (Rúbrica del Misal). Pero sí se celebra la Liturgia de las horas, que son la mejor oración y meditación en este día santo.

La Iglesia, que brotó del costado de Cristo clavado a la Cruz, vela en silencio contemplativo. Triste, porque su Señor ha muerto, alegre, porque ha resucitado. Triste, porque la causa de la muerte de su Señor ha sido el pecado de sus hijos los hombres que siguen siendo pecadores, alegre, porque la pasión y la muerte de su Señor nos ha salvado.

Leamos como dicho a nosotros lo que San Pablo dice a los romanos. «Los que hemos muerto al pecado, ¿cómo seguir viviendo en él? ¿O es que ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva» (Rom 6,2-4). «Sepultados con él en el bautismo, con él también habéis resucitado por la fe en la acción de Dios, que lo resucitó de entre los muertos» (Col 2,12).

Domingo de Pascua de la resurrección del Señor:

Vigilia Pascual

El pueblo hebreo celebraba todos los años como «memorial» con una vigilia nocturna el paso del Señor durante la noche para liberar a sus padres de la esclavitud del Faraón. La Iglesia ha visto siempre en este acontecimiento del pueblo hebreo una figura del paso del Señor, de la Pascua. Y desde tiempo inmemorial, teniendo como fondo la celebración del pueblo hebreo, ha celebrado con una vigilia nocturna la Pascua de su Señor.

Esta Vigilia ha sido siempre «la madre de todas las santas vigiliass» (San Agustín), «la mayor de todas nuestras fiestas, la mayor de todas nuestras celebraciones» (San Gregorio Nacianceno).

Tiene cuatro partes: lucernario o solemne comienzo de la Vigilia, liturgia de la palabra, liturgia bautismal, liturgia eucarística.

— *Primera parte: lucernario o solemne comienzo de la Vigilia.*

En la antigüedad no era tan sencillo como ahora disponer, llegada la noche, de fuentes de luz. De ahí que la luz tuviese para ellos un sentido y un valor muy superior al que nosotros le concedemos. Cuando los cristianos se disponían a pasar toda la noche en la iglesia en oración, su primera preocupación era disponer de luz. Luz en la que veían simbolizado a Cristo, que se había presentado a sí mismo como la luz del mundo: «Yo soy la luz del mundo». Este simbolismo lo seguimos sintiendo nosotros, aun cuando dispongamos de otros medios de iluminación.

La Iglesia comenzó muy pronto a abrir la Vigilia de Pascua con un lucernario, muy bello y cargado de sentido «cristiano».

El traslado procesional del cirio de la puerta de la iglesia al presbiterio recuerda el largo caminar de los israelitas por el desierto hacia Tierra Santa guiados por una columna de fuego; y recuerda también nuestro caminar por la vida guiados por Cristo, luz del mundo.

La bendición del fuego y del cirio se han de hacer a ser posible en el exterior de la iglesia. Todas las luces han de estar apagadas. No hay más luz que la del cirio. Durante la procesión hacia el presbiterio, el que lleva el cirio canta varias veces: *Luz de Cristo*, a lo que todos responden: *Demos gracias a Dios*.

Colocado el cirio junto al ambón, el diácono, o el mismo sacerdote, entona el pregón pascual, pieza poética llena de lirismo y de teología que invita a todos a la alegría pascual, porque ha pasado la noche y brilla ya la luz que es Cristo resucitado.

— *Segunda parte: Liturgia de la Palabra.*

Parte fundamental de toda vigilia ha sido siempre la lectura de la Palabra de Dios, lectura a la que el pueblo correspondía meditando y orando. «En esta vigilia “Madre de todas las vigili-
as”, se nos proponen nueve lecturas: siete del Antiguo Testamento y dos del Nuevo: “epístola y evangelio”» (Rúbrica del misal).

La tres primeras lecturas: dos del Génesis y una del Éxodo, narran tres intervenciones de Dios: creación, sacrificio de Abrahán y paso del mar Rojo. En ellas aparece el amor de Dios al hombre, amor que ha tenido en la resurrección de Jesús su más alta manifestación. A éstas siguen otras *cuatro lecturas* también del Antiguo

Testamento: dos de Isaías, una de Baruc y una de Ezequiel. Estos profetas animan al pueblo a ser fiel a Dios, a esperar en él. Espera que ha de animar la certeza de que Dios cumplirá lo que promete, sobre todo en el futuro mesiánico. El *salmo responsorial* y la oración que sigue a cada lectura son la respuesta cristiana, animada por la resurrección del Señor, a cada una de las lecturas.

Antes de proclamar la Palabra del Nuevo Testamento la Iglesia crea un clima de alegría pascual que es el que ha de dominar en la asamblea durante las acciones litúrgicas que van a seguir: se encienden los cirios del altar, el sacerdote entona el himno *Gloria a Dios en las alturas* y mientras se canta este himno suenan las campanas que han estado mudas durante los días anteriores.

En la *epístola* el Apóstol les recuerda a los romanos —a nosotros— algo que era constante en su predicación: por el bautismo hemos sido sepultados con Cristo para resucitar con él. ¡Cristo ya no muere!

Y antes de que uno de los tres sinópticos relaten el encuentro de María la Magdalena y sus compañeras con el sepulcro vacío y con el ángel que les anuncia ¡ha resucitado!, el sacerdote entona solemnemente el *aleluya*. Durante toda la cuaresma había estado ausente de la liturgia; a partir de ahora, durante el tiempo pascual sobre todo, resonará continuamente en la liturgia.

— *Tercera parte: Liturgia bautismal.*

Aunque la falta de testimonios no permite hacer afirmaciones categóricas hasta el siglo III, se puede dar por seguro que muy pronto se introdujo en todas partes la costumbre de celebrar en esta noche santa el bautismo. Pascua y bautismo son dos realidades que van íntimamente unidas. Así lo dice por ejemplo Tertuliano: «Pascua es el día más conveniente para el bautismo, porque en ella se realizó la pasión del Señor en la que somos bautizados» (*De baptismo*, 19). Por el bautismo, en efecto, nos incorporamos a Cristo y pasamos de la muerte del pecado a la vida de la gracia, de las tinieblas a la luz; morimos con Cristo y con él resucitamos. Antigüamente durante la cuaresma se preparaba a los catecúmenos para ser bautizados hoy y participar por primera vez de la mesa del Señor. En esta noche recibió San Agustín el bautismo de manos de San Ambrosio.

Esta parte de la Vigilia es la que más ha ganado con la reforma litúrgica. En ella se contemplan varias posibilidades: la existencia o no de bautizandos, la existencia o no de pila bautismal. Después de cualquiera de estos casos, todos los presentes, de pie, con las velas encendidas en la mano, renuevan las promesas bautismales. Antes han renunciado a Satanás y han hecho profesión de su fe.

— *Cuarta parte: Liturgia eucarística.*

«La celebración de la Eucaristía es la cuarta parte de la Vigilia, y su punto culminante, porque es el sacramento pascual por excelencia, memorial del sacrificio de la cruz, presencia de Cristo resucitado, consumación de la iniciación cristiana y pregustación de la Pascua eterna» (*Circular sobre las fiestas pascales*, 90). En efecto, la comunidad cristiana que ha cantado a Cristo verdadera luz del mundo, que ha sido instruida por la Palabra de Dios, que ha recibido, o renovado, la gracia bautismal, oyendo en su interior la invitación que el Señor le hizo en la última Cena y le hace continuamente: «Haced esto en memoria mía», lo hace al final de la Vigilia para luego sentarse a la mesa para el banquete que el Señor le ha preparado y recibir como comida el Cuerpo del Señor y como bebida su Sangre.

«Podéis ir en paz, aleluya, aleluya».

«Demos gracias a Dios, aleluya, aleluya».

Domingo de Pascua de la resurrección del Señor: El día de Pascua

Pronto se sintió la necesidad de volverse a reunir el día que sigue a la noche pascual para recordar y celebrar los muchos acontecimientos que sucedieron al amanecer de este día. Hoy esta misa es más necesaria, porque son muchos los cristianos que por una u otra causa no asisten a la Vigilia.

Los cuatro Evangelistas cuentan con todo detalle cómo las discípulas y discípulos descubrieron que el sepulcro estaba vacío y que Jesús había resucitado, aunque las dudas tardaron en despejarse.

La liturgia de este día ofrece el relato de lo que sucedió este día, pero sobre todo trata de hacer vivir la gran verdad de que

Cristo está vivo, que está entre nosotros. Y que, por tanto, hemos de ser testigos y anunciadores de ello, que hemos de buscar no las cosas de este mundo, sino las de arriba, «donde está Cristo sentado a la derecha del Padre», que hemos de vivir la vida nueva de los resucitados con Cristo.

AUGUSTO PASCUAL, OSB

Bibliografía

ALDAZABAL, J., *El Triduo Pascual* (Biblioteca litúrgica, 8; Barcelona 1988).

CASTELLANO, J., *El año litúrgico* (Barcelona 1994) 153-208.

LOPEZ MARTÍN, J., *El año litúrgico: historia y teología de los tiempos litúrgicos cristianos* (BAC Popular, 62, Madrid ²1997).

NOCENT, A., *Celebrar a Jesucristo: El año litúrgico. IV: Semana Santa y tiempo pascual* (Santander 1986).

TIEMPO PASCUAL: LA CINCUENTENA

Adviento, Cuaresma son tiempos de preparacion El tiempo Pascual es, en cambio, el desarrollo de un unico grito de fiesta que no solo se canta ininterrumpidamente durante la octava sino que llena todos, la cincuentena pascual, con su misterio y su gracia «Este es el dia en que actuo el Señor, sea nuestra alegria y nuestro gozo»

La cincuentena pascual comienza desde el momento que despunta el día de Pascua y se da paso a una realidad pasada y presente, un día que podemos cantar a pleno pulmón:

«Bendito sea Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo, que en su gran misericordia, por la resurreccion de Jesucristo de entre los muertos nos ha hecho nacer de nuevo para una esperanza viva, para una herencia incorruptible, pura, imperecedera»

La gran noticia es proclamada de nuevo y el propio Cristo proclama por boca de sus fieles:

«He resucitado y aun estoy contigo, he puesto sobre mi tu mano tu sabiduria (Padre) ha sido maravillosa»

La Iglesia entera habla y alaba al Señor. La fe de la nueva noticia no puede esconderse, ha de universalizarse (Conversión de Cornelio) «y en cualquier nación, el que le teme y practica la justicia le es grato» (Hch 10,35). Con estas palabras se resume toda la misión de la Iglesia que, en el día de la Resurrección, no quiere dejar de proclamar bien alto el objeto esencial de la fe que salva: Dios resucitó a Jesús al tercer día y le concedió manifestarse a los testigos por él elegidos.

Éste es el día de los testigos, el día de los Apóstoles, porque para serlo hay que ser testigo de la Resurrección, por eso añade Pedro «y se mostró a nosotros que hemos comido y bebido con él» (Hch 10,41).

La misión de los apóstoles (y de toda la Iglesia) consiste en dar testimonio de esta resurrección y proclamarla como objeto de una fe que salva perdonando los pecados Este mensaje nos

afecta a todos en estos tres puntos esenciales que deben movernos a reflexionar: La Iglesia debe alcanzar la universalidad, debemos creer que Cristo resucitó, somos testigos y debemos atestiguar la resurrección de Cristo.

Mas no podemos contentarnos con la contemplación, hay que comprometerse, para un bautizado la resurrección de Cristo es un proceso personal cuya realidad y exigencias se manifiestan a diario. Pero el Apóstol nos exhorta a una actitud lógica y comprometida: «Ya que habéis resucitado con Cristo...». Sepultados con Cristo, hemos sido llamados a vivir con el una vida nueva, y no solamente en el más allá, sino el «ya» de hoy, pero con las miras puestas en la esperanza de lo que está «arriba», que es lo único que le puede dar una visión correcta. En efecto, sólo a la luz de la fe se ve la realidad de su renovación. Por eso necesita la prenda del Espíritu para vivir aquí, sin vivir, padecer gozando y contemplar sin visión.

La Pascua, nos viene a decir San Pablo, no es tanto una fiesta externa, sino una celebración interior, por la que el cristiano renovado abandona la corrupción y la maldad, se libra de la levadura vieja para sólo «comer el pan ácimo de la sinceridad y la verdad».

Con la Pascua, en este día, se abre a la Iglesia los ojos de la fe y las luces del Espíritu Santo para ver y comprender. Cuando Pedro y Juan corren al sepulcro y entran y ven, dice el evangelista: «Hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos». Creyeron porque «vieron», pero «dichosos los que sin ver... creyeron».

Un descubrimiento tuvo lugar «el primer día de la semana». Y éste será el fundamento de la celebración dominical. La semana cristiana comienza con el primer día, tras el Sabbath. En la madrugada de este primer día de la semana resucita Jesús. Para el cristiano, este día será el primero y también «el octavo día», un día fuera de la semana, el de la nueva creación y de la victoria sobre la muerte. No será para demostrar que la obra de Jesús tuvo éxito, sino, sobre todo, el día de la renovación de todas las cosas. La losa del sepulcro ha sido retirada. María Magdalena corre a comunicar la noticia a los discípulos. Juan tiene interés por especificar quiénes son los dos discípulos que salen corrien-

do a comprobar lo que decía María: son Pedro, el cabeza de la Iglesia, y también el discípulo «a quien quería Jesús». Este último, impaciente en su amor a Cristo, es el primero en llegar; sin embargo, deja pasar a Pedro, cuyo testimonio pesará más que el suyo ante toda la comunidad. Sin embargo, ve que el sepulcro está vacío. Hasta han vuelto a poner todo en orden, como comprueba Pedro. Éste lo ve y cree. Y nosotros nos sentimos transportados al episodio de Tomás: «¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que creen sin haber visto» (Jn 20,29).

Por eso, hasta el anochecer de este primer día no deja de cantar la Iglesia la resurrección de Cristo y seguirá cantándola hasta la venida del Espíritu Santo que Jesús enviará tras su ascensión, pues el Espíritu es el que realizará con plenitud la salvación en el mundo.

La resurrección, con todo, no debe hacernos olvidar el hecho de la muerte por la que «se pasa» a la gloria. El mundo «renacido» brota del mundo «quebrantado». Así es como se inscribe toda la ascesis cristiana, pero recordando siempre que, como Cristo, y de forma inseparable, abnegación y muerte son ya triunfo de Pascua.

La Pascua en los Padres

La fuerza y el contenido de la Pascua siempre fue el culmen de la catequesis de muchos Padres de la Iglesia. No se puede acceder a todos ellos. Habría que dedicarles muchas páginas. Pero es bueno acceder a algunos de los más representativos, cuyas voces resuenan aún en la Iglesia.

Uno de los autores más impresionantes por su lozanía poética y por su profunda y sencilla teología es MELITÓN DE SARDÉS. En él encontramos, entre los años 160-170, un plan que será el de la catequesis de los Padres: el recurso a la tipología para explicar el pasaje del Éxodo 12,3-28; según ese método, así como Israel es protegido por la sangre del Cordero, el nuevo pueblo de Dios será preservado por la sangre de Cristo inmolido. Cristo, ya se trate de su persona, de su naturaleza o de su obra, es presentado en el marco de la economía de la salvación, es decir, del plan de salvación de Dios.

El texto de la Escritura sobre el Éxodo ha sido leído y las palabras del misterio acaban de ser explicadas: cómo el cordero es inmolado y el pueblo se salva. ¡Entendedlo, queridos hermanos! El misterio pascual es nuevo y antiguo, eterno y temporal, corruptible e incorruptible, mortal e inmortal: antiguo según la Ley, pero nuevo según el Logos; temporal por la figura, eterno por la gracia; corruptible por la inmolación del cordero, incorruptible por la vida del Señor, mortal por la sepultura en la tierra, inmortal por la resurrección de entre los muertos. Antigua es la Ley pero nuevo el Logos; temporal la figura, eterna la gracia; corruptible el cordero, incorruptible el Señor; inmolado como cordero, resucitado como Dios. Pues como cordero fue llevado al sacrificio y, sin embargo, no era cordero; como oveja que no bala, y sin embargo no era oveja. En efecto, la figura ha pasado y la verdad ha sido realizada. Pues Dios ha venido a ocupar el lugar del cordero, y a ocupar el lugar de la oveja un hombre y, en el hombre, Cristo que lo contiene todo. Así, pues, la inmolación del cordero y el rito de la Pascua y la letra de la Ley han desembocado en Cristo Jesús.

Pero cuando define la Pascua basándose en una falsa etimología, Melitón expresa muy bien su significado y abre la puerta a una interpretación que seguirá siendo fundamental, pues se aparta totalmente del punto de partida erróneo. Escribe así: ¿Qué es la Pascua? El nombre ha sido tomado de «lo que sucedió»: de *paihein* (padecer) viene *paschein* (celebrar la Pascua, el paso).

Esta teología basada en una etimología falsa, pero a la vez tan afortunada, ha sido objeto de estudio. La Pascua es, pues, un paso al triunfo a través del sufrimiento. «Pascho», de *sufrir*, va unido a «Pascha», *paso*. Así hay que entender la Pascua del Señor, e igualmente la de la Iglesia y la nuestra.

SAN JUAN CRISÓSTOMO, en una de sus catequesis con motivo de la Pascua, recuerda la fuerza atesorada en la sangre de Cristo vertida por nosotros:

¿Deseas conocer cuál es la fuerza de esta sangre? Volvamos a lo que fue figura de ella... Iba Dios a castigar a Egipto con la déci-

ma plaga Quería exterminar a los primogenitos de los egipcios por retener estos ultimos a su pueblo primogenito ¿Que medida adoptar, que no alcanzara a los judios a la vez que a los egipcios? Fijate en la fuerza de la figura para conocer el poder de la realidad El castigo de Dios iba a ser fulminado desde el cielo, pasando el angel exterminador de casa en casa ¿Que hizo Moises? «Inmolad —dijo— *un cordero sin defecto y untad con su sangre las jambas y el dintel de vuestras puertas*» ¿Que dices, Moises? ¿Puede la sangre de un animal irracional salvar a unos hombres, seres dotados de razon? Si —responde Moises—, pero no por ser sangre, sino por ser figura de la sangre del Señor Como las estatuas de los emperadores, que ni siquiera tienen sensaciones, amparan a los hombres, que tienen alma y sienten, no por ser bronce sino por ser imagen del emperador, así tambien esta sangre carente de alma salva a los hombres porque prefiguraba la sangre del Señor

¿Quieres llegar todavia por otro camino a conocer el poder de esta sangre? Mira donde empezo a correr y cual es su manantial empieza a correr por la cruz abajo y mana del costado del Señor Muerto Jesus y estando aun en la cruz, refiere el Evangelio, se acerco a el un soldado, le abrio el costado con la lanza y brotaron de el sangre y agua Aquella agua era simbolo del bautismo y la sangre lo era de la eucaristia [] Y brotaron del costado agua y sangre Pues bien, de estos dos sacramentos salio la Iglesia, mediante el bautismo y la eucaristia Ahora bien, los signos del bautismo y de la eucaristia proceden del costado Así pues, de su propio costado formo Cristo a la Iglesia, como formo a Eva del costado de Adan [] ¿Habeis visto de que manera se unio Cristo a su esposa? ¿Habeis visto con que manjar nos sustenta a todos? Pues con ese mismo manjar fuimos formados y somos sustentados

Se advierte el metodo tan querido para los Padres, consistente en remontarse a los tipos, las figuras del Antiguo Testamento, para dar la catequesis sobre los sacramentos e insertarlos de esa manera en la Historia de la salvacion. Esta catequesis recalca la unión que existe entre los sacramentos de la iniciacion cristiana y la Pascua

SAN AMBROSIO, en su tratado sobre el Símbolo de la fe, presenta la resurreccion desde un punto de vista particular es señal de la divinidad de Cristo a la que nada ha quitado la encarnación:

«Al tercer dia resucito de entre los muertos» Tambien vosotros conoceis su resurreccion «Subio al cielo y esta sentado a la derecha del Padre» Ya veis, pues, como la carne no pudo quitar nada a la divinidad Mas aun, la encarnacion le proporciono a Cristo un gran triunfo Pues, ¿por que esta sentado a la derecha del Padre, despues

de haber resurgido de la muerte? Dio al Padre el fruto «que le gustaba», por decirlo así. Dos cosas sabéis: que resucitó de la muerte y que está sentado a la derecha del Padre. Por lo tanto, en nada pudo perjudicar la carne a la gloria de la divinidad. .

Este aspecto desusado de la resurrección y de la ascensión subrayado por San Ambrosio no debe ser considerado como una especie de apologética. Para él, se trata de recalcar la glorificación de Cristo, pero también la nuestra, no siendo de por sí la carne, después de la remisión de los pecados, impedimento alguno para la gloria de la transfiguración.

De SAN LEON puede decirse que es un clásico en lo concerniente a la exposición catequística de los grandes misterios, como la encarnación, la pasión y la resurrección. Con respecto a cada uno de estos misterios, a San León le gusta insistir en tres puntos: actualización del misterio que la Iglesia celebra en su liturgia, no como un pasado, sino como un presente; inserción del misterio celebrado, en el conjunto de la historia de la salvación; consideración del misterio no sólo en cuanto acontecimiento, sino como ejemplo. Cuando se trata de Cristo, sus gestos son actuales y tienden a la eficacia de lo actual, pero al mismo tiempo son un ejemplo para nosotros.

En uno de sus sermones sobre la Pasión, escribe San León ya desde las primeras palabras:

La gloriosa Pasión del amado Señor [...] es admirable sobre todo por su misterio de humildad; a todos nos redimió, a la vez que nos instruyó, y de ella, con la que se pagó nuestro rescate, obtenemos también nuestra justicia..

No hay duda de que el Hijo de Dios, habiendo asumido la naturaleza humana, se unió a ella tan íntimamente que no sólo en aquel hombre que es el primogénito de toda criatura, sino también en todos los santos no hay más que un mismo y único Cristo: y así como no se puede separar la cabeza de los miembros, tampoco se puede separar los miembros de la cabeza. El que Dios esté en todos, indudablemente no es propio de la presente vida, sino de la eterna; sin embargo, aun ahora habita inseparablemente en su templo, que es la Iglesia, como él mismo prometió con sus palabras: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo», a lo que hace eco el Apóstol en estos términos: «Él es también la cabeza del cuerpo: de la Iglesia. Él es el principio, el primogénito de entre los muertos, y así es el primero en todo. Porque en él quiso Dios residiera toda la plenitud. Y por él quiso reconciliar consigo todos los seres».

Así, desde el comienzo del sermón podemos observar cómo entiende San León lo que para nosotros es un misterio de Cristo: como un hecho, un hecho santificador, pero también como un ejemplo. Partiendo de la encarnación y de la unión entre Cristo y su Iglesia, saca para nosotros conclusiones concretas

Todo cuanto en otro tiempo se hacía con arreglo a la Ley —circuncisión de la carne, diversidad de las víctimas u observancia del sábado— daba efectivamente testimonio de Cristo, anunciaba la gracia de Cristo. Aunque sea el autor del antiguo orden como lo es del nuevo, sin embargo, el ha transfigurado los misterios encerrados en las promesas figurativas, pues dio cumplimiento a lo que estaba prometido, y puso fin a los anuncios al llegar el, que era el anunciado.

Después, en un pasaje que puede ser considerado como uno de los principales de la teología de la liturgia, San León presenta la salvación como actual en la celebración de la Iglesia, de tal manera que estamos en contacto con el propio misterio que se celebra:

Así pues, tanto lo que el Hijo de Dios hizo como lo que enseñó para la reconciliación del mundo no solo lo conocemos por el relato de sus acciones preteritas, sino también experimentamos su efecto en virtud de sus obras presentes [] En sus sufrimientos tienen parte no solo los esforzados y gloriosos mártires, sino también, en su misma regeneración, todos los fieles que renacen.

En los dos sermones de San León sobre la resurrección, se encuentran pasajes que pueden dar respuesta a algunas preguntas curiosas. Por ejemplo, el estado del cuerpo de Cristo resucitado.

Les mostraba también la llaga de su costado, los agujeros hechos por los clavos y todas las señales de su Pasión, reciente aun, todo ello para hacerles conocer que las propiedades de la naturaleza divina y las de la naturaleza humana permanecían en el bien separadas, y para que nosotros sepamos que el Verbo no es idéntico a la carne y confesamos que el Hijo de Dios es Verbo y carne al mismo tiempo.

Y en el sermón segundo es particularmente rico, reanudando el conocido método:

[] La cruz en la que Cristo se inmolo por la salvación de los hombres es señal sagrada y ejemplo al mismo tiempo: señal sagrada por la que el poder divino se realiza, y ejemplo que estimula la devo-

ción humana, pues a los que ella arrancó del yugo de la esclavitud, la redención les hace, además, el beneficio de que la puedan imitar...

Por este motivo, a esta fiesta que nosotros llamamos Pascua los hebreos la denominan *Fase*, es decir, paso, como lo atestigua el evangelista cuando dice: «Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre». Pero, ¿a cuál de sus dos naturalezas le estaba reservado este paso, si no a la nuestra, ya que el Padre estaba inseparablemente en el Hijo e igualmente el Hijo en el Padre? Sin embargo, al constituir el Verbo y su carne una sola persona, la naturaleza asumida por él no queda separada del que la asume, y el honor tributado al que va a ser elevado es incremento para quien le eleva, según la frase del Apóstol ya recordada: «Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el “nombre-sobre-todo-nombre”». La elevación del hombre asumido por el Verbo se enseña así: así como la humanidad permanece inseparablemente unida a él en sus padecimientos, así también es co-eterna con él en su gloria divina. El mismo Señor preparaba a sus leales un glorioso paso para hacerlos partícipes de este don inefable, cuando estando inminente su Pasión rogaba a su Padre no sólo por sus apóstoles y discípulos, sino también por toda la Iglesia, con estas palabras: «No sólo por ellos ruego, sino también por los que crean en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también lo sean en nosotros» (Jn 17,20-21). Y «También esperamos como Salvador al Señor Jesucristo, que transfigurará nuestro cuerpo de miseria para confirmarlo en su cuerpo de gloria».

Esta teología sencilla del misterio pascual subraya nuestra participación concreta y estrecha en este misterio que vivimos ya desde ahora. Es privilegio de los Padres el haber podido expresar de manera viva una teología que nunca pudo nadie sobrepasar sin complicarla y convertir en abstracto y conceptual lo que fue realizado para ser vivido de manera concreta.

Los domingos de Pascua

Son muchos los temas pascales que florecen durante la cincuentena Pascual; y la Iglesia, la liturgia nos los va presentando.

do durante todo este período. Apuntamos en apretada síntesis algunos de ellos:

«DICHOSOS LOS QUE SIN VER HAN CREÍDO». Tenemos la dicha de una fe viva, de una fe participada, de una fe testimonial, de una fe sostenida por la gracia «y por la Iglesia».

Cristo se aparece a la comunidad apostólica. La primitiva comunidad, heredera del primer núcleo apostólico es también centro de reflexión pascual. La comunidad es punto de la fe y del Espíritu Santo de Jesús, resucitado y glorificado. Los signos de toda auténtica comunidad cristiana son: fidelidad en escuchar las enseñanzas de los Apóstoles, la vida de unión fraterna, la fracción del pan, la participación en la oración. En una palabra, tendrán un solo corazón y una sola alma. De ahí su fuerza expansiva.

Cristo Resucitado fuente de toda esperanza, de toda regeneración basada en la fe probada. Así es como el cristiano, sin perder la alegría incluso en la prueba, accederá a la salvación en aquel que, haciéndole nacer de nuevo, ha vencido al mundo, porque Cristo muerto, vive para siempre.

En la primera eucaristía pospascual. Los discípulos de Emaús «lo reconocieron al partir el pan». En lo sucesivo para la Iglesia la resurrección y la fe en Jesús se reconocen en esto, en la fracción del pan, distintivo del cristiano en su fe en el misterio pascual, celebrado en la alegría de la celebración eucarística, inseparable de la Pascua.

Cristo, Cordero Pascual por el que todos fuimos rescatados. Pedro cristianiza los cánticos del Siervo de Yahvé. El rescate procede tanto de la gracia siempre derramada, como de la gloria (resurrección) adquirida.

Cristo primogénito de todos los muertos, resucitó al tercer día, «según las Escrituras». Cristo resucitado nos abre el espíritu a la inteligencia de lo que escribieron los profetas. Somos seguidores de los primeros testigos a los que la luz del Espíritu iluminó y fueron engendrados «por la fe». Nuestra fe en Cristo Jesús resucitado se apoya en la fe y en el testimonio apostólico. Pedro pescador y pastor de la Iglesia.

CRISTO BUEN PASTOR. Es la puerta de las ovejas, la única puerta, el que por él no pasa es un ladrón y un salteador. Cristo

nos cura y nos devuelve al redil, pues fuera de él no hay salvación. Él da la vida por sus ovejas, pues son suyas, las ama, las conoce (amor interpersonal).

Salvación universal, que debe ser llevada hasta el confín de la tierra para que todos los hombres puedan llegar a ser «hijos de Dios», coherederos con Cristo.

CRISTO, CAMINO, VERDAD Y VIDA La salvación llega tan sólo a los que creen en él y le siguen. Nadie va al Padre sino por Cristo. Nadie va a Cristo sino por la Iglesia heredera y signo de su gracia. Ser cristiano es ser raza elegida, *sacerdocio real*.

Sobre la base de este texto de Pedro se ha construido a veces una teología un tanto subjetiva, que ha podido contradecir a una teología de los ministerios, ya no tan sencilla de establecer. Se ha podido exagerar o, por el contrario, restringir el pensamiento de quien habla del «sacerdocio de los fieles». En este sacerdocio de los fieles se ha visto, por un lado, una simple analogía: el bautismo y la confirmación conferirían un sacerdocio analógico. O, por el contrario, en este texto se ha querido encontrar una especie de proclamación sacerdotal, la carta del sacerdocio de todos los fieles, siendo verdaderamente sacerdote todo bautizado, y por tanto la negación de toda jerarquía en el orden sacerdotal. En el momento del Concilio de Trento, uno de los caballos de batalla de la Reforma fue éste: todos sacerdotes. La interpretación de esta frase de la carta de Pedro la ha dado con bastante claridad, parece, la constitución dogmática *Lumen gentium*.

«Cristo, Señor, Pontífice tomado de entre los hombres (Heb 5,1-5), a su nuevo pueblo “*lo hizo reyno y sacerdotes para Dios, su Padre*” (cf Ap 1,6, 5,9-10) Los bautizados son consagrados como casa espiritual y sacerdocio santo por la regeneración y por la unción del Espíritu Santo, para que por medio de todas las obras del hombre cristiano ofrezcan sacrificios y anuncien las maravillas de quien los llamo de las tinieblas a la luz admirable (cf 1 Pe 2,4-10)»

Y añade:

«El sacerdocio comun de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico se ordenan el uno para el otro, aunque cada cual participa de forma peculiar del único sacerdocio de Cristo »

Así pues, en realidad no hay más que un solo sacerdocio, el de Cristo, participado de dos maneras esencialmente distintas: el sacerdocio de los bautizados y el de los ministros ordenados.

El plan de salvación de Dios consiste en crear de nuevo al mundo en la unidad consigo mismo y con su Dios para glorificarle. Para realizar esto es preciso que el sacrificio de Cristo, ese sacrificio espiritual significado por su muerte y por su sangre, se actualice para nosotros. El sacerdocio ministerial es el que podrá rendir este servicio al mundo de los bautizados y de los confirmados, al recibir del Espíritu la facultad de actualizar el sacrificio del Calvario. Lo ofrecerá con Cristo, jefe de la Iglesia, con quien comparte el sacerdocio como sacerdocio de la Cabeza de la Iglesia. Los bautizados y confirmados ofrecen este sacrificio, convertido en presente, con su sacerdocio de miembros de la Iglesia, asumiendo Cristo todas las buenas voluntades, toda búsqueda de mejorar la vida y todos los sufrimientos de cada uno de nosotros, al ofrecer al Padre el sacrificio espiritual de alabanza cuyo signo es el sacrificio de la Cruz, actualizado aquí de forma incruenta.

PERMANECER EN CRISTO, ÚNICO CAMINO PARA DAR FRUTO (vid, viña, campo cultivado...). La Iglesia se construye progresivamente por el amor hasta llegar a ser la Ciudad nueva, bajo el mandato y guía de los apóstoles y sus sucesores.

En el último tercio de la Pascua aparece ya claramente, junto con otros temas, la misión y la visión del Espíritu. Unido a la observancia de los mandamientos y sobre todo al del amor aparece el tema del envío del Espíritu Santo. Y se tiene la impresión de que el don del Espíritu está condicionado por la observancia de los mandamientos.

El Espíritu es el «defensor», el Espíritu de la verdad que tomará las veces de Cristo para continuar enseñando, fortaleciendo, guiando... El Espíritu viene a la Iglesia y a cada uno de sus fieles y se nos comunica por el bautismo y demás sacramentos de iniciación.

Abundan, además, los temas: El Espíritu es dado sin acepción de personas; universalidad del amor de Dios. El Espíritu lo enseñará todo. Constitución de la jerarquía mediante la que nos guía el Espíritu.

Finalmente, Cristo asciende y se sienta a la derecha del Padre, como Señor y como intercesor. Nuestro único sacerdote y pontífice que tiene todo poder en el cielo y en la tierra. Señor

del cosmos y de la nueva creación. Con Cristo ya hemos ascendido al cielo, nuestra carne ha sido glorificada en el Primogénito. Los sacramentos son signos eficientes del Cristo celestial.

El final de la cincuentena se llena y se completa con la gloria del Espíritu que viene.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

- ELFUSA, *El rostro de Cristo: en sus fiestas y en la memoria de los santos*. II: *Cuaresma, Pascua, solemnidades, fiestas movibles, tiempo ordinario* (Bilbao 2000).
- MAERTENS, T. - FRISQUE, J., *Nueva guía de la asamblea cristiana*. IV: *Tiempo pascual, Trinidad, Corpus Christi, Sagrado Corazón* (Madrid 1970).
- NOCENT, A., *Asambleas del Señor (42) Tiempo pascual. La cincuentena Pascual*, 9-25 (Madrid 1967).
- NOCENT, A., *Celebrar a Jesucristo: El año litúrgico*. IV: *Semana Santa y tiempo pascual* (Santander 1986).
- ZEVINI, G. - GIORDANO, P., *Lectio Divina: para cada día del año*. IV: *Tiempo de Pascua* (Villatuerta, Navarra 2001).

APÉNDICE

VIERNES DE DOLORES EN SEVILLA

La Virgen de los Dolores, Nuestra Señora en sus misterios dolorosos, es una de las más antiguas devociones marianas de España. En todos los pueblos y casi en todos los templos existe la sagrada imagen de la Virgen enlutada y llorosa, exhibiendo en su corazón atravesado de puñales los títulos de corredentora del linaje humano.

Hay, con todo, una ciudad española en la que el sentimiento de los dolores de María ha llegado a tan alto grado, que ha refundido o unificado todas las advocaciones y todas las variantes de la devoción a la Santísima Virgen en la devoción de la *Mater dolorosa*. Nos referimos a Sevilla. Aparte de las dos devociones generales, la devoción concepcionista, de tan antigua tradición sevillana, y la devoción a la Virgen de los Reyes, hoy canónicamente declarada patrona de Sevilla, cada barrio, parroquia, cofradía, capilla u oratorio profesa especial culto a la Virgen de los Dolores, bajo los más diversos títulos.

Primeramente, Sevilla ha agotado para sus imágenes dolorosas todas las advocaciones ordinarias relativas a la sagrada Pasión, y aun ha creado alguna que no hay en ninguna otra parte. Existen, pues, varias imágenes de la Virgen de los Dolores, y, además, del Mayor Dolor y Traspaso y del Mayor Dolor en su Soledad; existe la Virgen de la Piedad, de las Angustias, de la Angustia y de la Quinta Angustia; la Virgen de las Lágrimas, de las Penas, de la Luz en el Sagrado Misterio de sus Tres Necesidades (escalas, mortaja y sepulcro), de la Amargura, de las Tristezas, del Rosario en sus misterios dolorosos y de la Soledad.

En segundo lugar, y esto es lo que más llama la atención, en Sevilla se venera en efigie y hábito de Dolorosa a la Santísima

Virgen en casi todos los misterios de su vida. Hay María Santísima de la Concepción, del Dulce Nombre, de la Presentación, de la Encarnación, de la Esperanza, de Gracia y Esperanza, de la O y de la Candelaria.

Sigue después la prolongada fila de advocaciones que se llaman en Sevilla «Vírgenes de Gloria», porque se celebra su festividad en tiempo pascual y se las representa con el Niño Jesús en brazos; pero en la semana mayor de Pasión reciben culto en forma de Dolorosa, y son la Santísima Virgen de la Salud, del Socorro, del Patrocinio, del Refugio, de los Ángeles, de las Aguas, de Guía, de la Estrella, de la Iniesta, del Buen Fin, de la Paz y de Loreto.

Por último, Sevilla ha convertido en Dolorosas las advocaciones de las Patronas más renombradas de las regiones españolas: la Virgen de la Merced (Barcelona), la de Montserrat (Cataluña), la de los Desamparados (Valencia), la de la Regla (León), la de los Remedios (Mondoñedo), la de la Victoria (Málaga), la de Villaviciosa (Córdoba), la del Subterráneo (Santa María de Nieva), y asimismo las advocaciones de las Patronas más sonadas de la misma región sevillana: Nuestra Señora del Valle (Écija), de la Palma (Algeciras), de la Caridad (Sanlúcar de Barrameda).

Todas estas advocaciones, a veces repetidas y aun triplicadas, forman una galería escultórica tan rica como difícilmente se hallará otra en el mundo. Cada santa imagen es el núcleo de un movimiento social que polariza a su alrededor a numerosas familias de la parroquia o del barrio, integradas en Cofradías que rinden constantes cultos a su Virgen y desenvuelven su vida entera en torno a ella. Ante su Virgen se bautizan, reciben la primera comunión, se casan, juran sus hijos las «Reglas» de la Cofradía, hacen su comunión pascual y se entierran amortajados con la túnica de nazarenos que año tras año han vestido por Semana Santa en procesión de penitencia. ¡Qué fenómeno religioso-social tan vivo, tan auténtico y tan fecundo el de las Cofradías sevillanas! ¡Qué mal comprendido y deformado por la «leyenda negra», que se ceba en todo lo bello de España, empezando por ella misma!

Las imágenes antedichas, que en Sevilla llaman «de Pasión» por contraste a las llamadas «de Gloria», son todas imágenes de

vestir, y en este aspecto no hay palabras para encarecer el lujo que en sayas, mantos y tocas derrochan las Cofradías, sin pujas ni emulación entre ellas, cada una atendida a sus recursos propios, sabiendo perfectamente que una «Cofradía de barrio» no puede competir con otra situada en lo mejor de la ciudad, y gozándose la Cofradía que es pobre en la suntuosidad de las que son ricas. Hay, sí, la emulación de mejorar cada año y enriquecer el patrimonio de la Hermandad, que, además de sus imágenes, consiste en estandartes, banderas, ciriales, incensarios, varas, bocinas, canastillas y cruz de guía. Como signo de devoción mariana hay que hacer notar que, además del estandarte representativo de la Cofradía, luce cada una varias insignias, en forma de bandera o lábaro, que significa la devoción jurada de la Hermandad al misterio de la Inmaculada Concepción, al de la Asunción en cuerpo y alma a los cielos, y ya son muchas las que ostentan «el Mediatrix», la bandera significativa de que la Hermandad ha jurado defender el dogma de María medianera de todas las gracias.

Los cultos solemnísimos que a través de toda la Cuaresma celebran las Cofradías en honor de sus santas imágenes son indescriptibles por el derroche de cera, el esplendor de la música, el desfile de los oradores sagrados más famosos de España y el concurso de cofrades, que el último día, al ofertorio de la misa, juran uno por uno la Santa Regla de la Hermandad y sellan su juramento recibiendo la sagrada comunión.

Un acto emocionante por su intimidad y sencillez es el traslado de las santas imágenes desde su capilla propia a las andas procesionales. Fijémonos en el traslado de la Virgen del Valle, una de las Dolorosas más bellas que ha producido el arte de la imaginería española. Viernes de Dolores. Doce de la noche. Cofrades y devotos han ido entrando a la deshilada en el templo del Santo Ángel, por una puerta particular, pues los «traslados» son a puerta cerrada. El templo está matizado de gente. Al dar el reloj la primera campanada, la muchedumbre se arrodilla, y, en un silencio escalofriante, aquella imagen de la Virgen, que está en su trono de plata, alta, alta, donde ha sido honrada con un solemnísimo septenario, siente un ligero estremecimiento y comienza a descender lentamente, por acción de un torno invi-

sible, como una estrella que se desprende del cielo. Cuando descansa sobre los hombros de sus cofrades, entre luces e incienso, es conducida procesionalmente a su capilla. Actos como éste, con diferencia de horas o detalles, son comunes a muchas Cofradías.

Por último, dos palabras sobre la apoteosis de María Dolorosa, el «Paso de Virgen». Se llama así en Sevilla a las andas en cuyo centro se coloca la sagrada imagen, cubierta con un palio que sostienen doce varales de plata. El «Paso de Virgen» es una concepción artística en que se funden armoniosamente el oro, la plata, la seda, la luz, las flores, las piedras preciosas, el arte escultórico, la orfebrería, el bordado..., y todo se aúna y confluye en gloria y honor de la Santísima Virgen agobiada por sus dolores. Un «Paso de Virgen» es algo incomprensible, algo inexplicable, si no se le ve realmente en la noche primaveral de Sevilla. Es el triunfo de la devoción a la Madre de Dios de los Dolores.

MIGUEL HERRERO GARCIA

27 de abril

NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT

La montaña de Montserrat, en Cataluña, famosa entre las montañas por su rara configuración, ha sido desde tiempos remotos uno de los lugares escogidos por la Santísima Virgen para manifestar su maternal presencia entre los hombres. Bajo la advocación plurisecular de Santa María de Montserrat, la Madre de Dios y Madre de la Iglesia ha dispensado sus bendiciones sobre los devotos de todo el mundo que a Ella han acudido a través de los siglos. Pero su maternidad se ha dejado sentir más particularmente, desde los pequeños orígenes de la devoción y en todas las épocas de su desarrollo, sobre las tierras presididas por la montaña que levanta su extraordinaria mole en el mismo corazón geográfico de Cataluña. Con razón, pues, la Iglesia, por boca de León XIII, ratificando una realidad afirmada por la historia de numerosas generaciones, proclamó a Nuestra Señora de Montserrat como Patrona de las diócesis catalanas, señalando asimismo una especial solemnidad litúrgica para honrar a la Santísima Virgen y darle gracias por todos sus beneficios bajo esta su peculiar advocación.

Aunque la devoción a la Virgen Santísima en Montserrat sea, con toda verosimilitud, bastante más antigua, consta, por lo menos, históricamente que en el siglo IX existía en la montaña una ermita dedicada a Santa María. El padre de la patria Wifredo el Velloso la cede, junto con otras tres ermitas de Montserrat, al monasterio de Santa María de Ripoll. Será un gran prelado de este monasterio, figura señera de la Iglesia de su tiempo, el abad Oliva, quien siglo y medio después, estableciendo una pequeña comunidad monástica junto a la ermita de Santa María, dará a la devoción el impulso que la habrá de llevar a la gran expansión futura.

El culto a Santa María en Montserrat queda concretado bien pronto en una imagen. La misma que veneramos hoy. La leyen-

da dice que San Lucas la labró con los instrumentos del taller de San José, teniendo como modelo a la misma Madre de Jesús, y que San Pedro la trasladó a Barcelona. Escondida por los cristianos, ante la invasión de los moros, en una cueva de la montaña de Montserrat, fue milagrosamente hallada en los primeros tiempos de la Reconquista y también maravillosamente dio origen a la iglesia y monasterio que se erigieron para cobijarla. En realidad, Santa María de Montserrat es una hermosa talla románica del siglo XII. Dorada y policromada, se presenta sentada sobre un pequeño trono en actitud hierática de realeza, teniendo al Niño sobre sus rodillas, protegido por su mano izquierda, mientras en la derecha sostiene una esfera. El Niño levanta la diestra en acto de bendecir y en su izquierda sostiene una piña. Rostro y manos de las dos figuras ofrecen la particularidad de su color negro, debido en buena parte, según opinión de los historiadores, al humo de las velas y lámparas ofrecidas por los devotos en el transcurso de varios siglos. Así es como la Virgen de Montserrat se cuenta entre las más señaladas Vírgenes negras y recibe de los devotos el apelativo cariñoso de Moreneta.

Presidida por esta imagen, la devoción a Santa María de Montserrat se extendió rápidamente por las tierras de Cataluña y, llevada por la fama de los milagros que se obraban en la montaña, alcanzó bien pronto a otros puntos de la Península y se divulgó por el centro de Europa. Las conquistas de la corona catalano-aragonesa la difunden hacia Oriente, estableciéndola sobre todo firmemente en Italia, en donde pasan de ciento cincuenta las iglesias y capillas que se dedicaron a la Virgen negra. Más tarde el descubrimiento de América y el apogeo del imperio hispánico la extienden y consolidan en el mundo entonces conocido. No solo se dedican a Nuestra Señora de Montserrat las primeras iglesias del Nuevo Mundo, no sólo se multiplican allí los templos, altares, monasterios e incluso poblaciones a Ella dedicados, sino que la advocación mariana de la montaña sigue también los grandes caminos de Europa y llega, por ejemplo, hasta presidir la capilla palatina de la corte vienesa del emperador. Si para España, en los momentos de su plenitud histórica, la Virgen morena de Montserrat es la Virgen imperial que

preside sus empresas y centra sus fervores marianos, la misma advocación de Santa María de Montserrat se presenta en la historia de la piedad mariana como la primera advocación de origen geográfico que alcanza, con las proporciones de la época, un renombre universal.

Es interminable la sucesión de personalidades señaladas por la devoción a Santa María de Montserrat. Los santos la visitan en su santuario: San Juan de Mata, San Pedro Nolasco, San Raimundo de Peñafort, San Vicente Ferrer, San Luis Gonzaga, San Francisco de Borja, San José de Calasanz, San Benito Labre, el Beato Diego de Cádiz, San Antonio María Claret, y sobre todo San Ignacio de Loyola, convertido en capitán del espíritu a los pies de la Virgen negra. Los monarcas y los poderosos suben también a honrarla en su montaña: después del paso de todos los reyes de la corona catalano-aragonesa, con sus dignatarios y con sus casas nobles, el emperador Carlos V visita Montserrat no menos de nueve veces y Felipe II, igualmente devoto de Santa María, se complace en la conversación con sus monjes y sus ermitaños. Es conocida la muerte de ambos monarcas sosteniendo en su mano vacilante la vela bendecida de Nuestra Señora de Montserrat. Los papas se sienten atraídos por la fama de los milagros y el fervor de las multitudes y colman de privilegios al santuario y a su Cofradía. Esa agrupación devota, instituida ya en el siglo XIII para prolongar con sus vínculos espirituales la permanencia de los fieles en Montserrat, constituye uno de los principales medios para la difusión del culto a la Virgen negra de la montaña, hasta llegar a la recobrada pujanza de nuestros días. Las más diversas poblaciones tienen actualmente sus iglesias, capillas o altares dedicados a Nuestra Señora de Montserrat, desde Roma a Manila o Tokio, por ejemplo, pasando al azar por París, Lourdes, Buenos Aires, Jerusalén, Bombay, Nueva York, Florencia, Tánger, Praga, Montevideo o Viena. Los poetas y literatos de todos los tiempos forman también en la sucesión de devotos de Santa María de Montserrat: Alfonso el Sabio la dedica varias cantigas, el canciller de Ayala, Cervantes, Lope de Vega, Goethe, Schiller, Mistral, con los escritores catalanes en su totalidad, cantan las glorias de la Moreneta, de su santuario, de su montaña. Familias distinguidas y humildes

devotos se honran en ofrecer sus donativos a la Virgen, para sostener la tradicional magnificencia de su culto, atendido desde los orígenes por los monjes benedictinos, y para cooperar al crecimiento y esplendor de la devoción. Es ésta una bella constante de la historia de Montserrat, desde las antiguas donaciones consignadas en los documentos más primitivos, pasando por el trono de catorce arrobas de plata ofrendado por la familia de los Cardona y el retablo policromado del altar mayor que costeó la munificencia de Felipe II, hasta el trono y la campana mayor de nuestros días, sufragados por fervorosa suscripción popular. También las familias devotas de todas las épocas han tenido un verdadero honor en que sus hijos consagraran los años de la niñez al servicio de Santa María, encuadrados en la famosa Escolanía o agrupación de niños cantores consagrados al culto, importante asimismo por la escuela tradicional de canto y composición que forman sus maestros, existente ya con seguridad en el siglo XIII y probablemente tan antigua como el santuario. Con sus actuaciones musicales, siempre tan admiradas, en la liturgia de Montserrat esos niños constituyen una de las notas más típicas e inseparables de la devoción a la Virgen negra, a cuya imagen aparecen íntimamente unidos en la realidad de su propia vida como en el sencillo simbolismo de las antiguas estampas y las modernas pinturas de Nuestra Señora de Montserrat.

A lo largo de más de mil años de historia, en el despliegue de un conjunto tan singular como el que forma la montaña con la ermita inicial, con el santuario y con el monasterio, la Santísima Virgen, en su advocación de Montserrat, ha recibido el culto de las generaciones y ha dispensado sus gracias, sensibles o tal vez ocultas, a quienes la han invocado con fervor. Hoy como nunca suben numerosas multitudes a Montserrat. Peregrinos en su mayoría, pero también no pocos movidos por respetuosa curiosidad. El lugar exige un viaje ex profeso, pero las estadísticas hablan de cifras que cada vez se acercan más al millón anual y que en un solo día pueden redondear fácilmente los diez o doce mil, con un porcentaje siempre acentuado de visitantes extranjeros. En Montserrat encuentran una montaña sorprendente, maravillosa por su configuración peculiar. Encuentran un

santuario que les ofrece ciertos tesoros artísticos y humildes valores de espiritualidad humana y sobrenatural. Encuentran la magnificencia del culto litúrgico de la Iglesia, servido por una comunidad de más de ciento cincuenta monjes que consagran su vida a la búsqueda de Dios, a la asistencia de los mismos fieles, a la labor científica y cultural, a los trabajos artísticos. Hijos de San Benito, esos monjes oran, trabajan y se santifican santificando, esforzándose por corresponder a las justas exigencias del pueblo fiel, que confía en su intercesión y busca en ellos una orientación para la vida espiritual y también humana. Por su unión íntima con el monasterio, en fin, el santuario aparece caracterizado como el santuario del culto solemne, del canto de los monjes y especialmente de los niños, pero sobre todo como el santuario de la participación viva de los fieles en la liturgia, o, resumiendo la idea con frase expresiva, como el santuario del misal.

Todo esto encuentra el peregrino en Montserrat. Pero por encima de todas esas manifestaciones, y en el fondo de todas ellas, encuentra a la Santísima Virgen, la cual, como en tantos otros lugares de la tierra, aunque siempre con un matiz particular y distinto, ha querido hacerse presente en Montserrat.

En 1881 fue coronada canónicamente la imagen de Nuestra Señora de Montserrat. Era la primera en España que recibía esta distinción. El mismo León XIII la señalaba como Patrona de las diócesis catalanas y concedía a su culto una especial solemnidad con misa y oficio propios. Hasta entonces la fiesta principal del santuario había sido la de la Natividad de Nuestra Señora, el 8 de septiembre. En realidad, esta solemne fiesta no debía perder su tradicional significación. Todavía hoy conserva su carácter como de fiesta mayor, popular, del santuario. Pero una nueva festividad, con característica de patronal, venía a honrar expresamente a la Santísima Virgen en su advocación de Montserrat. Es la fiesta que no puede dejar de celebrar hoy todo buen devoto de la Virgen negra. Situada al principio como fiesta variable en el mes de abril, después de una breve fluctuación quedó fijada para el día 27. El misterio que la preside es el de la Visitación. En verdad, la Santísima Virgen visita en la montaña a los que acuden a venerarla y, como pide la oración

de la solemnidad, les dispone para llegar a la Montaña que es Jesucristo.

AURELIO M.^a ESCARRÉ, OSB

Bibliografia

ALBAREDA, A., *Historia de Montserrat* (Montserrat 1931).

BURGOS, P. DE, *Libro de la historia y milagros de Nuestra Señora de Montserrat* (Barcelona 1514).

FARINELLI, A., *Poesía del Montserrat y otros ensayos* (Barcelona 1940).

FRANQUESA, A. M., *75 anys de patronatge de la Mare de Déu de Montserrat* (Montserrat 1958).

MUNTADAS, M., *Montserrat, su pasado, su presente y su porvenir* (Manresa 1867).

Qué es Montserrat (Montserrat 1958).

Jueves de la II Semana de Pascua

LA SANTA FAZ

(Diócesis de Orihuela-Alicante)

En la ciudad de Alicante se celebra el Jueves II de Pascua la memoria litúrgica de la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo, memoria que adquiere rango de solemnidad el día 17 de marzo, por ser titular del Monasterio de Clarisas del caserío de la Santa Faz, que está en término municipal de Alicante y en el distrito parroquial del pueblo de San Juan y arciprestazgo de Mutxamel, donde el lienzo de la Santa Faz se conserva y venera. Se prepara proponer una reforma de esta celebración de forma que en el arciprestazgo de Mutxamel y en la ciudad de Alicante tenga rango de fiesta y en el resto de la diócesis sea memoria libre.

La Santa Faz es objeto de una gran devoción en todo el contorno de forma que en la romería del Jueves II de Pascua, desde la Concatedral de San Nicolás, de Alicante, hasta el monasterio de la Santa Faz (a unos 5 km. de distancia) se calcula una asistencia de unas doscientas mil personas o más, concluyendo la romería con una eucaristía solemne concelebrada por el Prelado de la diócesis y los miembros del Cabildo de la Concatedral y otros sacerdotes. Todos los viernes se llena la iglesia del monasterio en la hora santa de la mañana y en la de la tarde, acudiendo muchos fieles a lo largo de todo el año, sobre todo en Cuaresma.

El santo lienzo de la Santa Faz del Señor llega al pueblo de San Juan cuando lo trae desde Roma el sacerdote Dr. Pedro Mena, al que se lo confía para su custodia y culto un cardenal de Roma, al que él había conocido cuando de vuelta de Toledo pasa por Alicante y le fue encargado por el Vicario de la Ciudad que lo atendiese en su estancia en la misma. El cardenal quedó prendado de las buenas cualidades del sacerdote y lo

llevó consigo a Roma, donde vivió un tiempo en la casa del cardenal. Cuando al Dr. Pedro de Mena lo nombran cura de San Juan y decide regresar, el cardenal le confía el lienzo con la Santa Faz, encerrado en precioso cofrecillo de cedro. El itinerario que se da a este santo lienzo es de Palestina a Constantinopla, de ahí a Roma, de Roma a Venecia, y de Venecia nuevamente a Roma, de donde el Dr. Pedro Mena lo trae a San Juan.

Llegada la Santa Faz a San Juan, se conserva y se le da culto en esta parroquia hasta que el 17 de marzo de 1498 hubo una rogativa con ella con motivo de una gran sequía. En la rogativa se llevaba la Santa Faz y se cantaban los salmos penitenciales. Pero en un determinado momento el religioso que la lleva no puede continuar, y entonces se observa que del ojo derecho de la Santa Faz salía una gran lágrima que quedó parada a mitad de la mejilla. Todos los presentes quedaron admirados y a voces pedían misericordia a la divina Faz. Esto llevó a organizar una nueva procesión el día 25 de marzo del mismo año con la Santa Faz, en el curso de la cual tuvo lugar un doble prodigio: como no cabían todos los fieles en la iglesia del convento de Nuestra Señora de los Ángeles a donde se dirigió la procesión, el predicador hubo de hablar a los fieles en el descampado, exhortando a todos a la compunción y la penitencia, y entonces apareció una nube y el predicador se elevó del suelo como dos metros, al tiempo que en la nube refulgente aparecen dos lienzos brillantes con la Santa Faz iguales al que el religioso mostraba en sus manos. Desaparecida la visión y vuelto el religioso al suelo, empezó a llover. Se decidió edificar un santuario en el lugar del milagro de la lágrima, y quedó encomendado a los monjes jerónimos, pero éstos se marcharon pronto y entonces se les encomendó a las monjas clarisas. A instancias del cardenal de Ragonibus, el papa Clemente VII aprueba los milagros, y el 30 de enero de 1525 concede a las religiosas que puedan celebrar la fiesta del Rostro de Nuestro Salvador, con rito doble mayor, el día 17 de marzo. La misa y el oficio concedidos fueron los del Santísimo Redentor, de Venecia. Como la asistencia de fieles en dicho día tomaba carácter festivo, se sacó de la Cuaresma y se llevó al Jueves II de Pascua.

Ésta es la antigua y venerable tradición que da origen a la popular veneración a la Santa Faz de Alicante, diócesis de Orihuela-Alicante.

Todos los datos nos han sido proporcionados por D. José Antonio Berenguer Cerdá, delegado de Liturgia, de la diócesis de Orihuela-Alicante.

JOSE LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

SALA SEVA, F , *La verdad sobre la Santa Faz* (Alicante 1985)

CALENDARIO ESPAÑOL

MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS

- Día 5 En Valencia, San Vicente Ferrer.
- Día 13 En Sevilla, San Hermenegildo, mártir.
- Día 14 En Tuy-Vigo y Palencia, San Telmo.
- Día 16 En Palencia, Santo Toribio, obispo.
En Santiago de Compostela, San Fructuoso de Braga.
En Astorga, Santo Toribio de Astorga.
- Día 18 En Cartagena, Albacete y Valencia, Beato Andrés Hibernón.
- Día 20 En Coria-Cáceres, Dedicación de la Iglesia Catedral.
- Día 23 En Cataluña, Aragón y Coria-Cáceres, San Jorge.
- Día 24 En Granada, San Gregorio de Elvira.
En Tarragona, San Pedro Armengol.
En Pamplona, Tudela y Getafe, San Benito Menni.
- Día 26 En León y Sevilla, San Isidoro, obispo y doctor de la Iglesia; se celebra en toda España.
- Día 27 En Cataluña, Nuestra Señora de Montserrat.
En Jaén, Nuestra Señora de la Cabeza.
En Plasencia, Nuestra Señora del Puerto.
En Barbastro-Monzón, beatos Domingo y Gregorio.
En Valladolid, Santo Toribio de Mogrovejo.
En Tenerife, San Pedro José de Betancur.
- Día 28 En Segorbe-Castellón, San Cirinio.
En Tarazona, Calahorra y La Calzada-Logroño, Osma-, Soria, Bilbao y San Sebastián, San Prudencio.
En Barbastro-Monzón, Nuestra Señora del Pueyo.
- Día 29 En Canarias, San Pedro de Verona.
- Día 30 En Burgos, San Indalecio.
En Córdoba, santos Amador, Pedro y Luis.
En Ciudad Real, San Raimundo de Fitero.
- II semana de Pascua, jueves: En Orihuela-Alicante, la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo.

INDICE ONOMÁSTICO

1. Santos y beatos

- Adalberto, San († 997), día 23, 476-480.
- Agapito I (papa), San († 536), día 22, 464-470.
- Albertino de Fonte Avellana, Bto. († 1294), día 13, 288.
- Alejandro Rawlins, Bto. († 1595), día 7, 158-159.
- Alferio, San († 1050), día 12, 256.
- Amador (de Córdoba), San († 855), día 30, 684-685.
- Ana Maugrain, Bta. († 1794), día 16, 346-347.
- Anastasio de Antioquía, San († 609), día 20, 439.
- Anastasio el Sinaíta, San († 700), día 21, 455.
- Anastasio Pankiewicz, Bto. († 1942), día 20, 432-438.
- Andrés de Montereale, Bto. († 1479), día 18, 401.
- Andrés Hibernón, Bto. († 1602), día 18, 387-391.
- Ángel Carletti de Chiavasso, Bto. († 1495), día 11, 228.
- Aniceto (papa), San († 166), día 20, 417-421.
- Anselmo, San († 1109), día 21, 442-450.
- Antimo, San († 303), día 24, 542.
- Antonio Kim Song-U, San († 1841), día 29, 656.
- Antonio Neyrot, Bto. († 1460), día 10, 212.
- Antonio Page, Bto. († 1593), día 20, 440-441.
- Antonio Pavoni, Bto. († 1374), día 9, 196.
- Antusa, Sta. (fines s. VIII), día 18, 400.
- Apiano, San († 306), día 2, 45.
- Apodemio (mártir de Zaragoza), San (s. IV), día 16, 325-329.
- Apolonio, San († 185), día 21, 455.
- Aristión (de Cartago), San († 250), día 19, 414-415.
- Bartolomé Cerveri, Bto. († 1466), día 21, 456.
- Basio (de Cartago), San († 250), día 19, 414-415.
- Benito de Aviñón, San († 1164), día 14, 305.
- Benito de Urbino, Bto. († 1625), día 30, 685.
- Benito el Negro o el Moro, San († 1589), día 4, 90-91.
- Benito José Labre, San († 1783), día 16, 339-345.
- Benito Menni, San († 1914), día 24, 515-525.
- Bernardo de Tirón, San († 1117), día 14, 305.
- Bernardo el Penitente, Bto. († 1182), día 19, 415.
- Bonifacio Valperga, Bto. († 1243), día 25, 566.
- Bonifacio Zukowski, Bto. († 1942), día 10, 213.
- Caradoco, San († 1124), día 13, 287.
- Casiano (mártir de Zaragoza), San (s. IV), día 16, 325-329.

- Casilda de Toledo, Sta. († 1075),
día 9, 186-190.
- Catalina de Pallanza, Bta. († 1478),
día 6, 135.
- Catalina de Siena, Sta. († 1380), día
29, 636-643.
- Catalina Tekakwitha, Bta. († 1680),
día 17, 360-370.
- Catalina, Bta. († 1565), día 27, 608.
- Cayetano Catanoso, Bto. († 1963),
día 4, 79-82.
- Cayo (papa), San († 296), día 22,
460-464.
- Ceciliano (mártir de Zaragoza), San
(s. iv), día 16, 325-329.
- Ceferino Agostini, Bto. († 1896),
día 6, 119-123.
- Celestina Faron, Bta († 1944), día
9, 196.
- Celso de Armagh, San († 1129), día
1, 13.
- César de Bus, Bto († 1607), día 15,
307-312.
- Clara Bosatta, Bta († 1887), día 20,
428-432
- Clara Gambacorta, Bta. († 1419),
día 17, 372.
- Clemente de Ósimo, Bto. († 1291),
día 8, 161-170.
- Cleto (papa), San († 88), día 26,
567-572.
- Conrado de Parzham, San († 1894),
día 21, 450-454.
- Contardo d'Este, San († 1249), día
16, 346.
- Crédula (de Cartago), Sta. († 250),
día 19, 414-415.
- Damián José de Veuster, Bto.
(† 1889), día 15, 312-323.
- David Uribe Velasco, San († 1927),
día 12, 257
- Diego de San Vitores, Bto. († 1672),
día 2, 46-47.
- Dionisio de Corinto, San († 180),
día 8, 184.
- Domingo del Santísimo Sacramen-
to Iturrate, Bto. († 1927), día 8,
173-184.
- Domingo Tuoc, Sto. († 1839), día
2, 48.
- Domingo Vernagalli, Bto. († 1218),
día 20, 439.
- Domingo, Bto. (s. xiii), día 26, 581.
- Donán, San († 617), día 17, 371.
- Donato (de Cartago), San († 250),
día 19, 414-415.
- Drogón, San († 1186), día 16, 346.
- Eduardo Catherick, Bto. († 1642),
día 13, 290.
- Eduardo Oldcorne, Bto. († 1606),
día 7, 159-160.
- Egberto de Iona, San († 729), día
24, 543.
- Elena Guerra, Bta. († 1914), día 11,
222-227.
- Elena Valentini, Bta. († 1458), día
23, 480-486.
- Elfego de Canterbury, San († 1012),
día 19, 403-407.
- Elías (de Córdoba), San († 856), día
17, 371.
- Engracia, Sta. (s. iv), día 16, 325-
329.
- Enrique Heath, Bto. († 1643), día
17, 372.
- Enrique Walpole, San († 1595), día
7, 158-159.
- Escubilión Rousseau, Bto. († 1867),
día 13, 276-287.
- Estanislao Kubista, Bto. († 1942),
día 26, 583.
- Estanislao, San († 1079), día 11,
214-218.
- Esteban de Antioquía, San († 479),
día 25, 565.
- Esteban de Perm, San († 1396), día
26, 581-582.

Eusebio de Fano, San († 526), día 18, 399.

Evodio (mártir de Zaragoza), San (s. iv), día 16, 325-329.

Fausto (mártir de Zaragoza), San (s. iv), día 16, 325-329.

Félix (mártir de Zaragoza), San (s. iv), día 16, 325-329.

Fidel de Sigmaringa, San († 1622), día 24, 495-502.

Firmo (de Cartago), San († 250), día 19, 414-415.

Fortunata (de Cartago), Sta. († 250), día 19, 414-415.

Fortunio (de Cartago), San († 250), día 19, 414-415.

Franca Visalta, Sta. († 1218), día 25, 565

Francisca Michoneau, Bta. († 1794), día 16, 346-347.

Francisca Suhard, Bta. († 1794), día 16, 346-347.

Francisco Coll, Bto. († 1875), día 2, 27-34.

Francisco de Paula, San († 1507), día 2, 15-23.

Francisco Dickenson, Bto. († 1590), día 13, 289.

Francisco Marto, Bto. († 1919), día 4, 91.

Francisco Page, Bto. († 1602), día 20, 440-441.

Francisco Venimbeni, Bto. († 1322), día 22, 471.

Frontón (mártir de Zaragoza), San (s. iv), día 16, 325-329.

Fructuoso de Braga, San († 665), día 16, 335-339.

Frutos (de Cartago), San († 250), día 19, 414-415.

Fulberto, San († 1029), día 10, 211.

Galdino de Sala, San († 1176), día 18, 374-380.

Gandulfo de Binasco, Bto. († 1260), día 3, 68.

Gema Galgani, Sta. († 1903), día 11, 218-222.

Genaro (mártir de Zaragoza), San (s. iv), día 16, 325-329.

Geraldo de Sauve-Majeure, San († 1095), día 5, 107.

Gerardo de Toul, San († 994), día 23, 493.

Gil de Asís, Bto. († 1262), día 23, 494.

Gilberto de Caithness, San († 1245), día 1, 13.

Gregorio de Elvira, San (s. iv), día 24, 542-543.

Gregorio, Bto. (s. xiii), día 26, 581.

Guillermo Apor, Bto. († 1945), día 2, 41-44.

Guillermo Cufitelli, Bto. († 1411), día 4, 89-90.

Guillermo de Eskill, San († 1203), día 6, 134.

Guillermo Firmati, San († 1103), día 24, 544.

Guillermo Marsden, Bto. († 1586), día 25, 566.

Guillermo Southerne, Bto. († 1618), día 30, 685.

Guillermo Thompson, Bto. († 1584), día 20, 440-441.

Hereda (de Cartago), San († 250), día 19, 414-415.

Heremio (de Cartago), San († 250), día 19, 414-415.

Hermán José, San († 1241), día 7, 158.

Hermenegildo, San († 585), día 13, 258-266.

Hugo de Bonnevaux, Bto. († 1194), día 1, 13.

- Hugo de Cluny, San († 1109), día 29, 644-655.
- Hugo de Grenoble, San († 1132), día 1, 3-7.
- Hugo de Ruán, San († 730), día 9, 195.
- Ida de Boulogne, Bta. († 1113), día 13, 287.
- Ida de Val-des-Roses, Bta. († 1290), día 13, 288.
- Idesbaldo, San († 1167), día 18, 401.
- Inés de Montepulciano, Sta. († 1317), día 20, 421-428.
- Isabel Calduch Rovira, Bta. († 1937), día 14, 306.
- Isabel Vendramini, Bta. († 1860), día 2, 23-27.
- Isidoro (de Córdoba), San († 856), día 17, 371.
- Isidoro de Sevilla, San († 636), día 4, 82-88.
- Jorge Gervase, Bto. († 1608), día 11, 229.
- Jorge, San (s. IV), día 23, 472-476.
- José Benito de Cottolengo, San († 1842), día 30, 672-676.
- José Benito Dusmet, Bto. († 1894), día 4, 71-79.
- José Cebula, Bto. († 1941), día 28, 635-636.
- José el Himnógrafo, San († 886), día 3, 67-68.
- José Moreau, Bto. († 1794), día 18, 402.
- José Moscati, San († 1927), día 12, 249-255.
- José Tuan, San († 1861), día 30, 686.
- Juan Bautista de La Salle, San († 1719), día 7, 138-148.
- Juan Bautista Dinh Van Than, San († 1840), día 28, 635.
- Juan Bautista Piamarta, Bto. († 1913), día 25, 559-565.
- Juan Bretton, Bto. († 1598), día 1, 14.
- Juan de Penna, Bto. († 1275), día 3, 68.
- Juan Finch, Bto. († 1584), día 20, 440-441.
- Juan Lockwood, Bto. († 1642), día 13, 290.
- Juan Menard, Bto. († 1794), día 16, 346-347.
- Juan Paine, San († 1582), día 2, 45.
- Juana Beretta de Molla, Bta. († 1962), día 28, 625-633.
- Juana Gourdon, Bta. († 1794), día 16, 346-347.
- Juana Leduc, Bta. († 1794), día 16, 346-347.
- Juana Onillon, Bta. († 1794), día 16, 346-347.
- Juana Thomas, Bta. († 1794), día 16, 346-347.
- Julia (de Cartago), Sta. († 250), día 19, 414-415.
- Julia Billiart, Sta. († 1816), día 8, 170-173.
- Julián de San Agustín, Bto. († 1606), día 8, 185.
- Juliana de Monte Cornillón, Sta. († 1258), día 5, 100-107.
- Julio (mártir de Zaragoza), San (s. IV), día 16, 325-329.
- Julio I (papa), San († 352), día 12, 231-236.
- Julio Junyer Padern, Bto. († 1938), día 26, 582.
- Lanuino, Bto. († 1119), día 11, 227.
- Laseriano, San († 638), día 18, 399.
- León IX (papa), San († 1054), día 19, 407-414.
- Leónidas, San († 204), día 22, 470.
- Leopoldo de Gaiche, Bto. († 1815), día 2, 47-48.

Liduna, Sta. († 1433), día 14, 306.
 Lorenzo Nguyen Van Huong, San († 1856), día 27, 608.
 Luis (de Córdoba), San († 855), día 30, 684-685.
 Luis María Grignon de Montfort, San († 1716), día 28, 610-614.
 Luis Pavoni, Bto. († 1849), día 1, 7-12.
 Luis Scrosoppi, San († 1884), día 3, 56-66.
 Luperco (mártir de Zaragoza), San (s. iv), día 16, 325-329.
 Luquesio de Poggibonsi, Bto. († 1260), día 28, 634.
 Macaldo, San (s. v), día 27, 607.
 Maelrubio, San († 722), día 21, 455-456.
 Magdalena Cady, Bta. († 1794), día 16, 346-347.
 Magdalena de Canossa, Sta. († 1835), día 10, 203-211.
 Magdalena Sallé, Bta. († 1794), día 16, 345.
 Magno de Orkney, San († 1116), día 16, 345.
 Mapalico (de Cartago), San († 250), día 19, 414-415.
 Marcelino de Embrún, San († 374), día 20, 438.
 Marcial (de Cartago), San († 250), día 19, 414-415.
 Marcial (mártir de Zaragoza), San (s. iv), día 16, 325-329.
 Marcos Evangelista, San (s. i), día 25, 545-550.
 Marcos Fantuzzi de Bolonia, Bto. († 1479), día 10, 212-213.
 Margarita de Città di Castello, Bta. († 1320), día 13, 289.
 Margarita Robin, Bta. († 1794), día 16, 346-347.
 María Antonia Bandrés y Elósegui, Bta. († 1919), día 27, 608-609.

María Assunta Pallota, Bta. († 1905), día 7, 148-157.
 María Cleofás, Sta. (s. i), día 24, 541.
 María Crescencia (Ana) Hoss, Sta. († 1744), día 5, 107-108.
 María de la Encarnación (Bárbara Avrillot), Bta. († 1618), día 18, 380-387.
 María de la Encarnación Guyart, Bta. († 1672), día 30, 666-672.
 María de San José Alvarado Cardozo, Bta. († 1967), día 2, 34-41.
 María de Santa Eufrasia Pelletier, Sta. († 1868), día 24, 509-515.
 María Egipcíaca, Sta. (s. v), día 1, 12.
 María Forestier, Bta. († 1794), día 16, 346-347.
 María Gabriela Sagheddu, Bta. († 1939), día 23, 489-493.
 María Genoveva Poulain de la Forestrie, Bta. († 1794), día 16, 346-347.
 María Guingueneau, Bta. († 1794), día 16, 346-347.
 María Isabel Hesselblad, Bta. († 1957), día 24, 526-541.
 María Lardeux, Bta. († 1794), día 16, 346-347.
 María Luisa de Jesús Trichet, Bta. († 1759), día 28, 614-620.
 María Pitou, Bta. († 1794), día 16, 346-347.
 María Rochard, Bta. († 1794), día 16, 346-347.
 María Roger, Bta. († 1794), día 16, 346-347.
 Mariana (María Ana) de Jesús Navarro, Bta. († 1624), día 17, 351-360.
 Marta Poulain de la Forestrie, Bta. († 1794), día 16, 346-347.
 Martín I (papa), San († 655), día 13, 266-275.

- Martires de Persia († 341), dia 17, 370
- Maturino (martir de Zaragoza), San (s iv), dia 16, 325 329
- Mauricio Mac Kenraghty, Bto († 1585), dia 20, 440 441
- Meliton de Canterbury, San († 624), dia 24, 543
- Miguel Czartoryski, Bto († 1944), dia 6, 136
- Miguel de los Santos, San († 1625), dia 10, 197 203
- Miguel Rua, Bto († 1910), dia 6, 123 133
- Milon Gerard, Bto († 1590), dia 13, 289
- Nicetas, San († 824), dia 3, 67
- Nicolas Carnecki, Bto († 1959), dia 2, 49
- Nicolas Roland, Bto († 1678), dia 27, 597 606
- Notkero Balbulo, Bto († 912), dia 6, 109 113
- Nuestra Señora de Montserrat, dia 27, 717-722
- Optato (martir de Zaragoza), San (s iv), dia 16, 325-329
- Ortario, San (s xi), dia 15, 324
- Osanna de Cattaro, Bta, cf Catalina, Bta
- Pablo (de Cartago), San († 250), dia 19, 414 415
- Pablo (de Cordoba), San († 856), dia 17, 371
- Pablo Le Bao Thun, San († 1857), dia 6, 135⁴
- Pablo Pham Khac Khoan, San († 1840), dia 28, 635
- Pascasio Radberto, San († 865), dia 26, 580 581
- Paterno de Avranches, San († 564), dia 15, 323
- Paulina von Mallinckrodt, Bta († 1881), dia 30, 677-684
- Pedro (de Cordoba), San († 855), dia 30, 684 685
- Pedro Armengol, San († 1304), dia 27, 590-597
- Pedro Calungsod, Bto († 1672), dia 2, 46 47
- Pedro de Portiers, San († 1115), dia 4, 89
- Pedro de Verona, San († 1252), dia 6, 113-119
- Pedro Delepine, Bto († 1794), dia 16, 346 347
- Pedro Eduardo Dankowski, Bto († 1942), dia 3, 69 70
- Pedro Gonzalez, Bto, cf Telmo, San
- Pedro Jose de Betancur, San († 1667), dia 25, 551-559
- Pedro Luis Chanel, San († 1841), dia 28, 620-625
- Pedro Nguyen Van Hieu, San († 1840), dia 28, 635
- Pedro Nguyen Van Luu, San († 1861), dia 7, 160
- Perfecto, San († 850), dia 18, 400 401
- Petrina Bourigault, Bta († 1794), dia 16, 346 347
- Petrina Laurent, Bta († 1794), dia 16, 346-347
- Petrina Morosini, Bta († 1957), dia 6, 136 137
- Petrina Pottier, Bta († 1794), dia 16, 346 347
- Pio V (papa), San († 1572), dia 30, 657 666
- Platon, San († 814), dia 4, 88 89
- Primitivo (martir de Zaragoza), San (s iv), dia 16, 325-329
- Prudencio, San (s v-vi), dia 28, 634

Prudencio de Troyes, San († 861),
día 6, 133-134.

Pablo (mártir de Zaragoza), San
(s. iv), día 16, 325-329.

Quintiliano (mártir de Zaragoza),
San (s. iv), día 16, 325-329.

Rafael Arnáiz Barón, Bto. († 1938),
día 26, 572-579.

Renata Borgeais, Bta. († 1794), día
16, 346-347.

Renata Rigault, Bta. († 1794), día
16, 346-347.

Renata Séchet, Bta. († 1794), día
16, 346-347.

Ricardo de Chichester, San († 1253),
día 3, 50-56.

Ricardo Sergeant, Bto. († 1584), día
20, 440-441.

Ricario, San († 645), día 26, 580.

Roberto Anderton, Bto. († 1586),
día 25, 566.

Roberto de Chaise-Dieu, San († 1067),
día 17, 348-351.

Roberto de Molesmes, San († 1111),
día 17, 371.

Roberto Middleton, Bto. († 1601),
día 3, 69.

Roberto Watkinson, Bto. († 1602),
día 20, 440-441.

Rodolfo Ashley, Bto. († 1606), día
7, 159-160.

Román Adame Rosales, San
(† 1927), día 21, 456.

Román Archutowski, Bto. († 1943),
día 18, 402.

Sabas el Godo, San († 372), día 12,
256.

Sabas Reyes Salazar, San († 1927),
día 13, 291.

Sabina Petrilli, Bta. († 1923), día 18,
391-398.

Salomé, Sta. (s. i), día 24, 541.

Sancha de Portugal, Bta. († 1229),
día 11, 228.

Santiago Bell, Bto. († 1584), día 20,
440-441.

Santiago de Cerqueto, Bto. († 1367),
día 17, 371.

Santiago Duckett, Bto. († 1602),
día 19, 415-416.

Secundino, San (s. iv), día 20, 438.

Senorina, Sta. († 980), día 22, 471.

Severo de Nápoles, San († 409), día
29, 655.

Simeón Bar Sabas, San († 341), día
17, 370.

Simeón, San († 107), día 27, 607.

Simón Rinalducci, Bto. († 1322),
día 20, 439-440.

Sinforiano Ducki, Bto. († 1942),
día 11, 229-230.

Sixto I (papa), San († 128), día 3,
66.

Sotero (papa), San († 175), día 22,
457-460.

Suceso (mártir de Zaragoza), San
(s. iv), día 16, 325-329.

Telmo, San († 1240), día 14, 292-
305.

Teodoro de Sikeón, San († 613),
día 22, 470-471.

Teodoro de Tabenna, San (s. iv),
día 27, 607.

Teresa de Los Andes, Sta. († 1920),
día 12, 236-249.

Teresa María de la Cruz Manetti,
Bta. († 1910), día 23, 486-489.

Tomás de Tolentino, Bto. († 1321),
día 9, 191-195.

Toribio de Astorga, Sto. (s. v), día
16, 329-335.

Turstan Hunt, Bto. († 1601), día 3,
69.

Ubaldo Audimari, Bto. († 1315),
día 9, 195-196.

Urbano (mártir de Zaragoza), San
(s. IV), día 16, 325-329.

Ursamaro, San († 713), día 18,
399-400.

Venusto (de Cartago), San († 250),
día 19, 414-415.

Vicente Ferrer, San († 1419), día 5,
92-100.

Víctor (de Cartago), San († 250),
día 19, 414-415.

Victorino (de Cartago), San († 250),
día 19, 414-415.

Vión de Osnabruck, San († 804),
día 20, 439.

Waldetrudis, Sta. († 668), día 9,
195.

Wilfrido, San († 709), día 24, 502-
509.

Zenón de Verona, San († 372), día
12, 255-256.

Zita, Sta. († 1278), día 27, 584-590.

2. Colaboradores

Abad, C. M.^a 610-614.

Alameda, J. 442-449.

Barranquero y Orrego, J. M.^a 50-
56 502-509.

Callejo, L. 197-203.

Carro Celada, J. A. 56-66 123-133
464-470.

Cela, C. J. 339-345.

Chico González, P. 276-286 597-
606.

Díaz Fernández, J. M.^a 119-123
170-172.

Díaz y Díaz, M. 335-339.

Echeverría, L. de 138-148.

Escarré, A. M.^a 717-722.

Fernández Sánchez, S. 292-304.

Ferri Chulio, A. de S. 249-255 450-
454 666-671 677-684.

Flores Arcas, J. J. 41-44 486-489.

Franquesa, A. 476-480.

Gomis, J. 590-596.

González Chaves, A. J. 312-323.

Güell, D. 186-190.

Guillén, J. 325-329.

Herrero García, M. 713-716.

Huerga, Á. 657-666.

Langa, P. 34-40 161-169 374-379
480-485.

Llabrés y Martorell, P.-J. 203-210
428-432 614-619.

Llorca, B. 231-236 407-414 457-
460 460-463.

Mañas, R. Luis M.^a 191-194 526-
541.

Martín Abad, J. 173-184 222-226
625-633.

Martín Hernández, F. 380-386 567-
572.

Milagro, J. M.^a 92-99.

Morta Figuls, Á. 421-427 636-643.

Muñoz Iglesias, S. 545-550.

Novelé, Á. de 495-502.

Núñez Uribe, F. 23-26 307-311
387-391.

Pascual, A. 71-78 489-493 687-
699.

Peraire Ferrer, J. 148-157 266-275
360-370.

Pérez Suárez, L. M. 348-351 403-407 644-655 701-712.

Pobladura, M. de 15-22.

Repetto Betes, J. L. 7-12 12-14 45-49 66-70 88-91 107-108 133-137 158-160 184-185 195-197 211-213 227-230 255-257 287-291 305-306 323-324 345-347 370-373 391-398 399-402 414-416 432-438 438-441 455-457 470-471 493-494 515-525 541-544 565-567 580-583 584-590 607-609 620-625 634-636 655-656 684-686 723-725.

Riesco Pontejo, P. 27-34 351-360 551-559.

Rivera Recio, J. F. 258-266.

Rodríguez, J. V. 236-249.

Rodríguez Herrera, I. 82-88 109-113.

Romero, A. 572-579.

Sánchez Aliseda, C. 100-106 113-119 417-421.

Sans Vila, J. 472-475.

Sendín Blázquez, J. 3-7.

Staehlin, C. M.^a 218-222.

Valentini, E. 672-676.

Velado Graña, B. 79-82 329-**334** 509-515 559-564.

Waloreck, M. 214-218.